Simon Sebag Montefiore



LLAMADME STALIN

La historia secreta de un revolucionario

La vida de Stalin antes de la Revolución fue siempre un enigma, que él mismo ocultaba con silencios y falsedades. Lo mismo podría decirse de los antecedentes de la propia Revolución, convertida en una leyenda épica tras el triunfo de los bolcheviques. Gracias a una impresionante aportación de nuevos documentos, Simon Sebag Montefiore, el autor de aquella obra maestra que es La corte del zar rojo, nos descubre un joven Stalin hasta ahora desconocido, que cobra una sorprendente dimensión humana en estas páginas, y nos da una visión por dentro de la forma en que se preparó y triunfó la Revolución: "una prehistoria de la URSS"



Simon Sebag Montefiore

Llamadme Stalin

La historia secreta de un revolucionario

ePub r1.0

Titivillus 26-04-2020

Título original: *Young Stalin*
Simon Sebag Montefiore, 2007
Traducción: Teófilo de Lozoya

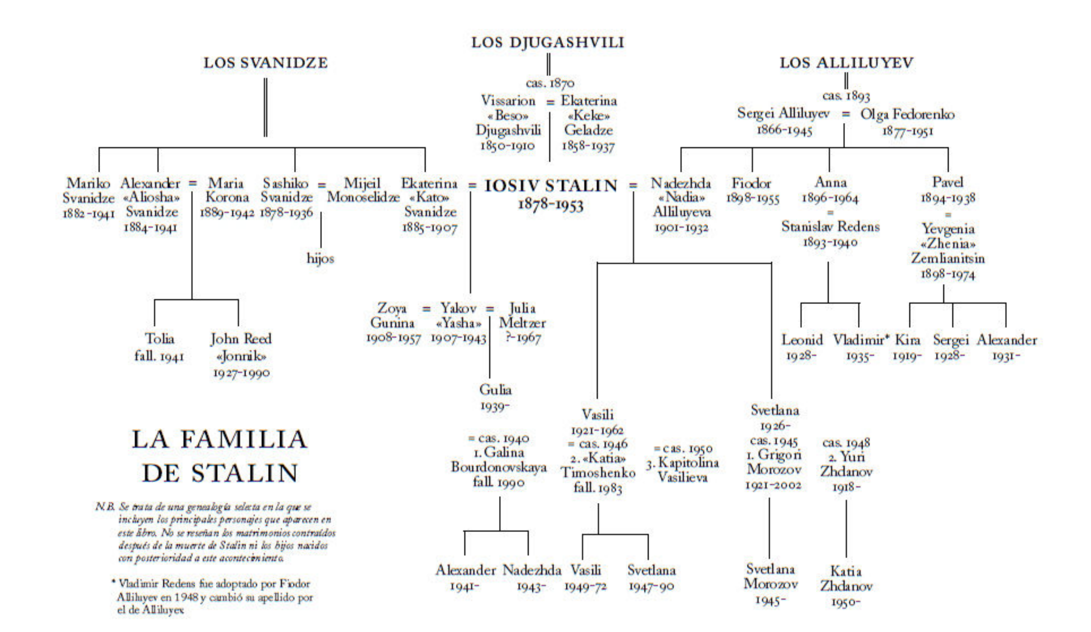
Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

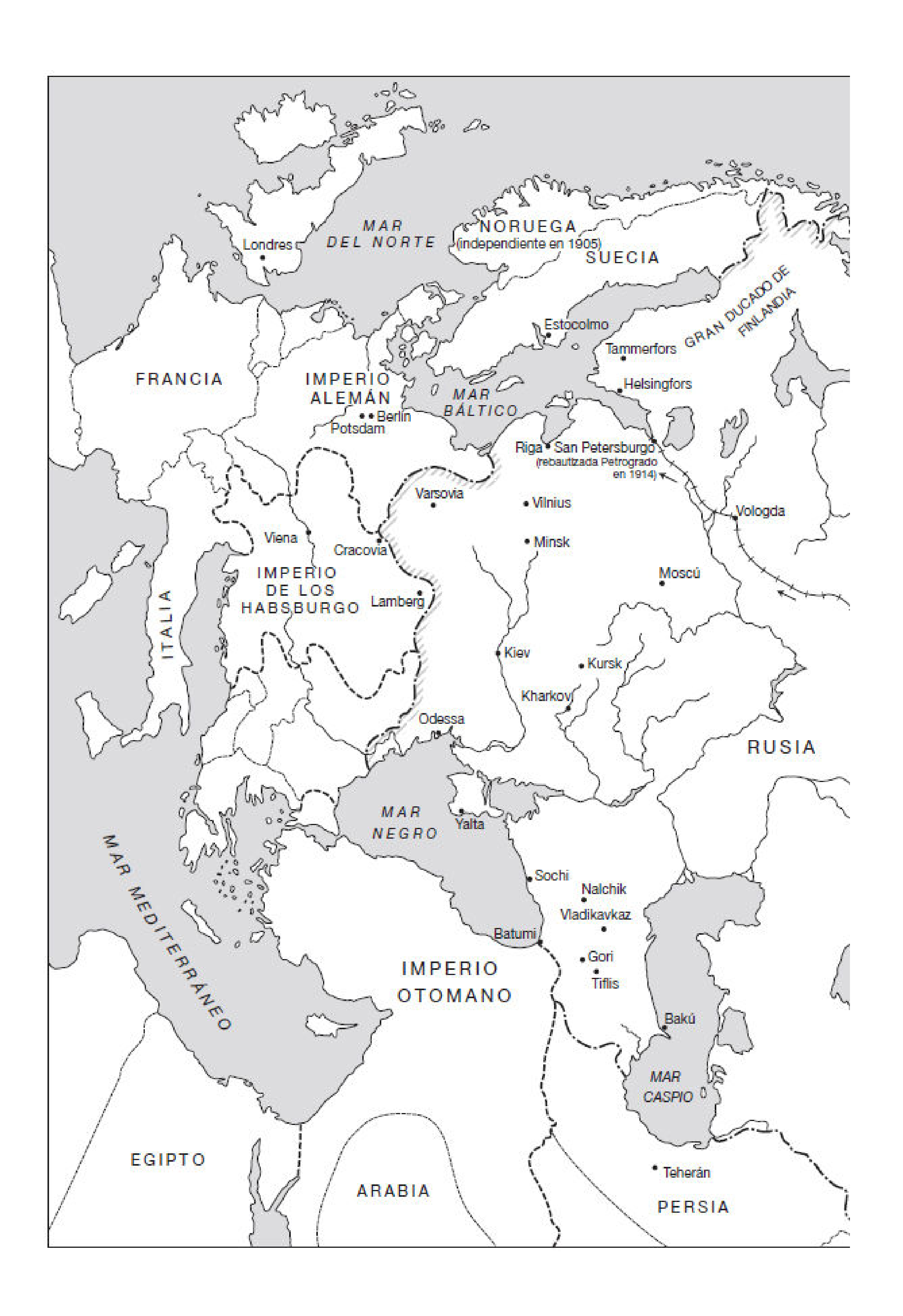


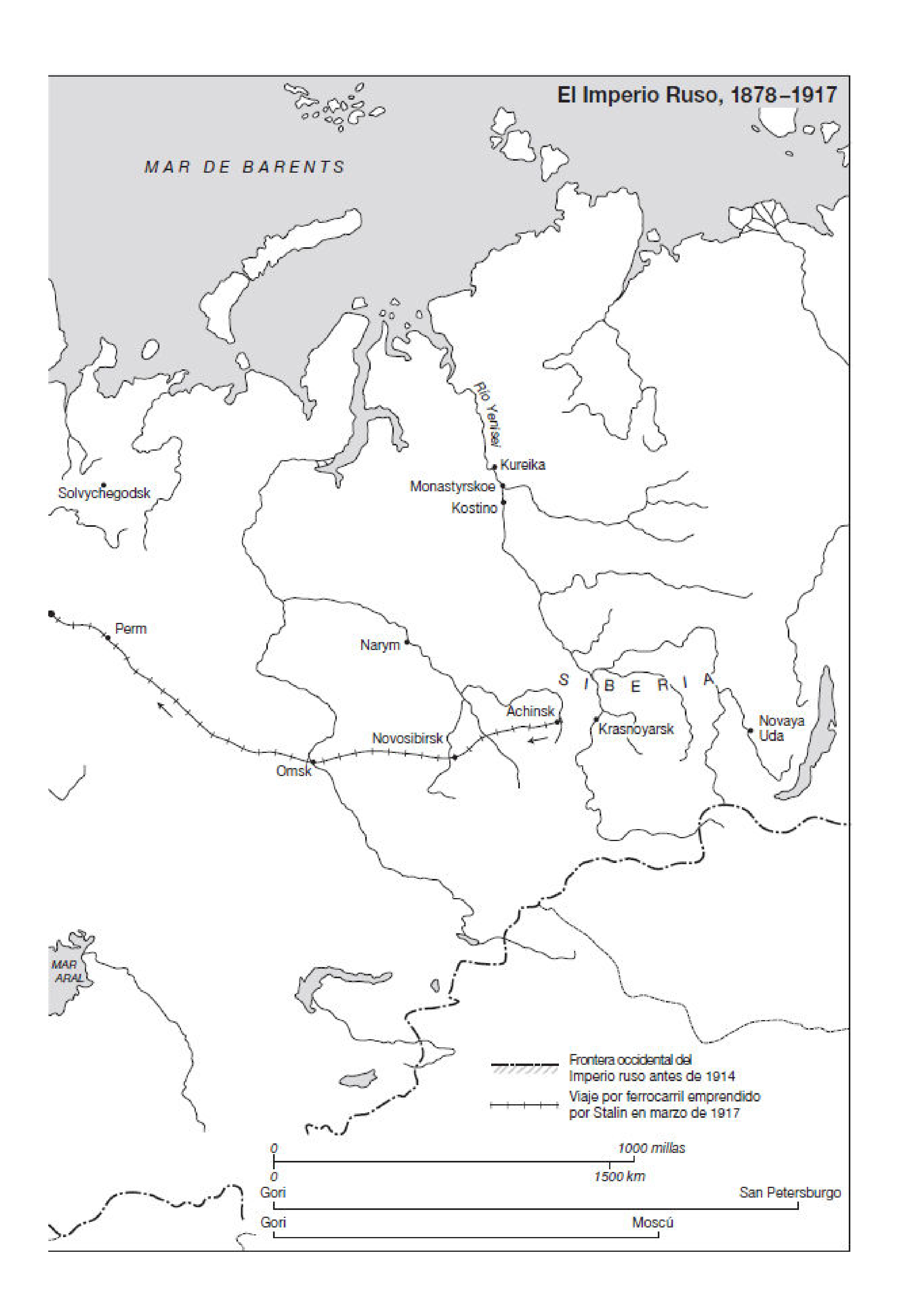
Índice de contenido

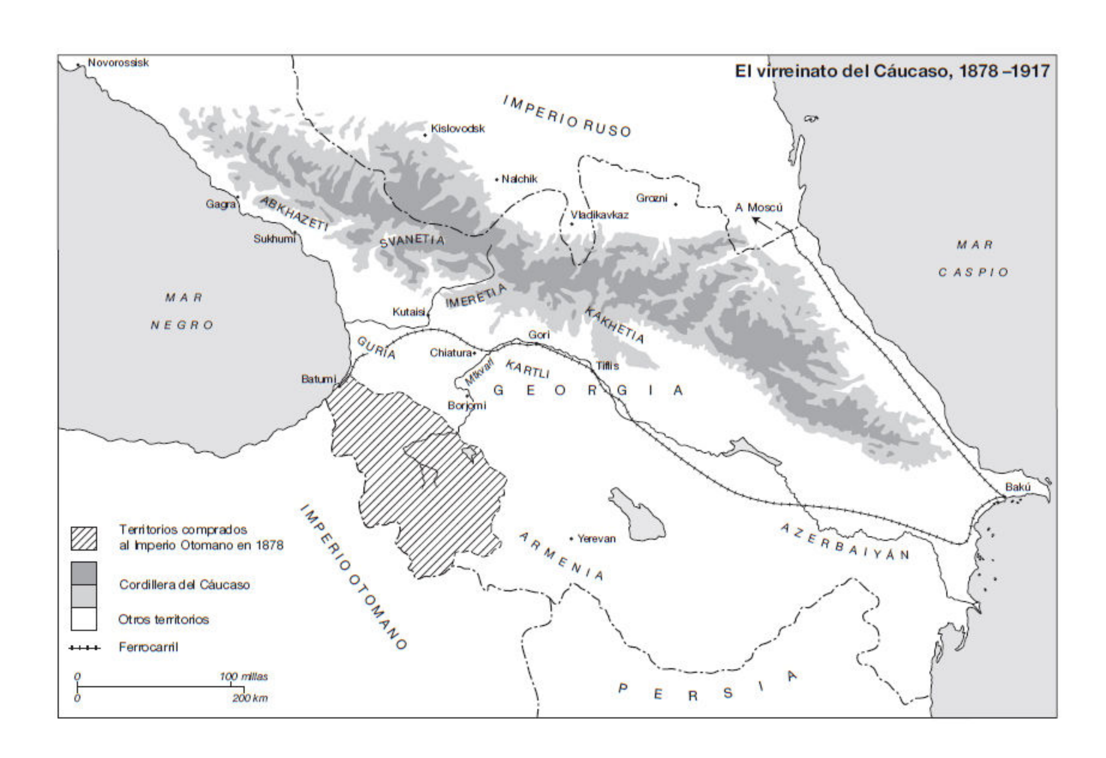
A mi querido hijo.

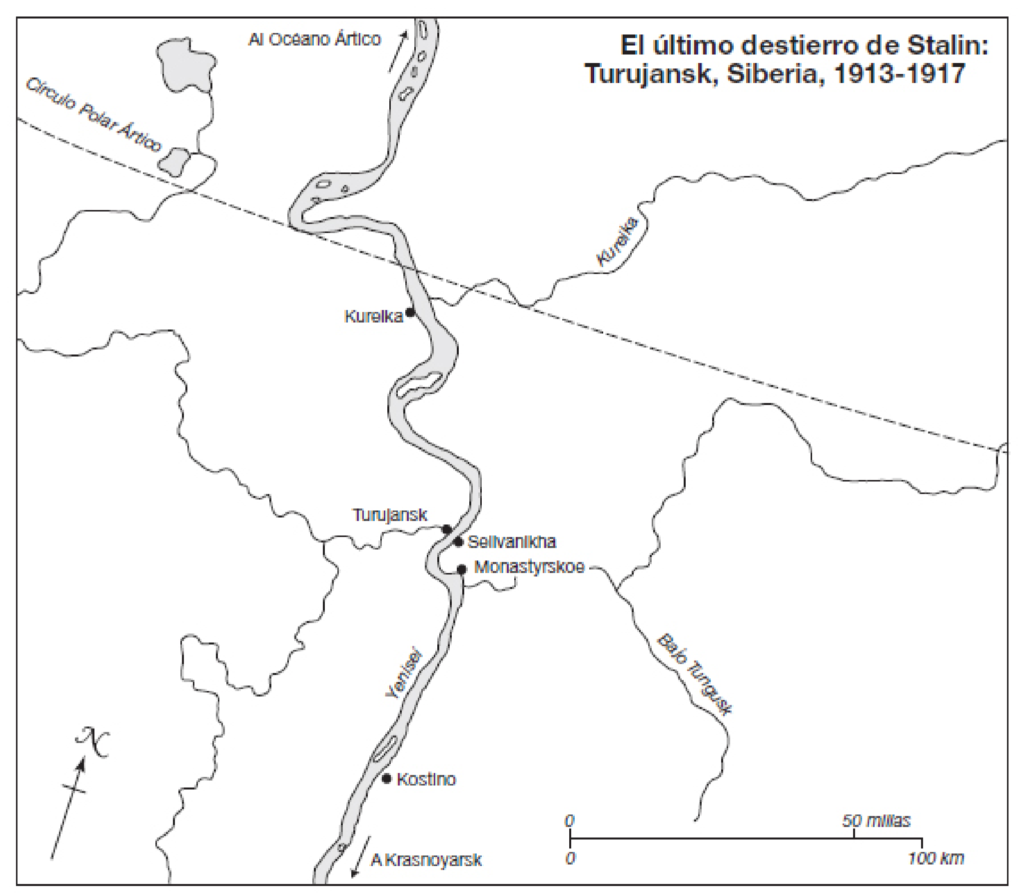
Sasha


LOS SVANIDZE
LOS DJUGASHVILI
LOS ALLILUYEV
cas. 1870
Vissarion «Beso» Djugashvili 1850-1910 = Ekaterina «Keke» Geladze 1858-1937
cas. 1893
Sergei Alliluyev 1866-1945 = Olga Fedorenko 1877-1951
Mariko Svanidze 1882-1941
Alexander «Aliosha» Svanidze 1884-1941 = Maria Korona 1889-1942
Sashiko Svanidze 1878-1936 = Mijeil Monoselidze
hijos
Ekaterina «Kato» Svanidze 1885-1907 = IOSIV STALIN 1878-1953 = Nadezhda «Nadia» Alliluyeva 1901-1932
Fiodor 1898-1955
Anna 1896-1964 = Stanislav Redens 1893-1940
Pavel 1894-1938 = Yevgenia «Zhenia» Zemlianitsin 1898-1974
Tolia fall. 1941
John Reed «Jonnik» 1927-1990
Zoya Gunina 1908-1957 = Yakov «Yasha» 1907-1943 = Julia Meltzer ?-1967
Leonid 1928-
Vladimir* 1935-
Kira 1919-
Sergei 1928-
Alexander 1931-
Gulia 1939-
Vasili 1921-1962
= cas. 1940 1. Galina Bourdonovskaya fall. 1990
= cas. 1946 2. «Katia» Timoshenko fall. 1983
= cas. 1950 3. Kapitolina Vasilieva
Svetlana 1926-
cas. 1945 1. Grigori Morozov 1921-2002
cas. 1948 2. Yuri Zhdanov 1918-
Alexander 1941-
Nadezhda 1943-
Vasili 1949-72
Svetlana 1947-90
Svetlana Morozov 1945-
Katia Zhdanov 1950-
LA FAMILIA DE STALIN
N.B. Se trata de una genealogía selecta en la que se incluyen los principales personajes que aparecen en este libro. No se reseñan los matrimonios contraídos después de la muerte de Stalin ni los hijos nacidos con posterioridad a este acontecimiento.
* Vladimir Redens fue adoptado por Fiodor Alliluyev en 1948 y cambió su apellido por el de Alliluyev


MAR DEL NORTE
Londres
NORUEGA
(independiente en 1905)
SUECIA
GRAN DUCADO DE FINLANDIA
Estocolmo
Tammerfors
Helsingfors
FRANCIA
IMPERIO ALEMÁN
MAR BÁLTICO
Berlín
Potsdam
Riga
San Petersburgo
(rebautizada Petrogrado en 1914)
Vologda
Varsovia
Vilnius
Minsk
Viena
Cracovia
Moscú
IMPERIO DE LOS HABSBURGO
Lamberg
ITALIA
Kiev
Kursk
Kharkov
Odessa
RUSIA
MAR NEGRO
Yalta
Sochi
Nalchik
Vladikavkaz
Batumi
Gori
Tiflis
MAR MEDITERRÁNEO
IMPERIO OTOMANO
Bakú
MAR CASPIO
EGIPTO
ARABIA
Teherán
PERSIA


El Imperio Ruso, 1878–1917
MAR DE BARENTS
Río Yenisei
Kureika
Monastyrskoe
Kostino
Solvychegodsk
Perm
Narym
S I B E R I A
Achinsk
Krasnoyarsk
Novaya Uda
Novosibirsk
Omsk
MAR ARAL
Frontera occidental del Imperio ruso antes de 1914
Viaje por ferrocarril emprendido por Stalin en marzo de 1917
0
1000 millas
0
1500 km
Gori
San Petersburgo
Gori
Moscú


El virreinato del Cáucaso, 1878 –1917
Novorossisk
IMPERIO RUSO
Kislovodsk
Nalchik
Grozni
A Moscú
Vladikavkaz
Gagra
ABKHAZETI
Sukhumi
SVANETIA
MAR CASPIO
MAR NEGRO
Kutaisi
IMERETIA
KAKHETIA
GURIA
Gori
Chiatura
Mtkvari
KARTLI
Tiflis
Batumi
G E O R G I A
Borjomi
Bakú
Territorios comprados al Imperio Otomano en 1878
Cordillera del Cáucaso
Otros territorios
Ferrocarril
IMPERIO OTOMANO
Yerevan
ARMENIA
AZERBAIYÁN
0 100 millas
0 200 km
PERSIA


El último destierro de Stalin:
Turujansk, Siberia, 1913-1917
Al Océano Ártico
Círculo Polar Ártico
Kureika
Kureika
Turujansk
Selivanikha
Monastyrskoe
Bajo Tungusk
Yenisei
N
Kostino
A Krasnoyarsk
0 50 millas
0 100 km

Introducción

«Todos los jóvenes son iguales», decía Stalin, «así que ¿por qué escribir… sobre el joven Stalin?» Pero se equivocaba; él fue siempre diferente. Su juventud fue realmente dramática, movida y excepcional. Más tarde, cuando en la vejez meditara sobre los misterios de sus primeros años, parece que cambió de opinión. «No hay secretos», decía en tono reflexivo, «que tarde o temprano no sean revelados a todo el mundo». Desde mi punto de vista, como historiador dedicado a desvelar la vida secreta de Stalin hasta que lo vemos convertido en uno de los hombres fuertes de Lenin en el recién instaurado gobierno soviético, tenía razón en lo de que los secretos acaban por conocerse: en la actualidad muchos de ellos pueden ser revelados al público.

Existen pocas obras acerca de los primeros años de Stalin (en comparación con los numerosos libros escritos sobre el joven Hitler), pero ello se debe a que parecía que el material existente era escaso. En realidad no es así. Una enorme riqueza de nuevos materiales que nos permiten revivir su infancia y su carrera como revolucionario, gánster, poeta, seminarista, esposo y amante prolífico, que abandonaba tras de sí mujeres e hijos ilegítimos, permanecía oculta en los archivos abiertos últimamente al público, sobre todo en los de Georgia, a menudo descuidados.

Es posible que los primeros años de Stalin fueran sombríos, pero fueron en todo momento extraordinarios y desde luego más turbulentos que los de Lenin y Trotski; aparte de que lo prepararon (y lo perjudicaron) para los triunfos, las tragedias y depredaciones del poder supremo.

Las proezas y los crímenes prerrevolucionarios de Stalin fueron mucho más importantes de lo que creíamos. Por

primera vez podemos documentar ahora su papel en los atracos a bancos, actos de extorsión y protección mafiosa, actividades incendiarias, piratería, asesinato: en una palabra el gangsterismo político que tanto impresionó a Lenin y que enseñó a Stalin unas habilidades que tan valiosas se revelarían más tarde en la jungla política de la Unión Soviética. Pero podemos demostrar también que fue mucho más que un padrino mafioso: fue un organizador político, un luchador y todo un maestro a la hora de infiltrarse en los servicios de seguridad zaristas. A diferencia de Zinoviev, Kamenev o Bujarin, cuya reputación de grandes políticos se basa irónicamente en el hecho de que fueron eliminados durante el Terror, Stalin nunca tuvo miedo a asumir riesgos físicos. Pero también impresionó a Lenin como político independiente y reflexivo, además de como editor y periodista enérgico, que nunca temía contradecir al anciano dirigente ni enfrentarse a él. El éxito de Stalin se debió en parte al menos a la insólita mezcla que en él se daba de educación (gracias a su estancia en el seminario) y de violencia callejera: era a la vez un «intelectual» y un matón. No es de extrañar que en 1917 Lenin recurriera a Stalin como lugarteniente ideal ante los peligros que amenazaban a su violenta revolución.

El presente libro es fruto de casi diez años de investigaciones sobre Stalin en veintitrés ciudades y nueve países distintos, sobre todo en los archivos recientemente abiertos al público de Moscú, Tiflis y Batumi, pero también en los de San Petersburgo, Bakú, Vologda, Siberia, Berlín, Estocolmo, Londres, París, Tampere, Helsinki, Cracovia, Viena y Stanford (California).

Llamadme Stalin está escrito para ser leído como obra independiente. Es un estudio sobre la vida de Stalin antes de su ascensión al poder y concluye con su entrada en el gobierno en octubre de 1917, mientras que mi anterior obra, *Stalin: La corte del zar rojo*, trata de Stalin ya en el poder hasta su muerte en marzo de 1953. Ambas obras son historias íntimas del hombre y del político, pero también del ambiente en el que

se movía. Espero que, unido a mi anterior libro, éste ofrezca una amena introducción al conocimiento del más esquivo y fascinante de los titanes del siglo XX, y que muestre el desarrollo y la primera fase de madurez del político. ¿Qué falta de empatía en los primeros años de Stalin le permitió matar a gente con tanta facilidad, y por otro lado qué cualidad lo preparó tan bien para la vida política? ¿El hijo del zapatero nacido en 1878, el seminarista idealista de 1898, el padrino mafioso de 1907 y el cazador olvidado en Siberia de 1914, estaba destinado a convertirse en el marxista fanático y asesino de masas de los años treinta y en el conquistador de Berlín en 1945?

Mis dos libros no tienen la intención de formar un relato histórico exhaustivo que cubra todos los aspectos políticos, ideológicos, económicos, militares, internacionales y personales de la vida de Stalin. Esa tarea la han llevado ya a cabo de manera espléndida en diferentes áreas dos grandes especialistas: Robert Conquest, el maestro fundador de la historia de Stalin, con su obra *Stalin: Breaker of Nations*, y, más recientemente, Robert Service, con su *Stalin: Una biografía*, y yo desde luego no creo que pueda mejorar sus obras de carácter mucho más general.

No pretendo disculparme ni mucho menos de que mis dos libros se centren fundamentalmente en la vida íntima y secreta, tanto desde el punto de vista político como personal de Stalin, y en el pequeño círculo de personas que en último término crearon y gobernaron la Unión Soviética hasta los años sesenta. La ideología debe ser nuestro fundamento, como lo fue para los bolcheviques, pero los archivos recientemente abiertos demuestran que las personalidades y el patrocinio de una oligarquía minúscula fueron la esencia de la política en tiempos de Lenin y Stalin, lo mismo que lo fueron con los emperadores de la familia Románov; lo mismo que lo son hoy día en la «democracia dirigida» de la Rusia del siglo XXI.

La prolongada juventud de Stalin ha sido siempre un misterio en varios sentidos. Antes de 1917, cultivó la mística del secretismo, pero se especializó también en el «trabajo negro» de la revolución clandestina, que, por su propia naturaleza, era secreto, violento e indispensable, pero vergonzoso.

Una vez en el poder, la campaña de Stalin para suceder a Lenin requeriría una carrera heroica legítima de la que en realidad carecía debido a su experiencia en lo que él llamaba «el negocio sucio» de la política: era algo de lo que no se podía hablar ya fuera debido a su carácter propio de gánsters y, por lo tanto, impropio de un gran estadista de corte paternalista, o bien porque era algo demasiado georgiano para un líder ruso. La solución que encontró fue un culto a la personalidad sumamente chapucero, pero generalizado, que inventaba, distorsionaba y ocultaba la verdad. Curiosamente todo aquel autobombo era tan grotesco que algunas de las chispas, a veces sumamente inocentes, provocadas por él, dieron lugar a colosales teorías de la conspiración en contra de Stalin. Primero a sus adversarios políticos y luego a nosotros, los historiadores, nos resultaría fácil creer que *todo* era inventado y que no había hecho nada en absoluto de valor, especialmente desde que algunos historiadores empezaron a investigar en el Cáucaso, donde se desarrolló buena parte de su carrera juvenil. En torno a esas teorías de la conspiración surgió un anticulto, tan equivocado como el propio culto a su persona.

Sigue vivo el rumor que resulta más intrigante: ¿Fue Stalin un agente doble al servicio de la policía secreta zarista? Los exponentes más infames de su propia policía secreta, Nikolai Yezhov y Lavrenti Beria, buscaron en secreto pruebas en ese sentido para utilizarlas contra Stalin en caso de que éste se volviera contra ellos, como en efecto hizo más tarde. Resulta muy significativo que ninguno de los dos, respaldados por el poder absoluto del NKVD, lograra encontrar pruebas irrefutables.

Pero existe además un misterio más profundo: todos los historiadores citan a Trotski, quien aseguraba que Stalin era una «mediocridad» de provincias, y a Sujanov, según el cual en 1917 no era más que una «sombra gris». La mayor parte de los historiadores han seguido la línea de Trotski y opinan que Stalin era un personaje tan mediocre y tan gris que no llegó a hacer nada ni en 1905 ni en 1917, convirtiéndose, en palabras de Robert Slusser, en «el Hombre que no estuvo en la Revolución».

Sin embargo, de haber sido así, ¿cómo fue capaz de hacerse con el poder semejante «mediocridad», engañando a políticos de talento como Lenin, Bujarin o el propio Trotski, y de coordinar su programa de industrialización, la feroz guerra contra el campesinado y el espantoso Gran Terror? ¿Cómo pudo aquella «sombra gris» convertirse en el estadista mundial, responsable de tantos asesinatos, pero sumamente eficaz, que contribuyó a crear e industrializar la URSS, superando a Churchill y Roosevelt, a organizar la resistencia de Stalingrado y a derrotar a Hitler? Es como si la mediocridad de antes de 1917 y el coloso del siglo XX no pudieran ser la misma persona. Por consiguiente, ¿cómo pudo uno convertirse en otro?

La verdad es que los dos son absolutamente el mismo hombre. Es evidente, basándonos tanto en los testimonios hostiles a su persona como en los favorables a ella, que Stalin fue siempre excepcional, incluso ya en su infancia. Nos hemos fiado durante demasiado tiempo en el retrato deformado por los prejuicios de Trotski hasta hacerlo irreconocible. La verdad era muy distinta. La imagen elaborada por Trotski nos dice más acerca de la vanidad de éste, de su snobismo y de su falta de habilidades políticas, que acerca del joven Stalin. Por consiguiente, el primer objetivo de la presente obra es revelar el verdadero proceso de la ascensión de Stalin, sin las distorsiones —en la medida de lo posible— creadas por el culto a la persona de Stalin y por la industria antiestalinista de la teoría de la conspiración.

Existe una tradición de biografías que tratan de los primeros años de la carrera de los grandes estadistas. Winston Churchill escribió acerca de su propia juventud y disponemos de una multitud de biografías suyas que tratan de los comienzos de su carrera. Lo mismo cabe decir de otros titanes de la historia, como los dos presidentes Roosevelt. El joven Hitler se ha convertido en toda una industria de la biografía, aunque ninguna obra sobre su persona se acerca ni de lejos al conocimiento de la misma que demuestra el primer volumen de la biografía de Ian Kershaw, *Hitler, 1889-1936*.

En torno a la figura de Stalin, sobre la cual se han publicado miles de obras, sólo ha habido dos libros serios escritos en Occidente que traten de su vida antes de 1917: el excelente estudio político-psicológico de Robert Tucker, *Stalin as Revolutionary* (1974), escrito mucho antes de la reciente apertura de los archivos; y una obra sobre la teoría antiestalinista de la conspiración típica de la Guerra Fría, escrita por Edward Ellis Smith (1967), quien sostiene que Stalin fue un agente zarista. En Rusia han aparecido muchas más, sobre todo de carácter periodístico sensacionalista. Sin embargo, la obra más destacada es el libro magistral de Alexander Ostrovski, tras el que se oculta un trabajo infatigable, *Kto stoyal za spinoi Stalina?* («¿Quién había detrás de Stalin?»). Mi libro debe muchísimo a los tres.

Muchos elementos inexplicables de la experiencia soviética —por ejemplo, el odio al campesinado, el secretismo y la paranoia, la sangrienta caza de brujas desencadenada durante el Gran Terror, el hecho de colocar al Partido por encima de la familia y de la propia vida, o los recelos del propio espionaje soviético, que permitieron el éxito del ataque por sorpresa de Hitler en 1941— fueron fruto de la vida en la clandestinidad, la *konspiratsia* de la Ojrana y los revolucionarios, pero también de los valores caucasianos y el estilo de Stalin. Y no sólo de Stalin.

En 1917, Stalin ya conocía a muchos de los personajes que constituirían la elite de la Unión Soviética y formarían parte de

su corte durante los años en los que detentó el poder supremo. La violencia y el sentimiento de clan de los caucasianos, de hombres como Stalin, Ordzhonikidze o Shaumian, desempeñaron un papel muy especial en la formación de la URSS, al menos tan grande como el que desempeñaron los letones, los polacos, los judíos y quizá incluso los rusos. Aquellos individuos constituyeron la esencia de los «miembros del comité» que formaban el núcleo del Partido Bolchevique y es muy probable que apoyaran a Stalin frente a los intelectuales, los judíos, los emigrados y, en particular, frente al distinguido y altanero Trotski. Semejantes personajes se aficionaron a la brutalidad de la Guerra Civil (y a la supresión del campesinado y al Terror) porque, como Stalin, y de hecho junto a él, se habían criado en las mismas calles, habían participado con él en la guerra de bandas, en las rivalidades de clanes, en las matanzas étnicas y en los asesinatos, y habían abrazado la misma cultura de la violencia. En el enfoque utilizado en la presente obra elimina en gran parte la psicohistoria que ha oscurecido y simplificado en exceso nuestra comprensión de las figuras de Stalin y Hitler. Como espero que demuestre mi libro, Stalin se formó a partir de muchas más cosas que una infancia miserable, del mismo modo que la URSS se formó también a partir de muchas más cosas que la ideología marxista.

La formación del carácter de Stalin, sin embargo, resulta particularmente importante debido a la naturaleza tan personal de su gobierno. Además, Lenin y Stalin crearon la idiosincrasia del sistema soviético a imagen y semejanza del despiadado círculo íntimo de conspiradores del que se habían rodeado antes de la Revolución. De hecho, buena parte de la tragedia del estalinismo-leninismo es comprensible sólo si se tiene en cuenta que la conducta de los bolcheviques siguió siendo la propia de la clandestinidad, independientemente de que estuvieran en el Kremlin, al frente del gobierno del imperio más grande del mundo, o de que estuvieran en el

cuarto trasero de una taberna de Tiflis y no fueran más que una oscura camarilla.

Parece que la Rusia actual —dominada por la autocracia y el imperio, a los cuales está acostumbrada, y carente de instituciones civiles fuertes sobre todo debido a la destrucción de su sociedad por el Terror bolchevique— está destinada a ser gobernada todavía durante algún tiempo por facciones que se encaraman al poder. En un plano más general, el tenebroso mundo del terrorismo es hoy día más importante que nunca: las organizaciones terroristas, tanto las bolcheviques de comienzos del siglo XX como las de la Jihad de comienzos del siglo XXI, tienen mucho en común.

En 1917, Stalin conocía a Lenin desde hacía doce años y a muchos otros personajes desde hacía más de veinte. Así, pues, la presente obra no es sólo una biografía, sino una crónica de su ambiente, una prehistoria de la propia URSS, un estudio del gusano subterráneo y de la silenciosa crisálida antes de que de ella saliera la mariposa de alas de acero[1].

Lista de personajes

FAMILIA

Vissarion «Beso» Djugashvili, zapatero, padre

Ekaterina «Keke» Geladze Djugashvili, madre

STALIN, Iosiv Vissarionovich Djugashvili, «Soso», «Koba»

GORI

Yakov «Koba» Egnatashvili, campeón de lucha de Gori, comerciante, posible padre Ivan «Vaso» Egnatashvili, hijo de Yakov, amigo de toda la vida de Stalin Alexander «Sasha» Egnatashvili, hijo de Yakov, miembro de la corte de Stalin, el «Conejo».

Damian Davrichewy, agente de policía de Gori y posible padre Iosiv «Soso» Davrichewy, hijo de Damian, amigo de la infancia de Stalin, atracador político y posteriormente piloto y espía en Francia, autor de un libro de memorias.

Iosiv Iremashvili, amigo de la infancia en Gori y en el seminario de Tiflis, menchevique y autor de un libro de memorias.

Padre Christofor Charkviani, cura de Gori, protector y posible padre, y su hijo Kote Charkviani.

Piotr «Peta» Kapanadze, sacerdote y amigo de toda la vida en Gori y en el seminario de Tiflis.

Giorgi Elisabedashvili, amigo de Gori, bolchevique.

Dato Gasitashvili, aprendiz de zapatero con Beso.

LOS PROFESORES

Simon Gogchilidze, maestro de canto de Stalin y mecenas en la Escuela Eclesiástica de Gori Príncipe David Abashidze.

Padre Dmitri, «Punto Negro», sacerdote pedante del seminario de Tiflis y perseguidor encarnizado de Stalin.

LAS CHICAS

Natsha Kirtava, terrateniente y novia en Batumi.

Alvasi Talakvadze, protegida y probablemente novia en Bakú.

Ludmilla Stal, activista bolchevique de la primera hora y probable novia en Bakú y en San Petersburgo.

Stefania Petrovskaya, aristócrata de Odesa, desterrada, amante y prometida en Solvychegodsk y Bakú.

Pelageya «Polia» Onufrieva, «coqueta», escolar y amante en Vologda.

Serafima Khoroshenina, amante y socia en Solvychegodsk.

Maria Kuzakova, terrateniente y amante en Solvychegodsk, madre de Constantin.

Tatiana «Tania» Slavintskaya, mujer casada, bolchevique y amante de Stalin.

Valentina Lobova, bolchevique influyente y manipuladora, y probable amante.

Lidia Pereprygina, huérfana de apenas trece años seducida por Stalin en Turukhansk y madre de dos hijos suyos; prometida.

CAMARADAS, ENEMIGOS Y RIVALES: TIFLIS Y BAKÚ

Lado Ketskhoveli, hijo de un cura de Gori, mentor y héroe bolchevique de Stalin.

Príncipe Alexander «Sasha» Tsulukidze, rico aristócrata, mentor y héroe bolchevique de Stalin.

Mikha Tskhakaya, fundador de los Socialdemócratas georgianos, bolchevique de la primera hora, mecenas de Stalin.

Philip Majaradze, bolchevique y aliado de Stalin durante algún tiempo.

Budu «el Barril» Mdivani, actor y terrorista bolchevique y aliado de Stalin.

Abel Yenukidze, bolchevique de la primera hora, amigo de los Alliluyev, de los Svanidze y de Stalin.

Silibistro «Silva» Jibladze, exseminarista, agitador menchevique.

Lev Rosenblum «Kamenev», hijo de un ingeniero acomodado de Tiflis, bolchevique moderado.

Mijail «Misha» Kalinin, campesino, mayordomo, bolchevique de la primera hora en Tiflis.

Suren Spandarian, hijo de un editor acomodado armenio, bolchevique, mujeriego, el mejor amigo de Stalin.

Stepan Shaumian, bolchevique acomodado armenio, aliado y rival de Stalin.

Grigori «Sergo» Ordzhonikidze, aristócrata arruinado, enfermero, bolchevique de la línea dura, aliado de toda la vida de Stalin.

Sergo Kavtaradze, joven secuaz de Stalin en Georgia occidental, Bakú y San Petersburgo.

ESPOSAS Y PARIENTES POLÍTICOS

Alexander «Aliosha» Svanidze, seminarista, amigo de Stalin, bolchevique de la primera hora y posteriormente cuñado.

Alexandra «Sashiko» Svanidze, hermana del anterior y amiga de Stalin.

Mijeil Monoselidze, marido de Sashiko y bolchevique aliado de Stalin.

Maria «Mariko» Svanidze, hermana de Sashiko y Aliosha.

Ekaterina «Kato» Svanidze Djugashvili, la benjamina de la familia, primera esposa de Stalin y madre de

Yakov «Yasha» o «Chico» Djugashvili, hijo de Stalin.

Sergei Alliluyev, directivo de la compañía de ferrocarriles y de una empresa de electricidad, bolchevique de la primera hora, aliado de Stalin en Tiflis, Bakú y San Petersburgo.

Olga Alliluyeva, esposa de Sergei, amiga de Stalin en sus primeros tiempos, posiblemente amante, y luego suegra.

Pavel Alliluyev, hijo de los anteriores.

Anna Alliluyeva, hija de los anteriores.

Fiodor «Fedia» Alliluyev, hijo de los anteriores.

Nadezhda «Nadia» Alliluyeva, hija de Sergei y Olga, segunda esposa de Stalin.

LOS GÁNSTERS, LOS CEREBROS OCULTOS Y LOS MANIPULADORES

Kamo, Simon «Senko» Ter-Petrossian, amigo de Stalin, protegido y luego atracador y pistolero.

Kote Tsintsadze, pistolero de Stalin en Georgia occidental y luego máximo exponente de los atracos a bancos.

Leonid Krasin, maestro de Lenin en la fabricación de bombas, blanqueo de dinero, atracos a bancos, y contactos con la elite, posteriormente enemistado con él.

Meyer Wallach, «Maxim Litvinov», bolchevique, traficante de armas y experto en blanqueo de dinero.

Andrei Vyshinski, hijo de un acaudalado farmacéutico de Odesa, criado en Bakú, brazo ejecutor de Stalin y luego menchevique.

EL TITÁN DEL MARXISMO

Giorgi Plejanov, padre de la socialdemocracia rusa.

LOS BOLCHEVIQUES

Vladimir Illich Ulianov, «Lenin», o «Illich» para los íntimos, dirigente de la socialdemocracia rusa y fundador de los bolcheviques.

Nadezhda Krupskaya, su esposa y ayudante.

Grigori Radomyslski, «Zinoviev», hijo de un lechero judío, compinche de Lenin en Cracovia, y luego aliado de Kamenev.

Roman Malinovski, ladrón, violador y espía de la Ojrana, líder de los bolcheviques en la Duma imperial.

Yakov Sverdlov, líder bolchevique judío y compañero de cuarto de Stalin en el exilio.

Lev Bronstein, «Trotski», líder marxista independiente, orador y escritor, menchevique, presidente del Soviet de Petersburgo en 1905. Se unió a los bolcheviques en 1917.

Felix Dzerzhinski, aristócrata polaco, revolucionario veterano, bolchevique desde 1917.

Elena Stasova, «Total» y «Zelma», aristócrata, activista bolchevique.

Klimenti Voroshilov, alfarero de Lugansk, bolchevique amigo de Stalin, compañero de cuarto en Estocolmo.

Vyacheslav Scriabin, «Molotov», joven bolchevique y fundador de *Pravda* junto con Stalin.

LOS MENCHEVIQUES

Yuli Tsederbaum, «Martov», amigo de Lenin y posteriormente enemigo encarnizado suyo, fundador de los mencheviques.

Noe Jordania, fundador de la socialdemocracia georgiana y líder de los mencheviques de Georgia.

Nikolai Karlo Chkheidze, menchevique moderado en Batumi y luego en San Petersburgo.

Isidro Ramishvili, menchevique, enemigo de Stalin.

Said Devdariani, amigo del seminario y luego menchevique y enemigo político de Stalin.

Noe Ramishvili, rudo menchevique, enemigo de Stalin.

Minadora Ordzhonikidze Toroshelidze, menchevique, amiga de Stalin y esposa de un bolchevique aliado suyo, Malakia Toroshelidze.

David Sagirashvili, menchevique georgiano y autor de un libro de memorias.

Grigol Uratadze, menchevique georgiano y autor de un libro de memorias.

Razhden Arsenidze, menchevique georgiano y autor de un libro de memorias.

Khariton Chavichvili, menchevique, autor de un libro de memorias.

Nota aclaratoria

STALIN

Stalin no empezó a utilizar su famoso nombre hasta 1912 y este alias no se convirtió en su sobrenombre hasta octubre de 1917. En realidad se llamaba Iosiv Vissarionovich Djugashvili. Su madre, sus amigos y sus camaradas siguieron llamándolo «Soso» incluso después de 1917. Publicó sus poemas con el pseudónimo de «Soselo». Con mucha frecuencia se llamó a sí mismo «Koba», pero a lo largo de su vida en la clandestinidad utilizó numerosos nombres.

En aras de la claridad, utilizaremos a lo largo de todo el libro los nombres «Stalin» y «Soso».

NOMBRES Y TRANSCRIPCIONES

He seguido en éste los mismos principios seguidos en mis otros libros sobre Rusia. Siempre que ha sido posible, he intentado utilizar las versiones de los nombres georgianos y rusos más reconocibles, mejor conocidas o de transcripción más fácil. Naturalmente esto da lugar a numerosas incoherencias: por ejemplo al líder menchevique georgiano lo llamo Noe Jordania, no Zhordania, y utilizo la forma Jibladze, no Djibladze, aunque creo que el verdadero apellido de Stalin debo escribirlo Djugashvili, pues ésa es la forma más habitual de transcribirlo. Utilizo las transcripciones francesas de los nombres Davrichewy y Chavichvili (en vez de Davrishewy y Shavishvili), pues las memorias de ambos han sido publicadas con esos nombres. Pido disculpas a todos los lingüistas que se sientan horrorizados por mi decisión.

FECHAS

Las fechas se dan en el antiguo calendario juliano utilizado en Rusia, que llevaba trece días de retraso respecto al calendario gregoriano empleado en Occidente. Para referirnos a los acontecimientos occidentales damos las dos fechas. El gobierno soviético se pasó al calendario gregoriano la medianoche del 31 de enero de 1918: el día siguiente sería el 14 de febrero.

MONEDA

Según el cambio vigente a comienzos del siglo XX, 10 rublos = 1 libra esterlina. La forma más sencilla de hacer una conversión al valor actual de la moneda consiste en multiplicar la cifra por cinco para obtener el equivalente en libras, y multiplicar por diez para el equivalente en dólares norteamericanos. Pongamos un par de ejemplos: como jornalero en las refinerías Rothschild de Batumi, el joven Stalin cobraba 1,70 rublos al día, o 620 al año (lo que equivaldría hoy a 6.000 dólares/3.000 libras al año). El zar Nicolás II recibía una asignación personal de 25.000 rublos al año, mientras que la guardia personal del zarevich Alexei cobraba un salario anual de 120 rublos (equivalente en la actualidad a 1.200 dólares/600 libras al año). No obstante, estas cifras no significan nada: apenas nos permiten hacernos una ligera idea del verdadero poder adquisitivo y del valor de la moneda. Por ejemplo, Nicolás II probablemente fuera el hombre más rico del mundo, y desde luego era el hombre más rico de Rusia. Sin embargo, se calculó en 1917 que toda su fortuna personal en tierras, joyas, palacios, obras de arte y depósitos de minerales ascendía a 14 millones de rublos, que convertidos en la moneda actual, equivaldrían apenas a 140.000.000 de dólares/70.000.000 de libras, cifras a todas luces absurdamente bajas en la actualidad.

TÍTULOS

No siempre existen equivalentes de los títulos y cargos zaristas, pero he intentado utilizar los términos más aproximados. Para designar a los autócratas rusos, utilizo los términos zar y emperador indistintamente. El zar Pedro el Grande se coronó «emperador» en 1721. El título del gobernador del Cáucaso variaba. El gran duque Mijail Nikolaievich, hijo y hermano de emperadores, fue nombrado virrey. Su sucesor, el príncipe Grigori Golitsyn, que ocupó el cargo mientras Stalin estaba en el seminario, recibió un título inferior, a saber el de Gobernador General. Su sucesor, en cambio, el conde Illarion Vorontsov-Dashkov volvería a ser virrey durante el período 1905-1916.

PESOS / MEDIDAS

10 verstas = 11,50 km

1 pud = 16,2 kg

Prólogo

El atraco al banco

A las 10.30 de la bochornosa mañana del miércoles 13 de junio de 1907, en la bulliciosa plaza central de Tiflis, un gallardo capitán del ejército con bigote, botas y calzones que blandía un enorme sable circasiano, ejecutaba cabriolas con su caballo bromeando con dos hermosas jóvenes georgianas, elegantemente vestidas; éstas jugueteaban con sus llamativas sombrillas, al tiempo que acariciaban con sus dedos las pistolas Mauser que llevaban ocultas entre sus ropas.

Unos jóvenes de apariencia vulgar, vestidos con brillantes camisas de campesino y pantalones anchos de marinero, aguardaban en las esquinas de la calle, provistos asimismo de revólveres y granadas escondidas. En la deteriorada taberna Tilipuchuri, situada en plena plaza, una multitud de matones fuertemente armados se había adueñado del mostrador e invitaba alegremente a los transeúntes a tomar un trago con ellos. Todos aguardaban a llevar a cabo la primera hazaña con la que Iosiv Djugashvili, a la sazón de veintinueve años, más tarde rebautizado Stalin, iba a llamar la atención del mundo[1].

Pocas personas no pertenecientes a la banda conocían el plan previsto para aquel día, consistente en montar un «espectáculo» terrorista-criminal, pero Stalin se había pasado meses elaborándolo. Uno de los que conocían el plan a grandes rasgos era Vladimir Lenin, líder del partido bolchevique[*], oculto en una casa de campo de Kuokola, en Finlandia, a miles de kilómetros al norte. Unos días antes, en Berlín, y luego en Londres, Lenin se había reunido en secreto

con Stalin para ordenarle que llevara a cabo el gran golpe, aunque el Partido Socialdemócrata acababa de prohibir estrictamente todas las «incautaciones», el eufemismo con el que se designaban los atracos a los bancos. Pero las operaciones, robos y asesinatos de Stalin, perpetrados siempre con una meticulosa atención al detalle y al secretismo, habían hecho de él el «principal financiero del Centro Bolchevique»[2].

Los sucesos de aquel día suministrarían titulares a los periódicos de todo el mundo y harían temblar literalmente los cimientos de Tiflis, dividiendo en facciones enfrentadas a los socialdemócratas ya de por sí fragmentados: aquella jornada supondría un gran éxito en la carrera de Stalin —aunque a punto estuvo también de arruinarla— y marcaría una línea divisoria fundamental en su vida.

En la plaza Ereván, los treinta bandoleros que formaban el núcleo de la banda de Stalin, la llamada «Cuadrilla», tomaron posiciones mientras sus espías montaban guardia a lo largo del bulevar Golovinski, la elegante calle principal de Tiflis, ante el espléndido edificio blanco de estilo italianizante del Palacio del Virrey. Todos ellos esperaban oír el traqueteo de un coche de posta y de su escuadrón de cosacos al galope. El capitán del ejército con su sable circasiano estuvo caracoleando un rato a lomos de su caballo antes de desmontar y ponerse a pasear por la elegante avenida.

Todas las esquinas estaban vigiladas por cosacos o policías: las autoridades estaban alertadas. Llevaba esperándose algo desde enero. Los confidentes y los agentes de la policía secreta del zar, la Ojrana, así como la policía política uniformada, la Gendarmería, llevaban suministrando abundantes informes acerca de las fechorías clandestinas de las bandas de delincuentes y revolucionarios. En la sombría bruma de esos grupos clandestinos, el mundo de los bandidos y el de los terroristas se habían confundido y resultaba difícil distinguir las mentiras de las verdades. En cualquier caso,

hacía meses que venía «hablándose» del golpe «espectacular» —como lo habrían calificado los expertos en inteligencia actuales— que iba a cometerse.

En aquella mañana espléndida y bochornosa el colorido oriental de Tiflis (actualmente Tbilisi, nombre oficial de la capital de la República de Georgia) casi no parecía pertenecer al mismo mundo al que pertenecía la capital de los zares, San Petersburgo, a más de mil kilómetros de distancia. Las viejas calles, sin agua corriente ni electricidad, no eran sino la prolongación de las laderas del Mtatsminda, el Monte Santo, hasta que se volvían demasiado escarpadas para trepar por ellas, llenas de casas retorcidas y pintorescas, casi arruinadas bajo el peso de los balcones, hasta los cuales trepaban las parras. Tiflis era un pueblo grande, en el que todo el mundo se conocía.

Justo detrás del Cuartel del Ejército, en la bonita calle Freilinskaya, a un tiro de piedra de la plaza, vivía la mujer de Stalin, una hermosa joven georgiana, modista de profesión, llamada Kato Svanidze, y su hijo recién nacido, Yakov. El suyo había sido un verdadero matrimonio por amor: a pesar de sus modales siniestros, Stalin estaba entregado en cuerpo y alma a Kato, que lo admiraba y compartía su fervor revolucionario. Mientras ella tomaba el sol en el balcón en compañía de su hijito, su marido estaba a punto de darle un susto tremendo, y de paso iba a dárselo a toda Tiflis.

Aquella ciudad recoleta era la capital del Cáucaso, el virreinato salvaje y montaraz del zar, situado entre el mar Negro y el Caspio, un crisol de pueblos feroces y orgullosos. La Perspectiva Golovinski parecía una calle de París por su elegancia. Teatros neoclásicos de color blanco, un palacio de la ópera de estilo morisco, grandes hoteles y los palacios de los príncipes georgianos y de los barones del petróleo armenios se alineaban a un lado y otro de la avenida, pero en cuanto pasaba uno del Cuartel del Ejército, se llegaba a la plaza Ereván, que se desbordaba en un verdadero popurrí asiático.

Vendedores vocingleros vestidos de manera exótica ofrecían *lobio*, las judías picantes típicas de Georgia, y *khachapuri*, pastel de queso caliente. Aguadores, vendedores ambulantes, ladrones al descuido y mozos de carga iban y venían del Bazar Armenio al Bazar Persa, cuyos pasadizos recordaban más a un zoco levantino que a una ciudad europea. Caravanas de camellos y asnos, cargadas con sedas y especias de Persia y Turkestán, o frutas y odres de vino de la rica campiña georgiana, atravesaban parsimoniosamente las puertas del caravasar. Los jóvenes camareros y recaderos servían a los clientes que dormían y comían en él, les llevaban las bolsas, quitaban los arreos a caballos y asnos, y contemplaban el espectáculo de la plaza. Por los archivos georgianos recientemente abiertos al público, ahora sabemos que Stalin, como si quisiera imitar al Fagin de *Oliver Twist*, utilizaba a los chicos del caravasar como una especie de servicio de inteligencia y de correos callejero infantil. Mientras tanto, en una de las habitaciones traseras del caravasar, semejantes a antros, los principales gánsters echaban una prédica a sus matones, ensayando el plan por última vez. Puede que el propio Stalin estuviera allí aquella mañana.

Las dos hermosas adolescentes que acariciaban con sus dedos las sombrillas y los revólveres cargados, Patsia Goldava y Anneta Sulakvelidze, «de pelo castaño, esbeltas, y con unos ojos negros que delataban su juventud», cruzaron la plaza con aire despreocupado hasta situarse ante el Cuartel del Ejército, donde se pusieron a flirtear con unos agentes rusos, gendarmes vestidos con elegantes uniformes azules, y con unos cosacos de piernas arqueadas.

Tiflis era —y sigue siendo— una ciudad lánguida de gentes que pasean y recorren distraídamente los bulevares, deteniéndose a menudo a beber un vaso de vino en las terrazas de sus numerosas tabernas: si los sombríos y excitables georgianos se parecen a algún otro pueblo europeo, es al italiano. Georgianos y otros caucasianos, vestidos con su

tradicional *chokha* —el abrigo de largos faldones con sus filas de pequeños bolsillos para las balas en la pechera— recorrían a grandes zancadas las calles cantando en voz alta. Las georgianas, con la cabeza cubierta con pañuelos negros, y las esposas de los militares rusos, vestidas a la europea, paseaban junto a las puertas de los Jardines Pushkin, compraban helados y sorbetes, rodeadas de persas y armenios, chechenos, abjasios, y judíos de las montañas, en un abigarrado batiburrillo de tocados y vestidos diversos.

Bandas de pilluelos —los *kintos*— espiaban furtivamente a la muchedumbre en busca de víctimas de sus trapacerías. Adolescentes aprendices de curas, con largas sobrepellices blancas, eran escoltados por sus maestros de largas barbas y túnicas negras desde el edificio del seminario, de esbeltas columnas blancas, donde Stalin había estado a punto de convertirse en cura nueve años antes, hasta la calle. Aquel calidoscopio antieslavo, antiruso y ferozmente caucasiano, a medio camino entre Oriente y Occidente, era el mundo en el que se había criado Stalin.

Después de comprobar la hora, las jóvenes Anneta y Patsia se marcharon, para tomar posiciones a uno y otro lado de la plaza. En la calle del Palacio, la dudosa clientela de la conocida taberna Tilipuchuri —príncipes, rufianes, confidentes de la policía y carteristas— bebían ya vino de Georgia y *brandy* de Armenia, no lejos de la magnificencia plutocrática del palacio del príncipe Sumbatov.

Justo entonces, David Sagirashvili, otro revolucionario que conocía a Stalin y a varios gánsters más, había ido a visitar a un amigo que tenía una tienda encima de la taberna y era invitado a entrar por el bandido alegre que estaba a la puerta, Bachua Kupriashvili, que «inmediatamente me ofreció un asiento y un vaso de vino tinto, según la costumbre georgiana». David bebió tranquilamente el vino y cuando estaba a punto de marcharse, el pistolero le indicó «con una cortesía exquisita» que se quedara dentro y que «tomara más vino y algún tentempié». David se dio cuenta de que «dejaban

entrar a la gente al restaurante, pero no la dejaban *salir*. A la puerta había hombres armados».

Al ver el convoy que bajaba por el bulevar al galope, Patsia Goldava, la joven delgada y de melena castaña situada al acecho, dobló rápidamente la esquina para dirigirse a los Jardines Pushkin, donde saludó agitando el periódico a Stepko Intskirveli, que aguardaba en la puerta.

—¡Ya está! —exclamó.

Stepko hizo un gesto de asentimiento a Anneta Sulakvelidze, que se encontraba al otro lado de la calle, justo a la puerta de la taberna Tilipuchuri, y la joven hizo una seña a los otros para que salieran de ella. Los pistoleros de la entrada les hicieron a su vez otra seña. «Ante la señal convenida», Sagirashvili vio cómo los pistoleros de la taberna dejaban sus copas, quitaban el seguro a sus armas, se dirigían a la salida, y cruzaban la plaza. Eran unos jóvenes delgados, demacrados, vestidos con pantalones anchos, que casi no habían comido nada durante semanas. Algunos eran gánsters, otros hombres desesperados que no tenían nada que perder y otros, como era habitual en Georgia, eran príncipes que se habían visto obligados por la pobreza a salir de sus castillos de provincias, de techos derrumbados y muros desmoronados. Por criminales que fueran sus actos, a ellos lo único que les preocupaba era el dinero: estaban entregados en cuerpo y alma a Lenin, al Partido y al hombre que movía los hilos en Tiflis, Stalin.

«Las funciones de cada uno de nosotros habían sido planeadas previamente», recordaría más tarde la tercera joven que integraba la banda, Alexandra Darakhvelidze, de apenas diecinueve años, amiga de Anneta y veterana ya por haber participado en varios tiroteos.

Los gánsters tenían vigilados a los policías apostados en la plaza, los *gorodovoi*, conocidos en la calle como los *faraones*. Dos pistoleros apuntaban a los cosacos situados a la puerta del ayuntamiento; los demás fueron hasta la esquina de la calle Velyaminov y del Bazar Armenio, no lejos del propio Banco

Nacional. Alexandra Darakhvelidze recuerda en sus memorias inéditas que cubría una de las esquinas de la calle junto con dos pistoleros.

En aquel momento, Bachua Kupriashvili, simulando como el que no quiere la cosa que estaba leyendo el periódico, vio en la distancia la nube de polvo levantada por los cascos de los caballos. ¡Ya llegaban! Bachua enrolló su periódico; estaba listo…

El capitán de caballería del sable resplandeciente, que había estado luciéndose por la plaza, advertía en aquellos momentos a los transeúntes que se apartaran, pero en vista de que nadie le hacía caso, volvió a montar en su hermosa cabalgadura. No era un oficial, sino el ideal del *beau sabreur* y del forajido georgiano, mitad caballero y mitad bandido. Se trataba de Kamo, de apenas veinticinco años, el jefe de la Cuadrilla y, como decía Stalin, «todo un maestro del disfraz», que lo mismo podía hacerse pasar por un príncipe rico que por una lavandera rústica. Se movía con rigidez; su ojo izquierdo medio ciego lanzaba destellos y giraba como enloquecido: una de sus bombas le había estallado en la cara hacía dos semanas. Todavía estaba convaleciente.

Kamo estaba «totalmente cautivado» por Stalin, que lo había convertido al marxismo y con el cual se había criado en la violenta ciudad de Gori, a unos 70 kilómetros de distancia. Era un atracador de bancos de una audacia increíble, un Houdini de las evasiones, un tontorrón crédulo… que practicaba la violencia con la furia de un psicópata. Con una tranquilidad reconcentrada y misteriosa en su extraño «rostro sin brillo», de mirada vacía, servía celosamente a su amo, Stalin, hasta el punto de suplicarle a menudo: «¡Déjame que lo mate por ti!». No había acto de horror macabro ni de valerosa extravagancia que no pudiera cometer: en una ocasión hundiría su mano en el pecho de un hombre y le arrancaría el corazón.

Durante toda su vida, el magnetismo distante de Stalin atraería y conseguiría la devoción de psicópatas amorales e individuos totalmente desenfrenados. Su amigo de la infancia, Kamo, y aquellos pistoleros serían los primeros de una larga serie. «Aquellos jóvenes seguían a Stalin con una entrega absoluta… Su admiración por él le permitía imponerles la disciplina férrea que lo caracterizaba»[3]. Kamo visitaba a menudo el domicilio particular de Stalin, donde poco antes había pedido prestado el sable al padre de Kato, con el pretexto de que «iba a disfrazarse de oficial de los cosacos»[4]. Incluso Lenin, aquel abogado fastidioso, criado como un aristócrata, se sentía fascinado por aquel individuo intrépido al que llamaba su «bandolero caucasiano». «Kamo», decía pensativo Stalin ya en la vejez, «era una persona realmente sorprendente»[5].

El «capitán» Kamo dio media vuelta en su caballo poniéndose de cara al bulevar y se cruzó intrépidamente al trote con el convoy que venía en dirección opuesta. Una vez que diera comienzo el tiroteo, decía en tono jactancioso, todo «habría acabado en tres minutos».

Los cosacos hicieron su entrada al galope en la plaza Ereván, dos delante, dos detrás y otro al lado de los dos carruajes. En medio de la polvareda, los gánsters pudieron comprobar que dentro de la carroza iban dos hombres vestidos de frac —el cajero del Banco Nacional, Kurdyumov, y el contable, Golovnya— y dos soldados con escopetas con el seguro quitado, mientras que el segundo faetón iba atestado de policías y soldados. En medio del estruendo de los cascos de las caballerías, los carruajes y los jinetes tardaron apenas unos segundos en cruzar la plaza y doblar la calle Sololaki, donde se alzaba el nuevo Banco Nacional: sobre la puerta, unas estatuas de leones y de dioses representaban la incipiente prosperidad del capitalismo ruso[*].

Bachua bajó el periódico, que era la señal convenida, y a continuación lo arrojó al suelo para coger sus armas. Los

gánsters sacaron lo que llamaban las «manzanas», unas potentes granadas que habían metido de contrabando en Tiflis las dos chicas, Anneta y Alexandra, escondidas dentro de un gran sofá.

Los pistoleros y las muchachas avanzaron, tiraron de la espoleta y lanzaron cuatro granadas que explotaron debajo de los carruajes con un ruido ensordecedor y una fuerza infernal, a consecuencia de la cual los caballos cayeron destripados y los hombres quedaron despedazados, llenando el empedrado de la calle de sangre y vísceras. Los bandoleros sacaron sus pistolas Mauser y Browning y abrieron fuego contra los cosacos y la policía que había en la plaza y que, al ser cogidos totalmente desprevenidos, cayeron heridos o salieron corriendo en busca de refugio. Explotaron más de diez bombas. Los testigos pensaron que caían procedentes de todas direcciones, incluso de los tejados: luego se dijo que Stalin había tirado la primera desde el tejado de la mansión del príncipe Sumbatov.

Los carruajes del banco se habían detenido. Los transeúntes se dispersaron entre chillidos buscando protección. Algunos pensaron que se trataba de un terremoto: ¿Estaba cayendo el Monte Santo sobre la ciudad? «Nadie podía asegurar si aquel terrible estruendo se debía al disparo de unos cañones o al estallido de unas bombas», informaba el periódico georgiano *Isari* («La Flecha»). «El estrépito provocó el pánico por doquier… casi en toda la ciudad la gente echó a correr. Carruajes y carretas salieron huyendo al galope…». Las chimeneas de muchos edificios se vinieron abajo, y los cristales de las casas se hicieron añicos incluso en las inmediaciones del palacio del Virrey.

Kato Svanidze estaba en el balcón de su casa cuidando al hijo de Stalin con su familia «cuando de repente oímos el estallido de las bombas», recordaba su hermana Sashiko. «Aterrorizados, nos metimos rápidamente en casa». Fuera, en medio del humo amarillento y el caos más espantoso, entre caballos muertos y miembros mutilados, algo había salido mal.

Uno de los caballos de la primera carroza dio un respingo y revivió como por encanto. Justo cuando los bandidos corrían a apoderarse de las bolsas del dinero situadas en la trasera del carruaje, el caballo recuperó sus bríos y salió corriendo cuesta abajo en dirección al Bazar de los Soldados, desapareciendo con el dinero que Stalin había prometido a Lenin para la Revolución[6].

Durante los cien años siguientes, el papel desempeñado por Stalin aquel día fue conocido, pero no pudo probarse. Hoy día, sin embargo, los archivos recientemente abiertos en Moscú y Tiflis demuestran que estuvo preparando durante varios meses a sus «infiltrados» en el banco. Las memorias inéditas de su cuñada, Sashiko Svanidze, conservadas en los archivos georgianos, señalan que Stalin reconocía abiertamente que él mismo dirigió toda la operación[*]. Hoy día, un siglo después de ser perpetrado el golpe, podemos finalmente conocer la verdad.

A Stalin le encantaba «el negocio sucio de la política», el drama conspiratorio de la revolución. Cuando se convirtiera en dictador de la Rusia soviética, haría enigmáticas alusiones, incluso con cierta nostalgia, a aquellos juegos de «cosacos y bandoleros» —*kazaki i razboyniki*, la versión rusa de nuestros «policías y ladrones»—, pero no daría nunca detalles que pudieran echar por tierra sus credenciales de estadista[7].

El Stalin de 1907 era un hombre pequeño, delgado, pero fuerte, y esquivo que tenía muchos alias, vestido siempre con una camisa roja de satén, un abrigo gris y un característico sombrero negro. A veces le gustaba ponerse la *chokha* georgiana tradicional y lucir una capucha caucasiana blanca cuyos pliegues caían airosamente sobre los hombros. Yendo siempre de un lado para otro, a veces prófugo, utilizaba los numerosos uniformes de la sociedad zarista para disfrazarse, y a menudo se libró de la caza al hombre vistiéndose de mujer.

Dotado de un gran atractivo para las mujeres, aficionado a cantar melodías georgianas y a recitar poesías, era un hombre

carismático y risueño, pero profundamente adusto, un georgiano raro con la frialdad de un nórdico. Sus ojos «ardientes» mostraban manchas de color miel cuando se mostraba cariñoso, y amarillas cuando estaba irritado. Todavía no se había dejado crecer el bigote ni llevaba el pelo a cepillo típicos de sus mejores tiempos: a veces se dejaba la barba y lucía el pelo largo, todavía del color castaño rojizo de la juventud, aunque ya había empezado a oscurecérsele. Tenía la cara picada de viruela y caminaba con rapidez, pero con paso renqueante, llevando siempre el brazo izquierdo rígido, como consecuencia de diversos accidentes y enfermedades de la infancia.

La cabeza de aquel hombre infatigable en la acción era un hervidero de ideas y de ingenio. Inspirado por las ansias de aprender y el instinto de enseñar, estudiaba fervorosamente novelas y libros de historia, pero su amor por las letras se vio superado en todo momento por su afán de mando y de dominio, por el deseo de derrotar a sus enemigos y vengar cualquier desaire. Paciente, tranquilo y modesto, podía ser también vanidoso, puntilloso y suspicaz, y tener estallidos de crueldad realmente exagerados.

Inmerso en la cultura del honor y la lealtad típicamente georgiana, se caracterizaba por un realismo audaz, un cinismo sarcástico y una saña despiadada: fue él el que creó la Cuadrilla bolchevique encargada de ejecutar los atracos a bancos y asesinatos, controlándola desde lejos como habría hecho un padrino de la mafia. Cultivaba la rudeza del campesino, rasgo que lo malquistó con algunos camaradas, pero que ocultaba convenientemente a la vista de sus rivales más refinados otras dotes suyas más sutiles.

Felizmente casado con Kato, había decidido llevar una cruel existencia errante que, a su juicio, lo liberaba de la moralidad o las responsabilidades normales, incluso del propio amor. Sin embargo, aunque escribiera acerca de la megalomanía de otros, no era consciente de sus ansias de poder. Le encantaba su propio secretismo. Cuando llamaba a la

puerta de sus amigos y éstos preguntaban quién era, respondía con un tono burlón y grandioso a la vez: «El Hombre de Gris».

Fue uno de los primeros revolucionarios profesionales, por lo que la clandestinidad era su hábitat natural, en el que se movía con la gracia esquiva y el aire amenazador de un gato. Extremista y conspirador nato, el Hombre de Gris era un verdadero creyente, «un marxista fanático desde la juventud». Los ritos violentos del mundo secreto de conspiración caucasiana propio de Stalin darían lugar más tarde a la peculiar cultura de gobierno de la Unión Soviética[8].

«Stalin inauguró la era de los atracos a mano armada», escribiría otro de los cerebros de los atracos a los bancos, su paisano y amigo Iosiv Davrichewy[9]. Estamos acostumbrados a pensar que Stalin organizaba todas las acciones, pero que no participaba personalmente en ellas. Es posible que así fuera aquella mañana de 1907, pero ahora sabemos que, armado con una Mauser, participó de manera más directa en otros robos[10].

Siempre tenía a la vista la obtención de un premio espectacular y sabía que los mejores atracos suelen ser trabajos llevados a cabo desde dentro. En esta ocasión dispuso de dos infiltrados. Primero había estado adoctrinando pacientemente a un empleado del banco, pero después se encontró con un compañero de la escuela que casualmente trabajaba para el departamento postal del propio banco. Stalin cultivó su trato durante meses, hasta que el hombre le hizo saber que el 13 de junio de 1907 se esperaba la llegada a Tiflis de una cantidad enorme de dinero, quizá un millón de rublos.

Este «infiltrado» decisivo revelaría más tarde que había contribuido a organizar aquel golpe colosal porque era un gran admirador de la poesía romántica de Stalin. Sólo en Georgia podía el Stalin poeta facilitar la aparición del Stalin gánster[11].

El caballo desbocado que tiraba del carruaje y el botín atravesó la plaza al galope. Algunos gánsters fueron presa del

pánico, pero hubo tres pistoleros que actuaron con una rapidez pasmosa. Bachua Kupriashvili conservó su sangre fría y se dirigió a la carrera hacia el caballo. Estaba demasiado cerca como para no correr peligro, pero arrojó otra «manzana» bajo la panza del animal, haciéndolo saltar con las tripas al descubierto y las patas rotas. Él mismo fue lanzado por los aires y cayó violentamente sobre el empedrado.

La carroza se paró en seco. Bachua había quedado fuera de combate, pero Datiko Chibriashvili se encaramó al coche y sacó las sacas de dinero. Con ellas en la mano se dirigió envuelto en humo a la calle Velyaminov. Pero la banda se había dispersado. Datiko no podía ir muy lejos cargado con el peso de los billetes: tenía que pasárselos a alguien. ¿Pero a quién?

El humo fue disipándose y pudo verse así la carnicería causada por el atentado, digna de una pequeña batalla campal. Todavía atravesaban el aire gritos y disparos, y la sangre bañaba el empedrado en el que podían distinguirse numerosos miembros mutilados. Los cosacos y los soldados empezaron a recobrar los ánimos y cogieron de nuevo sus armas. Llegaban refuerzos procedentes de toda la ciudad. «Todos los camaradas», escribía Bachua Kupriashvili, «habían salido bastante bien librados, excepto tres que tenían los nervios menos templados y habían salido corriendo». Pero Datiko se encontró de momento casi solo. Vaciló, desconcertado. El éxito del plan pendía de un hilo.

¿Arrojó realmente Stalin la primera bomba desde el tejado de la mansión del príncipe Sumbatov? Otra fuente, P. A. Pavlenko, uno de los escritores favorecidos por el dictador, afirmaba que el propio Stalin había atacado la carroza y había resultado herido por un fragmento de metralla. Pero este detalle parece bastante inverosímil[12] Stalin solía «mantenerse al margen» de todos los demás en este tipo de acciones por razones de seguridad y porque siempre se consideró especial a sí mismo.[13].

Según fuentes georgianas, durante los años veinte Kamo afirmaría entre los vapores del alcohol que Stalin no había tomado parte activa en el atraco, sino que lo había observado desde lejos, noticia que se ve confirmada por otra fuente, ésta bastante cuestionable, relacionada con la policía, según la cual Stalin «observó aquel espantoso baño de sangre fumando un cigarrillo desde el patio de una mansión» del bulevar Golovinski. Quizá esa «mansión» fuera en efecto la del príncipe Sumbatov[14]. Las lecherías, las tabernas, los talleres de zapateros, peluqueros y sastres existentes en el bulevar estaban atestados de confidentes de la Ojrana. Lo más probable es que Stalin, el maestro de la clandestinidad especializado en apariciones y desapariciones repentinas, se encontrara lejos de allí antes de que diera comienzo el tiroteo. De hecho, la fuente mejor informada lo sitúa a media mañana en la estación de ferrocarril[15]. Allí podía permanecer fácilmente en contacto con su red de mozos de cuerda y rateros de la plaza Ereván.

Si alguno de aquellos astutos pillos le traía malas noticias, podía saltar a cualquier tren y desaparecer.

Cuando el atraco estaba a punto de fracasar, el «capitán» Kamo entró a toda velocidad en la plaza conduciendo su propio faetón, con las riendas en una mano y disparando el Mauser en la otra, como un vaquero de una película del oeste. Furioso porque el plan había fracasado, lanzando maldiciones a voces «como un verdadero capitán», dio varias vueltas a la plaza tomando de nuevo posesión de ella. Luego se dirigió al galope hacia Datiko, se inclinó hacia fuera y, con la ayuda de una de las jóvenes pistoleras, cogió los sacos del dinero y los metió en el coche. Dio precipitadamente media vuelta y salió a toda velocidad por el bulevar, pasando ante al palacio del Virrey, que zumbaba como una colmena de abejas a medida que iban reuniéndose en él soldados y más soldados, mientras los cosacos montaban en sus cabalgaduras y eran enviados mensajes pidiendo refuerzos.

Kamo vio que en dirección contraria se acercaba lentamente un coche de la policía en el que iba A. G. Balabanski, el Subjefe de Policía de la localidad. «El dinero está a salvo. Corra a la plaza», gritó Kamo. Hacia allí se dirigió Balabanski. Hasta el día siguiente no se dio cuenta de su error. Y se suicidó.

Kamo condujo el carro directamente hasta la calle Vtoraya Goncharnaya y entró en el patio del taller de carpintería que había en las traseras de una casa propiedad de una señora mayor llamada Barbara «Babe» Bochoridze. A lo largo de los años Stalin había pasado allí muchas noches con el hijo de Babe, Mikha. Y allí había sido también planeado el atraco. Se trataba de una dirección perfectamente conocida por la policía de la ciudad, pero la banda había sobornado al menos a un oficial de los gendarmes, el capitán Zubov, acusado más tarde de cohecho e incluso de ayudar a esconder el botín. Kamo, fatigadísimo, entregó el dinero, se cambió de uniforme y se echó un cubo de agua por la cabeza sudorosa.

El eco del golpe espectacular de Stalin se dejó oír en todo el mundo. En Londres, el *Daily Mirror* anunciaba; «LLUVIA DE BOMBAS: los revolucionarios siembran la destrucción entre una muchedumbre de personas». Y añadía: «Unas diez bombas fueron arrojadas, una tras otra, hoy, en la plaza central de la ciudad atestada de gente. Las bombas explotaron con una violencia terrible, matando a numerosas personas…» *The Times* hablaba sólo de «ATENTADO CON BOMBAS EN TIFLIS»; *Le Temps* de París era más lacónico y decía sólo: «¡CATÁSTROFE!»

Tiflis era presa de la confusión. El virrey del Cáucaso, el conde Vorontsov-Dashkov, habitualmente afable, despotricaba de la «insolencia de los terroristas». La «administración y el ejército han sido movilizados», proclamaba *Isari*. «La policía y las patrullas han empezado a efectuar registros en toda la ciudad. Se han practicado numerosas detenciones…» San Petersburgo estaba indignada. Las fuerzas de seguridad habían recibido la orden de encontrar el dinero y a los atracadores.

Fue enviado a la zona un detective especial con todo el personal necesario para que se pusiera al frente de las investigaciones. Las calles fueron cerradas; la plaza Ereván fue rodeada, mientras que los cosacos y los gendarmes hicieron redadas deteniendo a los sospechosos habituales. Se pidió información a todos los confidentes y a todos los agentes dobles, que naturalmente ofrecieron todo tipo de versiones del hecho, ninguna de las cuales apuntaba realmente hacia los verdaderos culpables.

En la carroza habían quedado veinte mil rublos. Un cochero que aseguraba haber tenido mucha suerte al sobrevivir, se quedó con otros 9500 rublos, pero no tardó en ser detenido con el dinero: no sabía nada de la banda de Stalin y Kamo. Una mujer se presentó dando voces y diciendo que había sido una de las atracadoras, pero resultó ser una loca.

Nadie podía conjeturar cuántos habían sido los atracadores: los testigos creían que había habido hasta cincuenta gánsters arrojando bombas desde los tejados, si no desde el propio Monte Santo. En realidad nadie había visto a Kamo coger el botín. La Ojrana había recibido informaciones procedentes de todos los rincones de Rusia según las cuales el atraco había sido organizado por el propio estado, por los socialistas polacos, por unos anarquistas de Rostov, por los dasnacos armenios, o por el partido socialista revolucionario.

Ninguno de los gánsters fue atrapado. Incluso Kupriashvili recobró el conocimiento justo a tiempo para poder esfumarse. En el caos que se produjo a continuación, los atracadores se dispersaron cada uno en una dirección, confundiéndose con la multitud. Uno de ellos, Eliso Lominadze, que había estado vigilando una esquina junto con Alexandra Darakhvelidze, se metió en la conferencia de un profesor, robó una toga de catedrático y luego volvió paseando como el que no quiere la cosa a la plaza para admirar su hazaña. «Todo el mundo sobrevivió», decía Alexandra, cuando dictó sus memorias en 1959; por entonces era la única integrante de la fatídica banda que seguía viva.

En la plaza quedaron cincuenta heridos. Los cuerpos de tres cosacos, los empleados del banco y algunos transeúntes inocentes yacían hechos pedazos. La censura se encargó de que el número de bajas que apareciera en la prensa fuera inferior al real, pero los archivos de la Ojrana revelan que murieron cerca de cuarenta personas. En las tiendas de las proximidades se montaron centros de primeros auxilios para asistir a los heridos. Veinticuatro heridos graves fueron conducidos al hospital. Una hora después, los transeúntes pudieron contemplar por la calle Golovinski el paso macabro del coche fúnebre que conducía los cadáveres y los pedazos de los cuerpos mutilados, como si fueran los desechos de un matadero[16].

El propio Banco Nacional no estaba seguro de si había perdido 250 000 o 341 000 rublos, o una cifra intermedia, pero en cualquier caso se trataría de una suma impresionante, equivalente más o menos a 1,7 millones de libras esterlinas (3,4 millones de dólares americanos) en dinero actual, aunque realmente su poder adquisitivo era mucho mayor.

Bochoridze y su esposa, Maro, otra de las atracadoras, cosieron el dinero en la funda de un colchón. Patsia Goldava, la esbelta pistolera, buscó luego a los porteadores, tal vez a algunos de los pilluelos de Stalin, y supervisó su traslado a otro piso franco situado al otro lado del río Kura. El colchón fue colocado entonces en el diván del director del observatorio meteorológico de Tiflis, donde había estado viviendo y trabajando Stalin cuando salió del seminario. Aquél fue el último verdadero empleo de Stalin antes de zambullirse en la clandestinidad conspiratoria, de hecho su último trabajo hasta que entró a formar parte del gobierno soviético de Lenin en octubre de 1917. Más tarde, el director de esta institución confesaría que nunca había tenido conocimiento de la riqueza que se escondía bajo su almohada.

El propio Stalin, según afirman numerosas fuentes, ayudó a meter el dinero en el observatorio. Aunque pueda parecer un

mito, la historia resulta bastante plausible: nos recuerda que a menudo manejó fondos robados, encargándose del transporte y la vigilancia del dinero procedente de los atracos y los actos de piratería a través de los pasos de montaña, oculto en las alforjas de su montura.

Sorprendentemente, aquella noche Stalin se sintió lo bastante seguro como para volver a casa de Kato y jactarse de su hazaña ante toda la familia: ¡Había sido obra de sus muchachos[17]! Y bien orgulloso podía estar. El dinero se hallaba a salvo en el colchón del hombre del tiempo y pronto estaría en manos de Lenin. Nadie sospechaba de Stalin, ni siquiera de Kamo. El botín sería pasado de contrabando al extranjero, una parte incluso sería blanqueada a través del *Crédit Lyonnais*. La policía de una docena de países iría tras la pista del dinero y de los gánsters durante meses, pero todo sería en vano.

Durante algunos días después del golpe, se dice que Stalin, sobre el que no recaía sospecha alguna de haber participado en el atraco, se sintió lo bastante seguro como para beber inconscientemente en las tabernas del río, aunque no lo haría por mucho tiempo. De repente le dijo a su mujer que se marchaban inmediatamente y que iban a empezar una nueva vida en Bakú, la capital del *boom* del petróleo situada al otro lado del Cáucaso.

«¿Quién sabe cómo demonios», reflexionaba el *Novoye Vremya* (los *Nuevos Tiempos* de Tiflis), «se llevó a cabo ese atraco de audacia tan singular?» Stalin había logrado cometer el crimen perfecto.

Al final resultó que el golpe de Tiflis no fue perfecto, ni mucho menos. De hecho acabó convirtiéndose en una copa envenenada. A partir de aquel día Stalin no volvería a vivir ni en Tiflis ni en Georgia. Kamo correría una extraña suerte que casi lo arrastró a la locura. La búsqueda del dinero se complicaría bastante —al final resultó que, al menos en parte, los billetes estaban marcados—, pero incluso aquellos

sorprendentes enredos no supusieron el fin del asunto para Stalin. El éxito de aquel golpe constituyó casi un desastre para él.

La notoriedad mundial del atraco se convirtió en un arma muy poderosa contra Lenin y más concretamente contra la propia persona de Stalin.

Los gánsters se enfrentaron unos con otros por el botín. Lenin y sus camaradas se pelearon por la posesión del dinero como ratas acorraladas. Sus enemigos dentro del Partido emplearon los tres años siguientes en organizar tres investigaciones internas distintas con la esperanza de hundirlo. Stalin, considerado *persona non grata* en Georgia y desacreditado por su descarada burla de las reglas del partido y su carácter sanguinario, fue expulsado de la organización por el comité de Tiflis. Fue aquél un golpe que habría podido hacer fracasar su plan de suceder a Lenin y acabar con su ambición de convertirse en estadista ruso y sumo pontífice del marxismo. El asunto era tan delicado que incluso en 1918 puso un pleito por libelo con el fin de acabar de una vez con los rumores[*]. Su carrera de padrino mafioso, atracador audaz, asesino, pirata e incendiario, aunque en Rusia fuera objeto de comentarios en voz baja y en el extranjero despertara el entusiasmo de sus críticos, permanecería oculta hasta el siglo XXI.

En otro sentido, el golpe espectacular de Tiflis supuso un hito en la creación de su figura. Stalin había demostrado que era no sólo un político de talento, sino también un hombre de acción despiadado, el único patrono que contaba realmente. Lenin decidió que Stalin era «exactamente el tipo de individuo que necesito».

Stalin, su mujer y su hijo desaparecieron de Tiflis dos días después de su «golpe espectacular», que no fue ni mucho menos el último. Había nuevos mundos que conquistar: Bakú, la mayor ciudad petrolífera del mundo, San Petersburgo, la capital del imperio, y toda la gran Rusia. En efecto, Stalin, el

muchacho georgiano criado en las violentas calles, dominadas por el espíritu de clan, de una ciudad turbulenta convertida en la capital de los atracos a bancos de todo el imperio, entró así por primera vez en la escena de Rusia. Y no miraría nunca hacia atrás.

Sin embargo, estaba a punto de venírsele encima una tragedia personal que contribuiría a transformar a aquel ególatra suspicaz y sanguinario en el político máximo para el cual no habría precio ni reto ni coste en vidas humanas demasiado grande con tal de realizar sus ambiciones personales y sus sueños utópicos[18].

Primera parte

Mañana

El capullo de rosa se había abierto
y sus pétalos extendidos rozaban los de la violeta
el lirio se despertaba
e inclinaba su cabeza mecido por la brisa.
En lo alto de las nubes la alondra
cantaba un himno de trinos
mientras el alegre ruiseñor
decía con dulce voz:
«Llénate de flores, oh tierra hermosa,
alegra el país de los iberos[*],
y tú, georgiano, mediante el estudio
lleva la alegría a tu patria».

SOSELO

1

El milagro de Keke: Soso

El 27 de mayo de 1872, un zapatero joven y apuesto, modelo de caballerosidad georgiana, Visarion «Beso» Djugashvili, de veintidós años, se casó con Ekaterina «Keke» Geladze, de diecisiete, una atractiva muchacha pecosa de pelo cobrizo, en la iglesia Uspenski de la pequeña localidad de Gori[1].

Una casamentera había visitado el domicilio de Keke para hablarle a favor de la boda con Beso el zapatero: era un artesano respetable del pequeño taller de Baramov, lo que hacía de él un buen partido. «Beso», dice Keke en sus memorias recientemente descubiertas[*], «era considerado un joven muy popular entre mis amigas y todas soñaban con casarse con él. Por poco reventaron de envidia. Beso era un novio envidiable, un verdadero *karachogheli* [caballero georgiano], con bonitos bigotes, siempre muy bien vestido, y con el peculiar refinamiento del habitante de una ciudad». Keke tampoco tenía la menor duda de que ella era también un buen partido. «Entre mis amigas, me convertí en la muchacha más deseada y hermosa». Efectivamente, «esbelta, de pelo castaño y grandes ojos», todos decían de ella que era «muy guapa».

Según la tradición, la boda tuvo lugar después de la puesta de sol; la vida social georgiana, escribe un historiador, «está tan ritualizada como la conducta victoriana de los ingleses», por lo que el casamiento se celebró con la ruidosa alegría propia de la tumultuosa ciudad de Gori. «Fue», recuerda Keke, «enormemente elegante». Los invitados eran verdaderos *karachogheli*, «risueños, audaces y generosos», vestidos con

sus magníficas *chokhas* negras, «de mangas anchas y cintura entallada». El padrino principal de Beso fue Yakov «Koba» Egnatashvili, un robusto campeón de lucha, comerciante acaudalado y héroe local que, como dice Keke, «siempre intentó echar una mano en la creación de nuestra familia».

El novio y sus amigos se reunieron en casa de éste para brindar, antes de desfilar por las calles de la ciudad e ir a recoger a Keke y su familia. La pareja se trasladó después a la iglesia en un coche nupcial abigarradamente decorado, con campanillas y cintas. En la iglesia, el coro se reunió en la tribuna; a sus pies, hombres y mujeres se colocaron de pie en dos grupos entre el chisporroteo de las velas. Los cantores entonaron las emotivas y armónicas melodías del país al son de la *zurna*, un instrumento de viento típicamente georgiano semejante a la flauta de los beréberes.

La novia entró acompañada de sus damas de honor, atentas a no pisarle la cola, presagio especial de mala suerte. Presidió la ceremonia el padre Khakhanov, un clérigo armenio, el padre Kasradze registró la ceremonia, y el padre Christofor Charkviani, amigo de la familia, ejecutó con tanto primor los cantos, que Yakov Egnatashvili «le dio una generosa propina de 10 rublos», no una cifra baladí. Posteriormente, los amigos de Beso iniciaron los cantos tradicionales y encabezaron la procesión nupcial bailando por las calles al son del *duduki*, una flauta larga, camino de la *supra*, el típico banquete georgiano presidido por un *tomada*, o maestro de ceremonias encargado de divertir con sus bromas y chistes a los asistentes.

El servicio religioso y los cantos se habían ejecutado en la singular lengua georgiana, no en ruso, pues Georgia era un territorio anexionado recientemente al Imperio de los Románov. Regido durante mil años por los vástagos de la dinastía de los Bagration, el reino de Sakartvelo (Georgia para los occidentales, Gruzia para los rusos) era un baluarte cristiano independiente de valores caballerescos frente a los mongoles, los timúridas, los otomanos y el imperio persa, todos de religión islámica. Había conocido su época de mayor

esplendor en el siglo XII, con el imperio de la reina Tamara, inmortalizado en el poema épico nacional, *El caballero de la piel de tigre*, de Rustaveli. A lo largo de los siglos, el reino se había dividido en principados enfrentados unos con otros. En 1801 y 1810, los zares Pablo y Alejandro I anexionaron algunos de esos principados a su imperio. Los rusos no concluyeron la conquista militar del Cáucaso hasta que consiguieron la rendición del imán Shamyl y sus guerreros chechenos en 1859, después de una guerra de treinta años, y el último reducto de Georgia cayó en su poder en 1878. Incluso los georgianos más aristocráticos, que prestaban servicios en la corte del emperador en San Petersburgo o en la del virrey en Tiflis, soñaban con la independencia. De ahí el orgullo de Keke por el hecho de continuar las tradiciones georgianas de virilidad y los ritos nupciales típicos.

Beso, comentaba Keke, «*parecía* que iba a ser un buen hombre de familia… Creía en Dios y siempre iba a la iglesia». Los padres de él y de ella habían sido siervos de unos príncipes de la región, y habían obtenido la libertad en mil ochocientos sesenta y tantos gracias al Zar Libertador, Alejandro II. El abuelo de Beso, Zaza, vivía en una aldea oseta[*], Geri al norte de Gori[2]. Como su bisnieto, Stalin, Zaza fue un rebelde georgiano: en 1804, se unió a la sublevación contra Rusia del príncipe Elizbar Eristavi. Más tarde, se estableció con otros «osetas bautizados» en la aldea de Didi-Lilo, a unos 12 kilómetros de Tiflis, como siervo del príncipe Badur Machabeli. Vano, el hijo de Zaza, cuidaba las viñas del príncipe y tuvo dos hijos, Giorgi, que fue asesinado por unos bandoleros, y Beso, que encontró un trabajo en Tiflis en la fábrica de zapatos de G. G. Adelkhanov, pero posteriormente fue contratado por el armenio Iosiv Baramov para hacer botas para la guarnición rusa de Gori[3]. Allí, el joven Beso se fijó en la «muchacha fascinante, siempre bien vestida, de cabellera castaña y hermosos ojos».

Keke, también nueva en Gori, era hija de Glakho Geladze, un campesino, siervo del prócer local, el príncipe Amilakhvari.

Su padre trabajaba de alfarero en las cercanías de la localidad antes de convertirse en jardinero de un armenio rico, Zakhar Gambarov, que poseía unos hermosos huertos en Gambareuli, a las afueras de Gori. Como su padre murió joven, Keke se crió con la familia de su madre. Más tarde recordaría la excitación del traslado a la desenfrenada Gori: «¡Qué viaje tan alegre! Gori estaba decorada como para una fiesta, y el número de gente se hinchaba como el mar. Nuestros ojos quedaron deslumbrados con el desfile militar. La música resonaba en nuestros oídos… Se oían *sazandari* [bandas de cuatro instrumentos de percusión y viento] y dulces *duduki*, y todo el mundo cantaba[4]». Su joven esposo recortaba una figura delgada y oscura, con sus cejas y sus bigotes negros, vestido siempre con el típico gabán caucasiano también negro bien ceñido, un gorro puntiagudo y unos pantalones anchos que llevaba remetidos en las botas altas. «Singular, raro y taciturno», pero también «listo y orgulloso», Beso sabía hablar cuatro lenguas (georgiano, ruso, turco y armenio), y solía citar *El caballero de la piel de tigre*[5].

Los Djugashvili prosperaron. Muchas casas de Gori eran tan pobres que estaban hechas de adobe y excavadas en la tierra: pero la esposa del zapatero Beso, al que nunca faltaba el trabajo, no tenía por qué temer esa pobreza. «La felicidad de nuestra familia», declararía Keke, «era infinita».

Beso «abandonó a Baramov para abrir su propio taller», con el respaldo de sus amigos, especialmente el de su patrono, Egnatashvili, que le compró la «maquinaria». Keke quedó pronto embarazada. «Muchos matrimonios habrían envidiado nuestra felicidad conyugal». A decir verdad, su boda con el deseado Beso seguía causando envidia entre las muchachas de su edad: «Las malas lenguas no dejaron de hablar ni siquiera después de la boda». Resulta interesante comprobar que Keke haga hincapié en esas habladurías: quizá alguna otra joven había abrigado esperanzas de casarse con Beso. Independientemente de que Keke se lo robara o no a otra muchacha, las murmuraciones de las «malas lenguas», que

más tarde hablarían del padrino Egnatashvili, del padre Charkviani, del oficial de la policía de Gori, Damian Davrichewy, y de un montón de personajes célebres y de aristócratas, empezaron poco después de que tuviera lugar el enlace.

A los nueve meses justos de la boda, el 14 de febrero de 1875, «nuestra felicidad se vio acrecentada por el nacimiento de nuestro hijo. Yakov Egnatashvili nos ayudó mucho». Egnatashvili fue el padrino de bautismo de la criatura y «Beso organizó un bautizo espléndido. Beso estaba loco de alegría». Pero dos meses después murió el pequeño, llamado Mijail. «Nuestra felicidad se volvió tristeza. Beso empezó a beber a causa del dolor». Keke quedó embarazada de nuevo. El 24 de diciembre de 1876 nació un segundo hijo, Giorgi. Una vez más, Egnatashvili hizo de padrino, y una vez más el infortunio se cebó en la pareja. El niño murió de rubéola el 19 de junio de 1877.

«Nuestra felicidad quedó hecha añicos». Beso había enloquecido por la pena y echaba la culpa de todo al «icono de Geri», su pueblo natal. La pareja había rezado al icono para que salvara la vida de su hijo. La madre de Keke, Melania, empezó a visitar a diversos adivinos. Beso seguía bebiendo. Llevaron a la casa el icono de S. Jorge. Subieron al monte Gorijvari, a cuyos pies estaba situada la ciudad, para rezar en la iglesia levantada junto a la fortaleza medieval. Keke quedó embarazada por tercera vez y juró que, si el niño sobrevivía, iría en peregrinación a Geri para dar gracias a Dios por el milagro de S. Jorge. El 6 de diciembre de 1878 dio a luz a su tercer hijo[6][*].

«Precipitamos el bautizo del niño para que no muriera sin bautizar». Keke cuidó de la criatura en la casucha de un solo piso y dos habitaciones que contenía poco más que un samovar, una cama, un diván, una mesa y una lámpara de queroseno. En una pequeña arca se guardaban casi todas las pertenencias de la familia. Una escalera de caracol conducía al

sótano cubierto de musgo en el que había tres nichos, uno para las herramientas de Beso, otro para la caja de costura de Keke, y otro para el fuego. Allí cuidaba Keke de la cuna del niño. La familia se alimentaba de la dieta básica georgiana: *lobio* (judías), *badridjani* (berenjenas), y el grueso pan llamado *lavashi*. Sólo de vez en cuando comían *mtsvadi*, el típico pincho georgiano de carne.

El 17 de diciembre la criatura fue bautizada con el nombre de Iosiv, aunque todos lo llamaban Soso. Aquel niño se convertiría más tarde en Stalin. Soso era «débil, frágil, delgado», diría su madre. «Si había una enfermedad, era el primero en cogerla». Tenía el segundo y el tercer dedo del pie izquierdo unidos por una membrana.

Beso decidió no pedir a Egnatashvili, el benefactor de la familia, que hiciera de padrino. «La mano de Yakov traía desgracia», dijo Beso; pero aunque el comerciante estuvo ausente de las formalidades religiosas, Stalin y su madre siempre lo llamaron «padrino Yakov».

La madre de Keke recordó a Beso que habían jurado ir en peregrinación a la iglesia de Geri si el niño sobrevivía. «Que el niño siga vivo», respondió Beso, «y yo mismo iré de rodillas a Geri con mi hijo a cuestas». Pero pospuso el cumplimiento de la promesa hasta que el niño cogió un enfriamiento que lo indujo de nuevo a recurrir lleno de terror a la intercesión divina: viajaron a Geri, «arrostrando grandes dificultades en el camino, dimos una oveja en ofrenda, y encargamos un rito de acción de gracias en el santuario». Pero cuando llegaron, los curas de Geri estaban realizando un exorcismo, poniendo a una niña al borde de un precipicio para expulsar de ella a los malos espíritus. El hijo de Keke «quedó horrorizado y se puso a gritar»; cuando regresaron a Gori el pequeño Stalin «tenía temblores y hablaba incluso en sueños»; pero sobrevivió y se convirtió en el preciado tesoro de su madre.

«Keke no tenía suficiente leche», de modo que su hijo mamó también de los pechos de la esposa de Tsikhatatrishvili

(su padrino oficial) y de los de la esposa de Egnatashvili. «Al principio el niño no quería la leche de mi madre», dice Alexander Tsikhatatrishvili, «pero poco a poco le fue gustando, siempre y cuando le vendaran los ojos para que no viera a mi madre». El hecho de compartir la leche con los hijos de Egnatashvili hizo que éstos se convirtieran en «hermanos de leche de Soso», dice Galina Djugashvili, la nieta de Stalin.

Soso empezó a hablar enseguida. Le gustaban las flores y la música, especialmente cuando Gio y Sandala, los hermanos de Keke, tocaban el *duduki*. A los georgianos les encanta cantar y Stalin nunca perdió su afición a entonar melodías georgianas. Más tarde recordaría haber oído «a los georgianos cantar mientras iban de camino al mercado»[7].

El pequeño negocio de Beso iba viento en popa: tomó varios aprendices e incluso dio trabajo a diez empleados. Uno de los aprendices, Dato Gasitashvili, que quería mucho a Soso y ayudó a criarlo, recuerda la prosperidad de Beso: «Vivía mejor que cualquier otro miembro de nuestro oficio. Siempre tenían mantequilla en casa». Más tarde correrían acerca de esa prosperidad rumores embarazosos para el padre de un héroe proletario. «No soy el hijo de un obrero», admitía Stalin. «Mi padre tenía un taller de zapatero, daba empleo a aprendices, era un explotador. No vivíamos mal». Fue durante esta época feliz cuando Keke se hizo amiga de Maria y Arshak Ter-Petrossian, un rico contratista del ejército de origen armenio, cuyo hijo, Simon, se haría siniestramente famoso como el atracador de bancos Kamo[8].

Keke adoraba a su hijo y «en la vejez, sigo viendo cómo daba sus primeros pasos, una visión que arde en mis ojos como la llama de una vela». Entre ella y su madre enseñaron al niño a caminar aprovechando su amor por las flores[*]. Keke sostenía entre sus dedos una margarita y Soso echaba a correr para cogerla. En una ocasión en que su madre lo llevó a una boda, Soso se fijó en una flor que llevaba la novia en el velo y quiso cogerla. Keke lo riñó, pero su padrino Egnatashvili dio

cariñosamente «un beso al niño y lo acarició diciendo: “si ya ahora quieres robar a la novia, sabe Dios lo que harás cuando seas mayor”».

La supervivencia de Soso le parecía milagrosa a su madre, que no cabía en sí de agradecimiento. «¡Qué felices éramos, cuánto nos reíamos!», recuerda Keke. La veneración de su madre debió de inspirar en Soso la sensación de que tenía algo especial: la máxima freudiana de que la devoción materna hace que el individuo se sienta un conquistador era en su caso indudablemente cierta. «Soselo», como solía llamarlo cariñosamente Keke, creció con una sensibilidad exagerada, pero también mostró una seguridad de amo y señor desde la más tierna infancia.

No obstante, cuando el éxito de Beso alcanzó su punto culminante, se abatió sobre él una sombra: sus clientes le pagaban una parte en vino, producto tan abundante en Georgia que muchos obreros cobraban su salario en alcohol y no en metálico. Además, Beso realizaba buena parte de su negocio en el rincón de la *dukhan* (taberna) de un amigo, circunstancia que lo inducía a beber en exceso. Beso entabló amistad con otro bebedor, un desterrado político ruso llamado Poka, posiblemente un *narodnik*, un populista o un radical relacionado con la Voluntad del Pueblo, el grupo terrorista que por aquel entonces intentó en repetidas ocasiones atentar contra la vida del emperador Alejandro II. Así pues, Stalin creció conociendo a un revolucionario ruso. «Mi hijo hizo amistad con él», dice Keke, «y Poka le compró un canario». Pero el ruso era un alcohólico sin remisión que vivía en la miseria. Un invierno lo encontraron muerto en medio de la nieve.

Beso pensaba que «no era capaz de dejar de beber. De ese modo quedó destrozado un buen padre de familia», declara Keke. El alcohol no tardó en arruinar el negocio: «Empezaron a temblarle las manos y dejó de poder coser los zapatos. El negocio seguía adelante sólo gracias a los aprendices».

Beso no aprendió nada de la trágica muerte de Poka y encontró un nuevo compañero de borracheras en un cura, el padre Charkviani. Las provincias de Georgia estaban llenas de clérigos, pero a aquellos hombres de Dios les gustaba disfrutar de los placeres mundanos. Una vez concluidos los cultos religiosos, los curas pasaban buena parte de su tiempo bebiendo vino en las tabernas de Gori, hasta que se emborrachaban por completo. En su vejez Stalin recordaría la siguiente anécdota: «En cuanto el padre Charkviani acababa sus servicios litúrgicos, se presentaba en casa y los dos se marchaban rápidamente a la *dukhan*»[*]; volvían muy tarde a casa apoyándose uno en otro, medio abrazados, «y cantando de mala manera», completamente curdas.

—Eres un buen amigo, Beso, aunque seas zapatero —balbuceaba el clérigo.

—Eres un cura, ¡pero menudo cura! Te quiero mucho —respondía a duras penas Beso: los dos borrachos se daban un abrazo. Keke suplicaba al padre Charkviani que no llevara a Beso a beber. Keke y su madre rogaban a Beso que dejara de hacerlo. Y lo mismo hizo Egnatashvili, pero no sirvió de nada: probablemente debido a los rumores que habían empezado a correr por la ciudad[9].

Quizá fueran las mismas «malas lenguas» de las que hablaba Keke a propósito de la boda, porque Iosiv Davrichewy, hijo del jefe de la policía de Gori, afirma en sus memorias que «hubo habladurías acerca del nacimiento del niño por todo el barrio, en el sentido de que al verdadero padre de la criatura era Koba Egnatashvili… o mi propio padre, Damian Davrichewy». Aquello no debió de servir de mucha ayuda a Beso, al que Davrichewy califica de «canijo celoso hasta la locura», que había empezado ya a hundirse en el alcoholismo[10].

A lo largo de 1883, Beso se volvió «suspicaz y muy descuidado», provocando a menudo peleas de borrachos y ganándose el sobrenombre de «Beso, el Loco».

Las discusiones en torno a una paternidad se desarrollan en función del poder y la fama del hijo. Cuando Stalin se convirtió en dictador de la Unión soviética, entre los muchos padres que se le atribuyeron cabe incluir al célebre explorador del Asia Central Nikolai Przhevalski, que se parecía al Stalin adulto y pasó efectivamente por Gori, e incluso al futuro emperador Alejandro III, que visitó Tiflis y se alojó supuestamente en un palacio en el que Keke trabajaba de doncella. Pero el explorador era homosexual y no estaba en Georgia cuando Stalin fue concebido, mientras que Keke se hallaba ausente de Tiflis cuando el entonces zarevich visitó la ciudad.

Dejando a un lado todos estos absurdos, ¿quién fue el verdadero padre de Stalin? Egnatashvili fue indudablemente el patrono de la familia, el paño de lágrimas de la esposa y el mecenas del hijo. Estaba casado y tenía hijos, vivía muy bien, era el propietario de una de las tabernas más boyantes de Gori y era un próspero vinatero en un país que prácticamente nadaba en vino. Más aún, aquel robusto atleta de bigotes encerados era un campeón de lucha en una ciudad que adoraba a los luchadores. Como ya hemos señalado, la propia Keke, utilizando un giro bastante desafortunado, pero tal vez muy revelador, escribe que «siempre intentó echar una mano en la creación de nuestra familia». Es muy poco probable que quisiera decir lo que la frase significa literalmente. ¿O caso pretendía revelarnos algo?

Davrichewy, el jefe de policía, que ayudó a Keke cuando se quejó de la desordenada afición a la bebida de su marido, era otro de los padres potenciales: «Por lo que yo sé, Soso era hijo natural de Davrichewy», atestiguaba un amigo de éste, Jourouli, el alcalde de la ciudad. «En Gori todo el mundo estaba al corriente de la relación que mantenía con la hermosa madre de Soso».

El propio Stalin dijo en una ocasión que su padre era en realidad un cura, lo que nos sitúa ante el tercer candidato, el padre Charkviani. Tanto Egnatashvili como Davrichewy y

Charkviani estaban casados, pero hay que decir que en la cultura machista de Georgia era casi de esperar que cualquier hombre tuviera amantes, como suelen hacer los italianos. Los curas de Gori eran famosos por la vida desenfrenada que llevaban. Los tres individuos eran personajes destacados de Gori, deseosos de salvar a una hermosa mujer casada en apuros[11].

En cuanto a Keke, siempre ha resultado muy difícil compaginar a la piadosa anciana de los años treinta, tocada con un pañuelo negro casi monjil, con la joven irrefrenable de la década de 1880. Su piedad está fuera de duda, pero la observancia religiosa no ha excluido nunca los pecados de la carne. Desde luego estaba muy orgullosa de ser una «muchacha bonita y deseada», y hay pruebas de que era más mundana de lo que aparentaba. De anciana, se supone que Keke animó a Nina Beria, la esposa de Lavrenti, el virrey de Stalin en el Cáucaso, a echarse amantes, y hablaba con mucha desenvoltura de asuntos sexuales: «Cuando yo era joven, trabajaba limpiando casas y si conocía a un chico guapo, no perdía la ocasión». Los Beria son testigos hostiles a los Stalin, pero en las memorias de Keke hay indicios de deslices terrenales. En ellas la anciana cuenta que en una ocasión, estando en el jardín, su madre se las arregló para atraer a Soso con una flor, y que, al ver la jugada, ella se sacó alegremente los pechos y se los mostró al niño, que se olvidó de la flor y hundió su rostro en ellos. Poka, el exiliado ruso alcohólico, estaba espiándolos y se echó a reír sonoramente, ante lo cual «me abotoné de nuevo el vestido»[12].

De la forma elíptica y mendaz que lo caracterizaba, Stalin fomentó la propagación de este tipo de anécdotas. En sus últimos años, charlando con su protegido georgiano, Mgeladze, le dio a entender «que era hijo ilegítimo de Egnatashvili» y pareció negar que lo fuera de Beso. En una recepción a la que asistió en 1934, dijo específicamente: «Mi padre fue un cura». Sea como fuere, lo cierto es que, en ausencia de Beso, los tres candidatos a la paternidad del futuro

dictador ayudaron a criarlo: Soso vivió en casa de los Charkviani, contó con la protección de los Davrichewy, y pasó la mitad del tiempo en casa de los Egnatashvili, de modo que indudablemente tuvo que sentir un cariño filial por los tres. Había además otra razón para que se divulgara el rumor del padre cura: la Escuela Eclesiástica admitía sólo a los hijos de clérigos; por eso su madre dice que se le hizo pasar por hijo de cura[13].

Stalin fue siempre ambiguo con respecto a Beso, el Loco: lo despreciaba, pero mostraba también orgullo y compasión por él. Pasaron juntos algunos momentos felices. Beso probablemente contara a Soso leyendas de forajidos georgianos heroicos que «luchaban contra los ricos, y robaban a los príncipes para ayudar a los campesinos». En las cenas organizadas en el domicilio del dictador, en las que siempre se bebía en abundancia, Stalin se jactaría ante Jrushchev y otros magnates comunistas de haber heredado de su padre el aguante del alcohol. Su padre le había dado a beber gotas de vino con los dedos cuando aún estaba en la cuna, y él insistía en hacer lo mismo con sus propios hijos para escándalo de su esposa Nadia. Más tarde escribiría en tono conmovedor acerca de un zapatero anónimo, propietario de un pequeño taller, arruinado por culpa del cruel capitalismo. «Cortaron», decía, «las alas de sus sueños». En una ocasión comentó orgullosamente que «mi padre podía hacer dos pares de zapatos en un solo día» e incluso siendo ya dictador, le gustaba llamarse a sí mismo zapatero. Más tarde utilizaría como alias el apellido «Besoshvili» («Hijo de Beso»), y sus amigos más íntimos de Gori lo llamaban «Beso»[14].

Debidamente sopesadas todas estas historias, lo más probable es que Stalin fuera el hijo de Beso, a pesar de sus exabruptos de borracho en los que tachaba a Soso de «bastardo». Cabe esperar que una mujer casada sea siempre respetable, pero no tendría nada de ofensivo que la joven y hermosa Keke, convertida casi en una viuda, se hiciera amante de Egnatashvili cuando viera que su matrimonio se había

desintegrado. En sus memorias, Egnatashvili aparece mencionado tantas veces como su verdadero marido, y es recordado con más cariño que él. Llega a decir que era tan amable con ella y que la ayudaba tanto que su comportamiento le causaba cierto «embarazo». Algunos miembros de la familia Egnatashvili afirman que existía una relación «genética» entre ellos y Stalin. Sin embargo, el nieto de Egnatashvili, Guram Ratishvili, lo dice con absoluta claridad: «Sencillamente no sabemos si fue el padre de Stalin, pero lo que *sí* sabemos es que el comerciante [de vinos] se convirtió en el sustituto del padre del niño»[15].

Los rumores que hacían de Stalin un hijo bastardo, como los que hablaban de sus orígenes osetas, se convirtieron en una forma más de denigrar al tirano, odiado por muchos en Georgia, país que conquistó y reprimió durante los años veinte. Es cierto que a menudo se dice de muchos grandes personajes de origen humilde que son hijos de otros hombres que no son sus padres. Pero a veces son en efecto hijos de los individuos que oficialmente son sus padres.

«Cuando era joven», atestigua un compañero de la escuela, David Papitashvili, Stalin «se parecía muchísimo a su padre». Cuando se hizo viejo, dice Alexander Tsikhatatrishvili, «se parecía cada vez más a su padre y cuando se dejó el bigote, era casi idéntico a él»[16].

Cuando Soso tenía cinco años, Beso el Loco se había convertido en un alcohólico atormentado por la paranoia y propenso a la violencia. «Día tras día», dice Keke, «la cosa iba a peor».

2

Beso el Loco

Soso sufría muchísimo y sentía terror de Beso, el borracho. «Mi Soso era un niño muy sensible», afirma Keke. «En cuanto oía el sonido del *balaam-balaam* de su padre cantando por la calle, corría inmediatamente hasta mí y me preguntaba si podía irse a casa de los vecinos y esperar allí a que su padre se durmiera».

Beso el Loco gastaba ahora tanto dinero en bebida que tuvo incluso que vender el cinturón y, como explicaría más tarde Stalin, «un georgiano tiene que estar en las últimas para vender su cinturón»[1]. Cuanto mayor era el desprecio que sentía Keke por Beso, más colmaba de mimos a Soso. «Lo envolvía siempre bien en su bufanda de lana para que no cogiera frío. Él, por su parte, también me quería mucho. Cuando veía a su padre borracho, se le llenaban los ojos de lágrimas, los labios se le ponían amoratados, se abrazaba a mí y me rogaba que lo escondiera».

Beso era violento con los dos, con Keke y con Soso. Un hijo es el orgullo de un padre georgiano, pero es posible también que Soso representara la mayor humillación para un marido si hubiera resultado que las malas lenguas tenían razón. En una ocasión Beso tiró al suelo con tanta fuerza al niño, que la criatura orinó sangre durante varios días. «Las palizas inmerecidas hicieron al muchacho tan duro y tan despiadado como su padre», opinaba su compañero de escuela Josiv Iremashvili, que publicó un libro de memorias. Fue a través de su padre «como aprendió a odiar a la gente». El joven Davrichewy recuerda que Keke «lo rodeaba de amor

maternal y lo defendía en todo momento», mientras que Beso lo trataba «como a un perro, y le pegaba por nada».

Cuando Soso se escondía, Beso registraba la casa gritando: «¿Dónde está el pequeño bastardo de Keke? ¿Estará escondido debajo de la cama?» Keke respondía a los ataques. En una ocasión Soso llegó a casa de los Davrichewy con la cara cubierta de sangre y llorando. «¡Socorro! ¡Venid rápidamente! ¡Va a matar a mi madre!» El jefe de la policía salió corriendo a casa de los Djugashvili y encontró a Beso a punto de estrangular a Keke.

Aquella situación se dejó sentir en la criatura de apenas cuatro años. Su madre recordaba cómo Soso mostraría un obstinado resentimiento hacia su padre. Donde primero conoció la violencia fue en su casa: en una ocasión arrojó un cuchillo a Beso para defender a su madre. A medida que iba creciendo, su carácter iba volviéndose pendenciero y siniestro, y resultaba tan difícil controlarlo que la propia Keke, que lo adoraba, tuvo que recurrir a la disciplina física para gobernar a su indómito tesoro.

«El puño que había sometido al padre fue aplicado a la crianza del hijo», decía una mujer judía que conocía a la familia. «[Su madre] solía darle muchas palizas», afirma Svetlana, la hija de Stalin. Cuando el dictador visitó por última vez a Keke durante los años treinta, le preguntó por qué le había pegado tanto. «No te hizo ningún daño», respondió la mujer. Pero eso es muy cuestionable. Los psiquiatras creen que la violencia siempre perjudica a los niños, y desde luego no inspira el amor ni la compasión hacia los demás. Muchos niños maltratados por padres alcohólicos repiten el comportamiento de éstos y se convierten en maltratadores de sus hijos o de sus mujeres, aunque pocos llegan a ser unos tiranos sanguinarios[*]. Además, ésta no sería ni mucho menos la única cultura de la violencia que contribuiría a la formación de Stalin.

El propio Soso creía en los efectos benéficos y en el uso práctico de la violencia. Cuando los cosacos del zar utilizaban sus *nagaika* (látigos) contra los manifestantes, escribía: «Los latigazos nos hacen un gran servicio». Más tarde, pensaría que la violencia era la sagrada guadaña de la Historia y un instrumento muy útil para el ejercicio de la autoridad, exhortando a sus sicarios a «golpear a la gente en la cara para demostrarles quiénes eran». No obstante, reconocía que había «llorado mucho» durante su «terrible infancia».

La familia perdió la casa en la que había nacido Stalin empezando así una vida errante. Tuvieron por lo menos nueve domicilios distintos —deprimentes habitaciones de alquiler— durante los diez años siguientes, lo que no contribuyó ni mucho menos a dar al pequeño Soso una crianza estable[2]. Por fin Keke y su hijo se fueron a vivir a casa de un hermano de ella, pero Beso prometió que iba a portarse mejor y se los llevó otra vez consigo. Sin embargo, como «no podía dejar de beber», Keke se trasladó a casa del cura, el padre Charkviani.

Keke pudo observar las consecuencias de este hecho en el pequeño Soso: «Se volvió muy reservado, frecuentemente se quedaba solo en casa y dejó de salir a jugar con otros niños. Dijo que quería aprender a leer. Intenté mandarlo a la escuela, pero Beso estaba en contra». Él quería que aprendiera a hacer zapatos. En 1884, cuando su padre había empezado a enseñarle el oficio, el pequeño Soso cayó gravemente enfermo.

Aquel año la viruela hizo estragos en Gori. Keke oía «llorar en todas las casas». Su principal valedor, Yakov Egnatashvili, perdió a «tres de sus maravillosos hijos en un solo día. El pobre hombre casi se volvió loco de pena». Dos hijos y una hija sobrevivieron. La pérdida de los hijos sería una cosa más que Keke compartiera con el «padrino Yakov». Ella misma cuidó de su Soso. Al tercer día el niño tuvo una fiebre altísima que lo hizo delirar. El joven Stalin había heredado las pecas de su madre y su pelo cobrizo: en adelante

quedaría marcado para toda la vida con las huellas de la viruela en la cara y en las manos. Uno de sus apodos —y uno de los nombres clave que la daría la Ojrana— sería «Chopura» (el Picado de Viruela). El caso es que sobrevivió. Su madre estaba loca de alegría, pero en aquellos momentos su vida habría de enfrentarse a un nuevo desastre. Beso la abandonó.

«Cuida del niño», dijo, pero no se ofreció a costear el sustento de la familia. Beso, decía Stalin, exigió que Keke se hiciera lavandera y le mandara *a él* el dinero que ganara. «¡Cuántas noches me pasé llorando!», recuerda Keke. «No me atrevía a llorar delante del niño, porque se preocupaba mucho». Soso solía «abrazarme, clavar sus ojos en los míos lleno de temor y decir: "¡Mamaíta, no llores o yo también me echaré a llorar!". Así que no tenía más remedio que dominarme, echarme a reír y darle un beso. A continuación me pedía otra vez que le dejara un libro».

Fue entonces, sola con su hijo y sin la ayuda de nadie, cuando Keke se decidió a mandar a Soso a la escuela, siendo el primero de la familia paterna y materna que estudiara. En sus sueños, Keke siempre quiso «que fuera obispo, porque cuando vino de visita un obispo de Tiflis, no pude apartar de él mis ojos de tanta admiración como suscitó en mí». Cuando Beso volvió a entrar en sus vidas, prohibió terminantemente aquellos planes: «¿Qué Soso reciba una educación? ¡Por encima de mi cadáver!». Empezaron de nuevo las peleas y «sólo el llanto de mi hijo hizo que nos separáramos».

Es indudable que el alcoholismo de Beso provocaba en él unos celos patológicos, pero los rumores de infidelidad y las mañas de una mujer capaz de echar por tierra su poder de macho georgiano por la gracia de Dios, consiguiendo que todo el pueblo se volviera contra él, debieron de contribuir a su exasperación. Desde luego la miseria de Keke era conocida de todos: Egnatashvili, el padre Charkviani, y el jefe de la policía, Davrichewy, hicieron lo posible por ayudarla. Incluso Dato, el cariñoso aprendiz del taller de Beso, recordaría con Stalin durante la segunda guerra mundial cómo solía abrazarlo y

protegerlo. En una ocasión un ruso llamó en plena calle al pequeño Soso «¡Saltamontes!» Dato le pegó un puñetazo y fue detenido por ello. Pero el juez se echó a reír y la familia de su protector, Egnatashvili, «pagó un banquete de compensación al ruso».

La vida de Keke era una ruina. El negocio iba de mal en peor e incluso Dato se marchó para montar su propio taller de zapatería[*]. «Cuando yo tenía diez años», contaría Stalin en 1938, «mi padre lo perdió todo y se convirtió en un proletario. Juraba todo el rato echando pestes de su mala suerte»; pero luego añadía en tono jocoso: «De modo que se convirtió en un proletario y su ruina me vino a mí de perlas. ¡Cuando tenía diez años, sin embargo, no estaba yo muy contento de que lo hubiera perdido todo!».

Davrichewy dio trabajo a Keke como asistenta en su casa. Y lavaba también la ropa para los Egnatashvili: se pasaba todo el tiempo en casa de éstos, donde Soso cenaba a menudo. Por las memorias de Keke es evidente que Egnatashvili quería mucho a Soso, lo mismo que su esposa, Mariam, que le daba cestas de comida. Si no había tenido antes algún amorío con Egnatashvili, seguramente lo tendría entonces. «La familia sobrevivió sólo gracias a su ayuda», dice Keke. «Siempre nos socorrió y eso que él tenía su propia familia… y, a decir verdad, yo me sentía incómoda».

El cura también apoyó sus planes de dar una educación a Soso y Keke pidió a los Charkviani que sus hijos adolescentes le enseñaran ruso al mismo tiempo que a sus hermanos menores. Se daba cuenta de que Soso tenía talento. Los muchachos daban clase a su hermana menor, que no era capaz de contestar a las preguntas que le hacían… Pero el pequeño Soso sí. De mayor, Stalin se jactaba de que había aprendido a leer y a escribir más deprisa que otros niños mayores que él: él mismo acabó dando clase a los adolescentes. «Debía ser un secreto absoluto», dice Kote, el hijo del padre Charkviani, «porque el tío Beso empeoraba día tras día y nos amenazaba

diciendo: “¡No echéis a perder a mi hijo o si no…!”». Y se lleva a Soso de una oreja al taller; pero en cuanto se iba su padre, «Soso se volvía con nosotros, cerrábamos la puerta y nos poníamos a estudiar». Los Davrichewy dejaban que diera también clase con sus hijos.

Era tal el encanto de Keke y el horror inspirado por Beso que todo el mundo deseaba ayudarla. Tuvo entonces que inventarse un embuste para que Soso ingresara en la excelente Escuela Eclesiástica de Gori, y pudiera llegar a obispo. Realizó varios intentos, pero la escuela admitía sólo a hijos de curas. El padre Charkviani resolvió el problema diciendo que el padre de Soso era un diácono, pero este detalle no aparece en ningún documento. Cabe preguntarse si en realidad no diría a la dirección de la escuela que él o algún otro cura pecador era el padre natural del muchacho. ¿Fue este embuste lo que llevó más tarde a Stalin a afirmar que era hijo de un cura?

Soso se presentó al examen —oraciones, lectura, aritmética y ruso— y lo hizo tan bien que la Escuela Eclesiástica lo admitió en segundo grado. «Mi felicidad fue infinita», dice Keke, pero Beso, que ya no podía trabajar, «estaba furioso»[3].

Beso el Loco rompió los cristales de la ventana de la taberna de Egnatashvili. Cuando Keke fue a quejarse a Davrichewy, Beso atacó al policía, y le clavó en plena calle una lezna de zapatero. Irónicamente, un amigo de Davrichewy, el alcalde Jourouli, vio en aquel acto una prueba de que el policía era el padre de Soso. Pero Davrichewy no detuvo a Beso el Loco. El propio hijo del agente afirma que la herida fue leve y que su padre había tenido algún tipo de relación con Keke, mujer «guapísima»: «Siempre se tomó un interés especial por Soso». Davrichewy se limitó a ordenar a Beso que se fuera de Gori, tras lo cual el hombre se colocó en la Fábrica de Zapatos Adelkhanov de Tiflis, donde había empezado su carrera. A veces echaba de menos a su hijo y mandaba dinero

a Keke, pidiendo que se reconciliaran. Ella aceptó de vez en cuando, pero la cosa nunca funcionó.

El padre de Stalin había perdido el respeto que se le debía como hombre, por no decir como *karachogheli*. En una sociedad basada en los conceptos de honra y deshonra como la georgiana, aquello era semejante a la muerte. «Ahora no era más que un medio hombre», dice Keke, y semejante situación lo llevó al extremo. Por el momento, se marchó, pero nunca estaría demasiado lejos[4].

Keke consiguió un empleo como es debido en casa de las hermanas Kulijanov, que acababan de abrir un taller de modistas en Gori. Keke trabajaría allí durante diecisiete años. Ahora que ganaba su propio dinero, intentaría que «el corazón de mi niño no tuviera más penas y le daría todo lo necesario».

Lo educó para que fuera un caballero georgiano, ideal que él tradujo a caballero de la clase trabajadora. «Una persona fuerte», escribió Stalin a su madre cuando ésta era ya una anciana, «debe ser siempre valiente». Soso creía que se parecía a Keke más que a Beso. Stalin «la quería [a su madre]», decía su hija Svetlana, «y le gustaba hablar de ella aunque le diera unas palizas despiadadas. Todo el amor que sentía mi padre era para mí y, según me dijo él mismo, era porque me parecía a su madre». Sin embargo, empezó a distanciarse de Keke.

Stalin «no quería a su madre», afirma el hijo de Beria; otras personas, sobre todo georgianos, juran que la llamaba «puta». Pero a menudo se trata de historias cuya finalidad es deshumanizarlo y que son contadas por sus enemigos. Los psiquiatras sugieren que se hallaba confundido por la combinación de virgen y puta que se daba en Keke, circunstancia que quizá lo hiciera tan desconfiado de las mujeres con gran carga sexual durante el resto de su vida.

¿Le asustaba el carácter mundano de Keke? ¿Desaprobaba a sus protectores de sexo masculino? Desde luego más tarde se comportaría con bastante mojigatería, pero eso les pasa a muchas personas cuando envejecen. Lo único que sabemos

con seguridad es que se crió en una cultura rígida, hipócrita y machista; sin embargo, la moralidad sexual que mostró en su juventud de revolucionario fue bastante indulgente, o incluso casi liberal.

Soso era «devoto de una sola persona: su madre», según dice Iremashvili, que conocía bien a los dos, si bien se trata de un testigo hostil. Sin embargo, el motivo más verosímil del distanciamiento cada vez mayor que se produjo entre madre e hijo probablemente fuera la franqueza sarcástica de la primera —Keke «nunca vaciló en manifestar abiertamente su opinión sobre cualquier cosa», informa el hijo de Beria— y su afán irrefrenable de controlar la vida de su hijo. El amor de Keke, lo mismo que el de Stalin por sus hijos y sus amigos, resultaba sofocante y severo. Madre e hijo eran bastante parecidos, y ahí estaba el problema.

No obstante, a su manera Soso apreciaba la intensidad y la severidad del amor de su madre. Durante la segunda guerra mundial, se reiría cariñosamente de los mimos de Keke, y contaría al mariscal Zhukov que «nunca lo perdió de vista hasta que tenía seis años»[5].

A finales de 1888, a los diez años de edad, Soso ingresó triunfalmente en la Escuela Eclesiástica de Gori[*], un bonito edificio de dos pisos de ladrillo rojo situado junto a la estación nueva. A pesar de ser pobre, Keke estaba decidida a que su Soso no llamara la atención por su pobreza entre los acomodados hijos de los curas. Antes bien, debía ser sin dudarlo el alumno mejor vestido de toda aquella escuela de 150 alumnos.

Y así fue: ningún escolar olvidaría el primer día de Soso en la escuela. «Vi entre los colegiales a un chico desconocido que llevaba un *arkhalukhi* [abrigo formal georgiano] largo, que le llegaba hasta las rodillas, botas altas nuevas, un cinturón ancho de piel bien apretado y una gorra negra con visera de charol que brillaba bajo los rayos del sol», recordaba Vano Ketskhoveli, que enseguida se hizo amigo suyo. «Aquella

personita de corta estatura y bastante delgada, llevaba unos pantalones estrechos y botas, y una camisa fruncida con una bufanda», así como una «bolsa de cretona roja». Vano quedó boquiabierto: «No había nadie vestido así en toda la clase ni en toda la escuela. Los colegiales lo rodearon enseguida» fascinados. El niño más pobre era el que mejor vestido iba, como una especie de Fauntleroy de Gori[*]. ¿Quién había comprado aquella ropa tan bonita? Curas, taberneros y policías habían tenido indudablemente algo que ver.

Por muy bonito que fuera su traje, los sufrimientos habían hecho de Soso un niño de carácter duro. «Le dábamos de lado por miedo», señala Iremashvili, «pero estábamos interesados por él» porque tenía algo «poco infantil» y «excesivamente apasionado» que lo distinguía de los demás. Era un niño raro: cuando estaba feliz, «expresaba su satisfacción del modo más peculiar. Chasqueaba los dedos, daba un alarido fortísimo y se ponía a saltar a la pata coja»[**].

Tanto si fueron escritas en el ambiente opresivo de culto a la personalidad de Stalin, cuando éste se había convertido ya en un dictador, como si fueron recopiladas en el clima de violenta oposición a su figura, todas las memorias que hablan de su infancia coinciden en que a los diez años Stalin ejercía ya un singular magnetismo[6].

Más o menos por esta misma época, quizá justo cuando empezó a ir a la escuela, tuvo otro brusco encontronazo con la muerte. «Una mañana lo mandé perfectamente sano a la escuela», afirma Keke, «y por la tarde me lo trajeron a casa inconsciente». Lo había golpeado en la calle un coche. A los niños les gustaba jugar «a torear a los coches», agarrándose a las ruedas de los carruajes que pasaban. Puede que fuera así como se hiriera Soso[***]. Una vez más la pobre madre estaba «como loca de miedo», pero los médicos trataron al chiquillo gratuitamente (o Egnatashvili pagó las facturas con absoluta discreción). Según diría luego su hijo, Keke mandó llamar

también a un curandero que se ganaba además la vida como barbero.

El accidente, al igual que las membranas entre los dedos de los pies, las marcas de viruela y los rumores en torno a su condición de bastardo, le dio un pretexto más para reforzar su sentido de desconfianza y su complejo de inferioridad, de ser un caso especial. Dejó lesionado para siempre su brazo izquierdo, lo que significaba que nunca podría encarnar el ideal apuesto del guerrero georgiano; más tarde diría que le había impedido bailar como es debido, aunque se las arreglara bastante para pelear. Por otra parte lo salvaría del reclutamiento forzoso y de una muerte casi segura en las trincheras durante la primera guerra mundial. Keke, sin embargo, estaba preocupada por la forma en que pudiera afectar al futuro obispo.

—Cuando seas sacerdote, vida mía —le preguntó—, ¿cómo vas a sostener el cáliz?

—No te preocupes, mamaíta —respondió Soso—. ¡Cuando sea sacerdote el brazo se habrá curado de tal forma que podré levantar con él la iglesia entera[7]!

Jugar a torear los coches no era el único peligro existente en las calles de Gori, que, como era bien sabido, estaban completamente fuera del control de las autoridades zaristas. En adelante, aunque no tardara en convertirse en el mejor alumno de su escuela, el joven Stalin llevaría una doble existencia como el doctor Jekyll y mister Hyde: niño del coro-protagonista de peleas callejeras, a medio camino entre el niño de mamá vestido de punta en blanco y el vulgar pilluelo.

«Raro era el día», dice Kote, el hijo del padre Charkviani, «en que no recibiera golpes de alguien y volviera a su casa llorando… o que no fuera él el que pegara a alguien»[8]. Gori era una ciudad de ese tipo.

3

Alborotadores, luchadores y niños del coro

El pequeño Stalin pasaba ahora su tiempo libre lejos de Keke, en las calles de Gori, un lugar liberado y violento dominado por la bebida, los rezos y las pendencias.

Soso tenía buenas razones para escapar de una casa pobre que siempre estaba oscura. «Keke se pasaba un día tras otro sentada ante su desvencijada máquina de coser». No había en ella nada más que «dos divanes de madera, un par de taburetes, una lámpara y una mesa sencilla cubierta de libros de texto», dice un testigo que la visitó con frecuencia, el maestro de canto Simon Gogchilidze. La pequeña habitación estaba «siempre limpia y ordenada», pero la cama de Stalin estaba hecha de tablas: «Cuando creció, su madre añadió una tabla para alargarla». Pero Soso desafiaba ahora a su madre. «¡Si supierais lo arrogante y orgulloso que se ha vuelto!», se lamentaba la mujer[1].

Era el típico muchacho de Gori, pues los habitantes de esta localidad eran famosos en toda Georgia y considerados *matrabazi*, truhanes jactanciosos y violentos. Gori fue una de las últimas ciudades que practicó la «pintoresca y salvaje costumbre» de las reyertas o alborotos en los que participaban todos los habitantes del pueblo, caracterizadas por unas reglas especiales, en las que, sin embargo, la violencia no conocía límites. La bebida, la oración y las peleas eran actividades inextricablemente unidas, en las que unos curas borrachos actuaban de árbitros. Las tabernas tipo *saloon* de Gori salvaje eran un hervidero incorregible de violencia y criminalidad[2].

Las autoridades rusas y georgianas habían intentado prohibir aquel dudoso deporte originado a modo de adiestramiento militar en una época en la que la Georgia medieval se hallaba constantemente en guerra. A pesar de la presencia de un cuartel ruso, el *pristav* —jefe de la policía— Davrichewy y los escasos agentes a sus órdenes apenas podían dar abasto: nadie era capaz de poner coto a la ilegalidad en que vivía sumida Gori. No es de extrañar tampoco que, durante las peleas a puñetazos, los caballos salieran corriendo desbocados y los coches atropellaran a los niños por las calles. Los especialistas en historia psicológica atribuyen buena parte de la evolución de Stalin al alcoholismo de su padre, pero la cultura de peleas callejeras de Gori debió de influir también mucho en su formación.

Gori, escribió Maxim Gorki cuando visitó la ciudad, «tiene un salvajismo pintoresco y original que la caracteriza. El cielo nuboso, las aguas ruidosas y turbulentas del Kura, las montañas vecinas con su ciudad subterránea, y más allá el Cáucaso con sus nieves perpetuas».

La fortaleza amarilla de Gori, provista de torreones, probablemente fuera construida por la reina Tamara en el siglo XII. Cuando el imperio se fragmentó, Gori se convirtió en la capital de uno de los principados georgianos[*]. Era un alto en el camino para los viajeros procedentes de Asia central. Todavía pasaban por ella los camellos que iban a Tiflis, pero la inauguración de la línea ferroviaria hasta el mar Negro en 1871 relegó a esta ciudad en otro tiempo orgullosa al rango de poblacho provinciano y caótico, marcada por una tradición especialmente tumultuosa y una estrecha relación con personajes importantes del país. Tenía sólo una calle digna de tal nombre (llamada entonces la calle del Zar y actualmente calle Stalin) y una sola plaza, de modo que los niños jugaban en los arroyos azotados por el viento, por los que transitaban pesadamente los bueyes, y que a menudo estaban inundados por los vertidos de los desagües al aire libre. Los habitantes de Gori eran unos 7000, la mitad de ellos georgianos como los

Djugashvili, y la otra mitad armenios como la familia de Kamo: los empresarios pertenecían a la mitad Armenia de la población. Había sólo dieciocho judíos. Mucho más importante era la división de la ciudad en dos grandes barrios, que constituían los equipos de las reyertas populares: el Barrio Ruso y el Barrio de la Fortaleza.

Las reyertas populares, los campeonatos de lucha y las peleas entre bandas de escolares constituían las tres tradiciones bélicas de los habitantes de Gori. Con motivo de las fiestas, en Navidad o en carnaval, antes de que diera comienzo la Cuaresma, los dos barrios organizaban un desfile encabezado por individuos travestidos o actores montados en camellos o en asnos como si fueran «reyes del carnaval», alrededor de los cuales se agrupaban flautistas y cantantes ataviados con trajes vistosos. En la fiesta carnavalesca del *keenoba*, que conmemoraba la victoria de Georgia sobre Persia en 1634, un actor representaba el papel del zar georgiano, y otro el del shah de Persia: este último era bombardeado con frutas y hortalizas y arrojado al agua.

Desde su más tierna infancia, participaban en el desfile los varones de todas las familias, bebiendo vino y cantando hasta que caía la noche, momento en el que comenzaba la verdadera fiesta. Los «combates de boxeo libre» —deporte llamado *krivi* — constituían un «duelo masivo con reglas»: las criaturas de tres años luchaban con otras criaturas de su edad, luego había luchas de niños contra niños, de adolescentes contra adolescentes, y por último estaban los adultos, que se lanzaban a una «batalla increíble», en la que la ciudad quedaba totalmente fuera de control; esta situación duraba hasta el día siguiente. Incluso en la escuela unas clases luchaban contra otras. A menudo se producían saqueos de tiendas[3].

El deporte favorito de la gente eran las luchas entre distintos campeones, que recordaban en cierto modo la historia bíblica de Goliat. Este deporte constituía un medio de igualar a todos los habitantes de la ciudad. Aquellos certámenes —

tschidooba— tenían lugar en palenques especialmente erigidos al efecto con acompañamiento de una orquesta de *zurnas*. Los terratenientes más ricos, como el magnate local, el príncipe Amilakhvari, así como los comerciantes, e incluso las distintas aldeas presentaban a sus propios campeones, tenidos en tan alta estima que para dirigirse a ellos se utilizaba el título de *palavani*. El padrino de Stalin, Egnatashvili, tenía otros dos hermanos que, como él, fueron campeones de lucha. Ahora que ya era viejo y rico, podía sacar a la palestra a sus propios campeones. Incluso en su vejez, Stalin seguiría jactándose de los triunfos pugilísticos de su padrino: «Aquellos Egnatashvili eran unos luchadores tan afamados que eran conocidos en toda la provincia de Kartli, pero el mejor y el más fuerte de los tres era Yakov».

«El príncipe Amilakhvari tenía un guardia de corps que era un gigante checheno. Cuando éste desafiaba a los campeones de Gori, los derrotaba a todos. Cuando los habitantes de la ciudad recurrieron desesperados a Yakov Egnatashvili. Éste les dijo: Que pelee con mi hermano Kika; si derrota a Kika, que pelee con mi hermano Simon; y si derrota a éste también, yo pelearé con él. Pero Kika batió al Goliat chechenio».

«Una vez unos bandoleros entraron en la ciudad durante una fiesta religiosa, tocados con gorros de piel de oveja y provistos de puñales». Bebieron cuanto quisieron en la taberna de Egnatashvili y se negaron a pagar su consumición. «Los niños mirábamos asombrados», recordaba Stalin, «cuando Kika Egnatashvili dio un puñetazo a uno de ellos, lo derribó, arrebató el puñal a otro sacándoselo de la vaina y le dio un golpe con la parte roma de la hoja. El tercero pagó la cuenta sin rechistar»[4].

Los alumnos de la Escuela Eclesiástica participaban en las peleas a puñetazos sin guantes semiimprovisadas que se organizaban en la calle de la Catedral de Gori. Amenazados como estaban con el calabozo y en último término con la expulsión, tenían absolutamente prohibido participar en

aquellos violentos rifirrafes, «aunque Soso siguiera tomando parte en ellos». Además, al profesor de matemáticas y geografía, Iluridze, le gustaba ver a sus discípulos enzarzados en luchas callejeras, y no se abstenía de animarles diciendo: «¡Venga, venga! ¡Bien hecho!», sin preocuparse de si entretanto recibía él mismo algún golpe o alguna salpicadura de sangre[5].

«El pequeño Stalin peleaba a puñetazos y luchaba bastante bien», reconocía Davrichewy[*]. Su maestro de canto lo vio organizar varios certámenes de lucha, pero en una ocasión se lesionó el brazo que ya tenía de por sí frágil. «Empezaba como un combate de lucha, pero acababa convirtiéndose en un verdadero encuentro de pugilato», recuerda el maestro, «y todos se pegaban entre sí». El brazo de Soso se inflamó de mala manera y el dolor hacía que resultara más difícil pelear ateniéndose a las reglas.

Su amigo Iremashvili peleó una vez con él en el patio de la escuela. Se decretó que el combate había acabado en empate, pero cuando Iremashvili se dio la vuelta para marcharse, Stalin lo atacó por la espalda y lo derribó al suelo haciéndolo caer sobre la hierba. Cuando se enfrentaba impávido a combatientes más fuertes que él, Soso recibía palizas que estaban a punto de costarle la vida y Keke tenía que acudir a salvarlo y se presentaba corriendo en la jefatura de policía gritando: «¡Dios mío, han matado a mi hijo!». Pero Stalin nunca dejaría de ser el combatiente callejero más pulcramente vestido de su clase: «A veces su madre le ponía incluso un gran cuello blanco que, en cuanto ella se daba la vuelta, Soso se quitaba y se guardaba en un bolsillo».

Las verdaderas energías de los chicos se reservaban para la guerra de pandillas. «Los chavales de nuestro pueblo estaban organizados en bandas correspondientes a las calles o barrios en los que vivían. Dichas bandas estaban constantemente en guerra», aunque también constituían una especie de crisol. «Los chicos de Gori se educaban juntos en la calle sin

distinción de credo, nacionalidad o fortuna». Un simple pilluelo como Stalin jugaba en la calle con el hijo del príncipe Amilakhvari —famoso general—, que intentó enseñarle a nadar. Aquellos niños, armados con navajas, arcos y flechas, o simples tirachinas, llevaban una existencia maravillosamente libre, aunque salvaje: nadaban en el río, cantaban sus canciones favoritas, robaban manzanas del huerto del príncipe Amilakhvari, y recorrían el campo haciendo travesuras. Una vez Stalin incendió los huertos del príncipe.

«Soso era muy revoltoso», recuerda su amigo Giorgi Elisabedashvili, algo más joven que él, «y andaba siempre corriendo por las calles. Le encantaba su tirachinas y su arco de fabricación casera. En una ocasión pasó un boyero que llevaba su ganado de vuelta al establo, cuando de repente apareció Soso y acertó a una vaca en la cabeza con su tirachinas. El animal se espantó, el rebaño entero salió huyendo en estampida y el boyero echó a correr detrás de Soso que desapareció de la vista de todos»; ya empezaba a resultar difícil atraparlo[*]. «Solía escurrírseme entre las manos como un pez», escribe otro amigo de la escuela, «y de nada servía intentar atraparlo». En otra ocasión, Soso aterrorizó a un tendero encendiendo unos cuantos cartuchos de explosivos que, al estallar, destruyeron el establecimiento. «Su madre se veía obligada a escuchar un montón de maldiciones contra su hijo».

A Soso le encantaba dirigir a su banda y trepar por las escarpadas laderas del Gorijvari —la montaña en la que se levantaba el «castillo de elevados muros amarillos»—; allí cantaban, se peleaban, discutían de religión, y admiraban las vistas: «Le encantaban las maravillas de la naturaleza». A unos diez kilómetros se hallaba Uplis-Tsikhe, la «ciudad de las cuevas», hasta la cual resultaba tan difícil llegar, que Stalin nunca pudo alcanzar su cima. Practicó incansablemente, dice Iremashvili, hasta que lo consiguió.

Era despiadado con los demás niños, pero mostraba una actitud sumamente protectora con sus vasallos. Cuando aprendió a nadar (aunque nunca llegó a hacerlo demasiado bien, debido a su brazo), obligó a meterse en las rápidas aguas del Kura a un niño pequeño que no sabía hacerlo. El niño protestó y dijo que había estado a punto de ahogarse: «Sí, pero cuando te metas en líos, tendrás que aprender a nadar», respondió Soso. Sin embargo, cuando sus amigos sufrían el ataque de otra banda, Soso «bombardeaba [a los adversarios] con piedras hasta que se retiraban». En una ocasión, estaban zurrando a un amigo suyo cuando de pronto apareció Soso gritando: «¡Eh! ¿Por qué te quedas quieto ahí, como un burro? ¡Utiliza los puños!». Y puso en fuga al enemigo.

Stalin desafiaba constantemente a otros chavales «mayores y más fuertes que él», dice el joven Josiv Davrichewy. Ya iba a por todas. Como era demasiado torpe para dominar el *lekuri*, el típico baile georgiano, no dudó en dejar paralítico al muchacho que lo bailaba mejor.

Hacía gala de la misma voluntad de poder que lo acompañaría hasta sus últimos días. «Soso era de una banda, pero a menudo se pasaba a otra rival porque se negaba a obedecer al jefe de la suya», que se quejaba de que aquel niño «socavaba mi autoridad e intentaba destronarme». Iremashvili pensaba que «todas las personas que, por ser mayores que él en edad o fuerza, dominaban a otros, le recordaban a su padre: desarrolló un acentuado sentimiento de venganza contra todo el que ocupara una posición superior a la suya». En cuanto se hallaba fuera del control de su madre, Stalin, incluso de niño, necesitaba ser el líder.

De algún modo, los sucesivos cambios de actitud de su padre, que pasaba del comportamiento agresivo a la humillación, la adoración apasionada de su madre, y su propia altivez e inteligencia natural, crearon en él una convicción tan profunda de que siempre tenía razón y de que debía ser obedecido, así como una seguridad tan contagiosa que no tardó en ganarse numerosos secuaces. Uno de esos secuaces

era el hijo de uno de los amigos armenios de su madre, Simon «Senko» Ter-Petrossian, llamado luego Kamo. El acaudalado padre de «Senko», que había hecho fortuna suministrando víveres al ejército durante la conquista de los khanatos de Khiva y Bokhara por Alejandro II, preguntaba airadamente a su hija: «¿Qué diablos veis en ese pobretón e inútil de Stalin, que no vale para nada? ¿Es que no hay personas decentes en Gori?». Desde luego parece que no había muchas.

Soso «podía ser un buen amigo mientras uno se plegase a su voluntad dictatorial», opina Iremashvili. Cuando un niño insinuó que Kote Charkviani se había comido el pan de la comunión, Stalin, en una representación infantil de lo que luego serían sus famosas purgas, «maldijo al muchacho de por vida, lo llamó delator y espía, consiguió que lo odiaran todos los demás escolares, y además le pegó y le llenó de cardenales. Soso era un amigo incondicional».

Stalin podía mostrar un entusiasmo poético por las montañas y los cielos, pero con las personas no tenía compasión. El hijo del jefe de policía lo recuerda en esta época como «la viva imagen de su madre». Era sumamente tranquilo y cauteloso, pero «cuando se enfurecía, se volvía una bestia, profería juramentos sin cesar y llevaba las cosas al extremo». Al tener menos que perder que los demás y unos lazos emocionales menos fuertes, Stalin se convirtió naturalmente en un extremista[6].

Las peleas callejeras estaban legitimadas no sólo porque los padres de los niños de Gori participaban en las pendencias celebradas anualmente en la población y apostaban en los combates de lucha, sino porque las criaturas jugaban a imitar a los héroes-bandidos georgianos que combatían a los rusos en las montañas de las inmediaciones. Pero ahora los colegiales se veían perseguidos por el Imperio Ruso incluso en la escuela.

El emperador Alejandro III, personaje de carácter bovino, orquestó un contragolpe conservador contra la política liberal

y blanda de su padre, muerto en un atentado, que uniría a la mayoría de los georgianos contra su imperio. El zar ordenó que los habitantes de la región aprendieran obligatoriamente ruso[*]: de ahí las clases de ruso de Soso con los Charkviani.

Cuando ingresó en la Escuela Eclesiástica en septiembre de 1890, Stalin compartía con sus compañeros el odio por las nuevas leyes rusas. A los niños no se les permitía ni siquiera hablar georgiano entre ellos. Incapaces de hablar ruso como es debido, «nuestras bocas habían sido selladas en aquella prisión infantil», comenta Iremashvili. «Amábamos a nuestra tierra natal y nuestra lengua madre… Consideraban que los georgianos éramos una cultura inferior en la que había que introducir, aunque fuera a golpes, las bendiciones de la civilización rusa». Hablar georgiano en clase era castigado con «permanecer de pie en un rincón o sostener una vara larga de madera durante toda una mañana o con ser encerrado en un calabozo sin comida ni agua, en la más completa oscuridad, hasta última hora de la tarde».

Los maestros rusos[**] eran unos pedantes brutales vestidos con uniformes rusos —guerreras con botones dorados y gorras puntiagudas— que despreciaban la lengua georgiana. Pero había un maestro muy querido: el profesor de canto, Simon Gogchilidze, un petimetre amable vestido siempre a la última moda: polainas, cuellos de pajarita y un ojal en la solapa. Las niñas de la escuela estaban enamoradas de él e incluso le escribían canciones. Su discípulo favorito era Stalin, al que intentaba ayudar de todas las formas imaginables: «En dos años aprendió música y empezó a ayudar al director del coro. Había un montón de solos y siempre se encargaba de cantarlos Soso…». No era sólo debido a su «hermosa y dulce voz aguda», escribe el romántico profesor, sino al «maravilloso estilo de su ejecución». Stalin era contratado a menudo para cantar en las bodas. «Venía gente sólo para verlo cantar que decía: “Vamos a ver cómo el chico de Djugashvili asombra a todo el mundo con su voz”». Cuando Stalin «aparecía en el podio para cantar un solo vestido con su sobrepelliz y cantaba

con su maravillosa voz de contralto, causaba las delicias de todo el mundo».

Durante aquellos primeros años en la escuela, Stalin era tan devoto que casi nunca faltaba a misa: «No sólo ejecutaba los ritos, sino que siempre nos recordaba su significado», dice un compañero de colegio, A. Chelidze. Otro, Suliashvili, recuerda a Stalin y a otros dos niños en la iglesia «vestidos con sus sobrepellices, de rodillas, con las cabezas erguidas, cantando las vísperas con voz angelical, mientras los otros niños se prosternaban arrebatados en un éxtasis que no era de este mundo». Era el «mejor lector de salmos» de la iglesia. A otros sólo se les permitía leer después de haber sido debidamente instruidos por Soso. La escuela le regaló un volumen con los Salmos de David que llevaba la siguiente dedicatoria: «A Iosiv Djugashvili… Por los excelentes progresos realizados, por su conducta y la forma sobresaliente en que recita y canta el salterio».

Soso pintaba además bastante bien y demostraba un gusto por la actuación teatral que nunca lo abandonaría. Apareció en un *vaudeville* satírico que se burlaba de Shakespeare: «La expresión de Soso hizo que el público estallara en carcajadas». Había empezado ya a escribir poesías: «Escribía versos en vez de cartas a sus amigos»[*].

Era también el alumno más aventajado de su clase. «Era un niño muy listo», decía el maestro de canto. «Nadie recuerda que sacara una nota inferior al 5 [equivalente a nuestro 10]». Soso «se pasaba el tiempo leyendo libros»; «a menudo llevaba varios volúmenes sujetos con el cinturón por encima de los pantalones», y le gustaba ayudar en su trabajo a los niños menos inteligentes. «Nunca faltaba a clase ni llegaba tarde y siempre intentaba ser el primero en todo», dice un compañero suyo de clase, Petre Adamashvili, al que dio el siguiente consejo: «Tienes que mejorar. No seas vago o echarás a perder tu vida».

Incluso los maestros «georgianófobos» quedaron impresionados de los conocimientos de Stalin. El inspector de enseñanza Butyrski solía excusarse de asistir a los actos sociales diciendo que debía retirarse a estudiar a casa porque «si no estoy preparado [para la clase del día siguiente], tengo un alumno, Djugashvili, que seguro que me pesca». Stalin era un empollón de tal calibre que cuando le tocaba hacer de delegado de curso apuntaba a todos los que llegaban tarde o intentaban saltarse las normas. Los otros niños le llamaban de mote «el Gendarme».

Pero el favorito de la clase no tenía nunca miramientos con nadie. En una ocasión en que su clase salió de excursión y vio cómo un niño ayudaba al inspector Butyrski a cruzar un arroyo cargándolo sobre sus hombros, Stalin murmuró: «¿Es que eres un borrico? Yo no dejaría montar sobre mi espalda ni al mismísimo Dios, y menos aún a un inspector de la escuela». Cuando su querido Gogchilidze intentó convencerle de que interpretara una canción que a él no le gustaba, Soso no apareció en todo el día.

Lavrov, el maestro más odiado y más propenso a perseguir todo aquello que tuviera que ver con Georgia, nombró a Stalin su «asistente», decisión que no tardaría en lamentar. Cuando intentó obligar a su asistente a informarle de todos los que hablaran georgiano, Stalin no dudó en actuar. Con la ayuda de unos brutos de dieciocho años, atrajo al profesor a un aula vacía y entre todos lo amenazaron con matarlo. Desde aquel día Lavrov se mostró mucho más tolerante.

Al final del cuarto curso, Stalin decidió que su coro debía hacerse un retrato. El maestro de canto oyó cómo «repartía las tareas: un niño debía recoger el dinero, otro buscar al fotógrafo, y cuando estuvimos todos reunidos, llegó él con un ramillete de flores y ordenó a los demás niños que se pusieran una en el ojal y que se colocaran para hacerse la fotografía».

Pero sobre Soso se cernía siempre una sombra: Beso el Loco llegó un día borracho y lo sacó de la escuela para

obligarlo a hacerse zapatero. Keke recurrió a sus protectores: «Puse en pie de guerra a todo el mundo, a mis hermanos, al padrino Egnatashvili, al maestro…», y Beso «me devolvió a mi hijo». Pero Beso «irrumpía a menudo en la escuela borracho con la pretensión de llevarse a su hijo a la fuerza». En adelante Soso tendría que entrar en las escuela a escondidas, literalmente debajo del abrigo de los hermanos de Keke, y «todo el mundo ayudaba a ocultar a la criatura diciendo al furibundo Beso que Soso ni siquiera estaba en el colegio».

El escolar Stalin, lo mismo que el político en el que se convirtió, era un cúmulo de contradicciones: «Soso Djugashvili», resume Iremashvili, «era el mejor alumno, pero también el más travieso». La infancia de Stalin había supuesto ya un triunfo sobre la desgracia. Pero a medida que fuera prosperando en la escuela, tendría que enfrentarse de nuevo a una serie de golpes terribles que casi acabaron con él[7].

4

Ejecución en Gori

El 6 de enero de 1890, los niños del coro, dirigidos por el maestro de canto, Gogchilidze, salieron de la iglesia, donde habían asistido a la bendición del día de la Epifanía, y se dirigieron a la guarnición rusa de Gori. «Ninguno se dio cuenta», recuerda Gogchilidze, «de un coche sin control» que venía lanzado contra la multitud. Stalin, que a la sazón tenía doce años, cruzaba la calle en el momento preciso en que el coche «chocó con él, una vara le dio en la mejilla, haciéndolo caer en redondo, y [las ruedas] le pasaron por encima. La multitud lo rodeó y entre unos cuantos recogimos al muchacho, que había perdido el conocimiento, y nos lo llevamos». El cochero fue detenido y posteriormente fue condenado a un mes de cárcel, pero lo único que vio la pobre Keke fue que de nuevo le llevaban a casa el cuerpo ensangrentado de su hijo. Cuando Soso volvió en sí, vio a su madre desesperada: «No te preocupes, mamaíta, estoy bien», dijo el muchacho con valentía, «no voy a morirme»[1].

Las heridas eran tan graves que Soso fue ingresado en el hospital de Tiflis, la capital, y tuvo que faltar a la escuela varios meses. Sufrió graves lesiones en las piernas. Años después, ya en el seminario, se quejaba de «dolor en las piernas» e, incluso una vez recuperado, caminaba con paso marcadamente claudicante, rasgo que le haría ganarse otro mote: el Picado de Viruela (Chopura) se convertiría así en el Cojo (Geza). Entonces más que en cualquier otro momento debió de desear demostrar su fuerza, pero también disfrutaría de la seguridad que da el hecho de superar una adversidad tan grande.

El accidente hizo salir de las sombras a Beso y le permitió vengarse: el zapatero probablemente visitara al pequeño en Tiflis. Keke no tuvo más remedio que comunicarle la gravedad de su estado. Pero Beso no pudo resistir a la tentación de volver a imponerse sobre aquella familia tan díscola que tenía. Tan pronto como Soso estuvo restablecido, su padre lo secuestró y lo metió de aprendiz de zapatero en la fábrica de Adelkhanov, donde él trabajaba.

»¿Quieres que mi hijo sea obispo? ¡Pues no recibirá ninguna educación! ¡Por encima de mi cadáver!», dijo vociferando a Keke. «¡Yo soy zapatero y mi hijo también lo será!».

Beso y su hijo se pusieron así a trabajar con los ochenta obreros empleados en la fábrica de Adelkhanov; la jornada laboral era muy larga y el salario bajo, y además tenían que trabajar en un sótano medio inundado a la luz de lámparas de queroseno en medio del hedor casi fecal del cuero curtido. La peste hacía vomitar a los hombres hechos y derechos. Incluso las autoridades zaristas mostraron su preocupación por la cantidad de niños operarios que había en la siniestra fábrica rectangular de Adelkhanov. Soso vivía con su padre en una habitación en el barrio obrero de Avlabar y tenía que cruzar el puente situado al pie de la cárcel-fortaleza de Metekhi para ir al trabajo; su cometido era llevar los zapatos de la fábrica a la tienda-almacén situada en el bazar, junto a la plaza Ereván. Aparte del breve período pasado en el taller de su padre en Gori, aquélla sería la única experiencia de la vida de un trabajador que tendría Stalin durante toda una existencia dedicada al proletariado. Si Beso se hubiera salido con la suya, Stalin no habría existido nunca, pues no habría recibido ninguna educación. Stalin debió su éxito político a la insólita combinación que se daba en él de brutalidad callejera y de educación clásica.

«Toda la escuela echaba de menos a Soso», recordaba el maestro de canto, «y nadie más que Keke». Una vez más, Keke entró en acción movilizando a todos sus aliados. Aquella

mujer tan formidable y atractiva llegó a Tiflis con el apoyo de los profesores de la escuela, el padre Charkviani y Egnatashvili, que intentaron imponer su parecer al de Beso. Incluso el exarca de la iglesia ortodoxa georgiana tuvo conocimiento del caso y se ofreció a buscar una plaza como niño de coro para Soso en Tiflis, pero Keke había tomado ya una determinación. Beso estaba furioso. Se consultó al muchacho. Su deseo era estudiar en la Escuela Eclesiástica de Gori. Fueron los curas los que se lo devolvieron a Keke. Beso juró que no volvería a dar un *kopek* a su familia y que se desentendería por completo de ella.

«Pasó el tiempo», dice Keke. «La voz de Beso dejó de oírse. Nadie me dijo si estaba vivo o muerto. Yo me alegraba incluso de que, sin él, fuera capaz yo sola de sacar adelante de nuevo a la familia». Pero Beso volvería a irrumpir en la vida de Stalin… antes de desaparecer para siempre[2].

Soso ingresó otra vez en la escuela, donde de nuevo destacaría como el «mejor alumno» (según las palabras de orgullo de su madre). Sin la ayuda de Beso, Keke no podía pagar el recibo de la escuela. Trabajaba cada vez más al servicio de sus patronos y no dudó en buscar otros nuevos: empezó a trabajar como criada y lavandera de Vasili Beliaev, un hombre honrado, presidente de la Junta de Instrucción Pública local, con un sueldo de 10 rublos al mes. Las aportaciones de Egnatashvili y Davrichewy eran más sustanciosas. La propia escuela, movilizada indudablemente por Beliaev, los protectores de Keke y el servicial maestro de canto, no sólo contribuyeron al reingreso de Soso, sino que le proporcionaron además una beca de 3 rublos y 30 *kopeks*.

Quizá el trauma del accidente, el secuestro y la dura existencia llevada en la fábrica de calzado acabaran con la resistencia del chico. Inmediatamente después de que Beso lo soltara, el muchacho cayó gravemente enfermo con neumonía. Su madre «por poco lo perdió, pero una vez más Soso se libró de la muerte», comenta su maestro de canto. En esta ocasión,

la escuela dobló la cuantía de la beca, que a partir de entonces ascendería a 7 rublos. Incluso cuando estaba enfermo y con fiebre, Keke comenta con orgullo que decía: «Madre, déjame ir a la escuela. Si no, el profesor Iluridze me pondrá malas notas…».

Durante más de un año había habido una crisis detrás de otra. Ahora Soso celebraría su vuelta a la escuela tomando sus estudios con renovado entusiasmo. No obstante, cada vez era más rebelde. «Era castigado casi a diario», dice Iremashvili, que formaba parte como él del trío de solistas del coro. Soso organizó una protesta contra el odiado inspector Butyrski, que casi desembocó en un motín: «Fue la primera sublevación instigada por Soso».

Su madre tuvo que trasladar su domicilio a unas habitaciones miserables en la calle Sobornaya, en una casa «vieja, pequeña y sucia», con un tejado por el que entraban el viento y la lluvia. «La habitación», recuerda Iremashvili, «estaba en una eterna penumbra. El ambiente rancio, denso debido al olor de la lluvia, la ropa húmeda y la cocina, no se iba ni un momento del cuarto». Todo lo contrario que Soso. El muchacho tenía incluso una razón más para andar todo el día por las calles y por el monte Gorijvari con su banda.

Siendo todavía un muchacho del coro de la Escuela Eclesiástica, Stalin empezó a mostrar interés por la situación de los pobres y a dudar de su fe. Entabló una estrecha amistad con tres muchachos, todos ellos hijos de cura, los hermanos Lado y Vano Ketskhoveli, que desempeñarían un papel trascendental en su vida futura, y Mijeil Davitashvili[*], que, al igual que Stalin, cojeaba al andar. El mayor de los Ketskhoveli, Lado, no tardaría en ingresar en el seminario de Tiflis y en traer noticias de la protesta y la huelga que él mismo había dirigido, motivo por el cual fue expulsado del centro. Stalin encontró una fuente de inspiración en aquellos nuevos amigos y en sus libros, pero todavía veía en el sacerdocio su vocación de ayudar a los pobres. En aquellos

momentos, sin embargo, empezaría a abrigar por primera vez aspiraciones políticas. Debido a la influencia carismática de Lado Ketskhoveli, declaró que deseaba ingresar en la administración local, para tener poder y mejorar así las condiciones de vida de la gente.

Hablaba de libros todo el tiempo. Si le gustaba uno, no tenía el menor reparo en robárselo a cualquier compañero de colegio y salir corriendo con él hacia su casa. Cuando tenía unos trece años, Lado Ketskhoveli lo llevó a una pequeña librería de Gori, donde pagó una suscripción de 5 *kopeks* y tomó en préstamo un libro que probablemente fuera el *Origen de las especies* de Darwin. Stalin se pasó la noche en vela leyéndolo —ni siquiera se acordó de acostarse— hasta que Keke se dio cuenta.

—Ya va siendo hora de que te vayas a la cama —dijo—. ¡Vete a dormir! Está a punto de amanecer.

—Es que me gustaba tanto el libro, mamaíta, que no he podido dejar de leer… —respondió el muchacho.

A medida que se intensificaban las lecturas, su piedad se resentía.

Un día, Soso y unos amigos, entre los cuales se encontraba Grisha Glurjidze, estaban en la ciudad tumbados en la hierba hablando de la injusticia que suponía la existencia de pobres y ricos cuando sorprendió a todos diciendo:

—Dios es injusto. Ni siquiera existe. Hemos sido engañados. Si existiera Dios, habría hecho que el mundo fuera mucho más justo.

—¡Soso! ¿Cómo puedes decir esas cosas? —exclamó Grisha.

—Te prestaré un libro y lo verás —y regaló a Glurjidze una copia de la obra de Darwin.

Los sueños que abrigaba Soso de acabar con la injusticia se confundían con los relatos populares acerca de héroes-

bandoleros y del renaciente nacionalismo georgiano. Veneraba los poemas del príncipe Raphael Eristavi, nacionalista georgiano, y llegó a aprenderse de memoria su obra maestra, *La patria de Khevsur*. «¡Qué poema más maravilloso!», comentaba Stalin con entusiasmo ya en la vejez. El escolar había empezado a escribir sus propios poemas románticos. Todos sus compañeros andaban alrededor de la casa de Stalin discutiendo acaloradamente acerca de aquellas ideas y aquellas obras prohibidas[3].

Por aquel entonces, Soso se había enamorado, otro episodio humano eliminado de las memorias oficiales y nunca dado a conocer. La joven que despertó su pasión fue la hija del padre Charkviani: su madre y él habían alquilado unas habitaciones en la casa de esta familia. «En tercer curso se enamoró de la chica de Charkviani», dice Giorgi Elisabedashvili. «Solía hablarme de aquel sentimiento y se reía de sí mismo por dejarse arrastrar por las emociones». Cuando la muchacha estudiaba ruso, «a menudo me colaba yo en el cuarto y me interesaba por sus clases», recordaría Stalin cincuenta años más tarde. «En una ocasión en que la muchacha se hallaba en apuros con sus estudios, le eché una mano…». No sabemos si la hija del pope correspondió o no a su amor, pero los dos habían estado siempre muy unidos de pequeños, como señalaba su hermano Kote: «Empezó a jugar a las muñecas con mi hermana. Con frecuencia la hacía llorar, pero al cabo de un momento ya se habían reconciliado y estaban juntos ante sus libros como verdaderos amigos…»[4]

Cierto acontecimiento —«el suceso más notable acaecido en Gori a finales del siglo XIX»— produjo una profunda impresión en Soso. El 13 de febrero de 1892, los profesores de la Escuela Eclesiástica ordenaron a todos sus alumnos asistir a un cruel espectáculo que esperaban que «despertara en los muchachos temor y respeto»: una ejecución en la horca.

En un soleado día de invierno fueron erigidas tres horcas a orillas del río Kura, al pie de la fortaleza de la montaña.

Muchos habitantes de Gori acudieron a contemplar el espectáculo y los uniformes de los alumnos de la Escuela Eclesiástica eran bien visibles entre la multitud. Pero los niños quedaron «profundamente deprimidos por la ejecución».

Los condenados habían robado una vaca y durante su persecución habían matado a un policía. Pero los niños se enteraron de que los criminales no eran en realidad más que tres «campesinos que habían sufrido una opresión tan grande por parte de los terratenientes que se habían refugiado en el bosque», convirtiéndose en tres pequeños Robin Hood que únicamente atacaban a los nobles de la zona y ayudaban a los demás campesinos. Stalin y Pioter Kapanadze se preguntaban cómo podía estar bien matar a los bandidos cuando los curas les enseñaban el mandamiento mosaico que dice: «No matarás». Los dos escolares quedaron especialmente sorprendidos al ver a un pope de pie junto a las horcas con una gran cruz en la mano.

Los niños estaban fascinados. «Soso Djugashvili, yo y otros cuatro chicos de la escuela nos encaramamos a un árbol y contemplamos el terrible espectáculo desde allí», recuerda un integrante del grupo, Grigori Razmadze. (No obstante, el jefe de policía Davrichewy prohibió a su hijo asistir al acto). Otro espectador de la ejecución, que con el tiempo se haría amigo de Stalin y al que éste promocionaría, fue Maxim Gorki, por entonces un simple periodista y poco después el novelista más célebre de Rusia.

Los habitantes de Gori simpatizaban con aquellos bravos bandidos caucasianos: dos de ellos eran osetas y otro imeretio. Las ejecuciones eran una demostración de fuerza por parte de los rusos; el joven Davrichewy llamaba a los condenados «santos mártires». La multitud resultaba amenazadora; una doble fila de soldados rusos rodeó la plaza. Los tambores empezaron a redoblar. «Las autoridades, vestidas de uniforme, se colocaron en torno al cadalso», escribe Gorki en su artículo. «Sus rostros sombríos y severos tenían una expresión extraña y hostil». Tenían motivos para estar nerviosas.

Los tres bandidos subieron al cadalso con grilletes en los pies. Uno de ellos fue separado de los demás (su ejecución había sido aplazada). El pope ofreció su bendición a los dos reos; uno la aceptó; el otro la rechazó. Los dos pidieron que les dejaran fumar y beber un trago de agua. Uno de ellos, Sandro Khubuluri, permanecía en silencio, pero el otro, el apuesto y vigoroso «cabecilla», Tato Jioshvili, sonreía y bromeaba valientemente ante la multitud de admiradores. Se apoyó en la barandilla del cadalso y, percatándose de la presencia de Gorki, «se puso a charlar con la gente que había venido a verle morir». La muchedumbre empezó a tirar piedras al verdugo, que llevaba una caperuza e iba vestido enteramente de rojo. Colocó a los reos encima de sendas banquetas y apretó el nudo alrededor de su cuello. Sandro se retorció los bigotes y frunció la nariz. Había llegado la hora.

El verdugo dio una patada a las banquetas. Como era habitual, la represión zarista mostró una vez más su ineptitud: la cuerda de Sandro se rompió. La multitud dio un suspiro de alivio. El verdugo vestido de rojo volvió a situarlo sobre la banqueta, colocó un nuevo nudo alrededor de su cuello y volvió a ahorcarlo. Tato también tardó un rato en morir.

Los aldeanos y los chicos de la escuela se fueron rápidamente. Soso y sus compañeros discutieron sobre lo que les ocurriría a las almas de los ejecutados: ¿sufrirían las penas del infierno? Stalin aclaró sus dudas:

—No —dijo—. Han sido ejecutados y sería injusto condenarlos otra vez.

Los muchachos pensaron que sus palabras tenían sentido. Esta ejecución es citada a menudo como un suceso que estimuló el carácter sanguinario de Stalin, pero lo único que sabemos es que los muchachos simpatizaban con aquellos proscritos georgianos y que desdeñaban a sus opresores rusos. En todo caso, el espectáculo contribuyó a hacer de Stalin un rebelde, no un asesino[5].

Ya era hora de salir de Gori: Soso estaba a punto de acabar sus estudios en la Escuela Eclesiástica. Al amanecer, Keke solía sentarse a la cabecera de su cama y admiraba en silencio a su brillante hijo mientras dormía. «Mi Soso había crecido», dice, pero todavía pasaban juntos mucho tiempo. «Casi nunca nos habíamos separado. Siempre estaba a mi lado». Incluso cuando había estado enfermo, «solía leer junto a mí. Su otra única distracción era pasear a orillas del río o subir al monte Gorijvari».

No obstante, la mujer se daba cuenta de que para hacer realidad sus sueños debía dejarlo marchar, aunque «no pudiera sobrevivir sin mí ni yo sin él, pero su sed de conocimientos lo obligaba a abandonarme». Esa sed desde luego no lo abandonaría nunca[*]. Naturalmente, tras acabar la Escuela Eclesiástica, debía ingresar en el mejor centro educativo religioso que había en la zona meridional del Imperio: el seminario de Tiflis. En julio de 1893, a los 15 años, aprobó sus exámenes con notas brillantísimas. Todos sus profesores, y especialmente Simon Gogchilidze, lo recomendaron ante la dirección del seminario. Pero había un problema.

—Un día Soso llegó a casa —dice su madre— con lágrimas en los ojos.

—¿Qué pasa, hijo mío? —le preguntó Keke.

Soso le explicó que la huelga del seminario de Tiflis, orquestada en parte por su amigo, el radical Lado Ketskhoveli, y su consiguiente cierre significaban que «iba a perder un año, porque aquel verano no iba a haber ningún nuevo alumno que no fuera hijo de cura».

«Consolé a mi hijo», dice Keke, «y a continuación me vestí», probablemente con su mejor tocado. Fue a visitar a los profesores y patronos del muchacho, que prometieron ayudarles. El maestro de canto se ofreció a acompañar él mismo a Soso y a matricularlo en la escuela normal para que obtuviera el título de maestro. Pero para Keke su hijo sólo

podía aspirar a lo mejor, esto es al sacerdocio, y eso significaba el seminario.

Keke viajó a Tiflis con su hijo. Soso estaba muy contento, pero durante el viaje de apenas 70 km en tren se puso a llorar de forma repentina.

—Mamaíta —exclamó sollozando—, ¿qué va a pasar si, cuando lleguemos a la ciudad, me encuentra padre y me obliga a hacerme zapatero? ¡Yo quiero estudiar! ¡Me mato antes que trabajar de zapatero!

«Le di un beso», recuerda Keke, «y enjugué sus lágrimas».

—Nadie impedirá que sigas estudiando —le aseguró—. Nadie va a apartarte de mí.

A Soso le impresionó mucho Tiflis, «la efervescente agitación de la gran ciudad», aunque a los dos, madre e hijo, les aterrara la idea de que «Beso pudiera hacer su aparición», afirma Keke. «Pero no nos encontramos con él».

La indómita Keke alquiló una habitación y localizó al único pariente bien relacionado que tenía en la capital, que era el arrendatario de un cura todavía mejor relacionado, casado con una mujer llena de recursos.

—Por favor, ayuden a esta mujer —dijo el pariente a la esposa del cura— y habrán hecho una obra mejor que edificar toda una iglesia[*].

La mujer del pope apeló a otros clérigos que hablaron con la dirección del seminario y obtuvieron para Soso el derecho a presentarse al examen de ingreso. Eso era todo lo que deseaba su madre, pues «yo estaba segura de que mi hijo iba a cubrirme de gloria». Y en efecto la «cubrió de gloria», pero en el seminario la manutención de un chico que no fuera hijo de cura costaba 140 rublos al año, suma que Keke no esperaba poder reunir sola. Davrichewy, seguramente a petición de Keke, convenció a una famosa aristócrata, la princesa Baratov, de que también los ayudara. Mientras Keke intentaba

frenéticamente utilizar todos los resortes, Soso solicitó una beca y fue admitido como mediopensionista, lo que significaba de todas formas que debía pagar una cantidad enorme de dinero —40 rublos al año— y comprarse la sotana de rigor. A Keke no le importaba: regresó a Gori sintiéndose «la madre más feliz del mundo» y empezó a coser para reunir el dinero necesario. Egnatashvili y Davrichewy contribuyeron a sufragar los gastos.

«Un mes más tarde», recuerda Keke, «vi a Soso con el uniforme de seminarista y me puse a llorar de felicidad. Me daba también mucha pena…». Tras matricularse aproximadamente el 15 de agosto de 1894, Soso ingresó en el seminario y de paso entró en contacto con el mundo de la capital del Cáucaso.

El muchacho cojo, picado de viruela, con los dedos de los pies unidos por membranas, que había sido golpeado y abandonado por su padre de manera humillante, y adorado, pero golpeado también por su madre, sobre el que se cernía la sospecha de ser hijo bastardo, y que había sobrevivido a diversos accidentes y enfermedades, había superado al fin todos los obstáculos.

Resulta difícil no exagerar la importancia crucial de aquel momento. Sin el seminario, sin la determinación de su madre, Soso no habría recibido la educación clásica, por represiva que fuera, que preparó al hijo de un zapatero para convertirse en el sucesor de Lenin.

«Me escribió asegurándome que no tardaría en sacarme de la pobreza», recuerda su madre que le decía en la primera de las cartas respetuosas, pero distantes, que durante toda su vida recibió de su amado hijo. «Cuando recibía una carta, la apretaba contra mi corazón, dormía con ella y la cubría de besos».

«En la escuela todo el mundo me felicitó», añade Keke, «pero sólo Simon Gogchilidze me miraba con ojos

melancólicos: “La Escuela parece abandonada”, me decía[*] “¿Quién va cantar ahora en el coro?”».[6].

5

El poeta y la carrera eclesiástica

A sus dieciséis años, el muchacho de Gori, acostumbrado a la libertad de las peleas en la calle y a trepar por el monte Gorijvari, se encontraba encerrado prácticamente a todas horas en una institución más parecida al internado inglés más represivo del siglo XIX que a una escuela religiosa: los dormitorios, los pequeños matones, los actos de homosexualidad a la orden del día, los profesores crueles y santurrones y las horas de encierro en las celdas de castigo hacían de ella una versión caucasiana de los *Tom Brown's Schooldays*[*].

Stalin llegó al seminario con un grupo de muchachos de Gori, entre los cuales estaban Josiv Iremashvili y Pioter Kapanadze. Aquellos chicos pueblerinos, pocos de los cuales eran tan pobres como Soso, se encontraron rodeados de «arrogantes hijos de padres ricos[**]. Nos sentíamos una minoría selecta», escribe Iremashvili, porque el seminario era «la fuente de la vida intelectual de Georgia, con sus fundamentos históricos enraizados en una civilización aparentemente perfecta».

Soso y los otros 600 aprendices de cura vivían en un edificio neoclásico de cuatro pisos, decorado con hermosas y nobles columnas blancas. En el piso más alto, el joven compartía con los demás estudiantes un dormitorio de veinte o treinta camas. En los otros pisos estaban la capilla, las aulas y el refectorio. En una jornada estrictamente dividida por el toque de las campanas, Soso se despertaba cada mañana a las siete en punto, se ponía el uniforme de rigor, y enseguida daban comienzo las oraciones en la capilla, seguidas de un té y

las clases. A continuación el seminarista de turno leía otra oración. Las clases duraban hasta las dos. A las tres almorzaban, luego tenían una hora y media libres antes de que se pasara lista a las cinco, y a partir de ese momento estaba prohibido volver a salir. A las ocho, después de los rezos vespertinos, tenía lugar la cena, seguida de nuevas clases y más oraciones hasta que las luces se apagaban a las diez. Los fines de semana, los servicios religiosos eran interminables, «tres o cuatro horas en el mismo sitio, apoyándose ora en una pierna ora en otra, bajo la mirada penetrante e incansable de los monjes». Pero los chicos tenían permiso para salir de tres a cinco de la tarde.

Los seminarios de todo el imperio eran «famosos por la brutalidad de sus hábitos, su pedagogía medieval, y por la vigencia de la ley del más fuerte», comenta Trotski. «Todos los vicios prohibidos por las Sagradas Escrituras florecían en aquellos semilleros de piedad». El seminario de Tiflis, cuyo apodo era el Saco de Piedra, era el peor de todos: «Absolutamente triste, —decía un alumno— machaconamente aburrido; teníamos la sensación de estar en la cárcel.

Cuando llegó Stalin, sus veintitrés profesores estaban dirigidos por una lúgubre trinidad: el rector, el archimandrita Serafim, su vicerrector, el inspector Germogen, y el más odiado y el único georgiano de los tres, el padre Dmitri, llamado antes de profesar príncipe David Abashidze. Ascendido rápidamente a inspector, este Abashidze era un pedante moreno y gordo, un «súbdito de Dios, humilde esclavo y servidor del zar», según sus propias palabras.

Los monjes estaban decididos a eliminar por la fuerza cualquier indicio de «georgianidad» que pudiera haber en sus discípulos, todos ellos orgullosos de ser georgianos. La literatura georgiana estaba estrictamente prohibida, pero lo mismo podía decirse de todos los escritores rusos posteriores a Pushkin, incluidos Tolstoi, Dostoyevski y Turguéniev. Los dos inspectores se dedicaban a todas horas a «la supervisión constante e incansable» de sus discípulos. Las sanciones y las

malas notas eran apuntadas en el diario escolar. La expulsión —la «boleta de lobo»— se convirtió enseguida en una especie de título honorífico.

El padre Abashidze contaba entre los alumnos con un grupo de pelotilleros y, durante el tiempo que Stalin permaneció en aquel centro, se dedicaba a recorrer celosamente el seminario y a realizar melodramáticas incursiones en los dormitorios con el fin de pillar a los muchachos leyendo libros prohibidos, cometiendo actos deshonestos o diciendo palabras soeces. Stalin, que era un agudo inventor de motes, no tardó en encontrar uno para aquel cura ridículo, «el Punto Negro». Aunque en un principio causaba terror, aquel hombre resultaba en último término grotesco, como sólo pueden serlo los pelmazos pedagógicos más desequilibrados.

Stalin sabía por su mentor, Lado, todo lo que había que saber acerca de las famosas rebeliones del seminario. Pocos años antes, en 1885, un alumno había pegado al rector porque éste había dicho que «el georgiano era una lengua de perros». Al año siguiente el rector había sido asesinado con un *khanjali*, la típica espada georgiana, final que ni siquiera el director más brutal de un internado inglés habría tenido nunca.

El seminario había de llevar a cabo la singular hazaña de suministrar a la revolución rusa algunos de sus radicales más crueles. «Ninguna escuela laica», escribía otro seminarista, el camarada de Stalin Philip Majaradze, «produjo tantos ateos como el seminario de Tiflis». El Saco de Piedra se convertiría literalmente en toda una escuela de revolucionarios.

Stalin se mostró al principio «tranquilo, atento, modesto y tímido», recuerda un compañero del seminario, mientras que otro señala que Soso, el otrora insolente jefe de una banda callejera de Gori, se había vuelto «reflexivo y retraído, y que el amor por los juegos y las diversiones de la infancia había desparecido». Convertido en un adolescente propenso a los cambios repentinos de humor, Soso tomaba buena cuenta de

todo —y se parecía cada vez más a un poeta romántico consciente de su papel—, pero estudiaba también en serio, y pasó el primer curso con la nota global de «sobresaliente», el octavo de toda su clase. En 1894-1895, sacó 5 (equivalente a nuestro 10) en canto y lengua georgiana, y 4. 5, en escritura. Era un estudiante modelo, que sacó un «sobresaliente de 10» en conducta.

Al ser un becario que atravesaba una situación «lamentable», Soso se veía obligado a suplicar «de rodillas[1] constantemente al rector que le prestara nueva ayuda en el pago de los recibos.[*]». Stalin ganaba además algún dinero de bolsillo (5 rublos, recordaría más tarde) cantando en el coro. Era el «primer tenor del ala derecha del coro» —el solista— y a menudo actuaba en el teatro de la ópera.

Keke lo acompañó a Tiflis y se quedó algunas semanas para ayudarle a establecerse. Encontró un empleo cosiendo y sirviendo la comida en el seminario, motivo sin duda de incomodidad para Soso y acaso una razón más de su reticencia inicial. Una vez cumplida su misión, la mujer regresó a Gori. A partir de ese momento durante los períodos de exilio y hasta la muerte de Keke cuarenta años después, Stalin escribiría a su madre con respetuosa regularidad (especialmente cada vez que necesitaba dinero o ropa), pero cada vez con mayor distanciamiento. En realidad nunca volvería con su madre, cuya notable energía y cuya afilada lengua había heredado, y a la que, desde luego, encontraba insoportable.

No se sabe cómo Beso, que andaba acechando por Tiflis, descubrió en Soso una fuente potencial de dinero, que luego gastaba en vino: se presentó ante el rector del seminario y exigió que le devolviera a su hijo: «¡Déjelo salir porque necesito a alguien que se ocupe de mí!». Stalin «no se conmovió», pues aunque deseaba aliviar «las duras condiciones de vida que llevaban Beso y la gente como él», encontraba repulsiva la persona de aquel individuo.

«En una ocasión», recordaba Stalin, «llegaron los vigilantes nocturnos y me dijeron que mi padre estaba fuera». El muchacho bajó precipitadamente las escaleras y se lo encontró «allí de pie. Ni siquiera preguntó cómo estaba», sino que dijo bruscamente:

—Jovencito, señor, se ha olvidado usted completamente de su padre, ¿verdad? Me voy a trabajar a otra ciudad.

—¿Cómo iba a tener yo dinero para socorrerte? —respondió Soso.

—¡Cállate! —replicó Beso a voces—. Dame por lo menos tres rublos y no seas tan mezquino como tu madre.

—No grites —contestó el muchacho—. Éste es mi internado. Si no te vas inmediatamente, llamaré a los vigilantes nocturnos para que te echen.

La «amenaza funcionó», recordaba Stalin. «Mi padre desapareció en la oscuridad de las calles murmurando no sé qué»[2].

Durante las vacaciones, Soso volvió a Gori a ver a su madre, siempre tan sofocantemente cariñosa. Aunque «había empezado a dejarse crecer la barba, seguía refugiándose en mi regazo como una criatura de cinco años». Pero se pasó la mayor parte del tiempo en Tsromi, la aldea de su amigo Mijail Davitashvili, cojo y rico. Cuando volvió al seminario, el muchacho sacó incluso mejores notas, obteniendo otro «sobresaliente» y pasando a ser el quinto mejor alumno de su curso. Empezó además a trabajar en sus poemas.

Al término del trimestre, Soso llevó sus versos a las oficinas del famoso periódico *Iveria (Georgia)*, donde fue recibido por el poeta más aclamado del país, el príncipe Ilya Chavchavadze, un nacionalista romántico que creía en una Georgia agrícola gobernada por una aristocracia ilustrada.

El príncipe quedó lo bastante impresionado como para mostrar la obra del muchacho a sus editores. Los versos de

Soso provocaron su encendida admiración y escogió cinco poemas para su publicación, todo un logro para un poeta novel. El príncipe Chavchavadze lo llamaba «el joven de los ojos ardientes». Stalin fue admirado en Georgia como poeta antes de hacerse famoso como revolucionario[3].

6

El «Joven de los ojos ardientes»

Georgia se consideraba a sí misma un reino oprimido de caballeros y poetas. Los versos de Stalin publicados en *Iveria* bajo el pseudónimo de «Soselo», fueron muy leídos y se convirtieron en una obra clásica menor de la literatura georgiana, apareciendo en las antologías de la mejor poesía del país antes de que nadie oyera hablar de «Stalin». *Deda Ena*, una antología infantil de poesía georgiana editada entre 1912 y mediados de los años sesenta, incluyó el primer poema de Stalin —«Mañana»— en su edición de 1916. Siguió apareciendo en ediciones posteriores, atribuido unas veces a Stalin y otras no, hasta la época de Brezhnev.

De la voz de Soso, convertido para entonces en un tenor adolescente, se decía que era lo bastante buena como para que el joven pudiera hacerse profesional. Como poeta demostró también tener cierto talento, lo que le habría permitido encontrar una carrera distinta de la política o al derramamiento de sangre. «Podrían incluso encontrarse razones no sólo políticas para lamentar el abandono de la poesía por parte de Stalin en aras de la revolución», opina el profesor Donald Rayfield, que ha traducido sus poemas al inglés. La imaginería romántica de su poesía era prestada, pero su belleza radica en la elegancia y la pureza del ritmo y del lenguaje.

La métrica y la rima de su poema «Mañana» funcionan perfectamente, pero sería su delicada y precoz fusión de imágenes persas, bizantinas y georgianas lo que ganaría para él el aplauso de la mayoría. «No es de extrañar», comenta Rayfield, «que el decano de las letras y la política de Georgia,

Ilya Chavchavadze, se mostrara dispuesto a publicar ese poema suyo y por lo menos otros cuatro más».

El siguiente poema de Soselo, una oda enloquecida «A la luna», pone más de manifiesto al poeta. A la sagrada luz de la luna, vemos retratado a un marginado violento y trágicamente deprimido, en un mundo de glaciares marcado por la providencia divina. En su tercer poema, Stalin explora el «contraste entre la violencia del hombre y de la naturaleza y la ternura de las aves, la música y los cantores».

El cuarto es el más revelador de todos. Stalin se imagina a un profeta que no es apreciado en su propio país, a un poeta errante envenenado por su propio pueblo. A los diecisiete años, Stalin contempla ya un mundo «paranoico» en el que «los grandes profetas sólo podían esperar conspiraciones y asesinatos». Si hay algún poema de Stalin que «contenga un aviso al lector», afirma Rayfield, «es éste».

Dedicado al amado poeta de Georgia[*], el príncipe Raphael Eristavi, el quinto poema de Stalin sería, junto con «Mañana», el más admirado. Sería esta obra la que moviera al «infiltrado» de Stalin en el Banco Nacional a darle el soplo que le permitió perpetrar el atraco de la plaza Ereván, y desde luego era lo bastante bueno para ser incluido en el volumen publicado en 1899 con motivo del jubileo del príncipe Eristavi. La saga heroica que contiene reclama el uso del arpa y de la hoz al mismo tiempo.

El último poema, «El viejo Ninika», que apareció en el semanario socialista *Kvali* («Arado»), describe cariñosamente a un viejo héroe que «sueña con el pasado o se lo cuenta a los hijos de sus hijos», y acaso sea la visión de un georgiano idealizado como sería en la vejez el propio Stalin, que acabó sus días sentado en la terraza de su mansión a orillas del mar Negro regalando los oídos de los jóvenes con el relato de sus aventuras.

Los primeros versos de Stalin explican el interés obsesivo y destructivo por la literatura que mostraría cuando fuera

dictador, así como su respeto —y su envidia— por poetas brillantes como Osip Mandelstam y Boris Pasternak. La palabra y la influencia de aquel «estilita del Kremlin» y «exterminador de campesinos» sobre la literatura fueron, como decía Mandelstam en el famoso poema denigratorio en el que denunciaba a Stalin, «plúmbeas», comparando sus «dedos gordezuelos… y grasientos» con gusanos. Pero irónicamente, tras el arrogante bruto, famoso, y con razón, por su torpe filisteísmo, se ocultaba un hombre de letras que había recibido una educación clásica y que poseía unos conocimientos asombrosos. Stalin no dejó nunca de ocuparse de la poesía. Mandelstam tenía razón cuando decía: «Rusia es un país en el que realmente la poesía es muy valorada; aquí se mata por ella».

El expoeta romántico despreciaba el modernismo y no dudó en acabar con él, pero promovió su propia versión distorsionada del romanticismo, el realismo socialista. Conocía a Nekrasov y Pushkin de memoria, leía las obras de Goethe y Shakespeare en versión traducida, y podía recitar a Walt Whitman. Hablaba sin cesar de los poetas georgianos de su niñez, y él mismo contribuyó a publicar la versión rusa del *Caballero de la piel de tigre* de Rustaveli, realizando personalmente delicadas traducciones de algunas estrofas y preguntando con la mayor modestia: «¿Quedan bien?».

Stalin respetaba el talento artístico, prefiriendo en general matar a los escritorzuelos del Partido antes que a los poetas más brillantes. De ahí que, tras la detención de Mandelstam, dictara la siguiente orden: «Aisladlo, pero no lo toquéis». Mantendría vivos a la mayor parte de sus genios, como por ejemplo a Shostakovich, Bulgakov y Eisenstein, llamándoles a veces por teléfono y dándoles ánimos, pero otras veces denunciándolos y reduciéndolos a la miseria. En una ocasión llamó a Pasternak en una de sus fulmíneas descargas telefónicas desde el Olimpo y le preguntó por Mandelstam: «Es un genio, ¿verdad?». La tragedia de Mandelstam vino determinada no sólo por su decisión suicida de burlarse de

Stalin a través de sus versos —el medio en que el propio dictador expresara sus sueños de infancia—, sino también por el hecho de que Pasternak no afirmara que su colega era efectivamente un genio. Mandelstam no fue condenado a muerte, pero tampoco permaneció intacto, pereciendo en la siniestra ruta hacia el infierno del GULAG. A Pasternak en cambio, no se le tocó: «¡Dejad en paz: a ése, anda siempre en las nubes!».

Fotografías

1878-1904


399.4



Stalin, el dictador despiadado y paranoico, durante su aprendizaje: maestro de la manipulación secreta, archiconspirador siempre atento, político consumado, cerebro de los actos de violencia política y criminal, y marxista fanático. Con sombrero, cuello duro y corbata de seda. *Ficha policial de Stalin, 1912. Colección de David King.*



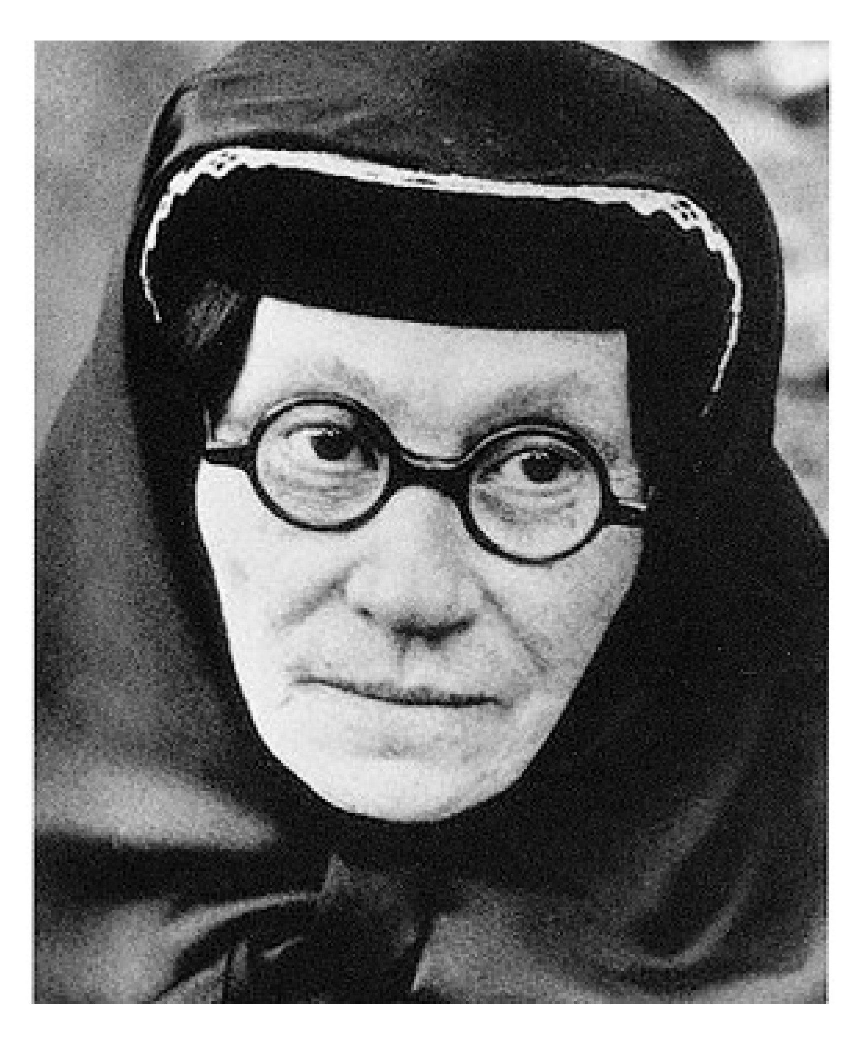
Líder carismático ya desde los tiempos de la escuela, Djugashvili, el futuro Stalin, a los diez años aproximadamente. Más bajo que los niños de su edad, tras superar una serie de enfermedades y accidentes se convirtió en un alumno sobresaliente y en una estrella como niño de coro; fue él quien propuso que se tomara esta fotografía, mandó llamar al fotógrafo, concertó la cita para la sesión, y se colocó en su sitio preferido, desde el que podía dominarlo todo: en la última fila, en el centro. *Foto escolar, finales de la década de 1880. Casa Museo Stalin, Gori.*



Soso se convirtió en un matón callejero, jefe de su banda y manipulador carismático en las salvajes calles de Gori, una de las ciudades más violentas del Imperio del zar: las festividades religiosas se celebraban con peleas organizadas en las que participaba toda la población, desde los niños pequeños hasta los viejos que peinaban canas. Stalin nació en la casa que aparece a la izquierda. *Casa en la que nació Stalin en Gori. Colección de David King.*



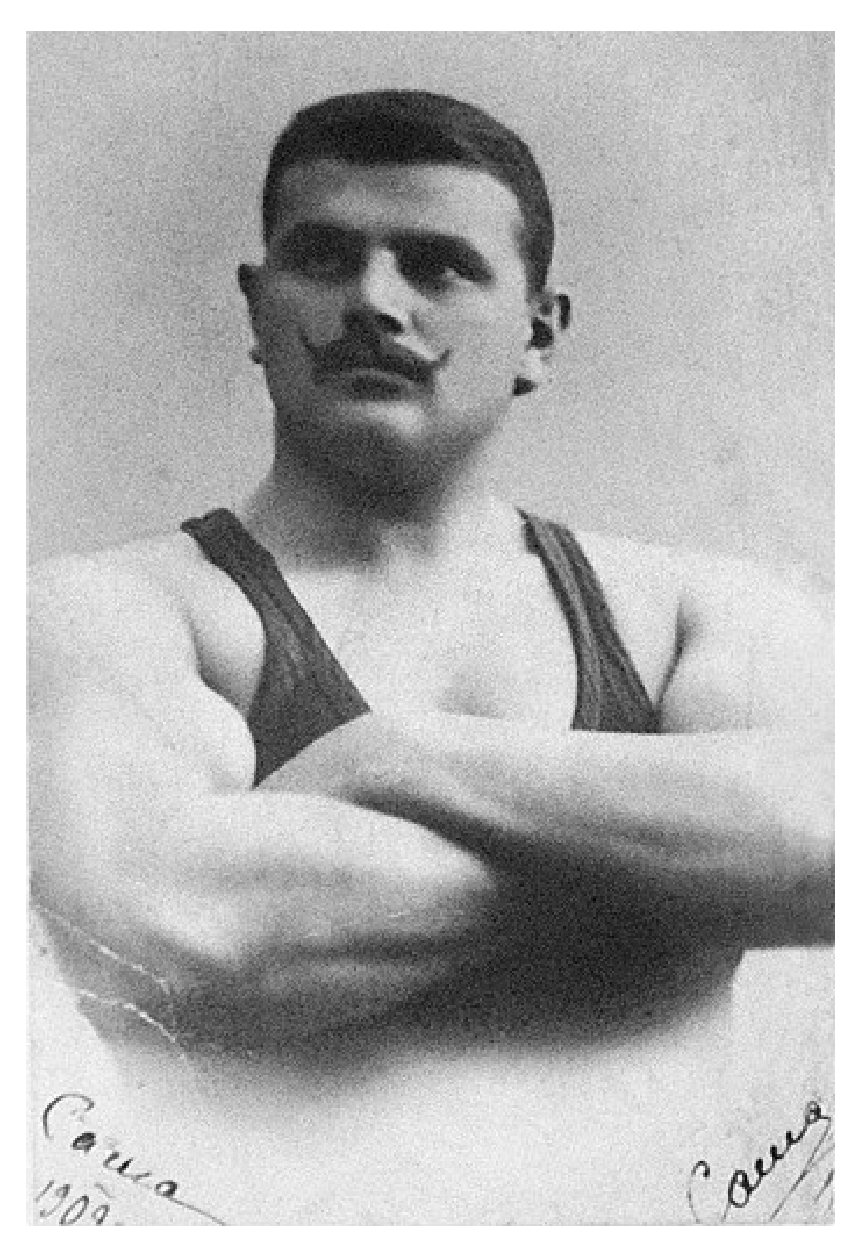
Padre dudoso: imagen oficial de Beso «el Loco» Djugashvili, zapatero, alcohólico, maltratador de su mujer y de su hijo. Stalin se negó a confirmar que fuera su padre. Beso se volvió loco de celos. *Foto oficial de Beso, el padre de Stalin. Colección del autor.*



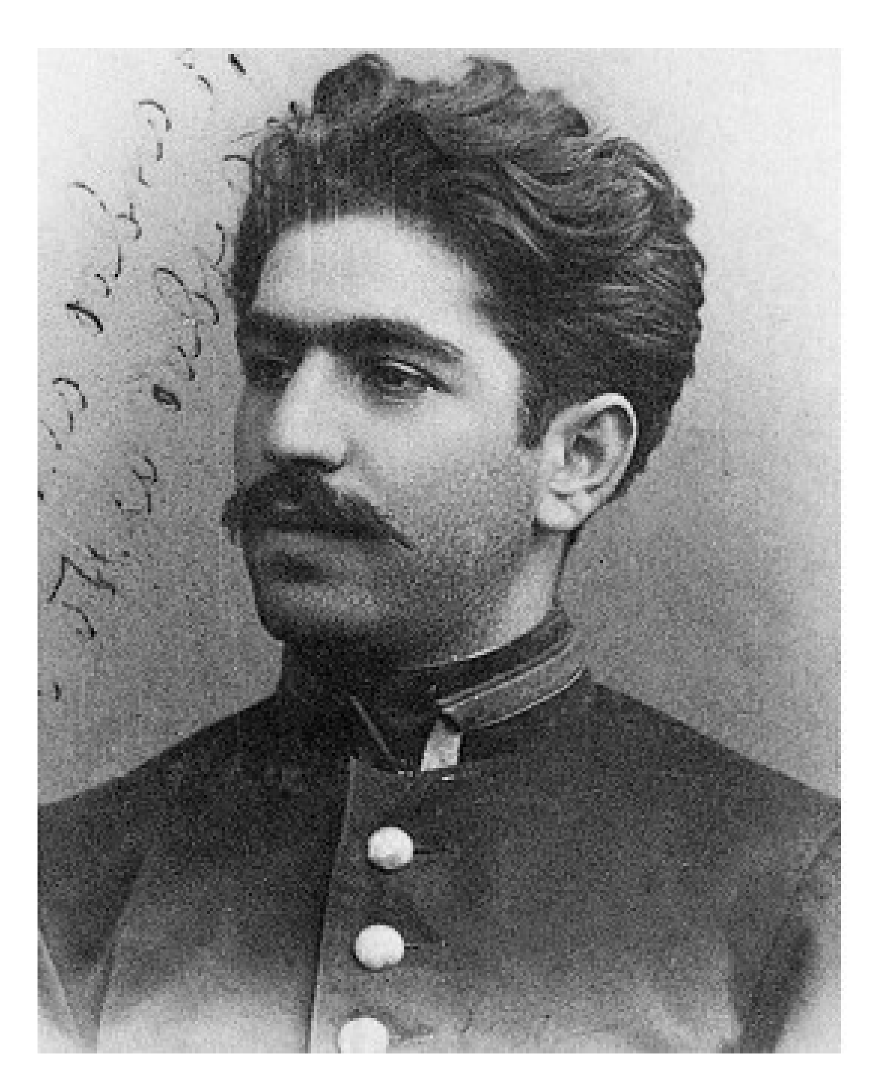
Keke Djugashvili: la singular madre de Stalin en la vejez. De joven era bonita e inteligente, pero violenta, sarcástica y deslenguada… lo mismo que su hijo. Algunos hombres poderosos la protegieron de Beso. *Keke, la madre de Stalin. Colección de David King.*



¿El verdadero padre de Stalin? Koba Egnatashvili, luchador y tabernero acaudalado, era un héroe local que quiso mucho a Soso, a quien dispensó ayuda económica y protección. *Koba Egnatashvili. Colección de la familia Egnatashvili.*



¿Hermanastros de Stalin? Soso creció en compañía de los flamantes hermanos Egnatashvili, entre ellos Sasha, también luchador y empresario, al que Stalin ascendería luego a cortesano del Kremlin, general de la NKVD y leal catador de su comida, apodado «el Conejo». *Sasha Egnatashvili. Colección de la familia Egnatashvili.*



El jefe de la policía de Gori, Damian Davrichewy, flirteaba tanto con Keke que Beso intentó matarlo. Su hijo, Iosiv (*a la izquierda*), fue amigo de Stalin cuando iban a la escuela y afirmaba que era hermanastro suyo. Los dos se convirtieron en los atracadores de bancos y terroristas más famosos (y con más éxito) del Cáucaso. *Damian Davrichewy. Colección de la familia Davrichewy.*



El ojito derecho de su madre: en 1893, Soso Djugashvili, escolar y solista del coro, ingresó con el fin de hacerse cura en el seminario de Tiflis, que se parecía a un internado privado de la Inglaterra victoriana, sólo que dirigido por clérigos. Soso, ya adolescente, a finales de la década de 1890), no tardaría en causar problemas en el seminario; abrazó el marxismo y mantuvo un feroz duelo de astucia con el cura al que llamaban «el Punto Negro». *Stalin en 1893, a los dieciséis años. RIA Novosti.*

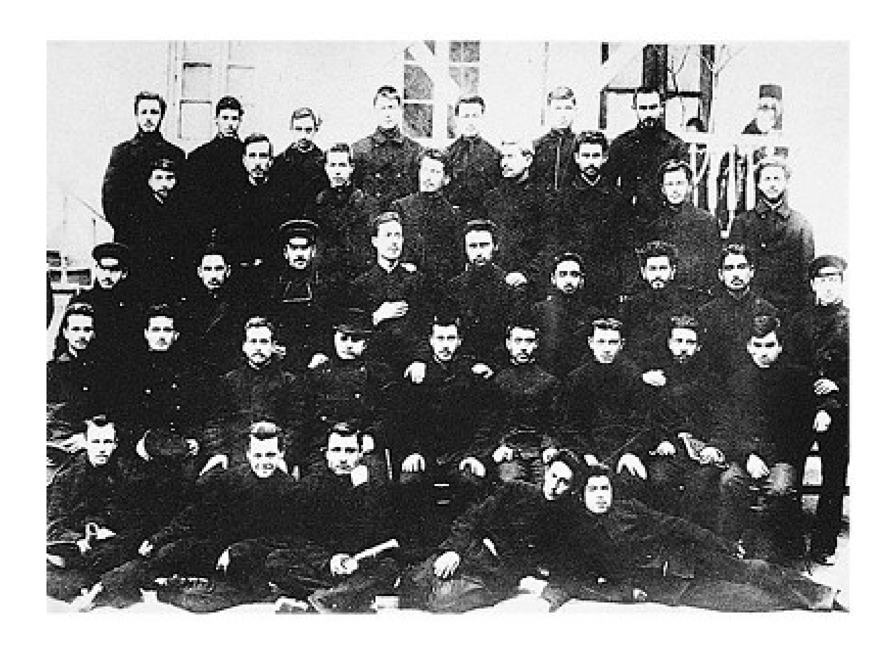
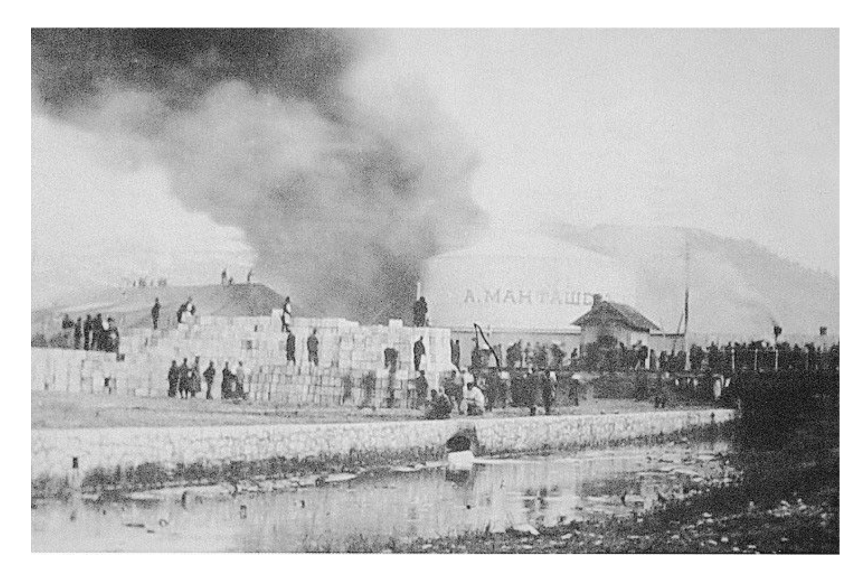


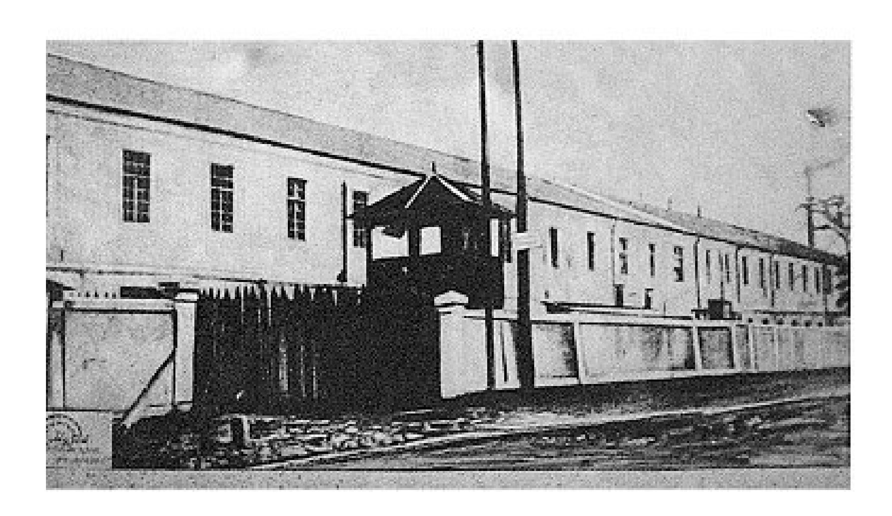
Foto del seminario, finales de la década de 1890. *Colección de David King*.



Stalin en 1896. Colección de David King.



Incendio en una refinería de petróleo. *Museo estatal Khariton Akhvlediani, Batumi.*



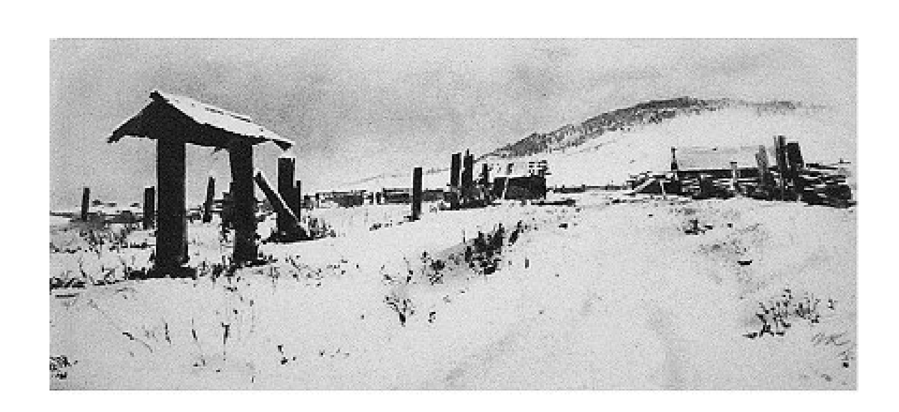
Refinería de petróleo de Rothschild, Batumi. *Museo estatal Khariton Akhvlediani, Batumi*.



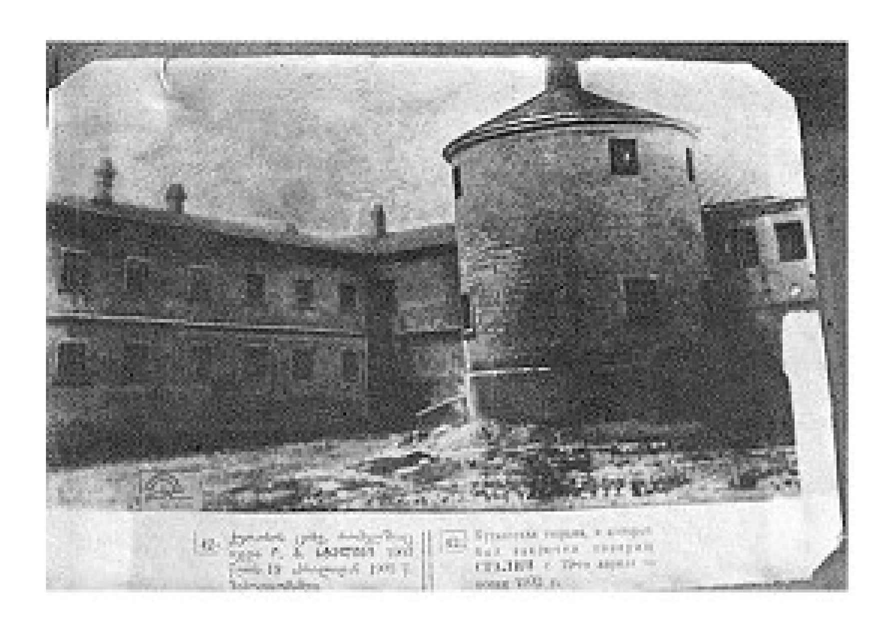
Hashimi Smirba. Museo estatal Khariton Akhvlediani, Batumi.



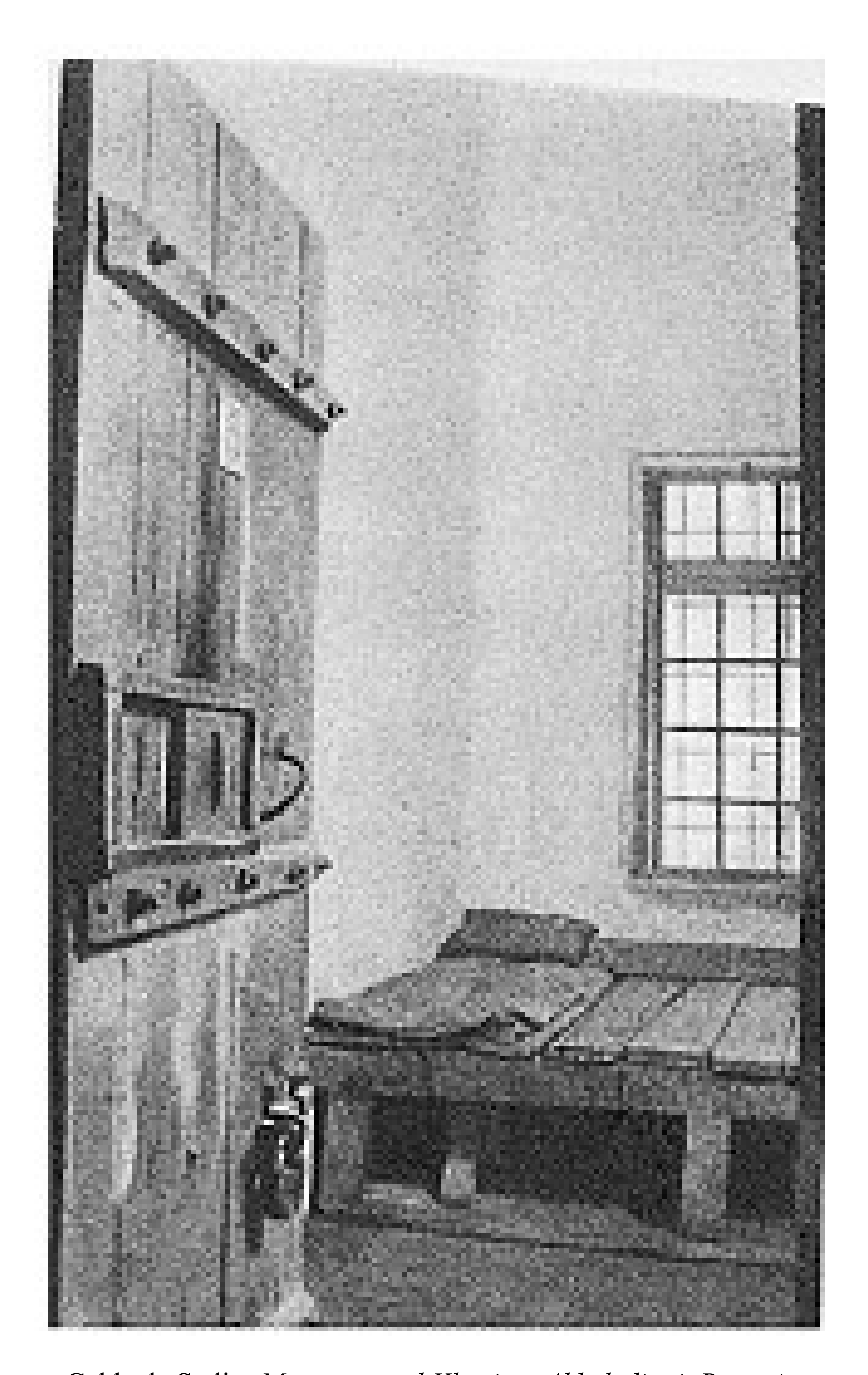
Foto de grupo en la cárcel de Kutaisi, 1903. *Museo estatal Khariton Akhvlediani, Batumi.*



Novaya Uda. Museo estatal Khariton Akhvlediani, Batumi.



Cárcel de Kutaisi. *Museo estatal Khariton Akhvlediani, Batumi*.



Celda de Stalin. *Museo estatal Khariton Akhvlediani, Batumi*.



Natasha Kirtava. Museo estatal Khariton Akhvlediani, Batumi.



Olga Alliluyeva. Museo estatal Khariton Akhvlediani, Batumi.



Olga y sus hijos. *RIA Novosti.*

El poeta aprendiz de cura de los tiempos del seminario, cuando tenía diecisiete años, nunca reconoció públicamente la autoría de sus obras, pero más tarde diría a un amigo: «Perdí el interés por la poesía porque escribir versos requiere toda la atención de uno, un montón de paciencia, ¡maldita sea! Y en aquellos días era yo como el azogue»: el azogue de la revolución y la conspiración que corría entonces por la juventud de Tiflis y que llegó hasta el seminario[1].

Cuando subía los peldaños blancos del Saco de Piedra, Soso podía contemplar en torno a la plaza Ereván el conjunto tan abigarrado como peligroso que formaban el Bazar Persa y el Bazar Armenio, «un entramado de callejuelas y pasadizos estrechos» en el que podían verse «abiertos talleres de herreros y fabricantes de armas; puestos de pasteles y hogazas planas de pan cocidas en enormes hornos de arcilla… zapateros mostrando al público sus vistosas zapatillas… y despachos de

bodegueros, en los cuales el vino se conserva en odres de piel de oveja o de búfalo con la parte del pelo hacia dentro»[*]. El bulevar Golovinski parecía casi parisino; pero el resto de la ciudad se parecía más bien a «Lima o a Bombay».

«Las calles», señala la Baedeker,

> Son por lo general empinadas y tan estrechas que no pueden pasar por ellas dos coches a la vez; las casas, en su mayoría adornadas con balcones, están colgadas unas de otras en la ladera de la montaña como los peldaños de una escalera. Desde el amanecer hasta el ocaso, las calles están atestadas de un verdadero enjambre de personas y animales… Hortelanos georgianos, con grandes bandejas de madera sobre la cabeza, persas con largos caftanes y altos gorros de piel negra, a menudo con el pelo teñido de rojo, lo mismo que las uñas; *saids* y *mullahs* tártaros, con vestiduras flotantes y turbantes verdes y blancos; representantes de las tribus de las montañas con sus pintorescas *cherkeskas* y sus gorros de pelo… Mujeres mahometanas cubiertas con velo… y caballos cargados con odres de agua, al cargo de individuos vestidos de colores chillones.

La ciudad, en la que abundaban los manantiales de aguas sulfurosas (y famosa por sus casas de baños), estaba construida directamente en la ladera del Monte Santo y a orillas del río Kura, a los pies de la catedral georgiana, con sus adornos en forma de volutas, y las sombrías torres de la fortaleza-prisión de Metekhi, que Iremashvili llama la «Bastilla de Tiflis». En lo alto de las callejuelas empedradas que se encaramaban hacia el Monte Santo, se elevaba la iglesia de mármol blanco (en la que está enterrada actualmente Keke, rodeada de poetas y príncipes), deslumbrante y primitiva.

Tiflis era una ciudad de unos 160 000 habitantes, de los cuales un treinta por ciento eran rusos, otro treinta por cierto armenios, el veintiséis por ciento georgianos, y el resto una mezcla de judíos, persas y tártaros. Había seis periódicos armenios, cinco rusos y cuatro georgianos. Los obreros de Tiflis trabajaban principalmente en el ferrocarril y en pequeños talleres; los ciudadanos ricos y poderosos eran magnates armenios, príncipes georgianos y burócratas y generales rusos, que confluían todos en la corte del virrey del emperador. Los aguadores procedían de Racha, al oeste de la ciudad, los albañiles eran griegos, los sastres judíos, y los encargados de los baños persas. Era como «una amalgama de pueblos y

animales, gorros de piel de oveja y cabezas rapadas, feces y gorras puntiagudas… caballos y mulas, camellos y perros… Todos gritan, hacen ruido, ríen, profieren juramentos, dan codazos, cantan… en medio de una atmósfera ardiente».

Aquella ciudad imperial tan cosmopolita, con sus teatros, hoteles, caravasares, bazares y burdeles, vibraba ya con el nacionalismo georgiano y el marxismo internacional, que se habían infiltrado peligrosamente en los cerrados claustros del seminario[2].

Soso y otro muchacho, Said Devdariani, fueron expulsados de su dormitorio y recluidos en una habitación más pequeña «debido a nuestra mala salud». Devdariani era mayor que él, y pertenecía ya a una célula secreta en la que se reunían los jóvenes a leer libros socialistas prohibidos. «Le sugerí que se uniera a nosotros», dice Devdariani, «y se sintió encantado… Se mostró dispuesto a hacerlo». Allí se encontró Soso con sus amigos de Gori, Iremashvili y Davitashvili.

Al principio no puede decirse precisamente que los libros fueran obras de conspiración marxista o de carácter incendiario, pero eso sí, constituían el tipo de literatura perfectamente inocua prohibida por el seminario. Los muchachos se hicieron socios de un club de lectura de libros prohibidos llamado la Biblioteca Barata y empezaron a tener acceso a otras obras adquiridas en una librería dirigida por un antiguo *narodnik*. «Recuerde la pequeña librería», escribiría luego al supremo Stalin el propietario de aquella pequeña tienda, Imedashvili. «¡Cómo reflexionábamos y hablábamos en voz baja en ella acerca de las grandes cuestiones sin respuesta!». Stalin descubrió las novelas de Victor Hugo, especialmente *1793*, cuyo protagonista, Cimourdain, el cura revolucionario, se convertiría en uno de sus prototipos[*]. Pero Hugo estaba estrictamente prohibido por los monjes.

Por la noche, Punto Negro patrullaba por los pasillos, comprobando en todo momento que las luces estuvieran apagadas y que nadie estuviera leyendo ni se entregara a otro

tipo de vicios íntimos. En cuanto daba media vuelta, los muchachos encendían sus velas y empezaban otra vez a leer. Como era habitual en él, Soso «se pasaba y casi no dormía, mostrando siempre un aspecto ojeroso y enfermizo. Cuando empezaba a toser», Iremashvili «le quitaba el libro de las manos y apagaba la vela».

El padre inspector Germogen pilló a Stalin leyendo *1793* de Hugo y ordenó que fuera «sancionado con una estancia prolongada en la celda de castigo». Más tarde, otro cura fisgón lo encontró con otros libros de Victor Hugo: «Ha venido a saberse que Djugashvili está suscrito a la Biblioteca Barata y que lee libros allí. Hoy le he confiscado *Los trabajadores del mar* de V. Hugo. Ya le había puesto una amonestación en relación con el libro *1793* de V. Hugo. Firmado: Inspector ayudante: V. Murakhovski».

El joven Stalin recibió aún una influencia mayor de los autores rusos que causaban sensación entre la juventud radical: los poemas de Nikolai Nekrasov y la novela de Chernyshevski *¿Qué debe hacerse?* Su protagonista, Rakhmetov, se convirtió para Stalin en el prototipo de revolucionario marcado por un ascetismo férreo. Como Rakhmetov, Stalin llegó a considerarse a sí mismo «un hombre especial».

Poco después encontraron de nuevo a Stalin leyendo otro libro prohibido: «en las escaleras de la escuela», por lo que, «por orden del rector», fue condenado a una estancia prolongada en la celda de castigo y recibió una severa reprimenda. «Adoraba a Zola», y su novela preferida del escritor parisino era *Germinal*. Leyó en traducción a Schiller, Maupassant, Balzac y *La feria de las vanidades* de Thackeray. Estudió a Platón en el original griego y realizó también lecturas de historia de Francia y de Rusia, poniendo además esos libros al alcance de otros muchachos. Le encantaban Gogol, Saltykov-Shchedrin y Chejov, cuyas obras conocía a fondo y «podía recitar de memoria». Admiraba a Tolstoi, «pero le aburría su cristianismo», y más adelante se reiría a carcajadas de las reflexiones del autor acerca de la redención y

la salvación. Llenó de anotaciones un ejemplar de la obra maestra de Dostoyevski acerca de la traición y la conspiración revolucionaria, *Los endemoniados*. Los estudiantes metían todos estos volúmenes de extranjis en el seminario, ocultos entre los hábitos. Posteriormente Stalin bromearía diciendo que había tenido que «confiscar» —robar— algunos de aquellos libros en aras de la Revolución[3].

Hugo no fue el único autor que cambió la vida de Stalin: otro novelista cambió su nombre. Por aquel entonces leyó la novela prohibida de Alexander Kazbegi *El parricida*, cuyo protagonista era un héroe-bandolero caucasiano llamado Koba. «Lo que nos impresionaba a Soso y a mí», dice Iremashvili, «eran las novelas de la literatura georgiana que glorificaban la lucha de los georgianos por la libertad». En la susodicha novela, Koba combate contra los rusos, sacrificándolo todo por su esposa y por su país, y cobrándose después una terrible venganza de sus enemigos.

»Koba se convirtió en el dios de Soso y dio sentido a su vida», afirma Iremashvili. «Quería ser Koba. Se llamaba a sí mismo "Koba" y pretendía que todos le llamáramos así. Su rostro resplandecía de orgullo y de placer cada vez que le llamábamos "Koba"». Aquel nombre significaba muchas cosas para Stalin: la venganza de los pueblos del Cáucaso, la crueldad del bandido, la obsesión por la lealtad y la traición, y el sacrificio de la propia persona y la familia en aras de una causa. Era un nombre con el que ya se había encariñado: su «padre sustituto», Egnatashvili, se llamaba también Koba, diminutivo de Yakov. «Koba» se convirtió en su apodo y *nom de révolution* favorito. Pero sus íntimos seguían llamándolo Soso[4].

Sus poemas ya habían empezado a aparecer en los periódicos, pero a los diecisiete años, en el otoño de 1896, Stalin empezó a perder interés por los estudios sacerdotales e incluso por la poesía. Aquel año, bajó del quinto al décimo sexto puesto.

Una vez apagadas las luces, entre susurros, sin perder nunca de vista al terrible Punto Negro, los muchachos debatían enérgicamente acerca de las grandes cuestiones de la existencia humana. Ya septuagenario, el dictador se reiría de aquellos debates. «Me volví ateo el primer curso», decía, y aquella actitud daría lugar a discusiones con otros muchachos, como su piadoso amigo Simon Natroshvili. Pero después de reflexionar un poco, Natroshvili «vino a verme y reconoció su error». Stalin se sintió encantado, hasta que Simon añadió: «Si Dios existe, también existe el infierno. En el infierno arde un fuego eterno. Para mantener encendido ese fuego, ¿quién podría suministrar leña suficiente? Tendría que haber una cantidad infinita de troncos, ¿y cómo va a existir una cantidad infinita de leña?» Stalin recordaba: «¡Me eché a reír! ¡Pensé que Simon había sacado aquella conclusión por medio de un razonamiento filosófico, pero en realidad se volvió ateo por miedo a que no hubiera leña suficiente en el infierno!».

Pues bien, Soso pasó de la mera simpatía por los rebeldes a la rebelión abierta. Justo por aquel entonces, su tío Sandala, el hermano de Keke, murió a manos de la policía. Stalin nunca mencionaría este hecho, pero debió de desempeñar también un papel en todo aquello.

Stalin era «como el azogue», pasando de los novelistas franceses al mismísimo Marx: los muchachos pagaban 5 *kopeks* para tomar en préstamo *Das Kapital* durante una noche[5]. Intentó aprender alemán para poder leer a Marx y Engels en el original, y también intentó aprender inglés (poseía una copia de *La lucha de los trabajadores ingleses por la libertad*). Fue aquel el comienzo de un esfuerzo que duraría toda su vida por aprender lenguas extranjeras, especialmente alemán e inglés[*].

Stalin e Iremashvili no tardaron en empezar a escaparse sigilosamente del seminario, aprovechando el manto de la noche, para asistir a sus primeras reuniones con verdaderos trabajadores del ferrocarril en pequeñas covachas excavadas

en el Monte Santo. Aquella primera chispa de conspiración haría prender un incendio que nunca se apagaría.

Stalin se aburría con las dignas discusiones académicas del club que dirigía en el seminario Devdariani: quería impulsar a su célula hacia una actividad más agresiva. Devdariani se resistía, de modo que Stalin lanzó una campaña contra él y empezó a crear su propio grupo[6].

Los dos jóvenes siguieron siendo lo bastante amigos como para que Soso se quedara todas las vacaciones de Navidad de 1896 en el pueblo de Devdariani. Es posible que Stalin, siempre un maestro de la «dosificación» y que no tardaría en convertirse en un experto en el arte de abusar de la hospitalidad, retrasara la ruptura final para tener un sitio en el que quedarse durante las vacaciones. Durante el viaje, los muchachos visitaron a Keke, que vivía en una «pequeña cabaña» en la que Devdariani pudo comprobar que había legiones de chinches.

—Hijo, es culpa mía que cenemos sin vino —comentó Keke durante la sobremesa.

—Y mía también —replicó Soso.

—Espero que las chinches te hayan dejado dormir —dijo Keke a Devdariani a la mañana siguiente.

—No he notado que hubiera nada parecido —respondió éste mintiendo diplomáticamente.

—¡Claro que las ha notado! —dijo desabridamente Stalin a su pobre madre—. Ha estado retorciéndose las piernas toda la noche.

Keke se percató de que Soso «me evitaba, e intentaba hablar lo menos posible».

A su regreso al seminario en 1897, Stalin rompió con Devdariani. «Koba… azuzaba habitualmente para que se produjeran grandes peleas, o cuando menos desavenencias que no tenían nada de inocentes», dice Iremashvili, que siguió

siendo amigo de Devdariani. «Koba consideraba natural ser el mandamás y no toleraba críticas. Se formaron dos partidos: uno a favor de Koba y otro en contra suya». Se trata de un modelo que habría de repetirse durante toda su vida. Soso encontró un mentor todavía más duro al volver a establecer contacto con el amigo de Gori que le había servido de fuente de inspiración, Lado Ketskhoveli, expulsado de los seminarios de Tiflis y Kiev, y posteriormente detenido y por fin puesto en libertad. Soso no respetaba a nadie como a Lado.

Este mentor presentó a su joven amigo a Silibistro «Silva» Jibladze, el legendario seminarista de fieros ojos negros que había pegado al rector. Jibladze y un elegante aristócrata llamado Noe Jordania habían fundado en 1892 junto con algunos otros un partido socialista georgiano, el Tercer Grupo (*Mesame Dasi*). Pues bien, aquellos marxistas coincidieron por aquella época en Tiflis, poniéndose al frente del periódico *Kvali*, y empezaron a sembrar la revolución entre los trabajadores. Jibladze llevó al adolescente al piso de Vano Sturua, quien recuerda que «Jibladze me trajo a un jovenzuelo desconocido».

Ansioso por contribuir en lo que fuera, Stalin pidió consejo al eficaz líder del grupo, Noe Jordania, que acababa de regresar del exilio, en *Kvali*, donde había sido publicado su último poema. Jordania, hombre de elevada estatura, «de rostro agradable y bien parecido, barba negra y modales y porte aristocráticos», sugirió altivamente a Soso que siguiera estudiando. «Pensaré en ello», respondió el truculento joven. Ya tenía un enemigo al que combatir. Escribió una carta criticando a Jordania y a *Kvali*. Se negaron a publicársela, por lo que Stalin insultó al comité de redacción del periódico diciendo: «¡Se pasan ahí sentados día tras día sin expresar ni una opinión decente!».

Lado se sintió también frustrado por el refinamiento de Jordania y debió de ser él el que presentara a Stalin en las células obreras, compuestas principalmente por rusos, que estaban surgiendo como setas en los numerosos pequeños

talleres de Tiflis. Se reunían clandestinamente en el cementerio alemán, en una pequeña casa junto a un molino y cerca del arsenal. Stalin sugirió la idea de alquilar una habitación en el Monte Santo, «donde solíamos reunirnos dos veces a la semana después de cenar y antes de que se diera el toque de queda. Costaba cinco rublos, que sacábamos del dinero de bolsillo que nos mandaban nuestros padres». Stalin empezó a llevar un «diario escrito a mano en georgiano acerca de sus debates», que pasaba de mano en mano entre los seguidores que tenía en el seminario[7].

Estaba ya pasando la línea que separaba al escolar rebelde del revolucionario que, por primera vez, despertaría el interés de la policía secreta. Cuando otro activista marxista llamado Sergei Alliluyev, un obrero cualificado de los ferrocarriles y futuro suegro de Stalin, fue detenido, el capitán Lavrov, de la Gendarmería, le preguntó si «conocía a algún seminarista georgiano»[8].

El poeta romántico estaba convirtiéndose en el «fanático convencido» con una «fe cuasimística» a la cual dedicaría su vida y a la que nunca renunciaría. ¿Pero en qué creía realmente Soso?

Dejémoslo que lo explique con sus propias palabras. El marxismo de Stalin significaba que «sólo el proletariado revolucionario está destinado por la historia a liberar a la humanidad y a traer la felicidad al mundo»; pero la humanidad debía ser sometida a un gran «juicio y experimentar sufrimientos y cambios» antes de alcanzar un «socialismo comprobado científicamente». La esencia de su progreso providencial era «la lucha de clases: el marxismo *son* las masas cuya liberación es el catalizador de la libertad del individuo».

Este credo era, según dice Stalin, «no sólo una teoría del socialismo: es toda una visión del mundo, todo un sistema filosófico» —como si fuera una religión comprobada científicamente— del que formaban parte aquellos jóvenes

revolucionarios. «Tuve la sensación», explicaba Trotski, «de que entraba a formar parte de una gran cadena, de la cual yo era un eslabón minúsculo». Al igual que Stalin, Trotski creía que «lo duradero se alcanza a través del combate». La sangre, la muerte y el conflicto eran fundamentales: «Muchas tormentas, muchos ríos de sangre», en palabras del propio Stalin, caracterizarían «la lucha destinada a poner fin a la opresión».

Así, pues, había una gran diferencia entre Stalin y Trotski: Stalin era georgiano. Nunca perdió su orgullo de Georgia como nación y como cultura. A todas las pequeñas naciones del Cáucaso les costó mucho trabajo abrazar el verdadero marxismo internacionalista porque la represión que habían sufrido les hacía soñar también con la independencia. El joven Stalin creía en una mezcla de marxismo y nacionalismo georgiano, opuesto casi al marxismo internacionalista.

Aquel agosto de 1898 el adolescente Soso se integró en la delegación local del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (los socialdemócratas), que tras numerosas fragmentaciones, se convertiría en el partido de los bolcheviques[9].

7

La Batalla de los Dormitorios: Soso *versus* el Padre Punto Negro

A comienzos de 1897, Stalin estaba en guerra con el Punto Negro. El Diario Escolar señala que había sido pillado trece veces leyendo obras prohibidas y que había recibido nueve apercibimientos.

«De repente el inquisidor Abashidze», dice Iremashvili, empezó a llevar a cabo incursiones sin previo aviso en las cajas de comida e incluso en las cestas de la ropa sucia. El maniático padre Abashidze, «Punto Negro», se obsesionó con la idea de pillar a Stalin leyendo sus libros prohibidos. A las horas de los rezos, los muchachos tenían la Biblia abierta sobre sus pupitres, pero leían a Marx o a Plejanov, el sabio del marxismo ruso, que tenían en las rodillas. En el patio había una enorme pila de leña en la que Stalin e Iremashvili escondían las obras prohibidas y en la que se sentaban a leerlas. Abashidze aguardaba ese momento y saltaba sobre ellos dispuesto a pillarlos, pero los chicos se las arreglaban para esconder los libros entre los troncos. «Éramos encerrados de inmediato en la celda de castigo, permaneciendo en ella hasta última hora de la tarde a oscuras y sin comer, pero el hambre nos hacía más rebeldes y golpeábamos la puerta hasta que el monje nos traía algo de comer»[1].

Cuando llegaron las vacaciones, Stalin se fue a pasarlas a casa de un amigo más joven, Giorgi Elisabedashvili, que era hijo de un cura, en su aldea (cualquier cosa antes que pasarlas con su madre). El cura contrató a Soso como profesor particular de Giorgi para que éste se preparara para los

exámenes de ingreso en el seminario. Stalin tuvo siempre un fuerte instinto pedagógico, pero lo que más le interesaba era convertir al muchacho al marxismo. Llegaron al pueblo en la parte trasera de una carreta, sentados sobre un montón de libros ilegales, e hicieron toda clase de travesuras en el campo, riéndose de los campesinos, a los que «Stalin remedaba perfectamente». En una ocasión en la que visitaron una vieja iglesia, Stalin animó a su discípulo a descolgar un antiguo icono, hacerlo añicos y orinar encima.

—¿No temes a Dios? —le preguntó Soso— ¡Así se hace!

El alumno de Stalin suspendió los exámenes. El padre Elisabedashvili echó airadamente la culpa del fracaso al profesor particular. Pero el muchacho aprobó al segundo intento. Más tarde se convertiría en uno de los bolcheviques de Stalin[2].

De vuelta en el seminario, Soso se vio envuelto constantemente en líos: en el Diario Escolar los curas señalan que era mal educado, que «no se inclinó» ante el profesor y que «fue confinado en la celda durante cinco horas». No estaba dispuesto a cortarse el pelo y se lo dejó largo en señal de rebeldía. Conminado a cortárselo por Punto Negro, se negó a hacerlo. Se reía y hablaba durante los rezos, se iba de las Vísperas antes de que acabaran, llegaba tarde a la Salve, y faltaba a misa. Debió de pasar la mayor parte del tiempo en la celda de castigo. En diciembre de 1898 cumplió veinte años, por lo que era ya demasiado mayor para seguir en el internado y tenía un año más que cualquiera de sus compañeros (debido al tiempo perdido recuperándose de sus accidentes). No es de extrañar que se sintiera frustrado.

Soso era demasiado mayor para el seminario. Se suponía que los seminaristas debían darse tres besos de hermanos cada vez que se veían, pero en aquellos momentos, envuelto como estaba en luchas de facciones con Devdariani y dedicado en cuerpo y alma al marxismo, no daba ningún crédito a aquellas tonterías caballerescas. «Todo ese besuqueo es pura máscara.

No soy un fariseo», decía negándose a dar los besos de rigor. La obsesión por los traidores enmascarados no lo abandonaría nunca.

Se llevaban a cabo frenéticos registros en busca de la *Vida de Jesús* de Renan, obra tan admirada por los ateos y de la cual Soso estaba muy orgulloso de poseer un ejemplar. Su mesilla de noche era registrada una y otra vez por el príncipe-monje-inquisidor, que nunca lograba encontrar nada. Uno de los muchachos escondía astutamente el libro bajo la almohada del propio rector. Stalin recordaba que a menudo los muchachos eran convocados para que pasaran lista y que cuando volvían al dormitorio comprobaban que todas las cajas de provisiones habían sido registradas.

Soso iba perdiendo interés por los estudios. Al empezar quinto curso ocupaba el vigésimo puesto entre veintitrés, sacando muchos treses cuando antes había sacado siempre cincos. Escribió al rector Serafim echando la culpa de sus malos resultados a la enfermedad, pero a pesar de todo tuvo que presentarse en segunda convocatoria a varios exámenes.

Mientras tanto Punto Negro «nos vigilaba cada vez más atentamente» y los demás muchachos eran animados a delatar a los rebeldes. Pero cada semana que pasaba Soso se volvía más osado y desafiante. En una ocasión en que estaba leyendo con sus amigos unos versos satíricos escritos en su cuaderno, unos chivatos informaron a Abashidze, que se escondió y se puso a escuchar detrás de la puerta. De repente irrumpió en la habitación y le quitó el diario. Stalin intentó recuperarlo. El cura y el adolescente se las tuvieron tiesas, pero Punto Negro salió victorioso y se llevó por la fuerza a Stalin a su cuarto, donde «obligó a aquellas almas impuras a borrar aquellos escritos subversivos» con parafina. Y después prendió fuego a los papeles.

Finalmente Abashidze intensificó su vigilancia sobre Soso: «A las 9 de la noche, el inspector se dio cuenta en el comedor de que un grupo de alumnos rodeaba a Djugashvili, que estaba

leyéndoles algo. Al acercarse, Djugashvili intentó esconder el cuaderno y sólo tras mucha insistencia declaró que estaba leyendo libros prohibidos. Firmado: D. Abashidze».

La madre de Soso oyó decir a «las malas lenguas que [su hijo] se había convertido en un rebelde». Siempre fiel a sí misma, Keke se puso sus mejores galas y tomó el tren con destino a Tiflis dispuesta a tomar cartas en el asunto. Pero por primera vez el muchacho «se enfadó conmigo. Me dijo a voz en grito que no era asunto mío. Yo respondí: "Cariño mío, eres mi único hijo, me vas a quitar la vida… ¿Cómo vas a poder derrotar al emperador Nicolás II? Deja eso para los que tienen hermanos y hermanas"». Soso se calmó y le dio un abrazo, diciéndole que no era ningún rebelde. «Fue su primera mentira», recuerda Keke con tristeza.

No era la única que estaba preocupada. Soso seguía viendo a su padre, el inútil de Beso, probablemente a escondidas de Keke[*]. En compañía de una prima de su madre, Anna Geladze, Stalin visitó a Beso, que quiso regalarle unas botas cariñosamente cosidas por él mismo. «Debo señalar», añade Anna, «que a Soso le había gustado llevar botas desde pequeño». La figura del dictador con botas altas no era una mera pose militarista, sino un tributo tácito a su padre y a las hermosas botas de piel que éste confeccionaba con sus propias manos.

Es posible que la madurez aliviara el temor que Beso inspiraba a Soso y que el marxismo suavizara la intolerancia del joven. Beso, que ahora trabajaba humildemente en un taller de arreglos de prendas de vestir, llegó a «querer a su hijo el doble, y se pasaba el tiempo hablando de él», dice Kote Charkviani. «Soso y yo solíamos visitarlo. No levantaba la voz ante Soso». Antes bien, decía a menudo con un hilo de voz: «He oído que se ha rebelado contra Nicolás II. ¡Como si fuera a derrocarlo el día menos pensado!».

La guerra entre Punto Negro y Stalin era cada día más encarnizada. El diario del seminario señala que Stalin se

declaraba ateo, salía orgullosamente de la capilla en medio de los rezos, hablaba en clase, llegaba tarde a la hora del té y se negaba a quitarse el sombrero delante de los curas. Recibió once apercibimientos más.

Los enfrentamientos entre uno y otro eran cada vez más cómicos, al tiempo que los muchachos iban perdiendo el respeto por el inquisidor. Un buen día, unos amigos de Soso estaban charlando en los Jardines Pushkin, junto a la plaza Ereván, cuando llegó corriendo un muchacho que les contó que el padre Abashidze estaba (otra vez) registrando la caja de las provisiones de Djugashvili. Regresaron a todo correr al seminario a tiempo de ver cómo el inspector forzaba la caja de Soso y encontraba en su interior ciertas obras prohibidas. Abashidze las cogió y subía las escaleras blandiendo orgullosamente aquel trofeo entre sus manos cuando uno de los chicos del grupo, Vaso Kelbakiani, arremetió contra el monje haciendo que por poco dejara caer los libros. Pero Punto Negro los sujetó valientemente. Los muchachos saltaron sobre él y le arrancaron su carga de las manos. El propio Soso llegó corriendo, cogió los libros y puso pies en polvorosa. Se le prohibió salir por la ciudad y Kelbakiani fue expulsado. Curiosamente, sin embargo, el rendimiento escolar de Soso parece que mejoró: le pusieron un cuatro («muy bien») en casi todas las materias e incluso un cinco en lógica. Además seguían gustándole las clases de historia. De hecho apreciaba tanto a su profesor de historia, Nikolai Makhatadze, el único profesor del seminario al que admiraba, que más tarde se tomó la molestia de salvarle la vida[*].

Mientras tanto, Punto Negro había perdido el control de Soso, pero era incapaz de detener la obsesiva persecución que había emprendido de aquel alumno rebelde. Los dos estaban muy cerca de llegar a la exasperación. El monje siguió acechando al muchacho y lo pilló leyendo otro libro prohibido. Se lanzó sobre él y le quitó el libro, pero Soso sencillamente se lo arrebató de las manos ante el asombro de los demás alumnos. Y siguió leyendo. Abashidze quedó perplejo.

—¿Acaso no sabes quién soy? —gritó.

Stalin se restregó los ojos con las manos y respondió:

—Veo al Punto Negro y nada más.

Había traspasado la raya.

El Punto Negro debía de desear que llegara alguien que lo librara de aquel turbulento aprendiz de cura. Se acercaba el fin de trimestre. El 7 de abril Soso se ganó una última reprimenda por no saludar a un cura y las clases se terminaron dos días después. Nunca más volvería al seminario. En mayo de 1899, el diario escolar reseña únicamente: «Expulsado… por incomparecencia a los exámenes». Como ocurre siempre con Stalin, las cosas no son tan sencillas[3].

«Fui expulsado por hacer propaganda marxista», se jactaría más tarde falsamente Stalin, pero el Punto Negro probablemente investigara algún asunto más escandaloso que unas cuantas gamberradas en la capilla o incluso que la asistencia a reuniones marxistas en la ciudad.

Los muchachos que tenían más dinero de bolsillo que Soso solían alquilar habitaciones en el Monte Santo, supuestamente con el fin de celebrar reuniones de la célula liberal de lectores a la que pertenecían, pero siendo adolescentes y georgianos, siempre orgullosos de sus amoríos, es probable que en ellas se dieran también fiestas, se bebiera vino… y recibieran visitas de chicas. Los curas, especialmente el inspector Punto Negro, patrullaban también por la ciudad, como los jefes de estudio de los internados privados ingleses, con el fin de pillar a sus alumnos en teatros, tabernas y burdeles.

Cuando no estaba estudiando, puede que Soso se dedicara también a beber y a flirtear. Es posible que se metiera en algún lío más gordo durante las vacaciones pasadas en Gori. ¿Sería su amor por la hija de Charkviani? Desde luego nunca la olvidaría, y hablaría de ella incluso en la vejez. Años más tarde se acordaría también de otra muchacha de Gori, Lisa Akopova. En 1926, intentó de hecho saber qué había sido de

ella, lo que indica que habían mantenido una relación muy estrecha. Este hecho llevó a la mujer a enviarle una carta: «Juro que la atención que nos ha prestado preguntando por nosotros me hace muy feliz… Fui siempre su inseparable amiga en la fortuna y en la adversidad… Si no lo ha olvidado… fue usted cortejado por su linda convecina Lisa». Se trataba de un comentario bastante atrevido para los años veinte, pero ni siquiera la mitad de atrevido de lo que sería otra carta recibida por Stalin en 1938.

En esa ocasión una mujer escribió al dictador hablándole de su sobrina, Praskovia Mijailovskaya —Pasha en diminutivo —, que supuestamente había sido engendrada por el mismísimo Stalin en 1899. «Si se acuerda usted de su juventud, no puede haberse olvidado. Sin duda se acordará usted de una niña de ojos oscuros llamada Pasha». La carta asegura que la madre de Stalin se había interesado por la criatura, que desde luego recordaba perfectamente a Keke. La madre de Pasha le había dicho que su padre «se había entregado en cuerpo y alma a salvar a la nación y que había sido desterrado». Pasha había crecido y se había convertido en toda una «belleza georgiana, alta, esbelta, de ojos oscuros», se había hecho mecanógrafa y se había casado, pero su madre y su marido habían muerto ya, dejándola en la miseria. Desapareció en Moscú allá por los años treinta.

Puede que la nota no sea más que un ejemplo de la correspondencia absurda que atraen los políticos, si no fuera por el hecho de que Stalin, que no guardaba muchos documentos en su archivo personal, conservó esta carta. La alusión a su madre suena a verdad, pues Keke seguramente habría ayudado a su adorado hijo en una situación que difícilmente habría pasado desapercibida entre los jóvenes casanovas de Georgia. Además, sólo alguien que dijera la verdad —a menos que se tratara de un lunático deseoso de morir— se habría atrevido a escribir semejante carta a Stalin en el momento en que el Gran Terror había llegado a su punto culminante. Si Stalin no tuviera ya un historial de amantes e

hijos abandonados, cualquiera habría desechado este dato. Pero parece que desde entonces no dejó ni un momento de tener novia, y desde luego nunca tuvo el menor reparo en abandonar a amantes, esposas e hijos. Nunca llegaremos a saberlo, pero atendiendo al carácter del personaje y a la época, se trata de una eventualidad plausible[4].

Si el padre Abashidze hubiera descubierto un hecho semejante o si Keke hubiera temido que el seminario llegara a enterarse de él, tendríamos una explicación del papel desempeñado por su madre en el abandono de la carrera eclesiástica por parte de Soso. El joven pasó la Pascua de 1899 en su casa, en Gori, achacando que se hallaba enfermo de neumonía crónica. Quizá estuviera realmente enfermo. «Lo saqué de la escuela», afirma Keke. «Él no se quería ir». Pero la mujer debió de sentir una gran decepción.

Soso exageraría sin duda la brillantez de su expulsión. No lo echaron por revolucionario, y desde luego en adelante mantendría unas relaciones corteses con el seminario. Algunas biografías aseguran que fue expulsado por no presentarse a los exámenes, pero este hecho habría sido excusable si hubiera estado enfermo. Desde luego la Iglesia se esforzó en llegar a un acuerdo con él, eximiéndole de devolver la beca (480 rublos) de la que había disfrutado durante cinco años; le ofrecieron incluso la posibilidad de presentarse en segunda convocatoria a los exámenes finales y de obtener un empleo como maestro.

Lo cierto es que el padre Abashidze encontró una manera muy cómoda de librarse del alumno que lo atormentaba. «No me gradué», declararía Stalin a los agentes encargados de su interrogatorio en 1910, «porque en 1899 y de forma totalmente inesperada me reclamaron el pago de 25 rublos para seguir adelante con mis estudios… Fui expulsado por no abonar dicha suma». El Punto Negro aumentó astutamente el coste de la factura del seminario. Stalin ni siquiera intentó pagarla. Sencillamente se fue. Un amigo suyo, Abel Yenukidze,

exseminarista como él, al que conoció por entonces, lo explica mejor: «Se salió del seminario». Pero no sin controversia.

A su amigo de Gori, Davrichewy, le confesó que fue expulsado tras haber sido denunciado, hecho que, según dijo, supuso un «duro golpe». Más tarde, otros veinte seminaristas fueron expulsados por actividades revolucionarias. Los enemigos de Soso dirían posteriormente que había delatado a sus compañeros marxistas al rector. Se contó que luego, estando en la cárcel, lo confesó y que justificó su traición diciendo que los había convertido en revolucionarios: la verdad es que acabarían formando el núcleo duro de sus seguidores. Stalin era capaz de este tipo de sofisterías y traiciones, ¿pero habría sido aceptado en la clandestinidad marxista si muchos hubieran conocido este episodio? Incluso Trotski piensa que semejante rumor es absurdo. Es más verosímil que ésta fuera su respuesta sardónica a alguna acusación, pero desde luego fomentó la sospecha de que más tarde se convirtió en un espía de la Ojrana. En cualquier caso, cada año eran expulsados numerosos seminaristas.

Soso, el bibliófilo autodidacta, «incautó» los libros de la biblioteca del seminario que aún tenía en su poder. Intentaron cobrarle una factura de 18 rublos y en otoño de 1900 otra de 15, pero para entonces se encontraba ya en la clandestinidad, fuera del alcance del seminario para siempre. La Iglesia no pudo cobrar nunca la deuda y Punto Negro no recuperó nunca sus libros[*].

Stalin no acabó la carrera de cura, pero la escuela-internado le proporcionó una educación clásica y ejerció una influencia enorme sobre él. Curiosamente, el padre Punto Negro convirtió a Stalin en un marxista ateo y le enseñó a fondo las tácticas represivas —«vigilancia, espionaje, invasión de la intimidad, violación de los sentimientos», en palabras del propio Stalin— que él recrearía en su estado policial soviético.

Stalin siguió fascinado por los curas toda su vida y cuando conocía a otros seminaristas o hijos de curas solía acribillarlos

a preguntas. «Los curas le enseñan a uno a entender a las personas», decía en tono reflexivo. Además, siempre utilizó el lenguaje catequístico de la religión. Su bolchevismo imitaba la religión de Cristo con sus cultos, sus santos y sus iconos: «La clase obrera», escribía en tono blasfematorio cuando fue aclamado Caudillo en 1929, «me dio el ser y me educó a su imagen y semejanza».

La otra ironía de su estancia en el seminario fue el efecto que esta circunstancia produjo en extranjeros como Franklin Roosevelt, cuyo secretario recordaba que el presidente —que quedó totalmente fascinado por el dictador soviético en la Conferencia de Teherán de 1943— se sintió «intrigado por el hecho de que Stalin hubiera estado destinado al sacerdocio».

El viejo Dios siguió estando presente en todo momento en su conciencia de ateo. En una de las reuniones celebradas durante la segunda guerra mundial perdonó el antibolchevismo de Winston Churchill diciendo: «Todo eso son cosas del pasado y el pasado pertenece a Dios». Al enviado estadounidense Averell Harriman le dijo: «Sólo Dios puede perdonar». Amigos como Kapanadze se hicieron curas, pero él siguió generosamente en contacto con ellos. En los banquetes de borrachos que celebraba en compañía de los grandes personajes del bolchevismo los invitados solían cantar himnos religiosos. Mezclaba la fe ortodoxa y el marxismo diciendo medio en broma medio en serio: «Sólo los santos son infalibles. Puede acusarse a Dios Nuestro Señor de haber creado a los pobres». Pero las acciones de Stalin se dejaron siempre oír con más fuerza que sus palabras: el dictador reprimió sin piedad a la Iglesia y asesinó y deportó a los clérigos; al menos hasta 1943, cuando restauró el patriarcado, pero sólo como un gesto hecho en tiempos de guerra con el fin de aprovecharse del viejo patriotismo ruso[*].

Quizá expresara lo que verdaderamente pensaba de Dios cuando, al término de la segunda guerra mundial envió unos cuantos peces de regalo a su protegido Alexei Kosygin (futuro

primer ministro en tiempos de Brezhnev), con la siguiente nota manuscrita: «Camarada Kosygin, aquí tiene usted un pequeño regalo de parte de Dios. ¡Yo soy el ejecutor de su voluntad! I. Stalin». En cierto modo, como sumo pontífice de la ciencia de la Historia, el seminarista de Tiflis realmente se consideraba a sí mismo el ejecutor de la voluntad de Dios[5].

«¿Creen ustedes», comentó en varias ocasiones Franklin D. Roosevelt, «que suponía alguna diferencia para Stalin? ¿Acaso no explica en parte la simpatía de su carácter que todos hemos percibido?». Quizá fuera el «sacerdocio» el que enseñara a Stalin «la forma en que debe comportarse un caballero cristiano».

Aquel máximo exponente del caballero no cristiano se había apartado del cristianismo cuanto cabe imaginar. Incluso los socialistas moderados, de orígenes aristocráticos, como Jordania, ahora le irritaban. Y también a Lado. «Llevan a cabo actividades culturales y pedagógicas entre los trabajadores sin enseñarles a ser revolucionarios», se lamentaba Soso. Censuró a Jordania ante sus amigos explicando que había descubierto las obras de un brillante nuevo radical llamado «Tulin», uno de los alias de Vladimir Ulianov, más tarde conocido como Lenin.

«Si no hubiera existido Lenin», decía Stalin ya en la vejez, «yo no habría pasado de niño de coro y de seminarista». Se puso entonces a hablar a sus amigos de aquel radical que vivía tan lejos de ellos. «¡Tengo que conocerlo a toda costa!», comentó, cuando estaba a punto de comprometerse para toda la vida como revolucionario marxista. Pero de momento tenía algunos problemas más inmediatos. Keke «se irritó tanto con él» por abandonar el seminario que Soso tuvo que esconderse durante algunos días en los Jardines Gambareuli, a las afueras de Gori, hasta donde sus amigos le llevaban la comida. Regresó a Tiflis, pero no tardó en discutir con sus compañeros de cuarto, que eran partidarios de Jordania. Se cambió de casa. Se había peleado con sus amigos del seminario, luego con sus

compañeros de cuarto, y ahora debía enfrentarse a los viejos radicales de Tiflis. Allá donde fuera aquel muchacho grosero y arrogante, siempre había líos[6].

8

El meteorólogo: Partidos y príncipes

Soso necesitaba un empleo y una casa. Se hizo meteorólogo. A diferencia de lo que pueda parecer, la vida de un hombre del tiempo en el Observatorio Meteorológico de Tiflis era una tapadera sumamente conveniente para un joven revolucionario. Su amigo de Gori, Vano Ketskhoveli, el hermano menor de Lado, ya trabajaba en él cuando en octubre de 1899 Stalin llegó para compartir la pequeña habitación que ocupaba al pie de la torre del observatorio[*]. Como «observador interino», estaba de servicio sólo tres veces a la semana desde las 6.30 de la mañana hasta las 10 de la noche, comprobando las temperaturas y los barómetros cada hora, a cambio de 20 rublos al mes. Cuando tenía turno de noche, trabajaba desde las 8.30 de la tarde hasta las 8.30 de la mañana, pero por lo demás tenía todo el día libre para llevar a cabo labores revolucionarias. A finales de 1899, Lado, celosamente ayudado por Soso, empezó a organizar una huelga, una de las primeras movilizaciones radicales a gran escala de los trabajadores de Georgia.

El día de Año Nuevo, Lado consiguió paralizar la ciudad cuando los conductores de los tranvías municipales, de propiedad belga, dejaron de trabajar. La policía secreta estaba ya vigilando a Lado y a sus meteorólogos revolucionarios. Durante las primeras semanas de 1900, la policía se presentó en el observatorio, detuvo a Stalin y se lo llevó a la fortaleza de Metekhi. Oficialmente la causa de la detención de Soso, la primera de las muchas que sufrió, fue que Beso no había pagado los impuestos municipales de su aldea natal, Didi-

Lilo[1], aunque probablemente se tratara de una advertencia críptica de la Gendarmería.

Stalin no tenía dinero, pero sus amigos en mejor situación económica (empezando por Davitashvili) hicieron una colecta y pagaron lo que se debía. Esta circunstancia no debió de contribuir mucho a intensificar el afecto de Soso por su padre, aunque Beso fue a visitarlo al observatorio varias veces.

Cuando Keke se enteró de que Beso había vuelto a hacer aparición en la vida de su hijo, la terrible madre se dirigió de inmediato a Tiflis en misión de salvamento. E insistió en alojarse en la habitación de Soso[2].

Una vez liberado —y una vez quitadas de en medio Keke y sus intromisiones—, Stalin volvió a dedicarse a soliviantar a los trabajadores de la ciudad para que fueran a la huelga: los talleres del ferrocarril constituían el centro de sus actividades de agitador. Pasaba gran parte de su tiempo por los alrededores de la estación, «un edificio alargado de piedra con grandes ventanas enrejadas en el que resonaba el característico estruendo de cadenas y planchas de metal y se oían los bufidos y soplidos de las locomotoras». Inicialmente, el Partido le asignó la supervisión de dos grupos clandestinos —las llamadas «células»— de trabajadores del ferrocarril. «Yo era un novato absoluto, un principiante total»[3].

Stalin estaba absolutamente en su papel, y mostraba lo que Trotski llamaba «los signos del revolucionario reconocibles por todo el mundo, especialmente entre los revolucionarios de provincias»: barba, pelo largo, casi a lo *hippy*, y la típica camisa rusa de satén negro con un lazo rojo. Y estaba encantado con su desaliño. «Nunca lo vería nadie vestido de otra forma», señala Iremashvili, «que no fuera con aquella camisa sucia y los zapatos sin limpiar»[4].

Soso adoctrinaba y alborotaba enérgicamente a las células de las que era responsable. «¿Por qué somos pobres?», preguntaba en las pequeñas reuniones celebradas en los

domicilios de los obreros. «¿Por qué no tenemos derechos políticos? ¿Cómo podemos cambiar nuestra vida?». Su respuesta a todas estas preguntas eran el marxismo y el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia[5].

Los trabajadores escuchaban con unción a aquel joven predicador; y no es una coincidencia que muchos revolucionarios fueran seminaristas y que los obreros fueran a menudo piadosos excampesinos. Algunos pondrían más tarde a Soso el apodo del «Cura». «Se trata de una lucha santa», explicaba el agitador de Tiflis Mijail Kalinin. Trotski, que realizaba actividades de agitación en otra ciudad, recordaba que muchos trabajadores pensaban que el movimiento se parecía al de los «cristianos primitivos» y que a muchos había que enseñarles que debían ser ateos.

«Si hoy día la palabra "comité" tiene resonancias tediosas, por aquel entonces los simples términos "comité" y "partido"… encantaban los oídos de los jóvenes como una melodía seductora», escribía Trotski. «Era la época de los jóvenes de 18-30 años. Todos los que se unían a nosotros sabían que les aguardaban la cárcel y el destierro. Aguantar lo más posible era una cuestión de honor».

Soso, que también creía en la santidad de la causa, no tardaría en alcanzar su primer éxito[6].

El 1 de mayo de 1900, Soso organizó una reunión masiva clandestina, a imitación de la cual se repetirían tantas y tantas, con la meticulosa seguridad que lo caracterizaba. El Primero de Mayo —la *Maievka*— era como el día de Navidad del socialismo. La policía secreta intentó detener a Lado, que huyó a Bakú, la ciudad del petróleo a orillas del mar Caspio. Stalin lo sucedió en el puesto.

La tarde anterior se distribuyeron instrucciones y contraseñas. Por la noche, 500 obreros y activistas se dirigieron a las colinas situadas a las afueras de Tiflis para reunirse con los líderes de los piquetes provistos de linternas, que les dieron nuevas contraseñas y nuevas rutas a seguir.

Durante la reunión, cantaron la Marsellesa. Stalin y el resto de los oradores se subieron a unas rocas: allí pronunció Soso su primer discurso, incitando enérgicamente a la huelga, mientras que Jordania y el *Mesame Dasi* se oponían a ella.

Soso y sus radicales se impusieron. Las instalaciones ferroviarias hicieron huelga, lo mismo que la fábrica de calzado de Adelkhanov, en la que seguía trabajando Beso.

—¿A qué vienes aquí? —preguntó a su hijo, desconcertado por su visita.

—A hablar a estos camaradas —respondió Soso.

—¿Por qué no aprendes un oficio? —comentó Beso.

Es el último contacto entre los dos que tenemos atestiguado. Beso nunca sintió apego por su empleo y se convirtió en un desecho de la sociedad, uno de esos desesperados sin rumbo que se veían arrastrados por la ola del alcoholismo, la pobreza y la desesperación.

Por primera vez la policía secreta mencionaría en sus informes a Soso Djugashvili —junto con otros individuos mucho mayores que él, Victor Kurnatovski, que conocía al propio Lenin, y Silva Jibladze, el exseminarista que se había hecho célebre por pegar al rector— como uno de los líderes del movimiento. Stalin había dejado ya su impronta[7].

La policía secreta esta acorralándolos, pero la vida en Tiflis seguía siendo tan soñolienta, encantadora e idílica como siempre, con sus noches perfumadas y sus cafés callejeros atestados de gente. Los revolucionarios gozaban de una existencia semejante a la de un estudiante. «Pasaban las veladas en medio de ruidosas discusiones, lecturas y larguísimas conversaciones, que interrumpían para tocar la guitarra y cantar», recuerda Anna Alliluyeva, hija de Sergei, el electricista cualificado y agitador marxista que junto con Stalin desarrollaba sus actividades en los talleres del ferrocarril de Tiflis. Tiflis era una ciudad recoleta en la que las noticias corrían con mucha rapidez de una terraza en terraza y

de emparrado en emparrado a través del «telégrafo de los balcones».

Stalin había empezado a actuar hacía poco, pero ya había dividido a sus camaradas en héroes, secuaces y enemigos. Al principio encontró un nuevo mentor en el príncipe Alexander «Sasha» Tsulukidze, «joven alto y apuesto», vestido elegantemente a la occidental, amigo de su otro héroe, Lado. Los dos pertenecían a clases más altas que la de Stalin: Lado era hijo de un sacerdote, pero el padre del Príncipe Rojo era uno de los aristócratas más ricos de Georgia; la familia de su madre, la princesa Olympiada Shervashidze, había reinado en Abjasia[*]. Posteriormente Stalin elogiaría el «asombroso y señalado talento» de Lado y del príncipe Sasha, ambos incapaces ya de despertar su envidia porque habían muerto hacía mucho tiempo. Stalin tenía sólo un hombre al que admiraba: él mismo. A lo largo de toda una vida de egotismo belicoso y convencido del propio valor, Lado, el príncipe Sasha y Lenin habrían sido los únicos que pudieran estar a su altura. Él era, según afirmaba, su «discípulo»[8].

Stalin tenía ya su pequeña corte entre los jóvenes radicales expulsados del seminario: en 1901 echaron a la calle a otros cuarenta, entre ellos a Elisabedashvili, el muchacho que se había orinado en el icono y había sido discípulo de Soso, y a su amigo Alexander «Aliosha» Svanidze, que alquiló un piso en la calle Sololaki, junto a la plaza Ereván. Allí impartiría Stalin sus clases a su célula y elaboraría una lista de lectura de 300 títulos. «No leía libros», dice Elisabedashvili, «sino que los *devoraba*». Aliosha Svanidze, joven afable, que tenía muy buenas relaciones además de tres hermanas bonitas, llegaría a ser cuñado de Stalin y uno de sus íntimos hasta el advenimiento del Terror. Pero Soso no conocería a sus hermanas hasta pasado algún tiempo.

El otro discípulo recién llegado de Gori era un joven de diecinueve años, semipsicótico, llamado Simon Ter-Petrossian, al que pronto apodarían «Kamo» y que, como Soso, había

pasado su infancia participando en las luchas callejeras, «robando fruta y practicando mi actividad favorita: el pugilato». Merodeaba por el piso de Svanidze «a ver si aprendía algo», pero su mayor deseo era convertirse en oficial del ejército. Su tiránico padre le reñía por pasar tanto tiempo con Soso, «ese pordiosero que no vale para nada». Pero «cuando mi padre se vio en bancarrota en 1901», dice Ter-Petrossian, perdió su poder sobre él. «Stalin era mi tutor. Me enseñó literatura y me regaló libros… ¡La verdad es que *Germinal* de Zola me gustó mucho!». Soso «lo atraía como un imán».

Stalin, sin embargo, no era un maestro lo que se dice paciente. Cuando Ter-Petrossian tenía que romperse los cuernos con el ruso y el marxismo, Stalin ordenaba a otro de sus acólitos, Vardoyan, que se ocupara de enseñarle. «Soso se tumbaba a leer un libro mientras yo daba clase de gramática rusa a Kamo», recuerda Vardoyan, «pero sus dotes intelectuales eran muy limitadas y decía siempre *kamo* en vez *komu* ["a quién"]». Stalin «perdía la paciencia y se levantaba de un salto, pero enseguida se echaba a reír diciendo: "¡*Komu*, no *kamo*! ¡Intenta recordarlo, *bicho* ["chaval"]!". Más tarde, el propio Soso, aficionado a poner motes a sus cortesanos, inventó para Ter-Petrossian el apodo "Kamo", que le quedaría para toda la vida», cuenta Vardoyan. Aunque Kamo tenía que romperse los cuernos para aprender la lengua rusa, acabó emborrachado de marxismo y «cautivado» por Stalin. «¡De momento, simplemente *lee más*!», le decía Soso. «Podrías arreglártelas para llegar a oficial, pero estaría mejor que lo dejaras y te dedicaras a otra cosa…». Al igual que el Dr. Frankenstein, Stalin educó a Kamo para que se convirtiera en su ejecutor y su sicario.

«Soso fue un conspirador filósofo desde el principio. Aprendimos de él lo que es la conspiración», afirma Vardoyan. «Yo estaba enganchado a su forma de hablar y de reír, a sus modismos. De pronto me vi imitándolo contra mi voluntad,

hasta tal punto que mis amigos me llamaban “el gramófono de Soso”»[9].

Soso no fue nunca, sin embargo, el típico georgiano indolente. Incluso entonces «era un hombre sumamente peculiar y misterioso», señala David Sagirashvili, joven socialista que lo conoció por aquel entonces y se fijó en él «paseando por las calles de Tiflis, delgado, con la cara picada de viruela y vestido de forma descuidada, cargado con un gran paquete de libros».

Stalin asistió a una desenfrenada fiesta que dio Aliosha Svanidze. Hubo combinados de zumo de melón y coñac y se bebió desaforadamente. Soso, sin embargo, permaneció tumbado en un diván en la terraza leyendo silenciosamente un libro y haciendo anotaciones. Los invitados empezaron entonces a buscarlo.

—¿Dónde está Soso?

—Está leyendo —respondió Aliosha Svanidze.

—¿Qué lees? —le preguntaron sus amigos en tono burlón.

—Las *Memorias* de Napoleón Bonaparte —replicó Soso —. Es asombroso comprobar los errores que cometió. ¡Me los estoy anotando!

A los aristócratas medio borrachos los sacaba de quicio aquel autodidacta, hijo de un simple zapatero, al que ahora llamaban el Kunkula («Renco») por la forma apresurada y torpe que tenía de andar[10]. Pero los revolucionarios serios, como Stalin, Lado y el príncipe Sasha, no perdían el tiempo tomando combinados.

Georgia era «un hervidero de ideas» revolucionarias. Aquellos jóvenes apasionados e idealistas «regresaban por la noche tarde a casa con sus amigos», relata Anna Alliluyeva. «Se sientan a la mesa, alguno de ellos abre un libro y se pone a leer en voz alta». Todos leían una sola cosa: el nuevo periódico de Lenin, *Iskra* («La Chispa»), que propagaba la

visión de un partido dirigido por una minoritaria elite militante.

Este nuevo modelo de revolucionario galvanizaba a los jóvenes exaltados como Stalin, que ya no aspiraban a ser los agitadores aficionados y caballerescos dedicados a soliviantar a grandes grupos de trabajadores, sino que habían decidido convertirse en profesionales violentos, líderes de una secta despiadada. Soso, cuya mayor felicidad consistía en participar en enérgicas campañas contra los enemigos internos y externos, con apenas veintidós años estaba decidido a hundir a Jordania y a Jibladze, y a obligar al partido de Tiflis a plegarse a su voluntad. «Hablaba con crueldad», señala Razhden Arsenidze, marxista moderado que reconoce que Stalin «irradiaba energía, y sus palabras emanaban un vigor y una firmeza naturales. A menudo sarcástico, sus chistes crueles eran muchas veces tan dolorosos como un latigazo». Cuando los que lo escuchaban se «ofendían» y protestaban, «pedía disculpas, alegando que aquél era el lenguaje de los proletarios», que «hablan con crudeza, pero siempre dicen la verdad».

La policía secreta y los obreros consideraban a aquel exseminarista un «intelectual», pero para los moderados, a los que conseguía exasperar, era un «joven camarada atolondrado» que se dedicaba a lanzar una «campaña de agitación hostil y destructiva contra los dirigentes de la organización socialdemócrata de Tiflis». Se burlaban abiertamente de Soso tachándolo de «ignorante y nocivo», según Davrichewy. Jibladze se quejaba de que «le dimos unas células para que realizara labores de agitación contra el estado y en cambio se ha dedicado a volverlas contra nosotros»[11].

Stalin, sus mentores y seguidores, seguían reuniéndose «a orillas del Kura, sentados al pie de las acacias perfumadas, bebiendo vino peleón, que les servía el dueño de algún quiosco». Pero el éxito de las huelgas promovidas por él atrajo la atención de las autoridades. La policía secreta decidió

aplastar el movimiento antes de que pudiera organizar los alborotos del Primero de Mayo de 1901. La Gendarmería, analizando los informes recibidos en torno al «líder» revolucionario Stalin, se dio cuenta inmediatamente de su talento para la conspiración: «Un intelectual que capitanea a un grupo de ferroviarios. Las observaciones externas revelan que se comporta con mucha cautela, y no deja nunca de mirar atrás mientras camina». Siempre resultaría muy difícil atraparlo[12].

En la madrugada del 21-22 de marzo de 1901, la policía secreta, la Ojrana, realizó una redada y detuvo a dos líderes, Kurnatovski y Majaradze[*]. Rodeó además el observatorio meteorológico con el fin de coger también a Stalin, que regresaba a su domicilio en tranvía. De repente, mirando a través de las ventanillas del coche, el joven revolucionario se dio cuenta de la estudiada indolencia de los agentes de la secreta vestidos de paisano —tan fáciles de reconocer como unos hombres del GI en una película americana— que estaban apostados alrededor del observatorio. No bajó del tranvía y aunque regresó más tarde a hacer una visita de reconocimiento, no volvería a vivir nunca en él.

Aquella redada cambiaría para siempre su futuro: con ella acabaría definitivamente cualquier aspiración que pudiera tener a llevar una vida normal. Había acariciado la idea de hacerse maestro, ganando algún dinero extra dando clases particulares (aunque normalmente había intentado convertir a sus alumnos al marxismo), a razón de 10 *kopeks* la hora. Pero todo aquello era ya agua pasada. En adelante viviría de los demás, con la esperanza de que los amigos, los simpatizantes o el Partido financiaran su misión revolucionaria y filantrópica. De la noche a la mañana se introdujo en lo que Trotski llamaba «ese juego tan serio denominado conspiración revolucionaria», un turbio submundo terrorista, marcado por unas costumbres propias, una etiqueta fastidiosa y unas leyes brutales.

Una vez que Soso entró en aquel mundo secreto, siguió adelante con sus planes de celebrar una agresiva manifestación del Primero de Mayo.

* * *

El príncipe Golitsyn, gobernador general del Cáucaso, hizo entrar en Tiflis a todos sus cosacos, dragones, y soldados de artillería e infantería, para hacer una demostración de fuerza. Las tropas acamparon en las plazas. La mañana del domingo 22 de abril de 1901, unos 3000 obreros y revolucionarios se congregaron en el exterior del Bazar de los Soldados. Los cosacos no estaban dispuestos a tolerarlo, pero Soso estaba preparado. Sergei Alliluyev se dio cuenta de que los activistas iban «vestidos con ropas impropias de aquella época del año, con pesados abrigos y gorros de piel de oveja». Cuando preguntó el motivo de semejante indumentaria a un camarada, éste le respondió:

—Órdenes de Soso.

—¿Con qué finalidad?

—Seremos los primeros en sentir los látigos de los cosacos.

Efectivamente, los cosacos los esperaban apostados en todos los patios de las casas de la Perspectiva Golovinski. A mediodía, «sonaron las salvas del cañón de la guarnición»; los manifestantes empezaron a desfilar por la avenida Golovinski en dirección a la plaza Ereván, donde debían unirse a ellos los seminaristas cantando la Marsellesa y la Warsawianka. Los cosacos salieron al galope contra ellos, blandiendo sus sables y sus pesados látigos *nagaika*, capaces de acabar con la vida de un hombre. Los «faraones» —la policía— avanzaron también contra ellos con los sables desenvainados. Se desató una auténtica batalla campal de cuarenta y cinco minutos de duración con «enfrentamientos desesperados» a lo largo del bulevar, pues los cosacos tenían orden de cargar contra cualquier grupo de más de tres personas. Las banderas rojas —

en las que rezaba la inscripción «Abajo la tiranía»— fueron pasando de mano en mano. Catorce obreros resultaron gravemente heridos y cincuenta fueron detenidos. Se declaró la ley marcial en Tiflis[13].

Aquél fue el primer éxito de Stalin. Mientras que Jordania, a pesar de su moderación, fue detenido y encarcelado durante un año y su periódico *Kvali* fue cerrado, Soso se refugió en Gori unos días y para él todo quedó en eso. No es de extrañar que Jordania detestara a aquel joven exaltado, pero Stalin no había hecho más que empezar. Junto con sus aliados se mostraría a favor de intensificar la «lucha abierta», aunque costara «ríos de sangre».

Aquellos jóvenes radicales discutieron el asesinato del capitán Lavrov, el subjefe de la Gendarmería de Tiflis, pero la verdadera actividad estaba en la estación del tren, donde el director de los ferrocarriles, Vedenev, opuso una enérgica resistencia a las huelgas de Stalin.

Soso conoció por entonces a otro compañero de fechorías, Stepan Shaumian, joven adinerado y culto, hijo de un hombre de negocios armenio. Shaumian, estrechamente relacionado con la plutocracia del Cáucaso, era profesor particular de los hijos del magnate del petróleo más rico de la ciudad, Mantashev, y no tardaría en casarse con la hija de un alto ejecutivo de este mismo sector.

«Alto, buen tipo y muy guapo, con una tez pálida y ojos azules», Shaumian ayudó a encontrar una solución al problema de Vedenev: el director de la compañía de los ferrocarriles estaba trabajando en su despacho cuando un disparo efectuado a través de la ventana le atravesó el corazón.

No cogieron a nadie[14]. Pero aquel tiro fue el comienzo de una nueva era en la que «todos los sentimientos de ternura hacia la familia, de amistad, amor, gratitud o incluso honor», según el *Catecismo revolucionario* del nihilista Nechaev, que conoció una gran difusión, «deben ser aplastados por la única pasión del trabajo revolucionario». Las leyes amorales —o

mejor, la falta de leyes— recibían de ambas partes el calificativo de *konspiratsia*, el «mundo aparte» retratado vivamente en la novela de Dostoyevski *Los endemoniados*. Si no se entiende lo que es la *konspiratsia*, es imposible entender lo que es la propia Unión Soviética: Stalin nunca abandonó ese mundo. La *konspiratsia* se convirtió en el espíritu dominante de su estado soviético. Y de su estado mental.

En adelante, Stalin llevaría habitualmente una pistola al cinto. La policía secreta y los terroristas revolucionarios se convertirían en luchadores profesionales clandestinos en el duelo por la conquista del Imperio Ruso[*].

9

Stalin pasa a la clandestinidad: *konspiratsia*

Precisamente por esa misma época, el hijo del cura de Gori, Kote Charkviani, se hallaba un día discutiendo con un barrendero en una callejuela de Tiflis cuando oyó una voz familiar que le decía:

—¡Aplástalo, Kote! No tengas miedo. ¡Es el perro callejero domesticado de los gendarmes!

El que hablaba era Soso, capaz de reconocer a un traidor o a un espía casi por instinto. No podía entretenerse y seguir charlando con él. La policía secreta iba pisándole los talones.

A continuación «desapareció por el estrecho callejón en curva…». Pero ese instinto conspiratorio constituía una cualidad esencial en aquel juego de brumas, espejos y sombras. Los contrincantes se hallaban atrapados en un lazo íntimo, desesperado e inmoral en el que los agentes, los agentes dobles y los agentes triples hacían promesas, traicionaban a sus aliados, cambiaban de bando y volvían a traicionar a sus nuevos aliados.

En la década de 1870, los rebeldes habían sido populistas, *narodniki*, de clase media, que esperaban que el futuro liberal estuviera en el simple campesinado. Una facción de los *narodniki* dio lugar a diversos grupos terroristas, entre ellos Tierra y Libertad y posteriormente Voluntad del Pueblo, que estaban convencidos de que el asesinato del emperador Alejandro II habría traído consigo la revolución.

Voluntad del Pueblo abrazó las ideas del filósofo menor Nechaev, cuyo *Catecismo revolucionario*, totalmente amoral, puede considerarse el padre de Lenin y de Stalin. Una de sus propuestas decía: «Unid a ese mundo de bandoleros en una fuerza destructiva indivisible», capaz de matar a los policías «de la forma más terrible». El anarquista Bakunin compartía ese sueño de subordinación del «mundo de bandidos de capa y espada» a la Revolución. Lenin hizo suyas la organización disciplinada, la total dedicación y la brutalidad propia de gánsters que caracterizaban a Voluntad del Pueblo, cualidades todas ellas encarnadas a la perfección en Stalin.

Alejandro II, obligado a enfrentarse a un juego terrorista del gato y el ratón, empezó a crear un servicio de seguridad moderno tan sofisticado como los propios terroristas. Reorganizó la Sección Tercera creada por su padre para convertirla en una policía secreta de paisano, la División para la Protección del Orden y la Seguridad Social, que pronto recibiría el nombre abreviado de «Ojrana». Pero a pesar de todas las reformas, Voluntad del Pueblo dispuso de un agente dentro del propio departamento. Cuando la policía emprendió la persecución de los terroristas, era ya demasiado tarde. En 1881 logró capturar a su hombre cuando ya había asesinado a Alejandro II en las calles de San Petersburgo.

Su heredero, Alejandro III, creó el doble sistema conocido por Stalin. Tanto la Ojrana como el prestigioso cuerpo semimilitar de los gendarmes, «los ojos y los oídos del zar», vestidos con un bonito uniforme azul con ribetes blancos, botas y sable, disponían de sus propios servicios de inteligencia.

En su elegante cuartel general del número 16 de la calle Fontanka de San Petersburgo, junto al río Moika, la Sección Especial de la Ojrana elaboraba meticulosamente laberínticos mapas y carpetas codificadas por colores de los distintos grupos terroristas. Sus *bureaux noirs* practicaban la *perlustratsia* (supervisión): hacia 1882 eran abiertas

anualmente unas 380 000 cartas[*]. La Ojrana tenía fama en toda Europa de ser un órgano siniestro de la autocracia, pero nunca llegó a tener ni de lejos la brutal eficacia de la Checa de Lenin, por no hablar del NKVD de Stalin. Utilizaba tres tipos de castigo. La horca, empleada raramente y reservada para los asesinos de los miembros de la familia Románov o de sus ministros, pero que tuvo, sin embargo, un efecto decisivo: la ejecución de Alexander Ulianov, joven que dirigió una conspiración contra el zar, contribuyó a radicalizar el carácter de su hermano menor, Lenin. Estaba después la *katorga*, los trabajos forzados, castigo aplicado también rara vez. La sanción más habitual era el «destierro administrativo» por períodos que podían llegar hasta los cinco años.

El cerebro gris de la *konspiratsia*, el jefe de la Ojrana en Moscú, Zubatov, desarrolló un nuevo sistema de vigilancia. El empleo de detectives era habitual en él, pero sus verdaderos instrumentos eran los *agentura*, los «agentes externos» —los *shpik* o secretas, según la jerga revolucionaria— encargados de seguir a personajes como Stalin. La táctica más eficaz de la Ojrana era la *provokatsia*, la provocación llevada a cabo por sus «agentes internos». El agente de la policía secreta debía tratar a su «agente provocador» como a «una amante con la que se mantiene una relación ilícita», explicaba Zubatov; «vela por ella como si fuera la niña de tus ojos. Un movimiento imprudente y la has deshonrado… No reveles nunca a nadie el nombre de tu informador, ni siquiera a tu superior. Olvida su nombre y recuerda sólo su pseudónimo». Lo que estaba en juego era mucho: el que para una parte hacía de *provokator* para la otra era un *predatel* (traidor), y por tanto corría peligro de muerte.

A cambio a veces de elevadísimos salarios, estos agentes dobles no sólo penetraban en la «vida interna de las organizaciones revolucionarias», sino que en ocasiones también las dirigían. La Ojrana montó incluso sus propios grupos y sindicatos revolucionarios. Y el objetivo de éstos era precisamente inspirar en los revolucionarios una exacerbación

caníbal de las sospechas y la paranoia. La locura del terror estalinista en la URSS demuestra cuánto éxito llegó a tener este sistema. Pero la *konspiratsia* podía llegar a ser tan peligrosa para las autoridades como para los terroristas[*].

En esta guerra contra el terror, Rusia se enfrentó así al auge de las conspiraciones: la Ojrana tendría que luchar no sólo contra los socialdemócratas, los *dashnaks* o nacionalistas armenios, y los socialistas federalistas georgianos, sino también contra los terroristas más sangrientos de Rusia, los socialistas populistas llamados socialistas revolucionarios. En el mejor ejemplo que podemos poner del peligro que suponían los agentes dobles, la Ojrana contrató a Evano Azef, jefe de la brigada de combate de los socialistas revolucionarios, que llegó a utilizar terroristas suicidas. Entre 1902 y 1905, Azef cobró cantidades enormes de dinero, pero al mismo tiempo organizó el asesinato de dos ministros del interior y de un gran duque.

En general, sin embargo, y a pesar de las rivalidades entre la Ojrana y la Gendarmería y de la confusión burocrática, la eliminación de los revolucionarios y la infiltración en sus organizaciones por parte de la policía secreta se desarrollaron con una sutileza y un éxito sorprendente: ambos organismos fueron los mejores servicios secretos de su época[*]. De hecho Lenin copió a la Ojrana para organizar a «unos cuantos profesionales tan bien entrenados y experimentados como la policía secreta con técnicas conspiratorias del más alto nivel de perfección».

Stalin era precisamente un hombre de ese estilo; aquel «mundo aparte» era su hábitat natural. En el Cáucaso, resultaba incluso más difícil dar sentido a aquel juego. Una educación georgiana constituía la instrucción ideal para el terrorista-gánster, basada en la sagrada lealtad a la familia y a los amigos, la destreza en la lucha, la generosidad personal y el arte de la venganza, características todas aprendidas por Stalin en las callejuelas de Gori. La policía secreta del

Cáucaso era más violenta, pero también más venal. Stalin desarrollaría una fantástica tendencia a corromper y a dividir a sus espías[1].

Stalin era vigilado constantemente por los agentes de la Ojrana, y enseguida se convirtió en todo un experto en despistarlos:

—¡Menudos idiotas! —decía entre carcajadas cuando lograba encontrar otra retorcida vía de escape por los callejones de Tiflis— ¿Es que vamos a tener que enseñarles nosotros a hacer su trabajo[2]?

Se libró de las detenciones que se produjeron a raíz de la algarada del Primero de Mayo organizada por él, pero estuvo a punto de tener varios fallos. En una ocasión se encontraba cantando baladas georgianas en una librería ilegal, cuando la policía rodeó el lugar: se marchó andando entre aquellos «policías tan torpes». Otra vez, en una reunión de revolucionarios, la policía entró en la casa, pero Stalin y sus amigos escaparon saltando por la ventana en medio de un fuerte chaparrón sin ponerse los chanclos y riéndose a carcajadas[3].

Se cambió de nombre varias veces —por entonces utilizaba el alias de «David»— y se alojó al menos en seis pisos distintos. Cuando estuvo viviendo en casa de su amigo Mikha Bochoridze, la policía rodeó el edificio (el mismo al cual llevaría más tarde Kamo el dinero obtenido en el golpe de Tiflis). Stalin fingió ser un inquilino enfermo, postrado en la cama, envuelto en sábanas y vendajes. La policía registró la casa, pero, como no tenía órdenes acerca de ningún inválido, los agentes se fueron a consultar a sus superiores. Recibieron la orden de regresar a detener al «paciente», que mientras tanto había experimentado una mejoría milagrosa… y se había largado[4].

Entre tantas fugas y reuniones, Stalin aún tendría tiempo para escribir sus primeros artículos en un estilo catequístico,

romántico y apocalíptico. Lado se había asociado a Abel Yenukidze, un exseminarista rubio, divertido y mujeriego, para crear un periódico radical llamado *Brdzola* («Lucha»), que imprimían en un taller ilegal de Bakú[5].

Los agentes de la secreta le pisaban los talones y en varias ocasiones llegaron a localizarlo: el 27 y el 28 de octubre de 1901 observaron al «intelectual Iosiv Djugashvili dirigiendo una reunión» en la taberna Melani.

El 11 de noviembre, Soso fue uno de los organizadores de una conferencia local a la que asistieron cerca de veinticuatro marxistas. Recibió en ella los ataques de los moderados, que lo tacharon de «calumniador». Todos los asistentes tendrían conocimiento de las acusaciones de Jibladze contra el «perverso» Soso, pero también reconocerían su energía, su competencia y su carácter despiadado. Siguiendo el concepto de secta militante de revolucionarios profesionales típico de Lenin, Stalin advirtió del peligro de elegir a trabajadores normales y corrientes para formar parte del comité, porque «podrían ser elegidos agentes de policía». Pero la conferencia eligió un comité de cuatro trabajadores y cuatro intelectuales.

Sus numerosos enemigos seguramente pedirían su expulsión, exigiendo luego que se le echara de Tiflis. Este espejismo ha sido repetido siempre por los historiadores. Por fortuna, los agentes de la Gendarmería, que estaban mejor informados y cuyos partes fueron escritos ese mismo día, revelan que Soso fue el cuarto intelectual de los elegidos. Pero quizá semejante decisión formara parte de una solución de compromiso mediante la cual se pretendía matar dos pájaros de un tiro. Fue elegido miembro del comité, ingresando por primera vez en la dirección del partido, pero como la policía estaba estrechando su cerco, se «salvó» (y sus camaradas se salvaron de sus malévolas maquinaciones) al ser enviado en «misión propagandística» convenientemente lejos de Tiflis.

La Gendarmería se percató de que el nuevo miembro del comité recientemente elegido, el omnipresente Stalin, faltó a la

reunión del 25 de noviembre de 1901; y como Macavity, el esquivo gato de T. S. Eliot, se esfumó en el aire.

De hecho iba en el tren camino de Batumi, el turbulento puerto petrolífero del Imperio Ruso, donde dejaría sentir su presencia a sangre y fuego[6].

10

«¡Trabajo para los Rothschild!»: Fuego, matanzas y detenciones en Batumi

El camarada Soso introdujo su nuevo estilo despiadado en Batumi a través de una venganza. A los tres meses de su traslado a la capital del *boom* del petróleo, a orillas del mar Negro, la refinería de los Rothschild sufrió un misterioso incendio. Una huelga muy dura había dado lugar al asalto de la cárcel y a una matanza por parte de los cosacos. La ciudad se vio inundada de panfletos marxistas; los confidentes de la policía fueron asesinados, los caballos fueron sacrificados y los directivos de la fábrica tiroteados. Soso estaba enemistado con los revolucionarios georgianos a la antigua usanza y tenía una aventura con una mujer casada, mientras que la policía secreta le seguía los pasos.

Enseguida se puso manos a la obra en Batumi. Se reunía en una taberna del Bazar Turco con Constantine Kandelaki, obrero y socialdemócrata, que se convirtió en su hombre de confianza en la ciudad. Ordenó a Kandelaki convocar diversas reuniones. «Al oír que llamaban con la señal convenida, abrimos la puerta», relata un obrero del lugar, Porfiro Kuridze, que vio ante sí a «un joven flaco y enérgico de pelo negro» notablemente largo.

«Nadie conocía su nombre», recuerda Domenti Vadachkoria, en cuyo piso se celebró una de esas reuniones. «Era sólo un joven vestido con una camisa negra, un abrigo de verano largo y un pequeño sombrero». Convertido ya en una

especie de veterano de la *konspiratsia* y convencido de su ojo clínico para los traidores, Stalin ordenó a Vadachkoria que «invitara a siete obreros a la reunión», pero «me pidió que antes se los mostrara». Se situó de pie junto a la ventana mientras «yo paseaba con cada uno de los obreros invitados, uno tras otro, por la calle. Stalin me dijo que no dejara venir a uno de ellos. Era un conspirador asombroso y conocía muy bien la naturaleza humana. Podía mirar a uno a los ojos y ver perfectamente a través de ellos. Yo le dije que había un hombre que deseaba trabajar con nosotros». El individuo en cuestión se llamaba Karzkhiya.

—Ese tío es de la secreta —dijo Stalin.

«Poco después», continúa contando Vadachkoria, «cuando los cosacos irrumpieron en una reunión, vimos a aquel hombre vestido con el uniforme de la policía. Se tomó la decisión de eliminarlo. Y lo mataron». Tenemos aquí un primer ejemplo en el que gracias a su olfato Stalin identifica a un traidor y hace que lo maten; probablemente éste sería su primer asesinato[*]. En cualquier caso, en adelante jugaría muy fuerte en «el peligroso juego de la conspiración». Habría otros Karzkhiyas. Pero incluso entonces dejó en manos de sus secuaces lo que él llamaba el «trabajo sucio»: los asesinatos.

En aquellas reuniones, Stalin anunció que pensaba insuflar un nuevo espíritu agresivo a la Revolución en Batumi. Pidió entonces que cada uno de los presentes reuniera «a otros siete obreros de vuestra fábrica y les repetís esta conversación»[1]. Tras establecer su cuartel general en la taberna de Alí el Persa, en el bazar, el camarada Soso dedicaría todo su tiempo a ir de un lado para otro en un verdadero frenesí de visitas y conferencias, a menudo nocturnas. Vivió primero en casa de Simhovich, un relojero judío, y luego con un exbandolero, convertido en trabajador en los pozos de petróleo, Silvester Lomdzharia, que junto con su hermano Porfiro se convertiría en su guardaespaldas.

Un día, Stalin se levantó temprano y desapareció sin decir una palabra. Kandelaki se presentó poco después y esperó lleno de nerviosismo a que regresara.

—Adivina por qué me he levantado tan pronto esta mañana —le dijo Stalin en tono exultante—. ¡Hoy he encontrado trabajo en la casa Rothschild, en el almacén de su refinería! Voy a ganar 6 *abaz* al día [= 1 rublo y 20 *kopeks*]

A la dinastía franco-judía, que personificaba el poder, la elegancia y el cosmopolitismo del capitalismo internacional, no le habría hecho tanta gracia como a Stalin, pero ninguno de sus miembros sabría nunca que habían dado empleo al futuro sumo pontífice del marxismo internacional. Stalin se echó a reír y dijo canturreando:

—*¡Trabajo para los Rothschild!*

—¡Supongo —replicó bromeando Kandelaki— que los Rothschild empezarán a prosperar a partir de este momento!

Stalin no respondió, pero se entendieron perfectamente: haría todo lo que pudiera para que los Rothschild prosperaran[2].

La noche de Fin de Año, Soso convocó a sus treinta rebeldes principales a una fiesta-reunión en casa de Lomdzharia, en la que se sirvió queso, salchichas y vino, aunque prohibió que se bebiera en exceso. Su melodramático discurso que heló la sangre en las venas a todos los presentes, concluyó con las siguientes palabras:

—¡No debéis temer a la muerte! El sol está saliendo. ¡Sacrifiquemos nuestras vidas!

—¡Dios impida que muramos en la cama! —exclamó el maestro de ceremonias, encargado de hacer el brindis.

Los obreros estaban alegres, inspirados por la agresividad de Stalin, aunque los marxistas moderados de Batumi, capitaneados por Karlo Chkheidze, el administrador del hospital de la ciudad, y el maestro Isidore Ramishvili, no se

sintieran tan contentos. Ambos dirigían una escuela dominical para obreros, táctica que Stalin consideraba demasiado blanda y un auténtico anatema. Los «legales» le ayudaron al principio a financiar su labor, pero las relaciones amistosas no duraron mucho tiempo. Stalin estaba a punto de «poner a Batumi patas arriba».

Batumi era una ciudad fronteriza de clima subtropical a orillas del mar Negro, dominada por las grandes dinastías financieras-petroleras del Imperio, los Nobel y los Rothschild. Incluso veinte años después, el poeta Osip Mandelstam hablaría de Batumi como de «ciudad de la California de la fiebre del oro al estilo ruso».

El zar obtuvo del *padishah* otomano este nido de piratas a orillas del mar en 1878, pero el *boom* del petróleo experimentado por Bakú, al otro lado del istmo del Cáucaso, había planteado el reto de encontrar el medio de transportar el oro negro hasta Occidente. Los Rothschild y los Nobel construyeron un oleoducto hasta Batumi, donde refinaban el petróleo y lo cargaban en los barcos-cisterna atracados en el puerto. Batumi, que ya era el centro de exportación de manganeso, regaliz y té, se convirtió de pronto en una «puerta hacia Europa», la «única ciudad moderna» de Georgia.

Batumi se jactaba en aquellos momentos de tener 16 000 obreros persas, turcos, griegos, georgianos, armenios y rusos, casi mil de los cuales trabajaban en la refinería, controlada por la Compañía Petrolífera de los mares Caspio y Negro del barón Edouard de Rothschild. Los trabajadores, a menudo niños, vivían miserablemente en la Ciudad del Petróleo, un barrio de calles malolientes, en las que las filtraciones de los pozos negros se juntaban a menudo con las de las refinerías. El tifus provocaba muchas muertes. Pero los millonarios y los ejecutivos extranjeros, especialmente ingleses, de la ciudad habían convertido aquel lugar atrasado en una ciudad agradable con un paseo marítimo arbolado, mansiones blancas

de estilo indiano, suntuosos burdeles, un casino, un campo de *cricket* y un club náutico inglés[3].

El 4 de enero de 1902, «cuando regresaba a casa», cuenta Kandelaki, «vi el fuego». Entonces llegó Stalin diciendo alegremente en tono jactancioso:

—¿Sabes, amigo? ¡Tus palabras se han hecho realidad!

Efectivamente, los Rothschild iban a «prosperar» teniendo como empleado a Stalin.

—¡Mi almacén se ha incendiado!

La multitud se quedó mirando la nube de humo en forma de hongo que se elevaba sobre el puerto. Los obreros ayudaron a extinguir el incendio, lo que significaba que se les debía pagar una bonificación. Stalin se unió a una delegación que fue a entrevistarse con el administrador de los Rothschild, un francés llamado François Jeune, en el que sería su primer encuentro con un hombre de negocios europeo. Pero hay pruebas de que Stalin siguió más tarde manteniendo contactos con los directivos de los Rothschild, en lo que sería el comienzo de su oscura, pero lucrativa relación con los barones del petróleo. Los Rothschild sabían con toda seguridad que el incendio había sido provocado, y Jeune se negó a pagar las bonificaciones. Aquélla era la provocación que buscaba Stalin. Y convocó una huelga.

Las autoridades intentaron detenerlo; la Ojrana hizo lo posible por pescar al nuevo agitador de Batumi; los *faraones* se dedicaron a acosar a los huelguistas; los espías de la secreta vigilaban a los marxistas; y los Rothschild estaban preocupadísimos por sus exportaciones de petróleo. Stalin, en cambio, se marchó a Tiflis —viaje que duraba once horas de tren— con el fin de conseguir una imprenta, imprescindible para generalizar la huelga. Había que publicar octavillas en georgiano y en armenio, por lo que el comité lo puso en contacto con Suren Spandarian, un armenio acaudalado y cruel que, pese a tener esposa e hijos, era un mujeriego

desenfrenado. Stalin imprimió sus panfletos en armenio en las imprentas del padre de Spandarian, que era editor de un periódico. Spandarian se convirtió en su mejor amigo[4].

Cuando Stalin regresó, asistido por Kamo y provisto de su imprenta, encontró Batumi sublevada. Kamo y Kandelaki instalaron rápidamente la imprenta, que enseguida difundiría las palabras de Stalin entre todos los obreros de la Ciudad del Petróleo.

El 17 de febrero, los Rothschild y los Nobel capitularon y accedieron a las exigencias de los trabajadores, incluido un aumento de los salarios del treinta por ciento, todo un triunfo para el joven revolucionario. En Tiflis, los gendarmes del capitán Lavrov estaban acabando con los marxistas a fuerza de redadas y detenciones, pero en Batumi, hasta entonces tan tranquila, el capitán de la Gendarmería Giorgi Jakeli reconocía que estaba muy preocupado por el «repentino aumento de los disturbios». E intensificó la vigilancia del enigmático «Camarada Soso».

Stalin tuvo que salir del domicilio de Lomdzharia. Tras alojarse en varios pisos, se instaló en el poblado obrero de Barskhana, en una casa pequeña perteneciente a Natasha Kirtava, de veintidós años, una campesina que era toda una belleza, simpatizante de los socialdemócratas, y cuyo marido había desaparecido. A juzgar por el folklore de Batumi, las memorias de la propia Kirtava y las propuestas que luego le hizo Stalin, éste disfrutó de una aventura amorosa con la joven, la primera, pero desde luego no la última de las muchas que tuvo con sus patronas y camaradas en la conspiración. En sus memorias, Kirtava habla de las «tiernas atenciones y delicadeza» de él e incluso reseña un momento de amor[*] en medio de la lucha marxista: «Volvió a mi casa, me retiró el pelo de la frente y me besó»[5].

Los Rothschild, siguiendo los consejos de sus directivos, Jeune y von Stein, estaban dispuestos a vengar el éxito obtenido por Stalin. El 26 de febrero, despidieron a 389

trabajadores sediciosos. Los obreros se pusieron en huelga, enviando a «un hombre a buscar al Camarada Soso», que se hallaba en Tiflis, donde iba a menudo a visitar a sus protegidos, Svanidze y Kamo.

Soso regresó precipitadamente a Batumi al día siguiente, invitando a sus seguidores a una reunión en casa de Lomdzharia, en la que «propuso plantear una serie de exigencias», e iniciar una huelga todavía más provocativa que parara por completo toda la planta petrolera. Uno de sus ayudantes, Porfiro Kuridze, no lo reconoció: se había afeitado la barba y el bigote. Cuando no estaba en la taberna de Alí el Persa, Stalin utilizaba como macabro cuartel general el cementerio de Souk-suk, celebrando reuniones para elegir delegados a media noche entre las tumbas. En una ocasión en que la policía interrumpió una reunión que estaba teniendo lugar allí, se escondió entre las faldas de una camarada. En otra reunión en la que se vieron rodeados por los cosacos, Stalin se puso un vestido de mujer y escapó disfrazado de esa guisa.

Los obreros estaban impresionados con aquel «intelectual», al que apodaban «el Cura». Les dio una lista de lecturas. «Una vez nos dejó un libro», cuenta Kuridze. «"Es de Gogol", nos dijo y nos explicó la vida de este autor».

El camarada Soso, vestido habitualmente con un espléndido abrigo circasiano, con su característico sombrero negro de ancha copa y una capucha blanca caucasiana caída sobre los hombros, no tardó en hacerse con un agresivo grupo de secuaces, los llamados «sosistas», una primitiva versión de los estalinistas. Chkheidze y los «legales» de la escuela dominical lo invitaron a una reunión para echarle una reprimenda, pero él se negó a asistir.

—Son unos estrategas de salón, que evitan la lucha política real — comentó con desprecio Soso, que por fuerza debía controlarlo absolutamente todo.

«El despotismo de Djugashvili», informaba el capitán Lavrov, de la Gendarmería de Tiflis, «le hace perder muchas simpatías» en la lucha «entre los socialistas viejos y nuevos». La huelga se generalizó. Los esquiroles recibieron amenazas, y sus caballos fueron sacrificados. Pero la policía secreta iba tras los pasos de Soso el Cura. Los cosacos eran cada vez más numerosos[6].

El general Smagin, gobernador de la provincia de Kutaisi, de la cual formaba parte Batumi, se dirigió apresuradamente a la ciudad para ponerse al frente de la represión y sofocar la huelga. El mensaje de la alocución que dirigió a los obreros no podía ser más claro: «¡O a trabajar o a Siberia!». La madrugada del 7 de marzo, Smagin detuvo a Porfiro Lomdzharia, el guardaespaldas de Stalin, y a los cabecillas de la huelga.

Al día siguiente, Stalin organizó una manifestación ante la comisaría de policía en la que estaban presos los detenidos. La presión surtió efecto. Los gendarmes, llenos de inquietud, trasladaron a los detenidos a una cárcel de paso. El gobernador prometió entrevistarse con los manifestantes. A Soso aquello no le parecía bien. La noche en que debía celebrarse la entrevista, propuso asaltar la prisión. Vadachkoria prefería negociar.

—¡Nunca serás un revolucionario! —exclamó con desprecio Soso el Cura. Los sosistas lo apoyaron. A la mañana siguiente, Stalin encabezó varias manifestaciones agresivas. Un día después, buena parte de la ciudad se unió a la marcha que pretendía asaltar la prisión. Pero un traidor había desvelado sus planes. Los cosacos tomaron posiciones. Las tropas al mando del severo capitán Antadze cortaron el camino que conducía a la prisión provisional. Calaron las bayonetas. La enorme multitud de los manifestantes se detuvo vacilante ante los que le cerraban el paso.

—No corráis o se pondrán a disparar —advirtió Stalin.

«Soso sugirió que nos pusiéramos a cantar canciones. No conocíamos los himnos revolucionarios, así que nos pusimos a cantar "Ali-Pachá"», cuenta Porfiro Kuridze.

—¡Los soldados no dispararán! —gritó Stalin alzándose por encima de la multitud—. ¡Y no temáis a los oficiales! ¡Pegadles y liberemos a nuestros camaradas!

La muchedumbre siguió andando hacia la prisión.

Soso iba rodeado de una guardia de sosistas, en su mayoría obreros-campesinos de Guri, capitaneados por Kandelaki. «Los de Guri eran conspiradores valientes. Intentaron impedirme que siguiera caminando en primera fila, pero no les hice caso», comentaría más tarde con orgullo Stalin. «Así pues, formaron siete círculos a mi alrededor, y hasta los heridos se mantuvieron firmes, de modo que resultó imposible romper el círculo».

Mientras fuera de la prisión la multitud empezaba a cargar contra los soldados, dentro de ella los detenidos superaban en número a sus guardianes. Uno de los presos, Porfiro Lomdzharia, oyó a los alborotadores: «Intentamos escapar. Hicimos añicos la puerta. Algunos reclusos se fugaron». Los cosacos se lanzaron al galope contra los manifestantes, que intentaban apoderarse de sus rifles. Los rebeldes respondieron a los disparos y lanzaron piedras a los cosacos. Los soldados golpeaban a sus atacantes con la culata de sus rifles, pero se vieron obligados a emprender la retirada. El capitán Antadze recibió varias pedradas, y su manga fue atravesada por una bala. Los soldados contraatacaron, lanzando disparos al aire, y volvieron a retirarse. Pero esta vez permanecieron firmes. «De nuevo la sonora voz de Stalin nos instaba a no dispersarnos y a liberar a los obreros», recuerda un manifestante, Injerabian. La multitud avanzó de nuevo.

«¡Entonces se oyó un ruido terrible!». El capitán Antadze dio un aullido y ordenó: «¡Fuego!». Los disparos salían a ráfagas. Los manifestantes cayeron al suelo. Todo el mundo corría y gritaba. «La gente fue presa del pánico, aquello era un

verdadero infierno. La plaza desierta quedó cubierta de cadáveres y moribundos, que gritaban» ante la mirada de los soldados. Los heridos clamaban: «¡Agua!, Socorro!». Entonces «me acordé de Soso», dice Kandelaki. «Nos habíamos separado. Me asusté y empecé a buscar su cadáver entre los muertos». Pero Vera Lomdzharia, la hermana de Porfiro, divisó a Stalin que iba dando vueltas entre los cadáveres y observando el desastre que había desencadenado. Mientras buscaba a su hermano entre los cuerpos sin vida, la muchacha se puso a pegar a un soldado, pero el hombre se limitó a responder: «¡Fue Antadze!».

Soso cogió a «uno de los heridos» y lo metió en un coche de caballos. «Lo trajo a nuestro piso», recuerda Illarion Darakhvelidze. «Soso vendó al herido», afirma también Kandelaki. Natasha Kirtava y otras mujeres ayudaron a meter a los camaradas heridos en unas carretas que los condujeron al hospital. Allí se computaron trece muertos y cuarenta y cuatro heridos. Aquella noche, en casa de Darakhvelidze, «estábamos todos sumamente nerviosos». Pero a Soso se le veía entusiasmado.

—¡Hoy hemos progresado varios años! —dijo a Kachik Kazarian. No había nada más que importara—. Hemos perdido a algunos camaradas, pero hemos ganado.

Como en tantas otras campañas sangrientas, el coste en vidas humanas era irrelevante, y se hallaba subordinado a su significación política.

—El látigo y el sable nos hacen un gran servicio, y contribuyen a convertir en revolucionarios a los espectadores inocentes.

El joven Trotski quedó impresionado por la matanza de Batumi: «Espoleó a todo el país».

Jordania y Chkheidze estaban que trinaban con aquel «jovenzuelo que quería ser líder», pero que «carecía de la necesaria compresión de la situación… y utilizaba un lenguaje

tan burdo». Creían que la matanza resultaba beneficiosa para las autoridades. ¿Era Stalin un agente provocador?

Stalin salió precipitadamente en busca de su imprenta, escondida en la casita de una joven marxista, Despina Shapatova. «¡Gracias a las madres que criaron semejantes hijos!», tronó en la respuesta impresa que dio a la matanza y que a la mañana siguiente fue distribuida por toda la ciudad. Sin embargo, un confidente delató a la policía el lugar donde se encontraba la imprenta y los agentes rodearon la casa. Pero Despina les cortó el paso. «Mis hijos están durmiendo», gritó. La policía se limitó a echarse a reír: los trabajos de la imprenta y de Stalin no se vieron interrumpidos. Pero Soso no luchaba sólo con palabras: parece que ordenó el asesinato de von Stein, el administrador de los Rothschild. «Confiamos [a un camarada] la tarea de acabar con él», recuerda uno de los secuaces de Stalin. «Cuando se acercó el coche de von Stein», el pistolero disparó, pero erró el tiro. «*Von* Stein dio media vuelta, salió huyendo y abandonó la ciudad aquella misma noche en barco».

Había dado comienzo la caza de Stalin, que tuvo que trasladar su valiosísima imprenta a un escondite más seguro. «Daba gran importancia a la conspiración», dice Kuridze. «Con frecuencia llegaba en un coche, se cambiaba de ropa y desaparecía otra vez con la misma rapidez». Modificaría su apariencia, cambiando de repente el abrigo con algún camarada, y luciendo a menudo una capucha sobre su larga cabellera»[7].

Aquella noche, Stalin cargó la imprenta en un carruaje, la escondió en el cementerio, y luego la llevó a una caseta, en la que vivía un viejo salteador de caminos abjasio llamado Hashimi Smirba, en Makhmudia, a siete verstas de Batumi, aunque al alcance de los cañones de la fortaleza (y por lo tanto fuera de toda sospecha). El bandolero retirado se sentía encantado de ocultar en su casa la imprenta, porque su amigo Lomdzharia le dijo que con ella iban a fabricar rublos falsos.

Smirba habría recibido por supuesto su parte. El hijo de Smirba, Hamdi, cuyas memorias no se incluyen en la literatura de culto a la personalidad del dictador, cuenta cómo llegó Stalin en plena noche con cuatro cajas muy pesadas y se puso inmediatamente manos a la obra, desembalándolo todo e instalándolo en el sótano. Los tipógrafos y probablemente también Stalin, llegaron y se fueron disfrazados de musulmanas, con el rostro cubierto con un velo. Como trabajaban día y noche, contrató a unos albañiles para que construyeran otra casa para Smirba, en la que había un compartimiento secreto para esconder la imprenta, que era demasiado ruidosa.

—¿Qué es todo ese escándalo? —preguntó uno de los albañiles.

—Una vaca que tiene un gusano en un cuerno —replicó Smirba.

Soso casi se mudó a vivir a la caseta de madera de Smirba, donde el viejo bandolero musulmán acosaba al joven rebelde georgiano a preguntas acerca de su parte en el golpe.

—Llevas dándole a la imprenta varios días —decía Smirba —. ¿Cuándo vas a utilizar el dinero?

Soso entregó a Smirba uno de sus panfletos.

—¿Qué es esto? —exclamó sorprendido Smirba.

—Vamos a derrocar al zar, a los Rothschild y a los Nobel —respondió Stalin dejando confundido al viejo abjasio.

Cada mañana, Soso escondía sus octavillas en unas rústicas cestas de fruta que Smirba cargaba en su carreta. El viejo se reunía con Lomdzharia en la ciudad y los dos bandoleros recorrían las fábricas con sus cestas repartiendo las octavillas. Si alguien pretendía comprarle la fruta, Smirba pedía un precio desorbitado o decía que era un encargo especial. Cuando la imprenta se rompió, Stalin dijo a Kandelaki:

—Vámonos de caza.

Tras localizar las piezas sueltas que le hacían falta en un taller de la ciudad, comentó:

—El oso ya ha sido abatido. Ahora hay que desollarlo —y mandó a sus sicarios que las robaron y se las llevaron a su cuartel general, la taberna de Alí el Persa, en el bazar. En una ocasión, los cosacos entraron al galope por la calle justo cuando el pequeño Hamdi estaba entregando una pieza. Arrojó la bolsa al interior de la casa y se metió en una zanja. Luego, Stalin ayudó al muchacho a secarse, elogiando su coraje.

Toda la aldea de Smirba sabía ya que algo raro sucedía en la nueva caseta a la que acudían tantas mujeres fornidas y con la cara cubierta con un velo, en vista de lo cual Soso reunió a doce campesinos de su confianza y les explicó su misión. «A partir de ese momento», recuerda Hamdi Smirba, «respetaron la casa».

—Eres un buen hombre, Soso —dijo Smirba, dando una chupada a su pipa—. Es una vergüenza que no seas musulmán. Si te hicieras musulmán, te tocarían siete hermosas vírgenes para ti solo. ¿No quieres hacerte musulmán?

—Por supuesto —respondió Soso entre risas[8][*].

Los obreros muertos fueron enterrados el 12 de marzo, oportunidad para celebrar otra manifestación, en la que participaron 7000 personas, espoleadas por la fiera arenga escrita e impresa por Stalin. El cortejo marchó flanqueado por cosacos montados a caballo. Los cantos fueron prohibidos. El camarada Soso supervisó silenciosamente los funerales. La Gendarmería evitó que se pronunciaran discursos. Cuando se dispersó la muchedumbre, los cosacos se burlaron cantando la marcha fúnebre.

La policía secreta sabía ya que Stalin era uno de los líderes de los disturbios Batumi. La organización había «cosechado algunos grandes éxitos tras la llegada de Iosiv Djugashvili en otoño de 1901», comunicaba el capitán Jakeli al jefe de la

Gendarmería de Kutaisi. «He podido comprobar que Iosiv Djugashvili fue visto entre la multitud durante los desórdenes del 9 de marzo… Todos los testimonios apuntan hacia el hecho incontrovertible del papel activo que desempeñó en dichos desórdenes». Estaban decididos a averiguar su paradero.

El 5 de abril, Despina Shapatova avisó a Soso de que había sido denunciado. El conspirador cambió dos veces el lugar donde iba a celebrarse la reunión de aquella noche, que finalmente se realizó en casa de Darakhvelidze. De repente Despina entró corriendo: los gendarmes estaban fuera o, como decía el oficial al frente de la operación: «Ayer a media noche rodeé la casa donde nuestros servicios de inteligencia nos habían dicho que estaba celebrándose una reunión de los trabajadores de la Refinería Mantashev…».

Soso el Cura salió precipitadamente por una ventana, pero no hubo remedio. La casa había sido rodeada por los gendarmes de uniforme azul. Esta vez no hubo escapatoria[9][*].

Segunda parte

A la luna

Muévete incansable
no inclines tu cabeza
disipa la bruma de las nubes
grande es la Providencia del Señor.
Sonríe benigna a la tierra
que se extiende a tus pies;
canta una nana al glaciar
colgado del cielo.
Ten por seguro que otrora,
lleno de aflicción, un hombre oprimido
se esfuerza de nuevo por alcanzar la montaña pura,
cuando la esperanza lo exalta.
Así, amada luna, como antes
resplandece a través de las nubes;
suavemente en la bóveda azul
haz que jueguen tus rayos.
Pero me desabrocharé el chaleco
y expondré mi pecho a la luna,
con los brazos abiertos adoraré
a la que expande luz sobre la tierra.

SOSELO
(IOSIV STALIN)

11

El preso

Stalin fue encarcelado en la Prisión de Batumi, donde inmediatamente se haría notar por su talante altivo y su audacia arrogante. La cárcel le afectó profundamente y lo marcó durante mucho tiempo. «Me acostumbré a la soledad en la cárcel», comentaría más tarde, aunque a decir verdad estuvo rara vez solo en ella.

Los demás presos, tanto los enemigos que luego lo denigrarían desde el exilio como los estalinistas que lo elogiarían en los libros oficiales, coinciden en afirmar que en la cárcel Stalin era como una esfinge de hielo: «Desaliñado, picado de viruela, con una barba hirsuta y el pelo largo peinado hacía atrás». Lo que más sorprendía a sus compañeros era «su completa calma». «Nunca se reía a carcajadas, sólo sonreía fríamente» y era «incapaz de colaborar con nadie… Paseaba solo. Siempre imperturbable»[1]. Pero al principio cometió un error absurdo.

El 6 de abril de 1902, se enfrentó a su primer interrogatorio a manos del capitán Jakeli, de la Gendarmería. Negó incluso haber estado en Batumi en el momento de la matanza, afirmando que se encontraba con su madre en Gori. Dos días después, ordenó a otro preso que arrojara dos notas al patio de la cárcel, donde se reunían los familiares y amigos de los reclusos para llevarles comida y mensajes. Pero los guardias recogieron las notas escritas de su puño y letra. El mensaje que contenía la primera era: «Decid al maestro… Iosiv Iremashvili que Soso Djugashvili ha sido detenido y pedidle que diga a su madre que cuando los gendarmes le pregunten: "¿Cuándo se fue su hijo de Gori?", responda:

“Estuvo en Gori todo el verano y el invierno hasta el 15 de marzo”».

En la otra nota mandaba llamar a Batumi a su exalumno, Elisabedashvili, para que se hiciera cargo de la organización. El capitán Jakeli ya había consultado a la policía secreta de Tiflis, que le informó que Stalin había sido uno de los principales líderes del comité de Tiflis. Pero además se puso en comunicación con Gori, desde donde le informaron que habían llegado a la población dos hombres procedentes de Batumi que habían hablado con Keke, con el hermano de ésta, Giorgi Geladze (el tío de Stalin), y con Iremashvili. Los tres fueron detenidos e interrogados. No fue un día muy feliz para Keke[2].

Los hombres llegados de Batumi habían venido a recoger a la madre de Soso, pero la torpe decisión de éste de arrojar la nota por encima del muro había implicado también a Elisabedashvili, que vivía en Tiflis con Kamo y Svanidze. Los gendarmes detuvieron a Kamo, que los condujo a regañadientes a los baños de Sololaki, donde prendieron a Elisabedashvili en paños menores. Lo llevaron ante el «famoso capitán Lavrov», que se lo entregó al capitán Jakeli. En cuanto Elisabedashvili entró en el patio de la cárcel de Batumi, Soso pasó precipitadamente junto a él y le susurró:

—¡No me conoces!

—Ya lo sé —replicó Elisabedashvili—. ¡Saludos de todos!

Al día siguiente, Elisabedashvili fue interrogado por el capitán Jakeli:

—¿Conoces a Iosiv Djugashvili?

—No.

—¡Tonterías! ¡Él dice que él sí que te conoce a ti!

—Estará loco.

—¿Loco? —exclamó riendo Jakeli— ¿Cómo puede estar chiflada una persona así? Ya hemos tenido aquí a otros

marxistas antes, pero eran bastante tranquilos. Este Djugashvili ha puesto toda Batumi patas arriba.

Cuando pasó ante la celda de Stalin camino de la suya, Elisabedashvili vislumbró entre los barrotes a «un Soso irritadísimo que maldecía a su compañero de celda y le daba de puñetazos. Al día siguiente me enteré de que habían puesto a un soplón en su celda». Elisabedashvili fue liberado, pero no tardó en regresar a Batumi, por orden de Stalin, para ponerse al frente de los sosistas de la ciudad[3].

En cuanto a Keke, obedeció a la llamada de Soso. En torno al 18 de mayo salió de Gori y no volvió al pueblo hasta el 16 de junio. Visitó a su hijo dos veces en la cárcel de Batumi. Al pasar por Tiflis, se encontró inesperadamente con Beso el Loco, borracho y furioso.

—¡Alto ahí o te mato! —gritó colérico el zapatero y se puso a despotricar de su hijo rebelde:— Quiere poner el mundo del revés. Si no lo hubieras llevado a la escuela, habría sido un artesano. ¡Y ahora ahí lo tienes! ¡En la cárcel! A un hijo así yo lo mato con mis propias manos. ¡Me ha deshonrado!

La gente empezó a reunirse a su alrededor. Keke logró escabullirse y aquél fue el último encuentro que tuvo con su marido.

La rebelión de Soso supuso la ruina de las ambiciones de Keke. A su modo debía de estar tan disgustada como Beso. Presentó una instancia solicitando su liberación y probablemente le entregó algunos mensajes de sus camaradas. Desde su egocentrismo, Stalin reconocería en su vejez los sufrimientos de su madre: «¿Que si estaba feliz? ¡Venga ya! ¿Qué felicidad iba a suponer para Keke ver cómo arrestaban a su hijo? No teníamos mucho tiempo para nuestras madres. ¡Ése era el destino de las madres!»[*].

Stalin se convirtió enseguida en el personaje más importante de la cárcel de Batumi, dominando a sus amigos,

aterrorizando a los intelectuales, sobornando a los guardias y haciéndose amigo de los delincuentes comunes[4].

Las cárceles del Imperio eran una civilización oculta que tenía sus propias costumbres y peculiaridades, pero, como siempre, Stalin se saltó los convencionalismos que no le convenían. Las cárceles, «como el propio país, eran una combinación de barbarie y paternalismo», dice Trotski. No había coherencia: a veces los presos políticos eran colocados en una gran celda llamada «la Iglesia», en la que elegían a sus «Ancianos».

Los revolucionarios vivían con arreglo a una serie de normas caballerescas. Cada vez que llegaba o se iba un camarada, era habitual que toda la cárcel cantara la Marsellesa y se ondeara una bandera roja. Los revolucionarios, intelectuales sacrosantos y autoproclamados cruzados de la causa, eran demasiado sublimes para alternar con los delincuentes comunes, pero «yo los prefería [a los delincuentes]», decía Stalin, «porque entre los políticos había muchas ratas». Pondría también de relieve el parloteo falaz de los intelectuales. Las «ratas» fueron eliminadas.

Cuando estaban en celdas aisladas, los políticos se comunicaban por medio de un sencillo, pero pesado código de golpecitos, «el alfabeto de la cárcel». Sergei Alliluyev estuvo preso en Tiflis, en la fortaleza de Metekhi, pero los golpecitos transmitidos a través del tubo de la chimenea de su estufa le transmitieron un día la siguiente información: «*¡Malas noticias! ¡Soso detenido!*». Estaba además el «teléfono carcelario», a través del cual los presos se hacían llegar paquetes unos a otros deslizándolos por unas cuerdas que colgaban de las ventanas y que enganchaban a otra cuerda provista de una piedra en un extremo.

Cuando los reclusos paseaban por el patio, la disciplina era bastante relajada: resultaba difícil guardar allí un secreto. Soso parecía saber siempre quién iba a llegar y cómo se comportaban los demás presos. Lo mismo que los mafiosos

americanos que dirigen la Cosa Nostra desde la cárcel, Soso perfeccionó rápidamente su sistema de comunicaciones con el mundo exterior. «Siguió dirigiendo las cosas desde la cárcel»[*].

Las autoridades cometieron un grave error al permitir a los revolucionarios estudiar en la cárcel. Aquellos autodidactas obsesivos estudiaban con ahínco y ninguno más que Stalin, cuyo compañero de celda dice: «Se pasaba todo el día leyendo y escribiendo… Su jornada carcelaria seguía una rutina estricta: se despertaba muy temprano, hacía sus ejercicios matutinos, luego se ponía a estudiar alemán y leía literatura económica. No descansaba nunca y le gustaba recomendar a los camaradas los libros que debían leer…». Otro prisionero afirma que Stalin convirtió «la cárcel en una universidad». La llamaba su «segunda escuela».

Los guardianes de la cárcel eran indulgentes, o bien porque los revolucionarios eran «caballeros», superiores a ellos desde el punto de vista social, o bien porque eran sobornados o porque simpatizaban con sus ideas. Un amigo de Stalin fue encerrado en una celda próxima a la suya y le hizo unas preguntas acerca del *Manifiesto comunista*. «No podíamos estar juntos», recordaría más tarde el dictador, «pero yo se lo leía en voz alta para que me oyera. Una vez, mientras estaba leyendo, escuché unos pasos en el exterior y me detuve. De repente oí decir al guardia: “Por favor, no te pares. Camarada, sigue leyendo por favor”»[5].

Un artículo en concreto debió de hacer la ruta completa del «teléfono carcelario»: en marzo de 1902, un marxista cuyo alias por aquel entonces era «Lenin» publicó el ensayo *¿Qué hacer? Cuestiones acuciantes de nuestro movimiento*, en el que reclamaba una «nueva vanguardia» de conspiradores despiadados, visión que acarrearía la inmediata escisión del Partido. «Dadnos una organización de revolucionarios», prometía Lenin, «y pondremos toda Rusia patas arriba»[6][*].

El capitán Jakeli acorraló a los sosistas de Batumi y detuvo a muchos, entre ellos a Natasha Kirtava, la joven patrona y amante de Stalin. Cuando Natasha apareció en el patio de la cárcel, se le acercó rápidamente un preso desconocido:

—El camarada Soso te ruega que levantes la vista y mires a su ventana.

La joven estaba preocupada por si el preso en cuestión no era más que un soplón:

—No conozco al camarada Soso —respondió.

Pero cuando fue encerrada en su celda, Stalin se asomó a su ventana.

—¿Conque estáis aburridos, camaradas? —preguntó en tono grandilocuente.

Natasha vio que Soso seguía al mando de la lucha dentro y fuera de la cárcel. «Los presos lo querían porque se preocupaba de ellos muy cariñosamente». Y desde luego se preocupó como era debido de Natasha. En una ocasión la joven fue a verlo a su celda para charlar un rato cuando apareció un guardia que la vio y la hizo salir empujándola con la empuñadura de su sable. Stalin exigió el despido de aquel insolente. Su valor le hizo ganar mucha popularidad entre los presos, pero también suscitaba el respeto de las autoridades: acabó saliéndose con la suya[7]. No eran sólo los sosistas los que lo admiraban: otro preso, que compartía la celda con él, reconocía que, aunque luego se convirtiera en un monstruo, Soso era un compañero de celda muy agradable y cariñoso»[8].

El fiscal de Tiflis declaró que no había pruebas suficientes para acusar a Stalin de dirigir los disturbios de Batumi. Probablemente los testigos tuvieran miedo de subir al estrado. El futuro dictador se libró de aquélla, pero siguió en la cárcel porque el capitán Lavrov estaba investigando otro caso: su papel dentro del Comité de Tiflis. El 29 de agosto, la Gendarmería incriminó a Stalin junto con sus viejos

camaradas del Comité. Pero la burocracia siguió rodando con su lentitud habitual[9].

Soso cayó enfermo de su vieja dolencia del pecho, que unas veces diría que se debía al corazón, y otras a una mancha que tenía en los pulmones. En el mes de octubre, se las arregló para que el médico de la cárcel lo enviara al hospital junto con su inseparable Kandelaki[10]. En contra de los convencionalismos revolucionarios, apeló en tres ocasiones al propio gobernador general, príncipe Golitsyn:

> El empeoramiento de mi tos y la lamentable situación de mi anciana madre, abandonada por su marido hace doce años y cuyo único sostén soy yo, me obligan a solicitar por segunda vez una humilde remisión de la pena, bajo supervisión de la policía. Ruego que se atienda mi petición y que se responda a mi instancia.
>
> I. DJUGASHVILI, 23 de noviembre de 1901[11]

La enfermedad no le impidió seguir causando disturbios. Cuando el exarca de la Iglesia Georgiana efectuó una visita pastoral a sus hijos descarriados el 17 de abril de 1903, el exseminarista encabezó una violenta protesta que dio lugar a que lo confinaran en una celda de aislamiento. El alboroto, que no era el primero organizado por Stalin, provocó su traslado a un centro penitenciario más estricto, la prisión de Kutaisi, en Georgia occidental.

Dos días más tarde, cuando los presos fueron reunidos para su traslado, Soso descubrió que Natasha iba a ser trasladada con él. Los guardianes empezaron a ponerle las esposas.

—No somos ladrones, para que tengan que esposarnos —gruñó.

El agente le quitó los grilletes. El episodio pone de manifiesto la autoridad que tenía Stalin tanto sobre los prisioneros como sobre los guardianes: la policía zarista tenía una docilidad absolutamente impensable en la futura policía secreta soviética. A continuación los presos fueron reunidos para desfilar por las calles de Batumi. Stalin solicitó una carreta para poner sus pertenencias y «un faetón para mí, que era la única mujer», recuerda orgullosamente Natasha. Aunque

parezca increíble, Stalin, maestro en el sistema penitenciario, logró salirse con la suya también en esta ocasión[*]. Para la novia de Stalin todo lo mejor: Natasha viajó a la estación en un coche de punto.

Cuando el tren llegó a la vecina Kutaisi, Stalin detuvo a todos sus compañeros de viaje:

—¡Que Natasha vaya delante para que todo el mundo vea que las mujeres luchan también contra estos perros[12]!

En Kutaisi, las autoridades intentaron obligar a los prisioneros a comportarse. Los políticos fueron divididos, pero Soso no tardó en encontrar una forma de comunicarse y de planear el contraataque. Cuando Natasha Kirtava fue obligada a abandonar la celda común e instalada en una para ella sola, «me embargó la emoción y me puse a llorar». Soso se enteró de la noticia a través del telégrafo carcelario y le hizo llegar una nota que decía: «¿Qué significan tus lágrimas, aguilucha? ¿Es posible que la cárcel te haya derrotado?».

En el patio de la prisión, Stalin se encontró con un camarada moderado, Grigol Uratadze, que lo odiaba, pero casi admiraba su «temperamento glacial: en seis meses, no lo vi llorar ni una sola vez, por enfadado o indignado que estuviera… Se conducía siempre con total compostura», y mantenía una «sonrisa cuidadosamente calibrada sin traicionar nunca sus emociones… Solíamos charlar en el patio». Pero Stalin se limitaba a «pasear solo dando unos extraños pasitos cortos… Todo el mundo sabía qué hosco era», pero también «cuán absolutamente imperturbable».

Stalin era hostil a los intelectuales vocingleros, pero con los revolucionarios-obreros menos elevados, que no despertaban su complejo de inferioridad, desempeñaba el papel de maestro, era el Cura. Soso «organizó la lectura de periódicos, libros y revistas, y daba clases a los presos». Mientras tanto, hacía frente al régimen especialmente severo de Kutaisi. El gobernador de la región rechazó sus exigencias. El 28 de julio, Soso dio la señal y los presos comenzaron una

sonora protesta, dando unos golpes tan ruidosos contra las puertas de acero de sus celdas que toda la ciudad se alarmó. El gobernador pidió el envío de más soldados, que rodearon la cárcel, pero acabó por capitular y se avino a colocar a todos los políticos en una sola celda. Stalin salió victorioso, pero el gobernador se vengó: los puso en el calabozo más lúgubre situado en las entrañas de la prisión.

Al enterarse de que uno de los presos iba a ser enviado rápidamente al destierro en Siberia, Stalin propuso que se tomara una fotografía de grupo. Del mismo modo que le gustaría hacer fotos de grupo y disponer la colocación de los personajes retratados cuando estuviera en el poder, también en esta ocasión dirigió la posición de todo el mundo y reservó para sí su puesto favorito, el centro en la fila de atrás: «Yo también soy uno de los soldados de la revolución, así que me pondré aquí en medio». Y ahí lo tenemos, con su pelo largo y su barba, como líder autoproclamado del grupo.

Cuando sus camaradas recibieron la orden de salir para emprender aquel largo viaje, «el camarada Soso se levantó en el patio y alzó una bandera roja… Cantamos la Marsellesa»[13].

Los servicios secretos perdieron entonces la pista de Stalin… a pesar de que estaba encerrado en una de sus cárceles. La Gendarmería y la Ojrana de Tiflis estaban convencidas de que «Chopura, el Picado de Viruela», había sido puesto en libertad hacía tiempo. El capitán Lavrov creía que de nuevo estaba al frente de los trabajadores de Batumi «bajo vigilancia especial». Es evidente que los agentes de la secreta estaban vigilando al individuo que no debían. Batumi tampoco estaba muy segura, hasta que el teniente coronel Shabelski resolvió el caso de la pérdida del Picado de Viruela informando a todo el mundo de que «Djugashvili ya lleva en la cárcel todo un año (se encuentra actualmente en Kutaisi)»[14].

Los mecanismos oxidados de la justicia zarista, que trasladaban casos como el de Stalin de los gobernadores

provinciales a los ministerios de justicia e interior de Petersburgo, emitieron en su caso una recomendación de tres años de destierro en el este de Siberia[*]. El 7 de julio de 1903, el Ministro de Justicia hizo llegar esta recomendación al zar, que ratificó la condena de Stalin estampando en ella el sello imperial. Nicolás II era un autócrata muy poco imaginativo, pero tan meticuloso que leía diligentemente el papel más insignificante que llegaba a su despacho. De modo que hubo varias ocasiones en las que el destino del futuro Zar Rojo pasaría por el escritorio del último emperador de la dinastía Románov.

Sea como fuere, la policía volvió a perder la pista de Stalin. El gobernador de Tiflis creía que estaba en la fortaleza de Metekhi, pero esta prisión le contestó comunicándole que nunca había estado allí. De ese modo el jefe de la policía de Tiflis declaraba: «El paradero de Djugashvili es por el momento desconocido». La policía recurrió a la Gendarmería, que hizo saber que Stalin se hallaba de nuevo, como debía ser, en la cárcel de Batumi,… salvo que en realidad seguía en la de Kutaisi. Se tardó mes y medio en localizarlo: semejante confusión ha fomentado desde entonces la febril imaginación de los teóricos de la conspiración. ¿Acaso la Gendarmería se lo ocultaba a la Ojrana o tal vez ésta se lo ocultaba a la Gendarmería porque era un agente doble? No existen pruebas de nada de esto. Todo ese desorden podría resultar sospechoso si sólo afectara a Stalin, pero era una característica casi general del sistema. En los mundos inextricablemente unidos de la conspiración criminal y de la burocracia rutinaria había tanta confusión como *konspiratsia*.

Mientras esperaba, Soso se enteró de una noticia terrible. El 17 de agosto de 1903, su héroe, Lado Ketskhoveli, que había sido detenido en Bakú y encarcelado en la fortaleza de Metekhi, se hallaba de pie junto a la ventana de su celda provocando a los guardias con gritos de «¡Abajo la autocracia!», cuando uno de ellos disparó un tiro que le

atravesó el corazón. Esa misma suerte habría podido correrla el propio Stalin. Nunca olvidaría a Lado.

El 8 de octubre finalmente se enteró de que iba a emprender un larguísimo viaje. La primera parada supondría su regreso a Batumi. Organizó otra fotografía de grupo. Cuando abandonó la prisión, sus camaradas hicieron ondear la bandera y cantaron la Marsellesa.

«Me destierran», escribió Soso a Natasha Kirtava, que acababa de ser liberada. «Reúnete conmigo cerca de la cárcel». La joven logró juntar 10 rublos y un poco de comida para ayudarle a realizar un gélido viaje hacia el invierno ruso, pero Soso partió vestido con una ligera *chokha* georgiana y un par de botas, sin llevar ni siquiera guantes. Mientras se dirigió al vapor de las autoridades penitenciarias anclado en el puerto de Batumi para cubrir el primer tramo de su viaje vía Novorossiisk y Rostov, la hermosa Natasha estaba esperándolo en el embarcadero: «Desde allí lo vi partir».

Aquel viaje conduciría a un georgiano acostumbrado a las canciones y a la cálida abundancia de vino de su país natal a otra vida en una región lejana y helada: Siberia[15].

12

El georgiano helado: El destierro en Siberia

El viaje a Siberia causaba a menudo más muertes que el propio destierro. Stalin experimentó toda la gama de horrores de la temida *etap*, el lento avance por etapas hacia el este, durante el cual iban siendo recogidos por el camino otros prisioneros. Stalin afirma que a veces llevaba los tobillos encadenados a pesadas bolas de hierro, y en una ocasión dijo lleno de emoción:

—No hay mejor sensación que estirarse la espalda después de haber llevado grilletes.

Cuando llegó a Rostov del Don, estaba ya sin dinero y telegrafió a Batumi pidiendo más. Kandelaki se lo envió. No muy lejos de allí, empezó a sufrir un insoportable dolor de muelas y consultó a un ayudante del médico.

—Le daré una medicina que le curará el dolor de muelas para siempre —le prometió.

—Me puso la medicina él mismo en la muela cariada —recordaba Stalin—. Era arsénico, pero nunca me dijo que debía sacarlo de allí. Así que el dolor se me pasó del todo, pero también se me cayeron solas dos muelas. Tenía razón. ¡Aquellas muelas no volvieron a dolerme nunca!

El dolor de muelas fue uno de los múltiples achaques que atormentaron a Stalin durante toda su vida.

Cuanto más se alejaban de la civilización, más expuestos se veían los prisioneros a los rigores de Siberia, a las

enfermedades y a la violencia. En un determinado lugar de aquella vasta región, uno de los prisioneros «por poco se muere de gangrena», contaría Stalin, ya septuagenario. «El hospital más cercano estaba como poco a mil kilómetros. Encontraron al ayudante del médico, que decidió amputar. Echó alcohol sobre la pierna; pidió a varios hombres que sujetaran al enfermo y empezó a intervenir. Yo no pude seguir contemplando la operación y me refugié en los barracones; pero le serraron el hueso sin anestesia, así que era imposible no oír los gritos del pobre hombre. ¡Todavía oigo con claridad aquellos alaridos!». Por el camino se encontró a decenas de obreros-campesinos de Guria, detenidos durante la manifestación organizada por él en Batumi. Stalin reconoce que tuvo una extraña sensación de culpabilidad al ver a aquellos georgianos azorados temblando de frío camino de Siberia; pero ellos no dudaron en tranquilizarlo expresándole su gratitud.

Los delincuentes comunes constituían un peligro que no podía descartarse. Habitualmente «respetaban nuestra lucha», decía un secuaz de Stalin, Viacheslav Molotov, que realizó un viaje parecido a Irkutsk, pero también aterrorizaban a los presos políticos.

—Durante aquella *etap* —contaba Stalin a uno de sus hijos adoptivos— me tocó vérmelas con un experto en hacer saltar cajas fuertes, un psicópata gigantesco de casi dos metros de altura. Le hice un comentario inocente acerca de mi saquito de tabaco… La conversación acabó en una pelea. Aquel idiota me tiró al suelo y me rompió varias costillas. Nadie me ayudó.

Soso quedó inconsciente a consecuencia de los golpes, pero, como era típico en él, extrajo de la experiencia una lección política:

—Mientras recuperaba la conciencia, me di cuenta de que los políticos debían hacerse siempre con aliados.

En adelante muchos psicópatas estarían de su parte[1].

A su llegada a Irkutsk, la remota capital de Siberia, Stalin fue enviado al oeste, a un centro comarcal, Balagansk, a 75 verstas de la estación de ferrocarril más próxima. El viaje lo realizaron a pie y en carreta: Stalin llevaba una ropa absurdamente ligera para el frío siberiano, vestido todavía con la *chokha* georgiana blanca con sus bolsillos para los cartuchos. En Balagansk se encontró con otros siete desterrados y compartió vivienda con uno de ellos, Abram Gusinski, de origen judío, intentando que no lo enviaran más lejos[2]. Pero el destino que se le había asignado era Novaya Uda. La policía local reseñó que «Iosiv Djugashvili, desterrado por orden de Su Majestad Imperial de 9 de julio, llegó el 26 de noviembre y fue puesto bajo vigilancia policial».

Novaya Uda, a 70 verstas de Balagansk y a 120 de la estación de tren más cercana, a miles de verstas de Moscú o de Tiflis y el lugar de destierro más lejano al que fue enviado, era una ciudad pequeñísima dividida en dos mitades: los pobres vivían en barracas situadas en un promontorio pantanoso, mientras que las familias relativamente más acaudaladas vivían alrededor de un par de tiendas, una iglesia y una fortaleza de madera levantada para aterrorizar y someter a la tribu mongol de la comarca, de religión chamanística, los buryat. No había mucho que hacer en Novaya Uda excepto leer, discutir, beber, fornicar y seguir bebiendo: tales eran los pasatiempos de la población local y de los desterrados. El poblado se jactaba de tener cinco tabernas.

Soso se adaptó a todos esos pasatiempos locales, pero encontraba a sus compañeros de exilio insoportables. En Novaya Uda había otros tres desterrados, intelectuales judíos, miembros del Bund (el Partido Socialista Judío) o del partido socialdemócrata. Stalin había conocido a pocos judíos en el Cáucaso, pero en adelante entraría en contacto con muchos hebreos que habían abrazado el marxismo como medio de escapar a la represión y a los prejuicios del régimen zarista.

Stalin optó por el sector pobre de la ciudad, alojándose en «la miserable casucha de dos habitaciones de una campesina, Martha Litvintseva». Una de las habitaciones era una despensa en la que se guardaba la comida, y la otra, dividida en dos sectores por un tabique de madera, era la alcoba, en la que vivía y dormía toda la familia alrededor de la estufa. Stalin dormía en una mesa de caballete en la despensa, al otro lado del tabique: «Por la noche encendía una pequeña lámpara y leía mientras los Litvintsev dormían»[3].

El destierro en Siberia era considerado una de las injusticias más terribles de la tiranía zarista. Desde luego era aburrido y deprimente, pero, una vez instalados en cualquier pueblucho dejado de la mano de Dios, los desterrados, intelectuales que en muchos casos eran miembros de la nobleza hereditaria, solían recibir buen trato. Los confinamientos paternalistas de aquel tipo se parecían más a unas tristes vacaciones dedicadas a la lectura que a la muerte en vida de los sangrientos gulags de Stalin. Los desterrados recibían incluso del zar algún dinero de bolsillo: 12 rublos los nobles como Lenin, 11 un graduado universitario como Molotov, y 8 un campesino como Stalin. Con ese dinero podían pagarse la ropa, la comida y el alquiler. Si recibían demasiado dinero de sus casas, perdían esta asignación.

Los revolucionarios más ricos podían viajar en primera clase. Lenin, que gozaba de una renta privada, financió su viaje al destierro y tuvo en todo momento el comportamiento propio de un noble, como si su exilio fueran las vacaciones de un naturalista excéntrico. Trotski, que recibía un subsidio de su padre, un rico hacendado, comentaba pomposamente que Siberia era una «prueba para nuestras sensibilidades cívicas», un lugar en el que los desterrados podían vivir felizmente «como los dioses en el Olimpo». Pero existía un gran abismo entre la gente acomodada como Lenin y la gente sin un céntimo como Stalin[*].

La conducta de los desterrados estaba regida por una serie de normas. Cada poblado elegía un comité que podía juzgar a todo aquel que quebrantara las leyes del partido. Los libros debían ser compartidos. Si fallecía un desterrado, su biblioteca era repartida entre los supervivientes. Nada de alternar con los delincuentes comunes. Cuando un desterrado emprendía el regreso, se le permitía escoger un regalo de todos sus compañeros de exilio y debía hacer un obsequio a la familia que lo hospedara. Los desterrados se repartían las labores domésticas y tenían la obligación de recoger el correo. La llegada de éste era el momento más feliz. «¿Recordáis qué gusto daba durante el destierro recibir una carta de un amigo?», rememoraba Yenukidze cuando estaba en el poder.

No obstante, en el salvaje este costaba mucho trabajo mantener las normas: las aventuras sexuales entre los desterrados eran frecuentes. «Como las palmeras en un paisaje de Diego Rivera, el amor luchaba por el sol desde la profundidad de las rocas más pesadas», decía en tono grandilocuente Trotski. «Muchas parejas llegaban juntas… al destierro». Cuando Golda Gorbman, casada más tarde con el lugarteniente de Stalin, Klimenti Voroshilov, marchó al destierro, fue seducida por Yenukidze, el georgiano convertido luego en uno de los magnates de Stalin, y quedó embarazada de él. Una vez en el poder, los miembros del Politburó gustaban de recordar aquellos escándalos. El propio Stalin no olvidaría nunca el descaro de un desterrado, Lezhnev, que se metió en la cama con la apasionada esposa del fiscal de la comarca, siendo enviado como castigo al Ártico. Molotov citaba la anécdota de dos desterrados que se batieron en duelo por una amante: uno murió y el otro se quedó con la chica.

Los desterrados tenían que alquilar habitaciones en las casas de los campesinos del lugar: de pronto se veían viviendo en pequeñas habitaciones comprimidas y ruidosas, y se irritaban por los gritos de los niños y la falta de privacidad. «Lo peor [del destierro] era la falta de separación de nuestros huéspedes», escribía Yakov Sverdlov, que más tarde viviría

desterrado con Stalin, pero el hecho de compartir las habitaciones hacía también que se multiplicaran las tentaciones de orden sexual. Las costumbres locales prohibían las aventuras con los desterrados. Pero se trataba de una ley imposible de obedecer: las muchachas de la zona encontraban a los desterrados exóticos, educados, sociables e irresistibles… Sobre todo cuando, como solía ocurrir, compartían la misma alcoba.

Los revolucionarios eran naturalmente belicosos, pero sus peleas en el aislamiento del exilio tenían una maldad característica. «Los hombres se desnudaban ante ti y se mostraban en su pequeñez. No había espacio para mostrar unas cualidades decentes». Los desterrados tenían un comportamiento horrible, pero la conducta de Stalin como seductor atrevido, padre de hijos ilegítimos, pendenciero impenitente y alborotador compulsivo, fue una de las peores. En cuanto llegó, empezó a quebrantar las normas[4].

Rompió con los judíos desterrados, pero no dudó en abrazar la afición típica de la región: las peleas en las tabernas con los delincuentes comunes. «Entre ellos había algunos tíos simpáticos, mientras que entre los políticos había demasiadas ratas», dijo a Jrushchev y al resto de miembros del Politburó en una de sus cenas allá por los años cuarenta. «Yo solía andar por ahí siempre con los comunes. Nos deteníamos en las tabernas de la ciudad, veíamos si alguno de nosotros tenía un rublo, luego lo enseñábamos por la ventana y nos bebíamos hasta el último *kopek*. Un día pagaba yo, y al siguiente lo hacía cualquier otro». El trato con delincuentes comunes se consideraba que estaba por debajo de la dignidad de los petulantes revolucionarios de clase media. «En una ocasión formaron un tribunal de camaradas», dice Stalin, «y me juzgaron por el delito de beber con los delincuentes comunes». No sería el primer juicio ni el último al que someterían sus camaradas al antipático de Soso[5].

Pero no perdió el contacto con el mundo exterior ni se estableció para pasar una larga temporada en el pueblo. En diciembre de 1903, el correo le hizo llegar una carta de Lenin.

—Conocí a Lenin en 1903 —decía Stalin—. El nuestro no fue un conocimiento personal, sino más bien postal. No era una carta larga, sino una crítica valiente y temeraria de nuestro partido.

Exageraba. No se trataba de una carta personal —Lenin todavía no había oído hablar de Stalin—, sino de un panfleto: *Carta a un camarada sobre tareas organizativas*. No obstante, el efecto que tuvo sobre Soso fue bastante real.

—Aquella nota sencilla y valiente reforzó mi creencia de que en Lenin el partido tenía un águila de las montañas.

Stalin quemó luego la carta, pero pronto se enteró de que en el Segundo Congreso del Partido Socialdemócrata, celebrado en Bruselas y Londres, Lenin y Martov habían derrotado a sus rivales, los judíos del Bund, que pretendían combinar socialismo con territorios nacionales para las minorías. Pero luego los vencedores se pelearon entre ellos, poniéndose Lenin al frente de su secta exclusiva de revolucionarios y Martov entregándose a una militancia más amplia y una participación obrera masiva. Lenin, que disfrutaba con los enfrentamientos cismáticos, provocó la escisión del partido, afirmando que su grupo era el de los Mayoritarios, los *Bolsheviki*, y que los de Martov eran los Minoritarios o *Mensheviki*[*].

Stalin asegura que escribió de inmediato a Leipzig a un amigo suyo de Gori, el cojo Davitashvili, que estaba en contacto con Lenin; pero no es más que una de sus patrañas. En realidad no escribió hasta casi un año después, aunque para entonces ya era leninista. Trotski creía que se podía reconocer a un bolchevique a simple vista. Stalin fue, según Iremashvili, «un bolchevique inmediato». En 1904 daba la sensación de que estaba a punto de suceder algo que iba a hacer añicos el mundo: el movimiento estaba en su mayor apogeo. Cuando

Nicolás II estaba a punto de lanzarse a tontas y a locas a «una guerrita victoriosa» contra Japón en su afán de hacerse con un imperio en el Lejano Oriente, se vio de pronto que la revolución estaba más cerca de lo que lo había estado nunca. No había tiempo para seguir en Novaya Uda[6].

En cuanto llegó a su destino, Soso se puso a hacer planes de fuga, elemento tan propio de la experiencia revolucionaria como la detención y el propio destierro.

La fuga «no era demasiado difícil. Todo el mundo intentaba escapar», dice Trotski. «El sistema de destierros era un coladero».

El fugitivo necesitaba dinero para comprarse las «botas», esto es documentación falsa. El equipo completo del fugitivo —«botas», comida, ropa, billetes de tren, sobornos— costaba unos 100 rublos. Los teóricos de la conspiración se preguntan ingenuamente cómo pudo Stalin reunir el dinero: ¿Era acaso un agente de la Ojrana? Probablemente Egnatashvili, a través de Keke, y sus camaradas del partido le proporcionaron el dinero necesario. Pero reunir esa cantidad no tenía nada de raro: entre 1906 y 1909 más de 18 000 desterrados, por lo demás desconocidos, de un total de 32 000 lograron allegar la suma necesaria para emprender la fuga.

Stalin hizo su caso más sospechoso cambiando el número de sus fugas y detenciones en su propia propaganda. Pero resulta que fue detenido y se fugó *más veces* de lo que oficialmente dijo. En la biografía resumida que publicó personalmente durante los años treinta, reseña ocho detenciones, siete destierros y seis fugas, pero cuando reeditó el libro en 1947, utilizando su lápiz azul, redujo estas cifras a siete detenciones, seis destierros y cinco fugas. En el curso de una conversación diría: «Me fugué cinco veces». Curiosamente, Stalin fue en este terreno bastante modesto o quizá olvidadizo. En realidad hubo por lo menos nueve detenciones, cuatro arrestos de corta duración y ocho fugas.

La última palabra la tiene Alexander Ostrovski, experto en las relaciones de Stalin con la policía secreta: «El hecho de las frecuentes fugas de Stalin puede resultar sorprendente sólo a una persona que no esté familiarizada en absoluto con los detalles del sistema de destierros prerrevolucionario».

Soso llevó a cabo su primer intento de aficionado tras leer el panfleto de Lenin en diciembre de 1903; su patrona y los niños le dieron un poco de pan para el viaje.

—Al principio —contó a Anna Alliluyeva—, no lo conseguí porque el jefe de la policía me tenía echado el ojo. El frío se echó encima y entonces me puse a acumular provisiones para el invierno, hasta que emprendí la marcha a pie. ¡Por poco se me congela la cara!

A medida que fue envejeciendo, estos cuentos fueron engordando.

—Me caí a un río helado, el hielo cedió —le dijo a su compinche soviético Lavrenti Beria—. El frío se calaba hasta los huesos. Llamé a una puerta, pero nadie me invitó a entrar. Cuando ya estaba al borde de la extenuación, tuve por fin la suerte de ser acogido por unos pobres que vivían en una mísera cabaña. Me dieron de comer, dejaron que me calentara junto a la estufa y me proporcionaron ropas para llegar hasta el pueblo siguiente.

Consiguió llegar a casa de Abram Gusinski, en Balagansk, a 70 verstas de distancia.

> Una noche en que caía una helada terrible de –30º oímos llamar a la puerta.
>
> —¿Quién es?
>
> —¡Abre la puerta, Abram! Soy yo, Soso.
>
> Entonces entró un Soso cubierto de hielo, vestido de forma demasiado ligera para el invierno siberiano con una capa de fieltro, un sombrerito y una elegante capucha caucasiana. Mi esposa y mi hija quedaron tan encantadas de la capucha blanca que el camarada Stalin, con su generosidad caucasiana, no dudó en quitársela para regalársela.

Ya tenía los «documentos necesarios». Pero no podía seguir adelante.

«Al tener claros síntomas de congelación en la nariz y las orejas», según Sergei Alliluyev, «no podía ir a ninguna parte y regresó a Novaya Uda». Indudablemente sus amigos convictos dejaron que se calentara con los vapores etílicos de los burdeles de la ciudad fronteriza mientras él iba planeando su segundo intento de fuga.

Stalin escribió a Keke, que le «confeccionó la ropa necesaria y se la envió en cuanto pudo. Soso emprendió la fuga vestido con esa ropa». Se había trasladado a otra casa, perteneciente a Mitrofan Kungarov, quien el 4 de enero de 1904 le echó una mano para salir de Novaya Uda. Armado con un sable, Soso engañó a Kungarov, diciéndole que sólo deseaba llegar a la vecina Zharkovo para presentar una queja contra el jefe de la policía del lugar. Kungarov probablemente fuera el conductor de trineo borracho que pedía que le pagaran con vodka en cada parada que hacía.

—Viajamos a –40° de temperatura —recordaba Stalin—. Me envolví en pieles. El cochero se desabrochó el abrigo mientras conducía para que el terrible viento helado diera en su vientre casi desnudo. Parece que el alcohol calentaba su cuerpo. ¡Qué salud tiene esa gente!

Pero cuando el campesino se dio cuenta de que Stalin estaba fugándose, se negó a ayudarle y detuvo el trineo.

—En ese momento —contaba Stalin—, me desabroché el abrigo de pieles y enseñándole la espada le ordené que siguiera conduciendo… El campesino suspiró y lanzó los caballos al galope[*].

Soso se había marchado. Como se acercaba la fiesta de la Epifanía ortodoxa, esperaba que la policía estuviera distraída con las celebraciones. «El desterrado Iosiv Djugashvili se ha fugado. Se han tomado las medidas necesarias para capturarlo de nuevo», decía un telegrama de la policía local. Llegó hasta la estación de Tyret y quizá llegara a Irkutsk antes de emprender el viaje de vuelta en el Transiberiano.

Las estaciones de Siberia, incluso durante las vacaciones, eran vigiladas por gendarmes de uniforme y agentes camuflados de la Ojrana, a veces profesionales, pero a menudo delatores voluntarios en busca de fugitivos. Pero Stalin se había procurado no sólo las «botas» de rigor, sino incluso el carnet de identidad de un agente de la policía. En la lejana Siberia (como en el Cáucaso) podían comprarse papeles de cualquier tipo, pero aquéllos eran bastante insólitos. Stalin se jactaría de que en una estación tuvo a un verdadero agente de la secreta pisándole los talones; el espía fue tras él hasta que el fugitivo se acercó a un gendarme y mostrándole su carnet de identidad falso señaló al agente de la secreta diciendo que se trataba de un desterrado fugitivo. El gendarme detuvo al agente a pesar de sus protestas mientras Stalin subía tranquilamente al tren que se dirigía hacia el Cáucaso. Es una anécdota que demuestra la capacidad de doblez que podía llegar a tener Stalin. Si Soso hubiera sido realmente un espía de la Ojrana, es muy poco probable que hubiera contado esta anécdota y, en cualquier caso, es posible que se la inventara. Pero desde luego contribuyó a reforzar la mística (y las sospechas) de este as de los conspiradores[7].

Al cabo de diez días, estaba de nuevo en Tiflis. Cuando entró de sopetón en el piso de un amigo, los presentes casi no pudieron reconocerlo, pues había perdido mucho peso en Siberia.

—¿No me reconocéis, cobardes? —exclamó entre risas, y entonces los demás lo saludaron y alquilaron una habitación para él.

El sentido de la oportunidad de Stalin era extraordinario. Aquel mes de enero de 1904, Rusia entró en guerra. Los japoneses atacaron a la armada rusa en Port Arthur, en el Lejano Oriente. El emperador y sus ministros estaban convencidos de que los primitivos «monos» japoneses no podían derrotar a la civilizada Rusia. Pero el ejército de

Nicolás II estaba anticuado, sus soldados campesinos mal armados, y sus generales eran una pandilla de inútiles.

«Recuerdo», dice el compañero de cuarto de Stalin, «que Soso estaba leyendo la *Historia de la Revolución Francesa*». Sabía que la guerra y la revolución, dos de los jinetes del Apocalipsis, a menudo cabalgan juntas.

Georgia suspiraba. «Los georgianos son una nación política», reflexionaba Stalin posteriormente. «No creo que haya un georgiano vivo que no pertenezca a algún partido político». Los jóvenes armenios se unían al *dashnak*, los georgianos se unían a los socialistas federalistas, y muchos otros lo hacían a los mencheviques, a los bolcheviques, a los anarquistas o a los socialistas revolucionarios; estos últimos habían emprendido una violenta campaña terrorista contra el zar y sus ministros. Mientras la guerra tensaba los nervios del Imperio, la Ojrana intentaba reprimir los alborotos deteniendo a multitudes de revolucionarios.

No todos los camaradas se sintieron encantados del regreso del truculento y agresivo Soso, y sus enemigos idearon un medio de quitárselo de encima. La ortodoxia marxista del joven tenía un problema: Lenin había derrotado al Bund porque creía en un partido internacionalista para todos los pueblos del Imperio. Incluso Jordania predicaba el marxismo para toda la región del Cáucaso. Pero el joven Stalin, aferrado a los sueños románticos de su poesía, insistía excéntricamente en la existencia de un partido socialdemócrata georgiano. Sus enemigos, pues, lo acusaron de tener tendencias bundistas y de no ser en absoluto un marxista internacionalista. Por aquel entonces, Stalin adaptaba a Marx a sus propias ideas. Citaba a Marx, comenta David Sagirashvili, «pero siempre de una forma típicamente suya». Al ser desafiado en una reunión, Soso «no se mostró impresionado en lo más mínimo», y dijo simplemente: «Marx es el hijo de un asno. ¡Lo que escribió debería estar escrito como yo digo!». Y sin decir más, abandonó violentamente la reunión.

Por fortuna, Stalin fue defendido vigorosamente por el primer bolchevique de Georgia, Mikha Tskhakaya, uno de los fundadores del *Mesame Dasi*, que ahora apoyaba los planteamientos radicales de Lenin. Stalin respetaba al enérgico Tskhakaya, mayor que él, con su perilla y su gravedad ideológica. Luego se burlaría de él, pero era tan agradecido como pudiera serlo un hombre que consideraba que «la gratitud es una enfermedad de perros».

Tskhakaya defendió a Stalin, librándolo de la expulsión, pero le hizo pasar por una nueva introducción al marxismo. «No puedo confiarte demasiadas cosas», dijo a Soso en tono profesoral. «Eres demasiado joven y necesitas una base sólida de ideas; de lo contrario te encontrarás con dificultades».

Tskhakaya le presentó a un joven intelectual armenio llamado Danesh Shevardian para que le instruyera en la «nueva bibliografía». Tskhakaya, comentaría más tarde Stalin en tono jocoso, «comenzó nuestra instrucción hablando de la creación de los planetas, la vida en la tierra, las proteínas y el protoplasma, y al cabo de tres horas llegamos finalmente a la sociedad esclavista. Nos caíamos de sueño y empezamos a dormirnos…».

Pero las anécdotas que contaba Stalin ocultaban la humillante verdad: Tskhakaya le ordenó que escribiera un *Credo* renunciando a sus ideas heréticas. El armenio lo leyó y quedó satisfecho. Se repartieron setenta copias impresas del mismo[*]. Soso fue perdonado, pero Tskhakaya dijo que debía «descansar» antes de que se le asignara cualquier misión redentora[8].

Soso se aprovechaba descaradamente de sus amigos y vivía de gorra. «Si iba a visitar a la familia de algún muchacho», recuerda Mijeil Monoselidze, exseminarista amigo de Kamo y de Svanidze, «se comportaba como si fuera uno más de la familia. Si veía que tenían vino, frutas o algún dulce que le gustara, no tenía empacho en decir: “Bueno, alguien me ha dicho que estaba invitado a beber vino o a

comer fruta”, y abría la botella y se servía solo…». Creía que todos estaban obligados literalmente a mantenerlo en gratitud por la sagrada misión que desempeñaba.

Pasaba todo el tiempo con su acaudalado amigo Spandarian, que lo introdujo en una célula dirigida por Lev Rosenfeld, el futuro «Kamenev», corregente de Stalin tras la muerte de Lenin y posteriormente una de sus víctimas. El padre de Kamenev, un ingeniero rico que construyó la vía férrea Batumi-Bakú, sufragaba los gastos de su hijo marxista. De menor edad que Soso, aunque parecía varios años más viejo, Kamenev tenía una barba roja, aspecto de empollón, y ojos miopes de color azul acuoso. Fue amigo de Stalin, aunque adoptando siempre una actitud de superioridad, hasta que fue demasiado tarde. Kamenev era bolchevique, aunque muy moderado, y estaba ya en conflicto con los exaltados que rodeaban a Stalin.

«A menudo me peleaba con los intelectuales», recuerda Kamo, «y tuve una pelotera con Kamenev que no quería asistir a una manifestación». En casa de Kamenev, Soso encontró a otro viejo amigo, Iosiv Davrichewy, que había asistido con Kamenev y Spandarian a la escuela más elegante de Tiflis, el Gimnasio de la Perspectiva Golovinski.

Davrichewy, que flirteaba con los socialistas federalistas, estuvo «encantado de volver a ver a Soso por primera vez desde los tiempos de Gori». Se parecía a Stalin (y creía que eran medio hermanos). «Estuvimos hablando un montón de tiempo», recuerda Davrichewy y añade con cierto snobismo que su paisano «no conocía a nadie en Tiflis»[9].

No era del todo cierto, pues por entonces Stalin entró en contacto con muchos de los jóvenes revolucionarios que gobernarían la URSS con él, o que al menos compartirían con él su vida. Un día, Sergei Alliluyev regresó de Bakú con unos tipos de imprenta y los consignó en casa de Babe Bochoridze, una de las favoritas de los revolucionarios. «Eché un vistazo a mi alrededor», escribe Alliluyev.

En ese instante entró en la habitación contigua un joven de veintitrés o veinticuatro años.

—Es uno de los nuestros —dijo Babe.

—Uno de los nuestros —repitió el joven, invitándome a entrar.

Me invitó a sentarme a la mesa y me preguntó:

—Bien, ¿y qué buenas noticias me traes?

Aunque era diez años más joven que Alliluyev, el arrogante Soso daba por supuesto que él era el que mandaba y dio órdenes acerca del transporte de la imprenta. Ya se habían conocido como conspiradores, pero Alliluyev lo invitó entonces a su casa para que conociera a su esposa, mujer guapa y célebre por su promiscuidad. Más tarde Stalin comentaría quejumbroso que las Alliluyev «nunca lo dejarían en paz», y que «siempre querían acostarse con él».

13

La bolchevique tentadora

Los Alliluyev se convertirían en la familia de Stalin y lo acompañarían en su viaje desde aquel mundo de cárceles, muerte y conspiración, hasta la cumbre del poder; para luego regresar a otro mundo de cárceles, muerte y conspiración gobernado por el propio Stalin.

Sergei era «un aventurero fascinante como sus antepasados gitanos. Se metía constantemente en peleas: si alguien trataba mal a los trabajadores, él se encargaba de darle una paliza». Su esposa Olga, de soltera Fedorenko, «una auténtica belleza de ojos verdes grisáceos y melena rubia», era una tentadora marxista con una enorme carga sexual. Olga «se enamoró de muchos hombres», escribe su nieta Svetlana.

Sus padres, de origen alemán, eran una pareja ambiciosa y trabajadora que había depositado grandes esperanzas en Olga, pero no contaban con su inquilino, Sergei Alliluyev, de veintisiete años, un ajustador descendiente de siervos y gitanos que llevaba trabajando desde los doce. Olga, que sólo tenía trece años, estaba destinada a casarse con un fabricante de salchichas de la localidad, pero se enamoró del inquilino. La pareja se fugó. El padre de la novia echó a Sergei de su casa a latigazos, pero ya era demasiado tarde. Sergei y Olga se lanzaron a la vida de activistas revolucionarios al tiempo que formaban una familia de dos hijas y dos hijos.

La más joven de los Alliluyev, Nadezhda, era todavía una criatura, pero los hijos mayores crecieron al lado de aquella madre inestable y ninfómana, en el seno de una familia entregada por completo a la causa, hogar que no tardaría en

convertirse en un hervidero de jóvenes conspiradores siempre distintos; sobre todo si eran morenos, misteriosos y del gusto de la madre. Los georgianos eran su tipo preferido. «Lo cierto es que tuvo aventuras con un polaco, luego con un húngaro, luego con un búlgaro e incluso con un turco», cuenta Svetlana. «Le gustaban los meridionales y en alguna ocasión la oí refunfuñar: “Los rusos son unos patanes”».

Olga Alliluyeva había concedido su favor a Victor Kurnatovski, enviado por Lenin a hacer proselitismo y por entonces desterrado en Siberia,… y a Stalin. Su hijo, Pavel Alliluyev, se quejó supuestamente de que Olga «cazó primero a Stalin y luego a Kurnatovski». Se ha afirmado que Nadia dijo que su madre había reconocido haberse acostado con los dos. Su nieta Svetlana desde luego escribe que Olga «siempre tuvo debilidad por Stalin», pero «sus hijos se habían acostumbrado a aquello; sus aventuras tarde o temprano terminaban, y la vida familiar seguía adelante»[*].

La historia de estos amoríos parece verosímil; si en efecto existieron, habrían sido un fenómeno típico de la época.

En la clandestinidad, los revolucionarios eran, bajo una capa de mojigatería, muy liberales en el terreno sexual. Los camaradas casados acababan liándose constantemente unos con otros en el fervor de su labor revolucionaria[1].

Cuando no estaba con los Alliluyev, Soso estaba otra vez dando órdenes a Kamo y a sus jóvenes acólitos, los sosistas. Si quería que una orden suya se cumpliera con rapidez, no tenía más que decir:

—Ahora voy a echar un escupitajo… ¡y antes de que se seque te quiero aquí de vuelta!

Kamo se convirtió enseguida en uno de los matones más útiles del partido, especialista en ejecutar las decisiones tomadas, en montar imprentas y en pasar panfletos de contrabando. Nunca escribió ni un solo artículo ni pronunció un discurso, pero se dedicó a enseñar sus habilidades a otros

jóvenes rufianes. En sus memorias, carentes por completo de tacto (y nunca publicadas), Kamo revela muchos detalles acerca de cómo vivían por aquel entonces él y Stalin. Cuando repartía panfletos, descubrió por propia experiencia que el mejor sitio para esconderse era un burdel, «pues allí no había agentes de la secreta». Andaba tan escaso de dinero que prácticamente tuvo que convertirse en chulo para sobrevivir: su primera amante fue la mujer del médico, en cuya casa se alojaba. «A menudo me preguntaba por qué mi patrona me buscaba con tanto afán. Luego mantuve relaciones íntimas con ella. Yo estaba verdaderamente asqueado, pero como no tenía ningún otro piso seguro, tuve que hacer de tripas corazón y pedirle además que me prestara algo de dinero».

Otra mujer, una enfermera judía, también le hizo proposiciones. Kamo sucumbió asimismo ante ella: «¡Luego me fui e intenté no verla nunca más!». Quizá no fuera el único que se viera obligado a vivir de las mujeres. Un biógrafo que no aduce fuentes, pero que a veces está bien informado, afirma que Stalin empezó una aventura amorosa con una tal Marie Arensberg, casada con un hombre de negocios de Tiflis de origen alemán, que le ayudó dándole pistas para sacar dinero a los comerciantes.

El amigo inseparable de Kamo era un joven de noble cuna, pobre como una rata, llamado Grigori Ordzhonikidze, apodado por todos «Sergo». Ordzhonikidze, que había estudiado para enfermero, era belicoso, iracundo, apuesto y exuberante: un georgiano de caricatura de grandes ojos marrones, nariz aguileña y unos bigotes enormes.

—¡Hazte mi ayudante! —le pidió Kamo.

—¿Ayudante del príncipe o de la lavandera? —replicó Sergo en tono de burla, aludiendo a los disfraces de Kamo como vendedor ambulante con una cesta en la cabeza, como príncipe con uniforme circasiano, como estudiante pobre o, su obra maestra, como lavandera cargada con su saco de ropa sucia. Sergo se hizo íntimo de Stalin, amistad que acabaría por

llevarlo al Kremlin, pero que en último término causaría también su ruina.

Los pueriles actos de osadía de Stalin, Kamo y Sergo llamaron la atención de toda la ciudad. La prima de Sergo, Minadora Toroshelidze[*], recuerda haber visto a los tres en el paraíso del Teatro de la Sociedad Artística, donde en aquellos momentos se representaba *Hamlet*. Justo cuando apareció en escena el espectro del difunto padre del príncipe de Dinamarca, arrojaron contra la gran lámpara de cristal cientos de octavillas centenares de octavillas, que luego cayeron en el regazo de los aristócratas y los burgueses sentados en el patio de butacas. Los tres jóvenes salieron huyendo. En el Teatro Nacional, dejaron caer las octavillas sobre la cabeza del vicegobernador[2].

Mientras aguardaba el perdón del partido, Soso fue enviado de nuevo a Batumi, donde la acogida que le dispensaron los mencheviques Jibladze e Isidore Ramishvili fue glacial.

«Oí que llamaban a la puerta», recuerda Natasha Kirtava.

—¿Quién es? —preguntó la joven.

—¡Yo! ¡Soso!

—¡Soso! ¡Pero hombre! Te he mandado una carta a Irkutsk. ¿Cómo te las has arreglado para aparecer otra vez por aquí?

—¡Me he fugado!

La mujer dio la bienvenida a su amante, que iba vestido con el uniforme militar que solía usar como disfraz. La jerarquía uniformada al estilo prusiano del Imperio de los Románov era una gran tienda de disfraces de todos los colores a disposición de los revolucionarios. Cuando Natasha contó a sus camaradas que Soso había vuelto, «unos se mostraron felices, y otros se sintieron disgustados». El menchevique Ramishvili denigró a Stalin ante Natasha.

—¡Échalo! —dijo— ¡O te expulsaremos a ti del partido!

Stalin dejó caballerosamente a Natasha, pero Ramishvili empezó a hacer correr el rumor de que había algo turbio en lo de su fuga: Soso debía de ser un espía de la policía. Tras cambiar de alojamiento ocho veces con su disfraz de militar, Soso se vio obligado a volver a casa de Natasha, que lealmente se encargó de procurarle dinero para que pudiera regresar a Tiflis.

—¿A dónde vas, Soso? ¿Qué haremos si vuelves a fracasar? —le preguntó. Según recordaba más tarde la mujer, Stalin le acarició el pelo y la besó diciendo:

—¡No tengas miedo!

Un ferroviario le prestó otro uniforme: «el gorrito, la guerrera y la linterna de un revisor de trenes», recuerda el maquinista que regularmente llevaba a Soso de Tiflis a Batumi y viceversa. Pero Stalin no olvidaría a Natasha. Una vez en Tiflis, le escribió una carta utilizando un código pseudomédico en la que la invitaba a reunirse con él. «Enfermera Natasha, los médicos de su ciudad son ridículos; si su enfermedad es complicada, venga aquí, donde tenemos buenos médicos».

«No pude ir», recuerda, «por motivos familiares». ¿Acaso había regresado su marido? Stalin se sintió ofendido[3].

Soso y Philip Majaradze, viejo bolchevique y fundador del Tercer Grupo, estaban por entonces ocupados en la confección y edición del periódico ilegal del partido para Georgia, *Proletariatis Brdzola* (*Lucha proletaria*), en Tiflis, donde era publicado en la imprenta que tenían escondida en Avlabar, el barrio de los obreros. Pero luego regresó en abril a Batumi, donde permaneció un mes. Fue otra visita desafortunada.

Durante la celebración del Primero de Mayo a orillas del mar, Stalin se vio envuelto, al parecer, en una trifulca con algunos individuos de la ciudad, presumiblemente mencheviques, que desembocó en una lucha de facciones

marxistas bien regada con vino, en el curso de la cual recibió una paliza.

Se encontró luego con Natasha Kirtava, que había rechazado su propuesta de irse a vivir juntos. «Corrí a saludarlo», cuenta Natasha, «pero Soso me gritó enfadado: "¡Aléjate de mí!"[4][*]».

Rechazado y tratado a golpes en Batumi y acosado por los gendarmes en Tiflis, Soso se retiró a Gori, donde se ocultó en casa de su tío Giorgi Geladze y presumiblemente vio a Keke. Davrichewy dice que consiguió una documentación nueva en Gori a nombre de «Petrov», otro de sus numerosos alias[5].

A finales de julio, Tskhakaya envió a Stalin al oeste de Georgia, a los viejos principados de Imeretia y Mingrelia, donde debía constituir un nuevo Comité Imeretio-Mingrelio. Se desvió hasta Kutaisi, una ciudad provinciana de Georgia, de apenas 30 000 habitantes entre «cocheros, policías, taberneros, pálidos burócratas y gente ociosa de la pequeña nobleza». Se trataba de una labor de importancia crucial, pues los campesinos del oeste del país, especialmente en Guria, estaban politizados como nadie en todo el Imperio. Aquel remoto paisaje de «montañas, valles pantanosos y colinas suavemente onduladas cubiertas de campos de grano, viñas y plantaciones de té» era un hervidero de rebeldes. Con la ayuda del Príncipe Rojo, Sasha Tsulukidze, y un nuevo amigo de voz rotunda y grandilocuente, un joven actor llamado Budu «el Barril» Mdivani, Stalin disfrutaría de una racha de suerte como revolucionario en un momento particularmente extraño: la guerra contra los japoneses estaba agotando la savia y la sangre del Imperio. En julio de 1904, los terroristas de la Brigada de Combatientes Socialistas Revolucionarios hicieron saltar en pedazos al Ministro del Interior, Plehve, partidario de la línea dura, que fue sucedido en el cargo por un aristócrata carente de experiencia, el príncipe Sviatopolk-Mirski. Las huelgas y los disturbios se generalizaron, mientras Mirski intentaba inútilmente aplicar una política de paños calientes.

Las aldeas del oeste de Georgia estaban ya echando chispas. En la sublevación que se desencadenó más tarde, los campesinos atacaron a los nobles, se apoderaron de sus tierras y expulsaron a la policía del zar. Stalin empezó a viajar precipitadamente por todo el Cáucaso, abandonando Tiflis en más de diez ocasiones para organizar la revolución y allegar fondos desde Kutaisi a Vladikavkaz y Novorossiisk. La Ojrana se percató de su regreso a Tiflis y en el mes de octubre escribía el siguiente informe: «Djugashvili se ha fugado del destierro y ahora es un líder del partido de los trabajadores de Georgia». Los gendarmes intentaron tenderle una emboscada en Tiflis, pero alguien le dio el soplo y escapó. Detenido de nuevo con Budu Mdivani y confinado en la cárcel de Ortachala de Tiflis, se fugó en compañía de su nuevo amigo. La policía abrió fuego contra ellos, pero Budu cubrió a Soso con su cuerpo.

En el oeste de Georgia, viajaba provisto de cañas y equipo de pesca, de modo que cuando era detenido por la policía del lugar lograba convencer a sus captores de que sólo estaba pescando. En los meses de septiembre y diciembre, tomó el tren para visitar por primera vez Bakú, la capital del *boom* del petróleo, donde las imprentas bolcheviques habían movilizado a los trabajadores para que convocaran una huelga en diciembre. Los obreros salieron victoriosos[6].

Justo cuando más unidos habrían debido estar los socialdemócratas, se escindieron. Mientras los bolcheviques se concentraban en su vanguardia revolucionaria, Jordania y los mencheviques apelaron astutamente a los campesinos rebeldes de Georgia ofreciéndoles lo que realmente querían: tierras. Stalin participó en la trifulca desde su base de Kutaisi haciendo un uso tan felino de la calumnia, la mentira y la intriga que un menchevique de la región escribió una curiosa carta a un miembro del comité que revela de un modo brillantísimo el carácter y el estilo del futuro dictador:

> El camarada Koba [Stalin] te dijo que estábamos en contra tuya y que exigimos que te echaran del Comité [la carta fue escrita por el menchevique Noe Khomeriki], pero te prometo que no sucedió nada de eso y que todo lo que te ha dicho Koba es una mentira malévola. ¡Sí! ¡Una calumnia para desacreditarnos!

> La desvergüenza de ese hombre me deja perplejo. Sé lo indigno que es, pero no esperaba tanto «valor». Y es que resulta que está dispuesto a utilizar cualquier medio si los fines lo justifican. El fin en este caso —la ambición— es presentarse ante la nación como un gran hombre. Pero… Dios no le concedió los dones necesarios y ha tenido que recurrir a las intrigas, las mentiras y otras «bagatelas». ¡Un individuo tan repulsivo ha querido contaminar nuestra sagrada misión con su basura!

Stalin decía que tenía derecho a echar del Comité a todo aquel que quisiera, aunque sabía que no era verdad. Khomeriki lo llamaba «Quijote Koba»; pero, como de costumbre, la descarada «desvergüenza» de Stalin se impuso[*].

Feliz de haberse hecho con el control para Lenin, en septiembre de 1904 Stalin escribió dos cartas a su compinche de Gori, Davitashvili, a la sazón en Leipzig, elogiando a Lenin, «el águila de las montañas», atacando a los mencheviques y jactándose de que su «comité se había mostrado vacilante, pero yo los he convencido». Decía que Plejanov «se ha vuelto majareta o muestra odio y hostilidad», mientras que Jordania era un «burro». Aquel oscuro georgiano no tenía el menor reparo en denigrar a los sabios internacionales del marxismo. La carta surtió efecto: Lenin oyó hablar de Stalin por primera vez. El «águila de las montañas» lo aclamaría calificándolo de su «fiero colco»[**].

El día de Fin de Año de 1904, Soso ordenó a una pequeña banda de obreros de los ferrocarriles que se reuniera con él a la puerta del Club de Nobles, en la Avenida Golovinski de Tiflis. Los liberales de la nobleza estaban celebrando un llamado Banquete Electoral para pedir al zar que concediera una constitución, pero los bolcheviques detestaban ese liberalismo burgués a medio cocer. Tan pronto como el presidente dio por inaugurado el banquete, Stalin, respaldado por sus obreros, irrumpió en la sala y exigió que le dejaran hablar. Cuando los asistentes se negaron, saboteó la velada poniéndose a gritar:

—¡Abajo la autocracia! —Y salió con sus obreros cantando la Marsellesa y la Warsawianka. El 2 de enero, el principal puerto del zar en el Extremo Oriente, Port Arthur,

lleno todavía de soldados y municiones, se rindió a los japoneses. Así comenzó el año 1905[7].

El domingo 9 de enero, cuando Stalin estaba otra vez en Bakú, un revolucionario y agente de la policía, el Padre Gapon, desfiló al frente de 150 000 obreros cantando himnos para entregar una «Humilde y Leal Petición al Zar en el Palacio de Invierno de San Petersburgo». Los cosacos les cerraron el paso. Dispararon dos salvas de advertencia, pero los obreros siguieron avanzando. Las tropas abrieron fuego sobre la multitud y luego cargaron contra ella. Murieron doscientos trabajadores y hubo varios centenares de heridos.

—¡Ya no hay Dios! —murmuró el Padre Gapon— ¡Ya no hay zar!

El Domingo Sangriento hizo temblar al Imperio, desencadenando una tormenta de manifestaciones, matanzas étnicas, asesinatos y revolución abierta. Las huelgas se sucedieron por todo el Imperio. Los campesinos incendiaron los palacios y las bibliotecas de sus señores (fueron destruidas 3000 mansiones). Los disturbios se contagiaron al ejército. «Los batallones del zar», escribía Stalin en un artículo, «se reducen, la armada del zar perece y ahora Port Arthur se ha rendido de manera vergonzosa. Una vez más se pone de manifiesto la decrepitud senil de la autocracia». Pero el zar esperaba todavía un milagro. En una de las aventuras navales más extraordinarias de la historia, envió a su Flota del Báltico, que empezaba a hacer agua por todas partes, a luchar contra los japoneses dando casi la vuelta al mundo, a través de África, la India y Singapur. De haberle salido bien la jugada, los ecos de la victoria de Nicolás II habrían resonado a lo largo de los siglos.

El zar destituyó a su infortunado Ministro del Interior y nombró uno nuevo, que sugirió la necesidad de hacer algunas concesiones políticas.

—Daría la impresión de que teme usted que estalle una revolución —replicó el emperador.

—Majestad, la revolución ya ha dado comienzo.

Fue la Revolución de 1905, que Trotski llamaría más tarde el «Ensayo General». En su momento, dio la impresión de que era la de verdad, una batalla brutal y estimulante desarrollada a lo largo y ancho del Imperio, pero especialmente en el Cáucaso, donde Stalin aprendió los métodos que habría de utilizar durante toda su vida[8]. Se hallaba en su elemento, disfrutando de aquel drama sangriento.

«¡OBREROS DEL CÁUCASO! ¡HA LLEGADO LA HORA DE LA VENGANZA!», escribía. «Nos piden que olvidemos el silbido del látigo, el zumbido de las balas, los centenares de heroicos camaradas muertos, y el revoloteo de sus gloriosos espíritus a nuestro alrededor susurrando: "¡VENGADNOS!"[9]».

14

1905: Rey de la montaña

Mil novecientos cinco comenzó y acabó con una matanza. Fue el año de la revolución en la que el joven Stalin estuvo por primera vez al mando de hombres armados, conoció el sabor del poder, y abrazó el terror y el gangsterismo. El 6 de febrero se encontraba en Bakú cuando unos armenios dispararon contra un tártaro en el centro de la ciudad. Los turcos azeríes —o «tártaros», como solían ser llamados— se vengaron. La noticia se propagó. Las autoridades, que estaban resentidas desde hacía tiempo por la riqueza y el éxito de los armenios, azuzaron al populacho azerí de religión musulmana y permitieron que invadiera la ciudad.

Durante cinco largos días, las bandas de azeríes mataron a todos los armenios que pudieron encontrar, con el odio frenético que generan la tensión religiosa, las envidias económicas y la proximidad de los vecinos. Mientras que a lo largo y ancho del imperio se desencadenaron pogromos antisemitas, Bakú se sumergió en una orgía de asesinatos étnicos, incendios, saqueos, tiroteos y cuchilladas. El gobernador, el príncipe Nakashidze, y su jefe de la policía no movieron un dedo. Los cosacos entregaban a los armenios de religión ortodoxa para que los mataran las hordas azeríes, armadas por la policía. Un barón del petróleo de origen armenio fue sitiado en su palacio por una turba de azeríes, a los que fue tiroteando con un Winchester hasta que se quedó sin munición y acabó despedazado. Al final, los armenios, más ricos y mejor armados, empezaron a responder a los ataques e hicieron una matanza de azeríes.

«Ni siquiera saben por qué se matan unos a otros», dijo el alcalde. «En las calles yacían miles de muertos», escribía un testigo de las matanzas de Bakú, «que llenaban los cementerios cristiano y musulmán. El hedor de los cadáveres era sofocante. Por todas partes había mujeres con los ojos desorbitados buscando a sus hijos, y los hombres retiraban con palas montones de carne putrefacta». Perecieron al menos 2000 personas.

Stalin estaba allí para contemplar aquellas visiones apocalípticas, por no decir infernales. Había formado en Bakú un pequeño escuadrón de combatientes bolcheviques. Reunió aquella banda integrada principalmente por musulmanes y les ordenó que separaran a las dos comunidades siempre que fuera posible, aprovechando al mismo tiempo la oportunidad para robar cualquier pieza de imprenta que pudiera resultar útil, y para allegar dinero para el partido por medio de la extorsión a cambio de protección. Según su primer biógrafo, Essad Bey, criado en Bakú, Stalin «se presentaba ante el cabeza de familia [armenio] y le informaba seriamente de que estaba a punto de llegar la hora en que la familia iba a caer bajo los cuchillos de los musulmanes», pero «si hacían una donación a los fondos de los bolcheviques, Stalin trasladaba a los comerciantes armenios al campo»[1].

A continuación Soso se marchó precipitadamente a Tiflis, donde había grave peligro de que se produjera un baño de sangre étnico entre georgianos y armenios o entre cristianos y musulmanes. La ciudad estaba paralizada por las huelgas; la policía detenía a los revolucionarios y los cosacos cargaban contra los manifestantes en la Perspectiva Golovinski.

Stalin ayudó a organizar una manifestación de reconciliación para evitar una masacre y escribió un apasionado panfleto que, impreso y distribuido por Kamo, advertía que el zar estaba utilizando los «pogromos contra los judíos y los armenios» para «apuntalar su despreciable trono

con la sangre, la sangre inocente de los ciudadanos honrados, y los gemidos de los armenios y tártaros agonizantes».

Stalin encabezó la manifestación del 13 de febrero para «luchar contra los demonios que siembran la discordia entre nosotros». Comunicaba orgullosamente que habían sido repartidos 3000 panfletos suyos, y que «en medio de la multitud un abanderado fue llevado a hombros para que pronunciara un encendido discurso» (sin duda él mismo[2]). Pero la mala sangre que se había creado entre bolcheviques y mencheviques era en aquellos momentos totalmente venenosa.

Jordania, el aristocrático líder de los mencheviques, regresó del destierro. Su innegable autoridad y su política sensata favorable a los campesinos le hicieron ganar la simpatía de los georgianos, que abrazaron mayoritariamente el menchevismo. En el Comité de Tiflis, Isidore Ramishvili, que en Batumi había propalado rumores acerca de la sospechosa fuga de Stalin, lo acusó abiertamente de ser un agente del gobierno, aunque, al parecer, carecía de pruebas. Envalentonados por Jordania, los mencheviques eligieron su propio Comité y a continuación los bolcheviques hicieron lo mismo[3].

En abril, Stalin se dirigió al oeste del país, donde las bandas armadas y los comités electos se habían hecho con el control del gobierno y de la justicia, aunque algunos campesinos opinaban que «Comité» era en realidad el nombre de una nueva especie de zar. Los incendios provocados y los asesinatos estaban a la orden del día en una «república separada en la que no podían entrar las fuerzas policiales». Stalin se dedicó a escribir como loco y pronunció discursos contra los mencheviques en reuniones masivas celebradas en Batumi y en Kutaisi. En un debate, «el camarada Koba intervino con contundencia en una sesión que dio comienzo a las 10.00 de la noche y duró hasta el amanecer». Luego, vestido de negro y gris y con el bigote y la barba afeitados por motivos de seguridad, fue conducido clandestinamente al

bosque para que se escondiera hasta que pudiera escapar en medio de la oscuridad.

El enemigo menchevique de Stalin era el carismático exaltado Noe Ramishvili, «de 25 años, alto, delgado, de ojos risueños y voz enérgica». El menchevique Khariton Chavichvili[*] vio a los duelistas enfrentarse uno a otro como dos héroes míticos. Primero llegó Ramishvili, y luego «el célebre Soso, el Camarada Koba, más bajo que Ramishvili, pero igual de delgado. Su aspecto era más tranquilo y denotaba más profundidad, su rostro era más basto, tal vez debido a las marcas dejadas por la viruela. Su estilo y sus maneras eran típicamente georgianos, aunque había en él algo a todas luces original, algo difícil de definir, algo de león y de gato a la vez. Tras una apariencia ordinaria, ¿no se ocultaba acaso algo extraordinario?». Chavichvili quedó impresionado también por la oratoria… o por la falta de ella: «No era un orador», sino un «maestro en el arte del disimulo». Hablaba «con una ligera sonrisa y la mirada fija… con concisión y claridad, y era muy persuasivo», aunque Ramishvili era mejor orador. Incluso cuando el «célebre Soso» salía perdedor frente a los mencheviques, como solía ocurrir, los «obreros le besaban con lágrimas en los ojos»[4].

Pero tras la calma glacial de Soso bullía una furia feroz contra los mencheviques satisfechos, muchos de ellos judíos. Al término de un debate, arremetió contra los mencheviques en los siguientes términos:

—¡Lenin está indignado de que Dios le haya enviado unos camaradas como los mencheviques! Total, ¿quién es esa gente? Martov, Dan, Axelrod son judíos circuncisos. ¡Con ellos no puede uno ir a pelear ni puede uno irse de fiesta[5]!

Cuando Soso visitó Kutaisi, los mineros de la vecina ciudad de Chiatura apelaron a él. Aquella población minera de la montaña era el único baluarte realmente bolchevique de Georgia. Decidido a retenerla a toda costa, Soso empezó a pasar la mayor parte de su tiempo en esa población. Extendida

entre montañas de cumbres nevadas, con imponentes barrancos por todas partes y envuelta siempre en nubes bajas, Chiatura había crecido rápidamente. En ella se encontraban las principales minas de manganeso de Rusia, que suministraban casi el sesenta por ciento de la producción mundial de este metal. Dominada por un paisaje lunar de montones de mineral, sus 3700 mineros de «piel oscura» trabajaban jornadas de dieciocho horas en medio de un polvo sofocante por un salario mísero. Los obreros, que no tenían ni baños ni siquiera alojamientos, dormían en las propias minas. «Los animales», dice Kote Tsintsadze, un pistolero que se convertiría con el tiempo en el principal atracador de bancos de Stalin, «vivían mejor que los trabajadores de Chiatura[6]».

Un caluroso día de verano, 2000 mineros cubiertos de hollín como los moros de una obra de juglares, escucharon atentamente a los mencheviques y luego a Stalin. Chavichvili vio cómo Soso, «estratega consumado», dejaba hablar primero a los mencheviques, para que aburrieran al público. Cuando le llegó el turno, dijo que no quería cansarlos y se negó a subir al estrado. «Los obreros entonces le rogaron que interviniera», tras lo cual habló durante sólo quince minutos con una «sencillez pasmosa». Stalin «conservó una asombrosa sangre fría… Habló como si participara en una conversación fresca y serena… daba la impresión de que no veía nada y de que lo observaba todo». Ganó el debate. Su llaneza al hablar se impuso a la retórica pomposa de los oradores más grandilocuentes que despertaban la desconfianza de los trabajadores. Años después utilizaría la misma táctica frente a oradores famosos como Trotski. Era consciente de su propio atractivo, y explicó a Chavichvili que el orador menchevique era un «gran retórico, pero un gran cañón como ése resulta inútil aquí, donde hay que disparar a corta distancia».

Stalin se hizo con el control de Chiatura, dice Chavichvili, y la convirtió en la «fortaleza de los bolcheviques». Soso «era muy poderoso allí: estaba siempre en compañía de hombres dos veces más viejos y dos veces más cultos que él, pero la

admiración y el afecto de los que se rodeó le permitieron imponer una férrea disciplina a sus tropas». Conocido como el «Célebre Soso» o «Sargento Mayor Koba», montó una imprenta con la ayuda de la hermosa y joven estudiante Patsia Goldava, que más tarde participaría en el atraco al banco de Tiflis de 1907 llevando un revólver en la mano[7].

El Célebre Soso era el campeón de la resistencia armada, fundando, armando y capitaneando por toda Georgia los Escuadrones de Combate Rojos, mitad partisanos, mitad terroristas. «Debemos prestar seria atención a la creación de Escuadrones de Combate», escribía Stalin, excelente organizador militar y terrorista, pero aquella experiencia le dio no sólo la oportunidad de probar el sabor del mando militar, sino también le hizo creer que estaba dotado para ello.

También los mencheviques habían empezado a armarse, recurriendo a Ramishvili, el rival de Stalin, para organizar su Comisión Técnica Militar y montar sus fábricas de bombas. A mediados de 1905, las milicias dominaban las calles de las ciudades y los pueblos de Georgia, siempre que lo permitían las redadas de los cosacos. Unas veces, Stalin y los bolcheviques cooperaban con los mencheviques y otras no.

En Chiatura, Stalin armó a los mineros y a los gánsters de la ciudad, nombrando comandante en jefe a Vano Kiasashvili. El Camarada Soso solía llegar para dar las órdenes, y «nosotros lanzábamos el Escuadrón Rojo», dice Kiasashvili, que se dedicaba a adiestrar a sus partisanos, robar armas de fuego y pasar munición de contrabando a través de los montes. En la estación de Chiatura, Chavichvili observó a Stalin dar órdenes al comandante de su otro Escuadrón de Combate, Tsintsadze, el espléndido y arrojado pelirrojo que reclutó a un puñado de estudiantes de sexo femenino, casi todas enamoradas de él, para que se hicieran bandoleras. Los pistoleros de Tsintsadze y Stalin se dedicaban a desarmar a las tropas rusas, a tender emboscadas a los odiados cosacos, a atracar bancos y a asesinar a los espías y agentes de la policía

«hasta que casi toda la provincia quedó en nuestras manos». Chiatura, afirma orgullosamente Tsintsadze, «se convirtió en una especie de campo de instrucción militar»[8].

Soso estaba constantemente yendo y viniendo de Chiatura para supervisar aquella guerra de guerrillas. Curiosamente, cuando estaba en la ciudad los aristocráticos magnates de las minas de manganeso lo ocultaban y lo protegían. Primero estuvo en la mansión de Bartholome Kekelidze, y luego en la de otro personaje más importante, el príncipe Ivan Abashidze, vicepresidente del Consejo de Industriales del Manganeso, emparentado con los príncipes Shervashidze y Amilakhvari, y con el también príncipe David Abashidze, alias Punto Negro, su antiguo profesor del seminario. (El príncipe Ivan Abashidze es además el bisabuelo del actual presidente de la República de Georgia, Mijeil Saakashvili). ¿Qué era lo que estaba pasando?

Todos los revolucionarios eran financiados en parte al menos por la gran empresa y la clase media, muchos de cuyos miembros se habían enemistado con el régimen zarista y en cualquier caso estaban excluidos de todo tipo de influencia. En la propia Rusia, algunos plutócratas, como el magnate textil Savva Morozov, eran los principales financiadores de los bolcheviques, mientras que entre los abogados, los directivos y los contables de las empresas «era todo un símbolo de status hacer donaciones a los partidos revolucionarios». Esta situación resultaba especialmente aplicable en Georgia.

Pero en aquella actitud había algo más que mera hospitalidad y filantropía. Probablemente Stalin había aprendido ya el lucrativo arte de la protección mafiosa y de la extorsión gracias a las amistades que había hecho con delincuentes comunes y a los tratos llevados a cabo en Bakú y en Batumi. Ahora ofrecía seguridad a cambio de dinero. Si los magnates no pagaban, sus minas podían saltar por los aires y sus directivos podían ser asesinados; si pagaban, en cambio, Stalin los protegía.

Dos de sus luchadores recuerdan, en unas memorias inéditas, cómo cumplía Stalin su parte del trato, demostrando que efectivamente era capaz de pactar con el diablo. Cuando los magnates sufrían un robo, dice G. Vashadze, «no eran los ciudadanos de la población los que organizaban la búsqueda de los "delincuentes", sino I. V. Stalin». Unos «ladrones robaron al directivo de una empresa alemana dedicada a la explotación del manganeso y se llevaron 11 000 rublos», cuenta N. Rukhadze. «El camarada Stalin nos ordenó encontrar el dinero y devolverlo. Y así lo hicimos».

No es de extrañar que los magnates prefirieran tener a Stalin de su lado: En Chiatura eran frecuentes los asesinatos. «Los capitalistas», escribe Tsintsadze, «tenían tanto miedo que no tardaban mucho en aflojar la mosca». En cuanto a los policías y los agentes de la secreta, «la organización de Chiatura decidió quitarlos de en medio». Fueron asesinados uno tras otro. Stalin, con sus bandoleros recorriendo los montes con la escopeta al hombro, sus periódicos dando a conocer sus artículos y sus impresionantes actuaciones en las reuniones de masas, se convirtió en el rey de la montaña. «El camarada Koba y [el príncipe] Sasha Tsulukidze», escribía un abogado bolchevique rico y joven, el barón Bibeneishvili, «eran nuestros pesos pesados». Pero los mencheviques llevaban las de ganar en el resto del Cáucaso[9].

«He tenido que viajar por todo el Cáucaso participando en debates, dando ánimos a los camaradas», contaba Stalin en una carta a Lenin, que se encontraba en el extranjero. «Los mencheviques hacen campaña en todas partes y hemos tenido que repelerlos. No tenemos casi gente (y en cualquier caso son demasiado pocos, dos o tres veces menos que los mencheviques)… Casi todos los de Tiflis han caído en sus manos. Y la mitad de los de Bakú y Batumi. Pero los bolcheviques retienen la otra mitad de Bakú, la mitad de Batumi, parte de Tiflis, y toda la provincia de Kutaisi con Chiatura (la comarca de las minas de manganeso, esto es unos

9000-10 000 trabajadores). Guria pertenece a los Conciliadores, que se inclinan por los mencheviques[10]».

Según uno de sus enemigos mencheviques, Stalin «trabajaba con mucha energía, viajando por Guria, Imeretia, Chiatura, Bakú y Tiflis, yendo de un sitio a otro, pero todo su trabajo era partidista, intentando pisotear a los mencheviques y arrojarlos al arroyo»[*]. Luchaba contra los mencheviques con enconada violencia. «Contra ellos», afirmaba, «cualquier método vale»[11].

El 5 de mayo de 1905, un nuevo virrey —de tendencia liberal— bajó del tren en la estación de Tiflis en medio de «bandas tocando marchas, sombreros emplumados, charreteras doradas y discursos grandilocuentes». El conde Illarion Vorontsov-Dashkov, de sesenta y ocho años, era un «criador de caballos, inversor en el negocio del petróleo, vástago de varias grandes familias aristocráticas», casado con una princesa Vorontsov que era descendiente de una de las famosas sobrinas del príncipe Potemkin, el amante de Catalina la Grande. Amigo del emperador, con quien le unían lazos familiares, y ex Ministro de la Corte, era un hombre justo y de mentalidad abierta: una de sus primeras medidas fue nombrar a un hombre liberal como gobernador de Guria. Pero el conde Vorontsov-Dashkov llegó demasiado tarde y era demasiado incoherente. En la brutal batalla de Mukden, en Manchuria, los ejércitos del zar habían perdido decenas de miles de soldados de origen campesino, y no habían sido capaces de derrotar a los japoneses. El 27 de mayo, la Flota del Báltico, tras su quijotesca vuelta al mundo, durante la cual sólo pudo apuntarse el éxito de hundir un pesquero inglés en el mar del Norte, fue ignominiosamente derrotada por los japoneses en la batalla de Tsushima. Incluso su almirante fue hecho prisionero. Aquellos desastres hicieron estremecerse a todo el Imperio. Numerosos judíos cayeron víctimas de los pogromos. El 14 de junio, la tripulación del acorazado *Príncipe Potemkin de Taurida*, el buque insignia de la Flota del Mar Negro, se amotinó.

Unos días después de su llegada, el conde Vorontsov-Dashkov tuvo que hacer frente al hundimiento de su poder, a las bandas armadas que campaban por Tiflis, al terrorismo en la estación de ferrocarril, y a otro baño de sangre en Bakú. Difícilmente podía compaginar el conde sus instintos liberales con la brutal realidad, cuando sus generales y sus cosacos lanzaban sangrientos ataques contra los radicales de Tiflis. No tardó en verse enfrentado a una guerra abierta, al terrorismo más salvaje y a la rápida generalización de los conflictos colectivos. «En 1905», dice un historiador, «todo el mundo, desde los quiromantes a las prostitutas, se puso en huelga»[12].

El 9 de junio, Sasha Tsulukidze, el adorado Príncipe Rojo de Stalin, murió de tuberculosis. El funeral celebrado en Kutaisi atrajo a unas 50 000 personas, que desfilaron tras el ataúd descubierto hasta Khoni cantando la Marsellesa. Aunque era un hombre muy querido, Stalin pronunció la oración fúnebre, un apasionado discurso que un espectador todavía era capaz de recitar de memoria treinta años después[*].

Fotografías

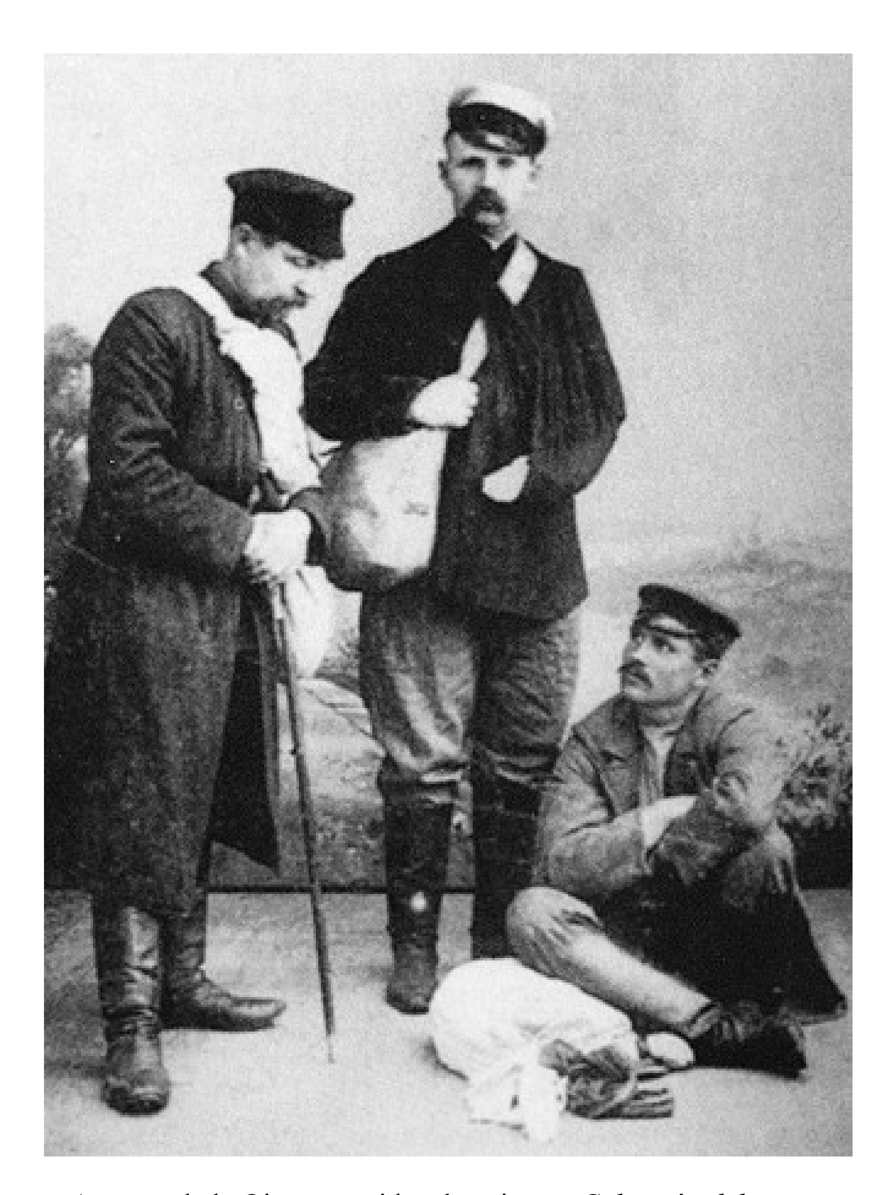
1905-1910



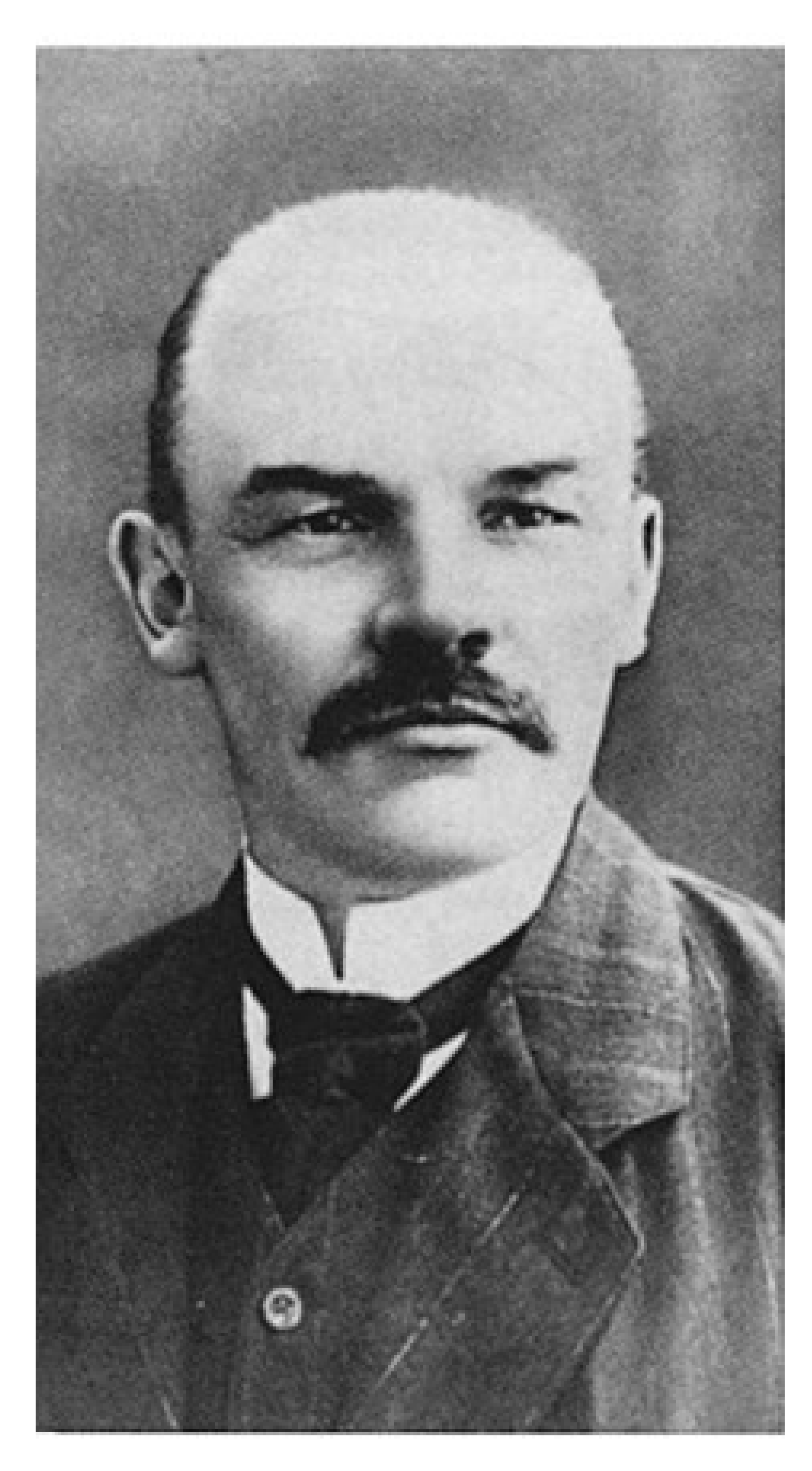
Kamo, psicópata, amigo de la infancia y sicario, que aquí luce la *chokha* georgiana, era «un hombre extraordinario» que a menudo suplicaba a Stalin: «¡Déjame que le corte el cuello!». Simple, mujeriego, experto en fugas, atracador de bancos, asesino y maestro del disfraz —lo mismo se hacía pasar por una lavandera que por un príncipe—, capitaneó el atraco de Tiflis organizado por Stalin. Cuando fue detenido fingió durante años que estaba loco, soportando tales torturas que los médicos llegaron a la conclusión de que efectivamente no estaba en sus cabales. *Kamo. Colección del autor*.



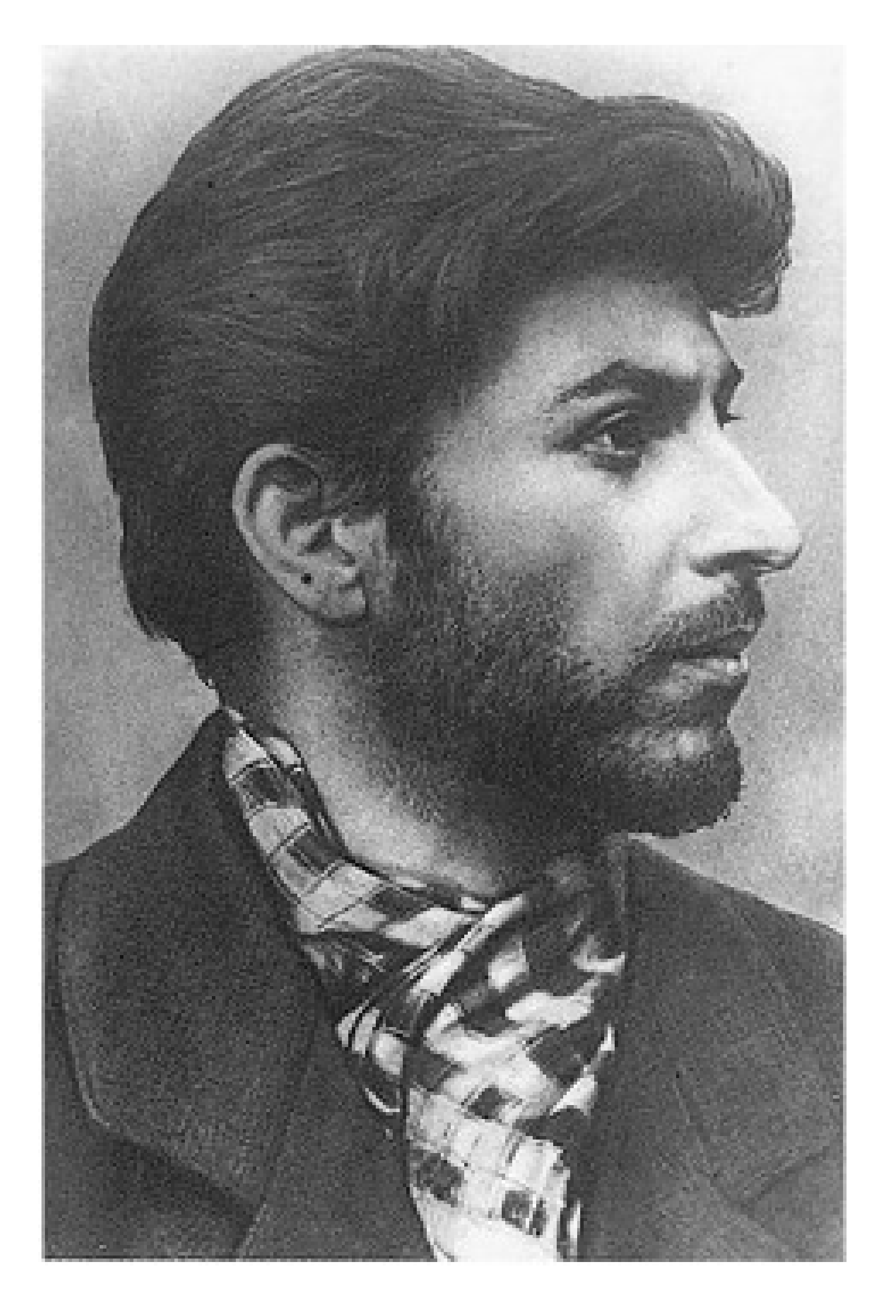
La red de niños de la calle de Stalin, 1905. *Instituto de Marxismo Leninismo, Filial de Georgia (GF IML)*



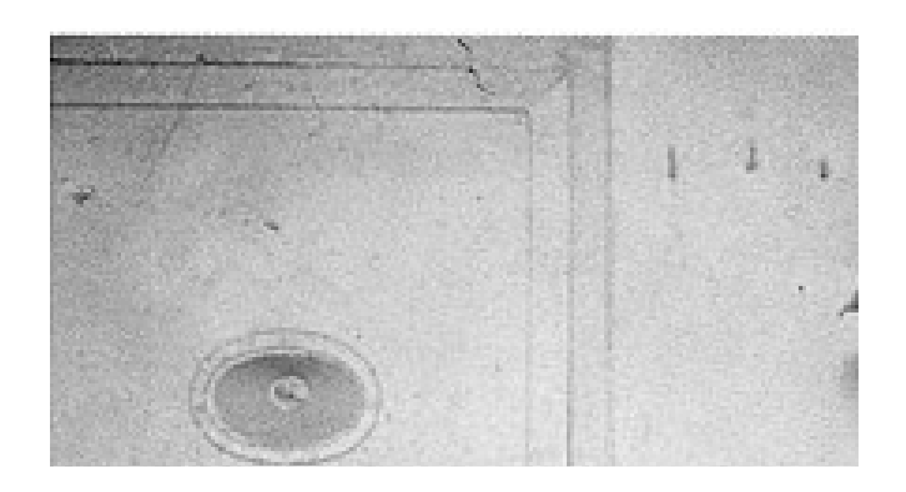
Agentes de la Ojrana vestidos de paisano. *Colección del autor*.

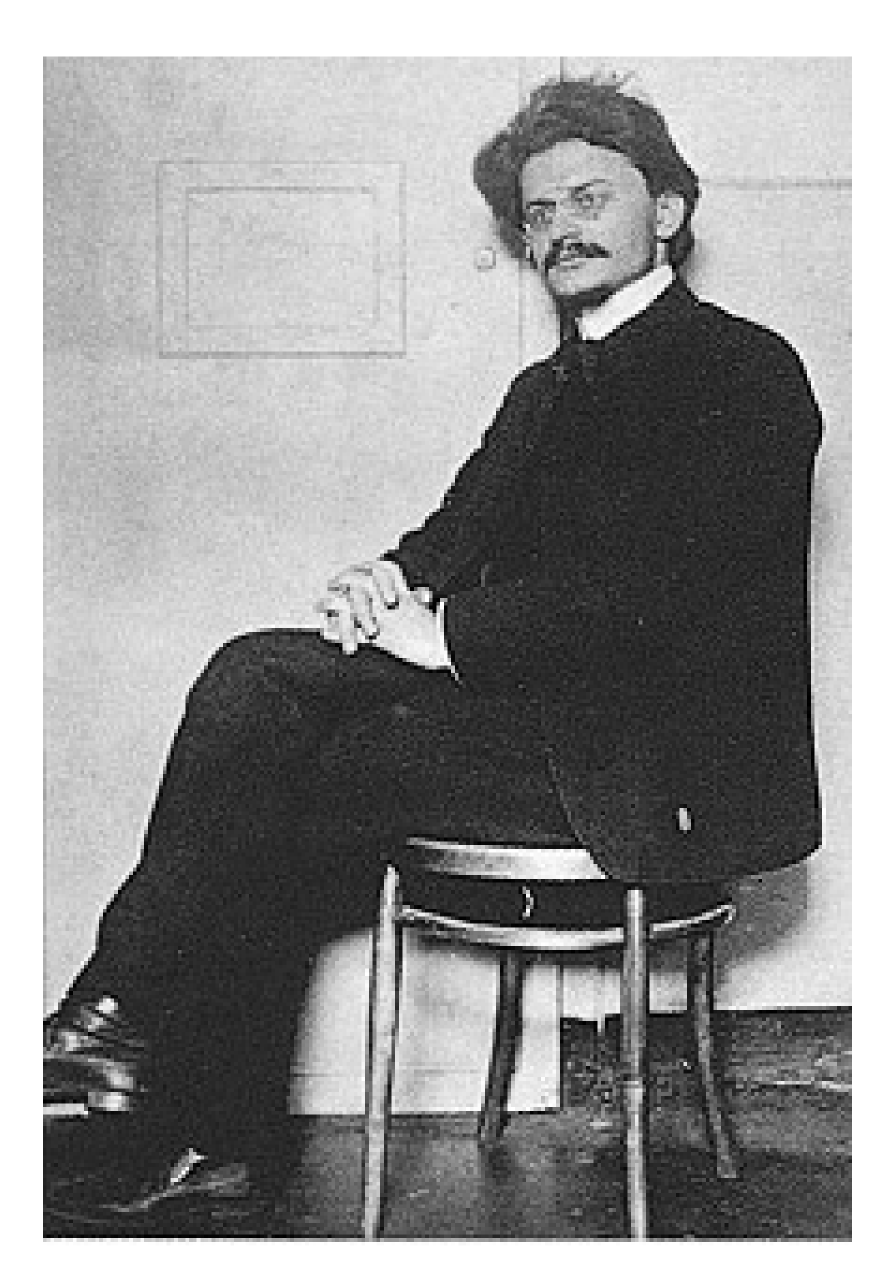


Vladimir Illich Lenin aproximadamente por la época en que conoció a Stalin, que lo veneraba, aunque nunca dejaría de tener sus propias opiniones. A través de los atracos y el gangsterismo Stalin se convirtió en el principal financiador de Lenin. *Lenin, ca. 1905. RIA Novosti.*



Stalin, detenido en 1906. Stalin, ca. 1905-1906. *RIA Novosti*.





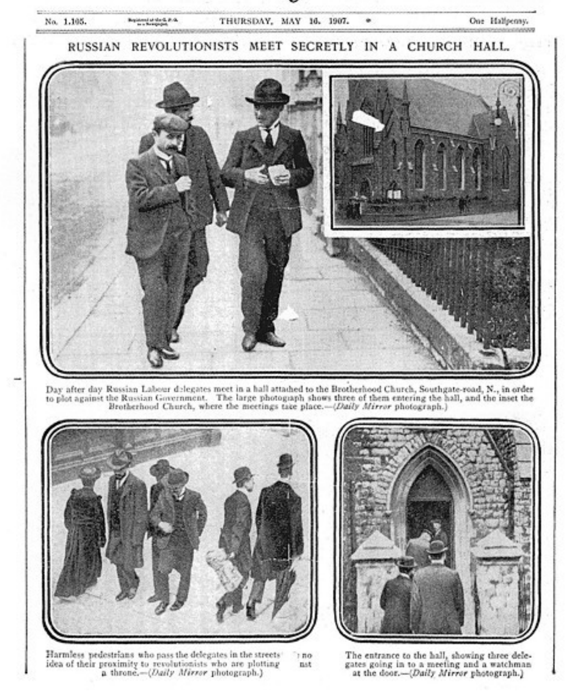
León Trotski, intelectual judío brillante y vanidoso, presidente del Soviet de San Petersburgo, detenido en 1905. Cuando lo conoció en Londres, Stalin sintió por él odio a primera vista. *Trotski. RIA Novosti.*



Kato Svanidze. *Colección de David King*.



Kato Svanidze, según el retrato colocado en su lápida, Tiflis.
Colección del autor.



The Daily Mirror

No. 1.105. THURSDAY, MAY 16, 1907. One Halfpenny.

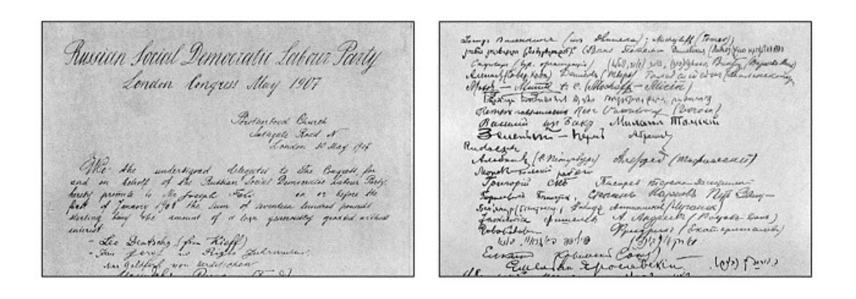
RUSSIAN REVOLUTIONISTS MEET SECRETLY IN A CHURCH HALL.

Day after day Russian Labour delegates meet in a hall attached to the Brotherhood Church, Southgate-road, N., in order to plot against the Russian Government. The large photograph shows three of them entering the hall, and the inset the Brotherhood Church, where the meetings take place.—(*Daily Mirror* photograph.)

Harmless pedestrians who pass the delegates in the streets [illegible] no idea of their proximity to revolutionists who are plotting [illegible]nst a throne.—(*Daily Mirror* photograph.)

The entrance to the hall, showing three delegates going in to a meeting and a watchman at the door.—(*Daily Mirror* photograph.)

Extracto del *Daily Mirror*, 16 de mayo de 1907. *Mirrorpix*.



Russian Social Democratic Labour Party
London Congress May 1907

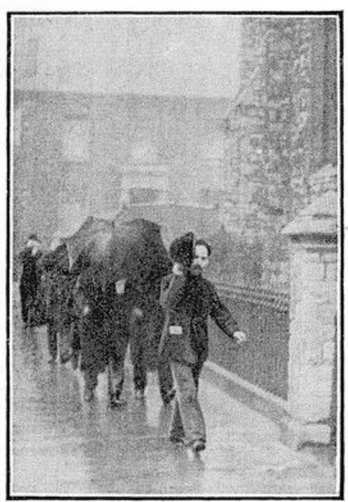
Brotherhood Church
Southgate Road N
London [illegible] May 1907

We the undersigned delegates to the Congress for and on behalf of the Russian Social Democratic Labour Party hereby promise to Mr Joseph Fels on or before the first of January 1908 the sum of seventeen hundred pounds sterling being the amount of a loan generously granted without interest.

Acuerdos del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. *Colección del autor*.

MAY 15, 1907. THE DAILY MIRROR.

RUSSIAN REVOLUTIONISTS AFRAID OF THE CAMERA.



A band of Russian revolutionists entering the Brotherhood Church Hall, Southgate-road, N., where their meetings are being held.—(Park.)

June 27, 1907. THE DAILY MIRROR.

RAIN OF BOMBS.

Revolutionaries Hurl Destruction Among Large Crowds of People.

TIFLIS, Wednesday.—About ten bombs were hurled to-day, one after the other, in the square in the centre of the town, which was thronged with people at the time.

The bombs exploded with terrific force, many people being killed and injured.

Window-panes, doors, and chimneys were shattered over a large area.—Reuter.

TIFLIS, Later.—It now appears that the bomb outrage was connected with an attack on a Treasury van which was escorted by five Cossacks and two other soldiers.

The van, which was proceeding from the Post Office to the local branch of the Imperial Bank, contained a sum of £25,000. When the van reached the Erivan-square, a bomb was thrown, and an appalling explosion ensued, striking terror among the large number of people in the square, scattering them in all directions.

In order to increase the confusion the robbers threw bomb after bomb, which burst with deafening reports. Two employees of the Imperial Bank were hurled out of the van, which, together with the bags containing the money, disappeared without leaving any trace behind it.

The number of victims has not yet been ascertained, but it is known that two soldiers were killed and that the robbers got away with the sum of £25.000.—Reuter.

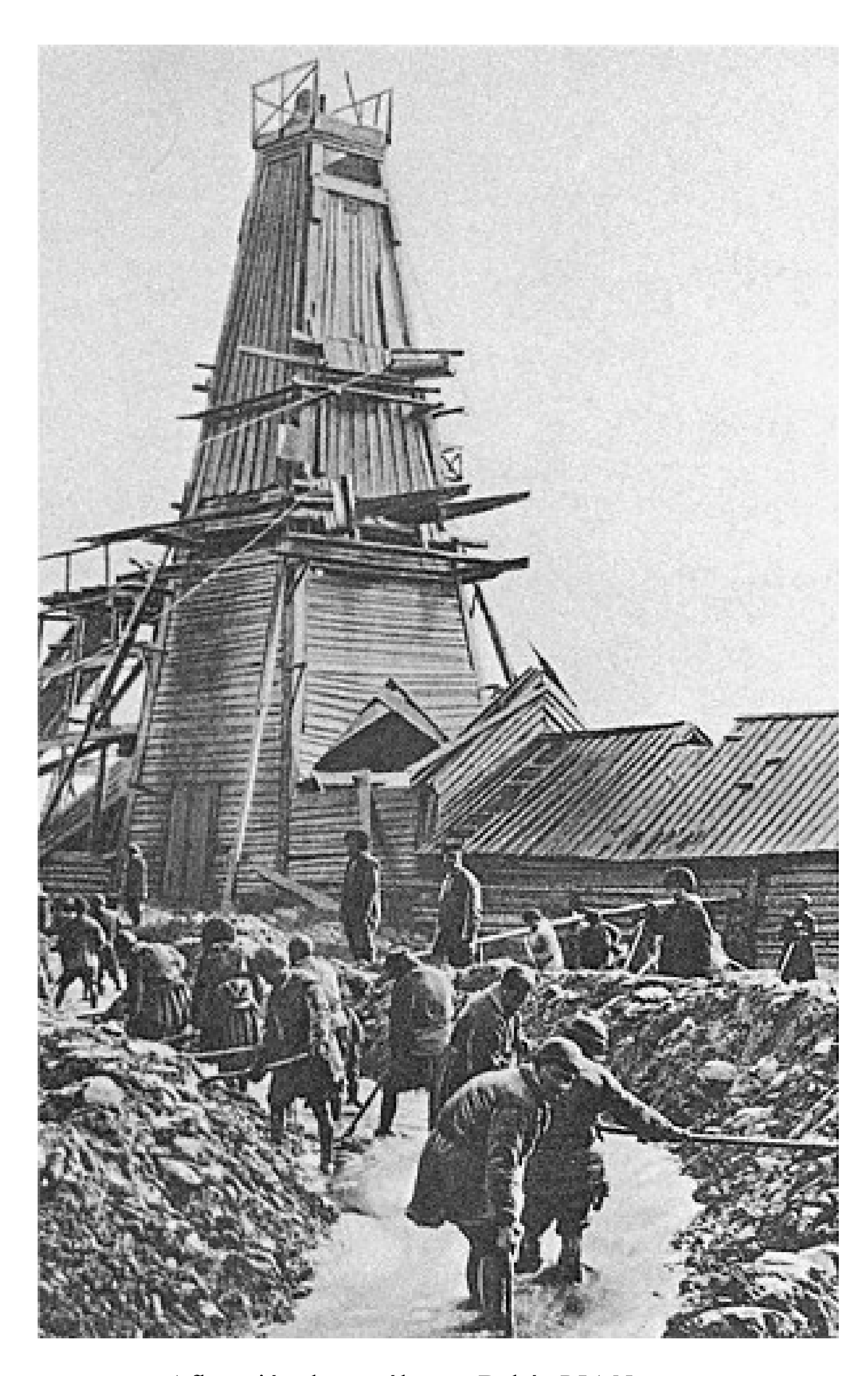
Extracto del *Daily Mirror*, 15 de mayo de 1907. *Mirrorpix*



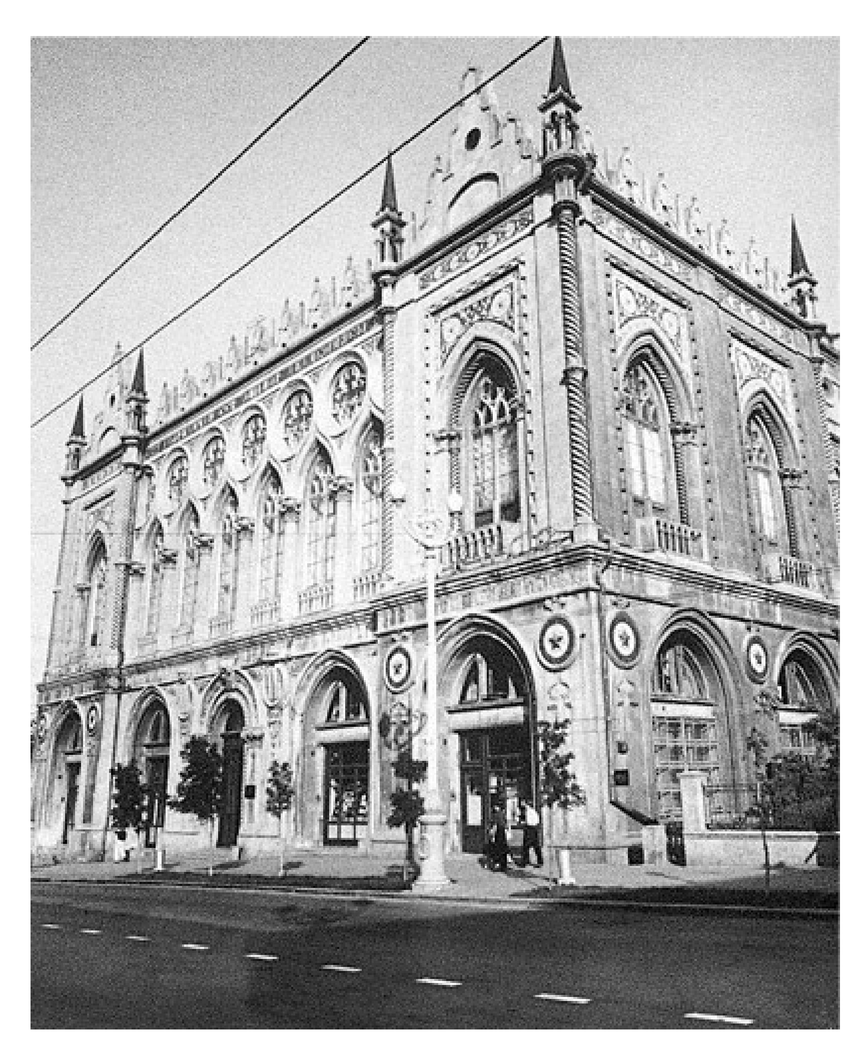
Sergo Ordzhonikidze. *Colección de David King*.



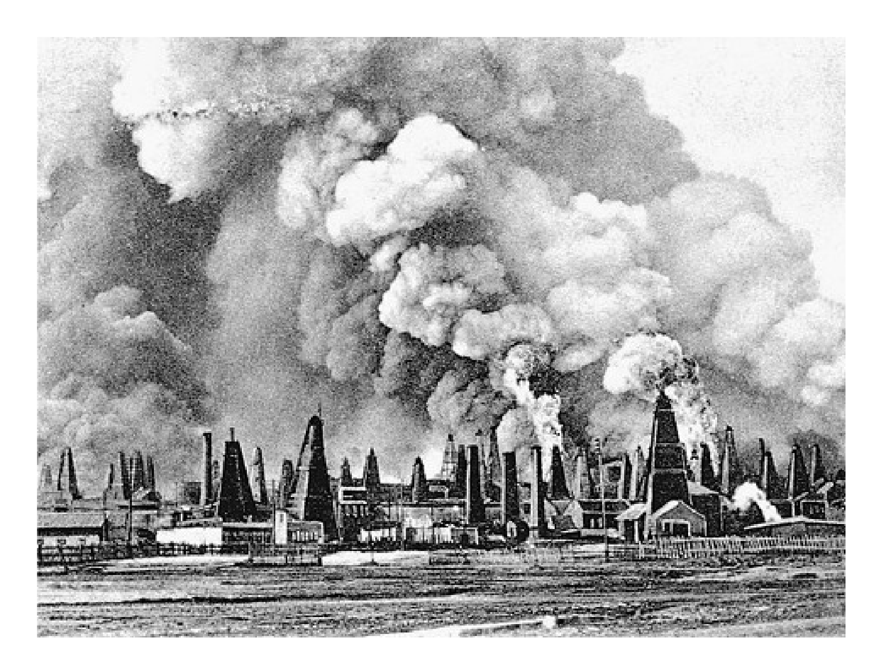
Ficha policial de Kamo, ca. 1908. *Colección de David King*.



Afloración de petróleo en Bakú. *RIA Novosti*.



Palacio de Nagayev en Bakú. *Getty*.



Pozos de petróleo en llamas, Bakú, 14 de septiembre de 1903.
Roger Viollet/Topfoto.



Murtuza Mukhtarov y su esposa Liza. *Azerbaijan International Magazine*.



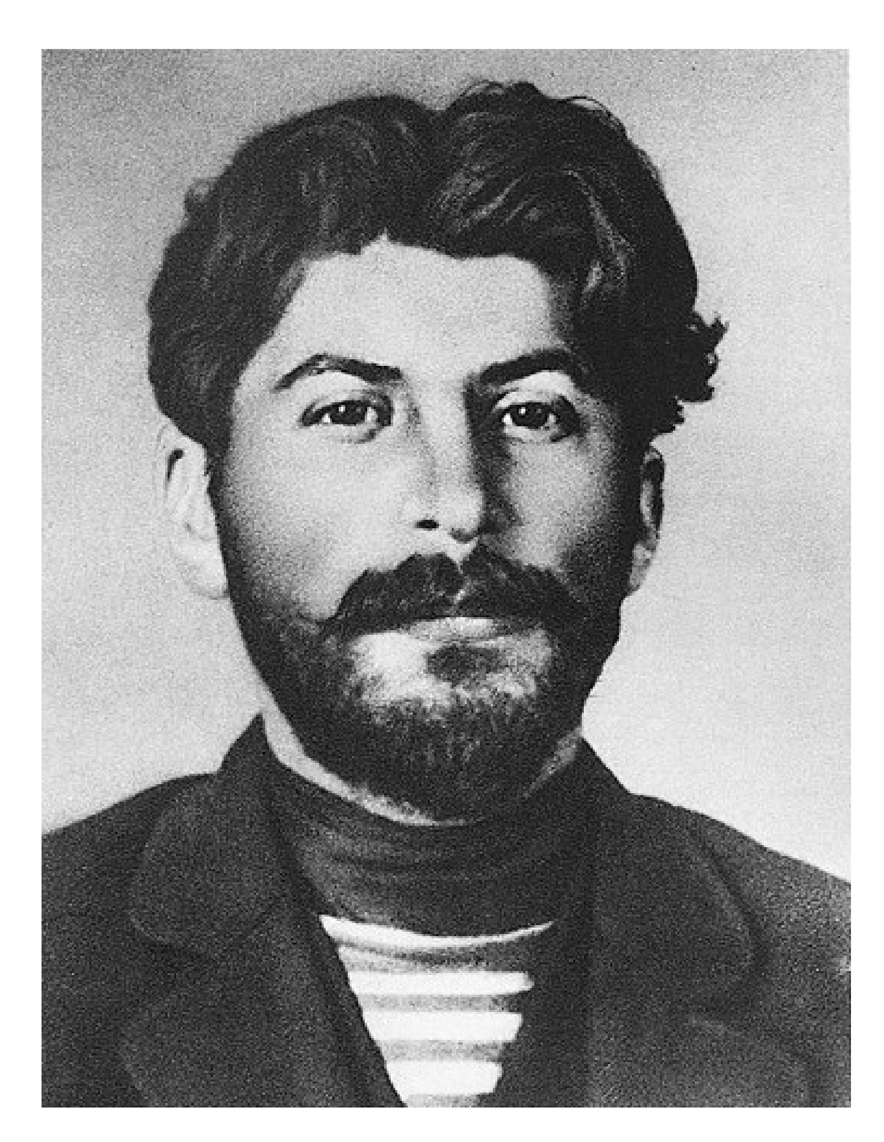
Stalin y la familia de Kato junto al cadáver de ésta, 1907.
Colección de David King.



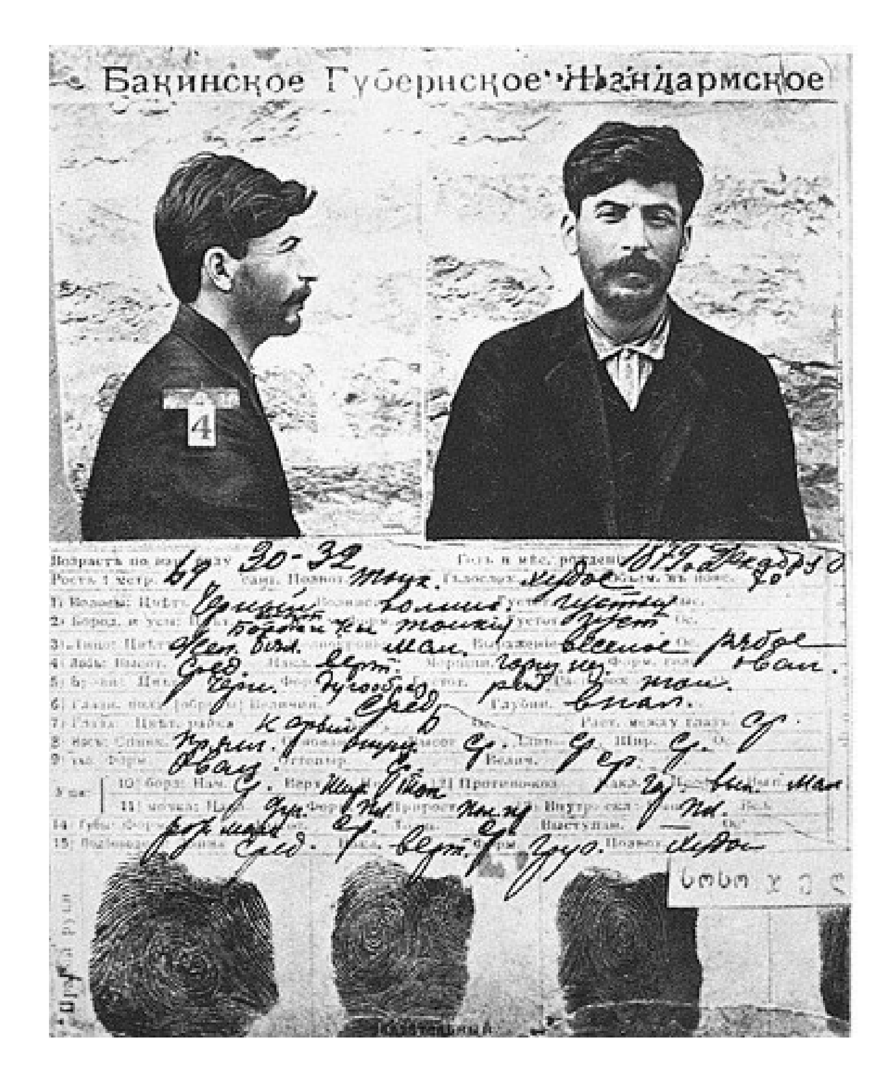
Alvasi Talakvadze. *Museo estatal Khariton Akhvlediani, Batumi*.



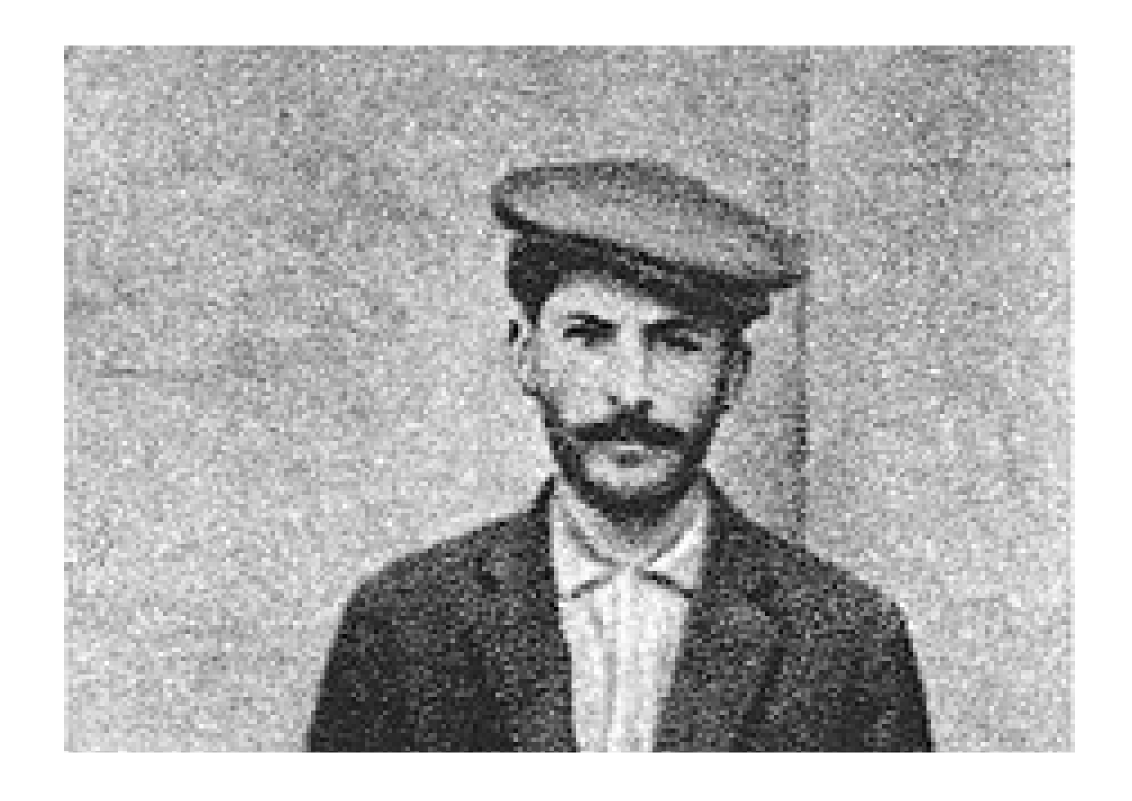
Ludmilla Stal. *Azerbaijan International Magazine*.

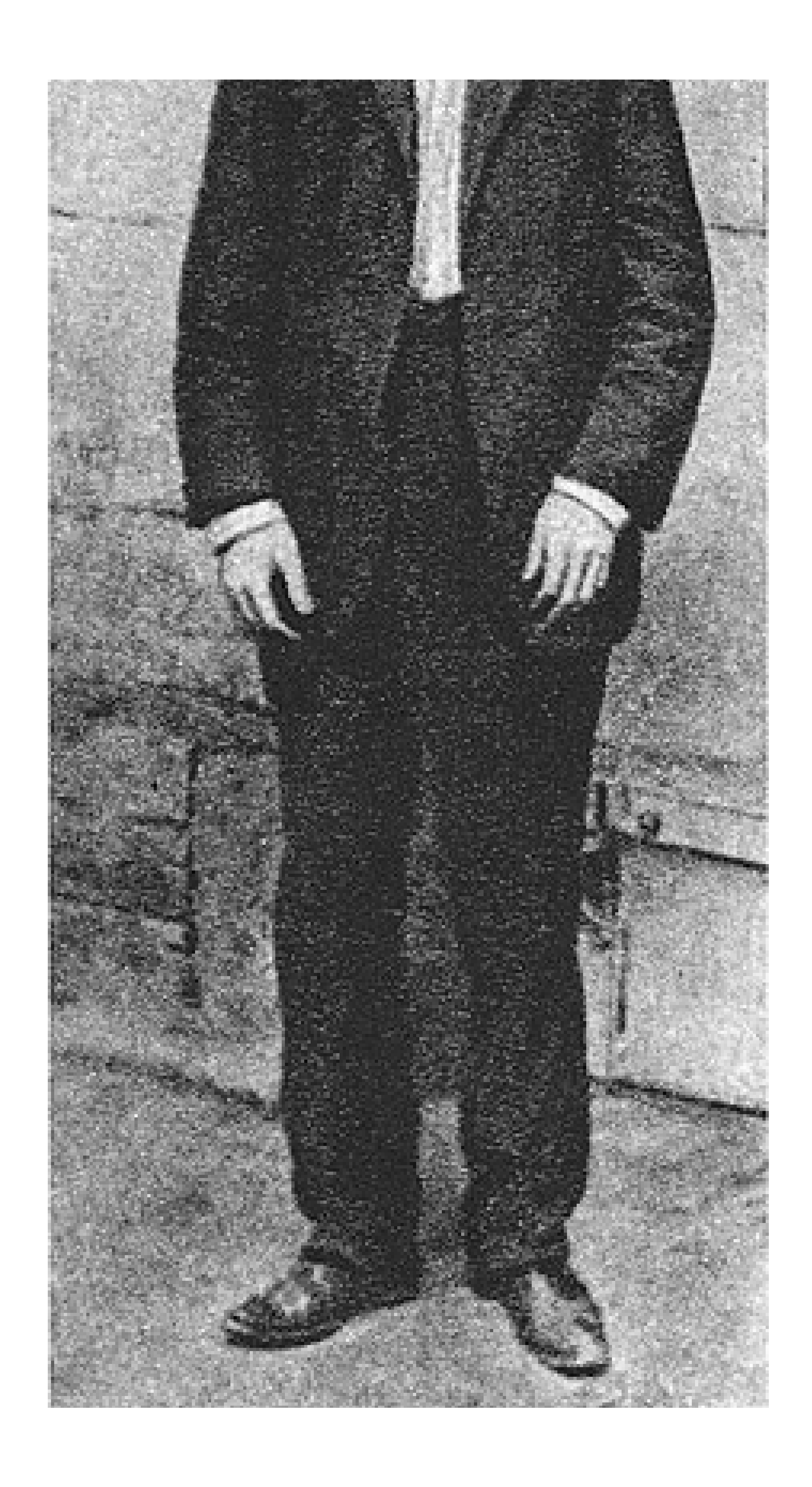


Stalin prosperó en la clandestinidad, mientras estuvo en busca y captura, entrando y saliendo de la cárcel, persiguiendo espías dentro de su propio partido y fugándose repetidamente de sus destierros en Siberia. Stalin en Bakú, en 1908.



Stalin cuando fue detenido en 1910. *Colección de David King*.





El Célebre Soso llevaba una vida agitadísima por aquel entonces, yendo primero al este, a Tiflis, luego al oeste, a Batumi, y desde allí a Kutaisi, al frente de sus Escuadrones de Combate. «El terrorismo asumió unas proporciones gigantescas», decía el barón Bibeneishvili, que era precisamente un terrorista bolchevique. Daba la impresión de que todos los jóvenes revolucionarios trapicheaban con artefactos explosivos, robaban pistolas o atracaban bancos. «Casi a diario había un "asesinato político" o un ataque contra algún representante del antiguo régimen». Los terratenientes, la Gendarmería, los oficiales, los cosacos, los agentes de la secreta y los traidores eran asesinados regularmente a plena luz del día. En Tiflis, el exgobernador general Golitsyn había sobrevivido a un intento de asesinato a manos de un *dashnak* armenio gracias a que llevaba un chaleco de cota de malla. Entre febrero de 1905 y mayo de 1906, el virrey notificó al emperador que habían sido asesinados 136 oficiales, y habían resultado heridos 72. A lo largo y ancho del Imperio perdieron la vida o fueron heridos 3600 oficiales; estas cifras probablemente respondan a cálculos extraordinariamente bajos por parte de las autoridades. En Bakú, el gobernador, príncipe Nakashidze, fue asesinado por los *dashnak*, y su jefe de policía pereció a manos de un pistolero bolchevique.

«Había una gran rivalidad entre los partidos a la hora de cometer salvajadas terroristas», comentaba Davrichewy, el viejo amigo de Stalin de los tiempos de Gori. En Kutaisi, Soso ordenó a sus Escuadrones de Combate que se hicieran con armas atacando el arsenal de la provincia. Alquilaron una casa en las proximidades del edificio y excavaron un túnel subterráneo, pero se les vino abajo.

Después del Domingo Sangriento y de una serie de matanzas más en Tiflis, los cosacos resultaban especialmente odiosos. Stalin ordenó a Kamo y a sus terroristas que los

atacaran. Entre el 22 y el 25 de junio, los soldados de caballería del zar sufrieron cinco atentados con bombas.

En su palacio blanco de Tiflis, el virrey sexagenario, con sus sueños de decencia hechos añicos, estaba al borde de un ataque de nervios, mientras que en medio de la batahola revolucionaria, muy lejos de él, Stalin florecía en un ambiente férvido de lucha incansable. Los rufianes y asesinos analfabetos del estilo de Kamo siempre prosperan en los momentos en los que reina la ilegalidad, pero Stalin era un caso insólito, dado como era a participar en debates, a escribir y a organizar, pero también a preparar asesinatos y atracos. La dirección, el control y la provocación de disturbios eran su fuerte. El virrey proclamó la ley marcial y entregó el poder a sus generales[13].

Un día, un cura joven de la aldea de Tseva, entre Chiatura y la estación de Jirual, se encontraba en el bazar cuando de pronto lo saludó un desconocido.

—¡Soy Koba, de Gori! —dijo—. No estoy aquí de compras. Tengo un asunto privado que tratar con usted.

Se llevó a un lado al padre Kasiane Gachechiladze[*], y le dijo que sabía que era propietario de varios asnos. Le pidió que lo llevara a Chiatura cruzando los montes y añadió:

—Nadie conoce la zona mejor que usted.

El cura se dio cuenta de que aquel siniestro forastero sabía muchas cosas acerca de su persona y de su joven familia. Se percató también de que el pistolero del Escuadrón de Combate Rojo de la localidad, famoso como asesino de policías, se hallaba fuera del bazar montando guardia. «Por aquel entonces no había policía en Tseva; allí mandaba el Escuadrón Rojo». Koba de Gori, a todas luces un cabecilla de los rojos, solicitó cortésmente permiso al cura para utilizar sus asnos y le ofreció la considerable suma de 50 rublos para que le abriera una ruta a través de los montes. El dinero ayudó a mitigar la ansiedad del pope.

Stalin insistió en llevar al cura a tomar un trago en la taberna del pueblo.

—Ya le avisarán con antelación cuando yo vaya a venir —dijo Stalin antes de desaparecer—. Padre, no se retrase. Quiero hacer el viaje de ida y vuelta en un día. Los dos somos jóvenes.

Poco después el cura recibió el aviso. Stalin regresó con dos secuaces que le ayudaron a cargar los borricos con varias alforjas que contenían dinero, maquinaria de imprenta y probablemente munición. Stalin sabía que los trenes de Chiatura eran registrados con frecuencia y había llegado a la conclusión de que aquél era el modo más seguro de entrar en la «fortaleza bolchevique».

El cura y el exseminarista, precisamente de la misma edad, fueron todo el trayecto charlando. A veces se paraban debajo de un árbol y Soso recostaba la cabeza en las rodillas del clérigo mientras echaba un sueñecillo. Durante la dictadura de Stalin, el padre Gachechiladze deseó haber matado a su compañero de viaje, pero por aquel entonces «impresionaba a todo el mundo. Incluso a mí me gustaba. Era comedido, serio y decente. Hasta me recitó unas cuantas poesías», añadiendo que eran composiciones suyas. Seguía estando orgulloso de ser poeta.

—Algunos de mis poemas fueron publicados incluso en los periódicos —comentó Stalin con orgullo. Aunque rara vez hablaba de política, afirmó:— La policía me busca porque un amigo mío de Chiatura se metió en una pelea por causa de una mujer y yo le presté ayuda.

Extendió el brazo que tenía rígido como prueba de que había participado en la pelea (pero no era más que otra versión de su invalidez). Stalin rezó antes de comer:

—¿Ve usted? Todavía me acuerdo —dijo riendo. Mientras caminaban iba cantando:— ¡La música tiene tanta capacidad de serenar el alma! —comentó en tono reflexivo.

Un campesino invitó al cura y al revolucionario a un verdadero banquete. Stalin, un poco achispado, cantó «con una suavidad tan aterciopelada» que los campesinos quisieron «casarlo con una de sus hijas».

El pope lo felicitó:

—¡Habrías sido un cura estupendo!

—Yo, hijo de un simple zapatero, rivalizaba con los hijos de los nobles y los superaba a todos.

Cuando llegaron a Chiatura, Stalin desapareció en el bazar con las alforjas y luego regresó con ellas vacías.

—Ahora por lo menos podré recostarme sobre ellas en el tren de vuelta a casa —comentó.

Su vida secreta durante 1905 parece una escena de una película mejicana de bandidos; en efecto, durante aquel verano revolucionario, el capitán de bandoleros llevó una reata de caballerías cargadas con alforjas llenas de balas y billetes robados hasta Chiatura cruzando los montes bajo un sol de justicia[14].

En Tiflis, los cosacos y los terroristas luchaban por el dominio de las calles. Cada día miles de personas se reunían en el ayuntamiento, situado en la plaza Ereván, abucheando al consistorio y proponiendo medidas cada vez más radicales. El 29 de agosto, una asamblea pública de estudiantes, en la que se discutía la propuesta presentada por Nicolás II de crear un parlamento de compromiso y una constitución que llevaría el nombre del Ministro del Interior Bulygin, fue brutalmente disuelta por los cosacos, que entraron en la sala de juntas pegando tiros. Hubo sesenta muertos y doscientos heridos.

Stalin regresó precipitadamente a Tiflis para encontrarse con su aliado Shaumian y planear una respuesta a aquella acción, utilizando la palabra escrita y la dinamita. Redactó un panfleto, regresó a Chiatura y todavía volvió a tiempo de coordinar una venganza espectacular, prevista para el 25 de

septiembre. «A la vuelta de Stalin», dice Davrichewy, «se dio la señal, una luz roja encendida en lo alto del Monte Santo. Sobre las ocho de la tarde, los gánsters abrieron fuego en el exterior de los principales acuartelamientos. Cuando los cosacos salieron al galope, arrojaron granadas contra aquellos asesinos de niños». Los terroristas de Stalin lanzaron nueve ataques simultáneos.

Los pistoleros y agitadores, tanto bolcheviques como mencheviques, habían empezado ya a cooperar en las calles. El 13 de octubre, Stalin y los bolcheviques se reunieron con los mencheviques y acordaron coordinar sus políticas y sus actividades terroristas para redoblar la presión sobre la autocracia, que parecía al borde del colapso. A lo largo y ancho del Imperio, los trabajadores y los soldados eligieron consejos o «soviets», el más famoso de los cuales se hallaba en San Petersburgo. Los campesinos arrasaban los campos, mientras que el 6 de octubre una huelga convocada en la vía férrea Moscú-Kazán desembocó en un paro general de todo el Imperio. Parecía que el zarismo estaba acabado.

«La tormenta que se avecina», escribía Soso, «estallará cualquier día sobre Rusia en un poderoso diluvio purificador que arrastrará consigo todo lo que esté anticuado y podrido».

En San Petersburgo, incluso Nicolás II, cuya intuición política era tan sensible como una piedra, se vio obligado a comprender que estaba a punto de perder su reino. Estaba dispuesto a firmar la paz con los japoneses, pero las concesiones políticas iban más allá de sus profundas convicciones de autócrata por la gracia de Dios. Envidiaba y odiaba a sus ministros más capaces, pero su madre y sus tíos lo obligaron a consultar al brillante ex Ministro de Hacienda, Sergei Witte. Antes de que partiera para firmar la paz con Japón en Portsmouth, New Hampshire, bajo los buenos auspicios del presidente norteamericano Teddy Roosevelt, Witte dijo enérgicamente al zar, al cual despreciaba, que concediera al pueblo una constitución. Nicolás II vaciló, pero luego pidió a su primo, el gran duque Nicolás Nikolaievich,

hombre de elevada estatura y porte marcial, que encabezara una dictadura militar.

En el momento en el que la autocracia de los Románov se tambaleaba, podemos observar una curiosa imagen de Stalin como capo de una banda de delincuentes decretando a quién había que matar y a quién no en los callejones de Tiflis[15].

15

1905: Combatientes, pillos y modistas

Una noche de finales de 1905 en Tiflis, Iosiv Davrichewy, el amigo de Stalin nacido como él en Gori, que capitaneaba por aquel entonces el brazo armado de los socialistas federalistas georgianos, oyó que había una pelea en un callejón al pie del Monte Santo. Encontró a Kamo, el encargado de imponer las decisiones de Stalin, amenazando con una pistola a un armenio desconocido.

—¡Si no devuelves los billetes a la caja fuerte que se suponía que debías vigilar, eres hombre muerto! —decía Kamo—. ¡Piénsalo! Contaré hasta tres. Una… dos… Cuidado, amigo… ¡Tres!

Davrichewy llegó corriendo y sujeto la mano de Kamo.

—¡Aquí no, idiota! No en esta zona. ¡Ya sabes que por aquí *llevamos* las cosas nosotros!

Aquellas calles eran controladas por la milicia de Davrichewy. Pero Kamo, que estaba «supernervioso», se soltó y descerrajó tres tiros al hombre.

«A la tercera detonación», dice Davrichewy, «salimos los dos corriendo». La víctima moribunda cayó sangrando al suelo.

—Por amor de Dios, ¿por qué metes las narices en nuestros asuntos? —preguntó Kamo cuando se vieron a salvo — Koba se pondrá furioso… Ya sabes que no siempre se anda con contemplaciones.

Davrichewy tampoco estaba muy satisfecho: «su» barrio se llenó enseguida de policías. Pero no acabó ahí la cosa.

Stalin envió a Kamo en busca de su paisano para que lo invitara a celebrar un conciliábulo. Cuando se reunieron, Davrichewy le echó «en cara haber matado al armenio en el barrio en el que estábamos nosotros encargados de mantener la seguridad».

—Escucha —replicó tranquilamente Stalin—. No te preocupes por nosotros. Kamo hizo lo que tenía que hacer y tú habrías hecho lo mismo. Ahora tengo una propuesta que hacerte. Vente con nosotros. Deja a los federalistas. Los dos somos de Gori. Recuerdo nuestros juegos y los admiro. ¡Vente con nosotros mientras todavía estés a tiempo! Si no…

—Si no, ¿qué? —preguntó Davrichewy.

Stalin «no respondió, pero frunció el ceño y su expresión se volvió dura[1].

Justo por esa época llena de acontecimientos que conmovieron el mundo, Stalin entró en la vida de la otra familia, aparte de los Alliluyev, cuyo destino se uniría inextricablemente al suyo. Soso pidió a su protegido, Svanidze, que le buscara un sitio donde vivir[*]. Svanidze, joven inteligente, rubio, de ojos azules, conocía el lugar idóneo. El piso situado en el número 3 de la calle Freilinskaya se hallaba justo detrás de los cuarteles del ejército, en pleno centro de Tiflis, cerca de la plaza Ereván. Tenía muchas ventajas: en primer lugar estaba lleno de hermosas muchachas georgianas. Las tres hermanas de Svanidze, Alexandra (Sashiko), Maria (Mariko) y Ekaterina (Kato), estaban al cargo del Atelier Hervieu, una próspera casa de modas que llevaba el nombre de su propietaria, una costurera francesa, *Madame* Hervieu, que confeccionaba uniformes y vestidos.

Las chicas eran de Racha (región del oeste de Georgia), famosa por la belleza de sus mujeres, dóciles y cariñosas. Sashiko había contraído matrimonio hacía poco con Mijeil

Monoselidze, un bolchevique que conocía a Stalin de los tiempos del seminario, pero las otras dos muchachas estaban solteras. La más joven de las tres era Kato, una morena de atractivas curvas, «de una belleza cautivadora». Su taller de jóvenes modistillas convertía el piso en un lugar radiantemente femenino en el que vivir.

Un día, Svanidze se retiró un momento con Monoselidze y le «dijo que deseaba traerse al camarada Soso Djugashvili a vivir a nuestra casa y me pidió que no dijera nada a sus hermanas. Yo le aseguré que así sería», cuenta Monoselidze.

«De ese modo, en 1905 Aliosha invitó a venir a quedarse en nuestra casa a un tipo al que todos consideraban el jefe de la facción bolchevique», escribe Sashiko. «Iba pobremente vestido, estaba delgado, tenía una tez olivácea, la cara ligeramente marcada de viruelas, y era más bajo de lo normal. Era Soso Djugashvili».

«Nuestra casa», recuerda Mijeil Monoselidze, «estaba fuera de toda sospecha para la policía. Mientras mis compañeros realizaban actividades ilegales en una habitación, mi mujer confeccionaba los vestidos de las esposas de los generales en el cuarto de al lado». La sala de espera solía estar llena de condes, generales, y agentes de policía: era el domicilio y el cuartel general ideal para un cabecilla del hampa. De hecho Stalin celebró muchas de sus reuniones con gánsters y terroristas en el taller de *Madame* Hervieu, y escondía sus papeles secretos en los cuerpos de los maniquíes.

«Soso», recuerda Sashiko, «se pasaba días enteros escribiendo y preparando artículos para *Brdzola* y para el periódico *Akhali Tskhovreba* (“Vida Nueva”), editado por Monoselidze. Por las noches, una vez acabada su labor, desaparecía y no volvía hasta las dos o las tres de la madrugada». El cuartel general de Stalin era el hospital Mijailovski, a orillas del Kura, donde dirigía el taller de imprenta instalado en el sótano. En aquellos tiempos tan peligrosos, Stalin estaba, según cuenta Davrichewy, «siempre

dispuesto a sacar la pistola». Pero tuvo también tiempo para flirteos y para llevar a cabo sus crueles juegos.

Pimen Dvali, un bolchevique que era primo de los Svanidze, estuvo viendo en la casa y se pasaba el día durmiendo.

—¿Qué se puede hacer con él? —murmuraba con disgusto Stalin al tiempo que lo zarandeaba.— ¿Hay algo que te moleste? —le preguntaba irónicamente cuando se despertaba.

—No, querido Soso —respondía el dormilón, y volvía a quedarse roque.

Stalin «iba hasta donde se encontraba Dvali, liaba unos cuantos papeles de fumar, los colocaba entre los dedos de los pies del dormilón[*], y los encendía. Cuando Pimen sentía las quemaduras en los dedos, se despertaba y daba un brinco. ¡Nos partíamos de risa!».

Stalin se sentaba a leer panfletos socialistas o novelas a las tres hermanas y a las costureras, dice Sashiko, «o contaba chistes, hacía tonterías o volvía a meterse con el dormilón de Pimen». En una ocasión en la que los padres de las chicas vinieron de Kutaisi a visitarlas, «Stalin cantó una canción romántica con tan poderosa emotividad, que todos quedaron hechizados, aunque pudieron comprobar que era un tipo duro y entregado en cuerpo y alma a la revolución», dice un primo de Kato. Siendo como era, Stalin podía entretenerse con juegos de poder muy malévolos. Un día las costureras exigieron de repente una subida de salarios. «Mi esposa y Kato se quedaron boquiabiertas», refiere Monoselidze, «porque las condiciones de trabajo de aquellas mujeres eran buenas. Pero luego se aclaró todo: Soso las había soliviantado. Nos reímos mucho. Y es que así era Soso…».

Kato, la más joven y la más bonita, estaba especialmente encantada[2].

Lejos del atelier en que vivía Soso en Tiflis, en la corte de los Románov, el gran duque Nicolás dijo al emperador que se

pegaría un tiro antes que encabezar una dictadura militar. A Nicolás II no le quedaban muchas más posibilidades. El 17 de octubre, concedió entristecido la primera constitución que tuvo Rusia, un parlamento electo, la «Duma Imperial», y cierta libertad de prensa. Nicolás no tardaría en lamentar su generosidad: su Manifiesto aceleró una hemorragia de furiosos disturbios y brutal violencia a lo largo y ancho del Imperio.

Al día siguiente, a orillas del Caspio, el peligroso polvorín que era Bakú estalló, en sentido real y figurado. Los armenios, capitaneados por los miembros del *dashnak*, fuertemente armados, vengaron los pogromos de febrero adentrándose en las zonas rurales con la intención de hacer una matanza en las aldeas azeríes. Al poco tiempo, los campos de petróleo estaban ardiendo. En la propia Rusia, 3000 judíos fueron asesinados en una orgía de pogromos que alcanzó su punto culminante en las calles de Odessa.

Stalin estaba en los bulevares de Tiflis: «Una multitud de manifestantes blandiendo las banderas de la revolución y de Georgia libre atestaba las calles. Una muchedumbre enorme se concentró ante el Teatro de la Ópera y, bajo un cielo resplandeciente de color verde esmeralda, se puso a cantar himnos de libertad», recuerda Iosiv Iremashvili. La alegría era «tan grande», comenta otro participante en los hechos, «que una mujer ricamente vestida se quitó la falda de seda roja que llevaba… e improvisó con ella una bandera». Iremashvili localizó a su amigo Stalin. «Vi cómo se subía a lo alto de un tranvía y gesticulaba dirigiéndose a la multitud». Pero la alegría de Stalin se hallaba atemperada por su desconfianza de las concesiones del zar: si se zarandeaba un poco más, era indudable que aquel trono podrido se vendría abajo.

La Duma era «una negación de la revolución del pueblo», escribía Stalin. «Aplastemos esa trampa y lancemos una lucha sin piedad contra los liberales enemigos del pueblo». El emperador había perdido Rusia. Y para recuperarla, tendría

que empezar de nuevo y «conquistar la inmensa Rusia por segunda vez[3]».

Stalin y sus amigos, los Svanidze y los Alliluyev, vivían unos tiempos muy especiales: el virrey sólo controlaba el centro de Tiflis y sus guarniciones. En el resto de la ciudad, «obreros armados patrullaban por las calles a modo de milicias populares», cuenta Anna Alliluyeva. «El número de sus integrantes aumentaba con los nuevos amigos que aparecían a las afueras de Tiflis montados en pequeños caballos de alquiler. Siempre nos deteníamos a contemplar a aquellos hábiles jinetes con sus capuchas, sus enormes abrigos de piel de oveja y sus botas altas de cuero… campesinos y pastores de las montañas[4]». Soso disfrutaba en medio de aquel drama. «¡El trueno de la revolución retumba!», escribía. «Escuchamos la llamada de los valientes… ¡La vida hierve a borbotones!»[5].

En las calles, Jibladze capitaneaba las milicias mencheviques. Stalin, Tskhakaya y Budu Mdivani formaban el alto mando de los bolcheviques. Las dos facciones eran aliadas, y cada una controlaba sus propios barrios obreros[6]. «Los suburbios de Tiflis», escribe Trotski, «estaban en manos de los trabajadores levantados en armas». Las barriadas de Didube y Nadzaladevi gozaban de tanta libertad que la gente las llamaba «Suiza». No obstante, un año después de la publicación del *Credo*, Stalin seguía teniendo una postura desviada y defendiendo una peculiar versión georgiana del marxismo que recibió los ataques del Comité Sindical. El desaforado Sergo Kavtaradze, uno de sus secuaces de Kutaisi, perdió la compostura y lo llamó «traidor».

—No pienso pelearme por eso. ¡Haz lo que te parezca! —respondió Stalin tranquilamente. A continuación encendió un pitillo y se quedó mirando fijamente sin parpadear a los ojos de Kavtaradze. Probablemente fuera entonces, al término de esta reunión, cuando los dos hombres llegaron a las manos. Kavtaradze arrojó una lámpara contra Stalin[7][*].

Las hermanas Svanidze organizaron en su casa una histriónica reunión dedicada a allegar fondos para las causas radicales y presentaron orgullosamente a Stalin a Minadora Toroshelidze, que quedó impresionada por el discurso del joven bolchevique.

—¡Camaradas! —dijo— ¿Creéis que podemos derrotar al zar con las manos vacías? ¡Nunca! Necesitamos tres cosas. Primero: ¡Pistolas! Segundo: ¡Pistolas! Y tercero: ¡Pistolas y más pistolas!

Él estaba dispuesto a conseguirlas. «Uno de sus primeros golpes —y el más atrevido— fue el saqueo a plena luz del día de tres arsenales de Tiflis», dice Davrichewy. «En aquellos tiempos, todo el mundo se armaba y no importaba de qué manera lo hiciera ni a qué precio[8]».

Las matanzas de Bakú y los pogromos de Odessa contribuyeron a aumentar la tensión en Georgia. Stalin iba y venía de Bakú a Tiflis y viceversa mientras el populacho de ambas ciudades intentaba asaltar las cárceles. La revolución parecía estar a punto de triunfar. En San Petersburgo, el soviet, presidido por Trotski, desafió al zar, presentándose audazmente a sí mismo como gobierno paralelo[**]. En Moscú, la milicia de los bolcheviques fortificó las sórdidas fábricas de Presnaya. Pero estaba a punto de darse la vuelta a la tortilla: el zar, deseoso de venganza, prestó su apoyo a los Cien Negros, organización antisemita y nacionalista que creó sus propios escuadrones de la muerte dedicados a matar judíos y socialistas por toda Rusia. Los generales de la línea dura llevaban las de ganar y fueron reunidos grandes contingentes de tropas. En Georgia, el emperador ordenó al general de división Alikhanov-Avarski que aplastara a los campesinos de Guria y a los mineros de Chiatura. ¡Llegaban los cosacos!

El 22 de octubre, siete escolares georgianos del elegante Gimnasio de Tiflis murieron a manos de unos rusos pertenecientes a los Cien Negros. En la pelea que se desencadenó a continuación hubo otros cuarenta y un muertos

y sesenta y cinco heridos. Los terroristas de Stalin se vengaron una y otra vez de los cosacos y de los Cien Negros rusos[9].

El 21 de noviembre se desató un tiroteo en el Bazar Armenio de Tiflis entre armenios y azeríes. Murieron veinticinco musulmanes. Stalin y los socialdemócratas sacaron a sus bandas a la calle dispuestos a separar a los contendientes, en la creencia de que la disputa había sido fomentada por la Ojrana. Tiflis era como «un caldero hirviendo», decía Trotski, y estaba al borde de la guerra civil. El virrey, desesperado, reconociendo que había perdido el control de la situación, ofreció al menchevique Jibladze 500 fusiles para que mantuviera la paz. Los Escuadrones de Combate lograron separar a los dos bandos, pero se negaron a devolver los rifles.

Davrichewy señala que los gánsters bolcheviques no participaron en la acción porque, al no tener al lado a Stalin, Kamo no fue capaz de decidir lo que debía hacer. «Durante el conflicto, Stalin se hallaba ausente de Tiflis». ¿Dónde estaba[10]?

Mientras Nicolás II se disponía a reconquistar su turbulento imperio y la ola de la revolución llegaba a su punto culminante, Stalin estaba de viaje en Finlandia para reunirse por primera vez con su «águila de las montañas»: Lenin.

16

1905: El Águila de las Montañas. Stalin conoce a Lenin

«Me alegré mucho de reunirme con el águila de las montañas de nuestro partido, un gran hombre, no sólo desde el punto de vista político, sino también físicamente», reflexionaba Stalin, «porque Lenin había tomado forma en mi imaginación como un gigante majestuoso e imponente». El 26 de noviembre de 1905, en una reunión del partido Stalin y otros dos individuos fueron elegidos para representar al Cáucaso en la conferencia de bolcheviques de San Petersburgo. Aproximadamente el 3 de diciembre, utilizando el alias de «Ivanovich», Stalin partió con destino a la capital del Imperio para reunirse con Lenin.

Mientras Soso y los otros delegados viajaban al norte en tren, el emperador desataba su violenta reacción: Trotski y los miembros del Soviet fueron detenidos. Stalin se presentó, tal como le habían advertido, en las oficinas del periódico socialdemócrata de San Petersburgo, *Novaya Zhizn* (»Vida Nueva»), pero habían sido asaltadas. Los georgianos anduvieron perdidos por las calles hasta que se encontraron con un amigo en la Perspectiva Nevski. Un rasgo curioso de esta época es que un forastero como Stalin pudiera ir paseando por el principal bulevar de la capital y encontrarse con alguien conocido. Sucedió en repetidas ocasiones. Pero no había tiempo para visitar los lugares dignos de ser visitados de la ciudad. El amigo les proporcionó alojamiento durante dos días hasta que encontraron a Krupskaya, la mujer de Lenin, que les dio dinero, nombres en clave y billetes de tren para trasladarse

a su nueva meta, Tammerfors, en Finlandia, el gran ducado semiautónomo del zar, donde las libertades extraordinarias de 1905 duraron un año más.

Stalin y los otros cuarenta delegados bolcheviques, mal disfrazados de maestros de excursión, salieron de San Petersburgo en tren y llegaron a Tammerfors (en la actualidad Tampere) a las 9.08 de la mañana del 24 de diciembre, alojándose en el Hotel Bauer, al lado de la estación: muchos de ellos tuvieron que compartir habitación. «¡Qué entusiasmados estaban todos!», recuerda Krupskaya. «La revolución estaba llegando a su zenit y todos los camaradas acogían este hecho con el mayor entusiasmo».

A la mañana siguiente, día de Navidad, Lenin inauguró la conferencia en la Casa del Pueblo, que era el cuartel general de los guardias rojos finlandeses, los milicianos obreros bolcheviques[*]. Stalin estaba dispuesto a esperar para ver a su héroe, convencido de que éste haría su aparición tarde, tras mantener en vilo a sus seguidores entusiasmados: tal era la forma en que, a su juicio, debía comportarse un líder. Pero, en cambio, Lenin ya estaba allí «a primera hora, charlando con los delegados más sencillos». ¿Y ése era un gigante? «Imaginaos mi decepción cuando vi a un hombre de lo más vulgar, más bajo de lo normal, en nada diferente de los demás mortales».

Vulgar como persona, pero excepcional como personalidad, Vladimir Illich Ulianov, conocido como Lenin, era bajo y rechoncho, prematuramente calvo, con una frente abultada y llamativa, y unos ojos penetrantes y oblicuos. Era un hombre jovial, su risa era contagiosa, pero su vida estaba regida por su fanática entrega a la revolución marxista, a la cual había dedicado su inteligencia, su pragmatismo despiadado y su agresiva voluntad política. De regreso en Tiflis, Stalin dijo a Davrichewy que era la mezcla de fuerza intelectual y de total sentido práctico que se daba en Lenin lo que lo hacía sobresalir «entre todos esos charlatanes».

Aristócrata por ambos progenitores, Lenin se crió en el seno de una cariñosa familia noble. Su padre era Inspector de Instrucción Pública en Simbirsk, y su madre era hija de un médico terrateniente elevado al cargo de Consejero Nacional. Descendiente de judíos, suecos y calmucos tártaros (a lo que debía sus ojos rasgados), Lenin poseía la seguridad dominadora de un noble[**]: en su juventud, había llevado incluso a los tribunales a algunos campesinos por causar destrozos en sus propiedades. Esta circunstancia contribuye a explicar el desprecio de Lenin por la vieja Rusia: «Rusos idiotas» era uno de sus insultos favoritos. Cuando era criticado por sus orígenes aristocráticos, respondía: «¿Y qué? Soy el vástago de una familia noble de terratenientes… Todavía no se me han olvidado los aspectos agradables de la vida en nuestras fincas… Así que, venga, ¡matadme! ¿Acaso soy indigno de ser revolucionario?». Desde luego nunca le preocupó lo más mínimo vivir de las rentas de sus posesiones.

El idilio rústico en la finca familiar terminó en 1887, cuando su hermano mayor, Alexander, fue ejecutado. Aquel acontecimiento lo cambió todo. Lenin se licenció como jurista en la universidad de Kazán, donde leyó a Chernyshevski y a Nechaev, empapándose de la disciplina de los terroristas revolucionarios rusos antes incluso de abrazar el marxismo. Tras su detención y el destierro en Liberia, se trasladó a Europa occidental, donde escribió *¿Qué hacer?*

«¡Gilipollas!», «¡Bastardos!», «¡Basura!», «¡Prostitutas!», «¡Idiotas útiles!», «¡Cretinos!», o «¡Solteronas cursis!» son sólo algunos de los insultos de los que colmaba a sus adversarios. Entusiasmado por la lucha, vivía en un furor obsesivo de agitación política, movido por una rabia intensa y un afán de dominar a sus aliados… y de aplastar a la oposición.

Le preocupaban poco las artes y la vida sentimental. La severa Krupskaya, de ojos saltones, fue más una administradora y una secretaria que una esposa, si bien Lenin

mantuvo un apasionado romance con Inessa Armand, hermosa mujer casada, rica y liberada, Una vez en el poder, no tuvo inconveniente en tener pequeñas aventuras con sus secretarias, según Stalin, quien afirma que Krupskaya se quejó de ello ante el Politburó. Pero la política lo era todo para él.

Lenin no era un orador brillante. Costaba trabajo oír su voz y no era capaz de pronunciar la «r» más que «al cabo de un minuto», según señaló Gorki, que lo conoció más o menos por esta época. «Como todos, yo también estaba absorto cuando escuchaba tratar con tanta sencillez unas cuestiones políticas tan complicadas». Viendo hablar a Lenin, Stalin se sintió «cautivado por aquella fuerza irresistible de una lógica que, aunque algo escueta, dominaba por completo a su público, electrificándolo poco a poco para después arrastrarlo por completo».

Pero a Stalin no lo pudo nunca tanto el amor que temiera contradecir a Lenin. Carecía de formación como político, pero ya se distinguía por su personalidad altanera y truculenta. Una vez observada debidamente el «águila de las montañas», se dio a conocer. Lenin le invitó a presentar un informe acerca del Cáucaso, pero cuando discutieron el asunto de las elecciones a la Duma Imperial chocaron. Lenin defendía la participación en las elecciones, pero el joven Stalin se levantó y lo atacó sin paliativos. Se produjo un silencio en la sala hasta que inesperadamente Lenin cedió y propuso que Stalin redactara la resolución.

«En los intervalos de la conferencia», escribe Krupskaya, «aprendíamos a disparar» Mausers, Brownings y Winchesters. Stalin por supuesto llevaba pistola. Al término de un debate, parece que salió precipitadamente de la sala y, enfurecido, disparó al aire su pistola, comportándose como un exaltado georgiano en medio de la frialdad glacial de Finlandia. Pero la conferencia había llegado demasiado tarde: la milicia bolchevique de Moscú se había levantado y se había puesto abiertamente en rebeldía. Los delegados se enteraron de que la Guardia Semyonovski del zar había asaltado brutalmente

Preensaya, el baluarte de los trabajadores. La sangre corría por las calles de Moscú.

Al mismo tiempo en Tiflis, el rudo capitán general del Cáucaso, el general Fiodor Griiazanov, y el general Alikhanov-Avarski, se disponían a recuperar la región y a acabar con los Escuadrones de Combate. «La reacción», dice Trotski, «había llegado a su punto culminante». La conferencia concluyó desordenadamente.

Stalin se consideraba superior a todos los demás delegados[*], excepto Lenin. «Entre todos esos charlatanes», decía jactanciosamente, «yo era el único que había organizado y capitaneado ya a combatientes».

Soso regresó a Tiflis en plena batalla[1].

Los generales concentraron a sus cosacos, rodearon los barrios de los obreros, prohibieron las reuniones, ordenaron disparar a los rebeldes en cuanto fueran vistos y prohibieron a todo el mundo llevar las típicas capuchas y capas caucasianas que permitían ocultar armas. El 18 de enero de 1906, el general Griiazanov comenzó su ataque. Jordania y Ramishvili ordenaron a sus partisanos, entre los cuales se encontraban Kamo y los bolcheviques, defender el barrio de los obreros de Tiflis.

Todavía combates en las calles cuando Stalin llegó al piso de los Svanidze unos cuatro días después. Anna Alliluyeva pudo contemplar desde su ventana cómo los cosacos «avanzaban, disparando en la oscuridad de la noche. Al amanecer, las tropas habían entrado en Didube y los caballos de los cosacos pasaban como exhalaciones por delante de nuestras ventanas; las calles habían sido rodeadas por los cosacos». Tiflis temblaba debido al «tiroteo ininterrumpido, el tableteo del fuego de la artillería y del paso de la caballería por las calles». Sesenta rebeldes perdieron la vida, 250 resultaron heridos, y 280 fueron detenidos. Los bosques de las laderas de las montañas, recuerda, estaban atestados de cadáveres. Olga vio a «dos prisioneros, uno de ellos con la cara

ensangrentada», y dio un grito al reconocer al «más valiente y querido de los jóvenes discípulos de Stalin».

—¡Kamo!

Mientras Griiazanov aplastaba Tiflis, el general Alikhanov-Avarski reconquistaba violentamente Georgia occidental. Los Escuadrones de Combate intentaron bloquear el túnel del ferrocarril que llevaba a Kutaisi, pero los cosacos fusilaban, saqueaban, incendiaban y ahorcaban a medida que iban avanzando. Tomaron Kutaisi. Sus «tropas, que mataban a todo aquel al que reconocían, incendiaron la ciudad, saqueando las tabernas y las tiendas», recuerda Tsintsadze. El oeste del país quedó reducido a «cenizas y carbón». Cuando todo estuvo perdido, Stalin, que se trasladó a la región, intentó convencer a los campesinos de que se desarmaran antes que perecer, pero ellos no quisieron escucharlo: «Me sentí impotente». Entonces Alikhanov-Avarski se trasladó al este con el fin de reconquistar los alrededores de Bakú, territorio desolado y sin ley, y los campos de petróleo del zar, que eran pasto de las llamas.

Tsintsadze y su hermosa compañera, Passia Goldava, organizaron una matanza de todos los sospechosos de traición, que fueron asesinados antes de que pudieran huir a Tiflis. Los pistoleros, que eran buscados en las provincias por los cosacos, encontraron refugio en la capital. Pero los tiempos de los Escuadrones de Combate de Stalin habían pasado. La organización volvió a las clandestinidad, donde Soso la reconvirtió en un escuadrón secreto de asesinos. Ya tenía una tarea dispuesta para él[2].

De nuevo en Tiflis, bajo el látigo de los cosacos, Stalin y los mencheviques se reunieron para aprobar una sentencia de muerte. El general Fiodor Griiazanov —apodado Montón de Mierda, haciendo un juego de palabras con su nombre—, el azote de la revolución de Georgia, era el hombre más odiado del Cáucaso. Stalin mandó llamar a Tsintsadze, el más sanguinario de sus asesinos. Soso y los mencheviques, «en

colaboración», ordenaron conjuntamente a otro de sus pistoleros, Arsene Jorjiashvili, «perteneciente a la banda de gánsters de Stalin», que matara al general con la ayuda de Kamo. Pero Stalin hizo al mismo tiempo a Tsintsadze el siguiente encargo:

—Prepara a unos cuantos buenos elementos y, si Jorjiashvili no consigue hacer su trabajo en una semana, te lo confiaremos a ti.

Tsintsadze y dos de los mejores pistoleros de Soso empezaron a seguir al general mientras que el otro grupo intentaba matarlo primero[*].

Al cabo de dos días hubo dos asesinatos frustrados, siendo cancelados los dos por hallarse el general en compañía de su esposa. Mientras tanto, Griiazanov supervisó otra matanza en las calles de Tiflis.

El 16 de febrero, el general, flanqueado por una formidable guardia de cosacos, salió al galope del Cuartel General del Ejército. Sin hacer caso de unos cuantos operarios georgianos que estaban pintando las barandillas de los Jardines Alexander, situados enfrente del palacio del virrey. Cuando el carruaje pasó por delante de ellos, los obreros dejaron las brochas y arrojaron al interior unas cuantas «manzanas» —granadas de fabricación casera—, que hicieron pedazos al Carnicero de Tiflis. Los cosacos salieron en su persecución. Los pistoleros escaparon, pero Jorjiashvili, que había resultado herido, fue capturado y ejecutado inmediatamente, convirtiéndose de la noche a la mañana en un héroe en toda Tiflis.

¿Quién más formaba parte del comando? Los historiadores solían coincidir en afirmar que fueron los mencheviques los autores del atentado, pero en realidad fue una acción conjunta. Tsintsadze explica que Stalin y los mencheviques colaboraban por aquel entonces «en la misma organización». Un terrorista armenio dijo que Stalin había sido el que había encargado la comisión del atentado. Davrichewy especifica que el otro pistolero fue Kamo. Durante los años veinte, dos terroristas

bolcheviques reclamaron una pensión por matar a Griiazanov, y sus solicitudes han aparecido recientemente en los archivos georgianos. Parece que Stalin encargó el atentado a terroristas mencheviques y bolcheviques.

Más tarde un obrero afirmaría haber visto por las inmediaciones a Stalin observándolo todo, y la noticia parece cierta pues, al parecer, resultó herido por los fragmentos de metralla o al intentar huir precipitadamente de los cosacos.

Una noche, dice Sashiko, Stalin no se presentó en la casa. Las chicas estaban preocupadas: ¿Habría sido detenido? Luego, Soso les dijo que había salido corriendo a coger el tranvía, perseguido por la policía, y que había resbalado, hiriéndose con tan mala fortuna que Tskhakaya había tenido que llevarlo al Hospital Mijailovski y esconderlo en casa de Babe Bochoridze, y luego en otra casa segura, utilizando el pasaporte de un viejo amigo. Pero a raíz del atentado, se impuso el toque de queda en la ciudad y se pusieron controles por doquier. Los soldados registraron el piso y encontraron a «Giorgi Berdzenoshvili» (Soso) en la cama con un vendaje en la cabeza, otro en el ojo derecho y cortes y rasguños por toda la cara.

Los soldados rusos estaban confusos, pues sus órdenes no especificaban lo que debían hacer al encontrar a un hombre lleno de vendajes en la cama. Pero, como parecía demasiado enfermo para poder moverse, se marcharon a consultar a sus superiores y enviaron una carreta para trasladar a la cárcel a aquel enfermo de apariencia tan sospechosa. Para entonces, el paciente ya había desaparecido. No sería la primera ni la última vez que Soso utilizara el truco del misterioso hombre cubierto de vendas para escapar de la policía.

En la oscuridad de la noche, un camarada trasladó en un faetón a Stalin, «con la cabeza y el rostro vendados, oculto debajo de una capucha y un gran manto», a otro piso franco.

Cuando Stalin apareció en la casa contando que se había caído del tranvía cuando era perseguido por los *faraones*, las

hermanas Svanidze dieron un suspiro de alivio, especialmente Kato. Sashiko y su marido se dieron cuenta de que había algo entre los dos. «Poco a poco», señala Monoselidze, «cuando Soso vivía en nuestra casa, mi mujer y yo nos dimos cuenta de que Soso y Kato se gustaban…»[3].

17

El hombre de gris: Matrimonio, barbarie (y Suecia)

«Por iniciativa y orden de Stalin», decía uno de sus principales gangsters, Bachua Kupriashvili[*], se formó un grupo permanente de bandoleros. «Nuestra tarea consistía en proporcionar armas, organizar evasiones de la cárcel, atracar bancos y asaltar arsenales, y matar a traidores». Stalin encargó a Tsintsadze formar «el Grupo Técnico o Club de Incautadores Bolcheviques, que pronto sería conocido por otro nombre, la Druzhina, el Grupo, o simplemente la Cuadrilla».

El «cabecilla de los atracos», diría luego Stalin, «era Kote Tsintsadze, junto con Kamo». El amigo de la infancia de Stalin, detenido durante el asalto a Didube, había sido horriblemente torturado por los cosacos, que a punto estuvieron de cortarle la nariz. Pero Kamo no reconoció haber cometido ningún delito y fue liberado. «Podía soportar cualquier dolor», comentaba Stalin lleno de admiración, «era una persona increíble».

Soso exprimió a fondo su genio para lograr fondos para Lenin, viajando constantemente a Novorossiisk, a orillas del mar Negro, y a Vladikavkaz, en Osetia. En Tiflis, ordenó a las escuelas y al propio seminario entregar el dinero recaudado entre los profesores, al tiempo que preparaba discretamente a la Cuadrilla para que organizara sus extorsiones a cambio de protección.

Según varias fuentes, Stalin ordenó que se hiciera llegar a cierto hombre de negocios una carta ilustrada con «bombas, un cuerpo destrozado y dos puñales cruzados», y luego se

presentó a cobrar el dinero con una Mauser al cinto. Pero su primer biógrafo, Essad Bey, muy poco fiable a pesar de que a menudo está bien informado[*], afirma que «Soso obtenía información» acerca de sus víctimas acaudaladas «de su amante, Marie Arensberg, esposa de un hombre de negocios alemán de Tiflis». Pero los atracos a bancos constituían la manera más rápida de conseguir grandes sumas de dinero.

«Fue Stalin», dice Davrichewy, el otro célebre atracador de Gori, «el que realmente inauguró la época de los robos a bancos en Georgia». La Cuadrilla se las arregló para llevar a cabo una serie de intrépidos golpes en 1906, aunque, como dice la menchevique Tatiana Vulikh, «Tiflis estaba en guerra; había patrullas rondando día y noche por las calles, que acordonaban manzanas enteras».

En primer lugar Tsintsadze dio un golpe en la casa de empeños de la ciudad, entrando en el establecimiento con el revólver en la mano y embolsándose unos cuantos miles de rublos. «Un día los gánsters de Stalin atracaron, a punta de pistola, la sede del Banco Agrícola de Georgia en Tiflis, situada enfrente del palacio del virrey, a plena luz del día», recuerda Davrichewy. «Al grito de “¡Manos arriba!”, agarraron los fajos de billetes y desaparecieron efectuando disparos al aire. Kamo iba al frente del comando, siguiendo un plan ideado por Stalin, organizador extraordinario».

La rivalidad entre los bandoleros se intensificó, pero existía también una gran camaradería entre ellos. «Los principales atracadores», decía en tono jactancioso Davrichewy, «eran todos de Gori». Era él el que había dado el golpe más importantes hasta ese momento, embolsándose más de 100 000 rublos para los socialistas federalistas en un robo perpetrado en Dusheti. Stalin, Tsintsadze y Kamo respondieron a tanto arrojo con robos cada vez más intrépidos. Atracaron un tren en Kars, aunque el golpe salió mal y en el consiguiente tiroteo perdieron la vida varios integrantes de la banda. Luego, en noviembre de 1906, Kote asaltó la silla de

posta de Borzhom, pero los cosacos de la escolta repelieron el ataque. En el tiroteo, los caballos de la diligencia salieron corriendo desbocados con el dinero.

Después asaltaron el tren del oro de Chiatura, que transportaba los salarios de los mineros. Tras hacer parar el tren, los gánsters libraron una batalla a tiros con los cosacos durante dos horas, matando a un soldado y a un gendarme antes de que la Cuadrilla pudiera largarse con 21 000 rublos «de los cuales mandamos 15 000 a la facción bolchevique [a Lenin en Finlandia] y nos quedamos el resto para nosotros con el fin de preparar futuras incautaciones», recuerda Tsintsadze.

Luego, los bandoleros de Stalin atracaron la diligencia de Kadzhorskoe, embolsándose otros 20 000 rublos. Una parte del dinero se la quedaron para financiar *Brdzola*, el periódico de Stalin, pero la cantidad más importante se la enviaron a Lenin, escondida en botellas de vino georgiano.

«Todos eran grandes amigos y todos los querían: cariñosos, amables, siempre risueños… y dispuestos en todo momento a ayudar a todo el mundo», recuerda Tatiana Vulikh, que conocía bien a los gánsters. La Cuadrilla estaba formada por unos diez individuos, entre los cuales se hallaban las pistoleras Patsia, Anneta y Alexandra. Los gánsters vivían en un par de pisos, los hombres en una habitación y las mujeres en otra. Ninguno de ellos leía mucho, excepto dos de las chicas. Tuberculosos en su mayoría, «eran tan pobres que a menudo tenían que pasarse el día en la cama porque entre todos no tenían pantalones suficientes que ponerse».

Stalin tenía trato con Kamo y Tsintsadze, pero habitualmente daba las órdenes a la Cuadrilla a través de un guardaespaldas al que llamaba su «Asistente Técnico»[*], aunque los camaradas lo apodaban jocosamente el «Ayudante de Soso». Así, pues, aquel «gran conspirador que raramente andaba en compañía de otros camaradas» se mantenía, por lo general, al menos a cierta distancia de los simples bandoleros. A espaldas de los pistoleros, Stalin tenía su propia red de

informadores y de mensajeros: los chiquillos del caravasar de Tamamshev y de diversas imprentas iban constantemente de un lado a otro, entregaban los panfletos, y reunían información.

Aquellos gánsters no robaban para ellos. Los pistoleros de otras bandas gastaban el dinero robado en ropas, mujeres y vino, pero Stalin no mostró nunca el menor interés por el dinero, compartiendo siempre todo lo que tenía con sus camaradas. «Stalin vestía como un pobre», escribía Jordania, «andaba siempre necesitado de dinero y en eso se diferenciaba de otros intelectuales bolcheviques, como Shaumian, Majaradze, Mdivani y Kavtaradze, que disfrutaban de la buena vida». Los gangsters de Soso compartían con él la fe marxista y el ascetismo. Su «evangelio era el opúsculo *¿Qué hacer?* de Lenin. Estaban dispuestos a seguir a Lenin incluso en contra del partido», dice Vulikh. «Su objetivo era sencillamente hacerse con 200 000 o 300 000 rublos y dárselos a Lenin diciendo: "Puedes hacer con este dinero lo que quieras"».

La fascinación del bandolerismo ocultaba una brutalidad psicótica de corte mafioso: robar una parte del botín significaba la muerte. Según atestigua Davrichewy, Stalin ordenó a Kamo que ejecutara a un camarada sospechoso de quedarse con carne entre las uñas. Cuanto más grande era el éxito, más peligrosa era la tentación. Tras el golpe por valor de 100 000 rublos perpetrado por Davrichewy en Dusheti, los gánsters federalistas se pelearon, matándose entre ellos para repartirse el botín. Uno de los cabecillas robó una parte del dinero, y para despistar a los demás echó la culpa a los campesinos en cuyo huerto lo habían enterrado en un principio. Haciendo gala de la fraternidad propia de los ladrones de bancos, el federalista corrupto pidió a un pistolero de Stalin, Eliso Lominadze, que recuperara lo perdido. Lominadze torturó a los campesinos durante toda una noche hasta que se dio cuenta de que no habían sido ellos los que habían robado el dinero. «Más tarde se sentiría desolado por haber sido tan cruel con unos inocentes», dice Vulikh. No

dudó, pues, en matar al verdadero culpable que le había hecho aquel ignominioso encargo. De haber encontrado el dinero, probablemente lo habría robado para dárselo a los bolcheviques. En cualquier caso, los socialistas federalistas se quedaron sin el dinero: la Ojrana se dio cuenta de que sus líderes gastaron el resto del botín en los casinos de la Costa Azul.

La policía secreta se esforzaba lo indecible en localizar a los culpables de los robos: una vez que descubrieron la existencia de Iosiv Davrichewy, le echaron la culpa de la mayoría de ellos. Pero primero lo confundieron con Stalin, pues los dos eran de Gori y tenían el mismo diminutivo, «Soso»; y luego confundieron a ambos con Kamo y Tsintsadze. «"Kamo" *es* "Tsintsadze"», comunicaba la policía secreta, «que se fugó de la cárcel de Batumi y llegó a Tiflis, donde ha colaborado con Iosiv Djugashvili (cuyo alias debe de ser "Soso")».

En aquel mundo de heroicidades de capa y espada y de sórdidos asesinatos, las ideas que tenía Stalin sobre el valor de la vida humana evolucionaron: «Cuando se enteraba de que un camarada había muerto en el curso de una incautación, Soso decía: "¿Qué le vamos a hacer? No puede uno coger una rosa sin pincharse con las espinas. Las hojas caen de los árboles en otoño… pero salen otras nuevas en primavera"[1]».

Los atracos de Soso, sin embargo, eran sólo un medio para conseguir un fin: la toma del poder. Así, pues, el muchacho que había estudiado la vida de Napoleón incluso en medio de las ruidosas fiestas de borrachos, se burlaba de sí mismo diciendo que «podía apoderarse de Tiflis y que era capaz de tomar la ciudad por medio de una rebelión armada… había encontrado un mapa no sabía dónde». Le gustaba extender el mapa en el suelo de sus escondites, desplegando regimientos imaginarios en forma de soldaditos de plomo. El hijo de uno de sus huéspedes fue corriendo a decirle a su padre que «el tío Soso» estaba «jugando a los soldaditos». Cuando el incrédulo

anfitrión entró en el cuarto, se encontró a Stalin tumbado en el suelo moviendo unos soldaditos de plomo sobre el mapa de Tiflis. Soso levantó la vista y dijo en tono jactancioso:

—He sido nombrado capitán general del alto mando del partido para idear un plan.

Probablemente planeara sus atracos con el mismo esmero[2].

Las historias acerca de operaciones militares tan decepcionantes como ambiciosas resultan especialmente reveladoras porque Stalin, que se jactaba de estar actualmente al mando de la batalla, siempre se consideró a sí mismo un «militar», un general en jefe nato, según su hija Svetlana. Un día el «tío Soso» jugaría realmente a los soldaditos con los ejércitos soviéticos, integrados por más de diez millones de hombres, que tomaron Berlín; pero aquellos soldaditos de juguete eran lo más cerca que había estado nunca de una verdadera instrucción militar.

Los atracos a los bancos financiaban los periódicos de Stalin, cuya publicación en la imprenta clandestina que tenía el partido en Avlabar requería el desembolso de grandes cantidades de dinero. Stalin los editaba y escribía para ellos artículos que firmaba con los nombres «Besoshvili» (Hijo de Beso) y «Koba».

«Recuerdo perfectamente», dice Monoselidze, «que Soso encargó a Majaradze [editor de los periódicos junto con él] escribir dos artículos y llevarlos a la imprenta a las nueve de la mañana, pero éste no apareció hasta mediodía del día siguiente, diciendo que todavía no los había escrito… Soso entró y preguntó cómo era que el periódico iba tan retrasado y se lo expliqué. Le rechinaban los dientes, se puso un cigarro entre los labios y se enfrentó a Majaradze, cubriéndolo de improperios… Entonces sacó los artículos de su bolsillo y los imprimimos». Él mismo los había escrito por su cuenta por si acaso.

Stalin era un «organizador maravilloso», opinaba Monoselidze, «y enormemente serio, pero rara vez perdía la compostura. Soso no tenía muchas veces dinero ni para comprarse cigarrillos. En una ocasión, Kato lo dejó pasar a media noche. Me enseñó lo que traía —verduras frescas, pepinillos, cabezas de cordero y de cerdo cocidas, y dos botellas de vino tinto».

—¡Venga, hombre! —exclamó— ¡Hagamos una fiesta! ¡El partido me ha dado un sueldo de 10 rublos!

En aquel cuartel general, mitad taller de alta costura, mitad nido de terroristas, la Revolución hizo mella también en Kato, mujer de carácter apacible: cuando los cosacos hicieron la matanza de estudiantes y obreros en la plaza Ereván, ella no se movió de la plaza. Sus hermanas, temerosas de que hubiera muerto, la encontraron ayudando a los heridos en una escena que recordaba un pequeño campo de batalla.

Stalin y Kato se enamoraron. Incluso cuando él estaba huido y era perseguido, volvía sigilosamente al salón de *Madame* Hervieu para entrevistarse con la muchacha. Un día que había acudido a una cita en el taller, el teniente Stroev de la Gendarmería llegó a la casa con dos perros de presa alemanes. *Madame* Hervieu entró precipitadamente y avisó a los amantes. Soso escapó saltando por una ventana trasera, aunque lo más probable es que el gendarme hubiera ido sólo a encargar inocentemente un uniforme nuevo. A Stalin le encantaba este tipo de huidas. Visitaba tan a menudo a su amiga Minadora Toroshelidze después del anochecer que la suegra de la activista menchevique empezó a murmurar que, si seguía así, su reputación iba a quedar en entredicho.

—¿Qué voy a hacerle yo? Si me ven de día, me echan el guante —replicaba Stalin. Era con Minadora con la que le gustaba llamarse a sí mismo «el Hombre de Gris»[3].

El 15 de abril, llegó a oídos de la policía la existencia de la imprenta de Avlabar, el tesoro más valioso del partido, y los agentes se presentaron a buscarla. Los enemigos

mencheviques de Stalin lo acusaron de ser un agente doble, historia repetida como una verdad indiscutible en la mayor parte de sus biografías. ¿Pero realmente fue él quien delató el paradero de la imprenta?

En marzo de 1906, Stalin asistió a una conferencia del partido en Tiflis y en Bakú luciendo «un gran abrigo y barba en su cara afilada, así como una chalina multicolor de rayas cruzadas, parecida al pañuelo que utilizan los judíos para hacer sus oraciones[*], y una especie de bombín». Razhden Arsenidze, un menchevique, declaró que Stalin había sido detenido después de la conferencia y luego misteriosamente puesto en libertad. «Fui testigo», dice Arsenidze, «de cómo Stalin era liberado de la Gendarmería y no aparecía en la cárcel de Metekhi a pesar de las historias que él contaba acerca de su aparición triunfal en ella entre los aplausos del resto de los prisioneros; no era más que la fantasía de un cuentista pagado de sí mismo. Corrieron muchísimos rumores acerca de su traición…».

Es indudable que Stalin fue detenido después de la conferencia, y posiblemente encarcelado en otra prisión de Tiflis como, por ejemplo, la de Ortachala, y luego liberado. Lo más probable es que utilizara sus ganancias mal adquiridas para sobornar a los gendarmes, que en cualquier caso estaban confundidos acerca de su identidad. Pero se atrajo y casi se ganó esa acusación debido a su actitud ruda y arrogante, y se convirtió en todo un profesional especializado en caminar siempre al borde del abismo. No existe la menor prueba de semejante traición; y en todo este episodio tenemos una laguna bastante grande.

Se dice que esta detención tuvo lugar por la época del asalto a Avlabar, pero lo cierto es que el 15 de abril estaba haciendo un largo viaje, por lo demás bien documentado, a miles de kilómetros de distancia, en Suecia[4].

Aproximadamente el 4 de abril de 1906, Stalin partió hacia Estocolmo para entrevistarse de nuevo con Lenin, y llegó a la

capital escandinava después de un viaje bastante cómico en el que se produjeron un naufragio y una pelea a puñetazos entre facciones a bordo de la nave.

Soso tomó el tren para San Petersburgo y desde allí se trasladó a Hangö en Finlandia con otros cien individuos que se embarcaron en la nave *Oihonna* rumbo a Estocolmo. Entre los pasajeros estaban Stalin, Krasin y un circo de payasos y domadores de caballos. Los mencheviques, siempre tan *snobs*, gastaron sus fondos comprando billetes de primera y no tuvieron inconveniente en relegar a los bolcheviques, menos refinados, a tercera. Los delegados bebieron demasiado y se enzarzaron en una pelea a puñetazos, aunque no está atestiguado si en ella participaron también los payasos. Parece que la brisa marina estimuló la agresividad de los revolucionarios, que, por aquel entonces, rara vez se privaban de una buena pelea cuando se presentaba la ocasión.

Después, para rematar aquella escena verdaderamente singular, justo cuando estaban entrando a puerto, el *Oihonna* naufragó y aunque fue enviado en su auxilio el *Solid*, una barcaza de salvamento, no pudo hacerse nada. Stalin pasó la noche en una nave a punto de irse a pique con un chaleco salvavidas hasta que fue rescatado. A continuación subieron a otro barco, el *Wellamo*, que finalmente los condujo a Suecia.

A su llegada a Estocolmo, Stalin tuvo que prestar declaración en la comisaría, donde fue interrogado por el superintendente Bertil Mogren, hombre con un vistoso bigote de foca que pertenecía al Departamento de Investigación Criminal de Suecia y que a menudo hacía de guardaespaldas del rey Oscar II. Stalin, según pudo comprobar, era «bajo, delgado, [con] cabello y barba negra, picado de viruela, de nariz grande, vestido con un gabán gris y gorra de cuero». Soso se identificó como el «periodista Ivan Ivanovich Vissarionovich, buscado por la policía [rusa]», utilizando el nombre de su padre —«Hijo de Vissarion»— como apellido. Dio además al superintendente Mogren su nueva fecha de nacimiento: 21 de diciembre de 1879. Llevaba 100 rublos en el

bolsillo y dijo que iba a quedarse dos semanas en el cochambroso hotel Bristol (ya desaparecido), cerca de la estación de Estocolmo, para luego trasladarse a Berlín.

El IV Congreso, que se inauguró el 10 de abril, era una reunión mucho más importante que la conferencia de Finlandia, pues sus 156 delegados representaban a la unión de bolcheviques, mencheviques, socialistas polacos y bundistas judíos. La mayoría de los mencheviques eran georgianos: los bolcheviques estaban en minoría. Jordania, Isidore Ramishvili y Uratadze, recién salidos de la cárcel de Kutaisi, estaban entre los dieciséis georgianos presentes en el congreso, de los cuales Stalin era el único bolchevique.

En Estocolmo conoció a muchos de los hombres[*] que serían importantes en su camino hacia la consecución del poder: en el hotel compartió habitación con un obrero metalúrgico, cartero a caballo y *dandy* de clase obrera (amigo de los cuellos duros y de los bailes de salón), Klimenti Voroshilov, llamado a convertirse un día en su Comisario de Defensa, Primer Mariscal y cómplice en la matanza de militares soviéticos de 1937. Rubio, de mejillas sonrosadas y ojos azules, Voroshilov, que también había sido chico de coro, quedó encantado del «alegre e ingenioso» Stalin, «un manojo de nervios y de energía», aficionado a sentarse en la cama y recitar poesías de memoria.

En el Congreso, Stalin pudo escuchar a los titanes del marxismo, Plejanov, Martov y Lenin, pero continuó orgullosamente en sus trece en lo tocante a las dos cuestiones principales: respecto a los campesinos, Lenin proponía la nacionalización de las tierras, mientras que los mencheviques hablaban de municipalización. Stalin rechazaba ambos planteamientos: el hombre que un día habría de supervisar la muerte de diez millones de campesinos en su campaña de colectivización, proponía en aquellos momentos entregar las tierras a los agricultores. Lenin fue derrotado con la ayuda de Stalin.

Cuando el Congreso debatió si convenía presentarse o no a las elecciones a la Duma Imperial, la mayoría de los bolcheviques se mostraron en contra, pero Lenin apoyó la idea y votó al lado de los mencheviques, cuya moción resultó ganadora. Stalin se abstuvo. Aquella reunión se llamó de forma harto optimista el Congreso de la Unidad, pero sencillamente los bolcheviques fueron derrotados a la hora de las votaciones. Lenin y Krasin, su civilizado experto en blanqueo de dinero y maestro en el arte del terrorismo, se ausentaron cuando el Congreso aprobó una resolución por la que se prohibían los atracos a bancos. La derrota, escribe Stalin, «convirtió a Lenin en una fuente de energía comprimida que inspiraba a sus seguidores». Pero Lenin no tenía ninguna intención de acabar con sus atracos. Necesitaba acuciantemente dinero.

Lenin y Krasin debieron de discutir el asunto de los atracos con Stalin, pues éste hizo que Kamo se trasladara de Tiflis a Finlandia para recoger armas y bombas en la villa que tenían allí. En tal caso, aquélla debió de ser la primera vez que Lenin se percatara del valor de Stalin como activista clandestino despiadado y como vigoroso político independiente[5].

Durante el viaje de vuelta, Soso se reunió en Berlín con Aliosha Svanidze, que estudiaba en la universidad de Leipzig, pero en el mes de junio ya estaba en Tiflis[6].

«Cuando regresó Soso», recuerda Sashiko, «resultaba difícil reconocerlo. En Estocolmo, los camaradas habían hecho que se comprara un traje, un sombrero de fieltro y una pipa, de modo que parecía verdaderamente un europeo. Fue la primera vez que lo vimos bien vestido». Sashiko no fue la única de las hermanas en quedar impresionada.

«Soso y Kato nos confesaron sus sentimientos», dice Monoselidze. «Y nosotros nos decidimos a tomar cartas en el asunto».

El 15 de junio Soso intervino en una reunión secreta celebrada en el Teatro del Pueblo de Avlabar, hasta que los

hombres que habían puesto de vigilancia entraron precipitadamente a decir que la policía estaba rodeando el edificio. Los bolcheviques quemaron todos sus papeles. Pero era demasiado tarde para desaparecer. «Cuando la policía pidió explicaciones», refiere Minadora Toroshelidze, «todos dijeron que estaban “ensayando una obra”».

—Sabemos muy bien qué clase de actores sois —contestó la policía, pero los dejaron marchar.

Una vez fuera, Stalin saludó a Minadora Toroshelidze, llevándosela aparte junto con su patrono Tskhakaya.

—Kato Svanidze y yo vamos a casarnos esta noche —les dijo—. Estáis invitados a asistir a la fiesta que daremos esta noche en su casa.

Se decía que Kato era una morena «encantadora». «Era muy dulce y hermosa: hizo que mi corazón se derritiera», contaría Stalin a su hija Svetlana. Más tarde le confesaría a una amiga «cuánto la quería. ¡No puedes imaginarte qué vestidos más bonitos hacía!».

Una carta que le escribió desde Berlín, probablemente durante el viaje de vuelta de Estocolmo, demuestra cuánto la respetaba: «Las noticias de aquí no son nada halagüeñas», decía, «pero es inútil extenderse hablando de eso. Quizá encuentre a Aliosha y lo convenza para que siga el “mal camino”. A menos que eso hiciera infeliz a Ekaterina Semyonovna [Kato]. Tu amigo, Soso».

Kato veneraba a Soso «como a un semidiós», pero lo comprendía. Estaba «fascinada por Stalin y hechizada por sus ideas. Él era encantador y ella realmente lo adoraba», pero la muchacha sabía que él estaba entregado en cuerpo y alma a la causa y que tenía un temperamento duro. En la vejez, Stalin recordaría que «era toda una mujer de Racha, ¿sabes?». Con ello quería decir que era bondadosa, bonita y entregada. Pero no era sólo eso. Kato era una mujer culta y emancipada para lo que era habitual en Georgia, y socialmente era superior a Soso.

Ayudó a organizar la sección de recogida de fondos de los socialdemócratas y fue capaz de socorrer y curar a los heridos después de una matanza de los cosacos. Como ponen de manifiesto las memorias de su hermana, Kato sabía perfectamente que Stalin se dedicaba a organizar atracos, incluido el atentado de la plaza Ereván.

La joven quería una boda por la iglesia, y Soso se avino a sus deseos, a pesar de ser ateo. Pero la mayoría de los curas se negaron a casarlos porque Stalin, que por entonces utilizaba el nombre de «Galiashvili», sólo podía presentar documentación falsa. Finalmente, Monoselidze localizó al padre Kita Tkhinvaleli, en una iglesia situada por allí cerca, que conocía al novio de los tiempos del seminario. El cura se encargaría de casarlos, pero lo haría a las dos de la mañana.

En la noche del 15 al 16 de julio, la familia y los amigos contemplaron cómo Kato y Soso se casaban a la romántica luz de las velas en una pequeña iglesia actuando como testigo del novio Tskhakaya. Stalin, siempre tan desaliñado, «no iba vestido como un novio», dice Elisabedashvili, «y todos nos reímos mucho durante la ceremonia, especialmente el propio camarada Soso».

Luego, Sashiko organizó un banquete nupcial al que asistieron los pistoleros Kamo y Tsintsadze, con los cuales ya había empezado Stalin a planear el atraco de la plaza Ereván. Tskhakaya, el *tamada* —el maestro de ceremonias georgiano, encargado de hacer los brindis— contó chistes; Stalin «cantó dulces canciones con su bella voz», mientras que Kamo reía a carcajadas diciendo:

—¿Dónde están esos idiotas de la policía? Todos los hombres a los que buscan están aquí reunidos. ¡Podrían aparecer y atraparnos como a cabras!

Los novios estaban muy enamorados. «Me sorprendía que Soso, que era tan severo en su trabajo y con sus camaradas, pudiera ser tan tierno, cariñoso y atento con su esposa», refiere Monoselidze. Pero la Ojrana no tardaría en llamar a su puerta.

Al cabo de unas semanas[*], Kato podría comprobar qué duro era estar casada con un hombre cuya verdadera esposa y amante era la revolución.

La joven no tardó en quedar embarazada. «Él estaba pensando en todo momento cómo complacerla», dice Monoselidze, «cuando tenía tiempo… Pero cuando estaba metido en sus cosas, se olvidaba de todo». Keke, siempre tan realista, estaba encantada, pero hizo a su sobrina Anna Geladze la siguiente confidencia: «Soso se ha casado. Ella es toda una mujercita, pero yo me pregunto qué clase de vida familiar la espera»[7].

No tuvieron luna de miel. Stalin sólo aparecía en casa por las noches, llevando una vida de riesgo, siempre con el dedo en el gatillo, que no abandonaría nunca. Las despiadadas fuerzas de la reacción zarista mataban a menudo a los sospechosos, sin entretenerse en hacer más preguntas. «Bastante es», escribía Soso a los Svanidze, «que sigamos vivos y el resto ya se apañará».

En una ocasión, a las cinco de la madrugada, se hallaba con Monoselidze cerrando el local donde tenían su imprenta clandestina cuando les dio el alto un policía que los tomó por ladrones. El agente se disponía a sacar la pistola, pero Stalin fue más rápido y sacó su revólver Bardana al tiempo que exclamaba:

—¡Voy a disparar[8]!

18

Pirata y padre

Stalin estaba a punto de abrir fuego cuando su cuñado agarró la pistola. Reconoció al policía aterrorizado que había sido sobornado para que hiciera la vista gorda con la imprenta. El nerviosismo de Soso era comprensible: los cosacos habían aplastado a los revolucionarios y a él la Ojrana le pisaba los talones mientras organizaba nuevos golpes para la Cuadrilla en diferentes puntos del Cáucaso con el fin de financiar la compra de armas en Europa. Stalin llevaba varias semanas lejos de su esposa, y sin tener en cuenta que la vida que llevaba ponía la de Kato en verdadero peligro.

En torno al 9 de septiembre de 1906, Stalin asistió a la conferencia de los socialdemócratas de Jordania celebrada en Tiflis y luego en un hotel de Bakú. La represión zarista y el éxito de los mencheviques habían hundido a los bolcheviques de Georgia. Además, los mencheviques habían puesto fin oficialmente al terrorismo, considerando a Stalin y su Cuadrilla un grupo de bandidos enojosos. De los escasos cuarenta y dos delegados existentes, sólo seis, entre ellos Stalin, Shaumian y Tskhakaya, eran bolcheviques.

Stalin compensó esta circunstancia mostrando con gesto desafiante su desdén por los mencheviques, a los que hizo siniestros desaires. «Se pasó toda la conferencia sonriendo irónicamente», dice Devdariani, su amigo del seminario, integrado ahora en los mencheviques, «pensando: “Tomad todas las resoluciones que queráis. Total, son irrelevantes para la revolución”». Stalin se mostró tan «desafiante, tan grosero y hosco» que el presidente de los mencheviques, Arsenidze, lo acusó de «comportarse de manera indecente», como una

prostituta, una «mujer de la calle» que ni siquiera lleva bragas. Stalin «replicó de forma insolente que él todavía no se había bajado nunca los pantalones». A continuación, sonriendo «despectivamente con gesto torvo», abandonó la sala. «Al cabo de unos minutos oímos el silbido convenido que nos avisaba de la llegada de la policía. Nos dispersamos», cuenta Arsenidze. «Pero no había policías por ninguna parte. Era una broma de mal gusto de Koba».

En cualquier caso, Stalin se había convertido en «el principal financiador del Centro Bolchevique de Rusia», según otro menchevique, Uratadze, y continuaría siendo uno de los financiadores más importantes de Lenin durante los tres años siguientes. Después de la conferencia, parece muy probable que Stalin se dirigiera al oeste, a Sukhum, a orillas del mar Negro, para abrir un nuevo frente en su campaña de robos: la piratería en alta mar.

El 20 de septiembre, el vapor *Zarevich Giorgi*, de 2200 toneladas y 95 metros de eslora, se dirigía de Odessa a Batumi, cargado de pasajeros y un tesoro considerable. Sin que lo supiera el capitán del barco, varios grupos de gánsters bolcheviques, con pistolas y granadas escondidas debajo de sus capas de fieltro, subieron a bordo cuando la nave se detuvo a entregar el dinero de la paga en Novorossiisk, Sukhum y Nueva Athos.

A la 1.15 de la madrugada, cuando el barco pasaba por el cabo Kodori con la mayor parte de sus ocupantes dormidos, una banda de veinticinco piratas, entre los cuales había «obreros e intelectuales», sacaron de debajo de sus capas Mausers, Berdanas y bombas y asaltaron la nave. El jefe de los ladrones, descrito más tarde por la policía como «un georgiano bajo, de veintitantos años, con el cabello rojizo y pecas, se adueñó del puente, apuntando con su Mauser al capitán Sinkevich. El oficial de guardia, el piloto y la tripulación fueron retenidos a punta de pistola, aunque cuatro marineros probablemente ayudaran a los piratas como «infiltrados».

El cabecilla de los piratas, informaría más tarde la tripulación, mostró una calma glacial y una actitud cortés durante todo el asalto.

—Somos revolucionarios sin más —dijo—, no delincuentes. Necesitamos dinero para la revolución y sólo nos llevaremos lo que pertenezca al tesoro. Obedeced mis órdenes y no se producirá ningún derramamiento de sangre. Pero si pensáis en ofrecer resistencia, os mataremos a todos y volaremos el barco.

«Me sometí a ellos», admitiría el capitán Sinkevich en una entrevista concedida posteriormente al *Tiflissky Listok*. La tripulación y los pasajeros fueron reunidos en un punto y se les advirtió que «no vieran nada». El capitán mostró el sitio donde iba dinero al cabecilla del comando. La policía anunció oficialmente que los bolcheviques se habían llevado 16 000 rublos, pero es muy probable que los piratas se embolsaran mucho más dinero.

El jefe de los gánsters ordenó al capitán Sinkevich arriar los botes salvavidas. Los piratas tomaron como rehenes a algunos oficiales mientras cargaban el dinero, tras lo cual ordenaron a los marineros que los llevaran a tierra en los botes. Fueron desembarcados con tanta diligencia que el cabecilla de los piratas, «conmovido por la escrupulosa obediencia a sus órdenes, mandó que se diera a cada marinero una propina de diez rublos». El *Zarevich Giorgi* quedó libre para continuar su ruta hasta Batumi.

Al dar la alarma siete horas después, los cosacos y los gendarmes buscaron a los piratas a lo largo de la costa sin encontrar ni una sola pista de la banda ni del botín. Stalin y dos bolcheviques rusos se escondieron en casa de Stepan Kapba, un miembro de la banda, como recordaría su hermana años más tarde. Luego, cuenta siempre la hermana de Kapba, se trasladaron a otra casa segura perteneciente a la familia Atum, y por último a casa de Gvaramia. En su vejez, Kamshish Gvaramia recordaba cómo llegó Soso a su casa. Su

padre se puso muy contento cuando le pidieron que «escondiera al hombre con la cara picada de viruela que mandaba la banda responsable del asalto al barco correo perpetrado frente al cabo Kodori y que posteriormente se convertiría en el líder de este gran país».

Stalin y sus gánsters se trasladaron más al oeste a través de Abjasia, cruzando el río Enguri para pasar a Guria. Los más ancianos contaron al escritor y compilador de la historia de Abjasia, Fasil Iskander, que Stalin ordenó el asesinato de siete miembros de la banda que no eran de fiar (entre ellos los cuatro marineros colaboradores) y que luego se fue con una reata de caballos cargados con el dinero a través de los montes con una carabina al hombro. Iskander refiere la anécdota en su obra clásica *Sandro de Chegem*. Tras entregar el dinero a sus compinches de Kutaisi, Stalin tomó el tren para Tiflis, dejando los cadáveres para «pasto de los chacales».

¿Capitaneó realmente Stalin el asalto de los piratas? La descripción del bandido que hizo la policía coincide con el estilo de Stalin, con su aspecto físico y su forma de hablar: recalcó en todo momento que era «un revolucionario, no un delincuente». Pero la descripción es muy vaga. En la mayoría de las memorias se afirma que era él quien organizaba los robos, pero que no participaba en ellos[*].

No obstante, sabemos por las memorias de los Svanidze y de Davrichewy que Stalin llevaba siempre por aquella época una pistola y que no tenía reparo en utilizarla. El menchevique Razhden Arsenidze, siempre bien informado, cuenta que Stalin «no participó» en el famoso golpe de Tiflis, pero añade: «Hubo un montón de incautaciones». Oyó decir que «incluso Stalin había tomado parte» en una de ellas. Soso tenía contactos en los puertos de Novorossiisk, Nueva Athos y Sukhum, donde los piratas subieron a bordo del barco: había visitado todos estos lugares en 1905. La costumbre que tenía de cruzar los montes al frente de una reata de caballerías

cargadas con alforjas llenas de billetes nos la confirman las memorias del padre Gachechiladze citadas anteriormente.

Aquélla no fue la única ocasión en la que Stalin se vio envuelto en actos de piratería. Más tarde orquestó el robo de otro barco correo y planeó varios más en Bakú[**]. El historiador abjasio Stanislav Lakoba, cuyas investigaciones destacan por su meticulosidad, rastreó la leyenda hasta su fuente originaria y consiguió entrevistar a dos testigos de los hechos, independientemente uno de otro, antes de que murieran. Los dos confirmaron que había dirigido el ataque y había recogido el dinero.

Las fechas encajan perfectamente. Stalin no estaba en casa. La conferencia de Bakú ya había concluido. Esos pocos días están en blanco. El barco fue asaltado el 20 de septiembre y Stalin habría tardado unos días en llegar a Tiflis. Según había acordado con Lenin y Krasin en Estocolmo, Kamo y otros dos camaradas suyos lo aguardaban en Tiflis para emprender un viaje con el fin de comprar armas para el partido.

No existe prueba documental alguna del papel desempeñado por Stalin, pero su participación en el robo es cuando menos sumamente plausible. Desde luego da la impresión de que el atraco fue preparado en un momento muy oportuno; y Kamo recibió puntualmente el dinero.

Cinco días después de que se diera el golpe, el 25 de septiembre, Kamo salió de Tiflis con dinero suficiente para viajar por toda Europa y comprar armas[1].

Acompañado por el locuaz actor revolucionario Mdivani y por Kavtaradze, el que había arrojado la lámpara a Stalin, Kamo tomó el tren en dirección a San Petersburgo. Allí recibieron instrucciones de Krasin, encargado del «Centro Bolchevique», cuyo cuartel general se hallaba en Finlandia, con Lenin y su aliado Alexander Bogdanov, filósofo y organizador. Este trío era llamado la «Pequeña Trinidad».

Krasin conocía a Stalin de Bakú y Estocolmo. Siempre vestido con cuello duro blanco y luciendo una cuidada barba a lo Carlos I, llevaba una doble vida: por un lado, era un mujeriego conocido en la buena sociedad y amigo de millonarios; por otro lado, sus fábricas de bombas suministraban mortíferos artefactos explosivos a los bolcheviques y a otros grupos terroristas[*]. «Su sueño», dice Trotski, «era crear bombas del tamaño de una nuez». Nunca lo lograría.

Krasin fue el primero de una larga serie de sofisticados adoradores de la violencia que «casi se enamoraron de Kamo», al cual pusieron en contacto con Meyer Wallach[**], un bolchevique mundano de origen judío, con gafas y pelo rubio y ondulado.

Kamo y sus dos compañeros georgianos se reunieron con Wallach en París. El judío experto en tráfico de influencias y el psicópata armenio trabajaron bien juntos, viajando a Lieja, en Bélgica, a Berlín, y por fin a Sofía, la capital búlgara, para comprar armas, principalmente Mausers, rifles Mannlicher y municiones. En Varna, a orillas del mar Negro, compraron un yate desvencijado, el *Zara*, cargaron en él las armas, nombraron capitán a un marinero revolucionario del acorazado *Potemkin* y contrataron a cuatro marineros. Kamo se prestó voluntariamente a hacer de cocinero y ejecutor de los trabajos sucios, conectando un cable a su litera para poder volar el barco si los agentes zaristas intentaban abordarlo. Una vez en alta mar, se desató una tempestad y el oleaje abrió una vía de agua que provocó el hundimiento del *Zara*. Kamo encendió la mecha de la dinamita, pero ésta no explotó. El capitán intentó suicidarse, pero no lo consiguió. Los marineros y el cocinero fueron rescatados, medio helados, por un velero que pasaba por allí. El *Zara* se fue a pique y el fruto de los actos de piratería de Stalin fue a parar al fondo del mar.

Kamo regresó a Tiflis, donde a Stalin se le había ocurrido una idea para llevar a cabo un nuevo atraco colosal. Unos

meses antes, en la propia Tiflis, se había encontrado por la calle a un tal Voznesenski que había estudiado con él en la Escuela Eclesiástica de Gori y en el seminario. Voznesenski le contó que estaba trabajando en el departamento postal del banco de Tiflis, con acceso a los valiosísimos horarios secretos de los carruajes que transportaban el dinero. Stalin le invitó a tomar un vaso de leche en la lechería Adamia, donde lo convenció de que ayudara a los bolcheviques a incautar el dinero que pasaba por el departamento postal. Voznesenski, que fue interrogado por un comité de investigación del propio partido en 1908, confesó que se había avenido a colaborar «*sólo* por Koba», porque «Koba escribió un poema sobre la muerte del príncipe Eristavi de un carácter tan revolucionario que me impresionó muchísimo». ¡Sólo en Georgia podía un terrorista recibir el aviso y los consejos necesarios para perpetrar un atraco por ser un buen poeta!

Stalin presentó a Voznesenski a los miembros de la Cuadrilla, permaneciendo en contacto con su infiltrado y reuniéndose con él cada pocos meses. Se vio por última vez con su excompañero de colegio a finales de 1906, por lo que parece que la Ojrana tenía razón al sospechar que el robo había sido planeado en un principio para enero o febrero de 1907. Sin embargo, no se produjo ningún atraco en esas fechas. En las respuestas bruscas y lacónicas que dio en el severo interrogatorio llevado a cabo por el comité de investigación del partido menchevique, Stalin confirmó que había estado detrás del atraco más famoso del mundo, manejando a los dos «infiltrados», empezando por «uno al que el camarada Koba conoce desde la escuela primaria» y al que presentó a los miembros de la Cuadrilla.

El otro «infiltrado» de Stalin era Grigori «Gigo» Kasradze, también originario de Gori, primo de Keke y del padre Charkviani, que fue interrogado por otro comité de investigación del partido distinto. También éste fue debidamente preparado por Stalin durante varios meses antes

del atraco. Los dos hombres formaban parte de la red de información privada de Stalin.

Tras el hundimiento del *Zara*, Kamo se encontró sin el armamento necesario para llevar a cabo todas esas nuevas operaciones, por lo que Soso lo mandó de nuevo a ver a Krasin. Un noble simpatizante de la causa, el príncipe Koki Dadiani, le prestó su pasaporte, lo que le permitió viajar lujosamente a la capital. Kamo se reunió con Lenin y Krupskaya en su escondite de Finlandia. «Era un luchador intrépido, de una audacia infinita, y una fuerza de voluntad inquebrantable», señala Krupskaya, «pero era también extremadamente suspicaz, algo ingenuo…». Lenin lo llamaba su «bandido caucasiano», y le chocaba que llevara siempre dos pistolas; Kamo invitó en ocasiones a la aristocrática madre de Krupskaya a que se las pusiera. Lenin y Krupskaya, criados ambos en ambientes privilegiados y cultos, intentaron ganarse las simpatías de Kamo. Siempre se sintieron atraídos por el brillo (y la utilidad) de los verdugos más brutales, siguiendo la opinión del anarquista Bakunin: para que triunfara la revolución, escribía éste, «debemos unirnos al mundo de los ladrones de capa y espada, los únicos verdaderos revolucionarios de Rusia».

Encantados por la simpatía aparentemente sencillota de Kamo, los Lenin tenían la sensación de que su extraña serenidad podía ser rota en el momento menos pensado por cualquier acto de violencia insensata. Kamo quedó un día a almorzar con los Lenin anunciándoles que tenía un regalo para ellos, que depositó lentamente en la mesa envuelto en una servilleta. «Todo el mundo guardó silencio. "¡Tiene una bomba!", pensaron», cuenta Krupskaya. «Pero no era más que una sandía». Kamo regresó a Tiflis con un cargamento de granadas[2].

Según Kupriashvili, uno de los bandoleros de Stalin, Lenin ordenó a éste que recaudara los fondos necesarios para pagar los gastos del Congreso de Londres que estaba a punto de

celebrarse. Stalin permaneció en contacto con Kamo y sus «infiltrados» en el sistema bancario, pero también volvió a Bakú, donde trabajó en la fundación y publicación del periódico *Bakinsky Proletary* («El Proletario de Bakú»), junto con Shaumian y Spandarian. En medio de tanta triquiñuela, el felino Soso parecía intocable. Pero mientras él estaba ausente, su esposa no era tan feliz.

Durante el registro en casa de un bolchevique de Moscú, la Ojrana encontró una nota que decía: «Calle Freilinskaya, 3. Svanidze, modista. Preguntar por Soso». Al cabo de algún tiempo, Kamo pidió a las Svanidze que dieran alojamiento durante quince días a «un camarada judío de Moscú». Las hermanas lo tuvieron en su casa, pero poco después de su marcha, el 13 de noviembre de 1906, los gendarmes irrumpieron en el piso preguntando por Soso y Kato. Las hermanas se dieron cuenta de que el «camarada judío de Moscú» era un traidor. Afortunadamente los gendarmes no encontraron ni a Soso ni los documentos que éste guardaba en el interior de los maniquíes. Pero Kato fue detenida, junto con su primo, el fabricante de bombas Spiridon Dvali, que fue condenado a muerte. Semejante situación no era ninguna broma para una joven que estaba embarazada ya de cuatro meses.

Sashiko Svanidze se puso rápidamente en movimiento para ayudar a la esposa de Stalin, solicitando el favor de sus clientes, entre los cuales estaban la mayor parte de los oficiales de la Gendarmería: «Fui a ver a la esposa del coronel de los gendarmes Rechitski (a la que estaba haciendo un vestido por aquel entonces) y le pedí que rebajaran la pena de muerte dictada contra Dvali y que liberaran a Kato, pues era inocente». La mujer del coronel consiguió que se redujera la pena impuesta a Dvali y ayudó aún más a Kato, debido al estado de buena esperanza en que se hallaba, haciendo que aguardara su liberación en una comisaría de policía y no en la cárcel. Las hermanas estaban también cosiendo por aquel entonces los vestidos de la esposa del jefe de la comisaría, que

inmediatamente se llevó a Kato a su casa y la cuidó personalmente.

A la vuelta de Stalin, después de su frenético ir y venir por el Cáucaso, «se mostró muy afligido por todo lo sucedido», comenta Monoselidze. «Insistió en ir a visitar a Kato», de modo que Sashiko fue a ver a la mujer del jefe de la comisaría y «le dijo que un primo nuestro del pueblo había venido a visitar a Kato. La esposa del policía permitió la entrevista, de modo que una noche llevamos a Soso a casa de la pareja y los recién casados pudieron verse allí. Por fortuna nadie conocía a Soso de vista. La esposa del policía exigió que se permitiera a Kato pasar en su casa dos horas cada noche. De ese modo, Soso y Kato pudieron verse cada noche» hasta que la joven fue liberada dos meses más tarde.

Poco después de su liberación, el 18 de marzo de 1907, Kato dio a luz un niño, Yakov[*]. Según la prima de los Svanidze, Ketevan Gelovani, Soso asistió al parto junto con su madre. Keke y Kato, «la mujercita», se llevaban muy bien. Stalin estaba contentísimo de haber sido padre. «Tras el nacimiento del niño», observa Monoselidze, «su amor por su mujer y por la criatura se multiplicó por diez». Puso de mote al pequeño «Patsana» (el Chico). No obstante, como escribía día y noche, Stalin «se irritaba cuando el llanto de la criatura lo molestaba y no le dejaba trabajar. Pero en cuanto la madre le daba de comer y el niño dejaba de llorar, le daba besos, le acariciaba la naricita y le hacía toda clase de mimos».

Soso tenía muchas cosas en la cabeza. Para marzo de 1907, su Cuadrilla había planeado un asalto a la silla de posta de Kutaisi, pero pocos días antes de la fecha prevista, su capitán, Tsintsadze, fue detenido. Stalin nombró a Kamo su sucesor. El psicópata y mascota de Stalin era más que capaz de controlar a la banda de salteadores, oscilando siempre entre el mero entusiasmo y un alocado afán de matar. En cierta ocasión en que oyó a un bolchevique, probablemente a Stalin, discutir una teoría con un menchevique, exclamó:

—¿Por qué discutes con él? Déjame que le corte el cuello.

Kamo y las pistoleras de Tsintsadze, Patsia, Anneta y Alexandra, asaltaron la silla de posta de Kutaisi, pero los cosacos los recibieron a tiros. Kamo y las chicas se vieron envueltos en un feroz tiroteo, pero en lo más encarnizado de la refriega las jóvenes saltaron al interior del coche y agarraron las bolsas del dinero, que luego introdujeron clandestinamente en Tiflis escondidas entre su ropa interior. «Anneta y yo nos las atamos alrededor del cuerpo», recuerda Alexandra Darakhvelidze. Kamo escondió el dinero en unos odres de vino y se lo mandó a Lenin a Finlandia.

Los «infiltrados» de Stalin en el departamento postal del banco comunicaron entonces a la Cuadrilla que estaba a punto de llegar a Tiflis una remesa importantísima de dinero: quizá fuera un millón de rublos, cantidad suficiente para financiar la costosa organización de Lenin durante varios años. Stalin y Kamo se prepararon para dar un golpe espectacular.

Apenas un mes más tarde, Soso, elegido delegado sin derecho a voto en el V Congreso, dejó al niño y a Kato en Tiflis y emprendió un largo viaje desviándose por Bakú, San Petersburgo, Estocolmo y Copenhague. Partió para Londres utilizando el nombre de «Ivanovich»[3].

En torno al 24 de abril, estando en Dinamarca, tomó el tren hasta Berlín para reunirse con Lenin. Sabemos que se encontraron en secreto durante el viaje y que Stalin visitó Berlín. Tenían que discutir un asunto: el inminente atraco al banco de Tiflis. Si Lenin fue a Berlín, escribe Trotski, «no fue para mantener una conversación de carácter teórico, sino que indudablemente habría tenido por objeto el inminente acto de incautación y los medios de hacerle llegar el dinero». Era tan importante mantener el secreto con los camaradas como con la Ojrana. El partido, dominado en aquellos momentos por los mencheviques, había prohibido el bandolerismo.

A continuación Lenin y Stalin siguieron su camino hacia Londres por separado[4].

19

Stalin en Londres

El 27 de abril/10 de mayo de 1907, tras un tedioso viaje, Stalin y sus compañeros, Tskhakaya y Shaumian, desembarcaron en el puerto inglés de Harwich. Cuando cogieron el tren para la estación de Liverpool Street de Londres[*], se sorprendieron al ver los titulares sensacionalistas de la prensa inglesa, impresionada por la noticia de que había unos exóticos «anarquistas» sueltos por la capital, conocido refugio, entonces y ahora, de extremistas sanguinarios[**].

Los delegados se encontraron con una inesperada multitud de reporteros y fotógrafos ingleses, doce detectives de la *Special Branch*[***] y dos agentes de la Ojrana, así como con numerosos simpatizantes, socialistas ingleses o exiliados rusos.

«¡La Historia se Escribe en Londres!», afirmaba el *Daily Mirror*, que parecía especialmente fascinado por el hecho de que algunos revolucionarios fueran «mujeres llenas de fervor por la gran causa», y por la falta de equipaje de los recién llegados, en una época en que habitualmente se viajaba con gran lujo. «No hay ningún hombre que pase de los cuarenta y muchos tienen poco más de veinte años». Stalin tenía veintinueve, Lenin treinta y siete (pero «siempre lo llamábamos el Viejo», diría más tarde Stalin). «Constituían», concluía el *Daily Mirror*, «una multitud de lo más pintoresco».

Como ocurriría luego en la Unión Soviética, se suponía que todos los delegados eran iguales, pero unos eran más iguales que otros. Máximo Gorki, «el famoso novelista», decía

el *Mirror*, «se encuentra en Londres, pero su alojamiento sólo lo conocen sus amigos íntimos». El autor, acompañado de su amante, una célebre actriz, gozaba del confort del Hotel Imperial, situado en Russell Square, donde se fueron a reunirse con ellos Lenin y Krupskaya. Cuando llegó la pareja llovía y hacía frío. Siempre dominante, Lenin tomó la iniciativa: comprobó si las sábanas de Gorki estaban húmedas y ordenó que encendieran la estufa de gas para calentar sus calcetines, que estaban empapados.

—Se va a formar aquí una buena trifulca —comentó a Gorki mientras se secaban sus calcetines revolucionarios.

Los delegados que disfrutaban de rentas privadas se alojaban en pequeños hoteles de Bloomsbury, aunque Lenin y Krupskaya tomaron unas habitaciones en Kensington Square, desde donde iban cada mañana a comprar una ración de su plato favorito de comida para llevar, pescado con patatas fritas, junto a la estación de King's Cross. En cambio, los delegados pobres como Stalin andaban escasísimos de dinero.

La leyenda cuenta que pasó sus primeras noches en Londres con Litvinov, al que acababa de conocer, en el albergue Toser House de Fieldgate Street, en Stepney, que el novelista Jack London llamaba «monstruoso refugio de pobres»: costaba seis peniques la quincena. Sus condiciones eran tan penosas que supuestamente Stalin encabezó un motín y consiguió que todos los huéspedes fueran realojados. Él fue instalado en un cuarto interior pequeñísimo situado en el primer piso del 77 de Jubilee Street, en Stepney, que alquiló a un zapatero judío de origen ruso y que compartió con Tskhakaya y Shaumian.

Brumosa y húmeda, Londres era una ciudad que intimidaba a cualquier visitante procedente de Georgia. «Al principio pensé que Londres me devoraba y me ahogaba», escribía otro comunista ruso que la visitó, Ivan Maiski, más tarde embajador de Stalin en la capital británica. «Me sentía

perdido y solo en aquel gigantesco océano de piedra, con sus lúgubres hileras de casitas envueltas en una bruma negra».

Si Londres resultaba extraña, Whitechapel, donde el ruso era una lengua hablada comúnmente, resultaba más familiar. En el East End de Londres vivían ciento veinte mil judíos que habían salido huyendo de Rusia y sus pogromos, entre ellos muchos gánsters y socialistas. Lenin visitó el Club Anarquista de Rudolf Rocker, situado cerca de las habitaciones que ocupaba Stalin en Stepney, donde comió un plato típico judío, pescado relleno. Probablemente también lo comiera Stalin. Cuesta además trabajo creer que Soso no se adentrara en la salvaje jungla en la que desarrollaban su guerra las pandillas hebraico-eslavas. Las bandas del East End, todas originarias del Imperio Ruso, controlaban las llamadas «colmenas» de «*shootflyers*» (ladrones de relojes de oro) y «*whizzers*» (descuideros). Tres bandas se disputaban la primacía: los Tigres de Besarabia, enfrentados a los de Odessa, que a su vez estaban enfrentados a la Chusma de Aldgate, capitaneada por *Darkie the Coon* («Moreno el Negro»), un pandillero judío de piel oscura llamado Bogard.

A su llegada, Stalin y los demás se registraron en el Club Socialista Polaco de Fulbourne Street, a la altura de Whitechapel Road, enfrente del London Hospital[*]. Bajo la atenta vigilancia de los detectives de la *Special Branch* y de algunos periodistas curiosos, recibieron una magra asignación de dos chelines diarios, una guía para localizar la principal sede del congreso, y un santo y seña para evitar infiltraciones de la Ojrana.

Los bolcheviques, que se reunían en el piso superior de «un local modesto perteneciente a un club socialista escasamente amueblado, con mesas y sillas y autógrafos de visitantes extranjeros en las paredes», empezaron sus actividades políticas celebrando una asamblea de su facción en la que eligieron un comité secreto y, como habría cabido esperar de todos los asistentes a la conferencia, «estudiaron el

plano de la ciudad». Pero el *Daily Mirror* no tenía tiempo para ese tipo de detalles mundanos. «Se dice que las mujeres destacan por su valor inquebrantable y por su energía», comunicaba lleno de admiración el reportero. «Los ejercicios con el revólver forman parte de su entrenamiento diario. Se ejercitan constantemente frente al espejo, por lo que son expertas en apuntar y apretar el gatillo… La mayoría de ellas son chicas jóvenes; una tiene dieciocho años y lleva su melena rubia recogida en una larga trenza que le cae por la espalda».

El *Daily Express*, siempre tan perspicaz, se fijaba, en cambio, en la presencia de «un hombre robusto de aspecto resuelto que… estaba en la esquina de Fulbourne Street, evidentemente extranjero y evidentemente también un personaje de cierta importancia. Aunque despreocupado en apariencia, se tomaba un vivo interés… Era *Monsieur* Seveff, de la policía secreta rusa, y su cometido consiste en vigilar a los socialistas rusos» que, según añadía significativamente el periódico, «traen muy poco equipaje».

Los delegados se dirigieron luego al V Congreso de los Socialdemócratas en autobús o caminando hasta Islington, donde se sorprendieron al ver que las reuniones iban a celebrarse en una iglesia, en la Brotherhood Church de Southgate Road: «En medio de las calles sombrías y sucias de los barrios obreros, [la iglesia] era un edificio como tantos otros, con las paredes negras de hollín, ventanas altas y estrechas, y un tejado mugriento con un pequeño campanario». En su interior, los delegados encontraron «una sencilla habitación desnuda con capacidad para 300 o 400 personas». A Gorki no le impresionó lo más mínimo la decoración de la iglesia, «carente por completo de adornos hasta el absurdo». El vicario, reverendo F. R. Swan, entre cuyos feligreses estaba el futuro Primer Ministro laborista Ramsay MacDonald, era un pacifista, seguidor de William Morris.

El 30 de abril/13 de mayo de 1907, el padre del marxismo ruso, Plejanov, inauguró el Congreso una vez que los delegados acabaron de cantar un himno fúnebre por los

camaradas caídos. Stalin observó cómo Lenin se sentaba a menudo al lado de Gorki, alto, con aire de preocupación y delgado como un espectro, toda una celebridad internacional dedicada a recaudar fondos para los bolcheviques, que en una ocasión había estado en Gori y había presenciado una ejecución en la horca[*]. Los bolcheviques estaban en un lado, y los mencheviques en otro; cada votación resultaba «extraordinariamente tensa».

Había 302 delegados con derecho a voto en representación de 150 000 trabajadores, pero tras los días de gloria de 1905, el partido se hallaba en graves apuros, desmembrado por la represión de Nicolás II. Los bolcheviques eran noventa y dos, la mayoría de los cuales estaban decididos a continuar con la lucha armada de 1905 y a evitar el ingreso en la Duma. Estaban en minoría frente a los ochenta y cinco mencheviques, los cincuenta y cuatro judíos del Bund, los cuarenta y cinco polacos-lituanos y los veintiséis letones que apoyaban la participación en las elecciones a la Duma. Lenin quería además adoptar la estrategia de la pistola y las balas defendida en la actualidad por los terroristas del IRA, Hamas o Hezbollah. De modo que se valió de los mencheviques para ganar esa batalla antes de arremeter de nuevo contra ellos.

El número total de militantes del partido había disminuido, pero los bolcheviques habían sufrido una derrota tan grande en Georgia que Stalin, Tskhakaya y Shaumian eran sólo delegados asesores, sin derecho a voto.

—¿Quién es ése? —parece que preguntó Stalin a Shaumian al ver subir al estrado a un nuevo orador.

—¿No lo conoces? —respondió Shaumian—. Es el camarada Trotski…

Su verdadero nombre era Lev Bronstein e indudablemente era la estrella de Londres, tras protagonizar una fuga de Siberia recorriendo más de 600 kilómetros por la tundra en un trineo tirado por renos. Stalin vio allí por primera vez a Trotski (y probablemente también estrechara su mano); éste, por su

parte, no recordaría haber coincidido con su perseguidor más despiadado hasta 1913.

Mientras Stalin había estado al mando de sus milicias en Chiatura, Trotski había sido presidente del soviet de San Petersburgo. Brillante sin esfuerzo en sus escritos, vertiginosamente elocuente en las actuaciones en público, en las que podía apreciarse su acento inequívocamente judío, y vanidoso hasta la desfachatez, Trotski, con sus trajes elegantes y su cabellera casi leonina cuidadosamente ahuecada, poseía el esplendor de la celebridad radical internacional, a años luz por delante de Stalin. Pese a ser hijo de un rico hacendado judío de la remota provincia de Kherson, era extraordinariamente arrogante y consideraba a los georgianos unos «provincianos» patanes.

Lenin, que le había puesto el mote de «la Pluma» por ser un virtuoso del periodismo, se lamentaba ahora de que sólo se dedicaba a presumir. Stalin, cuyos talentos acechaban en la sombra mientras los de Trotski resplandecían en el centro del escenario, lo odió nada más verlo: Trotski era «bonito, pero inútil», escribiría a la vuelta. Trotski comentaría sólo con desdén que Stalin «no habló nunca».

Es cierto que Stalin no habló en todo el Congreso. Sabía que los mencheviques, que lo odiaban por su agresividad y sus actividades de bandolero, iban detrás de él en la campaña que habían emprendido para prohibir los atracos a bancos y hacer perder puntos a Lenin. Cuando éste propuso pasar a votar las credenciales de los delegados, Martov, el líder menchevique ruso, incitado por Jordania, puso en entredicho a los tres delegados sin derecho a voto, Stalin, Tskhakaya y Shaumian.

—No se puede votar sin saber sobre quién va la votación. ¿Quiénes son esos? —preguntó Martov.

—Pues realmente no lo sé —replicó Lenin sin dar mayor importancia al asunto, aunque acababa de reunirse con Stalin en Berlín. Martov salió perdiendo en el desafío.

—¡Protestamos! —gritó Jordania en vano. Stalin sentiría en adelante un profundo odio hacia Martov, cuyo verdadero nombre era Tsederbaum y que, como Trotski, era judío.

La presencia de judíos molestaba a Stalin, que decidió que los bolcheviques eran «la verdadera facción rusa», mientras que los mencheviques eran la «facción judía». Debió de haber bastantes comentarios sobre este asunto cuando acudieran a la taberna al término de las sesiones.

—No sería mala idea —dijo «en broma» el bolchevique Alexinski a Stalin— que los bolcheviques organizáramos un pogromo dentro del partido.

En aquellos momentos, en los que miles de judíos habían sido asesinados en los pogromos, se trataba de una «broma» de muy mal gusto[*]. El resentimiento de Stalin hacia los intelectuales judíos ponía de manifiesto su doloroso complejo de inferioridad. Pero en esa faceta podemos constatar también una manifestación del Stalin ruso (pues en Georgia no había antisemitismo; los judíos de Babilonia habían vivido en esta región durante dos milenios sin sufrir ni un solo pogromo). Harto de las viles peleas y de la hegemonía de los mencheviques en Georgia, estaba listo para centrarse en Bakú y en la propia Rusia. En adelante escribiría en ruso, y no en georgiano.

Lenin se salió con la suya en el Congreso. Para el Comité Central fueron elegidos más bolcheviques que mencheviques, y él siguió conservando su Centro Bolchevique. «Ahora», reflexionaría Stalin más tarde, «tengo que ver a Lenin triunfante».

A pesar de todo, los mencheviques lograron que se aprobara una resolución que afectaba a Stalin: se votó a favor de una severa condena de los atracos que preveía la expulsión del partido de todo aquel que se saltara las normas. Nombraron al aristócrata menchevique y homosexual Georgi Chicherin (más tarde el segundo Comisario del Pueblo de Asuntos Exteriores soviético) para que investigara todos los robos

perpetrados desde el Congreso de Estocolmo. «Stalin se mostró muy reservado durante esa reunión; estuvo la mayor parte del tiempo callado, permaneciendo en la sombra», recuerda Devdariani, su amigo menchevique. Luego Trotski comprendería que estaba preocupado por sus atracos de mayo de 1907: «¿Por qué se molestó en venir a Londres? Debía de tener otras cosas que hacer».

Fuera, «se congregaron algunos ingleses curiosos que nos miraban como si fuéramos animales de tierras lejanas». La prensa asediaba el edificio, mientras que las primeras versiones de *paparazzi* fotografiaban descaradamente a los tímidos revolucionarios que les rogaban que pararan de una vez. «¡Revolucionarios Rusos Temerosos de la Cámara!», decía un titular del *Daily Express*. «¿Se dan ustedes cuenta de que la reproducción de esas fotografías podría significar la muerte?», decía al periódico un ruso, sin darse cuenta él mismo de que todas las precauciones eran inútiles.

Los espías estaban ya dentro de la iglesia. La policía secreta rusa —lo mismo entonces que ahora— estaba irritadísima por la tendencia de los ingleses a conceder asilo a los disidentes rusos. «Debido al liberalismo de Londres, será imposible contar con la cooperación de las fuerzas policiales del país», se lamentaba A. M. Karting, director de la Agencia Exterior de la Ojrana, con base en París. Dos agentes siguieron a los revolucionarios hasta Inglaterra. La *Special Branch* y la policía secreta rusa acechaban en la calle para mayor deleite de la prensa, pero la Ojrana no necesitaba ayuda de fuera: su agente doble Yakov Zhitomirski, que cobraba 2000 francos al mes, era uno de los traidores que había dentro del Congreso. En los archivos de la Ojrana encontramos reproducidos los discursos de forma tan tediosa como en las actas oficiales.

Lenin estaba a sus anchas en Londres. Dentro de la iglesia, los delegados comían durante las sesiones, pero los fondos estaban agotándose. A Lenin le preocupaba que sus bolcheviques no comieran lo suficiente, de modo que hizo que la amante de Gorki repartiera cerveza y bocadillos.

Al término de las sesiones, Lenin charlaba con los delegados tomando el sol en el césped de Hyde Park, les enseñaba a pronunciar correctamente el inglés, reía francamente con ellos, les daba consejos acerca de alojamientos baratos y los llevaba a su pub favorito, *Crown and Woolpack*, en Finsbury, donde se dice que un detective de la *Special Branch* se escondió en un armario para escuchar todo lo que decían, aunque no entendía ni una palabra de ruso. El 13 de mayo Stalin probablemente participara en su única velada en Chelsea. En un caso prematuro de radicalismo pijo, el pintor Felix Moscheles llevó a los marxistas a una recepción llena de invitados vestidos con traje de noche celebrada en su mansión del 123 de Old Church Street. Allí, Ramsay MacDonald brindó a la salud de los rusos; Plejanov y Lenin correspondieron. Los invitados expresaron su sorpresa al ver que no llevaban corbata blanca.

Stalin no estuvo en Chelsea casi ninguna noche. Pasó la mayor parte de su tiempo en los barrios bajos de la ciudad. Su experiencia probablemente fuera como la de Maiski: «Anduve paseando por calles tristes, iluminadas débilmente con anticuadas lámparas de gas, crucé puentes desiertos, vislumbrando fugazmente a mis pies canales tenebroso y sombríos. Vi el vientre de Londres y escuché las invitaciones de las prostitutas y la risa escandalosa de sus chulos borrachos. Estuve a punto de tropezar con las criaturas sin hogar que dormían en los escalones de la entrada de los comercios cerrados». En un momento determinado, en una taberna, Stalin estuvo a punto de que le dieran una paliza unos estibadores del East End. Supuestamente lo salvó Litvinov. Según su hija, Litvinov bromeaba diciendo que ésa era la única razón de que Stalin le perdonara luego la vida, pues había comentado en alguna ocasión:

—No he olvidado aquella vez en Londres.

De vuelta en Stepney, Mister Ivanovich (luego llamado Stalin), que llevaba una chaqueta tipo guerrera, pantalones abombados y botas altas, pasaba la mayor parte del tiempo en

su habitación leyendo, pero también contrató en alguna ocasión como recadero a un joven llamado Arthur Bacon. «Stalin escribió una carta para alguien que vivía más o menos a una calle de distancia», recordaba Bacon en una entrevista concedida después de la segunda guerra mundial, «y quiso que fuera entregada en mano. No sabía escribir en inglés, de modo que la mujer del zapatero puso las señas en el sobre». Bacon cobraba normalmente medio penique por recado, pero Stalin le dio dos chelines: «Eso era mucho dinero por aquel entonces, ¿sabe usted?», decía Bacon. Por generosidad o por ignorancia, Stalin le pagó un 4800 por ciento más de la tarifa habitual. «Su golosina favorita eran los caramelos», añadía Bacon, «y cada día le traía yo unos cuantos».

Viviendo como vivía en la penuria del East End, es probable que viera muy poco de Londres. Los bolcheviques estaban tan obsesionados políticamente y eran tan estrechos de miras desde el punto de vista cultural, que casi ni se fijaban en las características naturales o culturales de los sitios. Para admirar una ciudad, decía Trotski, «tiene uno que gastar demasiadas energías. Yo tengo mi propia esfera de actividad, y no admite rival: la revolución». A Soso le pasaba lo mismo. Casi no tenía dinero, pero durante la segunda guerra mundial confesaría a uno de sus jóvenes diplomáticos, Andrei Gromyko, más tarde Ministro de Asuntos Exteriores y presidente de la Unión Soviética, que había pasado el tiempo «en iglesias oyendo sermones… la mejor forma de aprender inglés». Cuando envió a Gromyko como embajador a Washington, le aconsejó que hiciera lo mismo.

Mientras tanto al Congreso se le había acabado el dinero para pagar a cada delegado los 65 rublos necesarios para el viaje de vuelta. Había que hacer algo. El socialista judío ruso Fiodor Rothstein, que había ayudado a organizar el Congreso, apeló al periodista de izquierdas H. N. Brailsford, del *Daily News*, y al diputado laborista George Lansbury. Ambos sondearon al empresario americano Joseph Fels, propietario de la compañía de jabones Fels-Naphta.

—Antes de tomar una decisión —contestó el magnate del jabón—, quiero ver a esa gente.

Brailsford y Lansbury llevaron a Fels a Brotherhood Church para que asistiera a una sesión.

—¡Qué jóvenes son todos! ¡Y qué absortos están! —exclamó el industrial de Filadelfia, que proporcionó al partido 1700 libras. El préstamo de Fels estipulaba lo siguiente: «Los delegados abajo firmantes» debían devolverle la cantidad recibida antes del 1 de enero de 1908. Fels insistió en que firmaran todos los delegados. Lenin se mostró de acuerdo, pero luego ordenó a los revolucionarios que utilizaran sólo sus alias. Todos firmaron religiosamente aquel extraordinario documento redactado en inglés, ruso y georgiano. Lenin probablemente firmara sólo «Vladimir». Se cree que Stalin utilizó uno de sus alias favoritos: «Vasili, de Bakú». Fels murió antes de que Lenin llegara al poder, pero sus herederos cobraron el préstamo en 1917.

Cuando Churchill[*] se entrevistó con Stalin por primera vez en 1942 hicieron buenas migas, tras un comienzo glacial, en un maratón nocturno de brindis en el Kremlin en el que el Premier británico hizo varias preguntas al dictador acerca de esta visita a Londres.

—Lenin, Plejanov, Gorki y otros estuvieron allí —contestó Stalin.

—¿Y Trotski? —preguntó Churchill interesándose por el enemigo al que Stalin había mandado asesinar dos años antes.

—Sí, también estuvo —respondió—, pero se fue decepcionado por no habérsele dado la representación de ninguna organización, como por ejemplo los Escuadrones de Combate, a la que aspiraba…

Incluso treinta años después y cuando ya había mandado matar a su enemigo, Stalin seguía estando orgulloso de haber sido el comandante de los Escuadrones de Combate, mientras que el admirado Comisario de Guerra Trotski no lo había sido.

«El Congreso de Londres ha terminado», comunicaba Koba Ivanovich, el último pseudónimo de Soso, en *Bakinsky Proletary*, «y ha acabado con la victoria del bolchevismo».

No obstante, Stalin y Shaumian permanecieron en Londres para cuidar a Tskhakaya, que había caído enfermo. «Tenía 39 de fiebre o más», contaba Tskhakaya en sus memorias, de modo que sus dos compañeros se quedaron «a cuidarme porque todos vivíamos en una sola habitación».

Corre una leyenda entre los comunistas galeses según la cual, al término del Congreso, Stalin abandonó sus deberes de enfermero para visitar a las mineros de los Valles: no en vano, su fortaleza de 1905, Chiatura, era una ciudad minera. Pero a pesar de la milagrosa proliferación de avistamientos de «Stalin en Gales» entre los comunistas de la Rhondda durante la segunda guerra mundial, no hay la más mínima prueba de que visitara la región[*]. Además, todavía ni siquiera había inventado el nombre «Stalin». Pero supuestamente fue localizado también en los muelles de Liverpool, en una versión local de la pelea con los estibadores de los muelles de Londres. Por desgracias, la leyenda de «Stalin en Liverpool», lo mismo que la de «Stalin en Gales», pertenece al fabuloso reino de la mitología urbana, de la fantasía de las aspiraciones regionalistas, y del culto izquierdista a la personalidad[1].

Después de pasar unas tres semanas más o menos en Londres, Soso estuvo otra en París. Luego, haciéndose prestar la documentación de un georgiano que acababa de fallecer, Simon Jvelaya, llegó a Tiflis la víspera del gran atraco al banco[2].

20

Kamo se vuelve loco: El juego de bandidos y cosacos

El 10 de mayo de 1907, Kamo estaba poniendo la espoleta en una de las bombas de Krasin cuando el artefacto le explotó en la cara. Estuvo a punto de perder un ojo, pero se las arregló para recibir tratamiento en secreto y recuperarse lo suficiente como para poder estar al frente de la Cuadrilla en el gran día, que cada vez estaba más cerca. Los otros gánsters echaban de menos a su capitán, Tsintsadze, que había sido detenido, y consideraban a Kamo un engreído deseoso de llamar la atención. «Kamo estaba muy satisfecho de sí mismo», decía Kupriashvili, «jactándose siempre de cuánto lo valoraban los camaradas importantes y presumiendo».

Stalin regresó a Tiflis el 4 de junio, justo después de que el enérgico Primer Ministro de Nicolás II, Piotr Stolypin, lanzara su golpe de estado reaccionario, modificando las normas de elección de la Duma para asegurar una mayoría conservadora e intensificando la dura represión de los revolucionarios. Muchos de ellos fueron detenidos, otros muchos deportados a Siberia en trenes carcelarios apodados los «coches de Stolypin», y fueron tantos los ahorcados que la gente llamaba a la horca la «corbata de Stolypin». En 1905 había 86 000 presos políticos; en 1909 eran ya 170 000.

Kamo reunió un gran equipo formado por la elite del hampa y los mejores atracadores de Georgia, entre ellos el núcleo duro de la Cuadrilla y las cinco pistoleras. Residían todos en un pequeño apartamento colectivo, donde permanecían a la espera, mientras que Kamo alquiló una gran

mansión y «vivía haciéndose pasar por un príncipe». La Ojrana creía que había unos sesenta malhechores implicados en el golpe, por lo que es probable que los bolcheviques pidieran ayuda a los socialistas revolucionarios y a otros destacados pistoleros: los terroristas a menudo colaboraban unos con otros, sobre todo cuando Krasin suministró a los socialistas revolucionarios bombas para dinamitar la residencia del propio primer ministro Stolypin. Pero si los socialistas revolucionarios esperaban obtener una parte del botín, se llevarían un buen chasco.

Stalin comunicó al Comité Bolchevique de Tiflis las órdenes que le había dado Lenin en Berlín, y la operación recibió el visto bueno. Probablemente contara ya con la indignación de la población local y el escándalo internacional: a instancias de Lenin, Kamo y los pistoleros se dieron de baja temporalmente del partido, por lo que desde el punto de vista técnico dejaba de afectarlos la resolución de Londres. Stalin y Shaumian planearon trasladarse a Bakú inmediatamente después. Los bolcheviques estaban acabados en Georgia, donde no les quedaban más que unos 500 partidarios. Soso estaba quemando conscientemente los puentes que lo unían con Georgia y se preparaba a empezar de nuevo en un ambiente más ambicioso[*].

El 13 de junio a primera hora Kamo confirmó a Stalin y a Shaumian que el golpe iba a tener lugar ese mismo día. Los gangsters esperaban en la taberna Tilipuchuri, donde supuestamente fue visto Soso esa mañana temprano[**]. Antes de que dieran las diez, engalanado con su uniforme de oficial y blandiendo su sable circasiano, Kamo salió al galope hacia la plaza Ereván. Los gánsters, hombres y mujeres, tomaron posiciones. Era un día caluroso de verano.

Cuando las bombas estremecieron la ciudad, Kato Svanidze Djugashvili estaba meciendo al hijo de Stalin, el Chico, de apenas tres meses, en el balcón de su casa al lado de su hermana, Sashiko. «Nos metimos dentro corriendo

completamente aterrorizadas», refiere Sashiko Svanidze. Durante el resto del día, los heridos fueron atendidos en quirófanos improvisados. Los cosacos y los gendarmes recorrían la ciudad al galope, asaltando las casas, acordonando manzanas y barrios enteros con la esperanza de recuperar el dinero antes de que saliera de Tiflis.

«Aquella noche», comenta Sashiko, «Soso vino a casa y nos dijo que lo habían hecho Kamo y su banda y que habían robado 250 000 rublos para el partido». Debió de hablar a las muchachas acerca de la histriónica actuación de Kamo, porque enseguida comprendieron por qué les había pedido prestada la espada de su padre. Las memorias de los Svanidze demuestran que, lejos de estar inocentemente al margen de la doble vida de Stalin, Kato era perfectamente consciente de que estaba casada con el padrino de todos los atracadores del Cáucaso. Pero Stalin comunicó de repente a la familia que su esposa y el niño iban a trasladarse inmediatamente a Bakú. Los Svanidze no aprobaron la decisión. Debían de estar muy convencidos de su postura, porque incluso en los años treinta la familia se atrevió a criticar a Stalin por hacer soportar a Kato un viaje de tren de trece horas de duración «en un verano tan caluroso», y además con el niño. Pero no valió de nada. «Soso partió hacia Bakú y se llevó a Kato», guardándose 15 000 rublos para sus planes futuros.

Kamo permaneció escondido. Antes de marchar, ofreció generosamente al «infiltrado» de Stalin 10 000 rublos por la ayuda prestada. Voznesenski generosamente aceptó 5000.

Pero las cosas empezaron a ir mal de nuevo. La policía anunció que 100 000 rublos en billetes de 500 estaban marcados, y que tenían una numeración consecutiva que iba del AM 62 901 al 63 000. Algunos bandidos propusieron quemarlos. Kamo se negó. El resto del dinero estaba en billetes más pequeños.

Todos los matones deseaban reunirse con Lenin, pero el ojo de Kamo requería recibir tratamiento en el extranjero, de

modo que fue él quien, llevándose la mayor parte del dinero, tomó el tren vía Bakú para reunirse con Lenin en Finlandia. El príncipe Koki Dadiani, cuya familia había gobernado en otro tiempo en Mingrelia, le prestó de nuevo su pasaporte. Añadiendo un nuevo rasgo a su disfraz favorito, Kamo se hizo pasar por el príncipe acompañado de su nueva joven esposa (una de las bandoleras, que irónicamente, aunque, eso sí, y de manera muy útil, era hija de un policía) al día siguiente de su boda. Las chicas de la Cuadrilla ya eran expertas en esconder dinero y dinamita en su cuerpo: la dinamita producía un fuerte olor ácido, sobre todo cuando iba sujeta con correas a un cuerpo sudoroso, de modo que las muchachas tenían que bañarse literalmente en perfume. Con el dinero la cosa resultaba más fácil, y el botín viajó oculto entre el vestido y la ropa interior de la supuesta novia. Además algunos policías venales probablemente fueran sobornados para que hicieran la vista gorda.

Kamo entregó a Lenin el equivalente a casi 1,7 millones de libras esterlinas = 3,4 millones de dólares americanos en moneda actual, lo suficiente como para financiar la facción durante algún tiempo. Kamo pasó el verano con su ídolo, planeando un gigantesco «golpe espectacular». Pero la reacción no tardó en localizar a Lenin, que huyó a Ginebra donde «los burgueses suizos», dice Krupskaya, «tenían un susto de muerte… y no sabían hablar de otra cosa más que de las incautaciones de Rusia». Georgia se convirtió en sinónimo de gangsterismo: cuando Tskhakaya fue a visitarlos vestido con la típica *chokha*, su patrona casi se desmayó del susto y «con un estremecimiento de pavor le dio con la puerta en las narices».

Pero no quedaría ahí, ni mucho menos, la historia: el robo de Tiflis hizo de Kamo una leyenda[*] aunque las repercusiones del golpe estuvieron a punto de hacer añicos el partido y todavía amenazaron con perjudicar a Stalin en 1918.[1],

Como en toda empresa delictiva que sale bien, los malhechores empezaron enseguida a pelearse por el botín. La policía había publicado los números de serie de los billetes correspondientes a 100 000 rublos. Habría resultado muy difícil cambiarlos, pero el falsificador del Grupo Técnico de Krasin, llamado Fanny la Gorda, cambió algunos números de los billetes. Lenin y Krasin decidieron actuar, sobre todo teniendo en cuenta que el resto del dinero del golpe estaba limpio. El dinero fue pasado inmediatamente de contrabando al extranjero. Una parte fue lavada a través del Crédit Lyonnais. Litvinov distribuyó los billetes entre sus agentes para que cambiaran el dinero en distintas ciudades.

Mientras tanto, la policía secreta desplegaba frenéticamente todos sus recursos para coger a los culpables, pero no pudo descubrir nada concreto. Sus informadores de Tiflis, en especial uno cuyo nombre clave era «la Gorda», hicieron saber que unos pistoleros de los socialistas revolucionarios habían participado en el golpe, pero que les habían escamoteado su parte del botín.

El principal sospechoso era *el otro* atracador de Gori, Davrichewy, que (según los informes de la Ojrana) «se escondía en Lausana bajo el nombre de Kamo».

La Ojrana sabía que «Kamo envió todo el dinero a Krasin y Lenin», pero luego los revolucionarios habían empezado a pelearse entre ellos. Lenin se quedó al menos con 140 000 rublos de lo obtenido en el atraco de Kamo. Pero en 1908 se metió en una pelea tan violenta como esotérica con sus adversarios que daría lugar a una nueva escisión del partido. Rompió con Bogdanov y Krasin[*], que se quedaron con unos 40 000 rublos del dinero de Tiflis. Litvinov envió a «dos terroristas georgianos» a decirles que si no lo devolvían enseguida, ellos «se cargarían» a alguno del Comité Central.

Lenin no tardó en verse otra vez corto de numerario. Los atracos a bancos no eran su única fuente de ingresos dudosa. Ordenó a un par de estafadores bolcheviques sin escrúpulos

que sedujeran a unas hermanas muy poco atractivas que habían heredado una inmensa fortuna de su tío difunto, el industrial Schmidt. La seducción de las dos incautas salió a pedir de boca, aunque Lenin admitía que él no habría sido capaz de hacer una cosa así personalmente. Uno de los seductores, Victor Taratuta, robó sumas importantes de la herencia para gastárselas dándose la gran vida, y el resto se lo entregó a Lenin.

Kamo, que se hallaba por entonces en Berlín, decidió echar una mano llevando a cabo el robo más grande de todos los tiempos, un golpe de unos 15 millones de rublos «que habría proporcionado dinero suficiente para que el partido viviera seis años, aunque habría costado al menos doscientas vidas». Tras acumular diversos cargamentos de dinamita y utilizando un pasaporte a nombre de Mirski, agente de seguros, se trasladó en el mes de agosto a Berlín para conseguir explosivos. Pero el hombre de Lenin en la capital prusiana era el Dr. Zhitomirski, el agente doble que había informado a la Ojrana acerca del Congreso de Londres. Zhitomirski traicionó a Kamo.

El 27 de octubre/9 de noviembre de 1907, la policía alemana entró en la habitación del hotel en la que residía Kamo y encontró una serie de billetes de banco numerados y 200 cargas de dinamita, doce fulminatos de mercurio y veinte baterías eléctricas. La Ojrana estaba contentísima, pero todavía no conocía la identidad de «Mirski». El 31 de octubre/13 de noviembre, Karting, director del Servicio de Inteligencia en el Extranjero del zar, declaró en tono triunfal que «Mirski» planeaba dar «un gran golpe» y que tenía en su poder algunos de los billetes de Tiflis, aunque no había pruebas de su participación en el atentado. La Ojrana seguía creyendo que Davrichewy era «Kamo». ¿Entonces quién era «Mirski»?

Finalmente la Ojrana tuvo suerte. El 1 de marzo de 1908, un antiguo bandolero bolchevique encerrado en la cárcel de Kutaisi, Arsen Karsidze, reveló que el cabecilla del atraco al banco de Tiflis había sido Simon Ter-Petrossian, llamado

Kamo, retenido por entonces en la cárcel de Alt-Moabit de Berlín bajo la identidad de «Mirski». Otro informe confirmaba que Davrichewy se hallaba en el exilio en Suiza y que después de todo no era Kamo.

El gobierno del zar pidió la extradición de Kamo, que habría de enfrentarse a la pena de muerte. Krasin se trasladó urgentemente a Berlín para orquestar su defensa y contrató al abogado izquierdista alemán Oskar Kohn. Aconsejó además a Kamo que se fingiera loco, papel que éste estaba más que cualificado para representar.

Kamo empezó a actuar como un demente de un modo que sólo habría podido llevar a cabo alguien que realmente no estuviera en sus cabales. Fue capaz de mantener esa actitud durante dos años enteros. Primero empezó a gritar, a llorar, a hacerse jirones la ropa y a pegar a los carceleros. Lo trasladaron a un calabozo gélido, donde lo tuvieron desnudo durante nueve días. Al parecer no durmió y se pasó las noches de pie durante cuatro meses. A continuación dejó de comer y tuvieron que alimentarlo a la fuerza por medio de un tubo. Se arrancó los cabellos, intentó ahorcarse, aunque lograron cortar la cuerda a tiempo, y se cortó las venas, pero pudieron reanimarlo. En mayo de 1908, lo trasladaron al hospital psiquiátrico de Bukh, en la propia Berlín, para que diagnosticaran su enfermedad. Imitó a otros pacientes y adoptó el típico cliché de locura: empezó a decir que era Napoleón. Los médicos seguían mostrándose escépticos y decidieron someterlo a una serie de tormentos que habrían doblegado a cualquier otra persona. Lo quemaron con hierros candentes y le metieron agujas por debajo de las uñas, pero él lo aguantó todo. Finalmente los alemanes admitieron que estaba loco y, lavándose las manos, se quitaron de encima a aquel chalado tan conflictivo y se lo entregaron a los rusos que, sin mayores miramientos, lo procesaron por el «atentado» de Tiflis y sus cincuenta muertos. En una ocasión durante el juicio, el chiflado de Kamo, que caminaba arrastrando los pies, se sacó de repente de la manga un pájaro, un verderón al que llamaba

Petka, y se puso a hablar a lo loco con su plumífero amigo en vez de hacerlo con los abogados.

El Primer Ministro Stolypin y el virrey Vorontsov-Dashkov estaban decididos a ahorcarlo. Pero su abogado, Kohn, orquestó una campaña publicitaria tan afortunada en toda Europa en contra de la ejecución de un lunático, que Stolypin decidió por fin a regañadientes que colgarlo en la horca habría tenido un «efecto desfavorable para los intereses rusos».

En sus exámenes, los médicos rusos comprobaron que la piel de Kamo no percibía el dolor. Le metieron más agujas por debajo de las uñas y luego lo electrocutaron. «La carne quemada», comentó Kamo, «huele fatal». Los médicos también quedaron convencidos de su locura.

En septiembre de 1910, Kamo fue declarado demente y encerrado de por vida en la unidad de criminales desequilibrados de la fortaleza de Metekhi. Los bolcheviques aclamaron su heroísmo, pero un médico explicó que «sólo un paciente terriblemente enfermo en estado de locura se comporta de esa forma». Kamo, escribe la historiadora Anna Geifman, era un personaje de «pasiones y angustias sin resolver… incapaz de funcionar con normalidad… Fingiendo estar loco, realmente lo estaba».

Mientras tanto, la policía seguía la pista de los billetes marcados que habían empezado a aparecer por toda Europa. En París, Litvinov encontró a un detective debajo de su cama en el hotel en el que se alojaba: fue detenido con doce billetes marcados, pero consiguió que lo deportaran a Londres. Krasin fue capturado en Finlandia. Otros individuos encargados de cambiar el dinero fueron arrestados en Munich, Zurich, París, Berlín y Estocolmo.

«Los mencheviques no han sacado ni un céntimo [del dinero robado en Tiflis]», informaba la Ojrana con satisfacción, por lo que «basándose en las resoluciones del

Congreso de Londres, exigen la expulsión del partido de todos los autores de esas incautaciones».

Stalin tenía un grave problema[2].

Los mencheviques, indignados, encargaron a tres comités distintos, cuyas actividades se prolongaron durante más de dos años, que investigaran quién había organizado el atraco de Tiflis; uno, presidido por Jordania, en Tiflis; otro, presidido por Jibladze, en Bakú; y un tercero en el extranjero, presidido por Chicherin. Los atentados sangrientos habían dañado su reputación, pero además querían acabar con Lenin utilizando a Stalin y a Kamo.

Los mencheviques lograron interrogar prácticamente a todos los principales culpables, empezando por el propio Stalin, entrevistado bajo la identidad de «camarada Koba» en Bakú. Sorprendentemente se ha conservado en los archivos el documento, que es la primera prueba directa de su implicación en el asunto. Los «infiltrados», Kasradze y Voznesenski, admitieron todas las acusaciones echando la culpa del atraco a Stalin. Lenin aseguró su inocencia ante Chicherin, aduciendo que los atentados «habían sido perpetrados por individuos que no eran del partido». Los comités de Tiflis y Bakú, según Arsenidze y Uratadze, votaron a favor de la expulsión de Stalin. Pero el partido ya se había escindido, por lo tanto cabría preguntarse si los mencheviques tenían poder o no para decretar la expulsión de un bolchevique.

No obstante, reunieron pruebas suficientes contra Stalin para poner a Lenin en apuros. En agosto de 1908, celebraron una asamblea en Ginebra, en la que Martov censuró severamente a Lenin. Noe Ramishvili citó nombres —incluidos los de los sospechosos habituales, Kamo y Tsintsadze—, y luego declaró que «todos ellos actuaron bajo la dirección del Camarada Koba».

Lenin se levantó de un salto para interrumpirle.

—No des el apellido de este último —gritó.

—No lo haré —contestó Ramishvili— porque todos sabemos que es bien conocido como el Lenin del Cáucaso.

Stalin habría estado orgulloso de semejante calificación.

—¿Asumes la responsabilidad de que estos nombres no serán puestos en conocimiento de la policía? —insistió Lenin.

El secreto de las reuniones de Stalin con Lenin había resultado útil: los mencheviques podían crucificar a Stalin, pero no podían implicar a Lenin. Pero por si se necesitara alguna prueba de la relación existente entre ambos ya en 1907-1908, la tendríamos en la protección dispensada por Lenin a Stalin.

Parece que Stalin fue efectivamente expulsado del partido, aunque no por el Comité Central, sino en el ámbito local, por los comités de Tiflis y Bakú. Si se demostrara, incluso eso habría supuesto una mancha en su legitimidad revolucionaria.

Cuando los bolcheviques llegaron al poder con Stalin como uno de los socios más afines de Lenin, los mencheviques intentaron socavar la posición de ambos resucitando todo el asunto. Martov publicó un artículo en 1918 en el que enumeraba tres ejemplos de bandolerismo protagonizados por Stalin: el atentado de Tiflis, el asesinato de un trabajador de Bakú, y el abordaje de otro barco llamado *Nicolás I* frente a las costas de esta misma ciudad. Peor aún, Martov afirmó que Stalin había sido expulsado del partido en 1907. En 1918, Stalin necesitaba unas credenciales de bolchevique de la vieja guardia con una larga hoja de servicios y percibió el peligro que podía implicar la historia de su expulsión. De forma que de un modo bastante histérico arremetió contra aquel «acto despreciable llevado a cabo por un hombre desequilibrado y derrotado», y puso un pleito a Martov por aquel «sucio libelo» ante el Tribunal Revolucionario, uno de los procesos más extraños de la historia de la Unión Soviética.

Stalin ni negó ni reconoció su papel en los atracos, pero insistió en que «nunca en mi vida fui juzgado ante ninguna

organización del partido ni tampoco fui expulsado», lo que es probable que fuera literalmente cierto, por cuanto los comités de Tiflis y Bakú eran mencheviques, no bolcheviques, y por tanto la expulsión no habría sido formalmente legítima. Los testigos fueron convocados a Moscú, pero el traslado hasta la capital resultaba muy difícil en plena guerra civil. El juicio fue suspendido y Martov recibió una reprimenda, pero Stalin había dejado clara su postura.

—Eres perverso —reprochó a Martov, que marchó al exilio[*].

Cuando Stalin regresó a Tiflis en 1921 como bolchevique conquistador, fue abucheado en una asamblea y llamado abiertamente «bandido»: abandonó la sala precipitadamente. Su bandolerismo y la expulsión del partido no volvieron a ser mencionados durante todo su reinado.

Lo más importante de todo es que Lenin no se tomó en serio las expulsiones sufridas por Stalin en el ámbito local: «Esas expulsiones se basan casi siempre en errores, informes no comprobados o malentendidos…». Naturalmente sabía más de todo aquello de lo que dejaba traslucir, pero cada vez reconocería más abiertamente que Stalin, por muy terrorista, gánster y coordinador encubierto que fuera, tenía «lo que hay que tener»[3].

El escándalo suscitado por el atentado de Georgia había sido espectacular, pero los atracos no habían terminado todavía. El juego de «bandidos y cosacos» sería más duro todavía en Bakú, donde las apuestas eran más altas que en Tiflis. Y resultaron demasiado altas para Kato.

21

La tragedia de Kato: El corazón de piedra de Stalin

Stalin instaló a Kato y a Chico, su hijo, en el piso de un trabajador de los campos de petróleo y se sumergió en la vida de bandolerismo, espionaje, extorsión y agitación que caracterizaría los años más turbios de toda su carrera. Probablemente de nuevo en la nómina de los Rothschild, no tardó en trasladar a su pequeña familia fuera de Bakú a una «casa tártara de techos bajos en la península de Bailov que alquiló a un turco», encima de una bodega, a orillas del mar.

Kato, ama de casa nata, hizo de la barraca un lugar acogedor, con su cama de madera, sus cortinas y su pequeña máquina de coser en un rincón. Los visitantes notaban el contraste entre la sordidez del exterior y el aseo del interior. Pero Soso no estaba muy a menudo en casa. Kato no conocía a mucha gente, pero Sergei Alliluyev iba a visitarlos de vez en cuando. En aquellos momentos era el administrador de la central eléctrica de la ciudad y vivía con Olga y sus hijos en una villa a orillas del mar. Fue allí en Bakú donde su hija menor, Nadezhda, vestida con un bonito traje blanco, se cayó por la barandilla del soleado patio a las aguas del mar Caspio. Stalin se lanzó inmediatamente tras ella y consiguió salvarla, en un romántico episodio que contarían a la niña una y otra vez mientras fue creciendo.

Cubierto siempre con su característico sombrero negro, Stalin pronunció un discurso el 17 de junio de 1907, el mismo día que llegó a la ciudad, y se dedicó a la edición de los dos periódicos bolcheviques, *Bakinsky Proletary* y *Gudok*

(«Silbido»); no tardó en dominar el partido e imponerle su sello característico de política agresiva, intimidación terrorista y recaudación de fondos por medios ilegales.

En toda Rusia «la reacción había triunfado, todas las libertades habían sido aniquiladas y los partidos revolucionarios habían sido aplastados», recuerda Tatiana Vulikh, pero Bakú, dominada tanto por las compañías petroleras y la policía corrupta como por los gobernadores del zar, se regía por sus propias leyes. Stalin estaba en busca y captura en Tiflis, pero durante algunos meses, antes de que Stolypin impusiera sus nuevas medidas represivas, todavía podría andar libremente por las calles de Bakú. Tiflis, decía Stalin despectivamente, había sido una «ciénaga» paleta y provinciana, pero Bakú «era uno de los centros revolucionarios de Rusia», su petróleo era fundamental para el zar y para Occidente, sus obreros eran el verdadero proletariado, y sus calles eran violentas y sin ley. Bakú, escribía Stalin, «sería mi segundo bautismo de fuego»[1].

Bakú era una ciudad en la que reinaban el «desenfreno, el despotismo y la extravagancia», una zona de penumbra llena de «humo y sordidez». El propio gobernador la calificaba como «el lugar más peligroso de Rusia». Para Stalin era el «reino del petróleo».

Bakú había sido creada por una sola dinastía. Suecos por su origen, rusos por conveniencia e internacionales por instinto, los Nobel ganaron su primera fortuna vendiendo minas terrestres al zar Nicolás I, pero en 1879, el año en que se encontró el primer «pozo» de petróleo en Bakú, los hermanos Ludwig y Robert Nobel fundaron la Compañía Petrolera de los Hermanos Nobel en la ciudad conocida principalmente por el antiguo templo de la religión zoroástrica en el que los magos se cuidaban de que permanecieran encendidas las sagradas llamas alimentadas con petróleo[*]. Las primeras perforaciones ya habían dado comienzo; los empresarios encontraban chorros espectaculares de petróleo.

Los Nobel empezaron a comprar tierras, especialmente en la zona que acabaría convirtiéndose en la Ciudad Negra. Alfred Nobel inventó la dinamita, pero el invento de su hermano Ludwig, las cisternas de petróleo, fue casi tan importante como el suyo. Los Rothschild de la rama francesa siguieron a los Nobel a Bakú. En la década de 1880, la Compañía Petrolera del Mar Negro y el Mar Caspio del barón Alphonse de Rothschild, era la segunda mayor productora y sus obreros vivían en el poblado industrial llamado la Ciudad Blanca[*]. En 1901, Bakú producía la mitad del petróleo del mundo y el Premio Nobel, creado ese mismo año, se financiaría con sus beneficios.

Este *boom* del petróleo, como la fiebre de los diamantes de Kimberley o la fiebre del oro de California, convirtió de la noche a la mañana a los campesinos en millonarios. La antigua ciudad persa, polvorienta y barrida por los vientos, construida al borde del mar Caspio en torno a las murallas y las tortuosas calles de una fortaleza medieval, se transformó en una de las poblaciones más famosas del mundo.

Los periódicos de Europa se hacían eco de su «lujo bárbaro», fruto de la riqueza repentina, de llamativos gestos de filantropía y de la más absurda vulgaridad. Cada barón del petróleo tenía que poseer su propio palacio, muchos tan grandes como una manzana entera. Incluso los Rothschild se construyeron uno. El palacio de los Nobel se llamaba Villa Petrolea y estaba rodeado de un frondoso parque. Un barón del petróleo insistió en hacer su palacio de oro macizo, pero tuvo que acceder a cubrirlo sólo con pan de oro, porque el oro puro se habría fundido; otro dio a su mansión la forma de un dragón gigantesco cuyas fauces hacían de entrada; un tercero erigió su inmenso palacio en forma de baraja de cartas, con una inscripción en letras doradas que decía: «Aquí vivo yo, Isa-Bey de Gandji». Un popular cantante hizo su fortuna cuando una de sus actuaciones fue premiada con un terreno en el que se encontró petróleo: su palacio neoclásico es actualmente el

cuartel general de la compañía petrolífera nacional de Azerbaiyán.

Bakú era un crisol de pobreza miserable e increíble riqueza; sus calles, observa Anna Alliluyeva, estaban llenas de «musulmanes de barba roja… mozos de cuerda llamados *ambal*, inclinados bajo el peso de cargas excesivas… tártaros que vendían golosinas por las calles, figuras extrañas envueltas en sedas susurrantes cuyos feroces ojos negros miraban a través de rendijas, barberos ambulantes… Parecía que todo se hacía en la calle» atestada de hombres de tribus extrañas que llevaban gabanes de grandes pliegues y puñales incrustados de piedras preciosas, persas con chalecos y gorros de fieltro, judíos de las montañas con sombreros de piel, y millonarios occidentales vestidos con levita, cuyas elegantes esposas seguían la moda francesa. Stalin llamaba a toda aquella fuerza de trabajo de turcos, azeríes, persas, rusos, chechenios y armenios «un calidoscopio nacional». Los ricos paseaban por el Paseo Marítimo a la sombra de los coches de sus guardaespaldas armados con pistolas.

Pero la fuente de todo aquel dinero, los pozos de petróleo y las refinerías, envenenaban la ciudad y corrompían a la gente. «El petróleo se filtraba por todas partes», dice Anna Alliluyeva. «Los árboles no podían crecer en aquella atmósfera envenenada». En ocasiones surgía a borbotones del mar y se incendiaba, creando extraordinarias olas de fuego.

La Ciudad Negra y la Ciudad Blanca y otros poblados petrolíferos eran andurriales llenos de contaminación. Sus 48 000 obreros trabajaban en condiciones espantosas, vivían y peleaban unos con otros en las calles sórdidas «cubiertas de desperdicios en descomposición, perros destripados, carne putrefacta, y heces». Sus casas parecían «moradas prehistóricas». La esperanza de vida no pasaba de los treinta años. En los campos petrolíferos proliferaban la «anarquía, el crimen organizado y la xenofobia. La violencia física, las violaciones y las rivalidades de clanes dominaban la vida cotidiana de los trabajadores».

Bakú, afirma Stalin, era «incontrolable», y su proletariado desarraigado era ideal para los bolcheviques. La ciudad estaba especialmente corrompida; sus ambigüedades morales y sus oportunidades dobles encajaban perfectamente con el cinismo conspiratorio de Stalin. Se decía que sólo había diez hombres honrados en toda la ciudad (un sueco —el Sr. Nobel, por supuesto—, un armenio y ocho tártaros).

«Con un poco de Dodge City, otro poco de la Bagdad medieval, la Pittsburgh industrial y el París decimonónico, todo a partes iguales», Bakú «era demasiado persa para ser europea, y demasiado europea para ser persa». Sus jefes de policía eran notoriamente venales; sus armenios y azeríes iban armados hasta los dientes y estaban siempre al acecho; sus numerosísimos pistoleros, los *kochy*, o bien perpetraban asesinatos a tres rublos la víctima, o bien hacían de guardaespaldas de los millonarios, o se hacían «mauseristas», es decir gánsters siempre con el Mauser en la mano. «Nuestra ciudad», escribe Essad Bey, «no muy distinta del Salvaje Oeste, estaba atestada de bandidos y atracadores».

Enfrentándose descaradamente a los barones del petróleo, a los mencheviques y a los bolcheviques «derechistas», Stalin prosperó en Bakú hasta convertirse en el reyezuelo revolucionario y criminal del Reino del Petróleo. Fue a través de Bakú[*] como, con cierto retraso, encontró para sí mismo un papel nacional ruso, pasando de «aprendiz a maestro artesano de la revolución». Allí se convirtió en el «segundo Lenin»[2].

En agosto de 1907, mientras la pobre Kato padecía dolorosamente el calor sofocante y contaminado de Bakú, Stalin volvió a Alemania para asistir al congreso de la Segunda Internacional en Stuttgart. Se reunió con Aliosha Svanidze, que todavía estaba estudiando en Leipzig. Soso y su cuñado, escribe Monoselidze, «se fueron a hacer turismo, colándose en las reuniones que celebraban los obreros alemanes en restaurantes y cafés».

Los alemanes «son un pueblo raro como las ovejas», diría más tarde Stalin al líder yugoslavo Milovan Djilas (contó a Churchill la misma anécdota). «Donde va el carnero, allá van todas detrás». Camino de la Conferencia, unos comunistas alemanes fueron incapaces de salir de la estación porque no había ningún revisor que controlara sus billetes. Eran tan obedientes a las normas que, según decía Stalin, «acabaron faltando a la asamblea por asistir a la cual habían hecho todo aquel viaje». Bromeaba diciendo que un camarada ruso les habría enseñado una «solución bien fácil: ¡Salir del andén sin llevar el billete en la mano!»[3].

Soso estaría de vuelta en Bakú a tiempo para presenciar un nuevo estallido de violencia étnica. El 19 de septiembre, un obrero azerí llamado Khanlar fue asesinado por unos nacionalistas rusos. En protesta por el suceso, los trabajadores se pusieron en huelga. Stalin pronunció un discurso en la manifestación fúnebre.

En una asamblea celebrada poco después, los bolcheviques y él derrotaron a los mencheviques y se hicieron con el control de la organización local: Bakú se convirtió en una ciudad bolchevique. Soso estaba muy concentrado en su trabajo y, como señala Monoselidze, «cuando estaba preocupado, se olvidaba de todo». Incluida Kato.

«Soso la quería mucho», dice Elisabedashvili, que se reunió con él en Bakú. «La esposa, el hijo, los amigos estaban muy bien siempre y cuando no interfirieran en su trabajo y vieran las cosas igual que él. Había que conocer a Soso para entender su amor».

«En Bakú hacía demasiado calor» para Kato. «Soso se iba muy temprano por la mañana y volvía muy tarde por la noche, mientras que Kato se quedaba en casa con un niño pequeño aterrorizada por la idea de que su marido pudiera ser detenido», recuerda Monoselidze. «La mala alimentación, la falta de sueño, el calor y los nervios la debilitaron y cayó

enferma. Rodeada de extraños, no tenía amigos a su alrededor. ¡Soso estaba tan ocupado que se olvidaba de la familia!».

Stalin sabía que era un marido y un padre poco atento, pero, como tantos otros que han padecido una familia rota, era incapaz de modificar su conducta. Debió de hablar del asunto con Elisabedashvili: «Soso lo lamentaba y se irritaba consigo mismo por haberse casado en tales circunstancias».

Kato «rezaba para que Koba se apartara de sus ideas y volviera a la vida pacífica del hogar». Pero había escogido una misión que por muchos conceptos le eximía de las responsabilidades normales de cualquier cabeza de familia. Las esposas bolcheviques lo sabían. «¿Soy acaso una mártir?», se preguntaba Olga, la mujer de Spandarian (por lo demás engañada una y otra vez por su marido) a propósito de su matrimonio con el amigo de Stalin (aunque lo mismo habría podido preguntarse Kato a propósito del suyo). «Hago lo que puedo con mi vida. El mío no es un camino de rosas, pero yo misma lo he escogido… No le va la vida familiar, pero eso no va en perjuicio de su carácter. Cumple con su misión… Se puede amar a un hombre y perdonárselo todo por la bondad que guarda en su interior». Kato sabía que Stalin, lo mismo que Spandarian, había jurado «ser siempre un verdadero caballero del Grial» del marxismo[*].

Las Svanidze en Tiflis oyeron decir primero que Kato «estaba muy delgada», recuerda su hermana Sashiko, que la invitó a ir a recuperarse en su pueblo natal.

—¿Cómo voy a dejar a Soso? —respondió Kato.

Poco después las Svanidze se enteraron por Elisabedashvili de que «estaba enferma y escribieron a Soso pidiéndole que se la trajera» a Tiflis. Kato se lo suplicó. Para entonces ya estaba verdaderamente enferma, «pero él siguió posponiendo el viaje hasta que la pobre se puso muy débil y de repente Soso se dio cuenta de que tenía que actuar sin dilación». En octubre, Stalin se alarmó lo suficiente para acompañarla de regreso a Tiflis. Pero el propio viaje, de más de trece horas de duración, resultó

agotador: «Hacía demasiado calor por el camino y la pobre bebió agua en malas condiciones en una estación». A continuación, Soso volvió precipitadamente a Bakú, dejando a su esposa con su familia.

De vuelta en su casa, el estado de Kato se deterioró. Ya de por sí débil, agotada y mal alimentada, había contraído el tifus, que viene acompañado habitualmente de fiebre y diarrea. Le salió una erupción de manchas rojas que luego adquirieron un tono ominosamente oscuro. Los historiadores suelen decir que la enfermedad que padecía era tuberculosis, pero de ser así ésta habría afectado a los intestinos. La familia y los amigos, de cuyas memorias no disponían los historiadores hasta hace poco, coinciden en hablar de tifus mezclado con colitis hemorrágica. Kato sufrió hemorragias y pérdidas de otros fluidos en medio de dolorosos espasmos de disentería.

Stalin volvió precipitadamente de Bakú para encontrar a la madre de su Chico agonizando. La «cuidó desesperadamente y con ternura, y sufría muchísimo», pero ya era demasiado tarde. La joven pidió supuestamente que llamaran a un cura para que le diera la extremaunción y Stalin le prometió que le daría un entierro cristiano. Dos semanas después de su vuelta a casa, el 22 de noviembre de 1907, Kato, de apenas veintidós años, «murió en sus brazos»[*] Fue un terrible mazazo para Stalin.[4].

22

El capo de la Ciudad Negra: Plutócratas, protección mafiosa y piratería

Soso cerró personalmente los ojos de Kato. Aturdido, apenas logró permanecer en pie junto al cadáver de su esposa al lado de la familia para hacerse una fotografía, pero luego se vino abajo. «Nadie podía imaginarse que Soso estuviera tan afligido», escribe Elisabedashvili. Comentó entre sollozos que «no había sabido hacerla feliz».

Soso estaba tan desesperado que sus amigos estaban preocupados de que se quedara solo con el Mauser. «Estaba tan abrumado por el dolor que mis camaradas me quitaron la pistola», diría luego a una amiga. «Me daba cuenta de cuántas cosas de la vida no había sabido apreciar. Mientras vivió mi mujer, había veces que no volvía a casa por las noches. Cuando me iba le decía que no se preocupara por mí, pero cuando llegaba a casa, me la encontraba todavía levantada. Me había esperado despierta toda la noche».

La noticia del fallecimiento apareció en el periódico *Tskaro*[*], y el funeral se celebró a las nueve de la mañana del 25 de noviembre de 1907, en la iglesia Kulubanskaya, al lado de la casa de los Svanidze, la misma en la que habían contraído matrimonio. El cortejo fúnebre desfiló por la ciudad y el cadáver fue enterrado en la iglesia de Sta. Nina de Kukia. El funeral ortodoxo resultó a la vez traumático y cómico. Stalin, pálido y lloroso, «estaba muy abatido, pero me saludó

amistosamente como en los viejos tiempos», recuerda Iremashvili. Soso se lo llevó aparte.

—Esta pobre criatura —dijo señalando al ataúd abierto— ablandó mi corazón de piedra. Ahora ha muerto y con ella han muerto los últimos sentimientos cálidos que tenía hacia la humanidad —puso su mano en el corazón y añadió:— Está todo tan desolado aquí, tan indescriptiblemente desolado…

Durante el entierro, el dominio de sí mismo que habitualmente tenía Soso se vino abajo. Se arrojó a la fosa con el ataúd. Los hombres tuvieron que sacarlo de la tumba. Kato fue debidamente enterrada, pero justo entonces la *konspiratsia* revolucionaria vino a perturbar el dolor de los familiares. Soso se dio cuenta de que unos agentes de la Ojrana se acercaban sigilosamente al duelo. Se dirigió a la carrera hacia el fondo del cementerio y saltó la tapia, desapareciendo del funeral de su esposa en una especie de comentario irónico sobre su falta de atención conyugal.

Durante dos meses Stalin desaparece de los anales. «Soso se hundió en un profundo dolor», dice Monoselidze. «Apenas hablaba y nadie se atrevía a dirigirle la palabra. Todo el tiempo se echaba la culpa de no haber aceptado nuestro consejo y de habérsela llevado a Bakú con esos calores». Notando acaso la cólera sorda que anidaba en los Svanidze, decidió irse a casa de su madre, a Gori, para llorar la pérdida sufrida. Cuando se encontró a uno de sus antiguos compañeros de clase, «lloró como un niño, a pesar de lo duro que era».

—Mi vida personal se ha hecho añicos —suspiró Stalin—. Nada me ata a la vida excepto el socialismo. ¡Dedicaré toda mi existencia a eso!

Tal es el tipo de racionalización que utilizaría para explicar otras tragedias aún más inconfesables que causó a sus familiares y amigos. Ya en la vejez, hablaba de Kato con ternura y tristeza. Le hizo un cumplido que era muy propio de él. Sus primeros artículos los había firmado como un tributo

hacia su padre con el pseudónimo «Besoshvili»; ahora elegiría un nuevo pseudónimo: «K. Kato» (Koba Kato).

Aunque su hijo se encontraba en Tiflis, no tenía la menor intención de volver a aquella «ciénaga» provinciana en la que ya era un proscrito político. Así que abandonó a su hijo durante más de diez años.

«Kato murió», dice Monoselidze, «dejando con nosotros al pequeño Chico, de apenas ocho meses». La madre de Kato, Sepora, y los Monoselidze criaron al niño, al que Stalin casi ni siquiera iba a visitar. Puede que el Chico le trajera a la memoria todo el desastre.

Aquélla no era la manera georgiana de hacer las cosas. A pesar de admirar su competencia como conspirador, la familia estaba espantada. En sus memorias, los Svanidze y Elisabedashvili, que escribieron sus recuerdos treinta años después, durante la dictadura de Stalin, aunque antes del Terror, comentan valientemente su desaprobación de semejante conducta, poniendo de manifiesto que seguían echando la culpa de la muerte de Kato a su negligencia.

«Después de aquello», concluye Monoselidze de forma harto reveladora, «Soso se fue a Bakú y no volvimos a verlo hasta 1912, aunque recibimos una carta desde el destierro pidiéndonos un poco de vino y mermelada»[1].

Cuando Stalin salió del luto a finales de 1907, se reunió con el decadente Spandarian para celebrar una cena de Fin de Año en un restaurante de Bakú. Se encontraba entre viejos amigos en la capital revolucionaria del Imperio. Los bolcheviques de Bakú formaban una especie de sumario de la carrera de Stalin hasta aquel momento: como los bolcheviques habían disminuido incluso en Rusia, los revolucionarios tanto de Rusia como del Cáucaso se refugiaban en Bakú, interfiriendo a menudo en el trabajo de Stalin[*]. Probablemente la cena se convirtiera en una verdadera fiesta, pues Spandarian, cuyo «carácter moral era muy similar al de Stalin», era además «un hombre increíblemente indolente y

sibarita, amante de las mujeres y del dinero». Los devaneos de Spandarian no preocupaban lo más mínimo a su mujer, Olga, que decía: «Suren nunca juró que fuera a serme fiel, sólo que iba a ser por siempre el Caballero de la Idea» del bolchevismo. Pero el Don Juan bolchevique no dejaba de sorprender a sus camaradas: «¡Todos los niños de Bakú de menos de tres años se parecen a Spandarian!», recuerda Tatiana Vulikh.

Soso se sumergió de nuevo en su trabajo, volviendo a reunir a la Cuadrilla. Junto con Spandarian empezó inmediatamente a convocar huelgas y actos de agitación más radicales, apoyándose en los obreros azeríes y persas, a menudo analfabetos. Los más intelectuales eran demasiado refinados para preocuparse de aquellos iletrados, pero Soso llenaba las asambleas de musulmanes que votaban a su favor en masa. Fue uno de los fundadores de Himmat («Energía»), un grupo bolchevique musulmán. Los mahometanos solían esconder a Stalin en las mezquitas cuando estaba en busca y captura. En el curso de una pelea con los mencheviques, un aliado mahometano de Soso dio una puñalada a Devdariani.

A través de esos contactos con los musulmanes, Stalin contribuyó a armar a la revolución persa. Envió combatientes y armas al mando de Sergo a derrocar al shah de Persia, Mohammed Ali, al que sus bolcheviques intentaron asesinar. Incluso él mismo cruzó la frontera de Persia para organizar a sus partisanos y visitar Resht: la Conferencia de Teherán de 1943 no fue, pues, la primera ocasión que estuvo en Irán.

Shaumian se hallaba desconcertado por el éxito aplastante de la reacción del zar. Junto con Yenukidze, que acababa de regresar del destierro, adoptaron una postura «derechista», más moderada que la de Stalin, pero no fueron capaces de socavar su dominio. Shaumian exigía moderación. Stalin se burlaba de su vida privilegiada, intrigando contra él junto con su «íntimo amigo y mano derecha, Spandarian». A la muerte de Stalin se dijo que se había peleado con Shaumian, pero la tensión

existente entre ellos ha sido exagerada. Trabajaban bien juntos, aunque no dejaban de sospechar uno de otro[2].

Poco después de su regreso a Bakú, Stalin emprendió un viaje secreto para visitar a Lenin, que por entonces se había instalado en Ginebra. Sabemos, aunque no exactamente cuándo, que mantuvieron una entrevista en 1908 y sabemos que Stalin viajó a Suiza. El propio Stalin mencionó esa entrevista hablando de sus recuerdos. Se reunió también con Plejanov, que consiguió «exasperarlo». Stalin estaba «convencido de que era un aristócrata congénito». Lo que realmente lo volvió contra el sabio marxista fue el hecho de que «la hija de Plejanov tenía unos modales aristocráticos, vestida siempre a la última moda y calzada con botas de tacón alto». Stalin era ya, en parte al menos, un asceta mojigato[3].

Stalin y Lenin debieron de hablar de dinero. Lenin mantenía un auténtico duelo con los mencheviques al tiempo que continuaba su lucha disgregadora con Bogdanov v Krasin, que habían robado buena parte del botín obtenido en el atentado de Tiflis, cuya pista a su vez era seguida enérgicamente por toda la policía de Europa. De ese modo, la organización, azotada desde dentro por los cismas de Lenin y desde fuera por la victoriosa represión de Stolypin, estaba, en palabras de Vulikh, «desesperadamente necesitada de dinero».

Con toda seguridad, dice Kavtaradze, el fiel secuaz de Stalin en Bakú, «se decidió una vez más conseguir dinero para el partido». Cuando el «tesorero jefe del Centro Bolchevique» escuchaba la palabra «dinero», se echaba mano inmediatamente a la pistola.

«En Bakú», dice Sagirashvili, que también se encontraba allí, «Koba andaba buscando a tipos criminales, los “exaltados”, como solía llamarlos, los sicarios. En América esos individuos habrían sido gánsters», pero Stalin los rodeó «de un aura de combatientes revolucionarios». «Sugirió organizar el Escuadrón de Combate Bolchevique». Tsintsadze,

Kupriashvili y algunas caras nuevas se unieron a la Cuadrilla de los llamados mauseristas de Stalin.

Kavtaradze le ayudaba en la planificación de las actividades bajo la égida de una organización que llevaba el portentoso nombre de Cuartel General de Autodefensa. El otro compinche de Stalin era un abogado pelirrojo, natural de Odessa, nacido en el seno de una familia acomodada de Bakú con antepasados pertenecientes a la nobleza polaca: Andrei Vyshinski, por entonces de veintitrés años, menchevique, había abandonado el derecho, organizaba bandas terroristas y se había hecho pistolero en 1905. Pero Stalin, reconociendo acaso que se trataba de un joven matón despiadado y útil, relajó en este caso su rigor antimenchevique. Encargó a Vyshinski la tarea de procurar armas y bombas.

«La política es un negocio sucio», diría luego Stalin. «Todos hicimos trabajos sucios para la Revolución». Stalin se convirtió en el padrino efectivo de una pequeña, pero útil organización dedicada a la recaudación de fondos que realmente se parecía a una familia mafiosa dedicada con relativo éxito al chantaje, la falsificación de moneda, la extorsión, los atracos a bancos, la piratería y la protección a cambio de dinero, así como a la agitación política y el periodismo.

El objetivo de Stalin, dice uno de sus mauseristas, Ivan Bokov[*], era «amenazar a los magnates del petróleo y a los Cien Negros [los nacionalistas rusos de derechas que disponían de sus propios grupos armados]». Según Bokov, ordenó a los mauseristas que asesinaran a muchos integrantes de los Cien Negros. Luego la Cuadrilla planeó el robo del Banco Nacional de Bakú. Kavtaradze cuenta que «nos enteramos de que iban a ser transportados en barco vía Bakú y el mar Caspio cuatro millones de rublos con destino a la región del Turkestán. De ese modo, a comienzos de 1908 empezamos a reunirnos en Bakú». Pensaban tomar como rehén al capitán

del barco, una clara reminiscencia del caso del *Zarevich Giorgi*.

En el puerto de Bakú tuvo lugar un acto de piratería en una nave llamada *Nicolás I*: los mencheviques investigaron a Stalin por este caso, que suponía una nueva infracción de las normas del partido. En el pleito por libelo de 1918, Martov disponía de pruebas suficientes de la participación de Stalin en el atraco al *Nicolás I* como para llamar a testigos. Después, el trotskista Victor Serge escribiría que Vyshinski, en una precipitada declaración prestada antes de que los bolcheviques accedieran al poder, había dicho: «Koba estaba profundamente implicado» en la «incautación del vapor *Nicolás I* en el puerto de Bakú».

Luego «a Stalin se le ocurrió la idea» de asaltar el arsenal naval de Bakú. Como siempre, «tomó la iniciativa para que buscáramos contactos [infiltrados] entre la gente de la marina», recuerda su pistolero Bokov. «Organizamos una banda de camaradas… y asaltamos el arsenal», matando a varios guardias. Pero Soso recaudaba además dinero a diario a través de las «contribuciones de los industriales».

Muchos magnates y profesionales de clase media eran simpatizantes de los bolcheviques y contribuían financieramente a su causa. Berta Nussimbaum, esposa de un barón del petróleo y madre del escritor Essad Bey, era simpatizante de los bolcheviques. «Mi madre», dice Essad Bey, «financió con sus diamantes la prensa comunista ilegal de Stalin». No deja de resultar sorprendente que los Rothschild y otros barones del petróleo que se contaban entre los magnates más ricos de Europa, financiaran a los bolcheviques que, en último término, habrían de destruir sus intereses. Alliluyev recordaba esas contribuciones de los Rothschild.

El director gerente de los Rothschild, David Landau, contribuía regularmente a las finanzas de los bolcheviques, como señalaba la Ojrana, cuyos agentes comunicaban que, cuando Stalin dirigía el partido en Bakú, un bolchevique que

trabajaba como contable en una compañía petrolífera, «no se ocupaba de las operaciones de la empresa, sino que se dedicaba exclusivamente a recaudar donaciones y obtener dinero de Landau, el de los Rothschild». Es probable que Landau se entrevistara con Stalin personalmente. Otro ejecutivo de los Rothschild, el Dr. Felix Somary, un banquero que trabajaba con la rama austriaca de la familia y más tarde destacado académico, afirma que fue enviado a Bakú a negociar una huelga. Pagó dinero a Stalin y la huelga se acabó.

Stalin se entrevistaba regularmente con otros grandes hombres de negocios, como, por ejemplo, Alexander Mancho, director gerente de las compañías petrolíferas Shibaev y Bibi-Eibat. «A menudo obteníamos dinero de Mancho para nuestra organización», recuerda Ivan Vatsek, uno de los fieles de Stalin. «En tales casos, el camarada Stalin venía a verme. El camarada Stalin también lo conocía bien». Mancho era o un simpatizante comprometido o una víctima de los chantajes de Stalin, pues el hombre de negocios aflojaba la mosca en cuanto se lo pedían.

Stalin ofrecía también protección a cambio de dinero y organizaba secuestros. Muchos magnates tenían que pagar si no querían que sus campos de petróleo ardieran o que sus familias tuvieran algún «accidente». Resulta difícil diferenciar las donaciones voluntarias del chantaje a cambio de protección, pues las fechorías de que eran objeto por parte de Stalin incluían los «atracos, la extorsión de las familias ricas, y el secuestro de sus hijos en las calles de Bakú a plena luz del día para luego exigir un rescate en nombre de algún “comité revolucionario”», afirma Sagirashvili, que lo conoció en Bakú. El «secuestro de niños era una actividad rutinaria por aquel entonces», recuerda Essad Bey, que cuando era pequeño no salía nunca de su casa sin una falange de tres *kochy* como guardaespaldas y «un cuarto criado, montado a caballo y armado, que cabalgaba detrás de mí».

El folklore de Bakú afirma que el secuestro más proficuo de Stalin fue el de Musa Nageyev, el décimo barón del

petróleo más rico, un excampesino famoso por su tacañería, que admiraba tanto el Palazzo Contarini de Venecia que se construyó una copia (más grande), el majestuoso palacio Ismailiye, de estilo gótico veneciano (en la actualidad Academia de las Ciencias). En realidad Nageyev fue secuestrado dos veces, pero los relatos que él mismo hizo de aquellos acontecimientos traumáticos son confusos y turbios. Ninguno de los dos casos fue resuelto nunca, pero se sospechó que los bolcheviques habían estado implicados en ellos. Años más tarde, la nieta de Nageyev, Jilar-Khanum, afirmaría que Stalin envió al barón del petróleo una irónica carta de agradecimiento por sus generosas contribuciones a la causa de los bolcheviques[*].

Se decía que los millonarios como Nageyev se mostraban dispuestos a pagar lo que fuera después de mantener «una conversación de diez minutos» con Stalin. Ello tal vez se debiera al sistema que tenía Soso de imprimir unas circulares especiales que decían:

El Comité Bolchevique

Propone que su empresa

Pague —— rublos

Esta circular era remitida a todas las petroleras y el dinero era recogido por el Asistente Técnico de Soso, «un hombre muy alto que se llamaba "el guardaespaldas de Stalin", y que iba visiblemente armado con una pistola. Nadie se negaba a pagar».

El capo de los bolcheviques mantenía relaciones de amistad con el crimen organizado de Bakú y las operaciones de éste y las de los mauseristas a menudo se solapaban. Había una banda que controlaba el acceso a unos terrenos baldíos situados en el sector de la Ciudad Negra. Stalin «hizo un acuerdo con esta banda para que dejaran pasar a los bolcheviques, pero no a los mencheviques. Los bolcheviques tenían contraseñas especiales». En la ciudad más salvaje de Rusia, ambos bandos utilizaban la violencia: los magnates del

petróleo empleaban truhanes chechenios como guardianes de sus pozos. Uno de los barones más ricos del petróleo, Murtuza Mukhtarov, que residía en el palacio más grande de Bakú, inspirado en un castillo gótico francés, ordenó a sus *kochy* que mataran al joven Stalin. Soso recibió una brutal paliza de los chechenios, probablemente por orden de Mukhtarov[*].

El secretismo de Stalin era tan absoluto que el mauserista Bokov decía: «A veces era tan misterioso que nos pasábamos seis meses sin saber dónde estaba. No tenía dirección permanente y sólo lo conocíamos como "Koba". Si tenía una cita, nunca aparecía a la hora convenida; lo hacía o un día antes o un día después. Nunca se cambiaba de ropa, de modo que parecía un desempleado». Los camaradas de Soso se daban cuenta de que era distinto del típico caucasiano apasionado. «Los sentimientos le eran extraños», afirma uno. «Por mucho que quisiera a una persona, nunca le habría perdonado el más mínimo perjuicio a nada que tuviera que ver con el partido… lo habría desollado vivo».

Así, logró de nuevo recaudar dinero y conseguir pistolas, pero, como ocurría siempre con él, a costa de vidas humanas. Los bolcheviques tradicionales como Alexinski y Zemliachka estaban «indignadísimos con aquellas incautaciones» y asesinatos. «Stalin echaba siempre la culpa a alguien acusándolo de provocación. Aunque no hubiera pruebas concretas, la persona en cuestión era obligada a abandonar la ciudad, "juzgada", condenada a muerte y fusilada».

Stalin estaba orgulloso de ser lo que él llamaba un *praktik*, es decir un tipo duro y práctico, un experto en lo que él llamaba el «trabajo sucio», y no un *intelligent* charlatán, pero su don particular consistía en que era las dos cosas. Lenin no tardaría en escuchar todo un chaparrón de quejas acerca del bandolerismo de Stalin, pero en aquellos momentos, escribe Vulikh, «Stalin era el verdadero capo del Cáucaso», con «muchísimos partidarios entregados en cuerpo y alma a él, que lo respetaban como al segundo hombre del partido después de

Lenin. Entre la *intelligentsia* era menos amado, pero todo el mundo reconocía que era el personaje más enérgico e indispensable».

Soso tenía un «efecto electrizante» sobre sus seguidores, a los cuales cuidaba mucho. Poseía un talento especial para la amistad política, talento que desempeñó un papel decisivo en su ascensión al poder. Su compañero de cuarto en Estocolmo, Voroshilov, el diligente alfarero rubio, amigo de vestir como un *dandy*[*], se reunió con él en Bakú, pero pronto cayó enfermo. «Venía a visitarme cada noche», decía Voroshilov. «Nos reíamos muchísimo. Me preguntaba si me gustaba la poesía y recitaba de memoria un poema entero de Nekrasov. Luego cantábamos juntos. Realmente tenía bonita voz y buen oído». «La poesía y la música», decía Stalin a Voroshilov, «elevan el espíritu». Alliluyev estaba muy preocupado por su familia cuando fue detenido de nuevo, de modo que tras su liberación fue a consultar a Soso, quien insistió en que debía marcharse y le dio dinero para que se trasladara a Moscú.

—Toma el dinero. Tienes hijos y debes mirar por ellos.

La muerte de Kato supuso un golpe muy doloroso, pero incluso a comienzos de 1908 el viudo que firmaba sus artículos con el pseudónimo «Koba Kato» encontraba ya tiempo para irse de fiesta y nunca estaba falto de compañía femenina.

23

Carreras de piojos, asesinato y locura – Los juegos de la cárcel –

Siempre que la Cuadrilla daba un golpe, Stalin y Spandarian gastaban un poco del botín en una fiesta desenfrenada. En un chiste muy propio de bolcheviques acerca de los infinitos cismas políticos del partido, Soso llamaba a esas fiestas *uklonenia*, desviaciones.

«Cuando Soso recaudaba unos cuantos céntimos de más», informa A. D. Sakvarelidze, encargado de las operaciones de falsificación de dinero de Stalin, «celebrábamos una reunión "desviacionista" en alguna taberna perdida o en el reservado de algún buen restaurante, a menudo el Svet, en la calle del Comercio, donde nos dábamos un banquete, sobre todo cuando queríamos festejar el éxito de alguna hazaña. Spandarian era especialmente aficionado a las «desviaciones», en las que hablábamos con franqueza, comíamos de maravilla y cantábamos a voz en cuello, particularmente Stalin». Allá donde fuera Spandarian, solían seguirle también mujeres.

Un camarada de Batumi presentó a Stalin a su hermana, la hermosa Alvasi Talakvadze. Acababa de cumplir dieciocho años, y era, según propia confesión, una «niña mimada», rebosante de ardor revolucionario. «Koba —el jefe del proletariado de Bakú— utilizaba como base la trastienda del puesto de flores que tenía mi hermano en el campo petrolífero de Bibi-Eibat», refiere Alvasi. Pues bien, Stalin tomó bajo su protección a la joven Talakvadze dándole el apodo de «Camarada Más» debido a su entusiasmo. Incluso en la jerga absurdamente pomposa propia del estalinismo, las memorias

de la muchacha revelan una estrecha relación entre ambos: «Koba me ilustraba ideológicamente, manteniendo conmigo discusiones acerca de temas sociopolíticos, ayudándome a desarrollar una conciencia de clase, e inculcándome la fe en la victoria». Se siente uno tentado a tomar por simples eufemismos eso de «ayudándome a desarrollar una conciencia de clase» y lo de «inculcándome la fe en la victoria», pues Alvasi Talakvadze hizo saber más tarde que había sido la novia de Stalin en 1908.

Sus dotes para la conspiración eran geniales, aunque a veces macabras. Esta novia se hizo «experta en despistar a los espías de la policía secreta, aunque a Koba se le ocurrían los trucos más originales». Un día ordenó a la muchacha que llevara unos documentos secretos al campo petrolífero de Balakhana en el interior de un ataúd. «Debes hacer el papel de una joven enlutada que va a enterrar con sus propias manos a su hermanito muerto», le dijo Stalin, enviándola a un cementerio y dirigiendo su actuación como si fuera un director de escena.

—Suéltate el pelo, abraza el ataúd, gime, di que te has quedado sola y échate la culpa de su muerte. No lo entierres a demasiada profundidad.

Le entregó una pala. El «director» elogió su actuación, tras observarla discretamente. «Incluso ahora», comentaría Alvasi más tarde, «sigo sin saber cómo pudo observarme con tanta precisión».

Alvasi Talakvadze no parece que fuera la única relación que mantuvo Stalin con una camarada. Conoció también a Ludmilla Stal, «una famosa activista entre las mujeres», descrita más tarde como «pechugona, pero guapa». Hija del propietario de una acería del sur de Ucrania, seis años mayor que Soso, era ya una veterana de las cárceles. Poco después, marcharía al exilio a París. Se dice que su idilio fue intermitente, pero tendría una gran influencia sobre el joven Stalin. Probablemente volvieron a verse después, durante los

viajes de Stalin al extranjero para visitar a Lenin, con el que Ludmilla mantenía una estrecha colaboración. Desde luego volvieron a verse en 1917. Pero no se conserva ninguna prueba de su amistad, excepto un sorprendente recuerdo que duraría toda la vida.

La policía secreta había perdido la pista de Soso cuando fue trasladándose de una ciudad a otra después del espectacular golpe de Tiflis. Pero de nuevo estaban tras él. Cuando fue detenido Bokov, uno de sus pistoleros, «el gendarme me preguntó quién era Stalin y en particular cuál había sido su papel en el robo del arsenal [del puerto de Bakú]».

El 15 de marzo de 1908, los gendarmes irrumpieron en una asamblea del partido en el Salón del Pueblo. Stalin, Shaumian y Spandarian lograron huir, pero los gendarmes iban detrás de los mauseristas. Justo cuando Tsintsadze y la Cuadrilla fijaban las fechas de los atracos al Banco Nacional y al barco del oro, los cosacos y los gendarmes «atacaron nuestro piso franco». En el tiroteo cayeron varios cosacos, pero la Cuadrilla perdió a su mejor pistolero mauserista, Intskirveli, veterano del atraco al banco de Tiflis. Los planes fueron paralizados de inmediato: Kavtaradze abandonó el trabajo clandestino e ingresó en la universidad de San Petersburgo; pero seguiría presente en la vida de Stalin hasta el final.

La noche del 25 de marzo, el jefe de la policía de Bakú hizo una redada en «varias guaridas de delincuentes en las que fueron arrestados algunos sospechosos de diversos crímenes, entre otros Gaioz Besoevich Nizheradze, que llevaba documentos delictivos y al que por tanto puse a disposición de la Gendarmería». El sujeto llevaba el pasaporte de un aristócrata llamado Nizheradze, pero quizá el patronímico, «Hijo de Beso», fuera la mejor pista para identificar al bolchevique más importante del Cáucaso: «el segundo Lenin». Después de cuatro años, la Ojrana había logrado por fin pescar a Stalin[1].

Cuando el nuevo preso llegó a la prisión de Bailov, en Bakú, luciendo una blusa de satén azul y una espléndida capucha caucasiana, los demás presos políticos hicieron correr la voz advirtiendo que debían tener mucho cuidado. «Es un secreto», murmuraron. «¡*Es* Koba!». Temían a Stalin «más que a la policía».

Aquel hombre temible no defraudaría a nadie. Tenía la «capacidad de soliviantar silenciosamente a otros y mantenerse al margen. El astuto conspirador no escatimaba ningún medio que considerara necesario, pero se las arreglaba para evitar toda responsabilidad pública». En los siete meses que pasó en la famosa Bailovka, situada en medio de los campos de petróleo, Stalin supo dominar las estructuras de poder de la prisión. Leyó, estudió esperanto, que consideraba la lengua del futuro[*], y lanzó varias campañas de caza de brujas contra traidores que a menudo acabaron en muertes. Su reino de la Bailovka fue un microcosmos de lo que sería su dictadura en Rusia.

Soso fue instalado en la Celda Tres con otros presos políticos, principalmente bolcheviques (los mencheviques estaban en la Celda Siete). Los presos políticos de la Bailovka estaban tan bien organizados que incluso disponían de una Comisión de Credenciales. En la celda, Stalin se encontró con otro bolchevique *praktik* como él, Sergo, y con su leal seguidor menchevique Vyshinski. Este último fue elegido Anciano, encargado de la comida, nombramiento sumamente delicado, pues regularmente recibía paquetes de golosinas de su esposa y de sus acaudalados padres. Compartía los paquetes con Stalin, una prudente generosidad que quizá contribuyera a su supervivencia durante el Terror.

Los Ancianos dividían la jornada en horas dedicadas al ocio, la limpieza y los debates. Los Ancianos asignaban también los compañeros de catre (Stalin compartía el suyo con otro individuo originario de Gori llamado Ilya Nadiradze) y las tareas domésticas, como por ejemplo lavar los platos o vaciar

las letrinas, pero, como es comprensible, «Stalin era eximido con frecuencia de semejantes obligaciones».

Uno de sus compañeros de celda, Simon Vereshchak, un menchevique, escribió un perspicaz retrato de Stalin en la Bailovka. Vereshchak odiaba a Stalin por su astucia cruel, pero, a pesar de sí mismo, se sentía fascinado por su seguridad absoluta, su inteligencia siempre alerta, su memoria de elefante y su sangre fría. «¡Resultaba imposible hacerle perder el equilibrio, nada podía sacarlo de quicio!». Stalin era el único de la celda que dormía tranquilamente cuando los presos oían que alguien era ahorcado en el patio.

Soso no inventó la pena de muerte para los traidores. «En la Bailovka», refiere Vereshchak, «los *provocadores* solían ser asesinados»; pero eso sí, después de la debida investigación y el consiguiente juicio. Stalin mataba por poderes y a escondidas. Primero «Mitka el Griego apuñaló a un obrero joven por ser un espía. Koba ordenó que lo hiciera». Luego «un joven georgiano recibió una paliza en el pasillo del edificio de los políticos. Corrió la voz: "¡Provocador!". Acudió todo el mundo a golpearlo con lo primero que cada uno tuviera a mano, hasta que las paredes quedaron salpicadas de sangre. Se llevaron el cuerpo ensangrentado en una camilla. Luego nos enteramos de que el rumor había empezado a propalarlo Koba».

Los presos políticos celebraban debates que a menudo se volvían bastante virulentos. Los que más desagradaban a Stalin eran los socialistas cristianos que seguían a León Tolstoi. Sergo, que siempre actuaba primero y pensaba después, se metió en una pelea con unos socialistas revolucionarios. «Sergo arreaba de verdad, pero ningún socialista revolucionario era lo bastante fuerte para pegar a Sergo», escribiría luego Stalin a Voroshilov protegiendo el amor propio de Ordzhonikidze cuando los tres gobernaban la URSS. En realidad, fueron los socialistas revolucionarios los que dieron una paliza a Sergo.

Stalin trataba los dilemas políticos erigiéndose en «la mayor autoridad en Marx. El marxismo era su elemento y en él era imbatible. Sabía cómo justificarlo todo con una fórmula apropiada tomada de Marx», pero su estilo era «desagradable, tosco, carente de ingenio, seco y formal».

Stalin seguía prefiriendo los canallas a los revolucionarios. Siempre «podía vérsele en compañía de sicarios, chantajistas, ladrones, y pistoleros: los mauseristas»[*]. A veces, los delincuentes comunes atacaban a los políticos, pero los criminales georgianos, organizados probablemente por Stalin, le servían de guardaespaldas. Una vez en el poder, sorprendería a sus camaradas promoviendo a verdaderos criminales dentro del NKVD, pero utilizó a los delincuentes durante toda su vida.

Aquellas dos especies distintas se unían a la hora de apostar en juegos carcelarios como las competiciones de lucha o las carreras de piojos. A Stalin no le gustaba el ajedrez, pero «Sergo Ordzhonikidze y él jugaban a menudo al *backgammon* durante casi toda la noche». El juego más cruel era la «Locura», en el cual un preso joven era colocado en la celda de los comunes para que se volviera loco. Se hacían apuestas a ver cuánto tiempo tardaba el jovenzuelo en desmoronarse. A veces la víctima se volvía realmente loca.

La cárcel estaba llena hasta los topes de víctimas de la represión de Stolypin: 1500 reclusos compartían unas celdas construidas para 400. Stalin tenía una sombra en los pulmones y le costaba trabajo respirar con el calor. El robusto Mdivani, «el Barril», que en algunas ocasiones estuvo en la misma celda que él, levantaba a Soso sobre sus hombros para que pudiera respirar por la ventana, situada a cierta altura, mientras que el resto de los ocupantes de la celda reían y gritaban: «¡Arre, Barril, arre!». Cuando Barril visitara más tarde a Stalin en el Kremlin, lo saludaría siempre diciendo: «¡Arre, Soso!».

Stalin inició una protesta contra las condiciones carcelarias y empezó a provocar a las autoridades, que enviaron una

compañía de soldados para que pegaran una paliza a los políticos. Obligado a correr las baquetas, «Koba pasó con la cabeza bien alta entre los soldados que lo golpeaban con la culata de sus escopetas con un libro en las manos», cuenta Vereshchak. Como respuesta, «echó abajo la puerta de su celda con el cubo de las heces sin hacer caso a la amenaza de las bayonetas».

Era imposible moverse «sin pisar a alguien», pero la superpoblación dejaba también mucho espacio para las triquiñuelas. El compañero de catre de Stalin, Nadiradze, oriundo como él de Gori, se las arregló para que su mujer acompañara a Keke a Bakú. Las dos mujeres visitaron una a su hijo y la otra a su marido. Stalin «la saludó cordialmente. Su madre rompió a llorar al ver a su único hijo», pero él «la tranquilizó diciendo que un revolucionario no podía prescindir de las cárceles… Estuvimos charlando alegremente durante dos horas enteras», dice Nadiradze. Stalin convenció a su madre para que llevara ciertas notas secretas a los revolucionarios de Bakú, por lo que a punto estuvo de ser detenida.

La Cuadrilla estaba planeando la fuga de Soso. Éste utilizaba por las noches una sierra que le había pasado de extranjis un guardián para cortar los barrotes de su celda. Sus mauseristas debían esperarlo un día fijado de antemano fuera de los muros de la cárcel con un faetón que había de conducirlo a la libertad. Pero el plan debió de ser revelado a las autoridades, porque en el último momento asumieron las tareas de vigilancia unos cosacos incorruptibles. El intento de fuga de Stalin tuvo que ser cancelado.

El lentísimo sistema zarista, con su habitual mezcla de confusión y lenidad, tardó más de lo habitual en aclarar la identidad de Stalin y en llevar su caso a los tribunales. Al final le impusieron una condena sorprendentemente leve de sólo dos años de destierro en la provincia europea de Vologda, y no en Siberia.

Poco antes de partir, el desorden reinante en la cárcel superpoblada de Bailovka permitió a Stalin intentar hacerse pasar por otro preso. La cosa parecía discurrir según los planes previstos[*] el sustituto ocupó su lugar; Soso se despidió de los demás prisioneros con un beso y fue acompañado fuera de la celda.[2]:

Fotografías

1910-1917

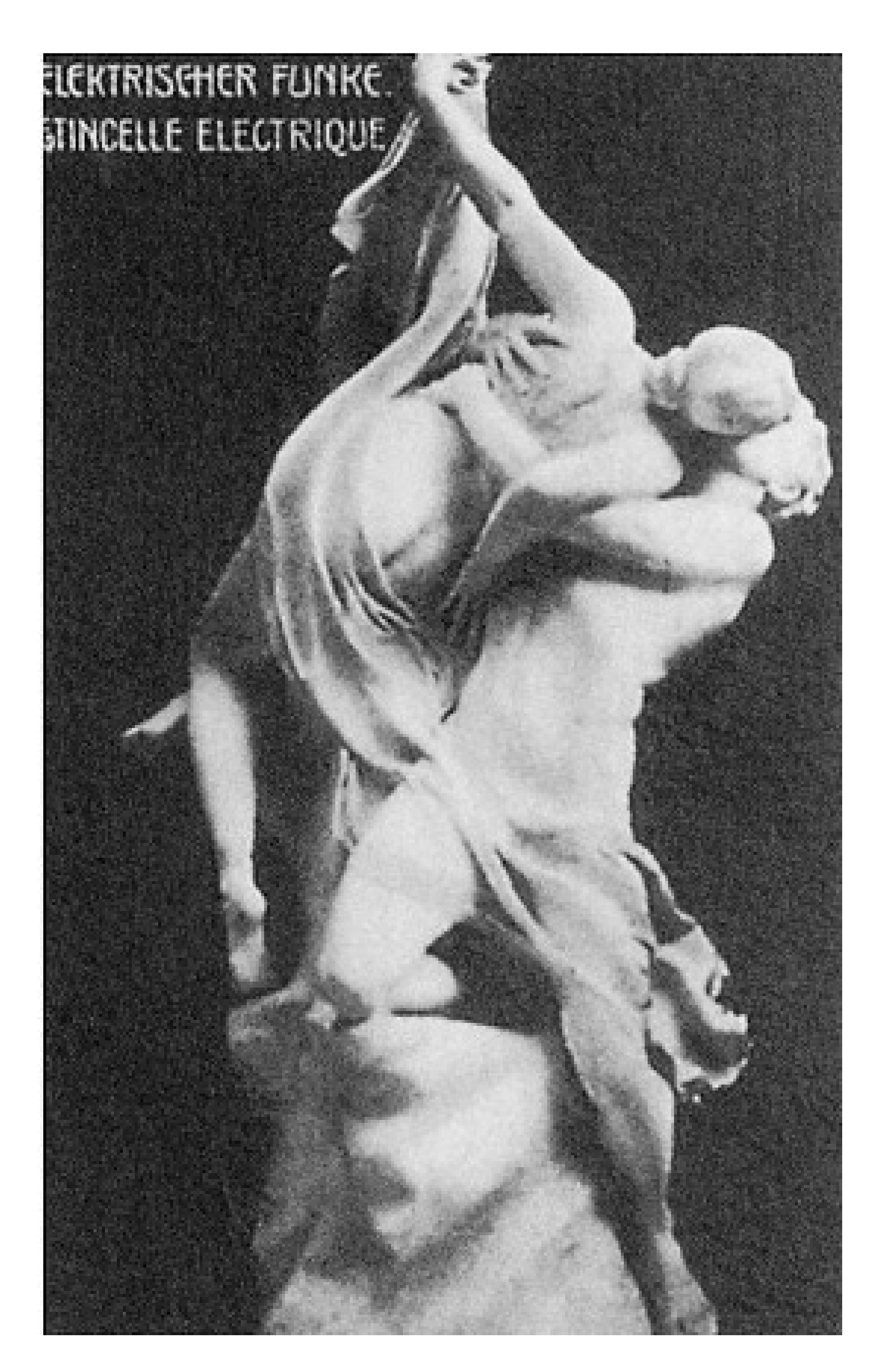


Dos golfos caucasianos: Stalin (*derecha*) con su mejor amigo, Suren Spandarian, un donjuán culto de origen armenio, bolchevique despiadado y aliado de Soso en Bakú, donde se decía que era el padre de la mitad de los niños menores de tres años. Aquí aparecen retratados cuando se encontraron en Siberia en 1915. *Stalin con Spandarian en 1915. Colección de David King.*





Stalin, que fue sorprendentemente promiscuo en el destierro, se dedicó a seducir a mujeres y a preparar fugas. *En la parte superior a la izquierda*: la aventura más feliz fue la que tuvo con la descarada colegiala Pelageya (cuyo nombre en clave para la Ojrana era la Niña Bonita). Le envió apasionadas postales ilustradas con parejas haciendo el amor. *Reverso de postales. RGASPI.*



Frente de postal. *Colección de David King.*



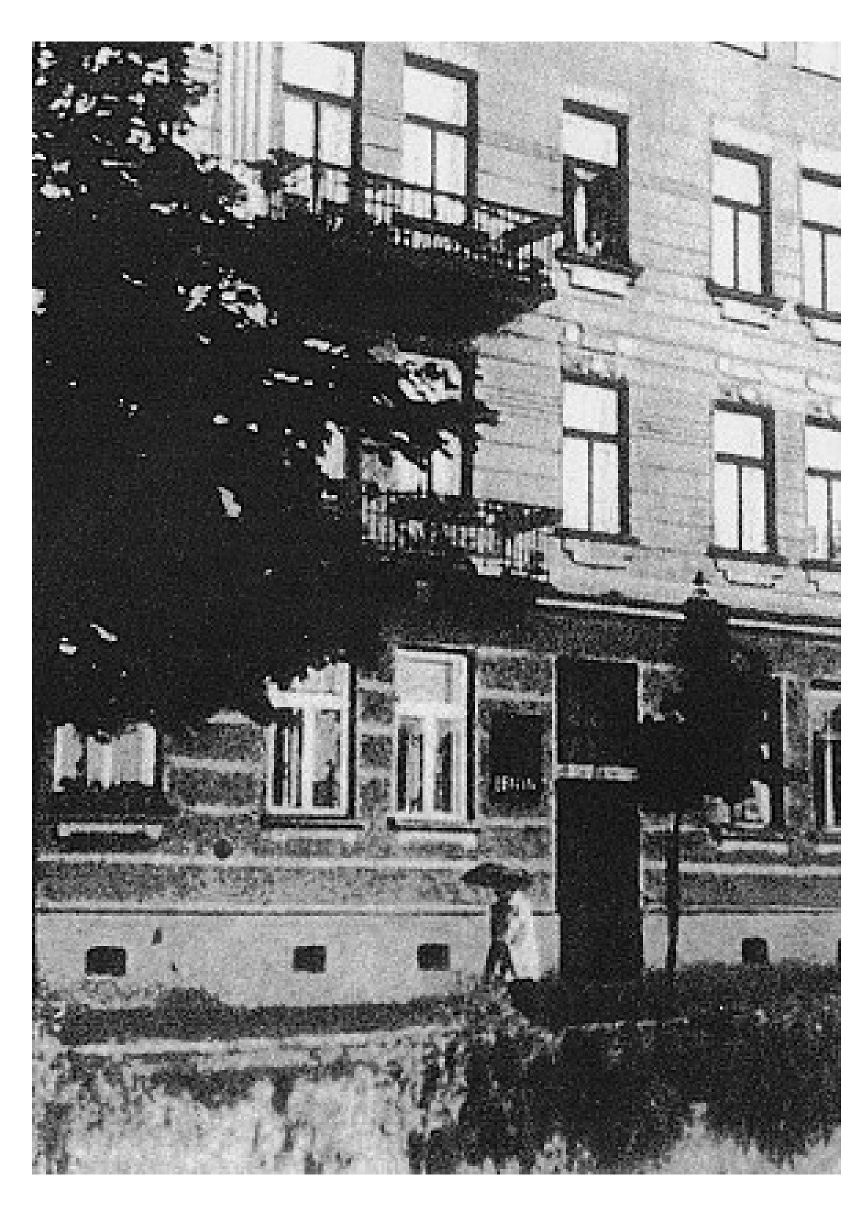
Su patrona y amante a la vez, Maria Kuzakova, ya mayor, durante los años cincuenta, acompañada de Constantin, el hijo que tuvo con Stalin, y el hijo de éste. *Colección del autor*.



Stalin, que había logrado ascender a la cima del partido bolchevique, fue detenido de nuevo en 1911. *Ficha policial de Stalin cuando fue detenido en 1911. Colección de David King.*



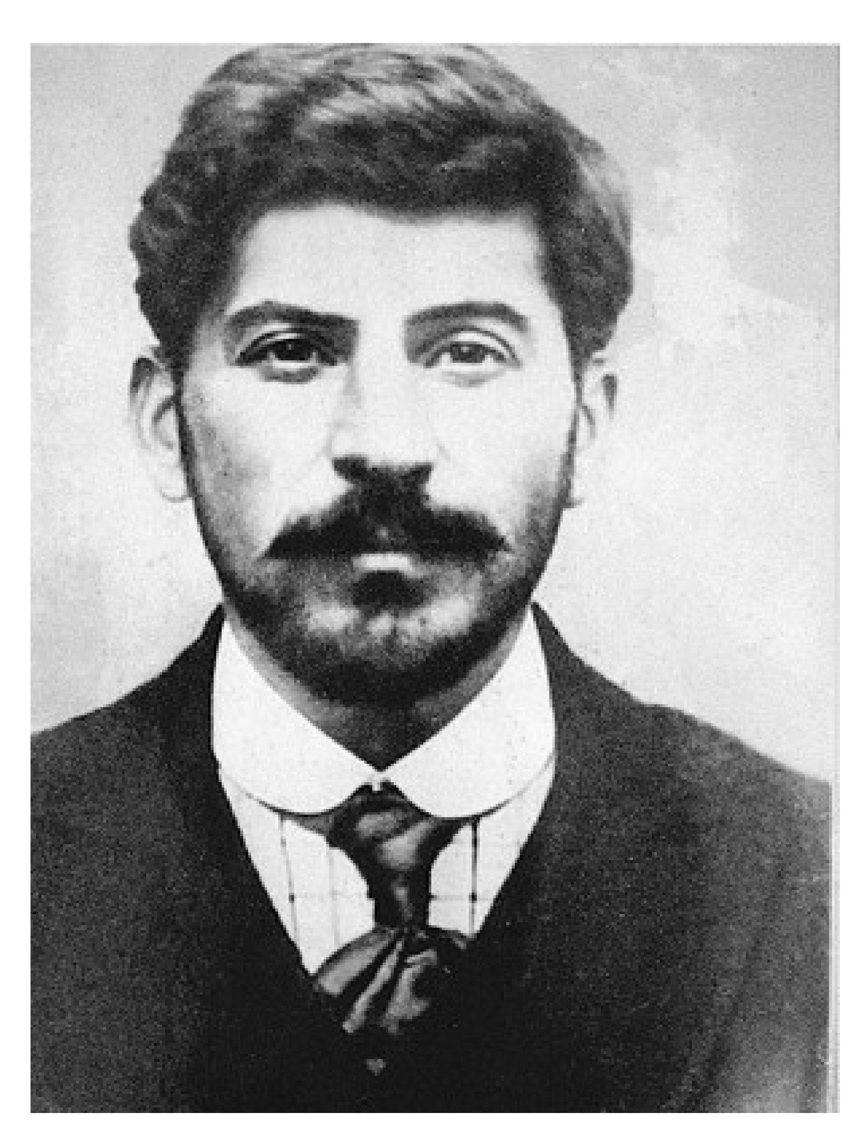
Viena, 1913: Stalin, Hitler, Trotski y Tito vivieron por la misma época en esa ciudad. Lujoso bloque de pisos, en la actualidad convertido en casa de huéspedes, en el que residió Stalin con la lápida colocada en su memoria. *Casa de pisos en la que vivió Stalin en Viena. Lisa Train.*



Cracovia, 1912-1913: Stalin estuvo viviendo en el piso de Lenin.
Piso de Lenin en Cracovia. Colección de David King.



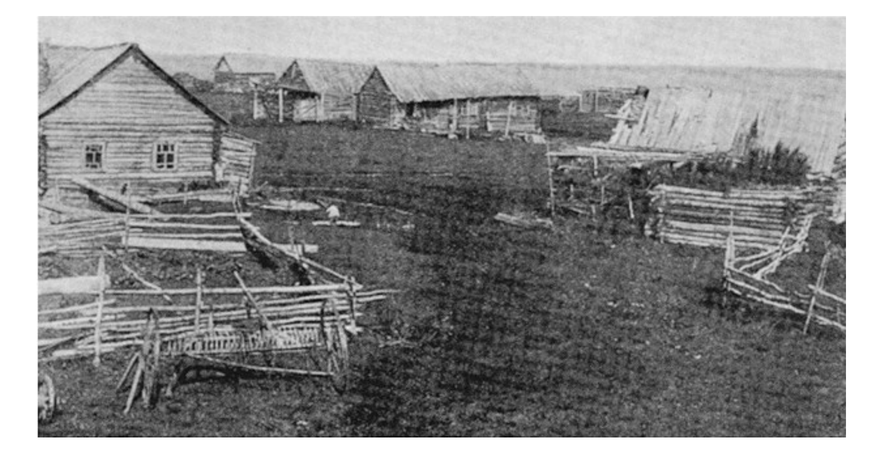
Traición en 1913: Roman Malinovski, antiguo caco y violador y estrella del partido bolchevique, fue el agente doble mejor pagado de la Ojrana. Ni Lenin ni Stalin creían que fuera un traidor. Pero fue él quien organizó la detención de Stalin convenciéndolo para que asistiera a una fiesta para recaudar fondos para el partido. *Roman Malinovski. Colección del autor.*



Stalin, miembro del Comité Central, se negaba a ir a la fiesta, pero Malinovski lo convenció para que asistiera, prestándole incluso esta corbata de seda. Fue detenido en el baile. *Stalin en 1913. Colección de David King.*



Tatiana Slavatinskaya, la amante de Stalin y su acompañante en el baile en el que se consumó la traición. Soso intentó escapar vestido de mujer. *Tatiana Slavatinskaya. Museo Regional de Achinsk (ABM).*



Kureika, fotografía de los años treinta. *Colección de David King.*



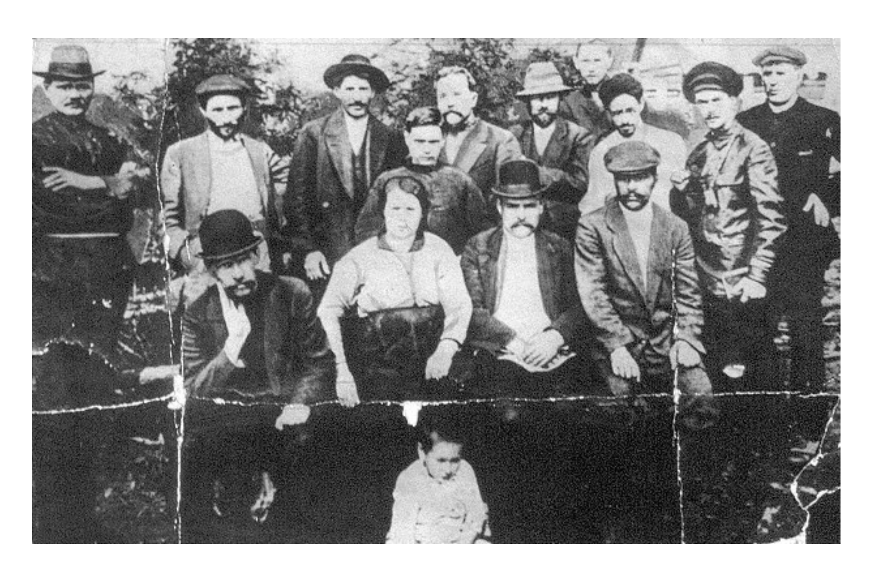
Hombres de la tribu ostyak con un reno en el Círculo Polar Ártico.
Dr. Piers Vitebski.



Alexander, hijo ilegítimo de Stalin y Lidia. Alexander Davidov.
Sunday Times.



Lidia, ya de mediana edad, después de la segunda guerra mundial.
Lidia Pereprygina. Sunday Times.



Verano de 1915 en Siberia: los desterrados bolcheviques se reunieron a beber, merendar y juzgar a sus camaradas. *Arriba*: en la fila de atrás, de pie, Stalin, con su típico sombrerito negro (tercero por la izquierda), aparece entre Spandarian, con gorra (segundo por la izquierda), y Kamenev, con bigote (cuarto por la izquierda), mientras que Sverdlov, con camisa blanca y gafas, es el tercero por la derecha. La amiga de Spandarian, Vera Shveitzer, aparece sentada en primera fila. El niño es el hijo de Sverdlov, Andrei, uno de los futuros torturadores de la policía secreta de Stalin. *Bolcheviques desterrados fotografiados en Monastyrskoe en el verano de 1915. Colección de David King.*

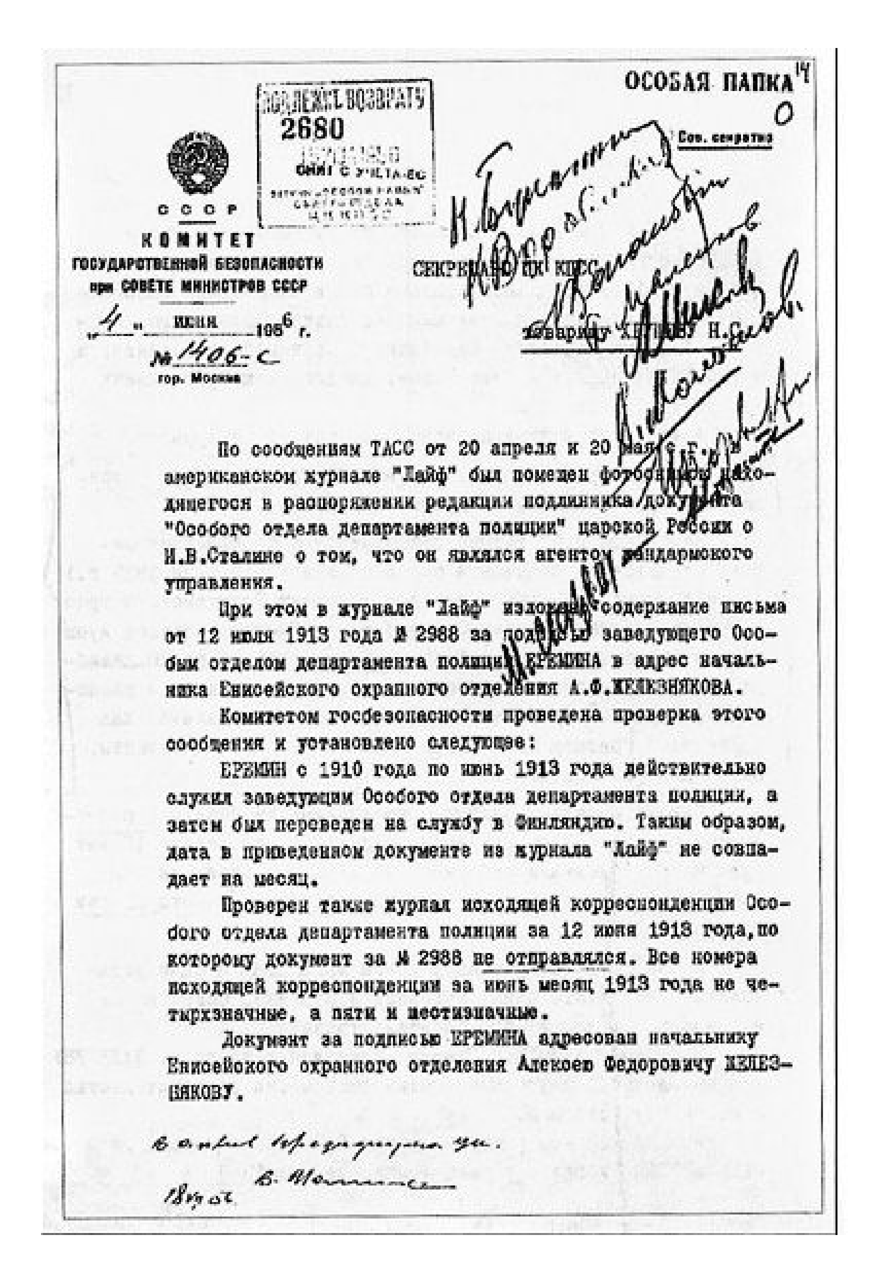




Stalin conoció a la mayor parte de las grandes personalidades de la Unión Soviética durante su juventud y nunca olvidó ni un desaire ni un enfrentamiento. Durante los años treinta desencadenaría el Gran Terror para liquidar a muchos de ellos; llegó a matar a tantos que las fotos tuvieron que ser retocadas una y otra vez. Primero Kamenev fue fusilado en 1936, y su lugar al lado de Stalin tuvo que ser borrado (*foto central*). En 1937/38 Stalin había mandado fusilar aproximadamente a un millón y medio de personas. El grupo retratado en la fotografía tuvo que ser retocado a fondo: en esta versión han desaparecido otras cinco personas (*abajo*).



Vera Shveitzer era la novia de Suren Spandarian. Cuando éste murió, se trasladó a vivir con Stalin. Tras la caída del zar, cogieron juntos el tren y marcharon a Petrogrado. *Vera Shveitzer. Dr. Piers Vitebski.*



ОСОБАЯ ПАПКА

Сов. секретно

ПОДЛЕЖИТ ВОЗВРАТУ 2680

СССР

КОМИТЕТ ГОСУДАРСТВЕННОЙ БЕЗОПАСНОСТИ при СОВЕТЕ МИНИСТРОВ СССР

"4" июня 1956 г.

№ 1406-с

гор. Москва

СЕКРЕТАРЮ ЦК КПСС

товарищу ХРУЩЕВУ Н.С.

По сообщениям ТАСС от 20 апреля и 20 мая с.г. в американском журнале "Лайф" был помещен фотоснимок находящегося в распоряжении редакции подлинника документа "Особого отдела департамента полиции" царской России о И.В.Сталине о том, что он являлся агентом жандармского управления.

При этом в журнале "Лайф" изложено содержание письма от 12 июля 1913 года № 2988 за подписью заведующего Особым отделом департамента полиции ЕРЕМИНА в адрес начальника Енисейского охранного отделения А.Ф.ЖЕЛЕЗНЯКОВА.

Комитетом госбезопасности проведена проверка этого сообщения и установлено следующее:

ЕРЕМИН с 1910 года по июнь 1913 года действительно служил заведующим Особого отдела департамента полиции, а затем был переведен на службу в Финляндию. Таким образом, дата в приведенном документе из журнала "Лайф" не совпадает на месяц.

Проверен также журнал исходящей корреспонденции Особого отдела департамента полиции за 12 июля 1913 года, по которому документ за № 2988 не отправлялся. Все номера исходящей корреспонденции за июнь месяц 1913 года не четырехзначные, а пяти и шестизначные.

Документ за подписью ЕРЕМИНА адресован начальнику Енисейского охранного отделения Алексею Федоровичу ЖЕЛЕЗНЯКОВУ.

Memorándum del jefe del KGB Serov a Jrushchev, 1956, investigación de la aventura de Stalin con la niña de trece años Lidia Pereprygina. *RGASPI.*



Palacio Taurida. *Colección del autor.*



Soldados en San Petersburgo, febrero/marzo de 1917. *Colección del autor.*

24

El «Gallo de río» y la dama de la nobleza

Pero no se sabe cómo, el truco fue descubierto. El intento de sustitución de Stalin debió de ser desenmascarado antes incluso de que abandonara la Bailovka (delatado por el mismo espía que había informado de sus planes de fuga o traicionado por algún guardia insatisfecho con los sobornos recibidos), a tiempo en cualquier caso para que lo enviaran al destino de su destierro. Aunque Vologda estaba mucho más cerca que Siberia, la *etap* le llevó más de tres meses, incluida una estancia en la cárcel de Butyrki de Moscú, la misma en la que morirían tantas personas durante el Gran Terror de Stalin.

Una vez más Soso se encontraba sin ropa de invierno y escribió a Shaumian a Bakú pidiéndole ayuda. «No pudimos hacernos ni siquiera con un traje de segunda mano», cuenta Shaumian, «pero le enviamos 5 rublos». Stolypin había impuesto un mayor rigor en el régimen relativamente relajado existente en Bakú. La policía logró aplastar a los bolcheviques de la ciudad, la militancia del partido se esfumó y sus líderes fueron detenidos o muertos. «No hay dinero», comunicaba Shaumian. «Revolucionarios hambrientos o débiles».

En la cárcel de Vologda[*], Stalin encabezó una protesta y desafió a las autoridades. «En realidad no obedecía a nadie», cuenta otro prisionero. «Sólo daba marcha atrás cuando utilizaban la fuerza». Durante el viaje desde la ciudad de Vologda a su lugar de destierro, o bien cayó enfermo de tifus o bien logró convencer a un médico para que lo internara en el confortable hospital de Viatka. Por fin, después de hacer el

trayecto en trineo a través de un paisaje helado, Stalin llegó a finales de febrero de 1909 a la aldea de Solvychegodsk.

Uno de los primeros miembros de la comunidad de casi 450 desterrados en darle la bienvenida fue una joven, una maestra llamada Tatiana Sujova, con la que parece que mantuvo una relación amorosa.

En el breve tiempo que pasó en Solvychegodsk, encontraría dos amantes entre el pequeño grupo de mujeres confinadas por motivos políticos. Stalin no fue nunca un mujeriego, pero incluso en aquellos años de oscuridad y pobreza nunca dejó de tener como poco una novia, y a veces incluso más. En realidad durante el destierro se convirtió casi en un libertino.

Soso resultaba «guapo» para las mujeres, recordaba Molotov, a pesar de su rostro pecoso y picado de viruela. «La mujeres debían de enamorarse de él, porque siempre tuvo éxito con ellas. Tenía ojos color miel. Eran muy bonitos». Soso era «bastante atractivo», contó a su hija Zhenya Alliluyeva, futura cuñada y probable amante suya. «Era un hombre delgado, fuerte y enérgico, [con] una increíble mata de pelo y unos ojos brillantes». Todo el mundo alude siempre a esos «ojos ardientes».

Incluso sus rasgos menos atractivos tenían su encanto. Su mirada enigmática, su arrogancia, su falta de escrúpulos, su vigilancia felina, su obsesión por el estudio y su inteligencia aguda tal vez lo hicieran más irresistible para las mujeres. Lo que tenía de raro podía ser considerado una excentricidad. Quizá su falta de interés resultara seductora. Desde luego su aparente incapacidad para ocuparse de sí mismo —era un hombre solitario, delgado y desaliñado— hiciera que durante toda su vida hubiera mujeres deseosas de ocuparse de él. Y luego estaba su nacionalidad.

Los georgianos tenían fama de ser apasionados y románticos. Cuando no se comportaba como un bruto maleducado, Stalin hacía el papel del pretendiente georgiano

caballeroso, cantando canciones y admirando los bonitos vestidos de las jóvenes, regalándoles pañuelos de seda y flores. Además, era sexualmente muy competitivo, poniendo los cuernos a sus camaradas cuando le convenía, especialmente en el destierro. Stalin el ligue, el novio formal, o incluso el marido, era a veces tierno y gracioso. Pero si las mujeres esperaban un casanova georgiano tradicional, debieron de sentir una gran decepción cuando lo conocieran mejor.

Extraño, excéntrico y carente de empatía, estaba lleno de complejos relacionados con su personalidad, su familia y su físico. Era tan sensible en lo concerniente a las membranas que tenía en los dedos de los pies que cuando se los examinaron más tarde los médicos del Kremlin, ocultó el resto de su cuerpo —y el rostro— debajo de una manta. Estaban luego las marcas de la viruela, que sus guardaespaldas cubrían con polvos y que serían disimuladas en las fotografías oficiales. Le daba vergüenza mostrarse desnudo incluso en las termas rusas, la *banya*, y le resultaba muy embarazoso el hecho de tener un brazo rígido, lo que más tarde le impediría bailar piezas lentas con una mujer: reconocía que «no podía coger a su pareja por la cintura». Como tuvo ocasión de apreciar Kato durante su matrimonio, era desesperantemente distante y difícil de conocer. Su energía exuberante y excéntrica absorbía todo el aire existente en una sala y agotaba a los más débiles sin aportarles ningún nutrimento emocional. Los momentos tiernos no podían compensar su despego glacial y su hosca desconfianza. Como descubrió Natasha Kirtava, si alguien se sentía contrariado, se volvía malo.

Las mujeres ocupaban un lugar secundario en su lista de prioridades, muy por detrás de la revolución, el egoísmo, las tareas intelectuales y las cenas con los amigos en las que se bebía en grandes cantidades. Combinaba una virilidad grosera con una pudicia victoriana, y desde luego no tenía nada de sensualista ni de epicúreo. Rara vez hablaba acerca de su vida sexual, aunque siempre fue bastante promiscuo, circunstancia que acaso explique la tolerancia que mostró durante toda su

vida con los indecorosos amoríos de sus camaradas. Spandarian en Bakú y luego, ya en el poder, Yenukidze y Beria, fueron todos unos viciosos, cuyo desenfreno rayaba en el priapismo degenerado. Con tal de que fueran competentes, trabajadores y leales, estaban a salvo. En su vida privada, Stalin consideraba el sexo menos una cuestión moral que un riesgo del que no podía uno fiarse.

Por un lado desconfiaba de las mujeres fuertes y listas como su madre, despreciaba a las mujeres pretenciosas «con ideas propias», y le disgustaban las niñas bonitas cargadas de perfume que, como la hija de Plejanov, llevaban «botas con tacones altos». Prefería las adolescentes jóvenes y maleables o las campesinas pechugonas que se le sometían. Por otra parte, incluso en los años treinta, buscó sus amantes entre las revolucionarias cultas y liberadas, iguales a él desde el punto de vista intelectual, a veces incluso señoritas de noble cuna, superiores a él en el terreno social. Pero la misión marxista y su propio sentido de la singularidad iban siempre por delante.

Se suponía que las mujeres (y los hijos, en caso de que se produjera un inconveniente de ese estilo) debían entender que el caballero marxista errante decidiera desvanecerse en el aire en el momento menos pensado.

Tatiana Sujova estaba en su casa con otros cuantos desterrados cuando alguien les comunicó que «había llegado un nuevo grupo de convictos y que entre ellos había un camarada de Bakú, Osip Koba, un profesional, un personaje clave». Poco después, provisto de ropas adecuadas por sus compañeros de destierro, Osip (un diminutivo ruso de Iosiv) entró en la casa «calzado con botas altas, vestido con un abrigo negro, una camisa de satén del mismo color y sombrero alto de astracán con una capucha blanca alrededor de los hombros, al estilo del Cáucaso».

Era primavera en Solvychegodsk, un pequeño poblado medieval dedicado al comercio de pieles, de setecientos años de antigüedad, con una plaza polvorienta, una lonja construida

en madera, una oficina de correos y una hermosa iglesia del siglo XVI. El río Vychegda atravesaba la ciudad. Diez de los desterrados vivían en una casa comunitaria, «una verdadera salvación para nosotros», refiere Tatiana Sujova, «porque era una forma de mantenernos activos. Era como una universidad; había incluso conferencias. Los que vivían solos a menudo se entregaban a la bebida».

El jefe de policía del distrito, Zivilev, apodado «el Gallo de Río», era un tipo puntilloso, mezquino, irascible y ridículo, con una vocecita de falsete. Conocido como «el dios y el zar de Solvychegodsk», había prohibido las reuniones de más de cinco desterrados, las representaciones teatrales de aficionados, e incluso el patinaje, el remo y las excursiones en busca de setas. Cuando se enteraba de que se había cometido alguna infracción, era dado a perseguir a los confinados por la orilla del río como un gallo furioso; de ahí el apodo que le habían puesto.

Stalin era «cruel, deslenguado e irrespetuoso con sus superiores», según la policía local. El Gallo de Río lo encerró una vez por leer literatura revolucionaria en voz alta y le puso veinticinco *kopeks* de multa por asistir al teatro[*]. No obstante, entre los desterrados se daban fiestas bastante desenfrenadas, aunque clandestinas, con los consiguientes flirteos. «Estábamos cantando y yo me puse a bailar», recuerda una chica, Shura Dobronravova. «Koba batía palmas y de repente oí su voz que decía: "¡Shura es la alegría de la vida!". Vi cómo me miraba Koba con su misteriosa sonrisa». Lo que sucediera después no se cuenta.

Un día los desterrados salieron juntos en barca ondeando banderas rojas y cantando. El Gallo de Río los seguía corriendo por la orilla y gritando:

—¡Dejad de cantar!

Pero no podía castigarlos a todos, así que se salieron con la suya.

Stalin organizaba a menudo ese tipo de reuniones secretas de desterrados, pero «observaba muy atentamente a todos los miembros del grupo», recuerda Alexander Dubrovin, «y exigía un informe de cada acción». Las memorias de Dubrovin dan a entender que Stalin perseguía a los traidores y ordenaba que los mataran. «Había un desterrado llamado Mustafa. Resultó que el tal Mustafa era un traidor. Según cierto camarada, murió ahogado en la orilla más profunda del río Vychegda».

«A menudo visitaba [a Stalin] en su habitación», cuenta Tatiana Sujova, mujer de veintidós años de cabello castaño claro y ojos grises. «Vivía en la pobreza, durmiendo en un cajón de madera sobre el cual había puesto unas tablas y un saco de paja, con una manta de franela encima y una almohada rosa». Estaba deprimido; hacía sólo unos meses que había muerto Kato. «A veces me lo encontraba medio acostado allí incluso de día», pero, como siempre, los libros le servían de consuelo y constituían una especie de fortaleza para él: «Como tenía mucho frío, se acostaba con el abrigo puesto y rodeado de libros». Pero Tatiana dice también que ella lo animaba. Pasaban cada vez más tiempo juntos, riéndose de los demás e incluso saliendo a pasear en barca. Parece que la amistad se convirtió en una especie de idilio y Stalin siguió enamorado de la chica hasta los años treinta[*]. Más tarde le escribiría pidiéndole perdón por no haber seguido en contacto: «Contrariamente a lo que decían mis promesas, que recuerdo muy bien, ni siquiera te he mandado una postal ¡Qué bestia soy! Pero no hay vuelta de hoja y, si así lo deseas, te pido disculpas… ¡Sigamos en contacto!». No volvieron a verse hasta 1912.

En junio, la policía del lugar señala que Soso asistió a una reunión con todos los demás desterrados, incluida una chica llamada Stefania Petrovskaya, que mantenía una aventura amorosa con él lo bastante seria como para que decidieran casarse.

Stefania, una maestra de veintitrés años, era superior a Stalin en la escala social, pues era una señorita noble de Odessa cuyo padre, de religión católica, poseía una casa en el centro de la ciudad. Había asistido al elitista gimnasio de su ciudad natal antes de emprender los estudios superiores. «La señorita de la nobleza Petrovskaya», como aparece designada en la documentación policial, había sido detenida en Moscú y sentenciada a dos años de destierro en Vologda, pero acababa de cumplir su condena cuando conoció a Osip Koba. Stalin no iba a estar allí mucho tiempo, pero la relación entre ambos debió de ser bastante intensa, pues la joven se quedó en un pueblo dejado de la mano de Dios como Solvychegodsk sin ningún motivo; y luego lo siguió al Cáucaso.

Los desterrados estaban aislados de la política de partido, pero, aunque con retraso, se enteraban de los últimos cismas por los números atrasados de los periódicos que les enviaban parientes y amigos. Stalin estaba enfadadísimo por la disputa suscitada entre Lenin y Bogdanov.

—¿Qué te parece el nuevo libro de Bogdanov? —preguntaba Soso a su amigo Malakia Toroshelidze, que se encontraba en Ginebra—. En mi opinión, algunos de los errores personales de Illich [Lenin] han sido correcta y significativamente señalados en él… también se indica que el materialismo de Illich es… distinto del de Plejanov, cosa que… Illich intenta ocultar.

Stalin respetaba a Lenin, pero nunca hasta el punto de la veneración servil. La divinización sólo se produciría tras la muerte de Lenin y con una clara finalidad política. Por aquel entonces Soso consideraba los cismas de Lenin caprichos de emigrados mal criados. En Rusia, donde el bolchevismo estaba en decadencia, los *praktiki* no podían permitirse el lujo de tanta tontería. «El partido globalmente considerado había dejado de existir», reconocía Zinoviev. Estaba en una situación tan mala que algunos, los «liquidadores», propusieron su disolución. Stalin, por otro lado, estaba de acuerdo con los llamados «conciliadores» en que los bolcheviques debían

colaborar con los mencheviques, so pena de desaparecer del mapa.

Estaba seguro de que el partido lo necesitaba a él y no tenía la menor intención de andar perdiendo el tiempo por Solvychegodsk: cuantos más revolucionarios desterraba Stolypin, más rebasado por las circunstancias se veía el sistema. Las fugas se multiplicaban. De los 32 000 desterrados que hubo en el período 1906-1909, las autoridades nunca pudieron dar razón más que de unos 18 000 en cada momento. Soso escribió a Alliluyev en San Petersburgo preguntándole su dirección y su lugar de trabajo, evidentemente porque planeaba viajar a la capital. Empezó a recaudar fondos: a la estafeta de correos llegaron varios giros de dinero a su nombre. Los prisioneros escenificaron una falsa partida de cartas en la que Stalin «ganó una apuesta de 70 rublos».

A finales de junio, tras la inspección matutina del Gallo de Río, Sujova ayudó a Soso a ponerse un *sarafan*, un típico vestido ruso de mujer, largo y sin mangas. No sabemos si se afeitó la barba o no, pero lo cierto es que, disfrazado de mujer, viajó en un vapor con Sujova hasta la capital de la comarca, Kotlas. No se cortó lo más mínimo por llevar semejante disfraz y en un romántico gesto de galantería dijo a Sujova:

—Un día te pagaré todo esto regalándote un pañuelo de seda.

Y a continuación tomó el tren con destino a la Venecia del norte[1].

«En una ocasión, por la noche», cuenta Sergei Alliluyev, todavía casado con la libidinosa Olga, «estaba paseando por el bulevar Liteiny [de San Petersburgo] cuando de repente vi al camarada Stalin que venía en dirección contraria». Los dos amigos se dieron un abrazo.

Stalin ya había visitado el piso y el lugar de trabajo de Alliluyev, pero no había encontrado a nadie en casa. No obstante, el centro de San Petersburgo era un mundo pequeño.

Alliluyev encargó a un conserje para que escondiera a Soso. Esos conserjes eran a menudo confidentes de la Ojrana, por lo que, cuando eran bolcheviques, sus casas constituían el escondite ideal, pues la policía nunca las registraba.

El conserje escondió a Stalin en la garita del portero del cuartel de la Guardia Montada de la calle Potemkin, justo al lado del palacio Taurida, otrora residencia del socio político de Catalina la Grande, el príncipe Potemkin, y por entonces sede de la Duma. Al cuartel «llegaban constantemente carruajes con funcionarios de la corte», «y mientras tanto Stalin se desplazaba por toda la ciudad visitando a sus amigos», dice Anna Alliluyeva. «Paseaba tranquilamente delante de la guardia apostada a la puerta del cuartel con la lista de los integrantes del regimiento bajo el brazo».

Stalin, que estaba en una misión relacionada con la «publicación de un periódico», hizo los contactos necesarios y partió rápidamente con destino al Cáucaso.

A comienzos de julio de 1909, reapareció en Bakú con un nuevo nombre, Oganez Totomiants, comerciante armenio. Pero la Ojrana se percató de su regreso: «Ha llegado el socialdemócrata prófugo de Siberia; es conocido por el nombre de "Koba" o "Soso"». A partir de ese momento, dos agentes de la Ojrana infiltrados dentro del partido bolchevique, «Fikus» y «Mikheil», informarían regularmente sobre Stalin, que ostentaba el nombre clave del «Lechero»[*], porque utilizaba como base una lechería de Bakú. Era vigilado esporádicamente, pero la policía secreta tardó meses en identificarlo e ir a por él. ¿Por qué?

Éste es uno de los misterios en torno al joven Stalin que duran desde hace más tiempo: ¿Fue el futuro dictador soviético un agente de la policía secreta del zar[2]?

25

El lechero: ¿Fue Stalin un agente zarista?

En el Reino del Petróleo de Bakú, el Lechero intentó insuflar nueva fuerza a los bolcheviques, que estaban de capa caída, uniéndose a Spandarian, Sergo y Budu Mdivani. Volvió a reunir a los pocos que quedaban de la Cuadrilla y «empezó a planear un ataque contra un barco correo», dice el mauserista Kupriashvili, con el fin de financiar su periódico, *Bakinsky Proletary*.

Pero eran unos tiempos negros. «El partido está muy debilitado», se lamentaba en una carta remitida a Tskhakaya. «No puedo contar nada bueno. No tenemos ni un solo obrero». Y añadía que estaba pensando en volver a unirse a los mencheviques. La conciliación era anatema para Lenin, pero las terribles circunstancias por las que atravesaba la organización habían obligado a Stalin a pasarse a los conciliadores. Los duros *Komitetchiki*, los comisarios residentes en Rusia, se sentían cada vez más frustrados por las luchas de Lenin y los emigrados: «¿Por qué deben dividirnos esas condenadas "tendencias"?… ¡Qué inútiles escaramuzas!… ¡Los dos bandos merecen una buena zurra!». Stalin exigió el nombramiento de un Departamento Ruso encargado de administrar el partido dentro del Imperio y la creación de un periódico nacional cuya base estuviera en Rusia, no en el extranjero con los desterrados. «El Comité Central», se lamentaba Stalin en la prensa, «es un centro de ficción».

Las ideas de Soso para el futuro del partido llegaron al Comité Central de París, que, en enero de 1910, lo nombró para formar parte del Departamento Ruso, en claro reconocimiento de su enérgica persistencia y de su talento organizativo. Había ascendido de activista del Cáucaso a líder bolchevique de Rusia; pero en Bakú estaba jugando su propio juego contra Shaumian.

«Stalin y Spandarian concentraron todo el poder en sus manos», protestaba la esposa de Shaumian, Ekaterina, hija de un ejecutivo de la industria del petróleo. Enfrentado al dominio de Stalin y a la represión zarista, Shaumian, como muchos otros, cogió un empleo convencional, trabajando incluso para un barón del petróleo, Shibaev, simpatizante de la causa: intentaba retirarse de la vida clandestina. «Todo el mundo ha "entrado en razón" y ha cogido empleos privados», decía Soso a Tskhakaya. «Es decir, todo el mundo menos yo… Yo no he "entrado en razón". ¡La policía me busca!» Stalin, aquel incorruptible igualitarista, nunca «entraría en razón» y odiaría a todos los que lo hicieran, como Shaumian, «que ha abandonado nuestra labor hace tres meses». Intentó hacerlo volver al redil. Solo como estaba tras la muerte de Kato, Stalin odiaba la felicidad doméstica de Shaumian[*], echando la culpa de todo a su esposa Ekaterina: «Como una coneja, sólo piensa en criar y a menudo se ha mostrado hostil a mi persona porque implico a su Stepan en tareas secretas que huelen a cárcel». Ekaterina Shaumian se quejaba de que Stalin «intrigaba contra Shaumian y actuaba como una arpía».

Stalin realizó varias visitas rápidas a Tiflis «relacionadas con asuntos financieros», el eufemismo utilizado para designar las incautaciones y las actividades de protección mafiosa. Sin que él lo supiera, su padre murió probablemente mientras él estaba en la ciudad. Beso, para entonces convertido en un borracho de asilo, fue ingresado en el Hospital Mijailovski. Su ficha médica registra su deterioro causado por la tuberculosis, la colitis y la neumonía crónica. Falleció el 12 de agosto a los cincuenta y cinco años. No había hecho el menor intento de

volver a ver a Soso. Sin parientes ni dinero, fue enterrado en una tumba para insolventes[1]. Para el bolchevique que firmaba con el pseudónimo «Hijo de Beso», su padre había muerto muchos años antes[**].

De nuevo en el Caspio, se reunió con él su novia del destierro, Stefania Petrovskaya, pronto descrita por la Ojrana como «amante del conocido cabecilla local del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia». Debía de estar entregada a él en cuerpo y alma, pues, cuando terminó su destierro, no regresó ni a Moscú ni a Odessa, sino que siguió a Stalin a Bakú.

Koba le hizo entonces el cumplido definitivo: abandonó el pseudónimo «K. Kato» y se convirtió en «K. Stefin», nombre inspirado en Stefania; un paso más en su camino hacia «Stalin». La adopción de los nombres de sus amantes como pseudónimo es un rasgo característico de un hombre tan machista como él. No poseemos ninguna de las cartas que se intercambiaron. Pero el nombre «K. Stefin» demuestra que Stefania era importante para él. Se fueron a vivir juntos; o, como dice la policía secreta, el Lechero «cohabitaba con su concubina».

Dio comienzo entonces una serie de escándalos desconcertantes que ponen de manifiesto que el partido de Stalin estaba plagado de espías zaristas. Stalin reaccionó desencadenando una histérica y sanguinaria caza de brujas contra los traidores con la que lo único que consiguió fue acabar con gente inocente y levantar sospechas contra él mismo. Todo empezó en septiembre de 1909, cuando los propios contactos que tenía en la policía secreta le avisaron de que el paradero de su valiosa imprenta había sido revelado a la Ojrana por un agente doble: la policía estaba a punto de hacer una batida. La imprenta tuvo que ser trasladada rápidamente de lugar y montada otra vez en secreto en unas nuevas instalaciones.

Stalin «vino precipitadamente a mi casa», recuerda uno de sus fieles, Vatsek, «y me pidió que le proporcionara dinero. Le

di 600 rublos de Mancho», el barón del petróleo. Pero no era suficiente. Un poco más tarde, «Iosiv Vissarionovich Djugashvili llegó corriendo con Budu Mdivani». El magnate le dio entonces otros 300 rublos.

Stalin encontró un nuevo local para la imprenta en el barrio viejo de Bakú, instalándola en los oscuros sótanos y pasadizos de la Fortaleza Persa. Pero descubrió que el matrimonio que llevaba la imprenta había hecho un desfalco. Mandó a sus mauseristas a buscarlos. El marido logró darse a la fuga. La mujer fue interrogada por los pistoleros de Stalin, pero no se sabe cómo consiguió escapar antes de que acabaran con ella.

En octubre de 1909, la policía hizo una redada en un piso franco con la intención de pescar a otro bolchevique de Bakú compañero de Stalin, Prokofi «Aliosha» Japaridze. La policía se quedó de piedra al encontrar en su compañía a Stalin y a Sergo. El detective al mando de la patrulla, como siempre incapaz de tomar una decisión por su cuenta, dejó a unos cuantos policías de guardia y se fue a consultar a sus superiores. Stalin y Sergo sobornaron a los agentes con 10 rublos. Japaridze no tuvo más remedio que quedarse y hacer frente a la detención, pero a sus dos compañeros se les permitió escapar.

Tras recibir un aviso de sus contactos en la Ojrana de Bakú, Stalin echó la culpa de aquellas delaciones al secretario del Sindicato Bolchevique de Obreros del Petróleo, Leontiev. Llegó entonces a la conclusión de que en el partido había cinco agentes dobles de la Ojrana. Decidió matar a Leontiev, pero éste se le adelantó y volvió a presentarse exigiendo que lo juzgara el partido. Stalin se negó a celebrar un juicio porque ello habría supuesto revelar el nombre de los topos que tenía dentro de la Ojrana. Leontiev fue absuelto, lo que levantó sospechas acerca de las relaciones de Stalin con la policía secreta.

«La traición de alguien con quien lo has compartido todo», diría más tarde el dictador, «es horrible. No hay actor ni escritor capaz de expresarlo. ¡Es peor que la propia mordedura de la muerte!». Stalin orquestó el establecimiento de una inquisición verdaderamente caníbal en Bakú con el fin de encontrar a los traidores, reales o imaginarios, del mismo modo que haría en toda la URSS durante los años treinta. La diferencia es que en Bakú el partido estaba realmente infestado de espías de la policía.

Stalin publicó en la prensa los nombres de los cinco «traidores», pero los archivos de la policía secreta revelan que sólo uno de ellos era efectivamente un espía: todos los demás eran inocentes. La caza de brujas aceleró la marcha. Cuando visitó Bakú un destacado bolchevique de Moscú llamado Chernomazov, «el camarada Koba lo miró con desprecio: "¡Eres un traidor!", le dijo». En este caso tenía razón.

Toda aquel lío llegó a oídos de la Ojrana de Bakú, que no cabía en sí de gozo, a través de sus verdaderos espías, cuyos nombres clave eran «Fikus» y «Mijeil», los traidores que realmente se habían infiltrado en las filas de los bolcheviques, pero que nunca fueron identificados por el máximo especialista en caza de brujas, Stalin. Es indudable que en Bakú ordenó el asesinato de inocentes acusándolos de traidores lo mismo que haría luego durante el Terror.

Aquello era un lío tremendo. A Soso le gustaba arreglar aquel tipo de líos matando a gente sin hacer ruido, pero en esta ocasión el sistema no funcionó. Otro camarada y él se acusaron mutuamente de ser espías. De hecho los mencheviques y algunos bolcheviques sospechaban que el propio Koba, con sus contactos en la policía secreta, era el mayor traidor del grupo. ¿Estaba, pues, traicionando al partido y poniéndolo en manos de la policía? He aquí lo que puede aducirse en contra de Stalin.

Desde luego Stalin cultivaba sombríos contactos con el zarismo, recibiendo una avalancha de misteriosos avisos de los

infiltrados que tenía en la policía secreta. En una ocasión iba paseando por las calles de Bakú con un camarada cuando se le acercó un agente de la Ojrana.

—Sé que eres un revolucionario —le dijo—. Aquí tienes una lista de todos los camaradas que van a ser detenidos en un futuro próximo.

En otra ocasión, llegó un camarada para entrevistarse con Stalin en un piso franco del partido y al salir le sorprendió cruzarse con un alto oficial de la Gendarmería. Puso en compromiso a Stalin, pero éste dijo que el gendarme en cuestión ayudaba a los bolcheviques.

En Tiflis, durante una redada de revolucionarios, Stalin se extrañó de encontrar a un menchevique, Artyom Gio, en un escondite secreto.

—¡No me lo esperaba! —exclamó sin poder contenerse— ¿No has sido detenido?

Justo en ese momento entró un extraño.

—Puedes hablar con total libertad —dijo tranquilizando a Gio—. Es un camarada mío.

Resultó que aquel «camarada» era un intérprete de la policía que a continuación recitó la lista de los camaradas, entre los cuales se hallaba Sergei Alliluyev, que habían sido detenidos aquel día; y advirtió a Soso que esa misma noche iban a detenerlo a él[*].

El agente de la Ojrana «Fikus» comunicaba que un oficial desconocido de la Gendarmería visitó a Stalin y a Mdivani para avisarlos de la batida que iban a hacer los gendarmes en el local donde estaba escondida la imprenta. Como hemos visto, lograron salvarla.

¿Cuál era, pues, la relación de Stalin con la policía secreta?

«Stalin daba a los gendarmes las direcciones de los camaradas que no eran de su agrado para deshacerse de ellos», insiste Arsenidze. «Sus camaradas decidieron que lo juzgara el

partido…, pero cuando estaba celebrándose el juicio se presentaron los gendarmes y detuvieron a los jueces y a Koba». En 1909, añade Uratadze, «los bolcheviques de Bakú lo acusaron de haber denunciado a Shaumian a la policía». Jordania afirma incluso que Shaumian le había dicho: «Stalin me denunció… nadie más conocía las señas de la casa segura que ocupaba». Estos tres acusadores son exiliados mencheviques cuyas historias han sido aceptadas por la mayoría de los historiadores.

Por otra parte la policía secreta parece que siempre cometía extrañas confusiones con Stalin. El jefe de la Gendarmería de Bakú, coronel Martynov, sólo «descubrió» que el Lechero era Soso Djugashvili en diciembre de 1909, casi seis meses después de su fuga. ¿Estaba siendo protegido por los zaristas encargados de vigilarlo?

Si en este caldero envenenado echamos además las acusaciones de traición lanzadas contra él ya en 1902, los contactos que tenía en la policía secreta y las fugas del destierro y de la cárcel, parecería plausible concluir que era un agente zarista[2]. ¿Fue el futuro sumo pontífice del marxismo internacional un traidor megalómano carente de principios? Si Stalin hubiera sido un farsante, ¿no habría sido también un fraude todo el experimento soviético? ¿Y no habría sido acaso todo lo que hizo, en particular el Gran Terror, nada más que un intento de disimular su culpabilidad? Se trata desde luego de una teoría muy tentadora; y lo era especialmente durante la Guerra Fría.

Pero lo que puede aducirse en contra de Stalin es muy poco consistente. Los cuentos de los mencheviques acerca de la traición de Shaumian no se sostienen. Con Shaumian hubo tensiones, pero no una verdadera disputa: las dos figuras más destacadas del bolchevismo en el Cáucaso eran «amigos, aunque había una sombra que los separaba». Durante 1907-1910 Shaumian fue detenido sólo una vez, el 30 de abril de 1909, cuando Stalin estaba todavía en Solvychegodsk.

Después fue detenido el 30 de septiembre de 1911, cuando Stalin estaba en la cárcel en San Petersburgo. Es harto improbable, pues, que Stalin facilitara cualquiera de esos dos arrestos.

Stalin era flexible y amoral. Su complejo mesiánico lo llevaba a creer que todo el que se oponía a él era un enemigo de la causa. Así, pues, cualquier pacto estaba justificado, por mefistofélico que fuera. Sin embargo, no hay pruebas de que traicionara a ninguno de sus camaradas ni de que fuera juzgado por ningún tribunal del partido.

Los contactos de Stalin con la policía secreta no son tan sospechosos como parecen. Cuando visitó Tiflis con motivo de la breve conferencia de noviembre de 1909, sabemos curiosamente por «Fikus», el agente de la Ojrana infiltrado entre los bolcheviques, que «debido a los esfuerzos de Koba (Soso) —Iosiv Djugashvili, que ha venido de Bakú— la conferencia decidió que los militantes del partido se infiltraran en distintas instituciones del estado y recogieran información para el partido». Así, pues, Stalin estaba al frente del sistema de inteligencia/contrainteligencia del partido, o sea de la penetración en la policía secreta.

Su tarea consistía en aleccionar debidamente a determinados miembros de la Gendarmería y de la Ojrana, en conseguir chivatazos acerca de posibles traidores y de redadas de la policía, y en organizar la pronta liberación de los camaradas detenidos. Si se leen atentamente, todas y cada una de las informaciones acerca de las entrevistas de Stalin con la policía secreta, incluso las más hostiles a su persona, revelan que en realidad era él el que *recibía* información, no el que la suministraba. Algunos contactos, como el intérprete de la policía, eran simpatizantes de la organización; la mayoría quería simplemente dinero.

El mundo de la clandestinidad es siempre un mercado. La policía del Cáucaso era particularmente venal, y los precios que había que pagar por la liberación de un camarada eran

bien conocidos. El director de la cárcel de Bailov cobraba a los presos 150 rublos por proporcionarles un reemplazo[*]. En Bakú era célebre el subjefe de la Gendarmería, el capitán Fiodor Zaitsev. «Enseguida todos los camaradas eran liberados», recuerda Sergo, «gracias a los pequeños pagos efectuados al capitán Zaitsev, que aceptaba sobornos con facilidad». Shibaev, el barón del petróleo de Bakú, pagó a Zaitsev 700 rublos por liberar a Shaumian. El capitán Zaitsev fue casi con toda seguridad el oficial de la Gendarmería con el que se entrevistó en secreto Stalin. En abril de 1910, la venalidad de Zaitsev tuvo las previsibles consecuencias y provocó su destitución.

El dinero corría en ambas direcciones. Prácticamente todos los agentes de la Ojrana cobraban, en cambio Stalin no tenía ese tipo de misteriosos ingresos. Incluso cuando andaba más boyante gracias al botín de los atracos, gastaba poco en sí mismo y siempre estaba prácticamente sin un céntimo, en marcado contraste con los verdaderos agentes de la Ojrana, que eran generosamente recompensados y vivían a cuerpo de rey.

La policía secreta se encargaba además de que sus agentes estuvieran prácticamente siempre en libertad: quería recoger los frutos del dinero que pagaba. En cambio Stalin pasó sólo año y medio en libertad entre su detención en 1908 y 1917. Después de 1910, estuvo libre sólo diez meses.

Las equivocaciones de la policía secreta zarista son uno de los puntales que sustentan las acusaciones contra Stalin, pero también el más endeble. Ese tipo de errores eran generales, y no se limitaron a Stalin. Los organismos de seguridad estaban plenamente infiltrados en el movimiento bolchevique, pero ninguna organización, antes de la existencia de los ordenadores, habría podido digerir los millones de informes y fichas de que disponía. De hecho la Ojrana era notablemente eficaz, y sale bastante bien parada si se la compara, pongamos por caso, con las actuales agencias norteamericanas de

seguridad, generosamente subvencionadas y provistas de todos los adelantos propios de la era de la informática y de la vigilancia electrónica.

En cuanto a las numerosas fugas de Stalin cuando estuvo desterrado (y aún hay más por llegar), «los que no se fugaban», decía un agente de la policía secreta, «era porque no querían por algún motivo personal». El dominio del arte del disfraz que tenía Stalin, su capacidad felina de pasar desapercibido, y el empleo de intermediarios hacían que resultara especialmente difícil atraparlo; y su falta de escrúpulos amedrentaba a los posibles testigos.

Por último, las pruebas localizadas en los numerosos archivos de la policía secreta que se han conservado indican de manera inequívoca que Stalin no fue un agente zarista, a menos que semejante conclusión se vea desmentida por algún documento decisivo[*] que aguarde a ser descubierto en los archivos provinciales de la Ojrana y que habría debido pasar desapercibido al propio Stalin, a su policía secreta, a sus numerosos enemigos y a las huestes de historiadores que han investigado en vano durante casi un siglo en busca de indicios.

Stalin estaba extraordinariamente bien cualificado para esa ambigüedad moral. En cada una de sus nueve o más detenciones, la policía secreta habría intentado, aunque solamente fuera por rutina, convertirlo en agente doble *para ella*. Al mismo tiempo, Stalin, todo un maestro en las debilidades humanas, habría intentado una y otra vez encontrar policías débiles o venales susceptibles de convertirse en agentes *para él*.

Cuando Stalin reclutaba a un informador de la policía secreta, ¿quién jugaba con quién? Es probable que algunos agentes de la policía secreta le dieran gato por liebre según el espíritu de la *konspiratsia*, proporcionándole los nombres de bolcheviques inocentes como si fueran «traidores» con el fin de sembrar una paranoia destructiva dentro del partido, y proteger de paso a sus verdaderos agentes. Así se explica por

qué casi todos los «traidores» de Bakú nombrados por Stalin fueron inocentes, mientras que los verdaderos agentes zaristas, «Fikus» y «Mijeil», lograron no despertar nunca sospecha.

Pero en último término Stalin era un marxista entregado en cuerpo y alma a la causa, caracterizado por un «fervor semiislámico», incapaz de permitir que ni amigos ni familiares se interpusieran entre él y su misión. Se consideraba a sí mismo un líder de la clase obrera no reconocido, pero notable, un «Caballero del Grial», según la expresión de Spandarian. Por lo que sabemos, nunca puso en duda su misión, ni siquiera en los peores momentos; y en este sentido fue casi un caso único.

Sin embargo, todo ese pozo negro de doblez y espionaje explica en parte la locura de la historia soviética. Podemos ver en él el origen de la mentalidad paranoica soviética, de la insensata desconfianza de Stalin ante los avisos de los planes de invasión de Hitler en 1941, y del furor sanguinario de su Terror.

Puede que la Ojrana no supiera evitar la Revolución Rusa, pero supo envenenar las mentes revolucionarias con tanta eficacia que, treinta años después de la caída de los zares, los bolcheviques seguían matándose unos a otros en una caza de brujas cuyo objetivo era localizar a traidores inexistentes[3].

En la primavera de 1910, el Lechero se había convertido en un maestro tal del arte de la fuga que la policía secreta ya no podía más. «La imposibilidad de vigilarlo de manera continuada», comunicaba el comandante en jefe de la Gendarmería de Bakú, coronel Martynov, «hace necesaria su detención; conoce a todos los agentes e incluso los que le han sido asignados recientemente han fracasado, mientras que el Lechero ha logrado burlar la vigilancia y ha puesto a sus camaradas al corriente de la misma, echando por tierra de ese modo toda la operación. El Lechero vive la mayor parte del tiempo con su concubina Stefania Petrovskaya».

El 25 de marzo de 1910, el coronel Martynov detuvo al Lechero, que por entonces utilizaba el alias de «Zakhar Melikiants», y a «la señorita de la nobleza de la provincia de Kherson Stefania Petrovskaya». La pareja fue interrogada por separado en las dependencias de la cárcel de Bailov. Al principio el Lechero negó mantener cualquier tipo de relación con Stefania, pero luego pidió permiso para casarse con ella. Soso Stalin la llamaba «mi esposa».

Tercera parte

Cuando la deslumbrante luna llena
vaga por la bóveda celeste
y su luz, resplandeciente,
empieza a temblar en el horizonte azul;
cuando la silbante canción del ruiseñor
comienza a gorjear suavemente en el aire,
cuando la nostalgia de la flauta
vuela por encima de la cumbre de los montes;
cuando el manantial agreste frenado por un dique
vuelve a encontrar la senda y corre,
y el bosque, despertado por la brisa,
empieza a agitarse y a estremecerse;
cuando el hombre desterrado por su enemigo
vuelve a ser digno de su país oprimido
y cuando el enfermo, privado de la luz,
empieza a ver de nuevo el sol y la luna;
entonces yo también, un oprimido, veo que la bruma de la tristeza
se desgarra y se levanta y de pronto retrocede;
y las esperanzas de una buena vida
se abren en mi corazón desdichado.
y arrastrado por esa esperanza,
veo cómo mi alma se alegra y mi corazón late apaciguadamente.
¿Pero es cierta la esperanza
que me es enviada en esos momentos?

Soselo
(Iosiv Stalin)

26

Dos novias perdidas y una campesina embarazada

Al principio Stalin pretendió no haber usado nunca el nombre Totomiants e insistió en que no habría podido cometer delito alguno durante la Revolución de 1905 porque había estado viviendo en Londres un año entero, aunque reconocía que se había fugado de su lugar de confinamiento. Cuando el teniente Podolski le preguntó por Stefania, Soso, que por entonces tenía treinta años, reconoció que la había conocido en Solvychegodsk, pero añadió: «Nunca he cohabitado con ella». No sabemos si se trataba de una marrullería propia de alguien acostumbrado a vivir en la clandestinidad, de una muestra de grosero desdén o por el contrario de un gesto caballeroso por salvaguardar la reputación de la joven, porque Soso era capaz de las tres cosas. Ella, en cambio, no lo negó a él. Cuatro días antes, Stefania, de veinticuatro años, había dicho a Podolski: «Sí, conozco a Djugashvili. Vivo con él».

Tres meses después, los gendarmes decidieron liberar a la joven, pero «en vista de la obstinada participación [de Stalin] en los partidos revolucionarios y la elevada posición que ocupa en ellos, a pesar de todas las sanciones administrativas que anteriormente se le han impuesto y de sus dos fugas de los correspondientes lugares de destierro, propongo que se le castigue severamente a la pena de cinco años de confinamiento en Siberia». Era la pena máxima que podía imponérsele. Por desgracia, el corrupto capitán Zaitsev acababa de ser destituido y el nuevo oficial superior era menos flexible.

Mientras Soso estaba en la cárcel, sus camaradas se hicieron con las flemas de un preso enfermo de tuberculosis y sobornaron a un médico para que trasladara a su compañero al hospital de la prisión, desde donde presentó una apelación al gobernador de Bakú planteando de paso una petición muy romántica:

> En vista de la tuberculosis pulmonar que se me ha diagnosticado… humildemente solicito a Vuestra Excelencia que… examine mi salud, me ponga bajo una restricción menos severa y agilice la tramitación de mi caso.
>
> Solicito además a Vuestra Excelencia que me permita contraer matrimonio con Stefania Leandrovna Petrovskaya, residente en Bakú.
>
> 29 de junio de 1910.
>
> Instancia presentada por DJUGASHVILI

Stefania, que había sido liberada ya, debió de ir a visitarlo a la cárcel y de recibir una petición de matrimonio, porque al día siguiente Soso volvió a escribir refiriéndose a ella como su «esposa»: «He sabido por mi esposa que visitó la Gendarmería, que Vuestra Excelencia considera necesario deportarme a Yakutsk. No entiendo por qué es precisa una medida tan rigurosa y me pregunto si no será que el conocimiento insuficiente de mi caso no habrá dado lugar a algún malentendido…».

Aquellas apelaciones iban en contra de las normas revolucionarias, pero las mentiras zalameras de Stalin no conmovieron al coronel Martynov, que siguió recomendando los cinco años de confinamiento. En la oficina del virrey de Tiflis, más liberal, el castigo, sin embargo, fue rebajado. El 13 de septiembre, Stalin fue condenado a completar el período de confinamiento en Solvychegodsk y al destierro del Cáucaso por un período de cinco años. Aunque todavía volvería a Bakú, curiosamente fueron los funcionarios del zar los que obligaron a Stalin a abandonar la periferia y a desarrollar sus actividades en el escenario mucho más grande de la propia Rusia.

El 31 de agosto, el Fiscal Suplente escribió al gobernador de Bakú en los siguientes términos: «El recluso I. V.

Djugashvili solicita que se le permita contraer matrimonio con Stefania Petrovskaya, residente en Bakú. ¿Tiene Vuestra Excelencia alguna objeción a la concesión del permiso solicitado por Djugashvili?». Ya sea por una negligencia en la tramitación del papeleo, por un error burocrático o por malicia deliberada, lo cierto es que el gobernador de la cárcel de Bailov no recibió la siguiente notificación hasta el 23 de septiembre: «Se permite al prisionero Djugashvili contraer matrimonio con Stefania Petrovskaya. Infórmese al prisionero. La ceremonia tendrá lugar en presencia del gobernador en la capilla de la cárcel».

Cuando los guardianes llevaron aquella gozosa noticia a la celda de Stalin, éste ya se había ido: ese mismo día, «23 de septiembre de 1910, Iosiv Djugashvili fue deportado a la provincia de Vologda». A finales de octubre estaba de nuevo en Solvychegodsk. No sólo no se casó con su prometida y esposa extraoficial, sino que no volvió a verla nunca[1].

Solvychegodsk[*] no había mejorado nada en su ausencia. Había menos desterrados y el régimen policial impuesto por el ridículo Gallo de Río era tan riguroso como siempre. Había incluso menos cosas que hacer. No sabemos si Stalin volvió a pensar en su novia de Bakú, pero desde luego se consolaría del aburrimiento del destierro con una nueva ronda de devaneos que acabó en un matrimonio semioficial olvidado y en el nacimiento de un hijo ilegítimo.

«La vida en Solvychegodsk era muy mala», recuerda una compañera de destierro llamada Serafima Khoroshenina, por entonces de apenas veintidós años, una muchacha culta, hija de un maestro de la provincia de Perm. «La vigilancia policial es soportable, pero los confinados no están vivos; en realidad están muertos. Todo el mundo vive encerrado en sí mismo… sin tener nada que decir. No había ni siquiera entretenimientos en común, de modo que los confinados ahogaban sus penas en la bebida». Podría haber añadido que el otro pasatiempo más habitual, además de las disputas con los compañeros de

destierro y de la botella, era la fornicación. En una ocasión, después de la segunda guerra mundial, mientras estaba discutiendo un escándalo sexual de alcance diplomático con el embajador británico, Stalin se echó a reír reconociendo que «las cuestiones de ese tipo suscitan muchos disgustos».

Primero se alojó en casa de la familia Grigorov. Estando allí inició un idilio con la joven maestra Serafima Khoroshenina. Luego se trasladaron a vivir juntos, instalándose en una sola habitación en casa de una viuda joven llamada Maria Kuzakova.

Stalin no era el único que encontraba consuelo en las aventuras sexuales. Pasaba mucho tiempo con un menchevique presumido siempre vestido de blanco que se llamaba Lezhnev, y «que había sido deportado a aquel lugar dejado de la mano de Dios desde la capital de la provincia de Vologda por haber seducido a la esposa del fiscal de la ciudad», según un compañero de destierro, Ivan Golubev. «Solía hablarnos de sus aventuras en Vologda y resultaba imposible no partirse de risa oyéndolo. ¡Stalin no podía contener las carcajadas!».

Pero por muchas juergas que Soso se corriera en casa de Kuzakova, su mente estaba en otra parte. Siempre tan amante de la jardinería, empezó a plantar pinos. Leía de manera frenética libros de historia y novelas, entre ellas las de Tolstoi, cuyas ideas políticas detestaba, pero cuya literatura consideraba admirable. No tardaría en cualquier caso en disponerse a emprender de nuevo la fuga, aburrido como estaba hasta la desesperación y ansioso por no conocer las novedades de Lenin.

El 10 de diciembre llegó por fin una carta del Centro Bolchevique. Stalin contestó enviando «calurosos saludos a Lenin», al que apoyaba por considerarlo «el único que tiene razón» frente a la «basura liquidacionista» y la «vil falta de principios de Trotski… Lenin es un tipo listo que sabe mucho». Pero «la tarea más inmediata, que no puede

retrasarse, es la organización de un grupo central [ruso] que esté al frente de todas las operaciones ilegales, semilegales y legales… Llámese como se quiera llamar. No importa. Pero lo necesitamos como el comer. Daría pie a la recuperación del partido». En cuanto a sí mismo, decía: «Me quedan seis meses para cumplir la condena. Luego estoy a vuestro servicio», pero «si es necesario o urgente, puedo levar anclas de inmediato…». Estaba dispuesto a fugarse. Pero necesitaba medios financieros.

Enfrentado a la catástrofe de la socialdemocracia dentro de Rusia, Lenin intentó por última vez la reunificación con los mencheviques. Stalin, mitad conciliador, mitad leninista, dio su aprobación a la medida. En vista de que los cortejos quedaban en nada, Lenin volvió a las escandalosas disputas que caracterizaban su estado natural.

«Tocado con un sombrero de piel de castor», Soso presidía las reuniones secretas de los siete confinados en un palomar. «A menudo estaba muy animado, riendo y cantando con su mágica voz de las montañas», recuerda Ivan Golubev, «pero despreciaba a los pelotilleros». Una vez hizo una revelación que tenía que ver con su persona: «Debemos seguir siendo ilegales hasta la Revolución, porque pasar a la legalidad significaría convertirnos en personas normales». Stalin no deseaba ser una «persona normal». En la vida normal sus peculiaridades habrían resultado intolerables, pero en la clandestinidad revolucionaria (y luego bajo su singular liderazgo soviético, paranoico y conspiratorio) eran las virtudes propias de un «Caballero del Grial».

«Aquí me ahogo sin un trabajo activo, literalmente me ahogo», escribía el 24 de enero de 1911 en otra carta a un camarada de Moscú, al que remitía el siguiente saludo: «Te escribe un tal Soso del Cáucaso —Acuérdate de mí, soy el de Bakú y de Tiflis de 1904». El tedio suponía un tormento para él. Hablaba constantemente de escapar. Irritado por la pérdida de tiempo que suponían las peleas entre facciones de los emigrados, manifestaba su desdén por los dos bandos, incluso

por Lenin, en los siguientes términos: «Todo el mundo ha oído hablar de la tormenta en una taza de té que se ha desencadenado en el extranjero: el bloque de Lenin-Plejanov por un lado y el bloque de Trotski-Martov-Bogdanov por otro. Por lo que yo sé, los trabajadores favorecen al primer bloque, pero en general desprecian a todos los que viven en el extranjero…».

El exabrupto de Stalin no tardó en llegar a oídos de Lenin en su destierro: se sintió disgustado. Justo por esa misma época, Lenin llevaba una escuela del partido en Longjumeau, cerca de París, y había invitado a Sergo a ir a estudiar en ella. Sergo lo comentó con su aliado Stalin. Un día Lenin y Sergo iban paseando por los bulevares:

—Sergo, ¿reconoces la expresión «una tormenta en una taza de té»? —preguntó Lenin.

—Vladimir Illich —respondió el interpelado, consciente de que la carta de Stalin había llegado de una forma u otra a oídos de Lenin—, Koba es amigo nuestro. Hay un montón de cosas que nos unen.

—Lo sé —dijo Lenin—. Y además me acuerdo bien de él. Pero la revolución todavía no ha vencido. Los intereses de la revolución deben ir por delante de lo que a cada uno le guste o le deje de gustar. Dices que Koba es amigo nuestro, como si quisieras decir que es un bolchevique y que no nos dejaría nunca. ¿Pero acaso cierras los ojos ante la incoherencia? Esas bromas nihilistas… ponen de manifiesto la inmadurez de Koba como marxista.

Lenin disparó un dardo envenenado contra Stalin, pero pronto perdonó al «Soso del Cáucaso». Poco después, el menchevique Uratadze habló a Lenin acerca de la expulsión de Stalin de Bakú.

—No vale la pena dar tanta importancia a ese tipo de cosas —respondió, echando la cosa a broma. Ello dio pie a que Uratadze se chivara de los brutales atentados de Stalin.

—¡Ése es exactamente —contestó Lenin— el tipo de persona que necesito!

El dinero necesario para la fuga —70 rublos— le llegó a Stalin a Solvychegodsk, pero se lo robaron casi inmediatamente. El dinero fue enviado por giro telegráfico a un estudiante desterrado en Vologda llamado Ivanian. Era habitual hacer llegar el dinero a un tercero, porque de lo contrario los confinados perdían sus asignaciones. Pero siempre estaba el peligro de robo.

Entre finales de enero y mediados de febrero, Stalin se inventó una cita con el médico con el fin de trasladarse a la capital de la provincia, esperando dejarse caer por casa de Ivanian, recoger el dinero y tomar el tren para San Petersburgo. Pero el estudiante tenía unas ideas bien distintas. Cuando Soso llegó a Vologda, Ivanian lo llevó a casa de otro desterrado, el conde Alexei Dorrer. Primero, sin embargo, según Stalin, «Ivanian no me entregó el dinero, sino que sólo me mostró el telegrama que hablaba de su envío (con varias palabras borradas…). Él desde luego no sabía explicar ni la "pérdida" del dinero ni la desaparición de esas palabras en el telegrama».

Según ciertas versiones, Soso tomó a pesar de todo el tren para San Petersburgo, sin dejarse amedrentar por la falta de dinero. Agotado de andar dando vueltas de un lado para otro durante todo el día, de pronto vio una farmacia que llevaba el apellido georgiano Lordkipanidze, se decidió a entrar y confesó a su propietario que era un prófugo. El boticario georgiano se compadeció de su compatriota, lo escondió y le dio de comer. A Stalin siempre le sorprendió que le ayudaran personas para las cuales era un perfecto extraño.

Pero lo cierto es que tuvo que volver hecho una furia a Solvychegodsk, y nunca perdonó a Ivanian, «contando entre risas la historia del "bandido que me robó el dinero y que cuando me encontré al muy sinvergüenza después de la revolución, tuvo la cara dura de pedirme ayuda"». Si

realmente Ivanian robó el dinero de Stalin, fue un acto de valor sorprendente, además de insensato. Seguía protestando de su inocencia cuando fue fusilado en 1937[*].

«Yo también solía darle a la botella», escribe lacónicamente Serafima Khoroshenina. Quizá fuera la resaca de la borrachera que se cogió para recuperarse de aquel decepcionante interludio lo que indujo a Stalin a formalizar su relación con la joven. Poco antes del 23 de febrero, Serafima Khoroshenina y él se registraron como pareja de hecho, una especie de matrimonio civil (pues en el Imperio ortodoxo sólo existía el matrimonio religioso). Se trata de una unión totalmente olvidada u omitida de la biografía de Stalin.

La pareja no disfrutaría mucho tiempo de su feliz luna de miel. «El 23 de febrero, por orden del gobernador de la provincia de Vologda, Serafima Khoroshenina fue trasladada para que cumpliera su condena en Nikolsk». Esos eran los caprichos de la autocracia zarista; a la muchacha no le dieron tiempo ni siquiera para que se despidiera de su compañero. Pero dejó una nota para Soso. Parafraseando a Wilde, perder a la novia casi el día mismo de la boda puede considerarse una desgracia, pero perder a la «esposa» una semana después de casarse con ella suena a desinterés. Se han hecho muchas bromas acerca de esta repentina unión, considerada una especie de semiboda, pues un bolchevique llamado A. P. Smirnov sondeó a Stalin diciéndole en una carta: «He oído que has vuelto a casarte».

No le había dado tiempo a Serafima a salir de la cama de Soso, cuando ésta era ocupada ya por su casera, Maria Kuzakova. «Era un huésped muy educado», recuerda la mujer. «Silencioso y amable. Siempre con su sombrerito negro y su abrigo de entretiempo. Pasaba la mayor parte del día en casa leyendo y escribiendo, y por la noche oía cómo crujía el pavimento, pues le gustaba pasear mientras trabajaba». Un buen día Maria le preguntó la edad.

—Adivine usted.

—¿Cuarenta?

—No. Veintinueve —respondió Soso riendo.

Kuzakova, cuyo marido había muerto en la guerra ruso-japonesa, tenía tres hijos correteando siempre a su alrededor. «A veces metían un jaleo tan insoportable que [Stalin] abría la puerta sonriendo y se ponía a cantar con ellos». Cuesta trabajo creer que Soso tuviera tan buen humor, pero Maria estaba entregada en cuerpo y alma a él, y lo escuchaba atentamente cuando contaba anécdotas de sus tiempos del seminario.

El Gallo de Río, habiendo descubierto quizá la inminencia de su fuga, intensificó los registros del cuarto de Stalin, hecho que enfurecía a Kuzakova. La policía se presentaba en mitad de la noche llamando a los cristales de la ventana. Despertaban a los niños, que sollozaban mientras Soso observaba la operación con absoluta calma. Los agentes confiscaron algunas cartas de Serafima, incluida la nota de despedida, pero Soso siguió reuniéndose con los demás desterrados para salir de merienda al campo o para celebrar fiestas en las que discutían de política. Aquello sacaba de quicio a Zivilev, pero Stalin tomaría cumplida venganza. «En una ocasión, en medio de la gente que estaba por allí de paseo», recuerda Golubev, Stalin le echó tal rapapolvo que al Gallo de Río le dio miedo volver a encontrarse por la calle con él, que solía bromear diciendo que ya casi no lo veía nunca». En efecto, según dice Kuzakova: «Nunca había visto a la policía tener tanto miedo de un hombre».

Stalin estaba tan cerca de cumplir los dos años de su condena que no tenía sentido fugarse, por mucho que se «ahogara» en Solvychegodsk. Se aburría lo bastante como para decidirse a ir al teatro del pueblo, infracción por la cual le pusieron una multa de 25 *kopeks*. Presumiblemente encontraba además consuelo en Maria Kuzakova. Para cuando Soso abandonó el pueblo, parece que la mujer estaba embarazada de un hijo suyo. Según los familiares de la joven viuda, ésta le dijo que se hallaba en estado. Él le explicó que no podía

casarse, pero prometió enviarle dinero, cosa que, por supuesto, nunca hizo.

El 25 de mayo, el Gallo de Río detuvo a Stalin por asistir a una reunión con otros revolucionarios, condenándolo a tres días de arresto en la cárcel del pueblo. Pero Soso logró sobrevivir a la totalidad de su condena. Cuando fue liberado el 26 de junio, ni siquiera volvió para despedirse de su patrona, a pesar de estar embarazada. «[Kuzakova] regresó a casa y se encontró que su huésped y las cosas de éste habían desaparecido; el dinero del alquiler estaba debajo de una servilleta». Ése era el motivo de que a las mujeres del pueblo les aconsejaran que no tuvieran aventuras con los desterrados: solían marcharse cuando menos se lo esperaban.

Kuzakova escribió unas memorias durante la dictadura que naturalmente no contenían una confesión de su idilio. Entre unas cosas y otras, sin embargo, parece que el niño que tuvo era hijo de Stalin. Soso no hizo nunca el menor intento de conocer al niño, pero, cosa por lo demás insólita, el muchacho fue llevado más tarde a Moscú, consiguió un empleo privilegiado en el *apparat* del Comité Central, y recibió protección. Tuvo una carrera interesante[*].

El 6 de julio de 1911, Soso se trasladó en un vapor por el río hasta Kotlas, y desde allí prosiguió hasta Vologda, donde se le ordenó residir durante dos meses. Estuvo bajo la vigilancia de la Ojrana desde el momento en que se instaló en la ciudad en distintos alojamientos. Los espías de la policía secreta le habían dado un nuevo nombre clave: «El Caucasiano».

Sus prolíficos devaneos no habían terminado. Ante las propias narices de los espías de la Ojrana, el Caucasiano pasó el tiempo seduciendo a una colegiala coqueta que era la amante de uno de sus camaradas. Cuando le convenía, tomaba prestadas la novia y la documentación de cualquiera[2].

27

El Comité Central y «niña bonita» la colegiala

«Yo estoy listo. El resto depende de ti», escribió Stalin a Lenin, una vez estuvo instalado en Vologda. Pero quería asegurarse de que en adelante iba a ser asignado al centro. «Quiero trabajar, pero sólo estoy dispuesto a hacerlo en San Petersburgo o en Moscú. Estoy libre de nuevo».

Stalin trataba sus disputas personales con una seriedad mortal, pero seguía mirando con desprecio las trifulcas de emigrados de Lenin. «Koba ha escrito que no va a molestarse en ladrar a los Liquidadores ni a Vperod [las facciones de Krasin y Gorki respectivamente, enfrentadas ambas a Lenin], pues no puede más que reírse de los que ladran», escribía un bolchevique en una carta dirigida a sus camaradas de París, donde probablemente Lenin oyera hablar de aquella última demostración de «inmadurez» de Stalin. No obstante, a finales de mayo el Comité Central nombró en París un Comité Organizativo para Rusia, uno de cuyos miembros era Sergo y del que formaba también Stalin en calidad de enviado especial itinerante, ascenso del que no tardaría en tener conocimiento la Ojrana.

Sergo partió hacia Rusia para informar de los nuevos nombramientos a la caótica organización bolchevique. La Ojrana vigilaba al Caucasiano todavía más estrechamente, pero el revolucionario era un experto en despistar a los espías. A primeros de agosto, se las arregló para salir sigilosamente de Vologda y hacer una visita relámpago a San Petersburgo para entrevistarse con Sergo. «Sergo comunicó a Stalin las

directrices de Lenin… y la petición de éste de que se trasladara al extranjero para discutir las actividades del partido». Aquélla fue una evasión menor, pero Stalin se las arregló para regresar a Vologda sin que los espías se dieran ni siquiera cuenta de que había abandonado la ciudad.

Comparada con Solvychegodsk, Vologda era una metrópoli con sus 38 000 habitantes, sus bibliotecas, sus teatros, una catedral de aproximadamente 1580, una casa que había pertenecido a Pedro el Grande y una gran mansión del gobernador. Stalin pasó un mes reuniendo fondos para realizar una excursión más larga, y se dedicó a leer con voracidad, visitando la biblioteca en diecisiete ocasiones. «Me pensaba que habrías estado paseando por las calles de otras ciudades», escribía en tono tentador su compañero de confinamiento en Solvychegodsk Ivan Golubev, «pero… me he enterado de que careces de presupuesto, y de que vegetas en unas condiciones casi de confinamiento. Sería una pena que fuera verdad. ¿Qué vas, pues, a hacer ahora? ¿Esperar? ¡Te volverás loco con tanta ociosidad!».

Pero parece que Stalin había dado rienda suelta al sibarita que se escondía tras su ascetismo de acero, quizá por primera y única vez en su vida. Sus vigilantes de la Ojrana no tardaron en descubrir el motivo: una colegiala fugitiva que era la amante de un compañero de destierro de Soso, Piotr Chizhikov. Se trataba de Pelageya Onufrieva, de apenas dieciséis años, alumna del Gimnasio de Totma e hija de un próspero hacendado de Solvychegodsk. La chica había iniciado un idilio con Chizhikov cuando éste había estado confinado en Totma y se había fugado con él a Vologda, donde conocería al Caucasiano. Chizhikov, que había coincidido con Stalin en la cárcel unos años antes, no tardó en caer bajo su hechizo, sirviéndole de recadero y recaudando dinero para su próxima fuga. Y no parece que le importara que su amistad con Soso acabara convirtiéndose en un *ménage à trois*.

Pelageya no era más que una colegiala frívola y rebelde, pero no sabemos cómo se las compuso para impresionar a los

agentes de la Ojrana con sus hermosos trajes. Le pusieron el nombre clave de «Nariadnaya», la Bien Vestida o la Niña Bonita. No es de extrañar tampoco que Stalin, ambicioso compulsivo y comprometido con la causa, estuviera encantado de perder un mes en su compañía. «Siempre lo conocí como Iosiv», recuerda Pelageya. La serpiente ofreció literalmente a Eva el fruto prohibido: «Por aquel entonces se suponía que no se debía comer en la calle, pero había una avenida sombreada flanqueada de árboles. Iba allí a menudo con Stalin, que con frecuencia me invitaba… Una vez nos sentamos en un banco y me ofreció el fruto: “Come un poco. Aquí nadie te va a ver…!”».

Su amigo Chizhikov trabajaba durante el día en el Almacén de Coloniales. En cuanto salía de su casa para ir a trabajar a las nueve de la mañana, los espías observaban cómo aparecía Stalin y se metía en la casa. «Éramos muy felices cuando estábamos en casa», cuenta la Niña Bonita. «Leíamos en silencio. Él sabía que a mí me encantaba la literatura. Hablábamos muchísimo de libros. Solíamos almorzar juntos, caminábamos por la ciudad durante horas y visitábamos la biblioteca; además bromeábamos muchísimo. Yo era una tonta, pero era tan joven…». Soso, siempre dispuesto a hacer de maestro, le dio varias clases sobre Shakespeare (empezando por una crítica literaria de *La tempestad*) y los cuadros del Louvre (que debió de visitar durante la semana que estuvo en París). De manera más emotiva, le abrió su corazón hablándole de Kato: le dijo cuánto la había amado, que había querido pegarse un tiro cuando murió, que sus amigos le habían quitado la pistola y ponderó incluso los vestidos tan bonitos que hacía; mencionó también a su hijo Yakov. Stalin «tenía muchísimos amigos. Su gusto era excelente, a pesar de ser un hombre», dice en tono jocoso la Niña Bonita. «Hablaba de paisajes meridionales, de lo hermosos que eran los jardines, de lo elegantes que eran los edificios. A menudo me decía: “Sé que te encantaría el sur. Ven y lo comprobarás por ti misma… Te tratarán como a una más de la familia”».

La Niña Bonita era descarada e inteligente. Stalin se sentía atraído por las mujeres fuertes, pero al final prefería las amas de casa o las adolescentes sumisas. Indudablemente le gustaban las adolescentes y las quinceañeras, afición que más tarde le acarrearía serios disgustos con la policía. Aunque en la Rusia zarista las normas eran mucho menos severas que hoy en día, especialmente lejos de la capital, esta tendencia revelaría por parte de Stalin, cuando menos, una necesidad de dominar y controlar. Pero no era una obsesión, pues algunas de sus amantes fueron mayores que él.

Pelageya parece que comprendía al Caucasiano mejor que muchos. Probablemente fuera la única persona en su vida que le tomara el pelo por sus rarezas; desde luego él no dudó en abrirle su corazón. Incluso aquel hombre tan suspicaz y quisquilloso disfrutaba con las travesuras de la Niña Bonita. Soso la llamaba «Polya», y ella a él «Osip el Bicho Raro».

«Fue un verano largo y caluroso», recuerda Pelageya, pero cuando acabó, tuvo el presentimiento de que «no volvería a verlo nunca». Da la sensación de que por entonces Stalin tenía mujeres en todas partes. Le dijo a la Niña Bonita que estaba comprometido con otra chica de San Petersburgo, y luego le escribiría: «Sabes que vine a San Petersburgo para casarme, pero al final he acabado en la cárcel…». Si Osip el Bicho Raro tenía otra novia, Polya la Niña Bonita, el centro de aquel *ménage à trois*, no habría tenido motivos para quejarse. ¿Pero quién era la mujer de San Petersburgo?

Según dice la Niña Bonita «siempre supe que iba a irse. Yo quería que nos viéramos fuera, pero él no me dejaba, afirmando que lo seguían». Sin embargo, «justo antes de marcharse, se presentó por la mañana» para celebrar una tierna despedida.

—Quiero dártelo como regalo —exclamó poniendo en sus manos un libro—, para que me recuerdes. Te interesará.

—Desde luego que sí —respondió la Niña Bonita.

—Regálame algo para que te recuerde yo a ti —le pidió Osip.

Polya le dio como recuerdo la cruz que llevaba al cuello, pero él no la quiso. En cambio, aceptó la cadena y «la colgó del reloj». Pelageya le pidió una fotografía, pero Stalin, a punto de sumergirse de nuevo en la clandestinidad, se negó:

—Nadie me hecho nunca una fotografía. Sólo en la cárcel y a la fuerza. Un día te mandaré mi foto, pero de momento lo único que conseguirías teniéndola es meterte en líos.

El libro que le regaló fue el *Estudio sobre literatura occidental*, de Kogan, un regalo especial para un bibliófilo autodidacta, con la siguiente dedicatoria:

> Para la lista y pícara Polya
>
> de Osip el Bicho Raro[*]

No volvieron a verse nunca, pero Soso siguió escribiéndole. Sus cartas, refiere Pelageya, «eran siempre muy graciosas. Sabía ser divertido incluso en los momentos difíciles de la vida». Pero cuando fue desterrado en 1913, «perdí el contacto con él para siempre».

Por encantadora que fuera la Niña Bonita, Osip el Bicho Raro no podía entretenerse más. A las 3.45 de la tarde del 6 de septiembre de 1911, los espías de la Ojrana comunicaban a sus superiores que, acompañado de Chizhikov, «el Caucasiano llegó a la estación con dos piezas de equipaje, un baúl pequeño y un hatillo, al parecer de sábanas, y subió al tren para San Petersburgo». Los espías se fijaron en que comprobó por dos veces cada vagón, intentado despistar a sus sabuesos. «Djugashvili va en el tren Número Tres bajo la vigilancia del agente Ilchykov», telegrafió la Ojrana de Vologda a la de San Petersburgo. «Solicito que salgan a su encuentro. Capitán Popel». Pero Soso burló al comité de recepción que le habían preparado en la estación: cuando llegó a las 8.40 de la tarde, se había sacudido de encima a los espías.

«El provinciano», comenta despectivamente Trotski, «llegó al territorio de la capital». Stalin buscó primero a Sergei Alliluyev, pero no estaba en casa. De modo que anduvo paseando arriba y abajo por la Perspectiva Nevski hasta que se encontró con Silva Todria, el experto en tipografía que había tenido en Georgia.

Justo antes de que llegara Stalin a San Petersburgo, el Primer Ministro Stolypin había sido asesinado frente al palco del emperador en el teatro de Kiev. El asesino había sido un malhechor, confidente de la policía secreta, que una vez más personificaba los peligros de la *konspiratsia*. La víctima del atentado fue el último gran estadista del Imperio Ruso.

—Tiempos peligrosos —advirtió Todria a Soso—. Tras el asesinato de Stolypin, hay policías por todas partes. Los conserjes comprueban la documentación de todo el mundo.

—A ver si encontramos una casa de huéspedes por aquí cerca —propuso Soso. La pensión «Rusia» aceptó su pasaporte a nombre de Chizhikov.

En casa de Alliluyev sonó de pronto el timbre de la puerta. «Me sentí muy feliz al ver a nuestro amigo Silia Todria», escribe Anna, «pero no venía solo. Tras él podía verse a un hombre delgado llamado Soso, vestido con un abrigo negro y un sombrerito del mismo color». Preguntaron por Sergei Alliluyev, pero no estaba en casa, así que se quedaron a esperarlo. Soso se puso a leer el periódico. Cuando Alliluyev llegó a casa, se asomaron a la ventana: los sabuesos habían vuelto a encontrar su rastro cuando había ido a recoger el equipaje. Ahora estaban ahí, vigilando la calle.

Alliluyev llamó a sus hijas, Anna y Nadia:

—Salid al patio y mirad si hay dos policías con sombrero hongo.

Las niñas localizaron llenas de alegría a un policía en el patio, a otro en la calle y a otros dos en la esquina.

Stalin regresó a la pensión «Rusia» a pasar la noche. A las 7.30 de la mañana del 9 de septiembre se oyó un estrépito a su puerta.

—¡Dejadme dormir! —gritó Soso, que siempre había sido ave nocturna. La policía entró precipitadamente y lo detuvo, encontrando en su poder mapas, fotografías, cartas, un diccionario de alemán (lo que indica que esperaba salir de viaje para asistir a la inminente Conferencia de Praga organizada por Lenin), y el pasaporte de Chizhikov, que por consiguiente había prestado a Stalin no sólo la novia, sino también el nombre[1].

Tras encerrarlo en la Prevención de San Petersburgo a la espera de que llegara su condena, la Ojrana se hizo cargo del Caucasiano, reteniéndolo durante tres semanas sin informar ni al departamento de policía de la ciudad ni tampoco entregárselo a los gendarmes. Probablemente hicieran los habituales intentos de convertirlo en un agente doble, pero el 2 de octubre finalmente dieron parte a la Gendarmería de San Petersburgo, cuyo coronel Sobelev recomendó que se le impusiera como castigo el confinamiento «en Siberia oriental… durante cinco años».

El Ministro del Interior, A. A. Makarov, redujo la condena a tres años. Se permitió al reo sugerir Vologda como lugar de residencia y viajar a su destino por su cuenta, en vez de hacerlo con un grupo de convictos. La descripción física que se incluye en su ficha es tan inconsistente que habría podido pertenecer perfectamente a otra persona. ¿Se trata sólo de un caso más de confusión y lenidad por parte del régimen zarista? ¿Se había untado a alguien en el 16 de la calle Fontanka o en el Ministerio del Interior? ¿Había hecho Stalin algún tipo de trato traicionero o acaso esperaba la Ojrana que los condujera inconscientemente hasta sus camaradas? No lo sabemos, pero en el momento en que fue puesto en libertad en posesión de un permiso de viaje para volver a su destierro en Vologda, la Ojrana le perdió la pista y Soso desapareció durante diez días

por las calles de San Petersburgo, de modo que técnicamente habría vuelto a fugarse.

Se reunió con sus amigos Sergo y Spandarian. «En diciembre de 1911, Stalin estuvo escondido de la policía en Petersburgskaya Storona, en el piso de la familia Tsimakov», refiere Vera Shveitzer, la principal amante de Spandarian, «y fuimos a verlo. Vivía en un cuarto sin calefacción, en una casa de madera con techo de cristal que había en el patio». Tuvieron una exuberante recepción: Stalin «corrió a nuestro encuentro, nos tomó de las manos y nos arrastró al interior de la habitación, riéndose sonoramente; nosotros también nos echamos a reír».

—¡Sabéis cómo disfrutar! —dijo.

—¡Sí, bailaremos para celebrar tu liberación! —respondió Spandarian.

Sergo y Spandarian estaban a punto de salir de viaje para asistir a la Conferencia de Praga de Lenin, que marcaría el nacimiento oficial del partido bolchevique y el divorcio de los mencheviques. Stalin también había sido invitado, pero, tras la nueva condena que se le había impuesto, no estaba en condiciones de asistir. Sergo y Spandarian recogieron los mensajes que tenía para Lenin. «Hubo una pequeña reunión en mi piso», recuerda Shveitzer, a la que asistieron tres caucasianos. Sergo dio a Soso cincuenta rublos. Mientras estuvo huido, «Stalin dormía cada noche en un sitio distinto».

El día de Navidad estaba ya de regreso en Vologda. Anduvo recorriendo las calles en busca de alojamiento vestido con su abrigo negro y su sombrerito del mismo color. Su nuevo casero era un gendarme jubilado al cual «no resultaba agradable Iosiv Vissarionovich», por motivos familiares y políticos. El viejo gendarme y su esposa tenían una hija divorciada llamada Maria Bogoslovskaya, con tres hijos pequeños y una criada de dieciséis años llamada Sophia Kryukova. Soso vivía en un pequeño dormitorio separado de la cocina por una cortina, al lado del fogón, pero

evidentemente inició un nuevo idilio con Maria, la divorciada. Aunque escribió sus memorias en 1936, cuando no se podía decir explícitamente nada acerca de las debilidades privadas del Caudillo, Sophia, la criada, da a entender que el desterrado y la divorciada habrían tenido algo que ver. «Maria y él solían discutir a menudo, hasta que Maria se echaba a llorar. Gritaban y estaban a punto de llegar a las manos. Durante aquellas peloteras, a menudo se oían los nombres de otras mujeres».

Stalin flirteaba con la criada mientras intentaba mantener a raya a la celosa hija del gendarme. «En una ocasión, después de un día festivo», dice Sophia la criada, «me di cuenta de que Iosiv Vissarionovich me observaba desde detrás de la cortina. Yo tenía una melena larga de color negro y llevaba un vestido muy bonito, con una falda larga de paño japonés con flores».

—Realmente te sienta muy bien —comentó Stalin—. En mi tierra, Georgia, las chicas de tu edad llevan vestidos como ése.

Sophia era lo bastante sensata en 1936 como para no revelar lo bien que llegó a conocer a Stalin, pero evidentemente pasaron algún tiempo juntos, porque la joven le presentó a su padre, hombre aficionado a la bebida, que la puso en evidencia.

—No te preocupes —la tranquilizó Soso—, mi padre era también un borracho. Me crió mi madre sola.

Evidentemente le gustaba presumir de su cultura y de los idiomas que sabía. Cuando leía *Zvezda* (la «Estrella» bolchevique) o periódicos extranjeros, impresionaba a la muchacha traduciéndole pasajes al ruso. «Realmente me hacía reír», recuerda Sophia.

Stalin solía volver a casa a altas horas de la madrugada y sólo lo visitaba un hombre alto y moreno, posiblemente Shaumian o Yakov Sverdlov, joven bolchevique en ascenso. Volvió a reunirse con su viejo amigo, el cornudo Chizhikov. El *ménage à trois* no se reanudó porque la Niña Bonita había

vuelto al colegio. Pero Stalin no dejaba de pensar en ella. En cuanto llegó a la ciudad, envió una postal erótica de Afrodita a su Venus adolescente de Totma: «Bueno, pícara Polya, estoy en Vologda sin poder moverme, pegado a tu "querido" Petenka [Chizhikov], "tan mono él". Así que bebe a la salud de tu famoso Osip el Bicho Raro»[*].

Con sus idilios con la hija de su casero y la criada, Stalin no hacía más que matar el tiempo mientras aguardaba los acontecimientos que se desarrollaban en Praga. Allí, la conferencia, a la que sólo asistieron dieciocho delegados, signo de lo mermado que andaba el partido, nombró el primer verdadero Comité Central bolchevique. Sergo y Spandarian fueron elegidos para formar parte de él, pero el astro ascendente fue un ardiente orador de clase trabajadora llamado Roman Malinovski. Lenin se emocionaba ante su genuino talento proletario. «Da una impresión estupenda», comentaba entusiasmado; «¡La tierra es rica!». Malinovski vestía el cargo: «Alto, de constitución fuerte y vestido casi a la moda», con una «espesa cabellera roja y ojos amarillos», las marcas de viruela le daban «una expresión feroz, como si hubiera pasado por el fuego». Pero tenía un grave inconveniente: poco antes, cuando había sido detenido y condenado por violación y robo con escalo, había sido reclutado por la Ojrana, que le había dado el nombre clave de «Portnoi» (el Sastre). Era su agente mejor pagado.

En la primera reunión del Comité Central, Lenin y Zinoviev propusieron la cooptación de Stalin[**]. El Sastre informó puntualmente a sus patrones de la Ojrana de que Stalin, Spandarian y Sergo habían «sido elegidos miembros del Departamento Ruso, con un sueldo mensual de cincuenta rublos». A diferencia de la Ojrana, Stalin tardó algún tiempo en enterarse de lo ocurrido en Praga y escribió a Krupskaya para informarse mejor. «He recibido una carta de Ivanovich [el alias de Stalin dentro del partido]», escribía por su parte Krupskaya a Sergo, pero «se pone inmediatamente de manifiesto que está terriblemente aislado de todo, con la

cabeza en las nubes… ¡Qué lástima que no pudiera asistir a la Conferencia!». En una carta cifrada, Stalin rogaba a Shveitzer que le diera noticias de Praga.

El aislamiento estaba a punto de llegar a su fin. Sergo estaba ya camino de Vologda.

El 18 de febrero de 1912, los espías de Vologda comunicaban que el Caucasiano se había reunido con «un desconocido» —seguramente Sergo— que le había anunciado su ascenso con la consiguiente entrada en el Comité Central, el órgano más alto del partido, status que conservaría durante el resto de su vida, y le había entregado su salario, diversas direcciones y claves secretas. Probablemente fuera entonces cuando Stalin acordara con Krupskaya, la principal experta en la confección de claves, además de esposa de Lenin, utilizar como código entre ambos el poema de Gorki titulado «Leyenda de Oltenia». Se conserva la versión del poema escrita de puño y letra de Stalin.

Mientras tanto Lenin, de nuevo en París, era presa del pánico debido a la falta de noticias. «No se sabe ni palabra de Ivanovich. ¿Qué le pasa? ¿Dónde está ahora? ¿Cómo está?». Por fin Sergo le comunicó que se había entrevistado con Soso: «He llegado finalmente a un acuerdo con él. Está satisfecho», decía.

Era hora de desaparecer de nuevo. Cada vez que quería irse de Vologda, Soso sobornaba a la policía de la ciudad con cinco rublos de oro y, según Vera Shveitzer, se fugó cinco veces.

Su casera, Gravrilova, se lo encontró haciendo el equipaje:

—¿Se va usted? —le preguntó.

Soso vaciló antes de contestar:

—Sí, me voy.

La mujer le dijo que tendría que informar a la policía.

—¿Podría retrasarlo hasta mañana? —preguntó Soso. La mujer accedió.

A las dos de la madrugada del 29 de febrero, los sabuesos que le seguían comunicaban que había subido al tren de Moscú sin permiso. Pero primero recibió una última carta de su colegiala. Compró otra postal erótica en la que aparecía una escultura de dos amantes besándose apasionadamente y escribió el siguiente mensaje para la Niña Bonita:

> Querida P. G.,
>
> He recibido tu carta esta mañana… No escribas a la antigua dirección pues ya no vive allí ninguno de nosotros… Te debo un beso por el beso que me trasladó Piotr. Déjame que te bese. No sólo te mando un beso, sino que te beeeeeeso apasionadamente (no vale la pena besar de otra manera).
>
> Iosiv

Así, la última noche de febrero de 1912, Stalin cogió el tren sigilosamente para la capital vía Moscú. El nuevo miembro del Comité Central de Lenin estaba de camino[2].

28

«¡No olvides ese nombre y sé muy prudente!»

«Un día frío y oscuro de invierno en San Petersburgo, estaba yo estudiando cuando se oyó llamar a la puerta», cuenta Kavtaradze, que asistía a la universidad en la capital y al mismo tiempo daba clases particulares de matemáticas a las hermanas Alliluyev. «De repente entró Stalin. Sabía que había estado confinado. Se mostró tan cariñoso y alegre como de costumbre, vestido con un guardapolvo ligero a pesar del frío glacial que hacía, pero ni siquiera se lo quitó. "Me quedaré aquí un rato… Sólo el tiempo de descansar. Vengo derecho de Moscú y me he dado cuenta de que me seguían tanto allí como cuando bajé aquí del tren. Identifiqué al mismo sabueso… ¡Está ahí acechando, a la puerta de tu casa!"».

«Aquello era bastante serio», señala Kavtaradze. Los dos georgianos esperaron a que oscureciera. Kavtaradze decidió que sólo había una forma de escapar: Stalin debía vestirse de mujer. El estudiante le procuró unas cuantas piezas de ropa femenina y Stalin las combinó como pudo… pero el resultado final no funcionó. «Logré hacerme con algunos vestidos», refiere Kavtaradze, «pero era imposible hacer que Stalin pareciera una mujer».

—El espía —pensó Stalin— no quiere detenerme, sólo pretende observar. Así que voy a echar un sueñecillo.

—Sí, duerme: quizá el tipo ese no sea capaz de aguantar la helada. Como el ejército de Napoleón —bromeó Kavtaradze.

—Seguro —respondió Soso, que se pasó durmiendo todo el día. Pero cuando salieron a la calle, el sabueso seguía allí—. Caminemos un poco.

Tenía hambre, así que se fueron a comer al restaurante Fedorov, donde el espía se dejó ver de nuevo.

—¡Maldita sea! —exclamó Stalin— ¡Vuelve a aparecer como si saliera de la nada!

Un coche de punto bajaba traqueteando por la calle. Soso hizo un gesto con la mano al carruaje y saltó a su interior, pero el sabueso paró otro. Los dos faetones iban al galope uno tras otro por la avenida Liteiny, pero al darse cuenta de que estaba cerca de un piso franco, Stalin saltó del coche y se tiró en un montón de nieve, que lo cubrió por completo. El coche del espía pasó al galope ante él, siguiendo al otro que ahora iba vacío[*].

Stalin se puso «un uniforme del Colegio de Médicos Militares y salió a la calle». Aquél fue su disfraz favorito en San Petersburgo durante todo el invierno. Se quedó en la capital aproximadamente una semana. Su nueva misión consistía en convertir el semanario bolchevique *Zvezda* en un diario, *Pravda* («La Verdad»).

Stalin fue conducido al piso de Tatiana Slavatinskaya, de treinta y tres años, una bolchevique culta y atractiva, huérfana autodidacta, que había estudiado en el conservatorio, convirtiéndose en una admiradora de la voz de Chaliapin. Una de las mujeres que colaboraba en secreto para Lenin, Elena Stasova, la enseñó a inventar códigos. Casada con un revolucionario judío llamado Lurye y madre de dos hijos, Tatiana daba cobijo a varios bolcheviques en busca y captura, uno de los cuales «trajo a un caucasiano cuyo nombre clave era "Vasili" y que estuvo viviendo con nosotros algún tiempo».

A Slavatinskaya no le gustó mucho «Vasili», el último alias de Stalin. «Al principio parecía demasiado serio,

demasiado cerrado y tímido, y su única preocupación era no molestarnos. Resultaba muy difícil hacerlo dormir en una habitación más grande y más cómoda, pero cuando me iba a trabajar yo siempre ordenaba a la criada[**] que hiciera la cena para él y para los niños. Estuvo una semana con nosotros y yo llevaba de un sitio a otro sus mensajes haciendo de recadera». Stalin la nombró su secretaria para las elecciones a la Duma. Parece que Slavatinskaya estaba bastante liberada, a la manera de las primeras feministas. Soso inició un idilio con su «querida y bella Tatiana», que fue «bien conocido» por los prohombres de la Unión Soviética durante el gobierno de Stalin.

Soso vivió de vez en cuando con los Alliluyev. La Venecia del Norte era como un cuadro «de hielo, con montones de nieve y caminos helados para trineos», escribe Anna Alliluyeva. «Sus calles estaban llenas de trineos bajos finlandeses decorados con cintas y cascabeles», «tirados por caballos pequeños y recios», que conducían «cargamentos de pasajeros risueños». Anna y su hermana menor, Nadia, estaban asomadas a la ventana deseosas de dar un paseo en trineo, cuando de repente llegó Soso.

—¿Quién quiere dar una vuelta en trineo? ¡Venga, vestíos y aprisa, estamos a punto de arrancar!

Las niñas estaban encantadas. «Nos levantamos de un brinco gritando de alegría», cuenta Ana. «Por fin nos habían invitado». ¡Y nada menos que el «propio Soso», cuyos artículos leían fielmente todos en casa! Las niñas lo conocían ahora mejor: «Habitualmente poco comunicativo, también sabe reír y gastar bromas como un niño y contarnos anécdotas divertidas. Es capaz de ver el lado gracioso de las personas y las imita con tanta perfección que todo el mundo se ríe a carcajadas». Pero en aquellos momentos llevaba prisa.

—¡Venga! ¡Fedia [el tercero de los hermanos, Fiodor], Nadia! ¡Vestíos! —Y ordenaba a la criada, Fenya:— ¡Ve a buscar los abrigos de pieles!

Una vez en la calle, Soso gritó al conductor:

—¿Qué le parece dar un paseo?

Estaba de buen humor. «Cada una de sus palabras… nos hace reír. Soso se ríe con nosotros mientras el trineo se desliza por la Perspectiva Sampsonevsky, por delante de la estación» con sus «pequeños trenes a vapor». De repente, Soso saltó del trineo y se sumergió de nuevo en la vida clandestina.

—¡Alto! Yo me bajo aquí. Volved a casa.

Y sin más ni más el Macavity[*] bolchevique desapareció en el interior de la estación. ¿Había estado realmente divirtiéndose con los niños o bien toda aquella salida había sido una trampa para sacudirse de encima a algún sabueso?

Soso se esfumó una vez más. Los agentes secretos lo habían perdido, pero sospechaban, y con razón, que no tardaría en aparecer de nuevo en el Cáucaso[1].

El 16 de marzo de 1912, el agente doble de la Ojrana «Fikus» comunicaba que Stalin se hallaba de nuevo en Tiflis, donde estaba estudiando con una profesora de canto que trabajaba en la Escuela de la Sociedad de Maestros, dirigida por la severa Elena Stasova[*]. A su anfitriona le dijeron que «no preguntara el nombre de su visitante», pero Stalin, acaso porque añoraba la patria, cantaba canciones georgianas con ella.

Soso se entrevistó con su amigo Spandarian, el donjuán del Comité Central, y con Stasova. Visitó a su hijo Yakov, al cual criaban los Svanidze «como a uno de nuestros propios hijos». Los Monoselidze seguían extrañados de su insensible despego. «Mi sobrino, tras quedarse huérfano de madre», se lamentaba Sashiko, «se había quedado también casi huérfano de padre». La estancia de Soso en Tiflis no fue muy larga; enseguida marchó a Batumi y luego otra vez a Bakú[2].

Allí se encontró con otra caza de brujas, desencadenada para localizar a traidores: los mencheviques estaban

investigando a Spandarian, con la esperanza de demostrar o que había falsificado un sello del partido o que era un espía de la Ojrana. Stalin salió en defensa de su amigo: los mencheviques se negaron a dejarlo asistir al interrogatorio, pero accedieron a enviarle un emisario para escuchar su versión de la historia. Dicho emisario fue Boris Nikolaevski, el menchevique que, desde su exilio en la soleada California, se convertiría en el cronista de la clandestinidad. Nikolaevski consultó a un bolchevique, Abel Yenukidze, el afable padrino de Nadia Alliluyev, amigo de los Svanidze y conocido de Stalin, el futuro causante de su ruina, ante el cual mostró siempre una actitud de escepticismo.

—¿Has escuchado alguna vez el nombre de «Koba»? —preguntó Yenukidze a Nikolaevski en un café de Bakú.

—No —respondió el interpelado.

—Koba —explicó Yenukidze— es un tipo peligroso capaz de todo.

Aseguró que los georgianos eran diferentes de los rusos:

—Nosotros somos un pueblo vengativo.

Nikolaevski se echó a reír y preguntó remedando en broma el acento caucasiano:

—¿Me hará sólo un pequeño corte con su puñal?

—No te rías —replicó Yenukidze en tono serio—. Te cortará la garganta, si lo cree necesario. Esto no es la gran Rusia: esto es la vieja Asia. No olvides ese nombre y sé muy prudente.

Es evidente que Yenukidze pagaría un alto precio por hablar con tanta franqueza de su «peligroso» camarada.

«Cuando llegué», Stalin «estaba esperando, sentado en la sombra, para poder observarme con comodidad», cuenta el prudente Nikolaevski. Quizá hubieran aclarado ya la cuestión de Spandarian, pero mientras estuvo en Bakú Stalin ordenó a sus mauseristas que mataran a un antiguo marinero del

acorazado *Potemkin*, al que acusó de ser un espía de la Ojrana. «Le pegaron un tiro», señala Nikolaevski, «y lo dieron por muerto, pero el hombre recuperó la conciencia y exigió su rehabilitación».

Los mencheviques ordenaron a Nikolaevski, que por entonces estaba «muy interesado en las viejas hazañas de Koba», que investigara. Pero Nikolaevski fue detenido. Stalin volvió a desaparecer[3].

—Debemos enviar inmediatamente a «Ivanovich» [Stalin] a San Petersburgo —dijo Krupskaya a Sergo, que se encontraba en Kiev. Stalin y Sergo, aquellos dos despóticos georgianos, que más tarde dominarían conjuntamente la URSS, estaban encantados con la nueva preeminencia de que gozaban en el Comité Central. Stasova refunfuñaba que «Sergo e "Ivanovich" siguen dando órdenes, pero no dicen nada de lo que está pasando a nuestro alrededor». Unos días después, Spandarian fue detenido.

Stalin salió precipitadamente hacia el norte, haciendo una breve parada para charlar con la novia de Spandarian, Vera Shveitzer, en la cantina de la estación de Rostov del Don. Debía reunirse con Sergo en Moscú[*], donde ambos fueron a visitar a Malinovski. Éste los delató. Cuando los georgianos se fueron de Moscú, se dieron cuenta de que los seguían los sabuesos de la Ojrana. Los agentes secretos los vieron montar en el tren, pero luego Stalin saltó del vagón una vez que el convoy estuvo fuera de la estación. En San Petersburgo, la Ojrana tardó seis días en darse cuenta de que Soso no había llegado nunca a la capital.

La policía secreta, con la ayuda de Malinovski y otros agentes dobles, había decidido quitar de en medio al Comité Central. El 14 de abril fue detenido también Sergo, pero Soso, el superconspirador, logró burlar a sus sabuesos durante algún tiempo más, llegando subrepticiamente a San Petersburgo.

Cuando menos lo esperaba, la Revolución recibió un fuerte impulso, aunque viniera teñido de sangre. El 4 de abril, las

tropas destacadas en los lavaderos de oro del río Lena abrieron fuego contra los trabajadores y mataron a ciento cincuenta. «El tiroteo del Lena rompió el hielo de silencio», decía exultante Lenin en *Zvezda*, «y el río del resentimiento popular ha vuelto a desbordarse. El hielo se ha roto. ¡Ya ha empezado!». Se convocaron huelgas por todo el Imperio. Retado en la Duma, Maklakov, el Ministro del Interior, contestó en tono arrogante:

—Así ha sido y así será.

Stalin estaba fuera de sí de alegría. «¡Vivimos!», tronaba en un artículo. «Nuestra sangre carmesí hierve con el fuego de una fuerza contenida». Lenin afirmaba que «la revolución vuelve a resurgir».

En San Petersburgo, Stalin se alojó en casa de N. G. Poletaev, poeta proletario y diputado bolchevique en la Duma, cuyo domicilio gozaba de inmunidad parlamentaria, y vio a Tatiana Slavatinskaya, su asistente. Desde el «domicilio inviolable de Poletaev», Stalin «empezó a dirigir el semanario *Zvezda*», escribiendo una marea de apasionados artículos. Trotski dice despectivamente de ellos que tienen «el lenguaje de las homilías del seminario de Tiflis», pero eran sumamente enardecedores, a diferencia de la plúmbea palabrería ideológica del futuro. Las hijas de Alliluyev se los leían una a otra en voz alta. Su favorito empezaba diciendo: «El país yace encadenado a los pies de los que lo esclavizan». Con su «sangre carmesí hirviendo», Soso escribió un admiradísimo llamamiento en pro del Primero de Mayo que era un sorprendente himno a su amada naturaleza, el último coletazo de sus tiempos de poeta romántico: «La naturaleza se despierta de su letargo invernal. Los bosques y las montañas reverdecen. Las flores adornan los prados y los pastos. El sol brilla más cálido. Sentimos en el aire el placer de la nueva vida y el mundo empieza a danzar de júbilo»[*].

«En abril de 1912», recordaba Stalin, «llegamos a un acuerdo sobre la línea que debía seguir *Pravda* y confeccionamos el primer número». Instalado en tres pequeñas

habitaciones, el primer diario bolchevique era legal, pero su jefe de redacción, Stalin, estaba fuera de la ley, por lo que debía dirigirlo desde la sombra. *Pravda* era financiado por Victor Tikhomirnov, hijo de un magnate de Kazán, que le dejó 300 000 rublos en herencia y uno de cuyos amigos de la infancia era Viacheslav Scriabin, «Molotov». Tikhomirnov canalizaba miles de rublos a través de Molotov, uno de los fundadores de *Pravda*.

Stalin decidió que había llegado la hora de conocer a aquel joven. Dijeron a Molotov que aguardara en un patio, detrás del piso de cierto dentista, cerca de la imprenta del periódico. Stalin apareció de forma repentina, como si surgiera de la nada, de detrás de un montón de leña. A Soso le gustaba cultivar aquel misterio: su carisma felino hechizó sin duda al prudente, pero joven Molotov, que nunca había visto a un verdadero miembro del Comité Central.

«No vi cómo apareció, pero llevaba el uniforme de estudiante de psiconeurología. Nos presentamos solos». Molotov se percató de las marcas de viruela y notó el acento georgiano. «Discutió sólo los asuntos más importantes sin perder ni un segundo en nada que fuera innecesario. Me entregó algún material de *Pravda*. Todo ello sin hacer el menor gesto superfluo. Luego desapareció de forma tan repentina como había aparecido. Saltó una tapia y lo hizo todo con una sencillez y una belleza clásica».

Al día siguiente, Molotov, casi fulminado de amor, dijo susurrando al oído de un amigo:

—Es asombroso, posee una belleza revolucionaria interior, es un bolchevique hasta la médula, inteligente, conspirador sagaz…

Cuando volvieron a verse, estuvieron hablando toda la noche. Fue el comienzo de un consorcio que se perpetuaría durante los cuarenta y un años siguientes.

El constante estado de alerta de Soso era una muestra de sensatez: prácticamente era el último miembro del Comité Central que seguía en libertad. Sergo y Spandarian estaban entre rejas. El 22 de abril de 1912, se publicó el primer número de *Pravda*. Cuando Stalin salió del santuario parlamentario del piso de Poletaev para dar un paseo, fue detenido por la Ojrana. En junio, gracias a las delaciones de Malinovski, sólo quedaba en libertad un miembro totalmente ineficaz del Comité Central. La organización estaba de nuevo hecha añicos. Stasova regresó precipitadamente de Tiflis con el fin de reparar en parte los daños, pero también ella fue detenida.

El 2 de julio, Stalin, condenado a tres años de confinamiento, fue enviado a Siberia[4]. Sus cortesanos lo adularían después poniéndole el apodo de «maestro en el arte de la fuga». Éste sería precisamente su destierro más breve.

29

El maestro en fugas: La evasión de Kamo y el último atraco al banco

Camino de Tomsk, más o menos cerca de Vologda, Stalin se encontró con Boris Nikolaevski, el menchevique que había formado parte del comité de investigación de Bakú. Soso no regalaba nunca nada, pero pidió prestada a Nikolaevski su taza de té azul, que éste guardaba como un tesoro, y se la quedó.

El 18 de julio de 1912 llegó a Tomsk y fue metido en un vapor que remontó el Ob hasta Kolpashevo, donde desembarcó y permaneció una semana, reuniéndose con Simon Vereshchak, el menchevique que había sido su compañero de celda en la cárcel de Bailov. Stalin cenó con Vereshchak y con Simon Surin, menchevique y agente de la Ojrana, antes de embarcar en otro vapor río arriba hasta llegar a su destino, Narym, donde fue recibido por Yakov Sverdlov, otro joven miembro del Comité Central.

Narym podía haber sido peor. Se trataba de un poblado de unos mil habitantes y ciento cincuenta casas, situado apenas dentro de la zona agrícola. Sus bosques rebosaban vida, pero era pleno verano y el paisaje pantanoso estaba plagado de mosquitos y de confinados, que tenían su propio café, su carnicería y su tienda de coloniales y, lo que era más importante para Stalin, dos agencias de fugas.

«Llegó a mi casa», recuerda su patrona, Yefrosina Alexeyeva, «vestido con una camisa blanca rusa con bordados y cuello abierto que dejaba a la vista el pecho». La mujer

intentó quitárselo de encima, porque ya tenía dos desterrados viviendo en su pequeña casa, pero «entró en la habitación de los confinados», echó un vistazo, habló con sus camaradas, y luego se instaló allí con Sverdlov.

Hijo de un judío rico, propietario de una imprenta en Nizhny Novgorod, Yakov Sverdlov, de veintisiete años, utilizaba unas gafas redondas y lucía una «exuberante melena negra», pero su característica más sorprendente era que de su figura aparentemente dulce, de «una notable amabilidad», salía una «voz tonante; vaya usted a saber cómo diablos podía salir esa voz monstruosa de un hombre tan pequeño», comentaba en broma Molotov. «¡Una auténtica trompeta de Jericó!». Tenía el aspecto de intelectual judío que Stalin detestaba, pero en realidad Sverdlov era un organizador despiadado y sin pretensiones. Los dos bolcheviques más impresionantes de Rusia compartían habitación y se exasperaban mutuamente.

Stalin, siempre el egoísta remolón, evitaba hacer la parte que le tocaba de los trabajos domésticos. El meticuloso Sverdlov acababa haciéndolos él.

—Me gustaba salir sigilosamente a buscar el correo el día que a Sverdlov le tocaba hacerlo —comentaba Stalin entre risas ahogadas mientras contaba sus aventuras a Sverdlov y a las hijas de Alliluyev—. Sverdlov tenía que ocuparse de la casa le gustara o no: mantener la hornilla encendida y hacer la limpieza… ¡Cuantas veces intenté engañarte y librarme de hacer las tareas domésticas! El día que me tocaba solía despertarme, pero seguía acostado como si estuviera durmiendo.

—¿Y te crees que no lo notaba? —replicaba Sverdlov—. Me daba cuenta perfectamente.

Los georgianos del lugar, capitaneados por un desterrado al que llamaban «el Príncipe», habían oído hablar de Soso, «un gran hombre», en cuyo honor organizaron un banquete georgiano. Los invitados cantaron en ruso y en georgiano, y bailaron la *lesginka*. Durante el baile, una mujer casada del

pueblo, llamada Lukeria Tihomirova, de veinticinco años, se dio de manos a boca con «el georgiano del abrigo negro cruzado», que se presentó solo y le dijo llamarse Djugashvili. Pero en aquella ocasión no se molestó en flirtear y se limitó a sentarse con la sobrina de Lukeria, de apenas dos años, en las rodillas, sin ni siquiera echar un trago.

—Tan joven y ya fuma en pipa —comentó la mujer por coquetear un poco. Pero Soso no mordió el anzuelo. El miembro del Comité Central tenía mucho en lo que pensar: *Pravda*, las elecciones a la Duma… y un gran atraco a un banco. No tenía intención de quedarse allí mucho tiempo.

Lenin y Krupskaya, que se habían trasladado de París a Cracovia, animaban a Soso y a Sverdlov a escapar. Sverdlov emprendió la fuga primero, pero fue capturado. Luego le tocó el turno a Soso.

«Mis hijos lo llevaron en barca al puerto fluvial», recuerda su patrona Alexeyeva.

—Dejo aquí mis libros para los camaradas —le dijo Soso, regalándole «unas manzanas, azúcar y dos botellas de buen vodka del paquete que acababa de recibir». Luego subió con Yakov y Agafon Alexeyev a la canoa. «En la oscuridad, en una noche tenebrosa y nublada, sin luna», recuerda Yakov Alexeyev, lo condujeron al embarcadero, preguntándole cuándo pensaba volver.

—Esperadme —contestó—. Ya me veréis.

El 1 de septiembre tomó el vapor hacia Tomsk. Sverdlov lo siguió e hicieron el viaje juntos. Stalin, siempre egoísta y autoritario, se hizo pasar en el tren por un viajante de comercio. Compró, por tanto, un billete de primera clase, obligando malévolamente al diminuto Sverdlov a esconderse en su cesta de la ropa sucia. Fueron interpelados por un gendarme que, sospechando de la ropa sucia, estaba a punto de clavar en ella su bayoneta cuando Sverdlov gritó:

—¡Cuidado, que hay un hombre dentro!

Stalin no pudo menos que echarse a reír y sobornó al policía antes de que fuera demasiado tarde. Llegaron así a San Petersburgo[*] El prolífico maestro en el arte de la fuga pasó sólo treinta y ocho días en Narym.[1].

En torno al 12 de septiembre, un Stalin despeinado, con «barba larga, una gorra raída, zapatos gastados y una chaqueta vieja y camisa negra», iba paseando arriba y abajo por la Perspectiva Nevski, con el sospechoso aspecto de un convicto evadido, rodeado de atildados *boulevardiers* y damas vestidas a la última moda, cuando de pronto vio a Kavtaradze.

—Me he fugado de Narym —dijo Stalin—. He llegado sano y salvo, pero en el piso franco no hay nadie… menos mal que por lo menos te he encontrado a ti.

Kavtaradze se alarmó ante aquella desgreñada visión siberiana —«su aspecto era totalmente impropio de la Perspectiva Nevski»—, pero inmediatamente lo condujo a otro piso franco perteneciente a «la viuda de cierto contralmirante», probablemente la baronesa Maria Shtakelberg, descendiente de un cortesano de Catalina la Grande, que alquilaba habitaciones a estudiantes georgianos. Más tarde Stalin y Sverdlov se trasladaron a casa de los Alliluyev.

Stalin visitó el piso de Stasova, donde recogió el tesoro del Comité Central que Elena había dejado en poder de su hermano cuando fue detenida. Luego se encontró con una antigua novia.

«Iba yo a dar mis clases bajando por la Perspectiva Nevski», refiere Tatiana Sujova, «cuando de repente sentí la mano de un hombre en mi hombro. Me sobresalté, pero oí una voz familiar que me hablaba: “¡No te asustes, camarada Tatiana, soy yo!”. Y ahí estaba el camarada Osip Koba de pie ante mí». Se pusieron de acuerdo para verse en «una asamblea de trabajadores». Luego siguieron paseando juntos y, «al pasar delante de un café, el camarada Koba cogió un clavel rojo y me lo regaló».

Unos días después Stalin llegó a Tiflis, donde sus gánsters bolcheviques habían empezado a reagruparse. Kamo no estaba entre ellos[2].

Stalin había tenido vigilado todo el tiempo a su bandido loco, Kamo. En Tiflis, Budu Mdivani y Tsintsadze estaba preparando la evasión del prisionero de la Unidad de Delincuentes Perturbados de la fortaleza de Metekhi, donde un médico anotó el extraño comportamiento de Kamo: «Se queja de que los ratones le molestan, aunque en su edificio no hay ratones. El paciente sufre alucinaciones. Oye voces extrañas, habla con alguien que le responde». El guardián que lo vigilaba «se ha dado cuenta de que Ter-Petrossian se levanta durante la noche, agarra algo en el aire, se arrastra por debajo de la mesa como si buscara algo… se queja de que alguien arroja piedras a la habitación y cuando le pregunto quién es, responde: "El hermano del diablo"». En efecto, Kamo estaba planeando su fuga.

El guardián de Kamo era un tontaina llamado Bragin al que poco a poco el revolucionario logró hechizar para luego utilizarlo como mensajero. Mdivani y las hermanas de Kamo se entrevistaban con Bragin y le daban herramientas para llevar a cabo la evasión, sierras y cuerdas, que luego él se encargaba de hacer llegar de extranjis a su paciente. Kamo serró los barrotes, que sustituyó con una pasta hecha de miga de pan. Tardó cinco días en cortar los grilletes, que mantuvo unidos con ayuda de un alambre.

El 15 de agosto de 1912, Mdivani y los mauseristas de Tsintsadze agitaron tres veces un pañuelo desde la calle. Kamo rompió los grilletes y los barrotes y se deslizó con ayuda de una cuerda a lo largo del muro. La cuerda se rompió y Kamo, que era casi insensible al dolor, se precipitó al río Kura. Tras salir a la orilla, arrojó los grilletes al agua y se fue andando hasta la calle más próxima, donde subió a un tranvía (para confundir a los perros rastreadores) antes de reunirse con los mauseristas.

Una noche, recuerda Sashiko Svanidze, mientras la policía andaba peinando la ciudad y la prensa se hacía eco de la fuga, «se presentó el camarada Budu Mdivani y dijo a Misha [Monoselidze, su marido] que la noche anterior habían ayudado a escapar a Kamo del manicomio… Trajeron a Kamo, que estuvo viviendo en nuestra casa un mes». Sashiko, sus hijos y el hijo de Stalin se fueron luego al campo, pero Kamo se encargó de cuidar durante un mes a Monoselidze cocinando para él deliciosos platos. Más tarde, debidamente disfrazado, se escapó al extranjero a través de Batumi y Estambul.

«Kamo llegó a nuestra casa de París», recuerda Krupskaya. «Estaba muy apenado por la ruptura entre Illich [Lenin] por un lado, y Bogdanov y Krasin[*] por otro», furioso por el cisma existente entre los tres héroes para los cuales había llevado a cabo la mayor parte de sus salvajes atracos. Kamo se mostraba vacilante y Lenin «escuchaba lleno de compasión a aquel hombre extremadamente audaz, pero ingenuo, que tenía un alma tan fiera». Consciente, lo mismo que Stalin, de que las muestras de interés por el estado físico de sus protegidos políticos y los cuidados que pudieran dispensarles constituían un buen modo de controlarlos, se ofreció a sufragar los gastos de una operación para intentar arreglar el ojo que Kamo se había lesionado. Tras la intervención que se le practicó en Bruselas, Kamo emprendió el regreso para dedicarse a pasar armas de contrabando a Rusia. Fue detenido en Bulgaria y en Estambul, pero ambas veces logró escapar pistola en mano. De vuelta en Tiflis, Kamo volvió a reunir a la Cuadrilla. Se esperaba que pasara por la principal carretera de acceso a la ciudad un carruaje de correos con una enorme cantidad de dinero. En torno al 22 de septiembre, Stalin, que se ocupaba de los asuntos financieros del partido dentro de Rusia, llegó también a Tiflis.

Probablemente fuera entonces cuando Tsintsadze, como recordaba Stalin después de la segunda guerra mundial, dirigiera a los gánsters unas últimas palabras de ánimo en un

cuarto del caravasar de Tamamshev, en la plaza Ereván, antes de salir hacia la carretera de Kadzhorskoe.

El 24 de septiembre, Kamo y Tsintsadze, junto con Kupriashvili y cerca de dieciocho pistoleros, tendieron una emboscada al coche correo a unos cinco kilómetros de Tiflis. Los bandoleros arrojaron bombas contra la policía y los cosacos: tres agentes y un postillón perdieron la vida. Un cuarto agente resultó herido, pero abrió fuego contra los atracadores. El asalto desembocó en un brutal tiroteo. Los pistoleros no lograron apoderarse del dinero; los cosacos se reagruparon. Cuando por fin se retiró la Cuadrilla, los cosacos emprendieron su persecución, pero Tsintsadze y Kupriashvili, ambos excelentes tiradores, cubrieron la retirada de sus compañeros, alcanzando a siete cosacos en una batalla al galope por la carretera de Kadzhorskoe.

Fue el último golpe de la Cuadrilla. Kamo fue localizado en su escondite con dieciocho de sus gánsters. Fueron todos detenidos. Kamo recibió cuatro condenas de muerte.

«Me he resignado a morir», escribía Kamo a Tsintsadze, «estoy absolutamente tranquilo. En mi tumba la hierba debe tener ya un metro ochenta de altura. No puede uno escapar a la muerte siempre. Un día habrá que morir. Pero tentaré a mi suerte una vez más y acaso un día nos riamos nuevamente juntos de nuestros enemigos…»[3]. Parecía muy poco probable[*].

Soso no se entretuvo mucho en Tiflis.

30

Viajes con la misteriosa Valentina

A los pocos días del atraco frustrado Stalin se encontraba de nuevo en San Petersburgo, entregado a la edición de *Pravda* y viviendo con Molotov y Tatiana Slavatinskaya. Escribía artículos sin parar[*], elaboraba el borrador del Manifiesto, y presidía la confección de las listas para las elecciones a la Duma. Tras supervisar la selección de los candidatos bolcheviques por San Petersburgo a mediados de octubre, dio el visto bueno a la nominación de Malinovski por Moscú.

La vida de Soso mientras estuvo en busca y captura consistiría en una agotadora serie de «noches sin dormir… Volaba de un sitio a otro, cruzando calles y calles para confundir a la Ojrana, prefiriendo pasar siempre por callejones», explica Anna Alliluyeva. «Si por casualidad pasaba por un café de obreros, se entretenía en él un par de horas tomando una taza de té hasta las dos de la madrugada», o si algún gendarme se fijaba en él, «fingía que estaba curda y se metía en cualquier café, quedándose allí hasta el amanecer, junto con los cocheros, en medio del hedor del tabaco barato, antes de irse a dormir a casa de cualquier amigo…», especialmente al piso de los Alliluyev, junto a la sensual Olga y sus avispadas hijas. Stalin a menudo «se dejaba caer por casa», sentándose en el sofá del comedor «con aspecto de estar cansadísimo».

Las niñas estaban siempre encantadas de verlo; su madre Olga se ocupaba de él.

—Si tienes ganas de descansar un rato, Soso —decía Olga —, ve y túmbate en la cama. No es bueno intentar echar un sueñecillo en medio de este desbarajuste…

Leyendo entre líneas los relatos de Anna, parece que Soso seguía manteniendo una relación especial con Olga, al menos por lo que se refiere a la entrega en cuerpo y alma de ambos a la causa. Cuando abandonaba su casa, le decía a Olga:

—Sal conmigo.

Olga «no hacía preguntas. Se ponía el abrigo y se iba con Stalin. Tras planear lo que iban a hacer, paraban un coche de punto y salían pitando. Stalin hacía una señal y mi madre se apeaba. Evidentemente intentaba despistar a la policía. Luego él seguía el viaje solo».

En una ocasión invitó a Olga al teatro Mariinski:

—Por favor, Olga, vayamos al teatro inmediatamente… Llegarás justo antes de que empiece la representación.

Pero un momento antes de que se levantara el telón, añadió:

—¡Tenía tantas ganas de ver una obra aunque fuera una sola vez…! ¡Sin embargo, no voy a poder!

Olga tuvo que quedarse sola y entregar un mensaje en un palco del Mariinski.

El 25 de octubre de 1912, fueron elegidos para la Duma Imperial seis bolcheviques y seis mencheviques, unos resultados que no pueden considerarse malos. Karlo Chkheidze, el menchevique al que Stalin había insultado en Batumi en 1901, fue elegido líder del grupo socialdemócrata, con Malinovski como segundo. Entre los «Seis Bolcheviques» elegidos para la Duma, la Ojrana había conseguido meter a dos agentes, toda una hazaña de la *konspiratsia*. De ese modo logró penetrar hasta el círculo más íntimo de Lenin.

Desde *Pravda*, Stalin insistía en la reconciliación con los mencheviques. Cuando los bolcheviques proyectaron hacer

una manifestación ante la Duma, los mencheviques los convencieron de que abandonaran los planes. Este hecho alarmó a Lenin, que bombardeó a Stalin con artículos en los que arremetía contra su política conciliatoria. Curiosamente, Stalin rechazó cincuenta y siete artículos de Lenin. Éste, que por entonces se hallaba en Cracovia, convocó a Stalin y a los Seis Bolcheviques. «El camarada Stalin», recordaba uno de los Seis, «anunció inmediatamente que los delegados bolcheviques tenían que ir a visitar a Lenin al extranjero».

El 28 de octubre, los espías observaron que Soso se presentó en casa de su amigo Kavtaradze. Los siguieron cuando salieron a cenar al restaurante Fedorov, uno de sus locales favoritos, pero, una vez acabada la cena, los agentes de la policía se dieron cuenta de que Soso había desaparecido. Lo buscaron por todas partes, pero se había esfumado[1].

Lenin ordenó a Valentina Lobova, otra joven liberada e instruida de la generación bolchevique, que acompañara a Stalin en su viaje. La joven encargó a Alexander Shotman, el «ministro de exteriores» de Lenin y toda una autoridad en el tráfico de influencias, que llevara a Stalin a Cracovia «con la máxima rapidez y absoluta seguridad. Se trata de una orden de Lenin». Stalin «había llegado a San Petersburgo en compañía de Valentina Lobova», según la diplomática expresión utilizada por Shotman, «alojándose en un hotel como ciudadano persa y con un buen pasaporte persa en el bolsillo».

Shotman explicó cuáles eran las rutas secretas para llegar a Cracovia: la del sur, más peligrosa, pasando por Abo, o la mas larga, pero más segura, a pie, cruzando la frontera sueca por Haparanda. Stalin prefirió la ruta de Abo. A continuación partió en compañía de Valentina Lobova, saliendo clandestinamente de San Petersburgo en una carreta. Tomaron el tren para Finlandia en la estación de Levashovo, utilizando pasaportes rusos. En Finlandia, Eino Raphia, futuro guardaespaldas de Lenin, entregó a la pareja un pasaporte finlandés y los acompañó al vapor de Abo. «Dos policías

verificaron la documentación… Aunque el camarada Stalin… no tenía ni mucho menos aspecto de finés, todo salió a las mil maravillas, sin ningún tropiezo». Stalin y Valentina llegaron a Alemania cruzando el Báltico en *ferry*.

Ésta es otra de las misteriosas relaciones amorosas de Soso. Valentina, cuyo nombre clave era «camarada Vera», era toda una belleza casada con un bolchevique que era otro de los topos de la Ojrana: nunca el partido había estado tan lleno de traidores. No sabemos si Valentina era consciente de que su marido era un agente doble, pero desde luego gozaba de toda la confianza de Lenin. Las memorias de Shotman demuestran que Soso (con documentación persa, aunque no sabemos bajo qué nombre) estuvo viajando con Valentina durante algún tiempo. Llegaron primero a Helsinki, compartiendo habitación en una casa de huéspedes «a finales del verano», posiblemente en septiembre, inmediatamente después de la fuga de Narym. Shotman da a entender que estaban juntos. Durante los viajes de cientos de kilómetros que realizaron después del mes de septiembre, parece que eran amantes, uno de esos pequeños idilios entre camaradas que se ven arrojados uno a los brazos del otro en el curso de una misión peligrosa. El hecho de que el marido de Valentina fuera ejecutado más tarde por traidor debió de contribuir a la creciente desconfianza de Stalin hacia las esposas infieles[*].

La pareja tomó el tren con destino a Cracovia, en Galicia, una provincia de la monarquía dual del rey-emperador Francisco José de Habsburgo[2].

Lenin adoraba Cracovia. La capital de la Galicia era una antigua ciudad polaca. En su castillo se encontraban los sarcófagos de los reyes de Polonia. Y allí había sido fundada la Universidad Jagellónica en 1364.

Lenin, Krupskaya y la madre de ésta compartían un piso en el 49 del Paseo Lubomirski con un miembro del Comité Central, Zinoviev, su esposa y su hijo, Stepan. Lenin y Zinoviev constituían el Departamento Exterior del partido

junto con Krupskaya, en calidad de secretaria. Cracovia era un hervidero de intrigas políticas y a Lenin le recordaba su propio país. «A diferencia del exilio en París o Suiza», decía Krupskaya, «allí había una estrecha relación con Rusia»: 4000 de sus 150 000 habitantes eran exiliados del Imperio Ruso, en su mayoría polacos. «A Illich le gustaba mucho Cracovia. Era casi Rusia».

Lenin disfrutaba patinando sobre el hielo, mientras Krupskaya hacía la compra en el antiguo barrio judío, donde los precios eran más económicos. «Illich elogiaba la leche agria polaca y el aguardiente de grano». El máximo dirigente jugaba al escondite con el hijo de Zinoviev ocultándose debajo de los muebles. «¡Dejad ya de molestarnos, estamos jugando!», decía, harto de tantas interrupciones; pero lo cierto es que esperaba con ansiedad la llegada de Stalin y los Seis.

Stalin, que llegó la primera semana de noviembre, se alojó en casa de los Lenin, durmiendo en el sofá de la cocina. Stalin, Malinovski y otro diputado de la Duma, Muranov, fueron hechizados y a la vez severamente regañados por Lenin, que se manifestó vigorosamente en contra de cualquier reunificación o reconciliación con los mencheviques: sus bolcheviques debían seguir siendo un partido aparte.

Puede que Lenin fuera un aristócrata muy culto, pero con su sencilla jovialidad y su voluntad de hierro, era muy hábil en el manejo de los hombres de acción más duros. Recibió calurosamente a Stalin y lo dejó que se sintiera a sus anchas: la comida los acercó aún más. Krupskaya servía los típicos platos «alemanes» a base de salchichas, que Stalin aguantó estoicamente durante dos días, pero por fin no pudo resistir más y dijo a Lenin:

—Tengo hambre… ¡Me muero de ganas por unos shashlik!

Lenin se mostró de acuerdo.

—Yo también. ¡Tengo un hambre canina! Pero temo ofender a Nadia. ¿Tienes algo de dinero? Venga, salgamos a comer algo a alguna parte…

Pero en lo que no estaban de acuerdo era en lo referente a la táctica. Fue aquélla una de las múltiples ocasiones en que Lenin mostró una actitud más intransigente que Stalin, quien murmuraba:

—Illich recomienda a los Seis una política de línea dura, una política consistente en amenazar a la mayoría del grupo parlamentario [los mencheviques], pero cederá…

Al cabo de diez días, Stalin regresó a San Petersburgo, probablemente con un *polupaska*, un pasaporte que permitía a las familias con parientes al otro lado de la frontera cruzar de un lado a otro. Pensaba que Lenin estaba torpemente fuera de la realidad y siguió obstinadamente manteniendo su postura de Conciliador; Lenin, por su parte, consideró la posibilidad de apartar a Stalin de *Pravda*[3]. Cuando se reunió la nueva Duma, Malinovski leyó un manifiesto probablemente escrito por Stalin, que se mostraba amable con sus hermanos mencheviques, de los que se habían escindido. En claro desafío a Lenin, Stalin se reunió incluso en secreto con Jordania y Jibladze, sus enemigos mencheviques de toda la vida[*].

Lenin bombardeó a Stalin con la exigencia de que realizara otro viaje a Cracovia para discutir la cuestión nacional y el problema de *Pravda*. Primero Krupskaya intentó atraer a Soso a Cracovia con el pretexto de salvarlo de la detención: «Saca a Vasiliev [Stalin] lo antes posible, de lo contrario no podremos salvarlo. Lo necesitamos aquí y la principal tarea que tenía que hacer ya la ha hecho». Stalin fue posponiendo el viaje con la excusa de su salud.

«A K. St.: Querido amigo», decía Krupskaya en una carta a Stalin de 9/22 de diciembre, utilizando por primera vez la abreviatura de su nuevo nombre, Koba Stalin. «Parece que no tienes planes de venir por aquí… Si es así, protestamos por

semejante decisión… Insistimos encarecidamente en que vengas a visitarnos aquí… independientemente de tu salud. Exigimos categóricamente tu presencia entre nosotros. No tienes derecho a actuar de otro modo». Stalin preparó su viaje, de nuevo en compañía de Lobova. Lenin y Krupskaya estaban encantados: «Esperamos que Vasia [Stalin] y Vera [Valentina] vengan pronto con los niños [los Seis de la Duma]».

El 15 de diciembre, la Duma tomó las vacaciones de Navidad[4]. Stalin y Valentina partieron para Cracovia[*], utilizando probablemente la vía más rápida, pero más peligrosa. En el tren que los conducía hacia el oeste iban dos pasajeros leyendo en voz alta un periódico nacionalista.

—¿Por qué leen ustedes esa basura? —les gritó Stalin. Valentina y él se apearon en una ciudad fronteriza de Polonia, en el límite entre Rusia y Austria, y se dispusieron a cruzar la raya a pie; como contrabandistas.

Sería el viaje al extranjero más largo de Stalin, que lo llevaría hasta Viena, verdadero cruce de civilizaciones, en vísperas del estallido de la Gran Guerra.

31

Viena 1913: El maravilloso georgiano, el pintor austriaco y el viejo emperador

Stalin no conocía a nadie en la pequeña ciudad fronteriza, pero era un experto en el arte de correr el albur. Anduvo caminando por las calles hasta que un zapatero polaco le preguntó:

—¿Eres forastero?

—Mi padre era zapatero en Georgia —respondió Soso, sabedor de que georgianos y polacos compartían las cadenas de la Prisión de Naciones que era el Imperio Ruso—. Tengo que cruzar la frontera.

El polaco se ofreció a llevarlo y no quiso cobrarle nada. Cuando contaba esta anécdota después de la Revolución, Stalin hacía una pausa «como si quisiera atisbar el pasado», y luego añadía:

—Me gustaría saber dónde está ahora ese hombre y qué ha sido de él. Es una lástima que olvidara su nombre y no poder seguirle la pista.

Como muchos de los que ayudaron a Stalin en su juventud, es posible que el zapatero deseara haber enterrado al georgiano aquel entre los bosques que separaban uno y otro imperio. Stalin nunca mencionó el hecho de que por aquel entonces tenía una compañera, Valentina Lobova.

Al otro lado de la frontera, en la Galicia polaca, Stalin estaba deseando llegar a casa de Lenin, pero «sentía un

hambre atroz». Entró en el restaurante de la estación de Trzebinia, donde no tardó en ponerse en ridículo. Llamó al camarero polaco en ruso. «El camarero iba y venía llevando montones de comida», pero pasaba por delante de Stalin sin hacerle caso, hasta que éste perdió la paciencia.

—¡Esto es escandaloso! ¡Han servido a todo el mundo menos a mí!

El polaco no le sirvió la sopa y Stalin tuvo que ponérsela él mismo. «Lleno de furia, tiré la bandeja al suelo, arrojé un rublo al camarero y salí dando un portazo». Cuando llegó a casa de los Lenin estaba muerto de hambre.

No nos habíamos saludado apenas cuando estallé:

—Lenin, dame algo de comer de una vez. Estoy desfallecido. Llevo sin probar bocado desde ayer por la noche.

—¿Por qué no comiste en Trzebinia? Hay un buen restaurante allí.

—Los polacos no me dieron nada de comer —respondió Soso.

—¡Qué insensato eres, Stalin! —replicó Lenin riendo—. ¿Acaso no sabes que los polacos consideran el ruso la lengua de la opresión[1]?

Lenin debió de encontrar muy extraño aquel despiste —o de aquel «chovinismo de gran ruso»— en su supuesto experto en «nacionalidades», pero Stalin adoptaría una hostilidad profundamente rusa ante cualquier forma de independencia polaca[*].

Los dos hombres supieron entenderse como no lo habían hecho nunca. «¡Con cuánta hospitalidad me acogieron!», recordaría Stalin ya en la vejez. «[Lenin] nunca me dejaba ir a ninguna parte, me convencía para que me quedara con su familia; desayunaba, almorzaba y cenaba con ellos. Sólo en dos ocasiones logré quebrantar las normas establecidas: avisé a Krupskaya de que iba a salir a cenar fuera y a visitar la parte vieja de Cracovia, donde había montones de cafés». El restaurante favorito de Stalin era el Hawelka, que todavía existe en la céntrica Plaza del Mercado. Cuando Stalin cenaba fuera, Lenin se preocupaba.

—Escucha, amigo, ya es la segunda vez que sales a cenar por ahí. ¿Es que no te tratamos bien?

—No, camarada, estoy encantado de todo, pero me siento incómodo viendo que vosotros os encargáis de todo.

—¡Pero eres nuestro huésped! —insistía Lenin— ¿Qué tal cenaste en el restaurante?

—La comida era buena, pero la cerveza era mejor.

—¡Ah, vaya, ahora comprendo! —replicó Lenin— Echas de menos tu cerveza. Bueno, pues ahora tendrás también tu cervecita en casa.

Y «pidió a su suegra que trajera dos o tres botellas de cerveza diarias para el huésped». Stalin se sintió de nuevo conmovido por la atención de los Lenin.

«Illich estaba muy nervioso por lo de *Pravda*», recuerda Krupskaya. En realidad Lenin estaba exasperado con los editoriales conciliatorios de Stalin. «Stalin también estaba nervioso. Estuvieron planeando la manera de arreglar las cosas». Lenin estaba angustiado por el doble problema que suponían la afirmación del control sobre *Pravda*, la creación de una política de nacionalidades y la promoción de su valioso seguidor incondicional. Necesitaba a un bolchevique experto en nacionalidades que no fuera ruso, y por supuesto que no fuera judío. Tres años antes, había ensalzado a Stalin declarando que era más experto en nacionalismos que Jordania. Tenía ante él una solución que podía permitirle matar dos pájaros de un tiro.

Lenin propuso que, en vez de regresar a San Petersburgo, Stalin se quedara allí a escribir un ensayo en el que esbozara la nueva política bolchevique sobre nacionalidades. Stalin aceptó.

En torno al 28 de diciembre de 1912, se reunieron con Lenin, Stalin y Zinoviev Malinovski y otros dos diputados de la Duma, la amiga de Stalin, Valentina Lobova, y una acaudalada pareja de bolcheviques que vivían en Viena,

Alexander y Elena Troyanovski, junto con la niñera letona de su hijo. «Koba no hablaba muy fuerte», sino «en un tono deliberadamente mesurado… con una lógica indiscutible», recuerda la niñera, Olga Veiland, que por entonces tenía diecinueve años. «A veces pasaba a la habitación de al lado, donde podía escuchar las intervenciones de todos paseando arriba y abajo».

Stalin seguía oponiéndose a Lenin, que ahora era respaldado a voz en grito por Malinovski: por razones sumamente dudosas Lenin y la Ojrana coincidían en su oposición a un tipo de reunificación de los socialdemócratas. De ese modo, la policía secreta ordenó a Malinovski que insistiera en imponer esa línea, mientras que Stalin seguía afirmando que podía convertir a unos cuantos mencheviques. Esperaba que Lenin viera que «más valía cooperar y posponer por algún tiempo la política de línea dura». Además, los Seis de la Duma necesitaban un verdadero líder; a él, por supuesto.

«Reina aquí un ambiente insufrible», decía en tono de desagrado Stalin en una carta remitida a San Petersburgo. «Todo el mundo está aquí horriblemente atareado, y tan atareado, maldita sea, [pero] mi situación no es en realidad demasiado mala». Y luego decía a su viejo amigo Kamenev en una carta casi de amor: «¡Te mando un beso de esquimales en la nariz! ¡Que me lleve el diablo! Te echo de menos. ¡Te lo juro como si fuera un perro! No hay nadie, absolutamente nadie con quien tener una conversación sincera, ¡maldita sea! ¿No podrías hacer lo que fuera para venirte aquí a Cracovia?».

Pero Stalin hizo un nuevo amigo en Cracovia: Malinovski. El violador convicto y traidor de la Ojrana, dos años mayor que él, cobraba por entonces de la policía secreta un generosos sueldo de 8000 rublos al año, más que el Director General de la Policía Imperial, que ganaba sólo 7000.

«Era un hombre vivaz, lleno de recursos, apuesto», recuerda Molotov, «y se parecía un poco a Tito». En adelante Stalin le escribiría cariñosamente, enviando recuerdos «a

Stefania y los chicos». Malinovski acusaba astutamente a otros bolcheviques de traidores para desviar la atención de él, pero la presión de aquella doble vida empezaba a empujarlo hacia la ruina.

En la última reunión celebrada el día de Fin de Año de 1912, Stalin cedió ante Lenin. «*Todas* las decisiones están siendo aprobadas *por unanimidad*», comunicaba Lenin lleno de entusiasmo a Kamenev. «¡Un éxito enorme!». Pero la retirada de Stalin distaba mucho de ser amarga. La reunión, como informaba Malinovski a sus patrones de la Ojrana, había restablecido la maquinaria bolchevique: un Departamento de Exterior (Lenin y Zinoviev, con Krupskaya como secretaria), junto con un Departamento Ruso, dominado por Stalin y Sverdlov, en aquellos momentos Redactor Jefe de *Pravda*, con Valentina Lobova como secretaria[*]. Stalin fue retirado de *Pravda*, pero salía reforzado como el principal bolchevique de Rusia (con un salario de 60 rublos al mes), con la prestigiosa misión de actuar como teórico del partido. Se dedicó a escribir largo y tendido sobre la cuestión de las nacionalidades, escuchando las sugerencias de Lenin. Finalmente envió su primer borrador a San Petersburgo.

Después, Lenin y los bolcheviques se fueron al teatro a celebrar el Año Nuevo, «pero la obra era muy mala», recuerda Olga Veiland. «Vladimir Illich salió a pasear con su mujer». Lenin, Stalin y los demás recibieron el nuevo año 1913 en el salón privado de un restaurante. Cuando era ya una anciana, Veiland declararía que Stalin había empezado a flirtear con ella. «Lenin parecía muy contento, haciendo bromas y riendo. Empezó a cantar e incluso se integró en los juegos que estábamos jugando[2]».

Poco después, Stalin llegó al piso de los Troyanovski en una Viena helada, cubierta de nieve. Lenin decía de ellos que eran «buena gente… ¡Tienen dinero!». Alexander Troyanovski era un aristócrata joven y apuesto, además de oficial del ejército: su participación en la guerra ruso-japonesa lo había

convertido al marxismo y por aquel entonces era el editor y socio capitalista de la revista *Prosveshchenie* («Ilustración»), que publicaría un ensayo de Soso. Hablaba alemán e inglés con fluidez, y vivía con su bella esposa Elena Rozmirovich, también de noble cuna, en un piso grande y confortable situado en la Schönbrunnerschloss Strasse, 30[*], el bulevar por el cual el emperador Francisco José pasaba cada día en coche para trasladarse desde su residencia en el palacio de Schönbrunn a su despacho en el Hofburg y viceversa.

El titular de la dinastía Habsburgo, con sus anticuadas patillas, cuyo reinado había comenzado en 1848, se desplazaba en una carroza dorada tirada por ocho caballos blancos, equipada de lacayos ataviados con uniformes ribeteados de blanco y negro y peluca blanca, y escoltada por soldados de caballería húngaros con pieles de pantera amarillas y negras sobre los hombros. Stalin no pudo dejar de contemplar aquella visión de magnificencia obsoleta, y no sería el único futuro dictador que la contemplara: la lista de los titanes del siglo XX concentrados en Viena aquel mes de enero de 1913 es digna de una obra de Tom Stoppard[**]. En un albergue para hombres sito en Meldemannstrasse, en Brigettenau, en un ambiente muy distinto de aquel, mucho más aristocrático, en el que se movía Stalin por entonces, vivía un joven austriaco, pintor frustrado, llamado Adolf Hitler, de sólo veintitrés años.

Soso y Adolf presenciaron uno de los típicos espectáculos de Viena. Kubizek, el mejor amigo de Hitler, recuerda: «A menudo veíamos al viejo emperador cuando se dirigía en su carroza desde Schönbrunn al Hofburg». Pero los dos futuros dictadores no sintieron la menor emoción ante semejante espectáculo, antes bien se mostraron bastante desdeñosos: Stalin nunca lo menciona y «Adolf no prestaba demasiada atención, pues no le interesaba el emperador, sino sólo el estado que representaba».

En Viena, tanto Hitler como Stalin estaban obsesionados, aunque de manera bien distinta, por la raza. En aquella ciudad

de cortesanos anticuados, intelectuales judíos y agitadores del populacho racistas, de hermosos cafés, cervecerías y palacios, sólo el 8,6 por ciento de la población eran realmente judíos, pero su influencia cultural, personificada en Freud, Mahler, Wittgenstein, Buber y Schnitzler, era mucho mayor. Hitler estaba formulando sus teorías *völkische* antisemitas de la supremacía racial que, luego, como Führer, impondría en su imperio europeo; mientras que Stalin, al tiempo que investigaba para escribir su artículo sobre las nacionalidades, daba forma a una nueva idea de imperio internacionalista con una autoridad central escondida detrás de una fachada autónoma, el prototipo de la Unión Soviética. Casi treinta años después, las estructuras ideológicas y estatales de ambos chocarían en el conflicto más salvaje de la historia de la humanidad.

Los judíos no tenían cabida en ninguna de esas dos visiones. A Hitler le repelían y le sacaban de sus casillas, pero provocaban irritación y confusión en Stalin, que arremetía contra su naturaleza «mística». Si para Hitler eran una raza que estaba de más, para Stalin no tenían lo suficiente para constituir una nación.

Los dos dictadores en ciernes compartieron un mismo pasatiempo vienés: a los dos les gustaba pasear por el parque que rodeaba la residencia de Francisco José, el palacio de Schönbrunn, situado cerca del domicilio de Stalin. Ni siquiera cuando se hicieron aliados en virtud del Pacto de Molotov-Ribbentrop de 1939, llegaron a conocerse personalmente. Es muy probable que aquellos paseos sean las ocasiones en que llegaron a estar más cerca uno de otro.

«Las pocas semanas que el camarada Stalin pasó con nosotros las dedicó por completo a la cuestión nacional», dice la niñera de los Troyanovski, Olga Veiland. «Implicaba en su labor a todos los que tenía alrededor. Unos analizaban para él a Otto Bauer, otros a Karl Kautski». A pesar de haberlo estudiado intermitentemente, Stalin no sabía leer en alemán, de modo que la niñera lo ayudaba, como haría otro joven

bolchevique al que conoció entonces: Nikolai Bujarin, un intelectual vivaracho, de chispeantes ojos y perilla. «Bujarin venía a nuestra casa cada día», dice Olga Veiland, «cuando Stalin estuvo viviendo allí». Mientras que Stalin, lleno de deseo, intentaba flirtear con la niñera, ésta prefería al ingenioso y vivaracho Bujarin. Además, la joven tenía que lavar las camisas y los calzoncillos de Stalin, labor que, diría en tono quejumbroso tras la muerte del dictador, resultaba un verdadero desafío.

Stalin y Bujarin se llevaban bien. Soso le escribiría desde el destierro, en el comienzo de una alianza que culminaría en un consorcio político a finales de los años veinte. Pero Soso llegaría a adorar de manera sofocante a Bujarin y en último término, a envidiarlo, cosa que resultaría fatal para él. La amistad que nació en Viena acabó con una bala en la cabeza de Bujarin.

«Estaba yo sentado a la mesa al lado del samovar en casa de Skobelev… en la antigua capital de los Habsburgo», comenta Trotski, que también vivía en Viena, «cuando de pronto se abrió la puerta, a la que previamente habían llamado, y entró un desconocido. Era bajo… delgado… su piel de un color pardo grisáceo mostraba marcas de viruela… no vi nada en sus ojos que recordara a la amabilidad». Era Stalin, que «se detuvo ante el samovar y se preparó una taza de té. Luego, tan silenciosamente como había llegado, salió, dejando en mí una impresión deprimente, pero insólita. O quizá sea que los acontecimientos posteriores arrojan una sombra sobre nuestro primer encuentro».

Stalin ya despreciaba a Trotski, al que había llamado «escandaloso campeón de mentira con músculos postizos». Nunca cambió de opinión. Trotski, por su parte, se estremeció al ver los ojos amarillos de Stalin: «Resplandecían de malicia».

La permanencia de Stalin en casa de Troyanovski supuso toda una revelación: fue su primera y última experiencia de la

vida civilizada de Europa, según él mismo reconocería. Vivía en una habitación que daba a la calle y «trabajaba allí días enteros». Al anochecer solía ir a pasear con Troyanovski por los alrededores del parque de Schönbrunn. Durante la cena, a veces hablaba de su pasado, recordando a Lado Ketskhoveli y el modo en que había sido fusilado en la cárcel. Sus formas eran habitualmente secas. «¡Hola, amigo mío!», escribía a Malinovski, que se hallaba de vuelta en San Petersburgo. «Por ahora estoy viviendo en Viena y me dedico a escribir algunas tonterías. Hasta pronto». Pero sus modales fueron mejorando. «Tímido y solitario al principio», dice Olga Veiland, «fue volviéndose más relajado y divertido». No se sentía incómodo con el estilo amable de Troyanovski. Por el contrario, siguió sintiendo apego por él toda su vida.

«La cuestión de la nacionalidad era nuestro único tema de conversación», dice Olga Veiland. La pequeña Galina Troyanovskaya era una niña vivaracha que se llevaba bien con Stalin. «Le encantaba estar en compañía de los adultos», y Soso jugaba con ella, prometiéndole que iba a traerle «montañas de chocolate verde del Cáucaso». Soso «solía soltar sonoras risotadas» cuando la pequeña decía que no le creía. Pero a menudo Galina también le tomaba el pelo: «¡Siempre estás hablando de naciones!», protestaba la pequeña. Stalin le compraba golosinas en el parque de Schönbrunn. Una vez se apostó con la madre de la niña que si la llamaban los dos a la vez, se iría con él por las golosinas. No dudaron en poner a prueba la teoría: Galina se fue corriendo hacia Soso, confirmando la cínica visión que éste tenía de la naturaleza humana[*].

Stalin pidió entonces a Malinovski que le devolviera el primer borrador de su artículo para revisarlo, añadiendo la siguiente nota: «Dime 1. ¿Cómo va *Pravda*? 2. ¿Cómo va vuestro grupo parlamentario? 3. ¿Qué tal le va al grupo?… Recuerdos. Vasili». Volvió a escribir el artículo por completo antes de abandonar Viena para siempre[**].

Lenin lo esperaba en Cracovia; la traición lo acechaba en San Petersburgo[3].

32

El baile del agente de la policía secreta: Traición y travestismo

—Regresé a Cracovia para enseñárselo a Lenin —contaba Stalin—. Dos días después, Lenin me invitó a su casa y vi que el manuscrito estaba abierto encima de su escritorio. Me pidió que me sentara a su lado.

Lenin estaba impresionado.

—¿Eres tú realmente el que ha escrito esto? —preguntó a Stalin con un tono ligeramente paternalista.

—Sí, camarada Lenin, lo he escrito yo. ¿Me he equivocado en algo?

—¡No, todo lo contrario, es realmente espléndido!

Lenin estaba dispuesto a publicar el artículo como política a seguir.

—¡El artículo es *buenísimo*! —comentó a Kamenev—. ¡Es un tema muy controvertido y no cederemos ni un milímetro en nuestra oposición bien fundamentada a esa basura bundista!

En una carta a Gorki elogiaba a Stalin tratándolo de su «maravilloso georgiano».

Soso publicó el artículo en marzo de 1913 bajo su nuevo pseudónimo «K. Stalin», siendo ésta la segunda vez que lo utilizaba. Desde 1910 había ido evolucionando, firmando sus artículos primero como «K. St.», luego «K. Safin» y más tarde «K. Solin».

La vida conspirativa requería una multitud de alias, a menudo escogidos al azar. Puede que Ulianov adoptara el nombre «Lenin» a partir del río siberiano Lena, pero en total utilizó 160 alias distintos. Siguió usando «Lenin» porque fue el que empleó para firmar el artículo *¿Qué hacer?*, que lo hizo famoso. Análogamente Soso utilizó «Stalin» cuando publicó el artículo sobre las nacionalidades que le dio notoriedad, y esa fue una de las razones de que cuajara. Si no hubiera tenido un carácter tan melodramático y pagado de sí mismo, habría sido conocido por la historia como «Vasiliev» o «Ivanovich».

El otro atractivo que tenía el nombre era su vago parecido con el del propio «Lenin», pero Stalin fabricaba sus alias también a partir de los nombres de sus mujeres: la idea de que su novia Ludmilla Stal le inspirara éste resulta bastante plausible. Él no lo habría admitido nunca. «Fueron mis camaradas los que me dieron el nombre», dijo a regañadientes a un entrevistador. «Pensaron que me iba bien». Molotov sabía que no era verdad, y por eso dijo: «Así es como se llamaba a sí mismo». Pero este durísimo «nombre de trabajo», que significa «Hombre de Acero», encajaba con su carácter; y era el símbolo de todo lo que debía ser un bolchevique[*].

El nombre era ruso, aunque él nunca dejó de ser caucasiano, combinando el georgiano «Koba» con el eslavo «Stalin» (aunque sus amigos siguieran llamándolo Soso). En adelante adoptaría lo que el historiador Robert Service llama una «personalidad binacional». A partir de 1917, sería cuadrinacional: georgiano por nacionalidad, ruso por lealtad, internacionalista por ideología, y soviético por ciudadanía.

Stalin empezó siendo una firma, y acabó convirtiéndose en un imperio y una religión. Cuando era dictador, regañaba a su irresponsable hijo Vasili por aprovecharse de su apellido diciendo:

—¡Ni tú eres Stalin ni yo soy Stalin! ¡Stalin *es* el poderío soviético!

A mediados de febrero de 1913, el recién bautizado «Koba Stalin» estaba de regreso en San Petersburgo, donde los bolcheviques, traicionados una y otra vez por Malinovski, estaban todos en busca y captura[1].

«Es una verdadera bacanal de detenciones, registros y redadas», comunicaba Stalin a los Troyanovski en una carta abierta por la Ojrana. Añadía que no había olvidado la promesa que había hecho a la pequeña Galina. «Os mandaré el chocolate para Galochka».

Stalin, revestido ahora de poder por Lenin, pero acorralado por la vigorosa actividad de la Ojrana, ni siquiera intentó esconderse. Se alojaba en la calle Shpalernaya, en el centro de la ciudad, en el piso de los diputados de la Duma Badaev y Samoilov, asistiendo a reuniones celebradas en la casa de otro diputado, Petrovski. En otra carta se lamenta: «No hay gente competente. Yo no puedo dar abasto a todo».

Su primer desafío fue defender a su estrella parlamentaria, Malinovski, de una sorprendente acusación. Un artículo identificaba a Malinovski como espía de la Ojrana. Como el artículo llevaba la firma «Ts», los bolcheviques creyeron que el difamador era un menchevique, Martov (cuyo verdadero nombre era Tsederbaum) o su cuñado Fiodor Dan. «El bolchevique Vasiliev [Stalin] se presentó en mi piso (lo llaman “Ioska Koriavyi” [Pepe Viruela]) intentando acallar los rumores acerca de Malinovski», decía Fiodor Dan. Pepe Viruela advirtió a la mujer de Dan, Lidia, que si los mencheviques intentaban cubrir de mierda a Malinovski, ella lo iba a lamentar.

Sin embargo, gracias a Malinovski, todos y cada uno de los pasos que daba Stalin eran controlados por el propio Director General de la Policía Imperial. El 10 de febrero, fue arrestado Sverdlov, delatado por Malinovski. Entonces Stalin decidió nombrar editor de *Pravda* a su camarada de Bakú, Shaumian, pero Malinovski convenció a Lenin de que el armenio iba a ser demasiado conciliador, como el propio

Stalin. Lenin apoyó al candidato de Malinovski, Chernomazov, que, como Stalin había adivinado ya allá en Bakú, era otro agente doble de la Ojrana.

En febrero de 1913, Malinovski había traicionado a todo el Comité Central de Rusia excepto a Stalin y a Petrovski, personaje por lo demás completamente inútil. La Ojrana estaba dispuesta a impedir cualquier reunificación de los socialdemócratas: Stalin el Conciliador era el próximo de la lista.

El sábado 23 de febrero por la noche, los simpatizantes de los bolcheviques celebraron un concierto y un baile de disfraces con el fin de recaudar fondos en la sala de la Bolsa Kalashnikov, un escenario muy poco habitual para Stalin. Pero las hijas de los Alliluyev tenían muchas ganas de ir. Stalin y su profesor particular de matemáticas, Kavtaradze, hablaron de la eventualidad de asistir.

Aquella tarde, Stalin visitó a Malinovski. El agente doble le pidió que fuera al baile. Stalin —como él mismo contaría luego a Tatiana Slavatinskaya— se negó diciendo que «no estaba de humor y que no tenía la ropa adecuada. Pero Malinovski siguió insistiendo», tranquilizándolo incluso en lo concerniente a la seguridad. El astuto traidor puso su elegante guardarropa a disposición de Stalin, sacando un cuello duro, una camisa de gala y una corbata de seda que ató al cuello de Soso.

Malinovski llegaba casi directamente de una reunión con su superior de la Ojrana, Beletski, el Director General de la Policía Imperial, y es muy probable que hubiera prometido que iba a entregarle a Stalin.

«Vasili [Stalin] y yo fuimos al baile», escribía su amante, Tatiana Slavatinskaya, «y la fiesta estuvo muy bien». Stalin, con su corbata de colores, estaba sentado a una mesa con los diputados bolcheviques de la Duma. «Realmente me sorprendió mucho ver… a nuestro querido chico georgiano… en una fiesta tan concurrida», informaría luego a Lenin

Demian Bedny, un bardo proletario que durante los años veinte sería uno de los cortesanos más próximos a Stalin. «Era verdaderamente una imprudencia presentarse allí. ¿Fue obra del diablo o lo invitó algún insensato? Le dije: “No vas a poder escapar”». Bedny se olía que entre ellos había algún traidor.

Aproximadamente a media noche, unos agentes de la Ojrana vestidos de paisano, con el apoyo de los gendarmes, tomaron posiciones en la trasera de la sala de conciertos, donde los asistentes estaban sentados a las mesas. «Stalin estaba de hecho hablando con el propio Malinovski», señalaba Tatiana, cuando «se dio cuenta de que lo seguían».

Los detectives se acercaron a la mesa de Stalin y le preguntaron su nombre. Negó ser Djugashvili. Sus camaradas se levantaron y lo rodearon intentando que se escondiera disimuladamente detrás del escenario. «Se metió en los camerinos de los artistas», dice Slavatinskaya, «y les pidió que fueran a buscarme». Una vez más, Soso recurrió al truco de disfrazarse de mujer, pero tuvo tiempo de contarle a Tatiana que había «visitado a Malinovski en su casa antes de la fiesta y que lo habían seguido desde allí». Le maquillaron la cara y le pusieron un vestido largo. Cuando salía de los camerinos un agente de la secreta se fijó en sus grandes zapatos (y seguramente en su bigote). El policía «lo agarró dando un grito»:

—¡Djugashvili, por fin te hemos pillado!

—Yo no soy Djugashvili, me llamo Ivanov —replicó Stalin.

—¡Cuéntale esos cuentos a tu abuela!

Se había acabado todo.

«Dos agentes de paisano le pidieron que los acompañara. Todo se hizo sigilosamente. El baile continuó como si tal cosa». Malinovski se fue corriendo «tras el camarada Stalin

“protestando” por su detención y prometiendo que iba a tomar medidas para que lo liberaran…».

Lenin escribió ingenuamente al traidor para «discutir la manera de impedir nuevas detenciones». Lenin y Krupskaya insistieron llenos de indignación en que había que «proteger bien» a «Vasili» (Stalin). Era demasiado tarde. «¿Por qué no hay noticias de Vasili? ¿Qué le ha pasado? Estamos preocupados».

La detención de Stalin fue considerada un éxito lo bastante grande como para que Beletski, el Director General de la Policía, informara personalmente al Ministro del Interior, Maklakov, que el 7 de junio de 1913 confirmó la recomendación del Comité Especial: I. V. Djugashvili fue condenado a cuatro años de confinamiento en Turukhansk, un oscuro reino siberiano de penumbras heladas, olvidado de la civilización[2].

Cuarta parte

Sobre esta tierra, como un fantasma
vagaba de puerta en puerta;
en sus manos llevaba un laúd
y dulcemente lo tañía;
en sus soñadoras melodías,
como un haz de luz,
puedes sentir la propia verdad
y el amor celestial.
La voz hizo que a muchos hombres volviera a latirles el corazón
que se les había convertido en piedra.
A muchos hombres iluminó la mente,
que se había sumido en la más profunda oscuridad.
Pero en vez de gloria,
siempre que pulsaba el arpa,
la chusma ponía ante el proscrito
una vasija llena de veneno…
y le decía: «¡Bébelo, maldito!
¡ésa es la suerte que se te ha asignado!
¡no queremos tu verdad
ni esas celestes melodías tuyas!».

SOSELO
(IOSIV STALIN)

33

«Querida, estoy en una situación desesperada»

El vapor que a mediados de junio de 1913 condujo lentamente a Stalin a su destino desde Krasnoyarsk remontando el río Yenisei le reveló una Siberia de una lejanía inconcebible y una vastedad brutal. Su meta, Turukhansk, era más grande que Gran Bretaña, Francia y Alemania juntas, aunque sólo tenía doce mil habitantes.

El Yenisei discurría entre estrechos valles de elevadas terrazas hasta que se ensanchaba tanto que la vista de Soso se perdía en su brillante superficie lisa sin divisar tierra alguna. La taiga siberiana era montañosa y estaba poblada de densos bosques de alerces que trepaban hasta las atalayas lisas cubiertas de tundra alpina. Era verde y frondosa en verano, pero rigurosa y de una blancura glacial en invierno, estación que duraba nueve meses al año, con temperaturas de hasta 60° bajo cero. Entre las aldeas habitadas por campesinos y convictos, los colosales espacios vacíos aparecían salpicados de vez en cuando por las tiendas y los renos de las tribus nómadas de los tunguses y los ostyak, de religión chamanística.

El juego de la fuga, la captura y la consiguiente fuga se había acabado. Aquello era, como dice Robert Service, «una isla del Diablo circundada de tierra». Aunque Stalin todavía no se diera cuenta, esta vez la autocracia iba en serio. Desde San Petersburgo había tardado una semana en llegar a la capital de la región, Krasnoyarsk, desde donde había sido despachado al norte, a Turukhansk. Aquel sería el hogar de Stalin durante

cuatro años, pero entraría en su corazón para no abandonarlo jamás.

Tras un viaje de veintiséis días, el 10 de agosto desembarcó en la aldea de Monastyrskoe[*], la «capital» de la provincia de Turukhansk. «Como ves estoy en Turukhansk», escribía a Zinoviev (y Lenin) en Cracovia. «¿Recibiste la carta que te envié por el camino? He caído enfermo. Tengo que recuperarme. Envíame algún dinero». Estaba ya preparando la fuga: «Si necesitáis mi ayuda, hacédmelo saber y vendré inmediatamente».

Lenin necesitaba efectivamente su ayuda. El 27 de julio celebró una reunión del Comité Central en la que ordenó que se ayudara a Stalin y a Sverdlov a fugarse de su lugar de confinamiento. Se mandaron sesenta rublos a cada uno, pero una vez más Malinovski comunicó los planes a la Ojrana, que telegrafió al jefe de policía de Turukhansk, Ivan Kibirov, advirtiéndole de que Stalin era un maestro en el arte de la fuga. Los agentes destinados a aquellos lugares sufrían también un verdadero destierro: Kibirov, de origen osetio, había sido expulsado de la policía de Bakú y destinado a Turukhansk por cometer faltas por lo demás desconocidas. Quizá debido a sus orígenes osetios, favoreció a Stalin.

Soso recibió la orden de alojarse en Miroedikha, un poblado situado al sur, donde enseguida se hizo notar. Aquel verano se había ahogado en el río un confinado llamado Innokenti Dubrovinski, dejando una biblioteca impresionante. El protocolo vigente entre los confinados preveía que todos compartieran la biblioteca del difunto, pero, como era típico en él, Stalin se «incautó» de los libros, se negó a compartirlos con nadie y empezó a leerlos con auténtica voracidad. La vida de los desterrados giraba en torno a este tipo de pequeñas rencillas, que Stalin era todo un experto en provocar. Los demás confinados se sintieron ofendidos: se quejaron y le hicieron el vacío. El bolchevique Philip Zakharov se enfrentó al ladrón de libros, pero Stalin trató a su impertinente visitante

«como un general zarista que recibiera a un recluta que hubiera tenido la insolencia de presentarse ante él con una petición». Stalin se comportaba como el *khoziain*, el amo, mucho antes de ser dictador de Rusia; en realidad había estado haciendo lo mismo desde la infancia.

Al cabo de sólo dos semanas, tuvo que ser trasladado (sin duda con su nueva biblioteca) a otro poblado, Kostino. Allí encontró a otros cuatro desterrados y, como buen pedagogo frustrado, se dedicó a enseñar a leer a dos delincuentes georgianos. Al poco tiempo se enteró de que su antiguo compañero de cuarto, Sverdlov, estaba en la vecina aldea de Selivanikha[1].

En torno al 20 de septiembre, Stalin fue a visitar a Sverdlov, que vivía en una casa de baños rural. Mientras estuvieron juntos en aquella *banya* reconvertida, se dedicaron a soñar con la fuga. «Acabo de despedirme de "Vaska" [Stalin], al que he tenido aquí de huésped durante una semana», decía Sverdlov en una carta a Malinovski, el último líder bolchevique que seguía en libertad en Rusia. «Si tienes dinero para mí o para "Vaska" (debían de haberles mandado alguno), envíalo… La semana pasada escribimos pidiendo periódicos y revistas. Haz lo que puedas». Desde luego Malinovski estaba haciendo lo que podía para traicionar a aquellos dos pobres optimistas que soñaban con la evasión.

El 1 de octubre, Lenin y el Comité Central, como reacción a la oferta de Stalin a Zinoviev, propusieron de nuevo acelerar su evasión y la de Sverdlov, asignando al proyecto cien rublos. Al cabo de diecinueve días, Stalin había «recibido una oferta de un camarada de San Petersburgo para que se fugara a la capital». Stalin y Sverdlov se prepararon para aquella evasión tan peligrosa, gastando todo su dinero y su crédito. El gerente de la compañía canadiense Revelion, dedicada al comercio de pieles, que era bolchevique, les proporcionó harina, azúcar, té y tabaco; el médico de la localidad les regaló medicinas; y otros les suministraron pasaportes falsos.

El «maestro en el arte de la fuga» estaba casi listo, pero en aquellos momentos el invierno empezaba a caer sobre la taiga. Aquellas condiciones eran más duras y más desoladas que cualquier clima conocido hasta entonces por el georgiano. Stalin no tardó en verse en la situación más deprimente de su existencia. La vida cotidiana en Turukhansk era una continua lucha. Si la mayor parte de los destierros zaristas eran como unas vacaciones, Turukhansk era una muerte lenta: muchos confinados morían allí víctimas de los rigores del clima. A primeros de noviembre estaban a 33° bajo cero, camino de los –50°. La saliva se le congelaba en los labios y el aliento se cristalizaba. Además, el frío hacía que la vida resultara mucho más cara. Soso recurrió a su novia Tatiana Slavatinskaya. Resulta evidente el pánico que lo dominaba:

> Tatiana Alexandrovna, me da bastante vergüenza escribirte esto, pero no tengo más alternativa. ¡Mi necesidad es apremiante! No tengo ni un *kopek*. Todas mis provisiones se han agotado. Tenía algún dinero, pero todo lo he gastado en ropas de abrigo, zapatos y víveres, que son muy caros aquí… ¡Por Dios, no sé lo que va a ser de mí! ¿Podrías recurrir a los amigos y reunir treinta rublos? Quizá más adelante un poco más. Sería mi salvación y cuanto antes lo hagas mejor, pues el invierno se nos ha echado encima (ayer estábamos a 33° bajo cero)… Espero que puedas hacerme este favor. Así que, querida, empieza a moverte. De lo contrario, «el Caucasiano de la sala de la Bolsa de Kalashnikov» va a morirse…

Tatiana no sólo le envió su ropa vieja, sino que también le compró ropa interior de invierno. Cuando llegó el paquete, Soso estaba entusiasmado: «Mi queridísima Tatiana, he recibido tu envío. Pero no te pedía ropa nueva, sólo la vieja, y sin embargo tú te has gastado dinero en comprarme otra nueva. Queridísima mía, me da vergüenza porque tú andas escasa de dinero, y yo no sé cómo agradecértelo». Incluso una vez recibida la ropa nueva, Stalin seguía suplicando a Tatiana que le mandara dinero: «Querida, mi necesidad es más urgente cada hora que pasa. Estoy en una situación desesperada. Por si fuera poco, me he puesto malo, con tos en los pulmones. Necesito leche, dinero, y no tengo nada. Querida, si encuentras dinero, mándamelo inmediatamente. Resulta insoportable seguir esperando…”.

Debió de dedicarse a mandar cartas a todos sus amigos, en especial a Malinovski, precisamente el hombre que lo había mandado a Siberia:

> Hola, amigo mío
>
> Me resulta un poco incómodo escribirte, pero la necesidad me obliga. Nunca he pasado por una situación tan terrible. Todo mi dinero se ha esfumado, he cogido una tos muy mala al tiempo que las temperaturas siguen bajando (–37°), con un deterioro general de mi salud; y no tengo provisiones, ni pan ni azúcar, ni carne ni queroseno. Todo mi dinero se ha ido en víveres, ropa y calzado… Necesito leche, necesito leña, pero sobre todo… dinero. Estoy sin un céntimo, amigo. No sé cómo voy a pasar el invierno… No tengo ni familiares ni amigos ricos, ni tengo a nadie a quien pedirle, por eso recurro a ti…

Stalin sugería a Malinovski que recurriera al menchevique Karlo Chkheidze, al que tantos disgustos había dado él en Batumi, «no sólo por ser compatriota mío, sino como líder del grupo parlamentario. No quiero morirme aquí sin ni siquiera escribirte una carta. El asunto es urgente, pues la espera significa morir de hambre, dado que me encuentro ya débil y enfermo». Había recibido «cuarenta y cuatro rublos del extranjero», de Berna, Suiza; y nada más. Intentó conseguir dinero por otros medios. Zinoviev afirmaba que estaban publicando su ensayo sobre las nacionalidades en forma de panfleto:

> Por consiguiente espero (tengo derecho a esperar) cobrar unos honorarios (el dinero es el aire de la vida en este malhadado lugar, donde no hay nada más que pescado). Espero que si sucede así, te pongas en mi lugar y cobres mis honorarios… Te mando un abrazo, maldita sea mi suerte… ¿Voy a tener que seguir vegetando aquí otros cuatro años?
>
> IOSIV

Malinovski le contestó utilizando un lenguaje cifrado claro como el agua: «Querido hermano, voy a vender el caballo: he pedido cien rublos por él».

Sin embargo, cuando llegó la provisión de cien rublos para la evasión, fue Sverdlov el que la recibió. Stalin se sintió ofendido: ¿Es que sólo querían ver fuera a Sverdlov y no a él? Pero las cosas mejoraron un poco. Zinoviev le contestó diciendo que estaban publicando su panfleto. Recibió veinticinco rublos de Badaev, el diputado de la Duma, pero

necesitaba más. Debió de escribir a Georgia, a su madre y a los Svanidze, pues recibió un paquete de Tiflis, y recurrió también a los Alliluyev.

Los libros y el dinero que había pedido a Zinoviev no llegaban. Stalin se hallaba una vez más desesperado: «Escribiste diciendo que ibas a mandar la "deuda" en pequeños plazos. Mándala lo antes posible, por pequeños que sean los plazos. Estoy terriblemente necesitado de dinero. No estaría tan mal si no fuera por mi maldita enfermedad, para la cual hace falta dinero… Aguardo con impaciencia».

Stalin estaba escribiendo otro artículo titulado «Autonomía nacionalcultural», que envió, a través de Sergei Alliluyev, a Troyanovski para su revista *Prosveshchenie*. Pero cada vez estaba más enfadado con Zinoviev, como podemos comprobar por una carta de 11 de enero de 1914, en la que habla de sí mismo en tercera persona: «¿Por qué guardas silencio, amigo? No he recibido una carta tuya desde hace tres meses. Stalin… esperaba cobrar los honorarios correspondientes, y así no tendría que pedir dinero a nadie nunca más. Creo que tiene derecho a esperar que así sea». Stalin no olvidaría nunca el trato recibido por parte de Zinoviev, orador grandilocuente y judío arrogante en el exilio, rasgos ambos que consideraba despreciables.

En enero de 1914, después de seis meses de ansiedad y lucha, empezó a llegar dinero; el jefe de policía, Kibirov, comunicaba a sus superiores que Stalin había recibido cincuenta rublos de San Petersburgo, diez rublos de Sashiko (Svanidze) Monoselidze desde Tiflis, veinticinco de Badaev, y otros cincuenta y cinco de San Petersburgo, casi lo suficiente para las «botas» de una fuga.

El Director General de la Policía Imperial, Beletski, se enteró (probablemente por Malinovski) de que la evasión era inminente. Telegrafió a Turukhansk diciendo que Stalin y Sverdlov habían recibido otros cincuenta rublos cada uno «para organizar su fuga». Un confidente local de la Ojrana

confirmaba que «Djugashvili y Sverdlov están pensando en fugarse… en el primer vapor que baje por el Yenisei este verano». Beletski ordenó: «¡Tómense todas las medidas para impedirlo!». La Ojrana decidió «instalar a Djugashvili y a Sverdlov en una aldea situada más al norte, donde no haya más confinados, y destinar a dos inspectores encargados especialmente de vigilarlos».

Era una noticia funesta. «Djugashvili y yo vamos a ser trasladados 180 verstas más al norte, a 80 verstas al norte del Círculo Polar Ártico», contaba un Sverdlov alicaído a su hermana Sara. «Nos han cortado incluso el acceso a la estafeta de correos. El correo llega sólo una vez al mes a pie y de hecho únicamente ocho o nueve veces al año… El nombre de la aldea es Kureika».

Stalin iba a ser trasladado a los mismísimos confines del Círculo Polar Ártico[2][*].

34

1914: Comedia sexual en el Ártico

Si Stalin decía de Kostino que era un «lugar malhadado», Kureika era un infierno helado, el tipo de sitio en el que un hombre podía creerse olvidado de todos e incluso perder la cordura; la desolada incomunicación y el aislamiento forzoso de aquel lugar acompañarían a Stalin durante toda su vida. En marzo de 1914, Sverdlov y Soso fueron trasladados al norte por dos gendarmes armados, Laletin y Popov, dedicados exclusivamente de su vigilancia, en una carreta tirada por un caballo.

Cuando llegaron a su destino, descubrieron que Kureika casi ni merecía el nombre de poblado, y que aparentemente todos sus habitantes estaban emparentados. Sesenta y siete aldeanos, treinta y ocho hombres y veintinueve mujeres, vivían apiñados en sólo ocho isbas o cabañas de madera desvencijadas, más parecidas a chozas que a verdaderas casas. La mayor parte de los habitantes de aquella aldea marcada por la consanguinidad pertenecían a tres familias: los Taraseev, los Saltykov, y los siete huérfanos Pereprygin[1].

«Un lunes, estaba yo calentando agua para la colada», contaba Anfisa Taraseeva[*], «cuando vi entrar a un hombre de espesa cabellera y barba oscura con un cajón pequeño y unas cuantas mantas anudadas. “Hola, *khozaiaika* [ama de casa], vengo a quedarme a vivir aquí”, dijo. Depositó en el suelo su equipaje como si siempre hubiera vivido con nosotros. Se puso a jugar con los niños y… cuando regresaron los hombres comentó: “Soy de San Petersburgo. Me llamo Iosiv Djugashvili”».

Stalin y Sverdlov se instalaron en la isba de Alexei y Anfisa Taraseev. Al principio todo marchó a pedir de boca. Los desterrados se llevaban bien con Taraseev, que se mostró de acuerdo en aceptar los envíos de dinero que les mandaran. Seguía haciendo frío, pero el hielo había empezado a derretirse. La vida en Kureika venía regida por el clima: cuando el río Yenisei se congelaba, los habitantes de la comarca viajaban por el agua helada en trineos tirados por renos y perros. Luego estaba la «temporada de los caminos malos», cuando los caminos estaban tan embarrados que resultaban intransitables. En mayo, los barcos a vapor empezaban a navegar por el Yenisei durante unos pocos meses; entonces las gentes del lugar se trasladaban en barca río abajo arrastrados desde la orilla por un tiro de perros. Hasta que volvían los hielos.

Sólo los renos, los zorros polares, y los indígenas de la tribu de los tunguses podían funcionar realmente en pleno invierno. Todo el mundo tenía que vestirse con pieles de reno. La joven Lidia Pereprygina, de trece años, una de las componentes de la familia de huérfanos, se dio cuenta de que Stalin iba muy poco abrigado, sin más ropa que un abrigo ligero. Al poco tiempo podría vérsele llevando el equipo completo desde el gorro hasta las botas de piel de reno.

«En el nuevo destino, resulta mucho más difícil encontrar dónde instalarse», escribía Sverdlov el 22 de marzo. «Es tan malo que ni siquiera tengo una habitación para mí solo». Los dos bolcheviques mantuvieron al principio una relación bastante amistosa: «Lo compartimos todo. Mi viejo amigo, el georgiano Djugashvili, está aquí conmigo; nos conocimos con anterioridad en otros destierros. Es buen chico, pero» —al cabo de apenas diez días juntos ya había un gran pero— «es demasiado individualista[*] en la vida cotidiana».

Lo peor era que los Taraseev tenían una cuadrilla de hijos que no paraban de hacer ruido. «Nuestra habitación está pegada a la de nuestros caseros», se quejaba Sverdlov en una

carta, «y no tenemos entradas separadas. Los niños andan todo el día alrededor molestándonos». Pero Sverdlov estaba también furioso con los silenciosos tunguses, que visitaban de vez en cuando a los confinados. Vestidos de pies a cabeza con pieles de reno, los tunguses pasarían a formar parte de la vida cotidiana de Stalin. Eran un pueblo de rudos pescadores y pastores nómadas, de rasgos orientales, que vivían en armonía con sus renos y cuya religión era una mezcla de cristianismo ortodoxo primitivo y de animismo antiguo, interpretado por los chamanes. De hecho el término «chamán» es una palabra tungús.

Los tunguses «se sentaban y se quedaban callados media hora para luego levantarse y decir: “Adiós, tenemos que irnos”. Se presentan a pasar la velada, que es precisamente la mejor hora para estudiar», se lamentaba Sverdlov. Pero Stalin entabló amistad con aquellos hombres, tan lacónicos como él.

Las tensiones no las provocaban los niños ni las tareas domésticas. Al vengativo Stalin, siempre tan quisquilloso, le sacaba de quicio el dinero que recibía Sverdlov, pero no él, para pagar su evasión. A los pocos días de su llegada, ni habían llegado los cien rublos prometidos por Malinovski ni los honorarios ni los libros de Zinoviev. ¿Es que aquello significaba una falta de respeto de Zinoviev? ¿Estaba engañándole Sverdlov?

El georgiano y el judío, los dos puntales perdidos del partido bolchevique dentro del Imperio Ruso, cautivos en aquella aldeúcha de ocho casas a varios husos horarios de distancia de Europa, no tardarían en encontrarse inaguantables uno a otro. En un extremo de la minúscula habitación oscura que compartían, Sverdlov garabateaba sus cartas hablando del egoísmo de su compañero, mientras que en el otro, Stalin, ciego de cólera y de maledicencia, escribía a Malinovski exigiéndole que se enterara de lo que había pasado con los cien rublos.

> Hace cinco meses recibí una invitación de un camarada de San Petersburgo para que fuera allí a buscar el dinero para el viaje. Respondí hace cuatro meses, pero

> no he tenido contestación. ¿Puedes explicarme el malentendido? Luego, hace tres meses, recibí una postal de Kostya [el propio Malinovski, que se ofrecía a «vender el caballo… por cien rublos”]. No lo entendí y desde luego no he recibido los cien rublos. El caso es que el camarada Andrei [el alias de Sverdlov] ha recibido esa suma de dinero… pero supongo que es sólo para él. Desde entonces no he tenido carta de Kostya. No he recibido nada de mi hermana Nadia [Krupskaya] en cuatro meses.

Stalin llegaba a la conclusión de que habían «preferido» ayudar a fugarse «a otro hombre», a Sverdlov. «¿Tengo razón o no, hermano? Te pido, querido amigo, que me des una respuesta clara y concreta, pues me gusta claridad como supongo que también te gusta a ti»[2].

No había hombres a quienes la claridad gustara menos que a Stalin y a Malinovski, expertos ambos en la conspiración y el disimulo. Pero mientras que el primero se reconcomía en la soledad y la frustración, el mundo del segundo estaba viniéndose abajo por completo. Había buenos motivos para que Malinovski no hubiera vendido «el caballo» ni hubiera respondido a las cartas de Stalin. El «querido amigo Roman» de Soso era en aquellos momentos un agente doble «histérico» y alcoholizado que en vez de té tenía vodka en la tetera,… y que estaba al borde del colapso nervioso. Por último, el nuevo Ministro del Interior y Director General de la Policía despidió a Malinovski, que presentó su dimisión como diputado de la Duma el 8 de mayo de 1914. El caso Malinovski explotó públicamente en la cara del gobierno y de la policía.

Los defensores acérrimos de Malinovski dentro del partido habían sido Lenin… y Stalin. «Lenin debía de saberlo», diría más tarde Malinovski, pero se equivocaba. Lenin no quiso creer la verdad. Sopesó, eso sí, el prestigio ganado por Malinovski en la Duma y la ayuda prestada en la derrota (o la eliminación) de los Conciliadores (incluido Stalin) y llegó a la conclusión de que «si es un provocador, la policía secreta ha ganado con él menos de lo que ha ganado el partido»[*].

Fotografías

1917-1918



Stalin y Lenin pasaron la primavera de 1917 trabajando en el cuartel general de los bolcheviques, el palacio modernista de la famosa bailarina y amante de los Románov Matilde Kseshinskaya, desde donde Lenin dirigió una alocución a la multitud en el mes de abril. *Lenin dirigiéndose a las masas desde el palacio Kseshinskaya en San Petersburgo, julio de 1917. Colección de David King.*

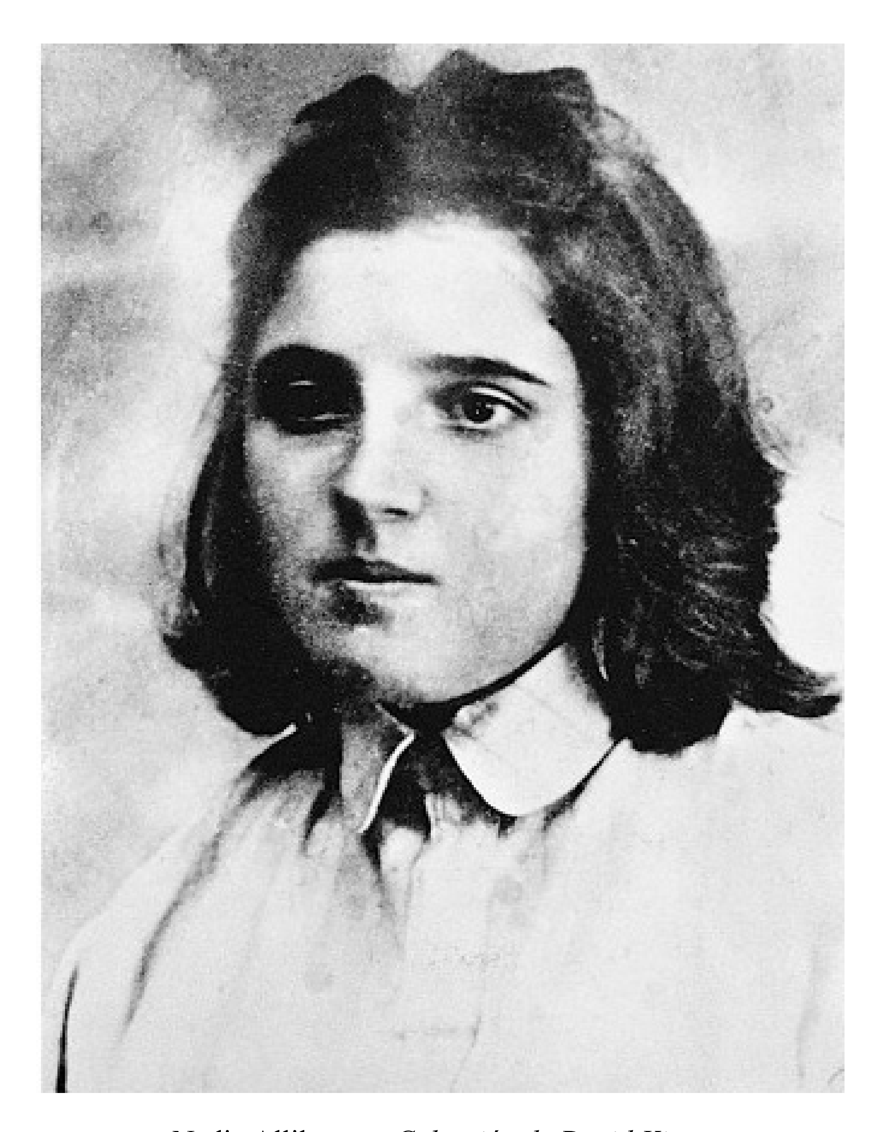


Tras exigir la revolución de manera inmediata, Lenin intentó frenar a los bolcheviques exaltados, pero el golpe de estado fallido de las Jornadas de Julio, promovido por Stalin, los llevó casi a perder la revolución. *Golpe de las Jornadas de Julio. Colección del autor.*





Amor durante la Revolución: Stalin conocía a Nadia Alliluyeva desde que era una niña, pero cuando volvieron a verse en el verano de 1917, la muchacha era ya una colegiala de diecisiete años. Nadia adoraba al georgiano heroico que la divertía con sus chistes, sus lecturas y sus imitaciones.



Nadia Alliluyeva. *Colección de David King.*



Dormitorio de Stalin en el piso de los Alliluyev. *Colección del autor.*



La cama de Stalin con el espejo ante el cual afeitó a Lenin. Desde la cama podía ver el cuarto de Nadia, con el que comunicaba su habitación a través de una puerta. Aquel verano se enamoraron.



Lenin, que corría verdadero peligro, puso su seguridad en manos de Stalin, su especialista en clandestinidad, que lo llevó a vivir a casa de los Alliluyev, lo afeitó y le puso una peluca, para después trasladarlo secretamente a Finlandia. *Lenin. Colección de David King.*



El levantamiento: cuando las tropas bolcheviques se apoderaron del Palacio de Invierno, Lenin, lleno de agotamiento e impaciencia, Trotski y Stalin formaron un nuevo gobierno en su cuartel general, el Palacio Smolni, antiguo colegio de doncellas nobles que contaba con el patrocinio de la zarina Alejandra. Lenin y Trotski dormirían en el suelo sobre un montón de periódicos. Stalin se quedó dormido en una silla; Lunarcharski, el nuevo Comisario del Pueblo de Cultura, le dio un beso en la frente; al darse cuenta, Stalin se despertó y se echó a reír. *Smolny y el nuevo gobierno soviético, 1917. Colección del autor.*



Lenin denominó a su gobierno Consejo de Comisarios del Pueblo: aquí tenemos a Lenin (en el centro), como presidente; Stalin (arriba a la izquierda) y Trotski (tercera fila, a la derecha). Y, entre otros, Lunarcharski (segunda fila, a la derecha), Dybenko (abajo, a la derecha), y Antonov-Ovseenko, que capitaneó el asalto al Palacio de Invierno (abajo, centro). Estos dos últimos fueron fusilados durante el Gran Terror por orden de Stalin.



La primera reunión del nuevo gobierno. *Museo del Instituto Smolny.*

И Н С Т Р У К Ц І Я

КАРАУЛУ у кабинета ПРЕДСѢДАТЕЛЯ Совѣта Народних Комиссаров

Без приглашения

В кабинет Предсѣдателя ~~с-в-о-б-о-д-н-о~~ пропускать только:

Предсѣдателя Совѣта Народних Комиссаров - ЛЕНИНА,

Управляющаго Дѣлами Правительства - БОНЧ-БРУЕВИЧА,

Секретарей Совѣта - ГОРБУНОВА и СКРЫПНИК,

Личных секретарей Предсѣдателя - ВОРОБЬЕВА и СИДО

Никого другого, без спеціальнаго на приглашенія со стороны выше упомянутих лиц Н Е П Р О П У С К А Т Ь.

СТРОЖАЙШ[illegible] эту инструкцію.

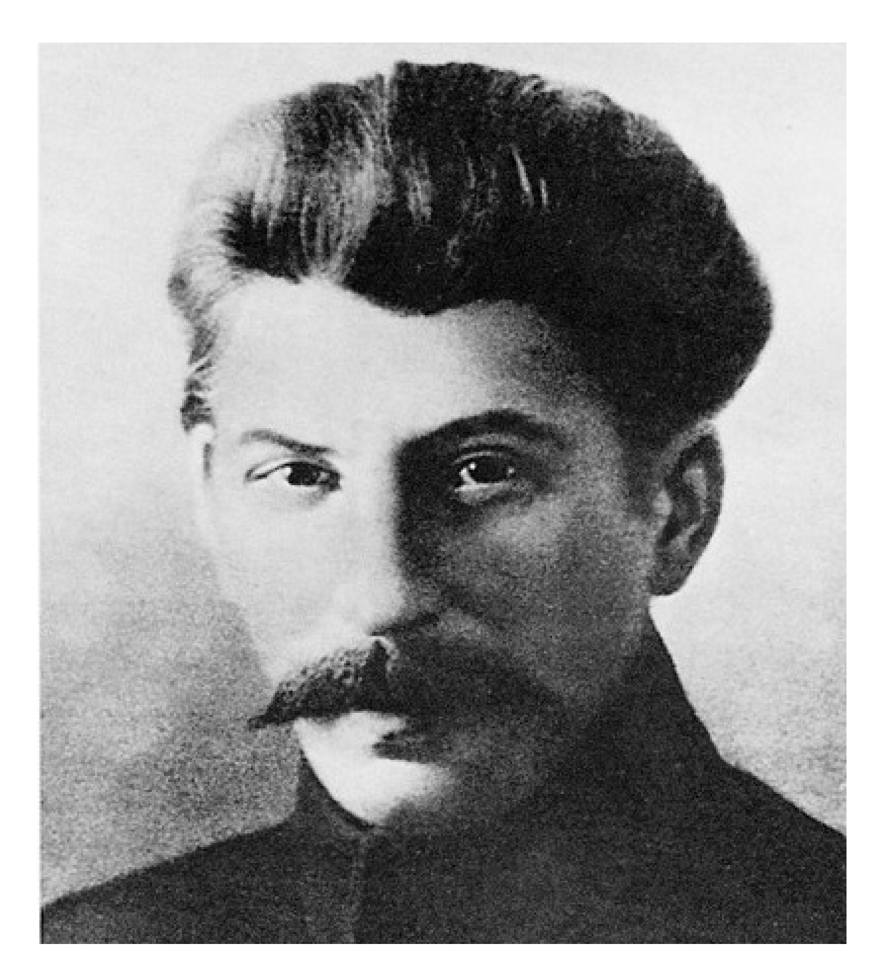
Предсѣдатель Совѣта Народних Комиссаров

Секретарь Совѣта

...ленов Совѣта Народных Комиссаров приходящих

...седаний Совѣта прошу проходить прямо в ...

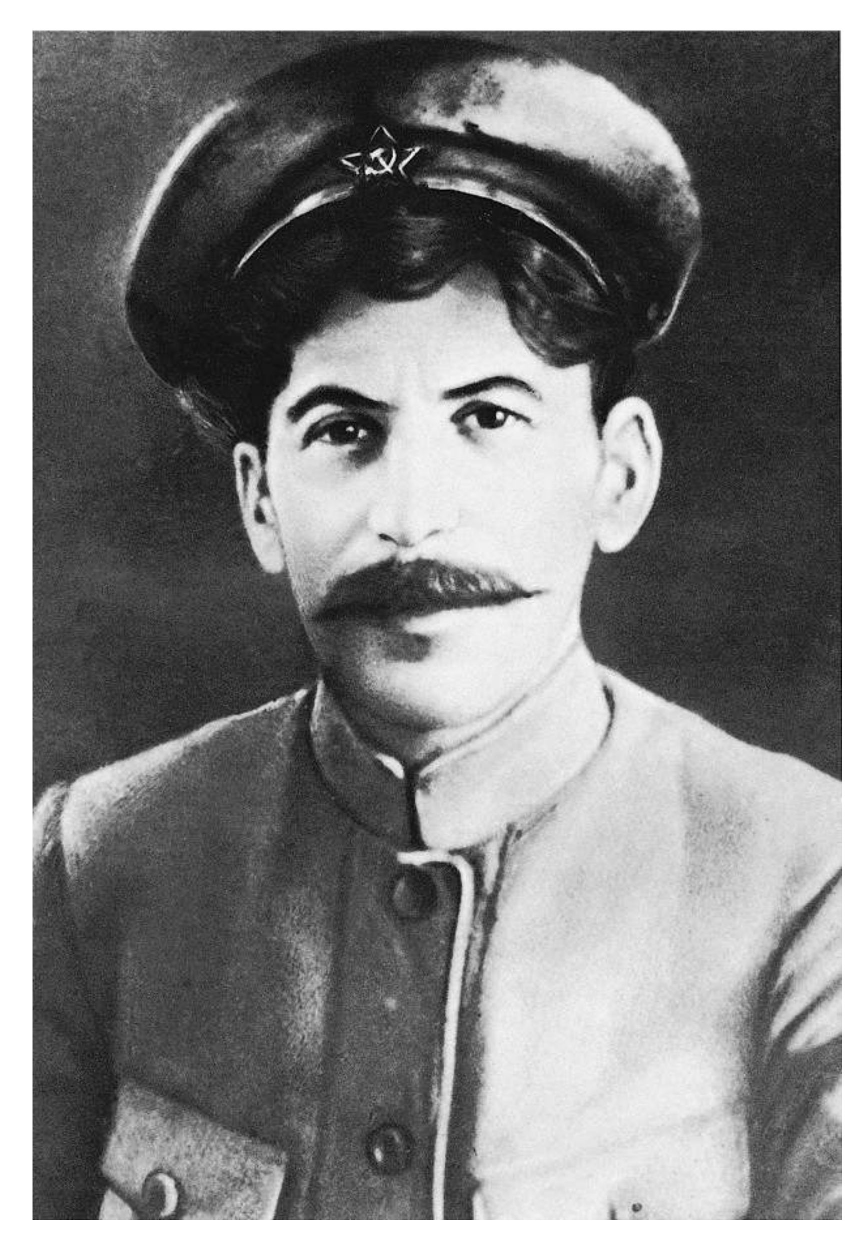
Órdenes de Lenin a su guardia relativas al acceso a su despacho: el párrafo escrito a mano por Lenin debajo de la tercera línea especifica que sólo Stalin y Trotski podían entrar sin cita previa.
Órdenes de Lenin a sus guardias en torno al acceso a su despacho. Museo del Instituto Smolny.



Al fin en el poder. Después de dieciocho años en la clandestinidad, Iosiv Djugashvili-Stalin, a los treinta y ocho años, fue nombrado Comisario del Pueblo de Nacionalidades. *Stalin. RIA Novosti.*



La bolchevique Alejandra Kollontai, feminista y mujer liberada sexualmente, y su joven amante, el apuesto marinero Pavel Dybenko. Durante la primera reunión del gobierno de Lenin, Stalin llamó la atención de Trotski sobre los apasionados suspiros de la pareja detrás de un tabique. Trotski lo reprendió por permitirse aquel exceso de confianza con él. No volvieron a tener nunca más una conversación íntima. *Alexandra Kollontai y Pavel Dybenko, ca. 1917. RIA Novosti.*



Stalin va a la guerra: cuando el gobierno de Lenin se vio obligado a desencadenar una feroz guerra civil y una brutal campaña de terror para sobrevivir, Stalin alcanzó su plenitud. Su paranoia sanguinaria le convirtió en el genio conductor del Imperio soviético. *Stalin, ca. 1917. RIA Novosti.*

Stalin, la paranoia personificada, no sospechó nunca quién había sido el mayor traidor de su carrera política. El caso Malinovski tuvo bastante que ver con su paranoia obsesiva (y la de sus camaradas). Malinovski entró en la conciencia de los bolcheviques. Como el espectro de Banquo, se infiltró en toda la historia de la Unión Soviética. En adelante, en el universo de *konspiratsia* de los bolcheviques no habría ninguna

suspicacia que resultara demasiado disparatada. Si Malinovski había sido un traidor, ¿por qué no podían serlo los mariscales soviéticos? ¿Por qué no todo el estado mayor del ejército? ¿Por qué no Zinoviev, Kamenev, Bujarin, y la mayor parte del Comité Central, fusilados todos por espionaje durante los años treinta por orden de Stalin[3]?

En el Círculo Polar Ártico, Stalin se dedicaba a atormentarse a sí mismo y a su compañero de cuarto por la falta de los cien rublos. «Hay un camarada [en Kureika]», reflexionaba Sverdlov. «Nos conocemos uno a otro muy bien, pero lo más triste es que en el destierro una persona aparece tal y como es, revelándose en todas sus pequeñas peculiaridades. Lo peor es que esas "pequeñas cosas" dominan la relación. Hay pocas oportunidades de mostrar el lado bueno de uno mismo».

El 27 de abril de 1914, cuando el invierno empezaba a ser menos crudo, la Ojrana avisó de que los bolcheviques iban a «organizar la fuga de unos hombres bien conocidos del partido, Sverdlov y Djugashvili». Stalin y Sverdlov pedían prestada con frecuencia su barca a Fiodor Taraseev, pero los gendarmes prohibieron las excursiones por el río. En mayo, cuando se reinició el servicio de los vapores por el Yenisei, el tedio de Kureika pasó de la agonía insoportable del frío a la tortura de las plagas de mosquitos.

Stalin no tardó en «dejar de hablarme», decía Sverdlov en una carta, «y me ha hecho saber que debo dejarlo en paz e irme a vivir por mi cuenta». Ambos abandonaron el domicilio que habían venido ocupando, y Stalin encontró refugio temporalmente en la isba de Philip Saltykov. Pero el hecho de cambiar de casa no puso fin al disgusto ártico de Soso. «Ya sabes las lamentables condiciones en las que vivo en Kureika», comentaba Sverdlov a su esposa Klavidia, que se hallaba confinada no lejos de allí. «Mi compañero… parece que tiene un sentido de la personalidad tan grande que no nos hablamos ni nos vemos». Las cartas de Sverdlov revelan la

tensión, la depresión (y la dieta blanda) de aquella vida sin sentido.

> Como pescado. Mi casera me hace pasteles. Me pone esturión, salmón blanco con patatas espachurradas y caviar, esturión salado, e incluso a veces lo comemos crudo. No tengo fuerzas ni para añadirle vinagre. He puesto fin a la vida normal. Como de forma irregular y no estudio nada. Me voy a dormir a horas intempestivas. A veces me paso la noche entera paseando y no cojo el sueño hasta las diez de la mañana.

Stalin debía de llevar más o menos el mismo género de vida: nunca perdió la afición a las horas nocturnas de Siberia.

En aquel universo de ocho cabañas, toda la población debía de estar al corriente del cisma. «Simplemente no éramos capaces de armonizar nuestros caracteres», comentaba Sverdlov en tono de disgusto. Pero probablemente hubiera otra razón inexplicable de su ruptura: una chica[4].

En cuanto Stalin y Sverdlov se instalaron en casa de los Taraseev, el georgiano debió de fijarse en la menor de la cuadrilla de huérfanos de la familia Pereprygin. Eran cinco hermanos y dos hermanas, Natalia y Lidia. No conocemos los detalles de cómo se desarrolló la historia, pero en un momento determinado, a comienzos de 1914, Stalin, que por entonces tenía treinta y cuatro años, se embarcó en un idilio con Lidia, que tenía sólo trece.

Podemos hacernos una idea de los tumbos que iban dando Soso y Lidia entre copa y copa gracias a los recuerdos recopilados por la muchacha de las juergas profusamente regadas de alcohol que se corrieron los dos juntos: «En sus ratos libres, a Stalin le gustaba ir a los bailes… podía ser también muy animado. Le encantaba cantar y bailar. Le gustaba en particular la canción “Estoy vigilando el oro, el oro… estoy enterrando el oro, enterrando el oro, a ver si sabes dónde, pura damisela de los cabellos de oro”… A menudo asistía a las cenas de cumpleaños». Las memorias de aquella amante de apenas trece años de Stalin fueron recopiladas veinte años después, en el momento de mayor apogeo de la dictadura, mientras ella seguía siendo una simple ama de casa

de Siberia. El funcionario que copió estos recuerdos no se atrevió a recoger el detalle de la seducción, pero no por ello las memorias dejan de ser menos indiscretas. «A menudo le gustaba presentarse a ver a la gente», dice Lidia refiriéndose sin duda a sí misma. «Y además bebía». ¿Fue así como la sedujo? ¿O como lo sedujo ella a él? En los lugares como Kureika las muchachas maduraban muy pronto. Y Lidia no parece que fuera una flor de mírame y no me toques.

Puede que Sverdlov desaprobara el hecho de que Stalin sedujera a una niña de trece años, en realidad la última de la fila de adolescentes cortejadas por el georgiano de treinta y tantos. Y puede que Stalin echara de casa a Sverdlov con el fin de gozar de más intimidad con su pequeña amante. Pero no quedó ahí el escándalo, ni mucho menos.

Los dos bolcheviques, que por entonces se ignoraban uno a otro, eran observados atentamente por sus respectivos inspectores de la Ojrana, Laletin y Popov, cuyo único cometido era asegurarse de que no se fugaran. En casos de tanta proximidad, los policías acababan convirtiéndose o bien en compañeros, cuando no en criados personales de los desterrados, o bien en sus enemigos mortales. Ivan Laletin, hombre de barba roja y temperamento igualmente fogoso, no tardó en convertirse en enemigo de Stalin.

En una ocasión, había salido Soso a cazar con su escopeta cuando el gendarme le dio el alto. El georgiano tenía permiso para manejar escopetas de caza previa autorización, pero se negó a entregar el arma al policía cuando éste se la pidió. En el curso de la discusión que se desencadenó, «el gendarme Laletin se abalanzó contra Iosiv Vissarionovich e intentó desarmarlo». Se inició una pelea. El gendarme «sacó su sable y llegó a hacer un corte en la mano a Stalin». El deportado denunció a Laletin al capitán Kibirov.

A comienzos del verano, por muy furtivos que fueran los pasos que quisiera dar uno entre aquellas ocho cabañas, casi todo el mundo debía de estar al corriente de que Stalin se

había echado una amante jovencísima. El gendarme aficionado a desenvainar el sable a las primeras de cambio seguramente vio la oportunidad de crucificar al insolente georgiano.

«Un día», recuerda Fiodor Taraseev, el único habitante de la aldea que se atrevió a reseñar el episodio, «Stalin se encontraba en casa trabajando y sin salir. El gendarme pensó que aquello era sospechoso y decidió pasar a hacer unas comprobaciones. Entró en la habitación de forma repentina, sin llamar a la puerta».

Taraseev declara prudentemente que Stalin estaba sólo «trabajando», pero el inspector encontró aquello curiosamente «sospechoso». Stalin se puso hecho una furia al verse interrumpido de aquel modo. Todas las memorias subrayan unánimemente la calma que demostró durante el registro: ¿Pero había algo insólito en todo aquello? Al fin y al cabo, el policía lo sorprendió deliberadamente «sin llamar a la puerta». Parece más bien como si el agente hubiera cogido a Stalin y a Lidia en flagrante delito.

Stalin arremetió contra él. El gendarme volvió a sacar el sable. En la lucha que se desencadenó a continuación, el georgiano recibió una herida en el cuello, hecho que lo enfureció tanto que «echó a patadas al energúmeno».

«Nosotros fuimos testigos de la escena», dice Taraseev. «El gendarme salió corriendo hacia el río Yenisei, blandiendo su sable ante sí mientras el camarada Stalin lo perseguía en un estado de grandísima agitación y furia, con los puños cerrados».

Si se trataba de un secreto, había sido desvelado. Aunque las costumbres locales desaprobaban los idilios con los confinados, las lugareñas solían sentirse atraídas por aquellos revolucionarios mundanos y cultos que vivían entre ellas. Aquel tipo de violación legal no era una forma de estupro, sino una especie de seducción a la antigua usanza, pues, según la posterior investigación llevada a cabo por el director del KGB Ivan Serov, «I. V. Stalin se puso a vivir con ella».

Presumiblemente la muchacha compartía la habitación con él, y fue por eso por lo que el policía los pilló juntos. En su informe de 1956 a Nikita Jrushchev y al Politburó, que ha permanecido secreto hasta comienzos del presente siglo, el general Serov daba a entender que el hecho de que vivieran juntos era casi tan escandaloso como la seducción[*].

Stalin se trasladó a la isba de los Pereprygin. Había en ella dos habitaciones y una cuadra para el ganado en invierno. Los siete hermanos vivían revueltos en un solo cuarto que apestaba a estiércol de vaca; Stalin alquiló la otra miserable habitación, a la que sólo se podía acceder pasando por la cuadra y la habitación de la familia. Contenía únicamente «una mesa cubierta de periódicos, un camastro de madera, y un lío de redes, aparejos y ganchos de pesca y de caza, fabricados todos ellos por el propio Stalin». Todo estaba cubierto de hollín, procedente de la chimenea de hojalata negra que había en medio de la habitación.

Los cristales de las ventanas estaban rotos, de modo que Stalin había tapado las rendijas con periódicos viejos o las había cubierto con tablas. La única luz que había en aquella penumbra ártica, en la que a menudo era de noche todo el día, procedía de una lámpara, pero con frecuencia faltaba el queroseno. El retrete estaba en una caseta aparte. Los Pereprygin eran pobres de solemnidad, «un día comían *shchi* [sopa de col], y al siguiente se conformaban con el espíritu santo [no comían nada], pero poseían una vaca».

Por la noche, Lidia se metía en el cuarto de Stalin, cuenta el primer biógrafo del dictador, Essad Bey, que debió de hablar del asunto con los demás exiliados. Desde luego Lidia no tendría pudor en recordar cuál era la ropa interior que solía usar Soso: «Llevaba calzoncillos blancos y una camiseta de marinero a rayas», reveló a su entrevistador en 1952, cuando Stalin era venerado casi como un semidiós.

Los hermanos varones no estaban muy satisfechos con la seducción de la muchacha. Quedan algunos indicios de que la

desaprobaban: Stalin compraba la comida y el pan a su antigua patrona, no a los Pereprygin, aunque Lidia afirma que «eso se debía a que las chicas éramos demasiado jóvenes para ocuparnos de la cocina». Sin embargo, huérfanas como eran, las dos muchachas llevaban cocinando para sus hermanos desde edad muy temprana. Lo más probable es que Soso y su querida se vieran desterrados de la mesa familiar.

Puede que el idilio resultara tolerable, pero lo peor estaba aún por venir: Lidia se quedó embarazada de Stalin. Los hermanos Pereprygin estaban furiosos, aunque es muy difícil que la ley relativa a la edad de consentimiento de las relaciones sexuales se aplicara con rigor en las remotas comunidades del Círculo Polar Ártico, donde las niñas se casaban y tenían hijos a edad tempranísima. Según el general Serov, el gendarme Laletin, a pesar de haber salido huyendo del iracundo Stalin, lo había amenazado con «abrirle un proceso criminal por cohabitar con una menor. I. V. Stalin prometió al gendarme casarse con Pereprygina cuando ésta tuviera la edad requerida por la ley». Así, pues, Stalin se prometió oficialmente con Lidia y la familia de ésta, a trancas o a barrancas, acabó por aceptar su relación[*]. A cambio, Stalin «compartía su pescado con ellos», como si fuera uno más de la familia. A decir verdad, trataba a Lidia casi como si fuera su esposa. Cuando su amiga, la anciana Elizaveta Taraseeva, iba a visitarlo, Stalin ordenaba:

—¡Lidia, Lidia, la *babushka* viene a tomar el té! ¡Trátala bien!

La intervención de la policía fue lo último que faltaba. Stalin se quejó al capitán Kibirov, que se mostró a favor de su compatriota del Cáucaso. Stalin tenía a todo el poblado para atestiguar que habían visto al desventurado gendarme desenvainar su espada contra un desterrado y luego su ignominiosa persecución por la orilla del río. No obstante, sorprende la cara dura de Stalin, que no dudó en quejarse del policía cuando lo cierto era que había dejado embarazada a

una menor. Como solía ocurrir con las manifestaciones de hipócrita indignación del dictador, también esta vez le funcionó el truco.

Aquel verano de 1914, más o menos por el mes de junio, Kibirov accedió a sustituir a Laletin, y dijo a su ayudante:

—¡Muy bien! Enviemos a Merzliakov a Kureika. Como Djugashvili tiene tantas ganas de que sustituyan a su inspector, librémosle del engorro.

En una curiosa inversión de los papeles, era el gendarme Laletin el que tenía miedo de su prisionero; y con razón. Su sustituto, Mijail Merzliakov, llegó enseguida. Stalin asumió inmediatamente el papel de amo cuasiaristocrático, mientras que el gendarme se convirtió en una mezcla de criado, ordenanza y guardaespaldas a su servicio durante el resto de su condena.

Stalin siguió estudiando la cuestión de las nacionalidades, así como inglés y alemán. «Querido amigo», escribía en un tono bastante más alegre a Zinoviev el 20 de mayo, «vayan para ti mis más calurosos saludos… Estoy esperando los libros… Te pido también que me mandes algunos periódicos ingleses, No importa que sean nuevos o viejos, son sólo para leer, pues por aquí no hay nada en inglés y si no lo practico, temo perder mis conocimientos de esta lengua…».

El noviazgo formal de Stalin con Lidia, por no decir toda la relación, no era más que un entretenimiento transitorio que podía ser relegado a los márgenes de su misión revolucionaria. El embarazo probablemente resultara irritante. No obstante, la gente del lugar afirma que Lidia estaba enamorada de Stalin. Y desde luego aquél no fue su último embarazo[5].

A finales del verano, Sverdlov abandonó Kureika y se trasladó a Selivanikha, mientras que Suren Spandarian, el mejor amigo de Soso, llegó a la vecina Monastyrskoe.

A finales de agosto de 1914, Stalin tomó el barco para celebrar una reunión con Spandarian, justo cuando el

archiduque Francisco Fernando, el heredero al trono de los Habsburgo, era asesinado en Sarajevo, atentado que lanzó a Rusia y a las Grandes Potencias a la Gran Guerra. «Los vampiros burgueses de los países beligerantes han sumido al mundo en una carnicería sangrienta», escribía Stalin. «Una auténtica matanza, la ruina, el hambre y… la barbarie… para que un puñado de bandidos con corona y sin ella saqueen países extranjeros y se embolsen millones y más millones».

Mientras las luces iban apagándose en Europa, Stalin se sentía como irrelevante, olvidado, frustrado y prometido en matrimonio contra su voluntad a una adolescente de pueblo embarazada, en medio de la nada… excepto de un escándalo sexual en el Ártico. El año 1914 no fue su mejor momento. Mientras las grandes potencias combatían, la nieve oscurecía el sol y las noticias procedentes del mundo exterior. Stalin desapareció en el invierno de Siberia[6].

35

El cazador

Stalin, que era en aquellos momentos el único confinado existente en la helada y sombría Kureika, empezó a convivir estrechamente con la población nativa, los tunguses y los ostyak. Había poco que hacer, pero la supervivencia era toda una lucha: los lobos de la tundra aullaban a la entrada de la aldea. Cuando Stalin iba al retrete, situado fuera de la casa, disparaba la escopeta para mantener a los lobos a raya. Cuando emprendía algún viaje, el trineo «pasaba como una exhalación entre los interminables aullidos de los lobos». Las manadas de lobos de Kureika penetraron profundamente en la conciencia de Stalin, personificando los enemigos que rodeaban en todo momento su cabaña siberiana. En las reuniones se dedicaría a bosquejar figuras de lobos en sus documentos, especialmente hacia el final de su vida, cuando orquestó la última campaña de Terror, la Conjura de los Médicos. En su último destierro, decía a sus visitantes:

—Los campesinos acostumbraban a disparar a los lobos enloquecidos.

Sin embargo, aquella situación encajaba de algún modo con su personalidad, y empezó a disfrutar de Kureika. Curiosamente, aquellos años se convirtieron en uno de los momentos más felices de su lúgubre vida. Sus compañeros favoritos eran un perrito llamado Stepan Timofeevich o Tishka en forma abreviada, que los lugareños le regalaron, un pescador tungús llamado Martin Peterin, y su inspector de la policía, Merzliakov: el embarazo de Lidia era cada vez más visible. Siberia le resultaba más tolerable porque había empezado a recibir con regularidad envíos de dinero: durante

1915-1916 recibió diez giros, por valor de más de cien rublos en total, de modo que podía comprar comida y ropa y pagar sobornos cuando era necesario[*].

Se convirtió en el cazador solitario, papel que encajaba con la imagen que tenía de sí mismo como hombre con una misión sagrada, que se internaba en la inmensidad nevada con una escopeta por toda compañía, sin más ataduras que su fe, libre de todo sentimentalismo burgués, y mostrando, antes bien, un estoicismo ártico incluso cuando la tragedia se cebaba en él. Durante el resto de su vida, regalaría a los Alliluyev o a los figurones del Politburó con diversas anécdotas de sus aventuras siberianas. Incluso cuando gobernara Rusia, seguiría siendo aquel cazador solitario.

«Osip» u «Oska el Picoso», como lo llamaba la gente, se aventuró al fin a salir a cazar solo, vestido de los pies a la cabeza con un equipo de piel de reno, convirtiéndose en un hábil cazador y en compañero asiduo de los hombres de las tribus. Laletin no le permitía tener escopeta, de modo que, como recuerda un lugareño, «llevábamos la escopeta al bosque y la dejábamos en un árbol acordado de antemano para que pudiera encontrarla». Realizaba largas expediciones en las que cazaba zorros polares, perdices y patos.

Los aldeanos empezaron a respetar a Oska el Picoso, siempre con su pipa y sus libros. «A los lugareños les gustaba», dice Merzliakov. «Iban a visitarlo y se pasaban toda la noche con él. Él también los visitaba y asistía a sus fiestas». Le traían pescado y carne de ciervo, que él les compraba. Apreciaba mucho la tranquilidad lacónica de aquellas gentes y encontraba gracioso su respeto por los chamanes y su persistente creencia, a pesar de ser oficialmente ortodoxos, en los espíritus que habitaban la vastedad de Siberia. Sobre todo, se dedicaba a estudiar y a copiar sus técnicas de pesca y de caza.

El pescado y el reno eran sus alimentos básicos. Los renos, capaces de vivir de una pequeña capa de liquen, eran tratados

con un respeto reverencial por los nativos de las tribus, y proporcionaban un medio de transporte (tirando de los trineos), vestido (sus pieles), una forma de inversión (los jefes más ricos poseían rebaños de hasta 10 000 animales), y alimento (su carne cocida), todo en uno. Peterin, probablemente un mestizo de origen ostyak, enseñó a su amigo el arte de la pesca en el Yenisei. Stalin se fabricó su propio aparejo de pesca y abría su propio agujero en el hielo, recuerda Merzliakov, cuyas memorias, recopiladas en 1936, es el mejor relato que poseemos de lo que fue la vida de Stalin en Kureika. Según la versión un tanto rebuscada del propio Stalin, aprendió a pescar con tal destreza en el agujero que el mismo abría en el hielo que el ostyak murmuraba lleno de respeto reverencial:

—¡Estáis poseído por la Palabra!

A Stalin le gustaba la dieta a base de pescado: «Había muchísima pesca, pero la sal era tan preciada como el oro, de modo que simplemente metían los peces en una caseta, donde los apilaban a 20° bajo cero como si fueran leños congelados. Luego arrancábamos unas cuantas partículas y dejábamos que se derritieran en la boca». Empezó a capturar esturiones enormes.

«Una vez», contaba», «me pilló una tormenta en medio del río. Parecía que todo había acabado para mí, pero logré llegar a la orilla». En otra ocasión, volvía a casa acompañado de unos amigos ostyak con una buena captura de esturiones y salmones de mar cuando quedó aislado de los demás. De repente se desencadenó una *purga*, la cegadora ventisca de la tundra. Kureika estaba lejos, pero él no podía abandonar así como así sus peces, el sustento de varias semanas, de modo que siguió caminando como pudo hasta que vislumbró unas figuras delante de él. Se puso a dar voces, pero las figuras desaparecieron: eran sus compañeros, que, al verlo cubierto de hielo blanco de la cabeza a los pies, creyeron que se trataba de un espíritu diabólico y salieron huyendo. Cuando finalmente

llegó a una cabaña y entró en ella de forma repentina, los ostyak exclamaron:

—¿Eres tú, Osip?

—¡Por supuesto que soy yo y no un espíritu del bosque! —replicó, antes de caer en un profundo sueño que duró dieciocho horas.

No se imaginaba que pudiera estar en peligro: los hombres de las tribus estaban acostumbrados a perder hombres cuando salían a pescar. «Recuerdo que en la primavera, en plena crecida, salieron a pescar treinta hombres y por la noche, cuando regresaron, faltaba uno», refería Stalin. Explicaron, sin dar mayor importancia a lo sucedido, que su compañero «se había quedado ahí». Stalin los miró con perplejidad, hasta que uno añadió:

—Se ha ahogado.

Soso estaba asombrado ante tanta indiferencia, pero luego dijeron:

—¿Por qué íbamos a tener compasión de él? Un hombre siempre podemos hacerlo, pero un caballo… ¡Intenta hacer un caballo!

Stalin utilizó esta anécdota en un discurso de 1935 para ilustrar el valor de la vida humana, pero en realidad aquel suceso debió de ser una experiencia más que le enseñó lo poco que vale la vida de los hombres.

—Un día de invierno salí de caza —contó Stalin a sus cortesanos Jrushchev y Beria en el curso de una de sus cenas después de la segunda guerra mundial—. Cogí mi escopeta y atravesé el Yenisei con los esquíes recorriendo más de doce verstas; entonces vi unas perdices en un árbol. Tenía doce cartuchos, pero había veinticuatro perdices. Maté doce y las demás siguieron allí quietas, así que pensé volver a por las doce restantes. Cuando regresé seguían posadas en el árbol.

—¿Seguían allí? —preguntó incrédulo Jrushchev.

Beria instó a Stalin a que siguiera con el relato.

—Exacto —dijo el dictador en tono jactancioso—, así que maté a las doce que quedaban, me las até al cinto y me las llevé a casa.

Cuando contó esta misma anécdota a su yerno Yuri Zhdanov, se jactó de haber matado *treinta* perdices, añadiendo que la temperatura era de *40° bajo cero* y que *otra* tempestad le obligó a abandonar las aves, la escopeta, y toda esperanza de sobrevivir. Pero por fortuna, las mujeres (probablemente Lidia) lo encontraron desmayado en un montón de nieve y lo salvaron;… y se pasó durmiendo treinta y seis horas[*].

Stalin reunió un pequeño botiquín y se convirtió en lo más parecido a un médico que había en Kureika. «I. V. ayudaba a la gente con sus medicinas, aplicaba yodo a las heridas y les administraba medicamentos». «Enseñaba a la gente de las tribus a lavarse», dice Merzliakov, «y recuerdo que lavó a uno con jabón». Padecía reumatismo y aliviaba su dolencia en la casa de baños, pero continuó teniendo dolores hasta la vejez, cuando en las reuniones excesivamente largas en el Kremlin solía colocarse pegado a los radiadores. Se le daba muy bien jugar con los niños tunguses, cantando y retozando con ellos, contándoles a veces lo desgraciada que había sido su infancia. La pequeña Dasha Taraseeva «solía montar sobre su espalda, tirando de su espesa cabellera negra mientras gritaba: «¡Relincha como un caballo, tío!»». Cuando la vaca de Fiodor Taraseev se puso mala con cólico, Stalin impresionó a todos con las habilidades que había aprendido de muchacho en Georgia. «Mató a la vaca y cortó la carne como un verdadero maestro».

Stalin seguía disfrutando de las fiestas. «En casa de los Taraseev, los jóvenes se agruparon en círculo para bailar. Stalin se puso a bailar en medio marcando el compás con las palmas, y luego empezó a cantar «Estoy enterrando el oro, enterrando el oro» [su canción favorita]», recuerda una mujer que visitó Kureika, Daria Ponamareva. «Era un experto

danzarín», afirma Anfisa Taraseeva, «y enseñaba a bailar a los jóvenes».

A veces, el georgiano originario del frondoso y escarpado Cáucaso se paraba a contemplar la taiga. «En esta maldita tierra, la naturaleza es odiosamente estéril: el río en verano, la nieve en invierno, eso es todo lo que la naturaleza da de sí aquí», escribía en tono patético a Olga Alliluyeva el 25 de noviembre de 1915, «y me vuelvo loco añorando las escenas de la naturaleza…».

Pasaba también mucho tiempo escribiendo de noche. «Mi perro Tishka era mi compañero», recordaba Stalin. «En las noches de invierno, cuando tenía queroseno y podía leer y escribir, entraba, se apretaba contra mis piernas y gemía como si estuviera hablando conmigo. Yo me inclinaba hacia él, le rascaba la cabeza y decía: «Estás helado, ¿eh Tishka? ¡Venga, caliéntate!»». Bromeaba diciendo que le «gustaba discutir de política internacional con el perro Stepan Timofeevich», evidentemente el primer sabio canino del mundo. Para Stalin, los animales de compañía tenían una ventaja sobre las personas: daban un afecto desinteresado y una admiración apasionada, pero además no traicionaban nunca a sus amos (ni se quedaban embarazados), y además podían ser abandonados sin ningún remordimiento.

La inactividad, el aislamiento del juego político y la falta de materiales de lectura a veces lo sumían en una profunda depresión, especialmente cuando pensaba en Lenin y Zinoviev. ¿Se habían olvidado de él? ¿Dónde estaba su último artículo? ¿Y por qué no se lo habían pagado? En el invierno de 1915, les preguntaba en tono sarcástico: «¿Que cómo estoy? ¿Que qué hago? No estoy bien en absoluto. No hago casi nada. ¿Y qué voy a hacer, si carezco por completo de libros serios?… En todos mis destierros no he conocido nunca una vida tan miserable como ésta».

Incluso aquel marxista fanático, convencido de que el progreso de la historia traería consigo la revolución y la

dictadura del proletariado, debió de preguntarse si por fin lograría regresar alguna vez de su destierro. Incluso Lenin dudaba de la revolución, y preguntaba a Krupskaya:

—¿Viviremos para verla?

Pero parece que Stalin nunca perdió la fe. «La revolución rusa es tan inevitable como la salida del sol», había escrito allá por 1905 y nunca cambió de opinión. «¿Puedes acaso impedir al sol que salga?”».

Cuando podía echar mano a algún periódico, el futuro general en jefe del ejército discutía apasionadamente sobre «las llagas de la guerra» con Merzliakov. Durante la segunda guerra mundial citaba a veces ejemplos de la Primera que había seguido desde Kureika[*]. Cuando el poder del zar empezó a tambalearse debido a la sucesión de derrotas sufridas, Stalin debió de suponer que aquella guerra, como la de 1904, iba a traer consigo finalmente la revolución. Quizá no pretendiera sólo despistar a la Ojrana cuando decía a Petrovski, que se encontraba en San Petersburgo: «Alguien ha hecho correr el rumor de que no voy a cumplir toda mi condena. ¡Qué absurdo! Juro y así se condene mi alma si no mantengo mi palabra, que no sucederá nada de eso. Permaneceré en el destierro hasta que acabe mi condena [en 1917]. A veces he pensado en fugarme, pero ahora finalmente he desechado la idea». Se nota claramente su agotamiento: si Lenin y Zinoviev no le ayudaban, él no les ayudaría a ellos.

Más o menos en torno a diciembre de 1914, Lidia dio a luz a un niño[1].

36

El Robinson Crusoe de Siberia

La criatura murió poco después. Stalin no hizo nunca ningún comentario al respecto, pero definitivamente estaba en Kureika por entonces y todo el poblado debió de enterarse de lo sucedido. Independientemente de que los hermanos de Lidia perdonaran o no a su libidinoso inquilino, la relación con la muchacha continuó.

El nuevo policía asignado a Stalin, Merzliakov, hizo su vida mucho más agradable. No le espiaba, no iba siempre detrás de él ni le registraba, y le permitía reunirse con sus amigos, hacer largas excursiones de caza e incluso desaparecer durante semanas. «Durante el verano salíamos en barca… que era arrastrada por los perros desde la orilla, pero a la vuelta la llevábamos a remo. En invierno salíamos a caballo», y Stalin, con su traje de piel de reno y su pipa siempre encendida, mandaba a Merzliakov, mitad policía, mitad criado, a buscar el correo por él. Casi veinte años después, Stalin seguía agradecido a Merzliakov. Y probablemente le salvara la vida[*].

En febrero de 1915, «durante los meses en que la oscuridad reinaba a todas horas y no se distinguía el día de la noche», Stalin recibió la visita de Spandarian y su amante Vera Shveitzer. Habían recorrido casi 180 km por el Yenisei helado en trineos tirados por perros, viéndose acosados por los lobos. Finalmente habían divisado un pequeño poblado y habían localizado la isba cubierta de nieve de Soso, que salió sonriendo de la casa y corrió a saludarlos. La mayoría de los lugareños y el gendarme fueron también a su encuentro.

«Estuvimos en casa de Iosiv Vissarionovich dos días». Vera se fijó en que Soso, que padecía artritis, «llevaba una chaqueta, pero sólo tenía un brazo metido en la manga. Luego me di cuenta de que le gusta vestir de ese modo para tener el brazo derecho libre». Stalin, que estaba encantado de verlos, salió a pescar al río y volvió con un esturión enorme al hombro, de 3 pud de peso. «En el agujero que tengo hecho en el hielo no hay peces pequeños».

Spandarian y Shveitzer habían venido a discutir con él el juicio al que estaban siendo sometidos en San Petersburgo los cinco diputados bolcheviques de la Duma y Kamenev, el editor de *Pravda*. Lenin había declarado que deseaba que los alemanes derrotaran a Rusia, acelerando así la revolución y «la guerra civil europea». Los mencheviques apoyaban la guerra patriótica de Rusia, siempre y cuando fuera sólo «defensiva». En noviembre de 1914, Kamenev y los diputados bolcheviques fueron detenidos y acusados de traición; durante el juicio, Kamenev negó que siguiera el derrotismo antipatriótico de Lenin, pero, a pesar de todo, fue condenado y desterrado a Siberia.

Stalin y Spandarian se sentían asqueados por la conducta de Kamenev.

—Ese hombre no es de fiar —afirmó Stalin—. Es capaz de traicionar la revolución.

A continuación, envueltos en fundas enceradas, vestidos de pies a cabeza con pieles de reno y provistos de guías tunguses, Spandarian y Vera se volvieron a Monastyrskoe en compañía de Soso, mientras la aurora boreal iluminaba maravillosamente la tundra. «De repente Stalin se puso a cantar», escribe Shveitzer. «Suren se puso a cantar con él y cuán encantador resultaba escuchar aquellas melodías conocidas que me embelesaban». Mientras tanto el trineo fue deslizándose durante dos días por el hielo en medio de aquel crepúsculo interminable.

Spandarian y Stalin escribieron a Lenin. Stalin, el cazador bolchevique que ya no protestaba por el dinero que le debían ni por los libros que no le enviaban, creó la pose de virilidad militante que se convertiría en el estilo de los bolcheviques una vez en el poder:

> Saludos para ti, querido Vladimir Illich, calurosísimos saludos. ¡Saludos para Zinoviev, saludos para Nadezhda! ¿Qué tal van las cosas? ¿Qué tal tu salud? Vivo igual que antes, me como mi pan y ya llevo cumplida casi la mitad de mi condena. Aburrido, ¿pero qué se le va a hacer? ¿Y cómo os van a vosotros las cosas? Debéis de divertiros mucho… He leído un artículo de Plejanov en *Rech*. ¡Qué vieja charlatana tan incorregible! ¡Eh! ¿Y los Liquidadores con sus agentes diputados [de la Duma]…? ¡Qué diablos! ¿No habrá nadie que les dé una buena una paliza? ¿De verdad van a quedar impunes? ¡Animadnos e informadnos de que pronto habrá un órgano que se encargue de arrearles un buen puñetazo en la jeta!

Lenin se acordaba de su «fiero colco» desterrado. «Koba se encuentra bien», informaba a sus camaradas; pero unos meses más tarde, preguntaba: «Petición importante: Decidme cuál es el apellido de Koba (¿Iosiv Dj.? Se me ha olvidado). Es importante».

Cuando se le acabó el permiso, Soso regresó a Kureika para pasar el resto del largo invierno. El hielo empezó a derretirse en el Yenisei. En mayo de 1915, los vapores se encargaron de traerle interesantes compañeros desde Krasnoyarsk. Kamenev llegó a Monastyrskoe con los diputados de la Duma. Sverdlov y Spandarian estaban cerca. Durante el mes de julio de ese mismo año, Stalin fue convocado a una reunión en la casa que compartían Kamenev y Petrovski en Monastyrskoe.

Los bolcheviques disfrutaron de una idílica reunión veraniega. Tomaron incluso algunas fotografías de grupo[*]. Pero para los bolcheviques hasta las meriendas campestres tenían un carácter político y comportaban denuncias y juicios. Stalin y Spandarian apoyaban a Lenin y decidieron someter a Kamenev a juicio en Monastyrskoe.

Kamenev regaló a Stalin un ejemplar del *El príncipe* de Maquiavelo, tal vez un regalo muy poco prudente para alguien

que ya era suficientemente maquiavélico. En el curso de una cena profusamente regada con alcohol, Kamenev preguntó a todos los presentes que dijeran cuál era para ellos el mayor placer de la vida. Unos hablaron de las mujeres, otros contestaron gravemente que el avance del materialismo dialéctico hacia el paraíso de los trabajadores. Cuando le llegó el turno a Stalin, respondió:

—Para mí el mayor placer que puede sentir uno es elegir a la víctima, preparar los planes minuciosamente, tomar venganza de manera implacable, y luego irse a la cama. ¡No hay nada más dulce en el mundo[*]!

En el «juicio» de Kamenev, Stalin tenía voto de calidad. Tan escurridizo como de costumbre y siempre dispuesto a forjar nuevas alianzas, arremetió contra Kamenev y luego se marchó a Kureika antes de que tuviera lugar la votación final, salvando de ese modo a la víctima. Kamenev trataba con condescendencia al rudo georgiano, mientras que Stalin lo encontraba simpático, aunque lo despreciaba como hombre y como político. «He visto a Gradov [Kamenev] y compañía durante el verano», decía en una carta a Zinoviev. «Todos ellos parecen más bien gallinas mojadas. ¡Y resulta que ésos son nuestros "halcones"!».

Stalin volvió a Kureika para pasar allí otro largo invierno. A primeros de noviembre, cuando se echaron encima las nieves, recibió permiso para ir al médico en Monastyrskoe. En cuanto llegó, vestido con pieles de reno en un trineo tirado por cuatro perros, se dirigió inmediatamente a casa de Spandarian y besó a su amigo en las mejillas; y a Vera la besó dos veces en los labios.

—¡Oh Koba! —exclamó la mujer encantada de volver a verlo— ¡Oh Koba!

Spandarian, que estaba tísico y sufría a causa de la tensión nerviosa, «a veces estaba tan fuera de sí que la picadura de un mosquito le habría llevado a hacer jirones su ropa. Suren estaba deprimido», pero «Stalin era muy alegre», recuerda otro

confinado, Boris Ivanov, «y su llegada siempre le infundía nuevo vigor».

Stalin recogió una carta de Zinoviev, a la que contestó en tono sarcástico:

> Querido amigo,
>
> Finalmente he recibido tu carta. Pensaba que te habías olvidado por completo de mí, humilde siervo de Dios, y resulta que no era así… ¿Y qué puedo hacer yo si me faltan por completo libros serios?… Tengo un montón de preguntas y temas que me rondan por la cabeza, pero carezco de fuentes. Me muero por escribir, pero no tengo nada para estudiar… Me preguntas por mis finanzas. ¿Pero por qué me preguntas por eso? Probablemente tú tengas algún dinero… ¿No estarás pensando en compartirlo conmigo? ¡Pues venga, anímate! ¡Te aseguro que llegaría en el momento justo!
>
> Saludos cordiales,
>
> DJUGASHVILI

A su llegada, Stalin aprovechó para echar leña al fuego en una disputa que se había suscitado en la ciudad, del tipo de las que a él siempre le gustaron tanto, como deporte propio de personas mezquinas y como estimulante político. Los bolcheviques desterrados en Monastyrskoe, capitaneados por Spandarian, se encontraban aquel invierno tan faltos de azúcar y pieles que robaron en el comercio de la firma Revelion, que traficaba en esas preciosas mercancías. Cuando la policía inició la investigación, un desterrado llamado Petukhov delató a los ladrones. Víctimas del aislamiento y la paranoia en aquel túnel del tiempo siberiano, los confinados tomaron partido unos por los ladrones y otros por el delator. Spandarian pretendía castigar a Petukhov y someterlo a otro juicio del partido. Sverdlov apoyaba a Petukhov y pretendía juzgar a Spandarian por el robo. Pero Sverdlov mantenía una estrecha relación con la policía del lugar, dando clases de alemán a los agentes. Así que Spandarian y sus aliados acusaron a Sverdlov de ser un espía de la Ojrana y por tanto estar «contaminado moralmente».

Sverdlov boicoteó el juicio del partido en el que Spandarian, Vera y otros cinco votaron a favor de condenar a Petukhov. Stalin, que se había enfrentado a la expulsión en

sesiones similares a aquélla, se dedicó orgullosamente a mirar los toros desde la barrera, absteniéndose de votar a favor de la expulsión de Petukhov con el pretexto de que «debían expulsar a Petukhov y a Sverdlov». Los ánimos se caldearon tanto que algunos de los partidarios de Sverdlov fueron apaleados.

«El destierro es la peor cosa que existe», escribía Sverdlov, «no hay ni rastro de solidaridad ni de camaradería: el aislamiento y la distancia son infernales y sanguinarios». Entonces Spandarian «cayó gravemente enfermo… y empezó a escupir sangre al toser»[1].

«Pasamos mucho tiempo en la aldea», dice Merzliakov, el policía-ordenanza de Stalin. «Yo no tenía ni idea de a quién iba ver. I. V. [Stalin] acabó presentándose personalmente en la comisaría de policía para anunciarme que ya podíamos volver».

De regreso en Kureika, Soso sobrevivió al invierno de 1915-1916 en la hedionda habitación sucia de hollín que ocupaba en casa de los Pereprygin, continuando su relación sexual con Lidia. Se sintió encantado de recibir un paquete de Olga Alliluyeva desde San Petersburgo, que inspiró en él un singular sentimentalismo:

> ¡Mi respetadísima Olga, te estoy tan agradecido por los sentimientos bondadosos y puros que tienes hacia mí! Nunca olvidaré la cariñosa actitud que me has mostrado. Espero que llegue el momento en que me halle libre del destierro y pueda volver a San Petersburgo para agradeceros personalmente a ti a Sergo todo lo que habéis hecho por mí. Sólo me faltan dos años. He recibido el paquete. Gracias. Sólo os pido una cosa. No gastéis más dinero en mí. Vosotros mismos necesitáis el dinero. Mandadme en cambio postales con escenas de la naturaleza…

Anna y Nadia Alliluyeva, esta última ya de catorce años, enviaron a su héroe desterrado un traje nuevo, y escondieron una notita para él en un bolsillo.

En marzo de 1916, cuando todavía era posible utilizar el trineo por el Yenisei, Stalin aprovechó para ir a ver a Spandarian a Monastyrskoe y «enviar sus cartas», recuerda Vera. «A propósito», se lamentaba Soso a un camarada en una

carta de 25 de febrero, «dime por favor qué pasa con un artículo de K. Stalin titulado «Sobre la autonomía cultural nacional». ¿Ha sido publicado o se ha perdido nadie sabe cómo? Llevo más de un año intentando saber qué ha sido de él y no he podido tener noticias… ¿Que qué hago? ¡Desde luego no pierdo el tiempo! Saludos. Iosiv». El artículo había sido remitido a Lenin por mediación de los Alliluyev; pero no se sabe cómo se perdió para siempre.

Stalin encontró a Spandarian gravemente enfermo de tuberculosis y deficiencia cardiaca: el armenio solicitó que lo trasladaran de Turukhansk. Preocupado por Spandarian, también Stalin presentó una solicitud a las autoridades. Al cabo de unos días, tomó el trineo de regreso para Kureika. «Aquélla», dice Vera Shveitzer, «fue la última vez que vio a Suren Spandarian»[*].

Durante el verano, el inquilino georgiano dejó embarazada a Lidia por segunda vez y luego, como era habitual en él, se llamó andana. Los desterrados de la zona, refiere uno de ellos, Ivanov, «se enteraron de que [Stalin] había desaparecido de Kureika; … se fugó» durante unos meses. ¿Adónde fue? Ni siquiera Merzliakov estaba seguro. Permitió a «I. V.» salir a pescar solo río abajo, en la isla Polovinka «durante todo el verano… Simplemente escuché los rumores que decían que todavía no se había fugado». El policía se preguntaba qué podía estar haciendo Stalin en aquella isla perdida. «La Polovinka esa es un lugar vacío [deshabitado]. No hay nada más que arena. ¿Dónde iba a pescar? No había nadie allí». Pero resulta que Stalin pasó efectivamente el tiempo en la «vacía Polovinka».

En aquella isla remota sólo vivían unos cuantos cazadores de la comarca, pues era rica en animales. Stepanida Dubikova cuenta que «Osip» pasó buena parte del verano allí. «Le ayudamos a construir una pequeña cabaña para una sola persona con unas cuantas ramas de alerce». Stepanida y su familia, que construyeron su propia cabaña de madera de

alerce, eran las únicas personas además de él que había en Polovinka. «Osip solía visitar nuestra cabaña y yo le guisaba su plato favorito, esturión a la parilla». Stalin pasó varias semanas completamente solo en aquella cabaña monoplaza, pescando para su propia subsistencia, feliz en aquella soledad extrema. Pero alguna vez también abandonó la isla.

«Stalin vino a vernos» a Yeniseisk, refiere Badaev, el diputado de la Duma, «y nos entrevistamos allí… A pesar del secreto de su visita, todos los confinados tuvieron noticia de que el camarada Stalin estaba allí y se presentaron en casa para verlo». Debió de visitar también Kostino, pues en el camino de vuelta se detuvo en Miroedikha, donde anduvo de parranda con otro desterrado georgiano, Nestor Rukhadze, que «tocaba el acordeón y la balalaica». Stalin, vestido con «abrigo largo, sombrero con orejeras y chanclos de color rojo», se reunió con los jóvenes del lugar, que «pasaban las noches charlando, cantando y bailando».

Merzliakov no informó al capitán Kibirov de la desaparición de Stalin durante el verano. La noticia se propagó, pero Kibirov, sobornado o hechizado por Stalin (total, no sería más que el último de la larga fila de policías comprados por el futuro dictador), no hizo nada hasta que sus superiores se enteraron de que el desterrado georgiano había desaparecido, tras lo cual detuvo a Fiodor Taraseev. A éste le cayó un año y medio de cárcel por ayudarle a fugarse prestándole su barca. Stalin no recibió castigo alguno[*].

¿Qué estuvo haciendo Stalin durante el verano de 1916? Lo más probable es que su necesidad de ausentarse de Kureika tuviera que ver con el segundo embarazo de Lidia, de ahí la vaguedad maliciosa, pero discreta de Merzliakov. Puede que los hermanos Pereprygin estuvieran de nuevo a malas con él: cuando volvió a la aldea a comienzos del otoño, Stalin se trasladó de casa de los Pereprygin a la cabaña de Alexei Taraseev, para luego instalarse otra vez con los Pereprygin cuando el embarazo de Lidia, que ya había cumplido quince

años, estaba muy adelantado. Parece que durante la excursión por la zona que lo llevó hasta Yeniseisk y Krasnoyarsk fue a visitar a unos amigos, con los cuales estuvo de juerga, pero los aldeanos aseguran que estaba buscando la manera de no tener que casarse con su amante adolescente, a la que había dejado preñada de nuevo[2]. En 1916, la podredumbre que anidaba en la cabeza del Imperio había llegado ya a sus extremidades: la policía siberiana estaba aflojando su presión. «Logramos librarnos de todos los guardianes y agentes de policía», dice Badaev.

La guerra no iba bien. El emperador había abandonado San Petersburgo (rebautizada Petrogrado para no sonar tanto a alemán) y se había puesto al mando de sus ejércitos. En Petrogrado, su esposa, la insensata, neurótica y arrogante emperatriz Alejandra, dominaba el gobierno. Manipulada por Rasputín y una banda mediocre de saltimbanquis y bufones dispuestos a sacar provecho de la guerra, nombraba y destituía a sus sucesivos ministros, a cual más corrupto e inepto. Nadie lo sabía, pero al dominio tricentenario de los Románov le quedaban sólo unos meses de vida.

37

El trineo tirado por renos de Stalin y su hijo siberiano

En octubre de 1916, Stalin, que era un fanático marxista y tenía un brazo lesionado, fue reclutado junto con los demás desterrados. Se las había arreglado para librarse del servicio militar desde hacía más de diez años. El llamamiento a filas de los desterrados demuestra la escasez de hombres que tenía la maquinaria de guerra de los Románov, pero tanto Stalin como los funcionarios de la zona debían de saber que su brazo no habría superado la revisión médica. Los habitantes de Turukhansk afirman que Stalin persuadió a Kibirov de que incluyera su nombre en la lista de los reclutados con un «certificado falso», una artimaña que probablemente preparara durante su larga vacación veraniega. ¿Se presentó acaso voluntario para librarse de sus obligaciones maritales y de los últimos meses de destierro en Kureika?

«El jefe de la policía, Kibirov», recuerda Vera Shveitzer, «formó el primer grupo de nueve confinados que debían ser enviados a Krasnoyarsk». Stalin dejó de andar haraganeando por Kureika. Se despidió rápidamente, regalando a la mujer que lo había cuidado «una fotografía firmada y dos abrigos». Luego, tras ser «despedido como un auténtico héroe», partió hacia Monastyrskoe en compañía de Merzliakov.

Cuando ya se había ido, más o menos en abril de 1917, Lidia dio a luz un hijo al que puso por nombre Alexander. Tardó mucho tiempo en informar al padre de lo sucedido… y Stalin nunca se puso en contacto con ella. Pero de alguna forma se enteró de lo que había pasado: dijo a las hermanas

Alliluyev que durante su último destierro había tenido un hijo siberiano. Evidentemente los sentimientos de paternidad no suponían ningún freno para él, ni siquiera la curiosidad afectiva.

Stalin abandonó a su hijo, pero Turukhansk lo hizo en cierto modo todavía más ruso. Quizá Siberia congelara parte del exotismo georgiano que tenía. Stalin llevó consigo al Kremlin la seguridad en sí mismo, la actitud de alerta, la frialdad y la soledad del cazador siberiano. El generalísimo Stalin decía la verdad cuando en 1947 escribió a uno de sus amigos pescadores de Kureika en los siguientes términos: «No te he olvidado ni a ti ni a mis amigos de Turukhansk. Probablemente no os olvide nunca». Molotov lo expresa mejor: «Un pedazo de Siberia viviría dentro de Stalin durante el resto de su vida»[*].

En torno al 12 de diciembre de 1916, Kibirov juntó a los dos grupos de desterrados, veinte en total, para trasladarlos a Krasnoyarsk. «Stalin», escribe Sverdlov, «se encontraba entre los camaradas». A Sverdlov se le privó de la gloria de una muerte casi segura en algún campo de batalla olvidado del Frente Oriental por ser judío, uno de los pocos beneficios del antisemitismo de los Románov. Los demás confinados rogaron a Stalin que se reconciliara e hiciera las paces con Sverdlov. Pero él se negó.

Los conscriptos partieron en un pintoresco desfile de trineos adornados con banderines y tirados por renos. A los desterrados, provistos de mandolinas y balalaicas, «se les entregó un *sakun* siberiano, que es un abrigo de pieles, *bokari* —botas de pelo de reno—, y guantes y gorros también de piel de reno», recuerda otro pasajero, Boris Ivanov. «Sólo viajaba una persona en cada trineo, en una especie de cesta de la ropa», pero la policía los acompañaba galopando por el Yenisei helado, deteniéndose en veinticinco pequeños poblados que habían recibido la orden de suministrar «camas,

almohadas de plumas, leche, carne y pescado. En algunos lugares nos detuvimos varios días».

Stalin tomó el mando y decidió que «no teníamos ningún motivo para darnos tanta prisa. Estábamos agotados, ¿pero por qué debíamos correr tanto para hacer la instrucción?», recuerda uno de sus compañeros de viaje. ««Ya tendremos tiempo de sobra», dijo Stalin, «para que los alemanes nos hagan picadillo»».

Los desterrados celebraban a veces «una fiesta que duraba dos o tres noches», en la que Stalin llevaba literalmente la voz cantante. Los policías se quejaron y telegrafiaron a Kibirov, que amenazó con «enviar a los cosacos contra nosotros, pero nosotros le mandamos otro telegrama diciéndole: "Estamos preparados para tus cosacos". Stalin intervino en la redacción del telegrama». Se las arregló para convertir el viaje en una parranda en trineos tirados por renos que duró casi dos meses. En un momento dado a lo largo del camino los convictos juerguistas celebraron la llegada del nuevo año: 1917.

Por fin, en torno al 9 de febrero, los trineos llegaron a Krasnoyarsk. La policía permitió a los desterrados, bajo palabra de honor, quedarse unos días en la ciudad antes de presentarse en la Comandancia Militar. Stalin se instaló en el piso de un bolchevique, Ivan Samoilov, y luego hizo venir de Achinsk a Vera Shveitzer. La mujer le contó que Spandarian había muerto.

Stalin se presentó ante el inspector médico, que lo declaró «no apto para el servicio militar» debido al problema de su brazo. Aquel dictamen resultaba conveniente, aunque también embarazoso para un futuro Máximo Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas que, a sus propios ojos, tenía tanto de político como de soldado. Stalin nunca perdonó a Anna Alliluyeva que revelara en sus memorias, publicadas al poco de finalizar la segunda guerra mundial, que había sido declarado «no apto».

El 16 de febrero solicitó al gobernador de Yeniseisk autorización para pasar los últimos cuatro meses de su confinamiento en una población vecina, Achinsk, «una gran aldea de seis mil habitantes, con dos iglesias y casitas de un solo piso», situada más al oeste, en la línea del transiberiano, y en la que por entonces vivían Vera Shveitzer y Kamenev.

El 21 de febrero se trasladó al piso de Vera Shveitzer en Achinsk, al mismo tiempo que, a miles de kilómetros de distancia hacia el oeste, la emperatriz Alejandra empezaba a perder el control de Petrogrado. A los dos días, el 23, la multitud se sublevaba en la capital, mientras Stalin entraba a vivir en una de las casitas de Achinsk. «No tenía nada», recuerda la hija de su patrona, «sólo llevaba un abrigo negro y un gorro de astracán gris. Salía de casa después del almuerzo y regresaba tarde por la noche»: Pero a menudo recibía la visita de «una mujer morena de nariz griega, vestida con una chaqueta amarilla, y pasaban mucho tiempo juntos; solía atenderla en la entrada, y él mismo cerraba las puertas». Esa mujer era Vera Shveitzer, de la que no se separaría durante esos diez días: «La mujer vivía con él». Las memorias dan a entender que vivían juntos, pero no sabemos si sólo eran compañeros de cuarto, aunque Shveitzer siempre lo saludaba besándole en los labios: «¡Oh, Koba! ¡Oh, Koba!».

El domingo 26 de febrero murieron en Petrogrado cincuenta personas en los enfrentamientos que se produjeron entre la multitud y los cosacos. La matanza envalentonó a la muchedumbre y numerosos soldados empezaron a desertar del ejército del zar. Al día siguiente, las masas asaltaron el arsenal, se apoderaron de ciento cincuenta mil fusiles, quemaron el cuartel general de la policía y lincharon a varios agentes. Uno de ellos fue arrojado por la ventana de un cuarto piso, cayendo en medio de la multitud que, con palos y las culatas de los fusiles, lo golpearon hasta convertirlo en un amasijo sangriento.

En Achinsk se ignoraban esos acontecimientos. Kamenev y su esposa, Olga, la hermana de Trotski, abrían las puertas de

su casa para celebrar elegantes reuniones. «Solía pasar las tardes en casa de los Kamenev», recuerda Anatoly Baikaloff, otro desterrado, hijo de un magnate que poseía minas de oro. «Djugashvili, u Osip como lo llamábamos, era huésped asiduo de los Kamenev». Kamenev, «brillante orador y conversador instruido», ensombrecía al «insípido y adusto Stalin, carente de color y de ingenio». Cuando Soso decía algo, «Kamenev lo rebatía con alguna observación lacónica y casi despectiva». El «taciturno y hosco Stalin» se limitaba a dar chupadas a su pipa, cuyo «humo venenoso irritaba a la esposa de Kamenev, bella, pero engreída y caprichosa», que «se ponía a toser y le imploraba que parara de una vez. Pero él no le hacía nunca caso».

En Petrogrado ya no reinaba el zar. El 1 de marzo, en el palacio Taurida, se formó un gobierno provisional presidido por un nuevo primer ministro, el príncipe Georgi Lvov. En el mismo edificio, un Soviet de Trabajadores y Soldados eligió un Comité Ejecutivo, presidido por el menchevique georgiano Karlo Chkheidze. Estas dos instituciones paralelas tomaron el poder. El emperador, aislado, mal informado y deprimido, intentó volver a la capital cuando era demasiado tarde. Pero su tren quedó inmovilizado en Pskov y de ese modo se desaprovechó el apoyo de sus generales.

El 2 de marzo, tras declarar que «estaba convencido de que había nacido para ser infeliz y de que había traído la infelicidad a Rusia», Nicolás II abdicó no a favor de su hijo hemofílico, Alexei, sino de su hermano, el gran duque Miguel, que lo sucedió con el nombre de Miguel II. Pero sólo técnicamente.

El nuevo Ministro de Justicia, Alexander Kerenski, telegrafió a Achinsk para ordenar la liberación de los diputados de la Duma desterrados: «Todo está en manos del pueblo. Las cárceles están vacías, los ministros han sido arrestados. La emperatriz está vigilada por nuestra gente». Por la noche, Achinsk tuvo conocimiento de que por fin había

llegado la revolución, «pero todo el mundo hablaba en voz baja».

«El día que recibimos el telegrama era día de mercado y decidí que los campesinos del lugar no debían abandonar la plaza sin saber lo que había pasado…, así que corrí a contárselo… Ya no había zar», recuerda una bibliotecaria bolchevique llamada Alexandra Pomerantseva, que compartía casa con Stalin. «Por el camino me encontré con el camarada Stalin», que «se fijó en mi expresión de entusiasmo».

—¿Dónde vas tan deprisa? —le preguntó.

—Voy corriendo al mercado a contar a los campesinos lo de la revolución.

Stalin «aprobó mi decisión», y la mujer se dirigió a la plaza del mercado.

El 3 de marzo, Miguel II abdicó cuando vio que el gobierno no podía garantizar su seguridad. El día 4, el alcalde de Achinsk inauguró una asamblea municipal en la que Kamenev propuso enviar un telegrama felicitando al gran duque Miguel por su decencia cívica. El diputado desterrado lamentaría luego aquel gesto antibolchevique y haber expresado su agradecimiento a los Románov. «A la mañana siguiente», Stalin, que ese día se había trasladado a Krasnoyarsk, recordaba allá por los años veinte, «me enteré de todo por el propio camarada Kamenev, que vino a decirme que había hecho una tontería». Kamenev negó haberlo firmado y acusó a Stalin de mentir.

Stalin telegrafió a los Alliluyev en Petrogrado: estaba de camino. Pasó su última noche en Achinsk con Vera Shveitzer. El 7 de marzo, unos carruajes condujeron a Kamenev, Shveitzer y Stalin a la estación, donde tomaron el tren llenos de júbilo. El viaje duró cuatro días. En cada estación, los bolcheviques que volvían finalmente a casa competían con los oradores locales, llenos de entusiasmo, dirigiendo alocuciones a la multitud. Kamenev pronunciaba discursos; Stalin

observaba. Más tarde se reiría de aquellos oradores, remedando su ingenuidad entusiasta:

—¡La sagrada revolución, esperada durante tanto tiempo, nuestra querida revolución por fin ha llegado!

La mañana del 12 de marzo de 1917, Stalin, vestido con el traje que había llevado en la fiesta de julio de 1913 y unas *valenki* (típicas botas rusas acolchadas), y sin más equipaje que un pequeño maletín de mimbre y una máquina de escribir, llegó a Petrogrado[1].

Quinta parte

A Rafael Eristavi

Cuando los lamentos de los trabajadores del campo
te conmovieron hasta derramar lágrimas de compasión,
gemiste a los cielos, oh bardo,
situado a la cabeza de las cabezas del pueblo;
cuando ante el bienestar del pueblo
te exaltaste complacido,
hiciste sonar tus cuerdas con dulzura,
como si fueras un hombre enviado por los cielos;
cuando cantabas himnos a la madre patria,
que era todo tu amor,
para ella tu arpa producía
un sonido que cautivaba los corazones…
entonces, oh bardo, un georgiano
te habría escuchado como si fueras un monumento celestial
y por tus esfuerzos y aflicciones del pasado
te corona con el presente.
Tus palabras en su corazón
han echado raíces;
recoge ahora, santo encanecido,
lo que sembraste en tu juventud;
a modo de hoz, utiliza el sentido
grito del pueblo en el aire:
«¡hurra por Rafael! ¡Ojalá la patria tuviera
muchos hijos como tú!».

SOSELO
(IOSIV STALIN)

38

Primavera de 1917: Líder vacilante

«Caía una nieve blanda, como una pelusa», dice Vera Shveitzer. «En cuanto nos apeamos del tren, sentimos una ráfaga del vendaval político y revolucionario que soplaba en la capital». Stalin, miembro del Comité Central, estaba de vuelta, y sus sueños de toda la vida se habían hecho realidad. Sin embargo, ninguna comitiva se presentó en la estación Nicolás a darle la bienvenida. Soso y Vera dejaron que el entusiasmo los arrastrara por las calles: «Flotando entre la multitud urbana, fuimos recorriendo la Perspectiva Nevski».

Paseando por los bulevares Stalin ya no tenía miedo de ser detenido ni se veía obligado a pensar en algún viejo conocido en cuya casa pudiera refugiarse. Los tiroteos, los tumultos y la euforia de la Revolución de Febrero habían cambiado por completo la capital: en aquellos momentos San Petersburgo era casi la ciudad más libre de Europa. Las limusinas, empezando por los Rolls-Royces requisados de los grandes duques, y los carros blindados, recorrían la ciudad haciendo sonar sus bocinas, llenos de obreros, muchachas ligeras de ropa y soldados ondeando banderas y blandiendo sus armas. De las imprentas salían a todas horas periódicos que representaban todo tipo de ideas políticas, mientras que los panfletos de carácter abiertamente pornográfico hablaban de la lasciva ninfomanía lésbica de la emperatriz destronada y de sus orgías con Rasputín. Los odiados agentes de policía —los *faraones*— habían desaparecido, las águilas bicéfalas habían sido aplastadas, pero en realidad la lucha de clases todavía no había empezado. Los bravucones obreros armados de las grandes fábricas amenazaban a los burgueses atemorizados,

los *burzois*, pero los teatros seguían funcionando —en el Alexandrinski se representaba *Mascarada* de Lermontov—, y los restaurantes de postín habían vuelto a abrir sus puertas una vez concluidos los disturbios callejeros.

«Había mítines[*] y discursos por todas partes», recordaba Molotov, fruto de «la primera experiencia de libertad en sentido pleno». Incluso las prostitutas y los ladrones celebraban mítines y elegían soviets. Todo había sufrido un vuelco: los soldados llevaban las gorras colocadas al revés, con la parte de atrás delante, y vestían uniformes comprados en tiendas de disfraces; las mujeres utilizaban gorros y pantalones militares. La gente se sentía repentinamente libre de todo tipo de ataduras en aquel febril carnaval: «Llevados por la euforia, hombres y mujeres realizaban actos sexuales, desde besos y caricias hasta el coito», escribe Orlando Figes, «abiertamente en las calles»[1].

Stalin y Vera se encaminaron directamente al centro del poder. «Mientras iba charlando con nosotros, el camarada Stalin llegó sin darse cuenta al Palacio Taurida», donde se dieron de manos a boca con Elena Stasova y Molotov. Aquella noche, Stalin, Molotov, Vera Shveitzer, Stasova y los integrantes del Buró Ruso discutieron la situación. Nadie estaba seguro de cuál era el siguiente paso que debía darse.

«Rusia *era* un Imperio, pero "¿qué es lo que es ahora?". El sistema político que descubrieron que estaba vigente en el Palacio no era, según escribe el diputado de la Duma Vasili Shulgin, «ni una república ni una monarquía: era una formación estatal sin nombre». El príncipe Lvov, el honrado Primer Ministro, presidía un gabinete de conservadores y liberales, los llamados «Cadetes» del Partido Democrático Constitucional. El Soviet, presidido por Chkheidze, del cual formaban parte mencheviques, bolcheviques y socialistas revolucionarios, era tan poderoso como el gobierno. Únicamente Kerenski formaba parte del Soviet y del gobierno a la vez: «Sólo Kerenski sabía bailar en el barrizal

revolucionario sin perder el equilibrio». Pero en realidad no sabía cómo hacerlo; hasta entonces, nadie se había visto en semejante trance.

Cuando el zar abdicó, las grandes fieras de la jungla socialdemócrata estaban en el extranjero:Trotski y Bujarin en Nueva York, Lenin y Martov en Suiza. Los desconcertados bolcheviques de Petrogrado estaban dirigidos por un personaje de segunda fila, Alexander Shlyapnikov, un obrero de treinta y tres años, y por el joven Molotov, de sólo veintisiete[*]. Había menos de veinticinco mil bolcheviques en toda Rusia y sólo alrededor de mil eran activistas veteranos.

Unos días antes, Lenin había confesado que la revolución «podría no tener lugar en nuestros tiempos». Cuando se enteraron de lo sucedido, Krupskaya comentó:

—Quizá no sea más que otro truco

—¡Es asombroso! —exclamó Lenin— ¡Qué sorpresa!

Illich empezó a enviar instrucciones a Molotov y a Shlyapnikov: había que poner fin a la guerra; pero el gobierno provisional se oponía. Sin embargo, en la reunión del Buró Ruso, Stalin, de treinta y ocho años, y Kamenev, de treinta y cuatro, pretendieron hacerse con el control y saltarse a la torera las órdenes de Lenin, deseosos de apoyar al gobierno provisional, siempre y cuando decretara una guerra defensiva y concediera las libertades civiles fundamentales.

Se produjo una «reyerta». El Buró rechazaba totalmente a Kamenev, exigiendo que diera una explicación de sus traiciones, y sólo accedió a elegir por cooptación a Stalin «con un papel de asesor… a la luz de ciertos rasgos personales que son fundamentales en él». Su egocentrismo y su insolencia (y probablemente sus aventuras sexuales) eran notorios[2].

Cuando Anna Alliluyeva llegó al piso de la familia, que por entonces vivía a las afueras, donde sólo llegaba un pequeño tren suburbano, se encontró a algunos camaradas charlando (Yenukidze había sido uno de los primeros en

llegar), pero «me fijé en el perchero y no supe reconocer a quién pertenecían el abrigo negro y la larga chalina de rayas que había sobre la mesa».

—¿Quién está aquí? —preguntó.

—Stalin ha vuelto —comentó alguien—. Viene del destierro. ¡Acaba de llegar!

La muchacha corrió a saludarlo («Estábamos esperándolo»). El recién llegado estaba dando paseos arriba y abajo por la habitación. Anna se sorprendió al ver cuánto había cambiado. «La ropa era la misma… el traje negro y la camisa azul», pero «su rostro había cambiado; no sólo estaba cansado y flaco, con las mejillas hundidas, sino que parecía más viejo. Sólo los ojos y aquella sonrisa burlona eran los mismos de siempre».

—¿Ves? ¡Por fin os he encontrado! —exclamó Soso— ¡Cogí el tren y pensé que no iba a localizaros nunca! ¿Cómo está Olga? ¿Sergei, Pavel, Fedia? ¿Y dónde está Nadia?

Sergei dirigía una central eléctrica; Olga trabajaba de enfermera; Pavel estaba en el frente; Fiodor estudiaba; y Nadia estaba en clase de música.

—¿Tienes hambre? —preguntó Anna, al tiempo que encendía el samovar.

Justo en ese instante llegó su padre. Los hombres intercambiaron sus noticias con una «voz que denotaba su nerviosismo». Luego apareció Nadia, con sus ojos negros, su mirada intensa y su aire exuberante, vestida con abrigo y sombrero.

—¡Iosiv está aquí!

Padres e hijos saludaron y rodearon a Stalin, que se vio convertido en el héroe de una acogedora familia chejoviana habituada al confort propio de la clase media, algo que él no había conocido nunca.

«Todo el mundo reía», mientras «Stalin remedaba a los oradores de provincias a los que había oído pronunciar discursos en las estaciones durante el viaje de vuelta del destierro». Anna y Nadia pusieron la mesa mientras Soso contaba con su habitual gallardía sus aventuras del exilio. Accedió a quedarse a pasar la noche en la casa, acostándose en el comedor al lado de Sergei.

—¿A qué hora nos levantamos por la mañana? Mañana por la mañana tengo que pasarme por *Pravda*.

—Nos levantamos temprano —dijo Olga—. Ya te despertaremos.

Olga y sus hijas se retiraron a la habitación contigua, pero no pudieron pegar ojo en toda la noche; especialmente cuando Nadia empezó a repetir las historias que había contado Soso acerca de los oradores. «Era tan divertido que nos echamos a reír a carcajadas», refiere Anna. «¡Intentamos parar, pero no podíamos contenernos, y nos reíamos cada vez más fuerte!».

—¡Callaos, jovencitas! —gritó su padre.

—¡Déjalas, Sergei! —terció Stalin— Son jóvenes. ¡Déjalas que se rían!

A la mañana siguiente cogieron el tren hacia la ciudad y dijeron a Soso que iban a ver un piso nuevo en el número diez de la calle Rozhdestvenski. Cuando bajó del tren, Stalin exclamó:

—¡Qué bien! ¡Pero no olvidéis reservar una habitación para mí!…[3]

Stalin reclamó su derecho al liderazgo no ya en el Palacio Taurida, sino en el cuartel general de los bolcheviques, que ahora se encontraba en la pecaminosa mansión de la «concubina del zar». Matilde Kseshinskaya[*]. «Aquella madriguera de lujo, espuelas y diamantes, situada enfrente del Palacio de Invierno», según la descripción de Trotski, tenía un emplazamiento vital desde el punto de vista estratégico, pues

estaba cerca de la Fortaleza de Pedro y Pablo y de las fábricas de Vyborg.

En los *boudoirs* y salones de la bailarina, Stalin logró reafirmar su posición, imponiéndose sobre el mequetrefe de Molotov y el Buró Ruso. El 15 de marzo, Stalin y Kamenev asumieron el control de *Pravda* e ingresaron en el Presidium del Buró. «Fui puesto de patitas en la calle», contaba Molotov. «Stalin y Kamenev me expulsaron con mucha delicadeza y gran habilidad porque tenían más autoridad que yo y eran diez años más viejos, de modo que yo no opuse resistencia». Nombrado representante de los bolcheviques en el Comité Ejecutivo del Soviet, Stalin fue bien acogido en el Palacio Taurida por sus compatriotas georgianos, Chkheidze e Irakli Tsereteli, el orador estrella. Stalin estaba entusiasmado con la nueva política, pero incluso en aquellos días vertiginosos veía la vida como una lucha maniquea entre la luz y las tinieblas. «El carro de la Revolución Rusa», declaraba, «avanza a gran velocidad esparciendo luz», pero «mirad a vuestro alrededor y veréis que la labor siniestra de las fuerzas oscuras continúa de manera incesante». Stalin permanecería en silencio y alerta. «En el trabajo del Soviet», recuerda el diarista menchevique Nikolai Sujanov, «la impresión que me causó… fue la de un personaje borroso y gris».

Desde la lejana Suiza, Lenin atacaba en vano al gobierno provisional y exigía la firma inmediata de la paz con Alemania, pero en Petrogrado, Stalin y Kamenev dieron un giro a la derecha y se mostraron a favor de una conciliación pacífica, con la esperanza de atraer hacia el partido a los mencheviques internacionalistas radicales, actitud que no podemos calificar de absurda, sobre todo teniendo en cuenta que insistían en llevar a cabo una política exterior radical[*]. Pero lo único que consiguieron con ello fue «sembrar la confusión y la indignación entre los miembros del partido», decía Shlyapnikov en tono de reproche. Molotov estaba encantado de tener razón al oponerse a «su línea defensista, un gran error, un error de Stalin». Kamenev y Stalin, comentaba

desdeñosamente Trotski, habían convertido a los bolcheviques en «un grupo parlamentario entre bastidores con el fin de presionar a la burguesía».

Pero los críticos hacia la persona de Stalin exageraban lo absurdo de sus planteamientos. Es indudable que durante aquellos diez días se mostró prudente y anodino, pero la moderación de su política era sensata, realista y táctica. Trotski admite que Stalin «traducía las ocultas convicciones de muchos de los “viejos bolcheviques”»; y de la mayoría de los mencheviques. Incluso Krupskaya, al escuchar las alharacas extremistas de Lenin, murmuró:

—Parece que Illich está fuera de sus casillas.

Los bolcheviques, pues, no tenían esperanza alguna de derrocar al gobierno provisional. Lenin era muy audaz, pero no estaba en contacto con la realidad. Además, ni siquiera él era fiel a su programa radical: enseguida dio marcha atrás en algunos puntos y no dudó en buscar componendas, antes de volver a plantearlo a finales de año.

En su exilio de Suiza, Lenin estalló en cólera al leer el discurso de Chkheidze acerca de la reconciliación con los bolcheviques.

—¡Esto no es más una mierda! —gritó.

—¡Vladimir! ¿Qué lenguaje es ése? —exclamó Krupskaya.

—Lo repito. ¡Una mierda!

Lenin empezó a escribir sus *Cartas desde lejos*, con el propósito de corregir lo absurdo de los planteamientos de Kamenev y Stalin. Los artículos de este último eran publicados casi a diario.

Entonces, el 18 de marzo, Stalin dejó de escribir durante una semana, quizá para hacer una nueva evaluación de su política. Lenin estaba de camino[4].

39

Verano de 1917: Marineros por las calles

El 27 de marzo de 1917, Lenin, Krupskaya, Zinoviev y Tskhakaya, el patrono georgiano de Stalin, montaron en el famoso Tren Precintado. Casi un mes después de la Revolución de Febrero, Lenin había encontrado por fin el modo de regresar a Rusia. En el ínterin, había estado pensando en tomar un tren haciéndose pasar por un sueco sordomudo o en darse un paseíto por toda Europa central en un biplano desvencijado.

—Debemos llegar a Rusia —decía—. ¿Pero cómo?

Afortunadamente, el alto mando alemán creía que la inoculación clínica de Lenin y su bacilo revolucionario en Rusia podía infectar al país con el virus del pacifismo y hacerlo salir de la guerra[1].

Lenin dominó el Tren Precintado como haría con la propia Rusia: aprobaría la prohibición de fumar introducida en nuestra época e insistiría en fijar las normas relativas a los fumadores y los derechos de utilización de los lavabos en todo el tren, preparándose, como decía en broma el bolchevique Karl Radek, «para asumir la presidencia del gobierno revolucionario». A los fumadores sólo se les permitía encender sus cigarros en los lavabos, mientras que a los no fumadores se les proveía de unos pases de lavabo «de primera clase» especiales que les daban prioridad de acceso a los servicios.

El 3 de abril, se detuvieron en la estación de Beloostrov, en la frontera ruso-finlandesa, en los que, con su estilo

grandilocuente, Krupskaya llamaría «aquellos deliciosos vagoncitos desvencijados de tercera clase». La amiga de Stalin, Ludmilla Stal, acudió a recibir a Krupskaya al frente de una delegación de mujeres. Kamenev subió alegremente al tren a saludar a Lenin, pero se llevó un chasco.

—¿Qué demonios has estado escribiendo? —aulló Illich al verlo— Hemos leído unos cuantos números de *Pravda* y te hemos echado una maldición sin paliativos.

El tren prosiguió su viaje hacia la Estación de Finlandia de Petrogrado. Stalin subió también al vagón para saludar al «Viejo», que, sin embargo, sólo tenía cuarenta y seis años. Con su típico sombrero de fieltro, su traje de *tweed* y su paraguas burgués, aquel hombre calvo y bajito era un extraño en Rusia, tanto en la nueva como en la vieja. Pero el Lenin de aquellos tiempos era más colérico, más violento, más despiadado e impaciente que el hombre que había marchado al exilio diez años antes. Si bien carecía de la malicia vengativa de Stalin, se parecía más a éste que a la amable imagen paternal difundida después por la propaganda soviética.

—No puedo escuchar música demasiado a menudo —dijo después de oír la Appassionata de Beethoven—. Me hace querer decir cosas amables y estúpidas y acariciar la cabeza de las personas. Pero ahora hay que golpear, golpear sin piedad.

Lenin se regodeaba ya con la idea de librar esa nueva batalla. «Una campaña de combate tras otra», decía a su antigua amante, Inessa Armand. «Eso es mi vida». Stalin habría dicho lo mismo. Aunque procedían de unos mundos tan distintos —uno tenía los modales de un aristócrata, el otro los de un campesino—, tenían los mismos sentimientos y propugnaban métodos idénticos.

No sabemos lo que Lenin dijo a Stalin en el vagón[*], pero prácticamente en cuanto se vieron, el georgiano abandonó al débil Kamenev y respaldó al Viejo.

Poco antes de dar la media noche, Lenin «se apeó del vagón en compañía de Stalin», comenta Molotov, que se hallaba presente. El célebre, pero misterioso Lenin se encontró la Estación de Finlandia inmersa en una verdadera fiesta revolucionaria. Una banda militar se había puesto a tocar la «Marsellesa», y los reflectores iluminaban a la multitud enfebrecida. Lenin pasó revista a una guardia de honor de marineros revolucionarios de la base de Kronstadt, y desfiló ante dos mil obreros de la fábrica Putilov, una multitud que ondeaba banderas rojas, y una formación de carros blindados.

Una falange de guardias rojos —obreros bolcheviques armados— escoltó a Lenin hasta la Sala Imperial de la estación, donde fue saludado por el presidente del Soviet, Chkheidze. Pero Illich se encaramó entonces a un carro blindado para declarar ante la multitud, en medio de la cual se encontraban Molotov, Voroshilov y Alliluyev, que el gobierno provisional, con sus «discursos blandos y sus grandes promesas, os está engañando, lo mismo que está engañando a todo el pueblo ruso». El discurso, escribe un testigo, «sobrecogió y sorprendió a los Fieles… como el estampido de un trueno». Los bolcheviques debían derrocar al gobierno, poner fin a la «guerra imperialista predatoria», y transferir inmediatamente el poder a los soviets.

Muchos creían que el Viejo estaba loco y que no pisaba con los pies en la tierra. «Lenin no es más que una vieja gloria», comentó el menchevique Skobelev al príncipe Lvov. Sin embargo, hasta sus adversarios se vieron obligados a admirar su furiosa seguridad: «¡Qué fuerza tan sorprendente!», comenta Sujanov. «¡Qué capacidad de ataque tan sobrehumana desplegaba Lenin!».

Envuelto en el estruendo de las bandas y rodeado de obreros y soldados, Lenin recorrió las calles con sus carros blindados hasta llegar a la Mansión Kseshinskaya, donde dirigió una arenga a los bolcheviques incrédulos en el antiguo salón de la bailarina, decorado con columnas blancas. A la mañana siguiente, volvió a dirigirse a ellos en la Sala 12 del

Palacio Taurida. «Todos estábamos pasmados», dice Molotov. Al principio, sólo Alexandra Kollontai lo apoyaba sin reservas. Los bolcheviques, señala Trotski, «estaban tan poco preparados para Lenin como lo habían estado para la Revolución de Febrero».

El *tour de force* que hizo Lenin le permitió ganarse a Stalin, que luego confesaría: «Muchas cosas quedaron aclaradas». El pueblo deseaba paz y tierras, pero, a pesar de sus buenas intenciones, el gobierno insistía en respetar las promesas hechas por el zar de combatir a Alemania, y aplazó torpemente la solución al problema de las tierras para varios meses más tarde, cuando se eligiera una asamblea constituyente. Sólo Lenin se dio cuenta de que aquel intervalo era una oportunidad única que se le brindaba para adueñarse de Rusia. A partir del 6 de abril, Lenin y Stalin empezaron a colaborar estrechamente en *Pravda*[2].

El 18 de abril, Lenin recibió la ayuda inesperada del Ministro de Asuntos Exteriores Milyukov, que cometió la torpeza de publicar una nota diplomática informando a Gran Bretaña y Francia de que Rusia tenía la intención de anexionarse los territorios otomanos, lo que suponía una guerra imperialista sin emperador. El Soviet había apoyado al gobierno provisional siempre y cuando participara únicamente en una guerra defensiva. La ola de rechazo que provocó aquel comunicado acabó por hacer añicos el frágil gobierno. El príncipe Lvov formó una nueva coalición con Kerenski como Ministro de la Guerra.

Los bolcheviques radicales exigieron una sublevación armada. En el primero de los numerosos desmentidos y gestos de marcha atrás que hizo tras llegar disparando todas sus baterías ideológicas, Lenin no tuvo más remedio que frenar a sus seguidores más exaltados: la sublevación era «inapropiada… de momento». Cuando el 24 de abril dio comienzo la Conferencia de los bolcheviques en el salón de baile de la Mansión Kseshinskaya, Lenin «entró como un

inspector habría irrumpido en un aula». Hasta la llegada de Illich, pensaba Ludmilla Stal, «todos los camaradas andaban errantes en las tinieblas». Stalin desde luego estaba decididamente fuera de esas tinieblas. Cuando Kamenev arremetió contra Lenin, Stalin ridiculizó a su antiguo aliado. Se había vuelto otra vez leninista; lo cual no significaba que estuviera de acuerdo en todo con Lenin[*].

Stalin presentó el informe sobre la cuestión nacional. Salió vencedor en el debate, pero seguía siendo conocido sobre todo por sus actos de gangsterismo en el Cáucaso y necesitaba el apoyo de Lenin. «Conocemos al camarada Koba desde hace muchos años», declaró Illich. «Solíamos reunirnos en Cracovia, donde tenía su sede nuestro Buró. Su actividad en el Cáucaso fue importante. Es un buen trabajador en todo tipo de misiones de responsabilidad». Molotov recordaba que Lenin explicó la esencia de la atracción que para él tenía Stalin: era una «figura imponente. A Stalin podía asignársele cualquier tarea».

El 29 de abril, con noventa y siete votos, Stalin salió el tercero en las elecciones al Comité Central, justo por detrás de Lenin y de Zinoviev, resultado que ponía de manifiesto la posición que ocupaba en el partido. Stalin pasaba últimamente la mayor parte del tiempo en el Soviet, editando *Pravda* o trabajando en el Comité Central con Lenin. El Comité Central eligió por primera vez a Lenin, Stalin, Kamenev y Zinoviev como Buró encargado de la toma de decisiones, precursor del todopoderoso Politburó[3].

El 4 de mayo, llegó por fin de América Trotski e inmediatamente deslumbró a toda Petrogrado hablando casi cada noche en el *Cirque Moderne*, atiborrado de público, donde «a menudo era llevado en volandas hasta el escenario» por la multitud. Según señala Sujanov, «estaba embriagado por la popularidad».

Lenin se dio cuenta del valor de Trotski y lo cortejó, invitándolo a unirse a los bolcheviques una semana más tarde.

Lo único que los separaba, decía Lenin, era la «ambición». Stalin debió de sentirse ofendido por la vuelta de aquella estrella revolucionaria. En 1917 escribiría más de sesenta artículos, pero Trotski declararía con desdén que sólo hacía «comentarios insulsos acerca de sucesos brillantes». Cuando Lenin nombró una delegación para negociar con Trotski, Stalin quedó, como es natural, excluido de ella.

A diferencia de Trotski, Stalin no se distinguió en particular en 1917. Él mismo expone mejor la situación: «Antes de la revolución, nuestro partido llevaba una existencia clandestina… era un partido secreto. Ahora las circunstancias han cambiado». Y a decir verdad esas circunstancias no encajaban con él. Donde él brillaba era en la sombra.

El año 1917 fue de hecho la única experiencia que tuvo Stalin de la política democrática abierta, un ambiente que distaba mucho de ser el ideal de un individuo adiestrado en las sanguinarias intrigas de los clanes del Cáucaso. Hablaba con un ridículo acento georgiano. «No me enteraba mucho de lo que decía», explica un testigo, «pero de una cosa me di cuenta: todas las frases de Stalin eran afirmaciones afiladas y cortantes que se caracterizaban por la claridad de su formulación». Un trabajador que lo oyó hablar pensó que «lo que decía sonaba bien, era comprensible y sencillo, pero no sé por qué uno no se acordaba después de nada de lo que había dicho». «Evitaba pronunciar discursos en las asambleas masivas», pero su antioratoria sencilla y modesta resultaba curiosamente eficaz y convincente para todos aquellos —y eran muchos—que desconfiaban de los intelectuales más aparatosos.

Cuando Lenin se hizo con el poder y, atacado por todos los flancos, dirigió su gobierno como si fuera una camarilla de conspiradores, Stalin volvió a encontrarse en su elemento.

El 3 de junio, las jóvenes fans de Soso, Anna y Nadia Alliluyeva, fueron a admirar a su héroe al I Congreso de los Soviets en la Escuela Militar sita en la isla Vasilevski. «Stalin y Sverdlov asistieron a las sesiones inaugurales. Fueron los

primeros en llegar junto con Lenin. Vi cómo los tres entraban en la sala vacía», recuerda Anna Alliluyeva, que trabajaba para el partido. «Llevábamos muchos días sin ver a Stalin y la habitación que tenía en nuestro piso estaba vacía».

—Debemos llamarlo —dijo en voz baja Nadia, todavía una colegiala—. Tal vez haya cambiado de opinión respecto a lo de venir a vivir a nuestra casa.

Al día siguiente, las dos hermanas fueron testigos del momento más dramático del Congreso.

—No existe en Rusia ningún partido que se atreva a decir: «Poned sencillamente el poder en nuestras manos» —tronó el menchevique Tsereteli.

En ese momento, Lenin saltó de su asiento y gritó:

—¡Sí que existe ese partido!

Vereshchak, el compañero de celda de Stalin en la Bailovka, se fijó en que «Lenin, Zinoviev y Kamenev fueron los principales oradores», pero «Sverdlov y Stalin abandonaron silenciosamente la facción bolchevique; aquélla fue la primera vez que me di cuenta plenamente del significado de ese hombre».

Stalin impresionó a Trotski, cuya descripción revela por qué perdió la lucha por el poder en la que se enzarzaron los dos. «Stalin era muy valioso entre bastidores», escribiría. «Tenía el don de convencer a los líderes mediocres, especialmente a los de provincias». «No era considerado el líder oficial del partido», dice Sagirashvili, otro menchevique georgiano que estuvo en Petrogrado durante 1917, «pero todo el mundo escuchaba lo que decía, empezando por Lenin… Era un representante de la militancia de base, un tipo que expresaba las verdaderas opiniones y el sentir de ésta», algo que desconocían por completo los emigrados como Trotski. Soso era el «líder incuestionable» de los caucasianos. Lenin, señala Sagirashvili, «pensaba que detrás de él había innumerables líderes de provincias»[*]. Mientras Trotski hacía

cabriolas en el circo, Stalin encontraba nuevos aliados, como, por ejemplo, el joven al que había echado sin miramientos del Buró, Molotov[4].

Stalin se trasladó a vivir a casa de Molotov, que ocupaba un piso espacioso en la calle Shirokaya, cruzado el Neva, en el lado de Petrogrado, con otros tres camaradas. «Era una especie de comuna», dice Molotov. Soso, cosa insólita en él, pidió disculpas a Molotov por lo que éste calificaba de «gran error de Stalin». «Tú eras el que más cerca estaba de Lenin en la etapa inicial de abril», confesaría el georgiano. Los dos se hicieron amigos. Además, Molotov, que no había sido elegido para formar parte del Comité Central en abril, necesitaba un patrono. Eran dos personalidades opuestas: Molotov, tenaz, tartamudo y con gafas, era prudente, correcto, y de talante más bien burgués. Pero los dos tenían en común su fanatismo marxista, mucho aguante para la bebida, una fe robespierreana en el terror, un complejo de inferioridad rencoroso… y una misma fe en el dominio de Stalin.

Stalin había estado cambiando constantemente de casa, trabajando de noche para echar luego sueño en casa de cualquier amigo. A menudo dormía en el mismo lugar donde trabajaba en la Mansión Kseshinskaya. Tatiana Slavatinskaya trabajaba allí como ayudante del Comité Central a las órdenes de Sverdlov y Stasova. Ludmilla Stal ayudaba en la edición de *Rabotnitsa* («La mujer trabajadora») y permanecía en contacto con los marineros de Kronstadt: probablemente se vieran a menudo. Se decía que Stalin había reanudado su idilio con Stal. De ser cierto, no habría sido el único que tuvo por entonces.

Stalin no sólo se aprovechó de la fidelidad política de Molotov y de su domicilio. «Me robó la novia, Marusya», comentaba riendo este último. Marusya no sería la única mujer que Molotov sacrificara al capricho de Stalin.

Un día, a última hora de la tarde, Anna y Nadia Alliluyeva fueron a visitarlo a la redacción de *Pravda*. «Las oficinas

estaban atestados de gente y llenas de humo de cigarrillos». Un ayudante les dijo que «Stalin estaba ocupado», comenta Anna, así que «le mandamos un mensaje diciéndole que nos gustaría verlo y que saliera a buscarnos».

—¡Vaya! Hola —exclamó Soso sonriéndoles afectuosamente—. Me alegro de que hayáis venido. ¿Cómo va todo por casa?

—Tu habitación sigue esperándote —respondieron las chicas.

—¡Qué amables! Pero estoy ocupadísimo —contestó el georgiano—. Seguid guardándome la habitación, eso sí…

Entonces «entró a buscarle alguien y Stalin nos dio precipitadamente un apretón de manos». Y volvió corriendo al trabajo[5].

El año 1917 fue, parafraseando a Lenin, como jugar a dar dos pasos adelante y uno atrás. Durante el mes de junio, los radicales del brazo armado del partido bolchevique —la Organización Militar, que afirmaba en aquellos momentos contar con la fidelidad de 60 000 soldados—, exigieron hacer una demostración de su fuerza. Se fijó la fecha de esa revolución accidental: el 10 de junio. En una asamblea del partido, Lenin les dio su apoyo. Era «un error forzar las cosas, pero era también un error dejar pasar la oportunidad», opinaba Stalin, que ayudó a planificar la manifestación y redactó su convocatoria: «A la vista de los trabajadores armados, los burgueses se pondrán a cubierto». Zinoviev y Kamenev se mostraron en contra de dar semejante paso.

El 9 de junio, en el Soviet, los mencheviques leyeron el llamamiento de Stalin y Tsereteli arremetió contra «la conspiración bolchevique para hacerse con el poder». Lenin necesitaba el apoyo del Soviet, pues esperaba utilizarlo para dar una legitimidad aparente al golpe de sus bolcheviques. Sin embargo, el Soviet prohibió la manifestación. Después de algunas horas de pánico, Lenin accedió a desconvocarla: «Un

movimiento equivocado por nuestra parte puede echarlo todo a perder». Se volvió entonces tan cauto como lo habían sido Kamenev y Stalin en el mes de marzo. El 11 de junio, Stalin criticó aquel «titubeo intolerable» y amenazó con dimitir.

En actitud desafiante, el Soviet celebró su propia manifestación el 18 de junio, pero los bolcheviques la hicieron suya y de hecho Stalin publicó la convocatoria en *Pravda*. Fue un verdadero triunfo de la propaganda. «Brillante jornada de sol», proclamaba al día siguiente Stalin, «el desfile de manifestantes no tiene fin. Desde la mañana hasta el atardecer, el cortejo desfila hacia el Campo de Marte, un bosque de banderas… un murmullo constante se alza entre la multitud… De la Marsellesa y la Internacional se pasó a entonar "Habéis caído víctimas"». Hubo «gritos de "¡Todo el poder para los soviets!"… pero ni un solo grupo o facción desplegó una pancarta que dijera "¡Confianza en el gobierno provisional!"». Mientras tanto continuaba la lucha contra el Imperio Alemán. Kerenski, el Ministro de la Guerra, ordenó una ofensiva que esperaba que sirviera para reforzar al gobierno. La ofensiva, que sería la última llevada a cabo por Rusia en la guerra, fue un verdadero desastre[6].

Lenin estaba agotado, tenía dolores de cabeza, y se retiró a una villa a orillas de un lago en Finlandia para tomar baños de sol. El gobierno volvió a titubear: se puso fin estrepitosamente a la ofensiva de Kerenski, mientras Finlandia y Ucrania avanzaban hacia su independencia. El gobierno de los Cadetes dimitió en señal de protesta.

En ausencia de Lenin, su Organización Militar[*] decidió tomar el poder. «El cielo nocturno estaba brillantemente iluminado por la aurora boreal», dice Sagirashvili, «hasta tal punto que podía uno leer el periódico en plena calle. Los hombres no podían dormir y alguna fuerza desconocida los hizo salir de sus casas a deambular por las calles. Levantaban los ojos hacia aquel espectáculo celeste: una grandiosa lucha de la Luz contra las Tinieblas».

El 3 de julio, una multitud de soldados, marineros y obreros, cargados con metralletas y cartucheras en bandolera, se dirigió al Palacio Taurida con el Primer Regimiento Bolchevique de Ametralladoras en vanguardia. Las masas detenían los automóviles a punta de pistola y los requisaban. Por las calles pasaban a toda velocidad carros blindados y camiones atestados de pistoleros, y algunos soldados empezaron a disparar al azar a los *burzois* que estaban comprando en las tiendas de la Perspectiva Nevski. Se desencadenaron tiroteos. En la base naval de Kronstadt, los marineros bolcheviques se sublevaron, asesinaron a ciento veinte oficiales, incluido un almirante, y exigieron a Lenin, Zinoviev y Kamenev que dieran la orden de tomar la capital. Como no obtuvieron respuesta, telegrafiaron a Stalin, que se encontraba en su despacho de *Pravda* con el poeta bolchevique Demian Bedny, preguntándole si debían entrar en la ciudad con sus fusiles.

«¿Fusiles?», respondió Stalin. «Camaradas, vosotros sabréis… Nosotros, los plumillas, llevamos a todas partes donde vamos nuestras pistolas, es decir nuestras plumas… en cuanto a vosotros y vuestras armas,… ¡vosotros sabréis!». Stalin había alentado a medias aquel golpe de estado semiaccidental cuando formuló la pregunta: «¿Tiene derecho el partido a lavarse las manos y mantenerse al margen?». Probablemente tuviera razón Trotski cuando decía que Stalin fue uno de los organizadores de la sublevación de julio: «Siempre que se desencadenaba una pelea, ya fuera en una plaza de Tiflis, en la cárcel de Bakú, o en una calle de Petrogrado, [Stalin] se las apañaba para que fuera lo más enconada posible».

La multitud armada y enfebrecida se reunió en torno al Palacio Taurida, esperando que el Soviet tomara el poder haciendo realidad el eslogan lanzado por Lenin: «¡Todo el poder para los soviets!». Pero en el interior del edificio, Chkheidze y los miembros del Soviet, que estaban discutiendo la formación de un nuevo gobierno, no querían el poder. Lo

temían. La muchedumbre se enfureció al ver la reluctancia del Soviet. Mientras tanto, la respuesta ambigua que había dado Stalin, había surtido efecto: los marineros de Kronstadt estaban de camino a la ciudad.

En la Mansión Kseshinskaya, Stalin y el Comité Central perdieron repentinamente los nervios y pidieron a Lenin que volviera de sus vacaciones. «Habríamos podido tomar el poder», decía Stalin, «pero contra nosotros se habrían levantado los frentes, las provincias, los soviets». Stalin se presentó apresuradamente en el Palacio Taurida para tranquilizar a Chkheidze y a los demás miembros del Soviet, pero ya habían hecho salir al genio de la botella.

Lenin se encontraba ya en el tren camino de Petrogrado cuando Stalin se enteró de que el Ministro de Justicia, Pavel Pereverzev, estaba a punto de acusar al líder de los bolcheviques de traición, revelando que había recibido dinero del Imperio Alemán. La acusación era cierta en parte, pero Stalin regresó al Palacio Taurida y apeló a su compatriota Chkheidze, georgiano como él, para sofocar aquellos rumores. Chkheidze accedió, pero ya era demasiado tarde.

En las primeras horas del 4 de julio, Lenin llegó precipitadamente a la Mansión Kseshinskaya.

—¡Habría que azotaros por lo que habéis hecho! —dijo enfurecido a los bolcheviques más exaltados.

El cielo estaba nublado aquella mañana. Cuatrocientos mil obreros y soldados dominaban las calles desiertas. No tardaron en unirse a ellos veinte mil marineros fuertemente armados que llegaron a la ciudad en una flotilla de barcas. No tenían ningún plan: los marineros, pavoneándose al son de las bandas de música, estaban interesados sobre todo en desfilar con sus novias por los bulevares y en aterrorizar a los *burzois*: «Por doquier se veían marineros con mujeres ligeras de ropa y zapatos de tacón». Las calles, recordaba Stalin, «eran un escenario jubiloso». Los marineros se congregaron ante la Mansión Kseshinskaya exigiendo algún liderazgo: ¿Dónde

estaba Lenin? Illich intentó esconderse en la Mansión, hasta que decidió salir tímidamente para pronunciar un breve discurso que no sirvió para arreglar nada.

Los marineros, a los que se sumaron otros veinte mil obreros de la fábrica Putilov, se dirigieron al Palacio Taurida dispuestos a ajustar cuentas al Soviet, cuyos miembros los habían decepcionado. Se produjeron escenas muy desagradables[*], pero a las cinco de la tarde se abrieron los cielos: la lluvia pasó por agua la revolución. La multitud se dispersó. La Guardia Izmailovski, que había permanecido leal, puso fin al asedio sufrido por los miembros del Soviet, que habían sido puestos en evidencia y habían demostrado no ser más que una pandilla de charlatanes ineptos. Lenin y los abatidos miembros del Comité Central de los bolcheviques hicieron una retirada patética. Acabaron así las Jornadas de Julio.

El gobierno, fortalecido por la popularidad cada vez mayor de Kerenski, decidió acabar con los bolcheviques. A pesar de las protestas de Stalin, el Ministro de Justicia Pereverzev, publicó las pruebas del apoyo financiero recibido por Lenin de los alemanes. Muchos soldados se dejaron persuadir por los rumores de traición.

Al amanecer del 5 de julio, las tropas del gobierno irrumpieron en *Pravda* y a punto estuvieron de coger a Lenin, al que Stalin había hecho salir furtivamente del edificio pocos minutos antes. Durante la noche, diversos obuses y ocho carros blindados habían tomado posiciones con el fin de asaltar la Mansión Kseshinskaya, pero los bolcheviques no tenían ningún deseo de defender sus bastiones. Stalin se dirigió precipitadamente a uno de los baluartes bolcheviques, la Fortaleza de Pedro y Pablo, «donde logré persuadir a los marineros de que no aceptaran entrar en combate»; estuvo yendo y viniendo de las posiciones de los soldados a la Mansión Kseshinskaya y viceversa, decidido a evitar la matanza; y después fue al Palacio Taurida a pedir a Chkheidze

y Tsereteli garantías de que no se produciría ningún derramamiento de sangre si los bolcheviques entregaban la Mansión y la Fortaleza. Tsereteli accedió: «Stalin me echó una mirada de desconcierto y se fue». El 6 de julio, los quinientos bolcheviques que se habían hecho fuertes en la antigua mansión de la bailarina se rindieron. A continuación Stalin regresó a la Fortaleza de Pedro y Pablo para supervisar su rendición.

Lenin apreció la incansable labor de apaciguamiento llevada a cabo por Stalin. Pero, «como consecuencia de su desastroso fracaso», escribe John Reed, periodista y socialista de Portland, Oregón, «la opinión pública se volvió contra ellos. Sus hordas, desprovistas de líderes, volvieron con la cabeza gacha a sus barriadas de Vyborg, tras lo cual se desencadenó una feroz persecución de bolcheviques».

Kerenski, de apenas treinta y cinco años, el único hombre capaz de unir a la derecha y a la izquierda, asumió el puesto de Primer Ministro. El nuevo mandatario, que curiosamente era hijo del director del colegio de Lenin en Simbirsk, era un orador de «ardiente intensidad». «Su forma de hablar como a ráfagas repentinas, las contracciones de los labios y la lentitud sonámbula de sus gestos hacían que pareciera un poseso». El Ministro de Justicia de Kerenski ordenó la detención de Lenin[*].

Los bolcheviques estaban al borde del exterminio. Lenin estaba en busca y captura. Stalin se encargaría de su seguridad[7].

40

Otoño de 1917: Soso y Nadia

Stalin hizo cambiar de domicilio a Lenin cinco veces en tres días mientras Kerenski intentaba dar con el paradero del Viejo. Trotski y Kamenev fueron detenidos, pero Lenin, escoltado por Stalin, volvió a la clandestinidad. La policía registró la casa de la hermana de Illich. Krupskaya iba deprisa y corriendo al piso que Stalin y Molotov compartían en la calle Shirokaya para enterarse de dónde estaba su marido.

La noche del 6 de julio, Stalin llevó a Lenin a su quinto escondite, el elegante nuevo piso que habían cogido los Alliluyev en el 17 de la Décima Rozhdestvenskaya, donde tenían portero uniformado y doncella.

—Mostradme todas las entradas y salidas —dijo Lenin en cuanto llegó, examinando incluso el ático.

«Le dimos la habitación de Stalin», refiere Olga. Lenin estaba sorprendentemente alegre, y se quedó en la casa cuatro largos y tensos días. Cuando Anna Alliluyeva llegó a casa, se encontró el piso lleno de desconocidos hechos un manojo de nervios. «Reconocí inmediatamente a la primera persona a la que me presentaron». Lenin estaba sentado en el sofá «en mangas de camisa; llevaba chaleco, una camisa de color claro y corbata». En la habitación, cuya atmósfera «cargada» resultaba «insoportable», Lenin la interrogó a fondo: ¿Qué había visto por las calles?

—Dicen que te has fugado a Kronstadt y que estás escondido en un dragaminas.

—¡Jajaja! —Lenin se echó a reír con una «alegría contagiosa». A continuación preguntó a Stalin y a los otros:—

¿Qué os parece, camaradas?

Lenin pasó aquellos días escribiendo. Stalin iba a visitarlo a diario. Se dedicaba a tomar silenciosamente el pulso político en el Palacio Taurida, donde se encontró por casualidad a Sergo Ordzhonikidze. A los dos les preocupaba el hecho de que «muchos destacados bolcheviques opinaban que Lenin no debía esconderse, sino mostrarse en público [para ser juzgado]. Fuimos juntos», escribe Sergo, «a ver a Lenin». El gobierno exigía la entrega de Illich. En casa de los Alliluyev, el Viejo, Stalin, Sergo, Krupskaya y la hermana de Lenin, Maria, discutieron lo que había que hacer.

Al principio, Illich se mostró partidario de la rendición. Stalin estaba en contra. En un primer momento pensó que Lenin y Zinoviev debían esperar y entregarse sólo cuando pudiera garantizarse su seguridad, pero las visitas al Palacio Taurida lo convencieron de que aquello era imposible.

—Los junkers[*] quieren meterte en la cárcel —le advirtió—, pero te matarán por el camino.

En ese momento se presentó Stasova a informarles de que estaban publicándose nuevas evidencias de la traición de Lenin. «Un estremecimiento cruzó por el rostro de Lenin, que declaró con clarísima determinación que no iba a tener más remedio que ir a la cárcel» para limpiar su nombre en un juicio.

—Despidámonos —dijo a Krupskaya—. Puede que no volvamos a vernos.

Stalin y Sergo fueron enviados de vuelta al Palacio Taurida para obtener «garantías de que Illich no iba a ser linchado por los junkers». Los mencheviques, diría más tarde Stalin, «contestaron que no podían asegurar lo que iba a pasar».

Stalin y Sergo estaban seguros de que Lenin iba a ser asesinado si se entregaba. «Stalin y los demás instaron a Illich a no dejarse ver», dice Krupskaya. «Stalin lo convenció y… le salvó la vida». Soso tenía razón: un exdiputado de la Duma,

V. N. Polovtiev, se encontró con el oficial encargado de detener a Lenin.

—¿Cómo debo entregar al caballero? —preguntó el oficial— ¿Entero o en pedazos?

La discusión de los pros y los contras continuaba sin cesar. De repente, Sergo sacó un cuchillo imaginario y gritó como hacían los bandidos georgianos:

—¡Haré picadillo a quien pretenda que detengan a Illich!

Parece que aquellas palabras pusieron fin al debate. Había que sacar furtivamente a Lenin de Petrogrado. Stalin «emprendió la tarea de organizar su marcha». Un obrero llamado Emelianov[*] accedió a ocultar a Lenin en una casucha que tenía en Razliv, al norte de Petrogrado.

Olga y Anna Alliluyeva iban y venían entre sus invitados, asegurándose de que Lenin y Stalin comieran como es debido.

—¿Qué le da usted de comer a Stalin? —preguntó Lenin— Por favor, Olga, debe usted vigilarlo, está perdiendo peso.

Por su parte, también Soso se preocupaba de que Lenin se alimentara como es debido:

—Bueno, ¿cómo está la situación en lo tocante a las provisiones? ¿Come bien Illich? Haced por él todo lo que podáis.

A veces Stalin volvía trayendo algún manjar extra.

Lenin y Stalin estudiaron cautelosamente los planes de fuga. El 11 de julio, «llegó Stalin antes de la partida de Lenin y todos se reunieron en la habitación de éste para proponer maneras de disfrazarlo». Olga intentó vendarle la cabeza, pero la idea no funcionó. A nadie se le ocurrió vestirlo de mujer.

—¿No estaría mejor si me afeitara? —sugirió el propio Illich.

«Al cabo de un instante Lenin estaba ahí sentado con la cara cubierta de jabón» frente al espejo redondo de afeitar que

había en la habitación de Stalin, junto al retrato de Tolstoi. Soso «actuó personalmente de barbero», y afeitó a Lenin la barba y el bigote.

—Ahora está muy bien —exclamó Lenin admirando su figura en el espejo—. Parezco exactamente un campesino finlandés, y prácticamente no hay quién me reconozca.

El día 12, Stalin y Alliluyev escoltaron a Lenin hasta la estación Primorski para colaborar en su acto de desaparición: Illich permaneció escondido en Razliv hasta que pudo trasladarse a un granero en Finlandia. Stalin se dedicó a ir y venir hasta allí y se convirtió de ese modo en su principal contacto con Petrogrado. «Uno de mis hijos solía llevar a Stalin en barca hasta la cabaña [en la que estaba oculto Lenin]», recordaba Emelianov.

Con una verdadera batería de artículos, Stalin denunció el «nuevo caso Dreyfus» de Kerenski, las «viles calumnias lanzadas contra el líder de nuestro partido», y a «los piratas plumíferos de la prensa venal». Se burlaba específicamente de la «locura ciega» de los mencheviques por hacer el primo. Kerenski, decía, haría que perecieran ahogados «como moscas en la leche».

¿Que si debían entregar a los bolcheviques?, hacía que preguntaran los mencheviques a Kerenski en un raro ejemplo de sátira estalinista. «A sus órdenes, señores del Servicio de Inteligencia». ¿Que si había que desarmar a la revolución? «Con muchísimo gusto, señores terratenientes y capitalistas».

Stalin actuó como si fuera el líder de los bolcheviques. Y se cambió de casa: aquella decisión cambiaría su vida[1].

—No hay nadie vigilando el edificio —le aseguró Olga un día que se presentó inesperadamente en la casa—. Más te valdría venirte a vivir con nosotros, para que pudieras dormir y descansar como es debido.

Stalin dejó el piso de Molotov y se mudó al de los Alliluyev. Las habitaciones estaban bien ventiladas, eran

luminosas y confortables; la cocina y el cuarto de baño, provisto incluso de ducha, eran modernos y estaban a la última; la criada, que dormía en un cuarto minúsculo, se encarga de hacer la comida. Stalin se instaló en la habitación de Fiodor (la misma que había ocupado anteriormente Lenin), que disponía de una cama de verdad, un espejo redondo encima de un tocador de madera, un escritorio con abundante decoración, y un retrato de *Lord* Byron. Al día siguiente, a la hora del desayuno, Soso dijo que hacía mucho tiempo que no había dormido tan bien.

Stalin se quedaba a menudo a solas con Olga. Sergei dirigía su central eléctrica; Nadia estaba pasando sus vacaciones de verano en Moscú; Anna trabajaba en el partido. Olga lo cuidaba bien: le compró incluso un traje nuevo. Soso le pidió que le cosiera en la chaqueta una pieza acolchada, unos apliques verticales de terciopelo en el cuello que se abotonaban hasta arriba, pues el dolor de garganta hacía que el cuello y la corbata le resultaran incómodos[*].

La vida de Soso seguía siendo caótica: se compraba la cena por el camino cuando regresaba a casa: una hogaza de pan con un poco de pescado o una salchicha adquirida en cualquier quiosco de la calle. Trabajaba incansablemente en la redacción de *Pravda*, escribiendo tanto ante el escritorio adornado con un oso dorado puesto en pie que le salieron callos en los dedos. Unas veces iba a dormir a casa, otras no; en una ocasión llegó tan cansado que se quedó dormido en la cama con la pipa encendida, provocando casi un incendio.

A finales de julio, volvió a cambiar de domicilio con motivo del VI Congreso, celebrado a escondidas en un edificio monástico del bulevar Sampsonevsky, por si la policía realizaba alguna redada[2]. Asumiendo el papel de líder, Stalin presentó el principal informe y exhortó a los trescientos delegados a concentrarse en el futuro: «Debemos estar preparados para lo que sea». Tras presentar otro informe «sobre la situación política», insistió en que Rusia debía crear

su propia revolución y dejar de creer «que sólo Europa puede mostrarnos el camino», idea precursora de su famoso lema: «Socialismo en un solo país». El segundo informe de Stalin probablemente fuera escrito por Lenin o en todo caso redactado junto con él, pero su verdadero socio en la reconstrucción del partido fue Sverdlov, con quien finalmente se había reconciliado.

«El informe del camarada Stalin ha iluminado plenamente las actividades del Comité Central», declaraba Sverdlov. «A mí no me queda más que limitarme al estrecho ámbito de la actividad organizativa del Comité Central».

Stalin fue elegido redactor jefe de la prensa del partido y miembro de la Asamblea Constituyente, pero según los resultados de las elecciones para el Comité Central quedó por detrás de Kamenev y Trotski. Los bolcheviques seguían de capa caída, pero Stalin pronosticó que «el período de paz» del gobierno provisional estaba «acabado». «Van a venir tiempos turbulentos, se producirá una crisis tras otra»[3].

Volvió a casa de los Alliluyev. Las vacaciones de verano de Nadia habían terminado. Volvió a casa dispuesta para empezar otra vez el colegio.

Aquel verano Stalin intentó pasar desapercibido en compañía de las dos hermanas en el piso de los Alliluyev, en donde se convirtió en el cuerpo y el alma del partido. «A veces Soso pasaba varios días sin aparecer», escribe Anna Alliluyeva. Luego, de repente, se presentaba en plena noche y, aunque se encontrara a las muchachas dormidas, se colaba en su habitación. Vivían en una proximidad muy íntima: la alcoba de Stalin y la de Nadia se comunicaban por una puerta. Desde la cama o desde el escritorio, Soso podía ver el tocador de la joven.

«¿Qué? ¿Ya estáis acostadas?», decía para despertarlas. «¡Levantaos, dormilonas! ¡Os he traído pescaditos y pan!». Las jóvenes saltaban de la cama y se metían en la alcoba de Soso, que «inmediatamente se llenaba de ruido y alborozo.

Stalin contaba chistes y remedaba a todas las personas a las que había visto durante el día, unas veces amablemente, y otras con malicia».

El seminarista autodidacta y las adolescentes cultivadas hablaban de literatura. Soso se mostraba juguetón y divertido con sus amigas. Las entretenía contándoles anécdotas de sus aventuras en el destierro, o de Tishka, el perro siberiano. Les leía sus libros favoritos, Pushkin, Gorki y Chejov, particularmente los relatos de este último «El camaleón» y «El suboficial Prisibeev», aunque sobre todo le gustaba «Dushenka», que «se sabía de memoria». A menudo les hablaba de mujeres.

—Es una verdadera Dushenka —decía a propósito de las mujeres casquivanas que vivían sólo para sus amantes y no llevaban una existencia independiente.

Tomaba el pelo a la criada, la joven campesina Panya, y les ponía motes a todas. «Cuando estaba particularmente de buen humor», añade Anna, «nos llamaba "Yepifani-Mitrofani"», haciendo un chiste con el nombre de un casero que había tenido en el destierro.

—Bueno, Yepifani, ¿qué hay de nuevo? —decía a las muchachas a modo de saludo— ¡Ay, eres una Mitrofani, eso es lo que eres!

A veces las llamaba «Tishka», como el perro.

Hablaba de política con Sergei y las muchachas: todos eran miembros de la familia bolchevique. Nadia estaba tan orgullosa de ser bolchevique que en la escuela le tomaban el pelo por ello. Yenukidze, su padrino, Kalinin, Sergo y Sverdlov eran ya casi como sus tíos. Lenin había estado escondido en su casa.

En septiembre, cuenta Anna, «Stalin trajo a casa a un camarada del Cáucaso…, de constitución cuadrada, con una cabellera negra y lacia y un rostro pálido y sin lustre… que

nos estrechó la mano a todos tímidamente, mientras sonreía con sus grandes ojos afables».

—Os presento a Kamo —dijo Stalin—. Escuchadlo atentamente. Tiene un montón de historias interesantes que contar.

Las muchachas estaban extasiadas: «*Ése* era Kamo», que les regaló los oídos con «su vida medio fantástica». El intrépido psicópata había pasado cinco años encerrado en la cárcel de Kharkov, y lo habían soltado a raíz de la Revolución. Él, por su parte, había planeado fugarse, como el Conde de Montecristo, haciéndose pasar por un muerto en un ataúd hasta que descubrió que los carceleros aplastaban el cráneo con un martillo a todos los cadáveres que salían de la cárcel; por si acaso. «Kamo hablaba mucho de Stalin, y entonces su voz, tranquila y pausada, se exaltaba». El caucasiano había llegado a Petrogrado en busca de una nueva misión, pero su relación con los Alliluyev acabaría en tragedia.

Al día siguiente de su vuelta, Nadia se puso a limpiar el piso y hacía tanto ruido moviendo las sillas que Stalin, que estaba trabajando en uno de sus artículos, salió precipitadamente de su cuarto.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó— ¿Qué es todo ese jaleo? ¡Ah, has sido tú! ¡Ahora veo que te has puesto a trabajar como una verdadera ama de casa!

—¿Qué pasa? ¿Es que acaso es algo malo? —replicó la adolescente hipertensa.

—Por supuesto que no —respondió Soso de buen humor —. ¡Es algo bueno! Pon un poco de orden en todo esto, sigue… ¡Demuéstrales a todos lo que eres capaz de hacer!

Nadia la colegiala, según observaba su propia hermana Anna, era «muy vivaracha, abierta, espontánea y alegre». No obstante, el hecho de haberse criado en el seno de aquella familia nómada y bohemia, marcada por la irrupción de continuas visitas y por la promiscuidad de la madre, la llevó a

desarrollar una vena de seriedad y puritanismo, así como un ansia de orden y seguridad.

«Papá y mamá van tirando como de costumbre», decía Nadia en una carta a una amiga. Llegó a sentir desprecio por la dependencia que tenía su madre de las aventuras sexuales pasajeras. «Los niños ya hemos crecido», escribía un poco más tarde, «y queremos hacer y pensar lo que nos parezca. Lo cierto es que ella [Olga] no tiene vida propia y sigue siendo una mujer joven y sana. Así que me toca a mí hacerme cargo de las tareas de la casa». Quizá considerara a su madre una «Dushenka», como la heroína del cuento de Chejov.

Poco a poco, durante aquel largo verano en el que ocurrieron tantas cosas, Stalin y Nadia fueron intimando: la muchacha ya lo admiraba como el amigo georgiano de la familia y como héroe bolchevique. «Pasaron todo el verano de 1917 encerrados juntos en un piso. Y a veces a solas», dice la sobrina de Nadia, Kira Alliluyeva. «Nadia veía en Iosiv al revolucionario romántico. Y, según decía mi madre, era muy atractivo. Naturalmente Nadia se enamoró de él». Soso le puso de mote «Tatka», y ella lo llamaba Soso o Iosiv.

A Stalin, hijo único de una madre acostumbrada a salir adelante sola, debían de faltarle las risas, la alegría y los flirteos de la vida familiar. Sólo había disfrutado de esas cosas en el destierro, y habían pasado ya diez años desde que se casara con Kato Svanidze. Siempre le habían gustado las chicas que sabían cocinar, que eran hacendosas y lo cuidaban, es decir las chicas como Kato… y como su madre. De hecho, los Svanidze decían que Stalin se enamoró de Nadia porque le recordaba a Kato.

«Poco a poco Stalin fue enamorándose de ella», dice Kira Alliluyeva. «Un verdadero matrimonio por amor». Soso podía ser el padre de Nadia (sus enemigos asegurarían que en realidad lo era). Las fechas no encajan, pero la joven debía de saber que Soso probablemente había tenido en el pasado un idilio con su madre, mujer de sexualidad promiscua. ¿Se

produjo algún tipo de rivalidad entre madre e hija por su huésped georgiano?

«Olga tuvo siempre debilidad por Soso», escribe Svetlana, la hija de Nadia y Stalin. Pero lo cierto es que Olga «desaprobó» aquella relación, «haciendo todo lo posible por persuadir [a Nadia] de que no siguiera adelante con ella y llamándola “loca estúpida”. Nunca aceptaría aquella unión». ¿Era porque conocía el carácter de Soso o porque había tenido una aventura con él? ¿O por las dos cosas a la vez? En cualquier caso, la «loca estúpida» de Nadia ya estaba enamorada de Soso. Unos meses después la joven diría orgullosamente a una confidente: «He perdido mucho peso. Todos dicen que debo de estar enamorada».

Más tarde Stalin explicaría por qué había preferido a Nadia en vez de su hermana mayor: «Anna era un poquito pedante y una charlatana insufrible», mientras que Nadia era «madura para su edad por su forma de pensar» y «tenía los dos pies en el suelo». Supo entenderlo mejor. Stalin tenía razón con respecto a Anna, que lo irritaría durante el resto de su vida, pero no se había fijado en una cosa que tenía Nadia.

La adolescente era, a su manera, tan neurótica, estaba tan tarada y tenía tantos lados oscuros como él o más. La severidad de Nadia atrajo a Stalin, pero más tarde chocaría estrepitosamente con su propia indisciplina de beduino y con su egoísmo caprichoso. Peor aún, la sincera intensidad de la joven ocultaba la inestabilidad mental de la familia, un desorden bipolar que en último término haría que se convirtiera en todo menos en una plácida ama de casa. «Pero a él le gustaba su carácter difícil», comenta Kira Alliluyeva. «[Nadia] le llevaba la contraria e incluso muchas veces lo ponía en su sitio». El carácter desafiante de la hermosa colegiala entregada en cuerpo y alma a su persona, con aquellos deslumbrantes ojos de gitana, debió de parecer por aquel entonces muy atractivo a Stalin. Pero al final la suya sería una unión fatal y desgraciada.

No sabemos exactamente cuándo se hicieron amantes. Su relación de pareja se hizo pública diez meses después. Pero el noviazgo probablemente empezara por aquel entonces[4].

Los bolcheviques estaban a punto de experimentar una recuperación sorprendente: el arquitecto de ese renacimiento no fue ni Lenin ni Stalin, sino un hombre que instauraría una dictadura militar de derechas. Kerenski promovió el nombramiento de un nuevo jefe supremo del Estado Mayor, el general Lavr Kornilov, un cosaco de origen siberiano de ojos oblicuos como los tártaros, cabeza afeitada y grandes bigotes, que apareció como el potencial héroe ruso «sobre un caballo blanco», encargado de limpiar Petrogrado de bolcheviques y de restaurar el orden. Pero Kornilov era tan vanidoso como Kerenski —disponía de una guardia especial de turcomanos vestidos de rojo y armados con sables—, aunque no tan listo: se decía que tenía «corazón de león y cerebro de oveja». No obstante, dio la impresión de que Kornilov era el hombre del momento, y empezó a leer libros sobre Napoleón, signo que ha sido siempre de pésimo agüero para los hombres del momento.

Kerenski intentó recuperar el impulso celebrando una conferencia de todos los partidos en Moscú, lejos de la turbulenta capital del país. «Petrogrado», escribía Stalin en una de sus metáforas religiosas, «es peligrosa; huyen de ella… como el demonio del agua bendita». Tenía razón: en Moscú, el general robó a Kerenski la atención del público. Pero los dos prohombres acordaron que Kornilov marchara con las tropas de vanguardia sobre Petrogrado para restablecer el orden. Sin embargo, Kerenski, que también se creía que era el Bonaparte ruso, sospechó luego que el general planeaba dar un golpe de estado. Había un peligroso exceso de napoleones. Kerenski destituyó al general, que decidió marchar de todas formas sobre Petrogrado.

La capital aguardaba llena de ansiedad. Tras nombrarse a sí mismo jefe supremo del Estado Mayor, Kerenski se vio sin respaldo de los militares y no tuvo más remedio que apoyarse

en el Soviet, que volvió a movilizar a la Guardia Roja bolchevique. El general Kornilov fue detenido, pero el gobierno cayó. En consecuencia Kerenski se nombró a sí mismo presidente de un Directorio formado por cinco individuos. Había logrado sobrevivir, pero, al igual que Mijail Gorbachev tras el golpe de estado de agosto de 1991, no era ya más que un cohete sin pólvora. Sostenido por la cocaína y la morfina, siguió reinando, pero no gobernando, en medio del esplendor de los aposentos de Alejandro III en el Palacio de Invierno.

«Al fin tenemos un "nuevo" (lo que se dice nuevo) gobierno de cinco hombres», decía Stalin en tono burlón el 3 de septiembre, «elegido por Kerenski, apoyado por Kerenski, y responsable ante Kerenski». La fuerza de los bolcheviques revivió en las fábricas, así como entre los soldados y los marineros de Kronstadt. «El ejército que se levantó contra Kornilov», escribiría Trotski, «fue el futuro ejército de la Revolución de Octubre»[5].

El breve reinado de Stalin como líder de los bolcheviques puso de manifiesto la extraordinaria arrogancia que había sido siempre su rasgo característico. El Comité Central metió firmemente en cintura a la Organización Militar. Stalin se apropió sin miramientos de sus fondos y se adueñó de su periódico, *Soldat*, con un estilo «falto por completo de escrúpulos, violando los principios más elementales de la democracia de partido». La Organización Militar apeló al Comité Central. En una descripción temprana de lo que sería el estalinismo, se criticaba su «sistema de persecución y represión descarada de un carácter sumamente extraño». Stalin llevó a la Organización Militar a juicio ante un tribunal del partido[*]. Sus aliados, Sverdlov y Dzerzhinski, arreglaron el lío en el que se había metido[6]. Pero Trotski, Zinoviev y Kamenev volvieron a ocupar el primer plano tras salir de la cárcel o de sus escondites. El 4 de septiembre, Trotski se unió a Stalin en el Comité Ejecutivo Central del Congreso de los Soviets y en la redacción de *Pravda*. De ese modo, Stalin

volvió a verse ensombrecido. El primer plano correspondía a Trotski.

Stalin se encontraba a menudo de modo casual con su viejo conocido, el menchevique David Sagirashvili, en los pasillos del Instituto Smolny[*]. Cuando Sagirashvili lo acusó de propagar mentiras contra los mencheviques desde *Pravda*, «sonreiría con un gesto aparentemente bonachón» y afirmaría con una máxima preorwelliana: «Una mentira tiene siempre unas repercusiones más fuertes que la verdad. Lo principal es alcanzar el objetivo que uno se haya trazado». Como luego diría a Molotov: «La verdad está protegida por un batallón de mentiras».

Por fin, tanto el Soviet de Petrogrado como el de Moscú cayeron en manos de Lenin, pero los bolcheviques seguían divididos respecto a lo que debía hacerse a continuación. Fue Lenin el que, por pura fuerza de voluntad, los condujo a la Revolución de Octubre: a veces un solo individuo cambia el curso de la historia. Sin embargo, Kamenev amenazaba con dirigir la historia por unos derroteros muy distintos: el bolchevique de la línea blanda propuso una vía completamente distinta. El 14 de septiembre inició intentos de negociación para formar una coalición con los mencheviques y los socialistas revolucionarios durante la Conferencia Nacional Democrática celebrada en el teatro Alexandrinski.

El Viejo, que se hallaba escondido en Helsinki, se sintió aterrado y frustrado. El 15 de septiembre envió al Comité Central una carta ordenando que tomaran el poder en nombre únicamente de los bolcheviques.

«¡La historia no nos perdonará si no tomamos el poder ahora!», escribía Lenin. Pero Kamenev y Zinoviev temían perderlo todo. Era como si volvieran a estar en abril: no eran los únicos que creían que el Viejo estaba mal aconsejado. «Nos quedamos de piedra», admitía Bujarin. En la siguiente reunión del Comité Central, a la que asistieron Trotski, Kamenev, Sverdlov y Shaumian, recién llegado del Cáucaso,

Stalin apoyó a Lenin y propuso repartir en secreto la carta entre las principales organizaciones del partido. El Comité Central se negó por una votación de 6-4, resultado verdaderamente extraordinario a sólo un mes de la Revolución de Octubre, detalle que revela la popularidad de la postura de Kamenev. No obstante, los dos ultraradicales, Stalin y Trotski, viendo que no había ninguna necesidad de establecer una alianza con los mencheviques, decidieron apoyar a Lenin. En la reunión del Comité Central celebrada el 21 de septiembre, Stalin y Trotski exigieron el boicot de la futura Asamblea Constituyente, en la que Kamenev esperaba continuar trabajando en pro de la formación de una coalición, pero de nuevo fueron derrotados de manera contundente. Lenin se desharía en denuestos contra Kamenev y Zinoviev, diciendo que eran unos «miserables traidores».

El 25 de septiembre, los bolcheviques se hicieron con el control del Comité Ejecutivo del Soviet. Trotski, que volvía a ser presidente de este organismo después de trece años de prisión, destierro y exilio, empezó a reafirmar la autoridad del Soviet sobre las fuerzas armadas. Al frente de su Organización Interdistrital, Trotski hacía poco que se había unido a los bolcheviques, pero, mientras Lenin siguiera escondido, él continuaría actuando cada noche en el *Cirque Moderne* atestado de público.

Lenin bombardeó a Kamenev y a los bolcheviques con una andanada de artículos y cartas secretas, aduciendo que había poco tiempo, pues Kerenski no tardaría en emprender una nueva campaña de acoso, y que se había convocado en Petrogrado el II Congreso de los Soviets. Debían, por consiguiente, hacerse primero con el poder; de lo contrario, tendrían que compartirlo con una coalición, «y cubrirse de *vergüenza* eterna y *acabar consigo mismos* como partido».

Lenin regresó en secreto de Finlandia para esconderse en el confortable piso de Margarita Fofanova en Vyborg, desde donde seguiría vomitando su bilis radical. «El éxito de la revolución en Rusia y en el mundo entero depende de dos o

tres días de lucha», afirmaba, temeroso de que prevaleciera la postura de Kamenev. «¡Mejor morir como hombres que dejar pasar al enemigo!». Cuando el Comité Central dio marcha atrás, presentó su dimisión. Aquellas cartas estaban «escritas con una energía extraordinaria», afirmaba Bujarin, «y nos amenazaban con toda clase de castigos». A pesar de aquella fiereza tan brillante, Lenin empezaba a dar la impresión de estar desquiciado. De hecho, Stalin, editor del periódico del partido *Rabochii Put* («El Camino de los Trabajadores»), censuró los exabruptos más ofensivos de Lenin, publicando sólo una versión anterior más moderada.

A veces el profeta enfurecido salía de su confinamiento. «Una mañana, poco antes de la Revolución de Octubre», recuerda Anna Alliluyeva, «sonó el timbre de la puerta. En el umbral vi a un hombre de pequeña estatura vestido con un abrigo negro y gorra finlandesa».

—¿Está Stalin en casa? —preguntó cortésmente.

—¡Por Dios! Tiene usted todo el aspecto de un finlandés, Vladimir Illich —exclamó Anna al reconocer a Lenin.

«Tras una breve conversación, Stalin y él salieron juntos…».

Unos días después, aquellos dos personajes bajitos y desaliñados que paseaban disfrazados por las calles de Petrogrado sin que nadie los reconociera, se adueñarían del Imperio Ruso. Formarían el primer gobierno marxista del mundo, seguirían al frente del estado durante el resto de sus vidas, sacrificarían millones de vidas humanas en el despiadado altar de su ideología utópica, y entre los dos dominarían el Imperio durante los próximos treinta y seis años[7].

41

Invierno de 1917: La cuenta atrás

En octubre de 1917, Petrogrado parecía tranquila, pero por debajo de la superficie brillante, la ciudad bailaba en un éxtasis de placeres a punto de la extinción. «Las casas de juego trabajaban frenéticamente y estaban abiertas desde el anochecer hasta el alba», informaba John Reed, «el champaña corría a raudales y las apuestas alcanzaban cifras altísimas, de hasta veinte mil rublos». Por la noche, las calles y los cafés del centro rebosaban de prostitutas cubiertas de joyas y lujosas pieles… Los atracos aumentaron hasta tal punto que resultaba peligroso caminar por las calles». Rusia, escribía Ilya Ehrenburg, posteriormente uno de los escritores promocionados por Stalin, «vivía como si fuera un tren en el andén de una estación, esperando el pitido del guardavía». Los aristócratas vendían tesoros de valor incalculable en las calles, la escasez de alimentos era cada vez mayor, las colas cada vez más largas, pero los ricos seguían cenando en Donon y Constant, los dos restaurantes más elegantes, y los burgueses se disputaban las entradas para oír cantar a Chaliapin.

«Misteriosos individuos circulaban alrededor de las mujeres ateridas de frío que hacían la cola del pan y de la leche, susurrando que los judíos habían acaparado la comida… Conjuras monárquicas, espías alemanes, contrabandistas que urdían planes», comenta Reed. «Y en medio de la lluvia y el frío, bajo el cielo gris, la ciudad palpitante aceleraba cada vez más su carrera hacia… ¿dónde?». Trotski respondería a la pregunta de Reed cuando dijera a la multitud vociferante que llenaba el *Cirque Moderne*: «Ya ha pasado el tiempo de las palabras. ¡Ha llegado la hora del duelo a muerte entre la

revolución y la contrarrevolución!». En la magnificencia solitaria del Palacio de Invierno, Kerenski esperaba, malgastando los últimos rescoldos de su poder en dosis de morfina y cocaína.

El 10 de octubre de 1917, a las diez de la noche, mientras fuera reinaba la más absoluta oscuridad y arreciaba la lluvia, Lenin aprovechó la oportunidad que se le presentó de convencer a los miembros del Comité Central: los once bolcheviques de mayor rango abandonaron de uno en uno el palacio Smolny para acudir a la cita concertada en el número 32 del Muelle Karpovka, en un apartamento situado en el piso bajo del distrito de Petrogrado. Pertenecía a Galina Flakserman, una bolchevique casada con Sujanov, el escritorzuelo menchevique. «¡Ah, las nuevas bromas de la alegre musa de la historia!», reflexionaría luego Sujanov. «Aquella sesión suprema y decisiva tuvo lugar en mi casa…, pero sin mi conocimiento».

Algunos de los once iban disfrazados: Lenin, con la barba afeitada, que, a juicio de Krupskaya, «tenía todo el aspecto de un cura luterano», llevaba una peluca rizada que no era de su medida y que se le iba en todo momento hacia un lado. Cuando Lenin empezó su alocución a Stalin, Trotski, Sverdlov, Zinoviev, Kamenev y Dzerzhinski en una habitación bien caldeada con la ventana tapada por una manta, Galina Flakserman les sirvió salami, queso y pan negro, poniendo a calentar el samovar en el pasillo. Pero nadie se atrevió a empezar a comer todavía.

—La situación política está plenamente madura para el traspaso del poder —declaró Lenin, aunque incluso entonces los bolcheviques rebatieron su idea. No pasaron muchos minutos, pero sabemos que Stalin y Trotski apoyaron a Lenin desde el principio. Kamenev y Zinoviev, que se había dejado la barba y se había cortado sus rizos con el fin de pasar desapercibido, seguían sin estar convencidos. La discusión fue «intensa y apasionada», pero Trotski dice que nadie fue capaz de igualar «las ideas, la fuerza de voluntad, la confianza y el

valor» de Lenin. Poco a poco Illich fue persuadiendo a los «vacilantes y a los dudosos», que de pronto se sintieron invadidos por una «ola de fuerza y determinación». En los primeros momentos se oyeron unos ruidosos golpes en la puerta. ¿Sería la policía de Kerenski? Era el hermano de Galina Flakserman, Yury, que venía a ayudar a servir las salchichas y a atender el samovar. El Comité Central votó una vaga resolución favorable al levantamiento. «Aquella noche no se esbozó ningún plan práctico de insurrección, ni siquiera una tentativa», recuerda Trotski. Nueve de los once apoyaron a Lenin frente a Kamenev y Zinoviev, que estaban «profundamente convencidos de que proclamar un levantamiento armado en aquellos momentos significaba jugarse no sólo la suerte de nuestro partido, sino el de las revoluciones rusa e internacional».

Hambrientos y un poco bebidos, los vencedores se lanzaron sobre las salchichas y tomaron el pelo a Kamenev y Zinoviev[1].

Cinco días después, el 16 de octubre, en otra reunión secreta celebrada en la Duma del distrito de Lesnoi, en los arrabales del norte, Lenin, apoyado por Stalin y Sverdlov (Trotski se hallaba ausente, pues había ido al Soviet), volvió a reñir a los dudosos.

—¡Si no tomamos el poder ahora, la historia nunca nos lo perdonará! —gritó, colocándose debidamente la peluca.

—No tenemos derecho a correr el riesgo y jugárnoslo todo a una sola carta —replicó Zinoviev.

Stalin estaba de parte de Lenin:

—La fecha debe ser escogida convenientemente.

El Comité Central, dijo el antiguo seminarista, que veía su marxismo casi como una religión, debía tener «más fe».

—Lo que tenemos aquí son dos líneas: una sigue una trayectoria favorable al triunfo de la revolución… la otra no

cree en la revolución y cuenta simplemente con seguir en la oposición… Las propuestas de Kamenev y Zinoviev… dan a la contrarrevolución la oportunidad de organizarse — advirtió Stalin—. Estaremos siempre en perpetua retirada y perderemos por completo la revolución.

Lenin ganó por 10 a 2. El Comité Central eligió a Stalin, Sverdlov, Dzerzhinski y a otros dos individuos como integrantes de un Centro Militar Revolucionario «que debía formar parte» del Comité Militar Revolucionario del Soviet presidido por Trotski. Todavía no se había decidido el órgano que debía tomar el poder. Lenin, disfrazado con su peluca, volvió a meterse en su escondite, mientras Kerenski presentía el peligro y decidía apostar todavía más fuerte: Petrogrado estaba en peligro debido al avance de los alemanes. Anunció que iba a mandar llamar del frente a los regimientos leales. No había tiempo que perder.

A continuación, el 18 de octubre, Kamenev publicó en el periódico de Máximo Gorki, *Novaya Zhizn*, un ataque contra el «desastroso paso» que suponía un levantamiento. Es una ironía de los sucesos de 1917 que, a pesar de la voluntad de hierro de Lenin, fuera Kamenev, siempre «borracho de sentimentalismo», según la expresión de Trotski, el único bolchevique que conservara verdaderamente la coherencia.

—¡Kamenev y Zinoviev han traicionado al Comité Central! —explotó Lenin— ¡Exijo la expulsión de esos dos esquiroles!

Pero Zinoviev seguía insistiendo en una carta en que debía continuarse el debate en secreto. En su calidad de redactor jefe de *Rabochii Put*, Stalin se la publicó[*].

En una enconada sesión del Comité Central celebrada el 20 de octubre, Trotski, por una parte, y los moderados, por otra, atacaron a Stalin por haber editado la carta. Stalin se ofreció de mala gana a presentar su dimisión. No se le aceptó, pero aquel episodio supuso el primer encontronazo entre los titanes del bolchevismo. Trotski propuso la expulsión de los

«esquiroles»; Stalin le salió al paso proponiendo que se les «exigiera acatamiento, pero que se les mantuviera en el Comité Central». Kamenev intentó dimitir de su cargo en el Comité Central, pero simplemente fue apartado de la dirección. Stalin preparó al pueblo para el levantamiento en un artículo en el que declaraba: «Los bolcheviques han lanzado el llamamiento: ¡Estad preparados!»[**].

Los bolcheviques también estaban preparándose. En un despacho situado en el tercer piso del Palacio Smolny, Trotski y Sverdlov celebraron la primera reunión organizativa del Comité Militar Revolucionario (CMR): se trataba de un organismo que aunque secretamente era bolchevique, tenía la ventaja de actuar bajo la égida del Soviet. Aquél, y no el Centro Militar Revolucionario de Stalin, constituiría el cuartel general de la sublevación. Stalin no era miembro del CMR[***].

El día 21 el CMR se declaró el órgano con autoridad legítima sobre la guarnición de Petrogrado. Stalin, que ocupaba el centro político dentro del partido, redactó la agenda del II Congreso de los Soviets, asignándose a sí mismo la tarea de disertar sobre las «nacionalidades», a Lenin la de hablar sobre «las tierras, la guerra y el poder», y a Trotski sobre «la situación actual»[2]. El día 23, el CMR asumió el mando de la Fortaleza de Pedro y Pablo. Todo estaba listo: incluso el miope Molotov se dedicó a practicar el tiro con pistola en su despacho del Palacio Smolny. «El gobierno actual de terratenientes y capitalistas», comunicaba Stalin ese día, «debe ser sustituido por un nuevo gobierno de obreros y campesinos… Si todos actuáis con solidez y lealtad, nadie se atreverá a resistirse a la voluntad del pueblo».

Al amanecer del martes 24 de octubre, Kerenski asaltó el periódico de Stalin en la Imprenta Trud. Como observaba el futuro dictador, los soldados destruyeron las imprentas, se incautaron de la maquinaria y pusieron guardias en los despachos. Tenía que volver a poner en movimiento la

maquinaria periodística bolchevique: del mismo modo que los golpes de estado modernos lo primero que hacen es ocupar las cadenas de televisión, en 1917 una revolución sin periódicos era impensable. Stalin pidió refuerzos a las unidades rojas, mientras lograba poner en circulación los periódicos que ya tenía impresos. El regimiento Volkynia le envió una compañía. A medio día, Stalin se había hecho de nuevo con el control de sus imprentas. Ese mismo día, más tarde, comunicó que los periódicos habían sido «restablecidos». Pero se vio obligado a faltar a la reunión del Comité Central en la que se repartieron las tareas que debía realizar cada uno durante el golpe. Trotski lo acusaría de «abandonar el juego» por no estar en la lista de asignación de tareas:

- Bubnov: ferrocarriles
- Dzerzhinski: correos y telégrafos
- Milyutin: suministro de víveres
- Podvoiski [cambiado a] Sverdlov: vigilancia del Gobierno Provisional
- Kamenev y Vinter: negociaciones con los Socialistas
- Revolucionarios de Izquierdas [el ala radical de los Socialistas Revolucionarios]
- Lomov y Nogin: información a Moscú

Esta lista de segundones no demuestra nada: Lenin, que seguía escondido, y Trotski, que también faltó a la reunión, ni siquiera aparecen mencionados, mientras que se incluye en ella al «esquirol» Kamenev. Los historiadores siguen habitualmente la versión de los acontecimientos (absolutamente llena de prejuicios, pero escrita de manera espléndida) que ofrece Trotski cuando afirman que Stalin «no estuvo en la revolución», pero semejante afirmación no se sostiene. No sería la estrella del momento, pero si no se le asignó ninguna tarea de carácter militar fue porque estaba ocupado con los periódicos, que habían sido asaltados por el ejército, no porque fuera insignificante desde el punto de vista político. Nada más lejos de la realidad: incluso Trotski reconoce que «el contacto con Lenin se mantenía principalmente a través de Stalin», lo que desde luego indica que su papel no fue baladí (si bien Trotski no puede dejar de

añadir «porque era la persona de menos interés para la policía»).

Stalin «estuvo ausente de la revolución» sólo unas cuantas horas del día 24 de octubre, pero el golpe duró en realidad más de dos días. Estuvo toda la mañana en el periódico. Luego fue mandado llamar por Lenin: Margarita Fofanova revela que Stalin tenía intención de pronunciar un discurso ese mismo día en el Instituto Politécnico, pero de repente «tuvimos que hacerle llegar una nota de Vladimir Illich». Lenin se retorcía de cólera en el piso de Fofanova. Si Stalin se hubiera presentado rápidamente en él, lo habría encontrado murmurando enfurecido:

—¡El gobierno se tambalea! ¡Hay que *darle el tiro de gracia* a toda costa!… ¡No podemos esperar! ¡Podríamos perderlo todo!

Stalin se presentó en el Instituto Smolny, donde, junto con Trotski, se dirigió a los delegados bolcheviques, recién llegados para el Congreso de los Soviets, presentando el golpe de estado como una reacción a la supresión de los bolcheviques por parte del gobierno, no como una insurrección[*]. «En el frente los soldados se están pasando a nuestro lado», explicaba Stalin. «El gobierno provisional se tambalea. Se ha pedido al [crucero] *Aurora* que dispare contra los puentes… En cualquier caso los puentes serán nuestros. Hay motines entre los junkers y los soldados. *Rabochii Put* ha sido establecido de nuevo. El sistema telefónico todavía no está en nuestras manos. Pero la oficina de correos sí…». La Guardia Roja y las tropas bolcheviques estaban de camino.

«Me encontré a Stalin el día antes de la revolución a media noche en el Palacio Smolny», informa Sagirashvili. Stalin estaba tan entusiasmado que, «contrariamente a su solemnidad y a su secretismo habitual, confesó que la suerte estaba echada». Esa noche, víspera del Octubre Glorioso, Stalin se presentó en casa de los Alliluyev.

—Sí, todo está preparado —dijo a las chicas—. Actuaremos mañana. Tenemos todos los barrios de la ciudad en nuestras manos. Tomaremos el poder[3].

Stalin mantenía informado a Lenin. El Viejo mandaba notas casi cada hora al CMR para darle ánimos antes de que se inaugurara el Congreso. La toma del poder estaba prevista para el día siguiente, pero Lenin insistió en que se adelantara. «¿De qué tenéis miedo?», decía en una nota. «Preguntad simplemente si tienen cien soldados de confianza o cien guardias rojos provistos de rifles. ¡Es todo lo que me hace falta!».

No es de extrañar que Lenin se sintiera frustrado. La Revolución de Octubre se convertiría en uno de los acontecimientos representativos del siglo XX, mitificado por la propaganda soviética, poetizado por el libro de John Reed *Diez días que estremecieron al mundo*, inmortalizado por la obra maestra del cine que es *Octubre* de Eisenstein, y convertido en un hecho ridículo por las vanagloriosas exageraciones de Stalin. Pero la realidad de aquellas jornadas de octubre tiene más de farsa que de gloria. Trágicamente, la verdadera revolución, despiadada y sangrienta, empezó en el momento en que se puso fin a toda esa comedia.

Encerrado todavía en el piso de Fofanova, Lenin no podía entender el retraso. «Ahora todo pende de un hilo», decía en una nota enviada aquella madrugada. «¡La cuestión debe decidirse sin falta esta noche!». No hacía más que dar vueltas por la habitación. Fofanova le suplicaba que no saliera ni se arriesgara a ser detenido. Por fin, a las once menos diez de la noche, Lenin no pudo aguantar más.

42

El octubre glorioso de 1917: La sublevación chapucera

«He ido donde no querías que fuera», garabateó Lenin en una nota enviada a Fofanova. «Illich pidió que fueran a buscar a Stalin», recordaba Rakhia, el guardaespaldas de Lenin. «Luego se dio cuenta de que habría sido una pérdida de tiempo». Se volvió a colocar la peluca de rizos, se puso una gorra de obrero en la cabeza, se envolvió el rostro en una venda y se caló unas gafas gigantescas. Luego, acompañado de Rakhia, se perdió en la oscuridad de la noche.

Cogieron un tranvía. Lenin estaba tan tenso que se quedó mirando sin aliento a la cobradora, que lo contemplaba con cara de desconcierto, antes de darle toda una conferencia sobre estrategia revolucionaria. No está claro si la mujer llegó a descubrir la identidad de aquel lunático con peluca, vendajes y gafas, pero probablemente aquella noche hubiera muchos locos sueltos por la ciudad. De hecho cerca ya del cuartel general de los bolcheviques, el Palacio Smolny, una patrulla gubernamental a caballo le echó el alto, pero lo dejó libre por considerarlo un borracho inofensivo. La verdad es que estaba sobrio, pero de inofensivo no tenía nada.

Alrededor de la media noche, Lenin llegó al «grandioso Smolny», «todo iluminado», dice Reed, que «zumbaba como si fuera una colmena gigantesca». Los guardias rojos, «un grupo de hombres jóvenes vestidos de obreros y armados con fusiles con la bayoneta calada, que hablaban nerviosamente entre ellos», se calentaban las manos alrededor de gigantescas hogueras; en medio del chirrido de los motores de los carros

blindados y el ruido de las motocicletas, nadie reconoció a Lenin. No llevaba documentación, de modo que los guardias rojos apostados a la puerta del Instituto se negaron a dejarlo pasar.

—¿Qué escándalo es éste? —gritó Rakhia— ¡Soy un delegado [del Congreso] y no me dejan pasar!

La multitud se puso de su parte y los hizo entrar a empujones. «¡Finalmente Lenin logró entrar en medio de grandes risotadas!». Pero cuando se quitó la gorra, la peluca, que llevaba fijada con cola, se le despegó[*].

El Palacio Smolny era una especie de campamento. Mientras que el Soviet estaba reunido en el espléndido salón de baile, los suelos del edificio estaban cubiertos de colillas y mantas. Los soldados roncaban en los pasillos. El hedor a humo, sudor y orina se mezclaba con el olor a col hervida procedente del refectorio, situado en el sótano. Lenin recorrió precipitadamente los pasillos, sujetándose la peluca con el fin de ocultar su identidad. Pero un menchevique, Dan, lo identificó.

—¡Los canallas me han reconocido! —murmuró.

Durante las primeras horas del miércoles 25 de octubre, Stalin, luciendo una chaqueta y una gorra de piel, se reunió con Lenin en la Sala 36 del Instituto Smolny para celebrar una reunión de emergencia del Comité Central. Fueron invitados incluso Zinoviev y Kamenev. Lenin insistió en acelerar la rebelión. En el mismo edificio se habían reunido los delegados del Congreso.

Lenin empezó a redactar los principales decretos sobre las tierras y la paz. Como seguía disfrazado, ofrecía «una imagen bastante extraña», pensó Trotski. El golpe había dado ya comienzo. El Comité Central siguió reunido en sesión permanente durante dos días «alrededor de una mesa en una sala pequeña y mal iluminada con los abrigos tirados por el suelo», recuerda una bolchevique que estuvo presente, Sara

Ravich. «Llamaban constantemente a la puerta, trayendo noticias de los últimos éxitos del alzamiento. Entre los presentes se encontraban Lenin, Trotski, Zinoviev, Kamenev y Stalin». Llegaban sin cesar mensajeros; se daban órdenes procedentes del CMR, reunido en la Sala 10, y de Lenin y el Comité Central, que estaban en la Sala 36; ambos organismos «trabajaban a una velocidad de vértigo, recibiendo y mandando mensajeros jadeantes, despachando sin cesar comisarios con poderes sobre la vida y la muerte, en medio del zumbido de los telégrafos».

Stalin «iba corriendo de una habitación a otra», observó Sagirashvili, que se encontraba en el Smolny. «No lo había visto nunca en aquel estado. Tanta rapidez y un trabajo tan febril eran insólitos en él». Se oían tiros por toda la ciudad, pero no se produjeron combates. La Central Eléctrica, la Oficina Central de Correos y la Estación Nicolás habían sido tomadas. Los insurrectos controlaban todos los puentes excepto el Puente Nicolás, junto al Palacio de Invierno. A las seis de la mañana cayó el Banco Nacional, a las siete lo hizo la Central de Teléfonos, y a las ocho la Estación de Varsovia[*]. Pero los marineros del Báltico, cuyo concurso era trascendental, no llegaban. El gobierno siguió funcionando —o al menos sobrevivió— durante todo el día.

Kerenski estaba en el cuartel general del Estado Mayor digiriendo las malas noticias. A las nueve de la mañana se dio cuenta por fin de que sólo las tropas del frente podían salvar Petrogrado y de que únicamente él podía unirlas. Pero no logró encontrar un automóvil hasta que sus hombres requisaron un Renault en la embajada norteamericana y una aparatosa limusina Pierce Arrow. Kerenski dejó a su gobierno reunido en sesión de emergencia en el Palacio de Invierno y salió precipitadamente de la ciudad.

En el Palacio Smolny, las sesiones del Congreso estaban a punto de comenzar. Pero el Palacio de Invierno todavía no había caído, ni siquiera había sido rodeado. Seguía siendo la

sede del gobierno, custodiado por cuatrocientos cadetes del ejército de corta edad, un batallón de mujeres y algunos escuadrones de cosacos. Un fotógrafo convenció a algunas de esas mujeres para que posaran ante una barricada. «Todo aquello tenía un aspecto operístico y cómico a la vez», dice la americana Louise Bryant, una de las numerosas periodistas que fueron testigos de la jornada. Fuera, con una lentitud sorprendente, los bolcheviques fueron congregando sus fuerzas. Dentro del palacio, los ministros eran, en opinión del Ministro de Justicia, Maliantovich, «un conjunto de hombres condenados, abandonados por todo el mundo, corriendo de un lado a otro, atrapados en una ratonera gigantesca».

Lenin, Trotski, Stalin, Yenukidze y el joven Molotov, entre otros, empezaron a discutir la formación del nuevo gobierno una vez concluida la sesión oficial del Comité Central: primero debían decidir cómo llamarlo. Lenin quería evitar cualquier palabra que recordara a los «ministerios» capitalistas, por ser un «término vil y trasnochado». Sugirió la palabra «comisarios».

—Ya tenemos demasiados comisarios —dijo Trotski—. ¿Qué os parece «Comisarios del Pueblo»? Sería un «Consejo de Comisarios del Pueblo» con un Presidente en vez de Primer Ministro[*].

—¡Estupendo! —exclamó Lenin— ¡Tiene un sabor increíble a revolución!

Incluso en aquellos momentos, se produjeron juegos de modestia táctica, pues la renuncia ascética formaba parte de la cultura bolchevique. Lenin propuso a Trotski para el cargo de Primer Ministro. Pero un judío no podía ser Primer Ministro de Rusia. Trotski rechazó el ofrecimiento, insistiendo en que ocupara el cargo Lenin. Probablemente fuera éste el que propusiera a Stalin como Comisario del Pueblo de Nacionalidades. También él rechazó modestamente la propuesta, insistiendo en que carecía de experiencia y en que estaba demasiado ocupado en el Comité Central,

contentándose con ser un trabajador del partido, según contó luego Yenukidze a Sagirashvili. Quizá fuera a Stalin al que contestara Lenin entre carcajadas:

—¿Tú crees que alguno de nosotros tiene experiencia en esto?

Como Lenin insistió tanto, Stalin aceptó su primer empleo de verdad desde los tiempos en que había trabajado como meteorólogo en el Observatorio de Tiflis diecisiete años antes. Aquello no parecía real: algunos miembros del Comité Central vieron aquella formación del gabinete como una especie de chiste.

Cuando se abrieron las puertas del cuartel general de los bolcheviques, «salió una bocanada de aire cargado y de humo de cigarrillos», y John Reed pudo «atisbar a un grupo de hombres desgreñados inclinados sobre un mapa en medio del resplandor creado por una luz eléctrica…». Pero el Palacio de Invierno aún no había sido tomado[1].

Lenin estaba fuera de sí. Trotski y el CMR ordenaron a los hombres de la Fortaleza de Pedro y Pablo que se prepararan para bombardear el Palacio de Invierno, situado en la orilla opuesta del Neva, pero descubrieron que sólo había seis cañones disponibles. Cinco no se limpiaban desde hacía varios meses; por lo tanto sólo uno estaba operativo. Los oficiales, sin embargo, dijeron a los bolcheviques que los cañones estaban rotos. Los comisarios no se dieron cuenta de que sólo necesitaban una limpieza, y ordenaron a los marineros poner en posición unas cuantas piezas pequeñas de artillería de tres pulgadas utilizadas en los entrenamiento, pero luego descubrieron que no había bombas de tres pulgadas, y que los cañones carecían de visor. A última hora de la tarde descubrieron por fin que los cañones de la fortaleza sólo necesitaban una limpieza.

En el Palacio Smolny, Lenin, como de costumbre, estaba hecho una furia. La «sólida fachada» del edificio «resplandecía de luces… Un enorme automóvil blindado de

color elefante, con dos banderas rojas ondeando en la torreta, avanzaba pesadamente tocando la sirena… Los largos pasillos, escasamente iluminados, resonaban con el ruido de las pisadas, las llamadas y los gritos» de los soldados vestidos con «abrigos bastos de color sucio», y obreros ataviados «con blusas negras». Ocasionalmente, podía verse a algún líder como Kamenev bajando a toda prisa las escaleras.

El gobierno de Kerenski seguía reinando en el Palacio de Invierno, pero Lenin no podía aplazar por más tiempo su primera comparecencia ante el Soviet. A las tres de la tarde, Trotski hizo su presentación. Lenin exigió el poder. Cuando regresó a la Sala 36, el Palacio de Invierno seguía sin caer.

Lenin recorría arriba y abajo su pequeño despacho «como un león enjaulado. V. [Vladimir] I. [Illich] soltaba reprimendas a diestro y siniestro gritando sin parar. Necesitaba el Palacio de Invierno a toda costa», recuerda Nikolai Podvoiski, del CMR; «estaba dispuesto a pegarnos cuatro tiros». Cuando fueron capturados unos oficiales del ejército, «ciertos camaradas del Palacio Smolny», casi con toda seguridad el propio Lenin, dijeron que había que fusilarlos para desanimar a los demás. Lenin estaba siempre dispuesto a hacer correr la sangre.

A las seis de la tarde, dentro del Palacio de Invierno, los cadetes del ejército que llevaban sin comer todo el día, decidieron abandonar su puesto a ver si encontraban algo de comer. Los cosacos también se fueron, asqueados de «los judíos y las putas» que había en su interior. Algunas integrantes del batallón de mujeres también desertaron.

La comedia de las equivocaciones de los bolcheviques no había resultado como se esperaba: la señal para iniciar el asalto del palacio era una linterna roja colocada en lo alto del mástil de la bandera de la Fortaleza de Pedro y Pablo, pero cuando por fin llegó el gran momento, nadie pudo colocar la linterna porque no hubo forma de encontrar ninguna. Un comisario bolchevique tuvo que salir a buscar aquel objeto tan

inusual. Finalmente encontró un farol, pero no era del color adecuado. Por si fuera poco, se desorientó en medio de la oscuridad y cayó en un foso de aguas estancadas. Cuando logró salir, no pudo levantar la linterna, ni roja ni de ningún otro color. La señal no llegó a darse nunca.

Por fin, a las seis y media de la tarde del día 25, los bolcheviques ordenaron a los cruceros *Aurora* y *Amur* desplazarse río arriba. Enviaron un ultimátum que decía: «Gobierno y tropas deben capitular. Este ultimátum expira a las siete y diez, tras lo cual se abrirá fuego inmediatamente». El ultimátum expiró.

No pasó nada. El asalto se vio retrasado de nuevo por un quijotesco intento de detener la revolución bolchevique, a pesar de las órdenes explícitas de Lenin y Trotski.

El alcalde de Petrogrado, el venerable anciano de barba blanca Grigori Shreider, que había estado debatiendo en el ayuntamiento el modo de impedir el bombardeo del palacio, de repente propuso defender personalmente al gobierno. Los concejales apoyaron la moción. Así fue como el venerable alcalde, los concejales y el Ministro de Alimentación, Prokopovich, todos ellos elegantemente vestidos de burgueses, luciendo sus capas con el cuello de terciopelo, todos con sus levitas y sus relojes de bolsillo, salieron en columna de cuatro en fondo como si fuera un desfile de pingüinos. Todos iban desarmados, y no llevaban más que un paraguas, un farol y un salami (la cena de los defensores del Palacio). Como primera providencia se dirigieron al Palacio Smolny, donde fueron recibidos por Kamenev, que ordenó a Molotov que los acompañara al Palacio de Invierno. Aquel cortejo de salamis y paraguas, escoltado por el pesado de Molotov, bajó por la Perspectiva Nevski cantando la Marsellesa hasta que fue detenido por un control de guardias rojos delante de la Estación de Kazán.

El alcalde exigió que los guardias les dejaran pasar o que dispararan contra unos ciudadanos desarmados, según John

Reed, que reproduce el diálogo.

—No, nosotros no vamos a disparar contra unos rusos desarmados —dijo el individuo que estaba al mando del control.

—¡Pues nosotros seguimos adelante! ¿Qué vais a hacer? —insistieron Shreider y Prokopovich— ¿Qué vais a hacer?

—No podemos dejaros pasar —respondió el soldado con aire pensativo—. Pero algo haremos.

Entonces a un marinero guasón se le ocurrió algo.

—*¡Os daremos una azotaina!* —rugió, destruyendo así el aura de dignidad de la que se habían rodeado los protagonistas del desfile— ¡Os daremos una azotaina!

El intento de rescate acabó entre risotadas, pero el Palacio de Invierno seguía resistiendo, aunque sus defensores estaban cada vez más borrachos gracias al contenido de la magnífica bodega del zar. Mientras tanto, los coches cruzaban los puentes, los tranvías recorrían las calles, y aquella noche Chaliapin cantó *Don Carlo* en el Narodny Dom. «Por la Perspectiva Nevski parecía que todo el mundo había salido de paseo». Las prostitutas, que, como las ratas en los barcos o los canarios en las minas de carbón, habrían sido las encargadas de anunciar la inminencia del peligro, seguían patrullando profesionalmente la avenida. «Las calles», dice Sagirashvili, «estaban atestadas de todo tipo de gentuza».

Por fin, a las 21.40, el *Aurora* disparó una salva: era la señal para que diera comienzo el asalto. Dentro del palacio, el batallón de mujeres se asustó tanto al oír el estruendo que muchas de sus integrantes sufrieron ataques de nervios y hubo que tranquilizarlas en una habitación situada en la parte trasera. Fuera del edificio, los cabecillas de los bolcheviques, Podvoiski y Vladimir Antonov-Ovseenko, a los que Lenin había querido fusilar por ineptos, habían logrado reunir unas fuerzas enormes.

Los artilleros de la Fortaleza de Pedro y Pablo habían conseguido acumular tres docenas de bombas de seis pulgadas. Sólo dos dieron en el palacio, pero lograron aterrorizar a sus defensores. Los carros blindados barrieron los muros del edificio con fuego de ametralladora, y pequeños grupos de marineros y guardias rojos descubrieron que el palacio no sólo estaba indefenso, sino que sus puertas ni siquiera estaban cerradas. «El asalto», reconoce Antonov-Ovseenko, «tuvo un carácter completamente desorganizado». Más o menos hacia las dos de la madrugada entraron en el palacio y empezaron a meterse por las habitaciones.

En el salón iluminado por lámparas de araña del Palacio Smolny, envuelto en una «sucia nube azul de humo» y en el «calor sofocante de los cuerpos humanos sin lavar», la inauguración del Congreso, compuesto, en palabras de Sujanov, por bolcheviques «primitivos… y desconocidos de provincias», no podía seguir retrasándose. Pero el gabinete de Kerenski seguía reinando en el Palacio de Invierno, de modo que Lenin aún no podía hacer su aparición. Trotski, en cambio, subió al escenario en representación de los bolcheviques. Cuando Martov y los mencheviques arremetieron contra la «acción alocada y criminal» de Lenin, Trotski, cuyo «delgado y puntiagudo rostro y [cuya] expresión de maliciosa ironía eran verdaderamente mefistofélicos», contestó con una de las despedidas más aplastantes de la historia:

—¡No sois más que un desecho! Marchaos al lugar que os corresponde. ¡Al cubo de la basura de la historia!

—Pues nos vamos —replicó Martov. Los mencheviques abandonaron ridículamente la sala… y la historia: nunca volverían a acercarse a las puertas del poder. Sagirashvili, un menchevique que «no estaba de acuerdo con el boicot», fue recorriendo con aire deprimido los pasillos hasta que «Stalin puso su mano sobre mi hombro de la manera más amistosa y empezó a hablar conmigo en georgiano», intentando que se pasara a los bolcheviques. Sagirashvili se negó, pero varios exmencheviques, como Vyshinski, se convertirían

posteriormente en algunos de los secuaces más leales de Stalin[*].

En los bulevares y los puentes de las inmediaciones del Palacio de Invierno, el estruendo de los grandes cañones acabó por dispersar a los paseantes que habían salido en busca de emociones. «Incluso las prostitutas», señala Sagirashvili, «desaparecieron de la Perspectiva Nevski, que hasta ese momento habían ocupado como bandadas de pájaros».

En la cámara de oro y malaquita con tapicería de brocado carmesí que había sido el comedor de Nicolás II y su familia hasta 1905, los ministros de Kerenski seguían debatiendo ante la mesa recubierta de paño verde a quién debían nombrar «dictador». De repente pusieron fin a tanta farsa y decidieron rendirse.

Justo en ese momento se abrió la puerta.

43

El poder: Stalin sale de las sombras

«Irrumpió en la habitación un hombrecillo, como un palito arrojado a la arena por las olas, bajo la presión de la multitud que se precipitó tras él… Tenía el cabello de color rojizo y gafas, un bigotito recortado también pelirrojo y una pequeña barba», reseña Maliantovich, el Ministro de Justicia. «El cuello y los puños de la camisa, así como sus manos eran las de un hombre muy sucio».

—Éste es el gobierno provisional —dijo el Vice-Primer Ministro Konovalov—. ¿Qué desea?

—En nombre del Comité Militar Revolucionario —exclamó Antonov-Ovseenko—, los pongo a todos ustedes bajo arresto.

Era más o menos la 1.50 del 26 de octubre. Los nuevos dueños del Palacio de Invierno se lanzaron al pillaje, «llevándose alfombras, cortinas, ropa de cama y mantelerías, porcelanas y bandejas». Un soldado se puso unas plumas de avestruz en la gorra, mientras que la antigua servidumbre de palacio, todavía con sus uniformes de color azul, rojo y oro, intentaba detener a los saqueadores. No hubo ningún asalto del Palacio de Invierno: hubo más heridos en la filmación de la escena de este episodio que aparece en la película de Eisenstein. «El Neva», comenta Sagirashvili, «se llevó en su corriente al gobierno de Kerenski».

Cuando los ministros fueron conducidos a la Fortaleza de Pedro y Pablo, Antonov-Ovseenko perdió el control de la situación en el interior del Palacio y algunas muchachas del batallón de mujeres fueron violadas. «La cuestión de las

bodegas resultó especialmente peliaguda», cuenta el propio Antonov-Ovseenko. La bodega de Nicolás II se jactaba de contener botellas de tokay de los tiempos de Catalina la Grande y un gran surtido de *Château d'Yquem* 1847, el vino favorito del emperador, pero

> todo el regimiento Preobrazhenski… acabó totalmente borracho. El regimiento Pavlovski, nuestro baluarte revolucionario, tampoco pudo resistir la tentación. Enviamos guardias de otras unidades seleccionadas… todos acabaron completamente borrachos. Pusimos guardias de los comités de regimientos…, pero también sucumbieron. Mandamos carros blindados para que ahuyentaran a la multitud, pero al cabo de un rato también éstos empezaron a caminar sospechosamente haciendo eses. Cuando cayó la noche, se había desatado una violenta bacanal.

Exasperado, Antonov-Ovseenko llamó a la Brigada de Bomberos de Petrogrado. «Intentamos inundar de agua las bodegas… pero los bomberos… se emborracharon». Los comisarios empezaron a romper las botellas en la plaza del Palacio, pero «la multitud se puso a beber del suelo. El éxtasis de alcohol infectó a toda la ciudad».

Finalmente, el Consejo de Comisarios del Pueblo de Lenin nombró un comisario especial del Palacio de Invierno con la máxima autoridad, pero Antonov-Ovseenko se limita a señalar secamente: «Tampoco este individuo resultó ser muy fiable».

En el Congreso de los Soviets, fue Kamenev quien, contra su voluntad, anunció que el Palacio de Invierno había caído por fin. Sólo en ese momento Lenin se quitó la peluca, se limpió el maquillaje y apareció como líder de Rusia[1].

Mientras tanto, Anna y Nadia Alliluyeva, deseosas de ver la inauguración del Congreso, habían ido andando hasta el Palacio Smolny y se habían colado en el mismísimo gran salón: «En vista del entusiasmo y de los aplausos, dedujimos que había ocurrido algo importante y entonces de repente, en medio de la multitud que se dirigía gritando hacia nosotras, vimos a Stalin», que les hizo señas de que se acercaran.

—¡Ah, sois vosotras! ¡Qué alegría que estéis aquí! ¿Os habéis enterado de la noticia? ¡El Palacio de Invierno ha caído

y nuestros hombres han entrado en él!

Los bolcheviques estaban rendidos de agotamiento. «En el momento de[l levantamiento] de octubre», explica Fiodor Alliluyev, el hermano mayor de Anna y Nadia y nuevo asistente de Soso, «el camarada Stalin estuvo cinco días sin dormir. Unas veces comían, otras echaban un sueñecillo en el duro suelo».

«La ciudad estaba silenciosa, probablemente nunca había estado más silenciosa en toda su historia», escribe John Reed. Cuando llegó al Palacio Smolny la noticia de que la ciudad estaba finalmente en manos de los bolcheviques, Lenin empezó a relajarse, se puso a contar chistes (a expensas de Kamenev) y se acostó en el suelo encima de unos periódicos. «Los pasillos seguían llenos de gente atareada, con los ojos hundidos, sucia», pero en algunas salas de reunión «había hombres durmiendo en el suelo, con el fusil a su lado».

Los miembros del alto mando de los bolcheviques dormían sentados o se habían acostado en el suelo de sus despachos del Smolny. «Rendido por el cansancio», Stalin permaneció despierto redactando el Llamamiento al Pueblo, hasta que «finalmente cayó dormido sentado en una silla delante del escritorio», dice Fiodor Alliluyev. «Lleno de entusiasmo, Lunarcharski [Comisario del Pueblo de Cultura] dio unas palmaditas en el hombro del durmiente y le plantó un beso en la frente. El camarada Stalin se despertó y estuvo riéndose un buen rato de A. V. Lunarcharski».

Lenin y Trotski se acostaron uno al lado del otro sobre un montón de papeles.

—¿Sabes? —suspiró Lenin— Pasar con tanta rapidez de ser perseguido y de vivir escondido a tener poder hace que le dé a uno vueltas la cabeza[2].

A las seis de la mañana del 26 de octubre, mientras «una extraña claridad lívida se arrastraba ya por las calles silenciosas, amortiguando el brillo de las hogueras», como si

fuera «la sombra de la terrible aurora que iba a levantarse sobre Rusia», «amaneció en una ciudad presa de la excitación y el desorden». Las calles volvieron rápidamente a la normalidad. «La burguesía», señala Shlyapnikov, «desde los oficiales de la guardia hasta las prostitutas», apareció de nuevo por las calles. Como se suponía que el Congreso debía reunirse a la una de la tarde, los delegados empezaron a llegar, pero a las siete todavía no había hecho su aparición Lenin».

Por fin, a las 20.40, llegó en medio de un estruendoso aplauso. «Era hombre de baja estatura, fornido, la gran cabeza redonda y calva hundida en los hombros, ojos pequeños, nariz roma, boca grande y generosa», señala Reed; «un extraño líder popular, que lo era solamente por virtud de su inteligencia. Sin brillo, sin humor, intransigente y desabrido».

—Ahora procederemos a la construcción del orden socialista —declaró simplemente. Habló, como era típico en él, apoyándose sobre un solo pie. «Me fijé en que tenía un agujero en el zapato», comenta Molotov.

A las 2.30 de la mañana, Kamenev[*] subió a la tribuna del Congreso de los Soviets y leyó la composición del nuevo gobierno. Soso aparecía en la lista como «I. V. Djugashvili-Stalin». Todavía no era muy conocido del público ni admirado por los bolcheviques que habían vivido en el extranjero. Su falta de notoriedad en 1917 sería siempre una mancha muy embarazosa para un hombre tan susceptible como él, e intentaría corregirla a través del mendaz culto a la personalidad. Pero a decir verdad Lenin y gran número de bolcheviques de primera fila apreciaban desde hacía tiempo su despiadada eficacia.

«Durante aquellos días», dice Fiodor Alliluyev, con tal candor que sus memorias no fueron publicadas nunca, «el camarada Stalin era verdaderamente conocido sólo por el pequeño círculo de personas que habían tenido algo que ver con él… en la clandestinidad política o que habían sabido…

distinguir el verdadero trabajo y la verdadera entrega de la palabrería, el ruido [y] el parloteo sin sentido».

La totalidad del gobierno soviético trabajaba veinticuatro horas al día en una sola habitación y ante una sola mesa. «Tras la victoria», recuerda Fiodor Alliluyev, «Stalin se trasladó al Palacio Smolny». «Durante los primeros tres días, no salimos de allí ni un momento», dice Molotov. «Estábamos Zinoviev, Trotski y yo, y enfrente estaban Stalin y Kamenev. Intentábamos trazar la imagen de lo que había de ser la nueva vida desde el comienzo». Cuando Kamenev y Trotski decidieron que querían abolir la pena capital en el ejército, recordaría más tarde Stalin, Lenin no les hizo caso.

—¡Qué absurdo! —aulló— ¿Cómo vais a hacer una revolución sin fusilar a nadie?

Lenin sabía lo que se decía.

El golpe de estado había resultado sorprendentemente fácil, pero enseguida se desencadenó la lucha a muerte por el mantenimiento del poder. Lenin no deseaba compartir su gobierno con los mencheviques ni con los socialistas revolucionarios, pero Kamenev insistió en entablar negociaciones justamente para eso. Cuando las negociaciones fracasaron, presentó su dimisión. Mientras tanto Kerenski reunió una fuerza de cosacos en las colinas Pulkovo, a las afueras de la ciudad, y los ferroviarios dirigidos por los mencheviques se declararon en huelga, exigiendo la formación de una coalición. Stalin, junto con Sverdlov, Sergo y Dzerzhinski, organizaron la defensa de Petrogrado.

Lenin, Trotski y Stalin formaron una troika inseparable durante aquellos primeros meses en el poder. Sitiado por fuera y por dentro, socavada su autoridad por los partidarios de las componendas, los chapuceros y los charlatanes que había dentro del propio partido, Lenin dividió a sus primeros espadas en «hombres de acción» por un lado y «bebedores de té» por otro. Había demasiados «bebedores de té». Si la República Soviética hubiera alcanzado una estabilidad

pacífica, la tendencia de los bebedores de té, representada por individuos como Kamenev y Bujarin, es posible que le hubieran dado una orientación distinta. Pero no sería así. Lenin pasaba casi todas sus horas en compañía de sus leales más aguerridos. Durante aquellas primeras horas, Lenin dictó un decreto sin fecha que revela la posición especial ocupada por Stalin y Trotski en los siguientes términos:

> Instrucciones a los guardias de la recepción del Sovnarkom
>
> No se permite a nadie entrar sin una invitación específica excepto a Presidente del Sovnarkom Lenin…

Luego, antes de los nombres escritos a máquina de sus asistentes personales, aparecen escritos a mano, probablemente, por el propio Lenin, los siguientes nombres:

> Narkom de Asuntos Exteriores Trotski
>
> Narkom de Nacionalidades Stalin

«Lenin no podía pasar sin Stalin ni un solo día», escribía Stanislaw Pestkovski, el bolchevique polaco que se convirtió entonces en el principal ayudante de Stalin como Comisario del Pueblo de Nacionalidades. Lenin pedía a veces al georgiano que refrendara sus decretos como sovnarkom. «Nuestro despacho en el Smolny estaba debajo del ala correspondiente a Lenin. A lo largo del día llamaba a Stalin infinidad de veces o se presentaba en nuestro despacho y se lo llevaba». En una ocasión, Pestkovski se encontró a los dos subidos a unas escaleras examinando juntos unos mapas.

Los dos gánsters caucasianos de Stalin, Kamo y Tsintsadze, llegaron también a Petrogrado. «Encontré a Stalin solo en una habitación», dice Tsintsadze. «Nos alegramos muchísimo de volver a vernos». Pero justo en ese instante entró en la habitación Lenin.

—Te presento a Kote Tsintsadze —dijo Stalin a Lenin, que ya conocía a Kamo—, el antiguo atracador terrorista del Cáucaso.

No obstante, Soso se comunicaba con su asistente Pestkovski sólo por medio de «gruñidos», y su humor era

demasiado variable y taciturno para intercambiar chismorreos con él, a diferencia de otros figurones bolcheviques más locuaces[*].

El 29 de noviembre de 1917 el Comité Central creó un Buró directivo, la Chetverka o Cuarteto, formado por Lenin, Stalin, Trotski y Sverdlov, convertidos así en los cuatro hombres más poderosos de Rusia, con autoridad para «decidir todas las cuestiones de emergencia». Pero Sverdlov, que pasó a ser el jefe nominal del estado (como Presidente del Comité Ejecutivo Central del Soviet), pasaba todo el tiempo llevando la secretaría del partido. En consecuencia, recuerda, Trotski, «El Cuarteto se convirtió en una troika».

Lenin siguió intentando implantar a toda costa sus medidas radicales y represivas: «¡Paz, tierras y pan!». Inició las conversaciones de paz con la Alemania del Káiser. Cuando Trotski, Comisario del Pueblo de Asuntos Exteriores, presentó un informe sobre el progreso, Lenin replicó:

—Consultaré con Stalin y te daré una respuesta.

El 27 de octubre fue prohibida la prensa de la oposición. En la reunión del Comité Central del 2 de noviembre, Lenin creó de hecho la dictadura de los oligarcas bolcheviques. El día 4, el Sovnarkom se concedió a sí mismo poderes para gobernar sin el refrendo de los soviets. Al principio, el CRM actuó como el órgano encargado de hacer cumplir las órdenes de Lenin, pero el 7 de diciembre éste creó una Comisión Extraordinaria Rusa para la Lucha contra la Contrarrevolución y el Sabotaje, conocida por su acrónimo, «Cheka», cuyo presidente era Dzerzhinski. La Cheka, precursora del OGPU, del NKVD, el KGB y el actual FSB, tenía un poder absoluto por encima incluso de la ley sobre la vida y la muerte.

—En tal caso, ¿por qué vamos a molestarnos en tener un Comisario del Pueblo de Justicia?

Isaac Shteinberg, socialista revolucionario de izquierda, desafió a Lenin diciendo:

—¡Llamémoslo simplemente Comisariado de Aniquilación Social!

—¡Bien dicho! —respondió Lenin— ¡Eso es exactamente lo que va a ser!

A otro conocido le comentó:

—Estamos ocupados en la aniquilación. ¿No te acuerdas de lo que decía Pisarev? «¡Romper, machacarlo todo, golpear y destruir! ¡Todo lo que se rompe es basura y no tiene derecho a vivir! Lo que sobrevive es lo bueno».

En sus notas manuscritas, Lenin exigía fusilar, asesinar, y ahorcar a «los que nos chupan la sangre… a las arañas… a las sanguijuelas». Formulaba la siguiente pregunta: «¿Cómo puede hacerse una revolución sin pelotones de fusilamiento? Si no podemos fusilar a los saboteadores de la Guardia Blanca, ¿qué clase de revolución va a ser ésta? ¡Nada más que palabrería y una paparrucha! Exigía que «buscaran hombres más recios». Pero Stalin y Trotski eran ya lo bastante recios. «Debemos poner fin de una vez por todas», decía Trotski, «a la palabrería papista-cuáquera en torno a la inviolabilidad de la vida humana». Stalin mostraría un gusto semejante por el Terror. Cuando los bolcheviques de Estonia propusieron liquidar a los «traidores» durante los primeros días de la revolución, contestó de inmediato:

—La idea del campo de concentración me parece estupenda.

«Empezó a sentirse más seguro de sí mismo», escribe Trotski. «Enseguida me di cuenta de que Lenin estaba “ascendiendo” a Stalin, de que valoraba su firmeza, su energía, su obstinación y su malicia como cualidades imprescindibles en la lucha»[*]. Molotov, que odiaba a Trotski, considera que «Lenin no dejaba de tener razones para reconocer a Stalin y a Trotski como líderes que destacaban sobre los demás por tener más talento que ninguno». Pronto incluso Sujanov se percató de que «Stalin tiene en sus manos la suerte de la revolución y

del estado». El georgiano, afirma Trotski, «se acostumbró al poder».

Pero Stalin no fue en ningún momento inevitable. La inteligencia, la seguridad en sí mismo, la energía intelectual, el talento político, la fe en la violencia y la experiencia de ella, la susceptibilidad, el carácter vengativo, el encanto, la sensibilidad, la crueldad, la falta de empatía, la pura singularidad y rareza de aquel hombre hacía ya tiempo que existían. Pero no tenía ningún ámbito en el que desarrollarlos. En 1917 encontraría ese ámbito.

No habría podido ascender al poder en ningún otro momento de la historia: para ello habría sido precisa la sincronía del hombre y el momento. Esa inverosímil ascensión, que permitiría a un georgiano gobernar Rusia, sólo sería posible gracias al carácter internacionalista del marxismo. Su tiranía fue posible debido a la situación de acorralamiento en la que se vio sumida la Rusia soviética, al fanatismo utópico de su ideología cuasireligiosa, al despiadado machismo de los bolcheviques, al espíritu sanguinario de la Gran Guerra, y a la visión homicida que tenía Lenin de la «dictadura del proletariado». Stalin no habría sido posible si durante los primeros días del nuevo régimen Lenin no hubiera derrotado la vía más blanda defendida por Kamenev para crear la maquinaria necesaria para un poder tan ilimitado y absoluto. Ése era el ámbito para el que Stalin estaba extraordinariamente equipado. A partir de ese momento Stalin podría ser finalmente Stalin.

Pocos meses después de la Revolución de Octubre, Lenin y sus prohombres utilizarían aquel poder para lanzarse a la guerra civil. Fue entonces cuando Stalin, junto con sus cohortes, experimentó ese poder ilimitado para hacer la guerra y cambiar la sociedad por medio de los asesinatos al azar. Como niños que salen a cazar zorros por primera vez, su iniciación vino marcada por el entusiasmo y la fanfarronería. El carácter de Stalin, lleno de virtudes y de defectos, estaba perfectamente cualificado para ese tipo de sanguinarias

depredaciones, pero también sentía una gran atracción por ellas. A partir de este momento, la maquinaria de la represión, la psicología implacable y paranoica de conspiración perpetua y el gusto por las soluciones extremas y sanguinarias a cualquier tipo de desafío, serían no sólo promovidos, sino rodeados de glamour, institucionalizados y elevados a la consideración de religión amoral bolchevique con un fervor mesiánico. En una burocracia colosal dirigida como si fuera una aldea nepotista, Stalin se reveló todo un maestro de la política personal[*]. Fue el defensor de esas tendencias brutales, pero también su personificación: tendría razón cuando declarara en tono blasfemo allá por 1929 que «el partido me ha hecho a su imagen y semejanza». El partido y él evolucionaron juntos, pero aquel personaje de un extremismo disimulado, pero sin límites, y de una tenebrosidad siniestra y maliciosa siempre podría llegar todavía más lejos.

Se había criado en el Cáucaso, tierra de clanes; había pasado toda su madurez en las conspiraciones de la clandestinidad, un peculiar ambiente en el que la violencia, el fanatismo y la lealtad eran moneda corriente; prosperó en la jungla de la lucha, la tragedia y la tensión constantes; llegó al poder siendo una rara combinación de individuo violento y hombre de ideas, experto en gangsterismo y a la vez marxista devoto; pero sobre todo creía en sí mismo y en su autoridad implacable como único medio de gobernar un país en crisis y de convertir un simple ideal en una utopía real.

En un gobierno que no conocía límites dirigido como una conspiración gigantesca de asesinatos y patrocinio de clanes, ¿quién era el que estaba más cualificado para prosperar?

La danza del poder entre Trotski y Stalin empezó al comienzo mismo de la primera reunión del nuevo gobierno, una ocasión histórica en la que los pecadillos personales y los cambalaches políticos chocaron con la santidad del materialismo dialéctico.

La primera sesión del consejo de ministros —el Sovnarkom, según la abreviatura bolchevique— se celebró en el Palacio Smolny, en el despacho de Lenin, que seguía siendo tan provisional y chapucero que el único lazo que lo unía con su nuevo imperio era un «cuchitril para la telefonista y la mecanógrafa» situado detrás de un tabique de madera sin pintar. Seguramente no fuera ninguna coincidencia el hecho de que las dos personalidades más destacadas del gobierno leninista, «Stalin y yo», dice Trotski, «fuimos los primeros en llegar».

Luego, de detrás del tabique llegaron hasta sus oídos unos suspiros seductores y cariñosos: se trataba del «vozarrón de Dybenko [el Comisario del Pueblo de Marina]… en una conversación… bastante tierna». «El corpulento y arrogante marinero de veintinueve años y negra barba, había intimado hacía poco con Alejandra Kollontai, mujer de antecedentes aristocráticos, que… frisaba los cuarenta y seis». En aquel momento histórico, Stalin y Trotski se vieron de pronto espiando una conversación relacionada con la última aventura escandalosa de la Kollontai, sobre la cual «en ciertos círculos del Partido se murmuraba no poco».

Trotski y Stalin, aquellos dos individuos arrogantes que se habían autoproclamado mesías del marxismo, dos administradores magníficos, pensadores profundos, ejecutores sanguinarios, dos perfectos intrusos pertenecientes a mundos marginales, por su condición de judío y georgiano respectivamente, se miraron uno a otro. Stalin parecía divertido, Trotski, en cambio, se mostró sorprendido. «Stalin vino hacia mí con una especie de inesperado alborozo, y señalando con el hombro hacia el tabique, dijo a través de una sonrisa forzada: “¡Ahí está ése con la Kollontai, con la Kollontai!”[*]». Trotski no estaba nada contento: «Sus gestos y su risa me parecieron fuera de lugar y de una vulgaridad insoportable, especialmente en aquella ocasión y en aquel lugar».

—¡Es asunto suyo! —replicó secamente el judío.

Al oírlo «Stalin se dio cuenta de que había cometido un error».

Había ocurrido algo asombroso e impensable: Stalin, el hijo del zapatero georgiano, estaba muy cerca de la cima de un gobierno oligárquico ruso y casi al instante Trotski se había convertido en su rival natural.

Stalin, asegura Trotski, «desde entonces, nunca más intentó conversar conmigo sobre temas personales». «Cambió de expresión, y en sus ojos amarillos brilló… un relámpago de maldad[3]».

Epílogo

El viejo Ninika

Nuestro Ninika ha envejecido,
sus hombros de héroe se le han caído…
¿cómo pudo esa desolada cabellera cana
doblegar una fortaleza de hierro?
¡Ay madre! ¡Cuántas veces
agitando su hoz de hiena,
con el pecho desnudo, al otro extremo del campo de grano
debió de estallar de pronto en un aullido!
Debió de acumular montañas
de gavillas unas al lado de otras,
y a su rostro marcado por los chorros de sudor
debieron de asomarse el fuego y el humo.
Pero ahora ya no puede ni mover las rodillas,
tronchado por la vejez.
yace acostado o sueña o habla
del pasado a los hijos de sus hijos
De vez en cuando capta el sonido
de los cantos en los vecinos campos de grano
y su corazón, otrora tan duro,
empieza a latir de júbilo.
Se arrastra tembloroso hasta la puerta,
da unos cuantos pasos apoyándose en su cayado
y cuando echa la vista a los mozos
sonríe aliviado.

SOSELO
(IOSIV STALIN)

Un tirano viejo. Recordando cosas del pasado

En las frondosas colinas que rodean Gagra, en la costa del mar Negro, un viejo georgiano, pequeño, achaparrado, panzudo, de cabellos grises y finos, con bigote, vestido con una guerrera gris y unos pantalones bombachos, estaba sentado en la terraza de una mansión colgada de los acantilados, un auténtico nido de águilas fortificado, con vistas panorámicas, contando a sus invitados, también de edad avanzada, cómo habían crecido juntos…

Los *mtsvadi* kebab y los platos de verduras picantes de una típica *supra* georgiana estaban dispuestos alrededor de la mesa, junto con botellas de vino tinto de la zona. Los hombres hablaban en georgiano acerca de su infancia en Gori y Tiflis, de su estancia en el seminario y de su radicalismo juvenil. Nada importaba que se hubieran separado para seguir cada uno su propio camino, pues el anfitrión «no había olvidado nunca a sus compañeros de colegio y del seminario».

Durante los años anteriores a su muerte, el Generalísimo Stalin, Primer Ministro del Gobierno Soviético y Secretario General del Partido Comunista, conquistador de Berlín y sumo pontífice del mundo marxista, el viejo Soso, agotado después de más de cincuenta años de conspiraciones, treinta de gobierno, y cuatro de guerra total, se retiraría muchos meses a su finca favorita a orillas del mar, en la zona semitropical del mar Negro, su tierra natal, pasando los días volcado por completo en la jardinería, las conspiraciones y la lectura, y las cálidas noches hablando y recordando las cosas del pasado.

Unas veces conversaba con sus prohombres, Molotov o Voroshilov, otras con sus virreyes y protegidos de Georgia,

bastante más jóvenes, pero a menudo «invitaba a viejos amigos georgianos a los que conocía desde la juventud. Cuando tenía tiempo», recuerda Candide Charkviani, Primer Secretario del partido de Georgia, cuyo nombre recordaba a Soso el de uno de sus protectores, el padre Kote Charkviani, de Gori, «seguía poniéndose en contacto con sus amigos. Stalin solía contar anécdotas de su infancia y entonces se acordaba de sus amigos y decidía que deseaba verlos. Y de ese modo organizaba invitaciones en la casa de Gagra». Stalin disfrutaba mucho planificando aquellas cenas seguidas de fiesta: «Invitemos a Peta Kapanadze y a Vaso Egnatashvili… Me pregunto qué será de Tseradze… Fue un famoso luchador… Estaría bien conseguir que viniera y…».

Por consiguiente, Kapanadze, Egnatashvili y los demás ancianos eran localizados y trasladados desde Tiflis hasta el mar Negro, en lo alto de las colinas, por escarpadas carreteras al borde del precipicio, hasta que, tras pasar las verjas de acero y la portada con la caseta de los guardias, llegaban a Río Frío, la mansión secreta de Stalin, fuertemente protegida.

Una vez allí, los guardias los conducían hasta Stalin, que a menudo se encontraba recortando los rosales o arrancando malas hierbas alrededor de los limoneros, leyendo en la terraza, escribiendo en la casa de verano de madera colgada del borde del precipicio, o jugando al billar. La cena era preparada por unas mujeres casi invisibles vestidas con delantal que enseguida desaparecían. Stalin descorchaba las botellas de vino georgiano. Cada uno se servía la comida, debidamente dispuesta en forma de *buffet*.

«Los invitados se divirtieron», dice Charkviani. Stalin se sentía cariñoso y nostálgico, pero de vez en cuando tenía también ramalazos de furia dictatorial. «Durante la cena, hubo un momento bastante desagradable cuando Stalin vio un paquete de cigarrillos georgianos con una ilustración en la que aparecía una joven en una postura lasciva». Inesperadamente, perdió la compostura.

—¿Cuándo habéis visto a una mujer decente en esa pose? ¡Esto es intolerable!

Charkviani y los demás apparatchiks aseguraron que volverían a diseñar la cajetilla. Stalin se calmó. Durante casi todo el tiempo Soso y sus viejos amigos «hablaron de teatro, de arte, de literatura y parcialmente de política». El dictador recordó de manera conmovedora a sus dos esposas, Kato y Nadia; habló de los problemas de sus hijos, y Peta Kapanadze se le acercó solemnemente dando la vuelta a la mesa para presentarle en voz baja sus condolencias por la muerte de su hijo Yakov. Stalin asintió tristemente con la cabeza:

—Muchas familias perdieron hijos.

A continuación siguió hablando de las borracheras de su padre, contando las competiciones de lucha de Gori, sus aventuras de 1905, las batallitas de Kamo, Tsintsadze y su banda de atracadores, y las hazañas cada vez más hercúleas que había llevado a cabo durante el destierro. Pero siempre se cernía sobre todos ellos la espantosa sombra del Terror, el escandaloso coste en vidas humanas de la revolución y el precio que había supuesto la perversa sed de poder de Stalin.

«Stalin recordaba la vida de otros “Viejos Bolcheviques” y contaba anécdotas sobre ellos». Mencionaba nombres que hacían estremecerse a los invitados, pues se trataba de individuos a los que el propio Stalin había asesinado arbitrariamente. A veces comentaba en tono reflexivo que habían sido ejecutados por equivocación…, pero eso sí, por orden suya. «Me sorprendió», señala Charkviani, «que cuando aludía a personas que habían sido liquidadas injustamente, hablaba con el sereno distanciamiento de un historiador, sin traslucir pena ni cólera, pero hablando sin rencor, apenas con un tono ligeramente humorístico…». La única vez que Stalin explicó esos sentimientos fue mucho antes, en una carta a su madre: «¿Conoces el dicho: “Mientras viva, disfrutaré de mis violetas; cuando muera se alegrarán los gusanos del cementerio”?».

Mirando retrospectivamente hacia su pasado secreto, el viejo dictador comentó en tono reflexivo:

—Los historiadores son los individuos que un día descubrirán no sólo los hechos enterrados bajo tierra, sino incluso los que están en el fondo del mar,… y se los revelarán al mundo —y preguntó, como si se dirigiera a sí mismo:— ¿Puedes guardar un secreto?

Como el que no quiere la cosa, Stalin miró sombríamente a través de un cristal mientras recordaba las vidas de sus familiares, amigos y conocidos, cuyos destinos combinados formaban el microcosmos de la colosal tragedia de su reinado[1]:

Stalin «fue un hijo malo y desconsiderado, y lo mismo puede decirse de él como padre y como marido», escribe su hija Svetlana Alliluyeva Stalin. «Dedicó todo su ser a otra cosa, a la política y a la lucha. Y por eso las personas menos allegadas a él desde el punto de vista personal fueron siempre más importantes para él que las que lo eran». Y lo que es peor, permitió, si es que no lo alentó, que la política destruyera y consumiera a sus seres queridos.

En 1918, la mayor parte de los hijos de los Alliluyev trabajaban para Soso. Cuando fue enviado a Tsaritsyn (Stalingrado) en 1918, durante la guerra civil, se llevó como asistentes en su tren blindado a su novia, Nadia Alliluyeva, y al hermano de ésta, Fiodor. Cuando regresaron, Nadia era a todos los efectos su esposa, y se trasladó a vivir al piso de él en el Kremlin; la unión se vio bendecida con el nacimiento de dos hijos, un niño, Vasili[*], y una niña, Svetlana. Al término de la guerra civil, Nadia estuvo trabajando durante algún tiempo en el equipo de secretarias de Lenin.

Anna Alliluyeva también se casó durante la guerra civil. Acompañó a Stalin y Dzerzhinski en la misión que llevaron a cabo para investigar la caída de Perm, y allí la joven se enamoró del asistente de Dzerzhinski, el polaco Stanislas Redens, que se convirtió en uno de los jefazos de la policía

secreta y fue uno de los miembros de la corte de Stalin. Su hermano, Pavel Alliluyev, realizó labores de diplomático y de comisario militar en el Comisariado de Defensa. Todos los miembros de la familia prosperaron en el entorno de Stalin. Pero los efectos de éste sobre los Alliluyev fueron devastadores y casi apocalípticos.

La primera tragedia fue la de Fiodor, joven inteligente, pero frágil. Durante la guerra civil, ingresó en unas fuerzas especiales de cuyo adiestramiento se encargaba Kamo. El psicótico exatracador estaba obsesionado con las pruebas de lealtad bajo el fuego. Con esa finalidad, ideó un plan para simular la captura de su unidad por el enemigo, los Blancos. «Por la noche cogía a los camaradas y los exponía a los disparos del enemigo… Si alguno empezaba a suplicar clemencia y cometía traición, le pegaba un tiro él… "De ese modo", decía Kamo, "estaréis absolutamente seguros de que nadie os defraudará"». Un soldado reveló su posición y fue fusilado en el acto. Luego llegó la prueba definitiva: le abrió el pecho y le sacó el corazón.

—Aquí tienes el corazón de tu oficial —le dijo a Fiodor.

El joven perdió la razón. «Estuvo muchos años sin hablar recluido en un hospital», cuenta su sobrina Svetlana. «Poco a poco recuperó el habla y volvió a convertirse en un ser humano». No trabajó nunca, pero sobrevivió a Stalin.

El matrimonio con Nadia fue bastante feliz al principio. Los miembros de la familia Alliluyev se trasladaron a vivir al piso de Stalin y a su casa de campo, Zubalovo, que curiosamente había sido el domicilio de un barón del petróleo de Bakú. Nadia parecía contenta de ser una simple ama de casa y madre de familia, pero no tardó en manifestar su deseo de emprender una carrera seria. La presión que suponía la personalidad de Stalin, la tensión política creada por la guerra contra los campesinos, el agotamiento que significaba criar a dos niños y estudiar para conseguir un título, y los celos obsesivos por los continuos flirteos de su marido, acabaron

con Nadia. Víctima de la depresión, se suicidó en noviembre de 1932.

Los suegros de Stalin, Sergei y Olga, siguieron viviendo en el Kremlin y en la dacha, incluso mientras él se dedicaba a diezmar a su familia. A la muerte de Nadia, el afligido Stalin entabló una estrecha relación con Zhenya Alliluyeva, la mujer de su cuñado Pavel, y es posible que esa amistad acabara en idilio. Aunque así fuera, ya había terminado cuando el dictador desencadenó el Gran Terror.

Stanislas Redens fue detenido y fusilado a pesar de las protestas de su esposa, Anna. Pavel Alliluyev murió en circunstancias sospechosas. Después de la segunda guerra mundial, las cuñadas de Stalin, Anna y Zhenya, provocaron su irritación debido a su interferencia en cuestiones de índole familiar y política, y por su proximidad a diversos judíos que estaban siendo investigados. Anna escribió sus memorias con permiso de Stalin, pero, como era habitual en ella, mostró muy poca discreción, sobre todo en lo tocante al brazo paralizado del dictador, que ordenó la detención de las dos mujeres. Cuando salieron de la cárcel después de su fallecimiento, se mostraron convencidas de que había sido Stalin el que las había liberado, negándose a creer que hubiera sido el responsable de su tragedia. Anna perdió la razón en la cárcel, pero vivió hasta 1964[2].

La otra familia de Stalin, los Svanidze, fue igualmente desafortunada. Su hijo Yakov no volvió a ver a su padre hasta 1921, cuando su tío, Aliosha Svanidze, y la hermana de Kamo lo llevaron a Moscú. Se trasladó a vivir a la casa de Stalin y Nadia, pero sus maneras lentas, típicamente georgianas, exasperaban a su padre. Cuando el muchacho realizó un intento fallido de suicidio, que era un grito de auxilio más que otra cosa, Stalin reaccionó riéndose de él y diciendo que «ni siquiera sabía pegarse un tiro como es debido».

Aliosha Svanidze, que se casó con una hermosa soprano judía, siguió siendo íntimo amigo suyo. Soso y él eran «como

hermanos». Fue destinado al extranjero y luego regresó a comienzos de los años treinta como vicepresidente del Banco Nacional de la Unión Soviética. Tras la muerte de Nadia, los Svanidze, empezando por las hermanas de Kato, estrecharon sus lazos con Stalin: Mariko se puso a trabajar en Moscú como secretaria de Abel Yenukidze, mientras que Sashiko Svanidze Monoselidze vivió a menudo en casa de Stalin.

La mujer de Aliosha, Maria, y su hermana Shashiko rivalizaban con las Alliluyev, Anna y Zhenya, en los cuidados dispensados a Stalin. A comienzos de los años treinta, prácticamente estuvieron viviendo con él, pero aquella rivalidad exasperaba al dictador.

En 1935, el marido de Shashiko, Monoselidze, pidió ayuda financiera a Stalin, que le respondió en los siguientes términos:

> He dado cinco mil rublos a Shasha [Shashiko]. De momento tendrá que bastaros con eso. No tengo más dinero, de lo contrario os lo mandaría. Corresponden a los derechos de autor que he cobrado por mis discursos y artículos… Pero que quede entre nosotros (entre tú, Shasha y yo). *Nadie* más debe saberlo, de lo contrario mis otros parientes y conocidos empezarán a perseguirme y no querrán dejarme en paz nunca. De modo que tendrá que ser así.
>
> ¡Misha, que vivas mil años y seas feliz! ¡Da recuerdos de mi parte a nuestros amigos!
>
> Con cariño,
>
> Soso
>
> 19 de febrero de 1935
>
> P.D.: Si ves a mi madre, dale recuerdos.

Shashiko murió de cáncer en 1936, pero su hermana Mariko fue detenida con motivo del proceso abierto contra su jefe, Yenukidze. Al año siguiente, Stalin ordenó la detención de Aliosha Svanidze y de su esposa. Dijo al NKVD que exigiera a Aliosha que confesara que era un espía alemán si quería salvar su vida. Aliosha se negó altivamente a hacerlo.

—¡Cuánto orgullo aristocrático! —comentó Stalin.

Aliosha, su esposa Maria, y su hermana Mariko fueron ejecutados en 1941 en vista del avance de los alemanes.

Durante el Terror, Stalin solía disculpar la detención de otras familias destacadas diciendo:

—¿Qué puedo hacer? ¡Mi propia familia está en la cárcel!

El hijo de Stalin y Kato Svanidze, Yakov, se casó en los años treinta y tuvo una hija, Galina, que aún vive. Durante la invasión de los alemanes, fue capturado por los nazis. Su padre creyó que lo había traicionado y mandó detener a su esposa. Pero Yakov se suicidó antes de venirse abajo. Más tarde, Stalin reconocería afligido que el muchacho se había comportado como «todo un hombre»[3].

En cuanto a las mujeres de su vida, la suerte que corrieron es a menudo misteriosa, pero apenas se vieron favorecidas cuando su amante se convirtió en el máximo líder de la Unión Soviética.

La «Niña Bonita», la colegiala Pelageya Onufrieva, se hizo maestra, pero en 1917 abandonó su profesión y se casó con un mecánico llamado Fomin. Su padre y sus hermanos fueron identificados como kulaks durante la guerra desencadenada por Stalin contra los campesinos a comienzos de los años treinta, y fueron desterrados a Siberia. En 1937, su marido fue detenido y considerado saboteador en potencia. Como consecuencia, su hijo perdió la beca obtenida para estudiar en la universidad de Leningrado, y ése fue el motivo de que Pelageya escribiera a Stalin. Volvió a concedérsele la beca al joven. No obstante, su marido fue detenido de nuevo en 1947 y condenado a diez años de cárcel como enemigo del pueblo.

Cuando Pelageya fue entrevistada en 1944 acerca de su relación con el Caudillo, un agente de la policía secreta le exigió la entrega de las postales y del libro que le había regalado Stalin.

—Pero mi vida ha sido muy dura, yendo siempre de un lado para otro —respondió—. Tenía una familia numerosa y no he podido conservarlo todo, pero el libro sí que lo tengo. Sería una vergüenza tener que dároslo, porque es el único

recuerdo que tengo no ya de Stalin, sino de un hombre llamado Iosiv. Así es como yo lo llamaba. Yo diría que fuimos buenos amigos. El libro es un tesoro para mí y podréis quedároslo cuando muera.

Los apparatchiks lo confiscaron.

Ludmilla Stal trabajó durante muchos años en el Comité Central, fue condecorada y colaboró en la edición de las obras de Stalin, muriendo poco antes de que diera comienzo la segunda guerra mundial. Tatiana Slavatinskaya prosperó en el Departamento Secreto del Comité Central, ingresando en la Comisión Central de Control. Pero en 1937, su yerno, que era general, fue fusilado, su hija y su hijo fueron detenidos y condenados a ocho años de destierro. Sus nietos y ella fueron expulsados de la Casa del Muelle, donde vivían muchos miembros de la elite. Uno de sus nietos, el novelista Yury Trifonov, escribió la crónica de esas experiencias en su relato *La Casa del Muelle*.

Por lo que sabemos, Stalin sólo volvió a ver a una de sus novias[*]. «En 1925», recuerda la que fuera compañera suya en Solvychegodsk, Tatiana Sujova, «me trasladé a Moscú y quise ver al camarada Stalin. Le escribí. Recibí la sorpresa de oír su voz a través del teléfono aquella misma noche». Al día siguiente, se entrevistaron en el despacho del gran hombre en la Plaza Vieja. «Hablamos de mi trabajo, de nuestros amigos comunes y de Solvychegodsk».

En 1929, cuando Stalin estaba tomando las aguas en Matsesta, en el sur del país, Sujova, que era profesora, se puso otra vez en contacto con él. «Se presentaron a recogerme tres jóvenes vestidos con trajes blancos» y la llevaron a la villa del dictador, donde éste la recibió en compañía de Nadia Alliluyeva. Durante la sobremesa, estuvieron hablando de sus recuerdos. Nadia le preguntó cómo era el joven Stalin en el destierro: «Le describí su aspecto y le dije que el camarada Stalin no se separaba nunca de su capucha blanca». Nadia se echó a reír y dijo «que jamás se habría imaginado que fuera

tan presumido». Luego Stalin le mostró orgullosamente los tomates que cultivaba en su huerto y la condujo hasta un campo de tiro que había a un lado de la casa, donde se puso a tirar al blanco y dio en la diana. A ella le permitió tirar con una «pequeña Montecristo», pero Tatiana falló.

—¿Cómo vas a defenderte? —le preguntó.

Cuando Sujova comentó que no la trataban bien en su albergue, Soso musitó:

—Habrá que echarles una reprimenda.

Pero al año siguiente, Sujova se vio implicada en el proceso que abrió Stalin a Ramzin y otros. Apeló a su antiguo amante, que volvió a recibirla.

—¿Es la primera vez que te metes en líos? —le preguntó. E inmediatamente añadió:— Yo también estoy siempre metiéndome en follones.

A continuación llamó al instituto en el que trabajaba Tatiana garantizando así su protección.

—En adelante tendrás que luchar sola.

No volvieron a verse nunca[4].

Stalin dejó al menos dos hijos ilegítimos tras de sí. Ninguno recibió ayuda directa de su padre.

Constantin Kuzakov, el hijo de la patrona de Soso en Solvychegodsk, Maria Kuzakova, fue el que tuvo la carrera más interesante de los dos. Cuando Kuzakova vio el nombramiento de Stalin como miembro del nuevo gobierno en 1917, le escribió pidiéndole ayuda. Como no recibió contestación, se dirigió al despacho de Lenin, donde todavía trabajaba Nadia, la mujer de Soso. Sin decírselo a su marido, ésta aumentó la paga de beneficios de Maria, pero luego informó al padre de la criatura.

Stalin debió de ayudar al muchacho a ingresar en la Universidad de Leningrado. En 1932, el NKVD le hizo firmar

una declaración en la que prometía que no hablaría nunca de sus «orígenes».

Se dedicó a enseñar filosofía en el Instituto Mecánico Militar de Leningrado y fue ascendido al *apparat* del Comité Central en Moscú por Andrei Zhdanov, el figurón bolchevique más próximo a Stalin. Constantin dijo después que Zhdanov estaba al corriente de sus «orígenes». Nunca conoció a su padre, aunque «en cierta ocasión Stalin se detuvo y miró hacia mí; tuve la sensación de que iba a decirme algo. Yo quise acercarme a él, pero algo me detuvo. Agitó su pipa y siguió adelante». Durante la segunda guerra mundial, Constantin llegó a coronel y fue condecorado, pero su madre murió de hambre durante el sitio de Leningrado.

En el verano de 1947, Kuzakov fue llamado al despacho de Zhdanov, donde se encontró al terrible, a la vez que deslumbrante agente de la policía secreta Victor Abakumov. Acusaron al ayudante de Kuzakov de ser un espía norteamericano y el propio Kuzakov se vio implicado en el asunto. Stalin no ratificaría su detención, pero Constantin fue juzgado por un tribunal de honor y expulsado del partido. Aunque tenía tres hijos, no logró encontrar trabajo ni siquiera de portero.

Tras la muerte de Stalin y la detención de Beria, volvió a ingresar en el partido y ascendió en el Ministerio de Cultura hasta ocupar el cargo de director vitalicio de la televisión soviética, muriendo en 1996.

Stalin dejó a Lidia Pereprygina con un hijo, Alexander, nacido probablemente a comienzos de 1917. La joven se casó después con un pescador de la zona, Yakov Davydov, que adoptó a Alexander. Lidia se hizo peluquera en Igarka y tuvo otros ocho hijos. «Stalin no la ayudó nunca», comunicaba el jefe del KGB, el general Serov. A Alexander «le contó [la verdad] su madre, Lidia, algunos años después de que acabara su aventura con Stalin», afirma Yury, el hijo del bastardo.

Guardaron «silencio sobre el asunto y sólo los escasos habitantes de Kureika sabían de quién era hijo realmente».

Alexander se hizo cartero e instructor del Komsomol, pero en 1935 el NKVD lo mandó presentarse en Krasnoyarsk para firmar una declaración jurada semejante a la de Kuzakov, en la que prometía no hablar nunca sobre sus orígenes. Luego se sugirió que sería conveniente que se trasladara a Moscú, pero el joven no quiso, «temeroso siempre de lo que le pudiera pasar». Alexander Davydov combatió en la segunda guerra mundial como soldado raso, fue herido tres veces, y luego ascendido a comandante durante la Guerra de Corea. Se puso al frente de la cantina de la ciudad minera de Novokuznetsk, donde se casó y tuvo tres hijos, muriendo en 1987. «Mi padre me dijo que yo era nieto de Stalin», asegura Yury, que vive con su familia en Novosibirsk[5].

Hasta que Stalin organizó la reconquista de Georgia en 1921[*], su madre vivió en un país diferente al de su hijo. Después, Soso se reunió con Keke durante la triste visita que realizó a Tiflis, donde fue recibido con odio como conquistador sanguinario y antiguo bandolero.

Stalin escribía cartas con regularidad a Keke, pero siempre guardando las distancias. «Vivaracha y parlanchina», fue la única persona del mundo de Stalin que se atrevió a decirle:

—Me pregunto por qué mi hijo no fue capaz de compartir el poder con Trotski.

Stalin no le toleraría nunca a nadie semejante independencia.

Keke realizó una breve visita a Moscú y conoció a Nadia.

—Esta mujer es mi esposa —le advirtió Soso—. Procura no darle problemas.

La anciana prefirió quedarse a vivir en un piso de dos habitaciones en el antiguo Palacio del Virrey, en la Perspectiva Golovinski de Tiflis. Nadia le mandaba cartas con noticias y

fotografías de los niños. Cuando Stalin emprendió la escalada hacia el poder, sus cartas serían especialmente breves:

> ¡Mamaíta, te deseo que vivas diez mil años!
>
> Muchos besos.
>
> Tu,
>
> Soso
>
> 1 de enero de 1923

Keke se quejaba de que su hijo no le prestaba suficiente atención. «Mamá, sé que estás decepcionada de mí, pero ¿qué puedo hacer? Estoy muy ocupado y no puedo escribirte demasiado a menudo. Día y noche voy de cabeza por culpa del trabajo. Muchos besos de tu Soso. 25 de enero de 1925». O bien la mujer se desentendía de él y seguía con su vida como si tal cosa: «Mamá, ¿qué tal estás? Hace mucho que no me escribes. Quizá estás enfadada conmigo. ¿Pero qué puedo hacer? Estoy ocupadísimo. Te mando ciento cincuenta rublos, no puedo mandarte más. Si necesitas más, dime cuánto te hace falta. Tu Soso».

La falta de intimidad entre ellos se puso todavía más de manifiesto tras el suicidio de Nadia:

> Saludos, querida madre.
>
> He recibido la mermelada, el jengibre y el *chukhcheli* [dulce georgiano]. Los niños están muy contentos y te dan las gracias. Yo estoy bien, así que no te preocupes por mí. Puedo soportar mi destino. No sé si necesitas dinero o no. Te mando quinientos rublos por si acaso. Te mando también una fotografía de mí y de los niños…
>
> Que sigas bien, madre, continúa animada. Un beso.
>
> Tu hijo,
>
> Soso
>
> 24 de marzo de 1934
>
> P.D.: Los niños se inclinan ante ti. Tras la muerte de Nadia, mi vida privada ha sido muy dura, pero un hombre fuerte debe ser siempre valiente.

Cuando la visitó por última vez en 1936, Keke le dijo que le habría gustado que se hiciese cura. Esta confesión casi hizo gracia a Stalin, que le envió medicinas y ropa. Cuando la salud de la anciana se deterioró, Soso intentó darle ánimos: «Me

alegro de que te encuentres bien de salud», decía en 1937. «¡Evidentemente vienes de una familia fuerte!». Keke murió poco después, en pleno Gran Terror. Stalin no asistió a su funeral, pero la corona que envió decía: «A mi querida y amada madre, de su hijo Iosiv Djugashvili». Keke recibió una espléndida sepultura en la iglesia del Monte Santo[6].

Stalin siguió en contacto con sus viejos amigos de Gori y de Tiflis. A veces les mandaba una esquela o simplemente les enviaba dinero sin avisar. Si recurrían a él, le gustaba ayudarlos. En 1933, escribió a Kapanadze en los siguientes términos:

> Hola, Peta,
>
> Como ves… te mando dos mil rublos. No he podido conseguir más de momento. Este dinero proviene de los derechos de autor y no aceptamos cobrar mucho por ese concepto, pero tus necesidades constituyen una ocasión muy especial para mí… Aparte de este dinero, recibirás un préstamo de tres mil rublos. He hablado con Beria del asunto …
>
> Que vivas largo tiempo y seas feliz.
>
> Beso.

Durante la guerra, Kapanadze y Glurjidze, excuras los dos, y Tseradze, su amigo luchador, tuvieron todavía más suerte. El 9 de mayo de 1944, Stalin vio la cantidad de dinero que tenía acumulado en su caja fuerte (correspondiente a sus salarios como Secretario General del partido, Primer Ministro, comandante en jefe del Estado Mayor, Comisario del Pueblo de Defensa y diputado del Soviet Supremo). No podía gastar tanto dinero, así que garabateó la siguiente nota:

1. A mi amigo Peta Kapanadze — 40 000 rublos
2. 30 000 rublos a Grisha Glurjidze
3. 30 000 rublos a Mijail Tseradze

La nota a Glurjidze decía: «¡Grisha! Acepta este pequeño regalo. Tu Soso». Era indulgente con aquellos que nunca se habían metido en política, pero es muy poco probable que perdonara a Iremashvili y a Davrichewy. Se le habían enfrentado políticamente[*].

Cuando Stalin conquistó Georgia en 1921, Iremashvili asistió a los funerales por los caídos en el campo de batalla y de pronto se vio al lado de Keke Djugashvili.

—Keke, la culpa de todo esto es de su hijo —dijo a la anciana, a la que conocía bien de Gori—. ¡Escríbale a Moscú diciéndole que ya no es mi amigo!

Cuando Soso visitó Tiflis a finales de ese mismo año, Iremashvili fue detenido, pero su hermana recurrió a Stalin «que mostró una amabilidad benevolente hacia ella: "¡Qué lástima! Me duele por él. ¡Ojalá encuentre la manera de volver a mí!"». Stalin ordenó que lo liberaran y luego lo invitó a pasarse a su bando. Iremashvili se negó. Fue arrestado de nuevo y se encontró entonces bajo el control de Tsintsadze, el gánster de Stalin, convertido por entonces en uno de los policías secretas de mayor rango. Stalin lo desterró a Alemania, donde flirteó con el fascismo y escribió unas memorias hostiles hacia su paisano.

El pintoresco Davrichewy, el hijo del agente de policía de Gori y atracador de bancos, escapó a París. Bajo el nombre de «Jean Violan», se convirtió en un famoso piloto durante la primera guerra mundial y trabajó como espía al servicio de los franceses. Algunas versiones afirman que tuvo una aventura con la famosa cortesana Mata Hari, acusada de traición y ejecutada en 1917, pero la verdadera historia del espionaje sexual de Davrichewy no es menos dramática. Los servicios secretos franceses sospechaban que una hermosa aventurera y aviadora llamada Martha Richard era espía de los alemanes. Contrataron al as de la aviación, Davrichewy, para que la vigilara. Martha se enamoró de «Zozo» Davrichewy y la pareja comenzó un idilio tan apasionado que el georgiano amenazó con quitarse la vida si la joven era detenida. Davrichewy logró probar la inocencia de Martha, que ingresó en los servicios de inteligencia franceses y fue destinada a Madrid, donde sedujo al septuagenario que ocupaba la jefatura de la inteligencia alemana.

En 1936, Stalin contactó con Davrichewy y lo invitó a regresar. Prudentemente, el emigrado se quedó en París. Poco después de la muerte de Stalin, declaró en una entrevista lo siguiente: «Soy medio hermano de Stalin». Murió en 1975, habiendo vivido una vida calificada en un obituario de «asombrosa: revolucionario, aviador, espía y escritor». Sus interesantes memorias fueron publicadas sin pena ni gloria en francés en 1979[7].

Kamo siguió siendo un héroe bolchevique, a pesar de su macabra conducta con Fiodor Alliluyev. Pero aquel loco peligroso no estaba hecho para trabajar en tiempos de paz. Ingresó en la Cheka, pero su crueldad era demasiado desaforada incluso para esta organización. En 1922, se hallaba de nuevo en Tiflis, como empleado en el servicio de aduanas. Cuando Lenin pensó en tomarse unas vacaciones en el Cáucaso, Kamo insistió en acompañarlo: Lenin nunca se presentó. Según los rumores que corrieron por Tiflis, Kamo bebía demasiado y se fue de la lengua hablando acerca del papel de Stalin en el atraco al banco de Tiflis, tema por lo demás sumamente delicado[*]. Volvía un día a su casa en bicicleta poco después de haber empezado a escribir sus memorias cuando fue arrollado por un camión. Se dijo que Stalin lo había mandado matar: al fin y al cabo, como se decía en un chiste, era mucha coincidencia que la única bicicleta de Tiflis fuera arrollada por el único camión de la ciudad.

Kamo fue enterrado en los Jardines Pushkin, delante de la taberna Tilipuchuri, en la plaza Ereván, escenario de su famosa hazaña. Su estatua sustituyó a la de Pushkin. Más tarde Stalin ordenó la retirada del monumento. Kamo volvió a ser enterrado en otro lugar[8].

Egnatashvili, el protector y posible padre de Soso, educó a Sasha y Vaso, los dos hijos que lograron sobrevivir, en una escuela privada de Moscú. La familia se dedicaba a la hostelería y no tardó en expandir su negocio fuera de Gori. Junto con sus hijos, Egnatashvili abrió varios restaurantes en

Bakú, aunque Vaso, licenciado por la universidad de Kharkov, llegó a profesor de historia.

El viejo Egnatashvili murió en 1929, y estuvo «muy cerca de Stalin hasta su última hora». Sasha Egnatashvili dirigió cinco restaurantes en Tiflis hasta más o menos 1929. A comienzos de los años treinta, los dos hermanos fueron detenidos. Sasha se puso en contacto con Yenukidze, que lo puso en libertad y se lo llevó a Moscú, donde fue recibido por Stalin. Vaso también fue puesto en libertad de inmediato. Stalin hizo ingresar a Sasha en el NKVD, nombrándolo gerente de una dacha del Politburó en Crimea antes de ascenderlo a su propio Departamento de Guardia. Sasha, el antiguo capitalista propietario de restaurantes, fue nombrado jefe del servicio de comedor de Stalin, llamado la Base, cargo de confianza para un dictador paranoico que utilizaba el veneno para los demás y temía que otros lo usaran con él. Egnatashvili se convirtió en catador de la comida del dictador, y de ahí vendría el mote que le pusieron en el NKVD: «el Conejo». Dentro del NKVD, era llamado discretamente «el pariente» o «el hermano de Stalin», incluso por el general Vlasik, que conocía al dictador mejor que nadie. Otro subordinado de Sasha fue un cocinero que consiguió trabajar —en una sorprendente carrera oculta tras las sombras del NKVD— no sólo para un joven Rasputín, sino también para Lenin y Stalin; ese *chef* «histórico» era el abuelo del actual presidente Vladimir Putin.

Vaso, que ni siquiera había sido menchevique, sino sólo socialista federalista, fue ascendido a redactor de un periódico de Tiflis, y luego a Secretario del Soviet Supremo de Georgia, convirtiéndose en los ojos y los oídos de Stalin en el país.

Sasha el Conejo vivía cerca de la mansión de Stalin en Kuntsevo, su residencia principal, y a menudo asistía a sus cenas. Cuando Vaso visitaba Moscú, siempre pernoctaba en casa de Stalin. Los dos hermanos siguieron manteniendo estrecha relación con Keke. La carta de Sasha Egnatashvili a la madre de Stalin con motivo de su cumpleaños en 1934 revela

la especial relación que los unía: «Mi querida madre espiritual. Ayer visité a Soso y estuvimos hablando largo rato… Ha ganado peso… En los últimos cuatro años no lo he visto nunca tan saludable. Más apuesto de lo que se pueda usted imaginar. Estuvo gastando muchas bromas. ¿Quién dice que está más viejo? Está más joven que hace cuatro años… ¡Nadie pensaría que tiene más de cuarenta y siete años!».

En 1940, Stalin se acordó del viejo aprendiz de zapatero de su padre, Dato Gasitashvili, que había sido tan bueno con él cuando era pequeño.

—¿Sigue vivo Dato? —preguntó de repente a Sasha— Hace siglos que no lo veo.

Egnatashvili mandó llamar a Moscú a Dato, que continuaba trabajando de zapatero en Gori.

Un día, Stalin, Beria y el jefe de su seguridad personal, Vlasik, se presentaron en casa de los Egnatashvili para asistir a un banquete georgiano: Stalin volvió a encontrarse así con Dato. Cuando Soso empezó a tomarle el pelo, el viejo zapatero le contestó sin temor:

—¿Tú te crees que para mí eres Stalin, lo mismo que para los demás? Para mí eres el mismo niño pequeño que cogía entre los brazos. ¡Y como sigas así, te bajo los pantalones y te doy unos azotes en el culo hasta que se te ponga más rojo que tu bandera!

Stalin se echó a reír. Pero entonces se fijó ominosamente en la esposa de Sasha: el Conejo estaba feliz, pero peligrosamente casado con una mujer de origen alemán, divorciada de un hombre de negocios armenio, con el que había tenido una hija que vivía en Norteamérica.

—Tu mujer está de mal humor —dijo Stalin—. ¿Está ofendida conmigo?

Sasha le contestó que, al ser alemana, tenía miedo por ella misma y por su hija de Norteamérica.

—Tenemos hecho un pacto con Alemania, pero eso no significa nada —dijo Stalin a la mujer para tranquilizarla, según el nieto de Sasha, Guram Ratishvili—. La guerra es inevitable. Norteamérica y Gran Bretaña serán aliadas nuestras.

Cuando los alemanes invadieron la URSS en 1941, la mujer de Egnatashvili fue detenida y posteriormente fusilada. «Simplemente desapareció y no se la volvió a ver», cuenta el nieto de Sasha, «pero mi abuelo no mencionó nunca este hecho a Stalin». Egnatashvili conocía perfectamente las reglas de la corte del Zar Rojo.

Durante la guerra, Egnatashvili, convertido en general, acompañó a Stalin a Teherán y a Yalta. «¡Un cocinero georgiano jefe del suministro de vino y de *shashlik* nombrado teniente general!», comenta despectivamente Jrushchev en sus memorias. «¡Cada vez que volvía yo del frente, veía que le habían condecorado con una o dos medallas más! Y recuerdo que Stalin me echó incluso un día un rapapolvo en presencia de ese teniente general encargado de las provisiones: hasta se emborrachaba con Stalin y con todos nosotros». Stalin, el señor de la guerra de Rusia, era muy sensible a este tipo de actitudes, y se enteró además por Beria de la corrupción[*] que reinaba en sus mansiones, por lo que trasladó a Egnatashvili a Crimea como Director de las Dachas del Estado para que preparara la Conferencia de los Tres Grandes en Yalta. Pero una vez acabadas las reuniones dejó allí a Egnatashvili.

El Conejo murió de diabetes en 1948. Vaso Egnatashvili siguió estrechamente unido a Stalin, asistiendo a las cenas de los viejos amigos de Gori. Pero cuando murió el dictador, Beria despidió a Vaso y lo metió en la cárcel. Tras la caída de Beria, Vaso fue liberado y murió en 1956[9].

La suerte que corrieron los camaradas bolcheviques de Stalin fue trágica, y no digamos la que corrió el pueblo soviético. Kamenev y Zinoviev fueron fusilados en 1936, y Bujarin en 1938; Trotski fue asesinado con una piqueta en

1940; en todos los casos por orden de Stalin. Durante 1937-1938 fueron fusiladas alrededor de millón y medio de personas. Stalin confeccionó y firmó personalmente listas de muerte en las que había casi 39 000 individuos, muchos de ellos viejos conocidos suyos. Georgia, al frente de la cual estaba Beria, uno de los astros en ascenso de Stalin, fue castigada con especial severidad: el diez por ciento de los militantes del partido comunista fue víctima de las purgas; 425 de los 644 delegados que asistieron al X Congreso del Partido de Georgia fueron fusilados.

La víctima estrella fue un viejo amigo de Stalin, Budu «el Barril» Mdivani, que en los primeros tiempos le salvó en varias ocasiones la vida. Sin embargo, en 1921 se había opuesto a él y el locuaz exactor se permitió gastar irreverentemente bromas a costa de Beria diciendo que debería poner una guardia armada alrededor del domicilio de Keke… no para protegerla, sino para impedir que pariera a otro Stalin. Soso se reconcilió con Budu en los años veinte. Cuando iba a Moscú, el Barril solía quedarse a dormir en casa de Stalin. Éste visitaba a menudo a los Mdivani en Georgia, llegando incluso a ser padrino de su hijo. Pero no se le había olvidado la oposición de Mdivani. En 1937, Budu fue detenido por conspirar para asesinar a Stalin y fusilado poco después, junto con casi toda su familia.

El caso de los tres amigos georgianos más íntimos de Soso pone de manifiesto de qué forma tan distinta podían cambiar las cosas en aquel universo de aleatoriedad diabólica. Abel Yenukidze, el padrino de Nadia Stalin, hombre jovial, risueño, hedonista y conciliador, se convirtió en Secretario del Comité Ejecutivo Central, encargado del Kremlin, las villas del partido y el ballet del Bolshoi, que utilizaba como su agencia particular de citas galantes, haciéndose famoso por su afición a las bailarinas jovencitas (y a sus madres).

El tío Abel era amigo íntimo de Soso, pero siempre tuvo sus propias opiniones. En sus memorias acerca de las

imprentas de Bakú, se negó a alabar a Stalin por las cosas que no había hecho:

—Koba pretende que le diga que es un genio, pero no pienso hacerlo —decía lamentándose.

Se mostró escéptico ante el aumento de la represión, jactándose de dar cobijo a camaradas de Georgia perseguidos. No obstante, Stalin y él pasaban a menudo juntos las vacaciones, enviándose uno a otro notas cariñosas. Sin embargo, en 1936 Stalin decidió que Yenukidze iba a ser el primer miembro de su círculo de íntimos al que iba a liquidar, aunque oficialmente nunca se había integrado en ningún grupo formal de oposición. Fue detenido y fusilado en 1937.

Kavtaradze, por otro lado, había pertenecido a todos los grupos de oposición desde los años veinte. No sólo había arrojado en una ocasión una linterna contra Stalin, sino que más tarde había apoyado primero a Mdivani y luego a los trotskistas. Sin embargo, Stalin siempre lo salvó, lo ayudó y lo promocionó.

En 1937, Kavtaradze fue detenido (de nuevo) por haber participado en la «conspiración» de Mdivani y condenado a muerte por planear el asesinato de Stalin. Todos los demás fueron ejecutados, pero el dictador perdonó a Kavtaradze poniendo una rayita junto a su nombre en la lista negra. En 1940 Stalin pensó que lo echaba de menos, lo liberó y esa misma noche lo invitó a cenar. Se llevaron bien, aunque Stalin a veces le tomara el pelo diciendo:

—¡Y pensar que querías matarme!

Pocos días después, fue a cenar con Beria a casa de Kavtaradze, que fue nombrado director de la Editora Nacional y luego Viceministro de Asuntos Exteriores y embajador en Rumanía. Sobrevivió a Stalin y falleció en 1961.

Sergo Ordzhonikidze era en los años treinta el último «Viejo Bolchevique» con prestigio suficiente para desafiar a Stalin. Como ejecutor de los designios de Soso, conquistó el

Cáucaso en 1920-1921, ayudó a derrotar a la oposición durante los años veinte y estuvo al frente de la industria pesada en el marco del Plan Quinquenal hasta bien entrados los años treinta. Stalin y él eran inseparables, vivían en el mismo edificio, se escribían notas con gran familiaridad, y pasaban las vacaciones juntos. Pero en 1937 chocaron. Sergo se suicidó en el Kremlin.

No obstante, algunos camaradas de los primeros tiempos sobrevivieron[*]. Kalinin hizo las funciones de Jefe del Estado (Presidente del Soviet Supremo) desde 1919 hasta su muerte en 1946. El mariscal Voroshilov fue Comisario del Pueblo de Defensa, convirtiéndose en uno de sus incondicionales más perversos durante el Terror, y en un militar chapucero e inepto en la Guerra de Finlandia y en la Gran Guerra Patriótica. Stalin atormentaba a Voroshilov diciéndole que era «un agente de los ingleses». Sobrevivió a su caudillo y ocupó el cargo de Jefe del Estado de la Unión Soviética hasta su muerte en 1960.

Meyer Wallach, rebautizado Maxim Litvinov, fue Comisario del Pueblo de Asuntos Exteriores durante los años treinta, y luego embajador en Washington. Demostró no tener pelos en la lengua en sus críticas hacia Stalin, que planeó un accidente automovilístico mortal para él, aunque luego le permitió sobrevivir, quizá porque recordó que Litvinov le había salvado la vida cuando arremetieron contra él los estibadores del puerto de Londres, o quizá más bien debido a su prestigio internacional. Stalin ascendió a su anfitrión en Viena, Troyanovski, nombrándolo primer embajador soviético en los Estados Unidos y permitiéndole seguir con vida, aunque, como Litvinov, lo criticara en privado.

Cuando volvió a encontrarse con Stalin en 1918, Vyshinski fue lo bastante listo como para no ocultar su pasado político poco fiable y no pretender recordar a Stalin los favores que le había hecho en la cárcel de Bailov: se limitó a ofrecerle formal y cortésmente sus servicios. Tan repelente, sanguinario y aterrador como cobarde y aterrado, fue nombrado fiscal

general de la Unión Soviética, convirtiéndose en el inquisidor estrella de los juicios-espectáculo de los años treinta y, a partir de 1949, en el último Ministro de Asuntos Exteriores de Stalin. Murió en 1954.

Molotov fue Primer Ministro desde 1930 hasta 1941, y Comisario del Pueblo de Asuntos Exteriores desde 1939 a 1949. Stalin empezó a verlo como sucesor en potencia y en 1952 denunció de modo absolutamente perverso al que había sido su socio de toda la vida. Elegido para ser eliminado[*], se salvó gracias a la muerte de Stalin, al que a pesar de todo siguió entregado en cuerpo y alma. Fue nombrado de nuevo Ministro de Asuntos Exteriores, pero no fue capaz de derrocar a Jrushchev en 1957. Desterrado como embajador en Mongolia, vivió hasta 1985, y seguía viendo a Stalin en sus sueños[10].

Hasta el último día, Stalin intentó en todo momento glorificar su pasado y ocultar sus primeros errores. El culto a la personalidad se puso al servicio de su descarada vanagloria y contribuyó a reforzar su potencia política, aunque le gustaba mostrar la debida modestia ante sus colegas. En el fondo, era demasiado inteligente para no darse cuenta de que muchos de los peanes entonados en honor de sus actos de juventud eran ridículos. Cuando vio la obra *Juventud del Caudillo* del escritor georgiano Gamsakhurdia, escribió: «Te ruego que prohíbas la publicación del libro de Gamsakhurdia en ruso. I. Stalin».

Se sintió más ofendido aún por la obra *Novedades de Kartli*, de Fedorov, publicada en 1940, garabateando con lápiz verde el siguiente comentario: «El camarada Pospelov ha demostrado su estupidez y su falta de tacto al aprobar la publicación del libro de Fedorov sobre mí sin mi consentimiento y sin mi conocimiento. El libro de Fedorov debe ser hecho trizas. Y Pospelov debe ser castigado. Stalin».

Cuando Samoilova, una conocida suya de los tiempos de Bakú y bolchevique de la primera hora, preguntó si podía

exhibir en su museo los originales de los primeros libros y artículos de Stalin, recibió esta nota manuscrita: «¡Nunca pensé que llegaras a ser tan tonta en la vejez! Si ya se han editado millones de ejemplares del libro, ¿para qué necesitas el manuscrito? ¡He *quemado* todos los manuscritos!». Cuando se compiló un libro de recuerdos de los sucesos de 1905, Soso escribió lacónicamente la siguiente nota: «¡No lo publiquéis! Stalin»[11].

Durante una cena en su villa a orillas del mar, el anciano Stalin contaba a sus viejos amigos historias acerca de aquellas personas del pasado, algunas de las cuales habían fallecido tranquilamente en su cama, y muchas otras habían perecido en sus calabozos de un balazo en la nuca.

Los viejos tenían también cosas que decir. «Se quejaban», observa Molotov, «de los sobornos y la corrupción que había en todas partes». Otro de aquellos viejos georgianos «por el que Stalin sentía especial afecto», dice Jrushchev, «le habló de la mala situación que reinaba entre los jóvenes de Georgia». El dictador se puso hecho una furia y emprendió una purga en su país natal.

De pronto, los ancianos, algunos de los cuales, vestidos con sobrepellices blancas, habían cantado con Soso en el coro de Gori o en el del seminario, se pusieron a cantar: «Se oían canciones georgianas a altas horas de la madrugada procedentes de Río Frío, acompañadas a veces por la voz del anfitrión… que en sus tiempos había sido un buen niño cantor dotado de una bonita voz…».

Soso estaba viejo, esclerótico y olvidaba fácilmente las cosas, pero hasta su muerte a los setenta y cuatro años, ocurrida el 5 de marzo de 1953, el antiguo niño cantor siguió siendo un político sin par, un megalómano paranoico, y un aberrante dueño y señor de la miseria humana comparable únicamente a Hitler. Responsable de la muerte de unos veinte o veinticinco millones de personas, Stalin se creía que era un

genio político, militar, científico y literario, el monarca de todo un pueblo, un zar rojo.

Tal vez debamos dejar que sea el joven Stalin el que diga la última palabra. En agosto de 1905, Soso, con apenas veintisiete años, se burlaba de un megalómano frustrado de ese estilo en un artículo muy poco leído, pero que resulta curiosamente premonitorio, escrito para *Proletariatis Brdzola*. «Ante vuestros ojos», escribe, «se yergue el héroe del relato de Gogol que, en un estado de demencia, se imaginaba que era el rey de España. Ése», concluía el joven Stalin, «es el destino de todos los megalómanos»[12].

Nombres, apodos, sobrenombres y alias de Stalin

Iosiv Vissarionovich Djugashvili

Soso

Soselo

Beso

Koba

Petrov

Ivanovich

Koba Ivanovich

Besoshvili

Ivan Ivanovich Vissarionovich

Galiashvili

Simon Jvelaya

K. Kato

Gaioz Besovich Nizheradze

Organez Totomiants

Zakhar Melikiants

Peter Chizhikov

Vasili, Vasiliev, Vasya, Vaska

Osip el Bicho Raro

Osip Koba

Ivanov

Oska el Picoso

El Caucasiano

El Lechero

El Picoso

Carrerilla — Geza

Renco — Kunkula

Picado de Viruela — Chopura

David

El Cura

Padre Koba

Giorgi Berdzenoshvili

K. Stefin

Ioska Koriavyi — Pepe Viruelas

K. St.

K. Safin

K. Solin

Koba Stalin

I. Djugashvili-Stalin

I. V. Stalin

Agradecimientos

En mi trabajo sobre Stalin he contado con la ayuda de muchas personas de diversos países, entre ellas mis editores de todo el mundo, pero especialmente en los lugares que he visitado debido al tema de mis libros. Todas han sido extraordinariamente generosas conmigo dedicándome su tiempo y sus conocimientos. Ni qué decir tiene que cualquier error que puedan contener estas páginas es exclusivamente mío.

En primer lugar debo expresar mi agradecimiento a mis padrinos en el campo de la historiografía rusa, que leyeron mis trabajos, los mejoraron y me enseñaron, al menos eso espero, a escribir mejor: Isabel de Madariaga fue y sigue siendo mi primera protectora en el terreno de la historia y espero que mis libros continúen mostrando los beneficios de la estricta, pero benévola supervisión que realizó de mi primer estudio sobre Catalina la Grande y el príncipe Potemkin.

En el presente volumen, he tenido la inmensa suerte de que dos titanes de la historia de la Unión Soviética, Robert Conquest y el profesor Robert Service, leyeran el texto en busca de posibles errores. Es mucho lo que debo al catedrático de Estudios Rusos y Euroasiáticos de Mt Holyoke College, Stephen Jones, la principal autoridad en socialismo georgiano, que compartió su trabajo conmigo, atendió a mis preguntas y corrigió diligentemente el texto. El Dr. David Anderson, profesor de antropología ártica de la Universidad de Aberdeen, corrigió las secciones sobre Siberia con enorme generosidad y paciencia. El Dr. Piers Vitebski, Jefe del Departamento de Antropología y Estudios sobre la Rusia Septentrional del Scott Polar Research Institute, en Cambridge, me asesoró en materia de antropología siberiana y me permitió utilizar una de sus

fotografías. Debo dar las gracias también al profesor Donald Rayfield, que ha compartido generosamente conmigo sus amplios conocimientos sobre literatura rusa, cultura georgiana e historia política bolchevique, así como sus contactos en Georgia, y me ha permitido citar sus soberbias traducciones de la poesía de Stalin.

Estoy profundamente agradecido al profesor George Hewitt por la amable ayuda que me prestó con las lenguas del Cáucaso y sus contactos en Abjasia, que me han resultado valiosísimos. No sé cómo agradecer debidamente a la Dra. Claire Mouradian, residente en París, que, aunque no hemos llegado a conocernos nunca, puso a mi disposición su conocimiento enciclopédico de la historia del Cáucaso y sus numerosos contactos con las familias de emigrados georgianos/armenios, entrevistando a algunos viejos testigos y guiándome en la búsqueda de nuevas fuentes.

El grueso de los nuevos materiales contenidos en este libro procede del Cáucaso. En Georgia, debo ante todo expresar mi agradecimiento al presidente de la república y a la primera dama, Mijeil y Sandra Saakashvili. Desgraciadamente, los archivos de la Filial Georgiana del Instituto de Marxismo-Leninismo (GF IML) se hallan en el más absoluto abandono y sólo un decreto personal del presidente de la república me permitió acceder a las fuentes que constituyen el núcleo de la presente obra. Natalia Kancheli, una de las principales asistentes del presidente y gran partidaria suya, contribuyó a que dicho permiso fuera posible y por ello le estaré eternamente agradecido. Gela Charkviani, viejo amigo y veterano en los círculos de la moderna política georgiana, además de hijo de uno de los confidentes de Stalin, empezó a ayudarme cuando estaba yo destinado en el Cáucaso como corresponsal de guerra a comienzos de los años noventa, pero también me permitió acceder al manuscrito de las memorias de su padre y encontró para mí a todas las personas que me ayudaron en Georgia. Su sobrina, Nestan Charkviani, destacada historiadora especializada en estalinismo, me ayudó

enormemente en los archivos que tan bien conoce, a encontrar nuevas fuentes y memorias, y a entrevistar a nuevos testigos; tuvo además la amabilidad de leer y corregir el manuscrito. Debo mucho a Nino Kereselidze, historiador perspicaz, industrioso investigador e impresionante traductor del georgiano. Y es mucho también lo que debo al archivero jefe del GF IML, Vazha Ebanoidze.

Hubo muchas otras personas que me ayudaron en Georgia: Peter Mamradze, otro viejo amigo en las turbulencias de la política más reciente, localizó para mí a nuevos testigos y compartió conmigo su conocimiento del folklore de Stalin en Georgia. Mi amigo, el profesor Zakro Megrilishvili, me ayudó una vez más a acceder al manuscrito inédito de Kavtaradze, las memorias de su padrastro, y a reconstruir el atraco al banco de Tiflis. Vaya también mi agradecimiento para el profesor Nugzar Surgoladze. Estoy profundamente agradecido a otro amigo, George Tarkhan-Mouravi, que me ayudó por pura amistad y espíritu de curiosidad, y compartió conmigo sus contactos, su vasto conocimiento de las fuentes, y sus anécdotas familiares. El profesor Vahtang Guruli compartió conmigo su labor de investigación en los archivos, absolutamente única. Gia Sulkanishvili me ayudó en asuntos mayores y menores, y como siempre es mucho lo que le debo aquí. Nick Tabatadze, director de Rustavi-2, la cadena de televisión georgiana, me dio ánimos y me prestó ayuda; su reportaje televisivo me permitió localizar más testigos y fuentes. Gracias también a Tamara Megrilishvili, que me autorizó a poner un anuncio solicitando fuentes/testimonios en su librería, Prospero, la mejor que hay entre Moscú y Jerusalén. Y gracias asimismo a Leka Basilieia. En Gori, vaya mi agradecimiento también al director del Museo Stalin, Gaioz Makhniashvili.

En los archivos de Batumi, Abjasia, Memed Jikhashvili, excelente especialista en historia de Transcaucasia, pero también todo un personaje histórico, por ser sobrino de Nestor Lakoba, el virrey de Stalin en Abjasia, me ayudó a encontrar

nuevas fuentes y fotografías que fueron enormemente importantes para la elaboración del presente libro.

En Abjasia, debo dar las gracias a Slava Lakoba, destacado especialista en historia del bolchevismo, Abjasia y el Cáucaso, que mostró una extraordinaria generosidad al permitirme compartir su obra y sobre todo sus fuentes. George Hewitt y Donald Rayfield me ayudaron también en esta búsqueda, lo mismo que la Dra. Rachel Clogg.

En Bakú, Azerbaiyán, debo dar las gracias a Fuad Akhundov, otro viejo amigo y experto en el *boom* del petróleo y los millonarios, a Fikret Aliev y a Zimma Babaeva, director y subdirectora respectivamente del Archivo Estatal Azerí (GIA AR y GA AR); y también a Memed Jikhashvili.

En Berlín y Bakú, es mucho lo que debo al profesor Jorg Baberovski, principal experto en Bakú y la cultura de la violencia en el Cáucaso, que fue muy generoso conmigo poniendo a mi disposición sus conocimientos, y también a Alexander Freese por las traducciones del alemán.

En Viena, vaya mi agradecimiento a Su Alteza Serenísima el príncipe Karel Schwarzenberg, a Lila Morgan y a Georg Hamann. Lisa Train visitó el piso en el que vivió Stalin y tomó las fotografías del mismo. En Finlandia, mi agradecimiento a Aleksi Siltala, mi editor, por la ayuda prestada en la investigación en Tampere; a Vuokko Tarpila y al escritor Aarno Laitinen. Es muy grande mi deuda con el experto finlandés en Lenin, Stalin y Finlandia, Antti Kujala. En Suecia, deseo dar las gracias a Per Faustino y a mis editores de Norstedts/Prisma, a Martin Stugart de *Dagens Nyheter*, a la investigadora Jenny Lankjaer, a Karen Altenberg, y a Per Mogren. En Holanda, mi agradecimiento a dos distinguidos especialistas holandeses en Stalin, Eric van Ree y Marc Jansen, por compartir conmigo sus investigaciones. En Cracovia, Polonia, deseo dar las gracias a la cineasta londinense Wanda Koscia y a su amiga Marta Szostkiewicz por la ayuda prestada.

En Rusia ninguno de mis libros sobre Stalin habría sido posible sin la generosidad, la ayuda, los ánimos y los conocimientos de Oleg Khlevniuk, decano de los historiadores especializados en Stalin, Investigador Jefe del Archivo Estatal de la Federación Rusa (GARF), y de Alexander Kamenski, catedrático de Historia Antigua y Moderna de Rusia de la Universidad del Estado Ruso de Moscú para Humanidades. La principal fuente rusa para mis dos libros sobre Stalin es el Archivo Presidencial del Archivo Estatal Ruso de Historia Social y Política (RGASPI): por tanto, vaya mi infinito agradecimiento para su director, Dr Kiril M. Anderson, el subdirector Dr. Oleg V. Naumov, y la jefe de la sección sobre los documentos/manuscritos de Stalin, y experta en el tema, Larisa A. Rogovaya. Pero mi mayor agradecimiento debe ir para la Dra. Galina Babkova, distinguida profesora de historia del siglo XVIII de la universidad de Moscú, que me ha ayudado tanto con este libro como lo hizo con los anteriores.

Las siguientes personas me prestaron su ayuda en Rusia: Vladimir Grigoriev, editor y político; Anatoly Cherekmasov y Zoia Belyakova, en San Petersburgo; Dmitri Yakushkin, Eduard Radzinski, Roy y Zhores Metvedev, Boris Ilizarov, Arkady Vaksberg, Larissa Vasilieva, Masha Slonim, Dmitri Khankin, Anastasia Webster, Tom Wilson, David Campbell, Marc y Rachel Polonskyi, y la Dra. Luba Vinogradova. Estoy muy agradecido al director del Museo del Instituto Smolny y a Svetlana Osipova, del Museo Alliluyev de San Petersburgo. En Achinsk, deseo dar las gracias al director del Museo Regional de Achinsk; en Vologda, al director del VOANPI (Archivo de Historia Moderna de la Región de Vologda) y al director del GAVO (Archivo Estatal de la Región de Vologda).

En Estados Unidos, vaya mi agradecimiento al profesor J. Arch Getty, de UCLA, por compartir generosamente conmigo el informe Yezhov; al profesor Ron Suny; al Dr. Charles King, de Georgetown; y a Roman Brackman por compartir amablemente conmigo algunas de sus fuentes originales. Me siento también muy agradecido al príncipe

David Chavchavadze y a la princesa Marusya Chavchavadze, a Redjeb Jordania y a Nicole Jordania, a Musa Train Klebnikov y a su esposo, el difunto Paul Klebnikov, persona absolutamente singular, al que tanto echamos de menos y que tanto me ayuda me prestó; y asimismo a los príncipes Constantin y Anne Sidamon-Eristoff.

En Stanford, California, mi agradecimiento a Carol A. Leadenham y a Irina Zaytseva, por la ayuda que me prestaron con los archivos de la Ojrana y de Boris Nikolaevski. Gracias también a Alex Doran y al Dr. Boris Orlov en Israel. Y en París, al Dr. Georges Mamoulia.

Quizá el personaje más curioso que entrevisté fue Mariam Svanidze, de 109 años de edad, pariente de la primera esposa de Stalin, que aún recordaba la muerte de ésta ocurrida en 1907. Por sus entrevistas, sus memorias y las anécdotas de su familia, vaya mi agradecimiento a Sandra Roelofs Saakashvili (cuyo libro cuenta cómo la familia de su marido dieron cobijo a Stalin), a Eteri Ordzhonikidze (hija de Sergo), al general Artem Sergeev (hijo adoptivo de Stalin), a Galina Djugashvili (nieta de Stalin), a los sobrinos de Stalin Leonid Redens, Kira Alliluyev y Vladimir Alliluyev (Redens), al general Stepan Mikoyan (hijo de Anastas) y a su hija Ashken Mikoyan, al yerno de Stalin, Yury Zhdanov (hijo de Andrei), Izolda Mdivani (viuda del hijo de Budu), a Susana Toroshelidze (hija de Malakia y Minadora), a Zakro Megrilishvili (hijastro de Shalva Nutsubidze), a Martha Peshkova (nuera de Beria y nieta de Gorki), a Viacheslav Nikonov (nieto de Molotov y autor de una biografía suya), a la difunta Maya Kavtaradze (hija de Sergei Kavtaradze), al difunto Oleg Troyanovski (hijo de Alexander), a Katevan Gelovani (primo de los Svanidze), a Memed Jikhashvili (sobrino de Nestor Lakoba), a Redjeb Jordania (hijo de Noe), a Tanya Litvinova (hija de Maxim), a Guram Ratishvili (nieto de Sasha Egnatashvili), a Gia Tarkhan-Mouravi, a Tina Egnatashvili, a Vajzha Okujava, a Shalva Gachechiladze (nieto del padre Ksiane), a Serge Chaverdian (Shaverdian), a Thamaz Naskidachvili, a Irakli de

Davrichewy, a Alexandre de Davrichewy y a Annick Davrichachvili (dos de los nietos y la esposa de otro nieto de Josef «Soso» Davrichewy), y a Julian Z. Starosteck.

En Gran Bretaña, el Dr. John Callow, director de la Marx Memorial Library (**www.marx-memorial-library.org**) y principal experto en Lenin de Londres, me ayudó mucho en todo lo relacionado con el año 1907 y el viaje turístico de Stalin por Gales, lo mismo que Andy Brooks, secretario general del Nuevo Partido Comunista; mi agradecimiento también a Francis King, de la Socialist History Society; a Tony Atienza; a Paul Barratt y a Duncan Higgit, del *Western Mail*.

En Gran Bretaña y Francia, *sir* Evelyn de Rothschild puso a mi disposición los archivos Rothschild, donde Melanie Asprey investigó para mí las relaciones con Stalin: mi agradecimiento a ambos.

Gracias por la ayuda que en mayor o menor medida me prestaron Andrew Roberts; Ronald Harwood; John Witherow, editor del *Sunday Times*, y el editor de fotografías del mismo rotativo, Ray Wells; Miklos Kun; Len Blavatnik; el vizconde Raymond Asquith y su esposa Clare; John y Victoria Hyman; David King; Andrew Cook, cuyas investigaciones sobre la Rama Especial me fueron tan útiles; Rair y Tatiana Simonyan; Geoffrey Elliott; el Dr. Dan Haley, experto en sexo y crímenes en la Rusia zarista/estalinista; Rosamund Richardson; la Dra. Catherine Merridale, especialista en Kamenev; Mark Franchetti; Sergei Degtiarev-Foster; Nata Galogre; Jon Halliday; Ingaborga Dapkunaite; Laurence Kelly; *Lady* Alexandra Gordon-Lennox; David Stewart-Hewitt; *Lord* Bruce Dundas; la honorable Olga Polizzi; Anthony Beevor; Stephen Nash, primer embajador de Su Majestad en Georgia; Andrew Meier; Donald Maclaren, embajador de Su Majestad en Georgia, y su esposa Maida; y a mi entrenador Stewart Taylor, de **www.bodyarchitecture.co.uk**, por mantenerme en forma. Gracias, como siempre, a Charles y Patty Palmer-Tomkinson por su apoyo y los ánimos que me han dado en todo momento.

Especial gratitud debo a mi profesora de ruso, Galina Oleksiuk.

Quisiera dar las gracias a mi editor en Inglaterra, Ion Trewin, de Weidenfield & Nicolson, que ha editado de forma genial y sabia todos mis libros de historia; a sus asistentes editoriales Anna Hervé y Bea Hemming; a Alan Samson, director de publicaciones; al extraordinario rey de la corrección de manuscritos, Peter James; y a Douglas Matthews y David Hoxley, por la confección del índice analítico y los mapas respectivamente. Gracias también a la responsable de la edición en rústica, Susan Lamb, de Phoenix. En Nueva York, me gustaría expresar mi agradecimiento al director de mi editorial en Estados Unidos, el sin par Sonny Mehta y su colega Jonathan Segal, de Alfred Knopf.

Mi agente, Georgina Capel, de Capel & Land, sigue haciendo gala de su infatigable exuberancia y de su enorme eficiencia. Debo expresar mi especial agradecimiento a *Lord* y *Lady* Weidenfield, y a Anthony Cheetham por su sabiduría, su apoyo y su amistad a lo largo de tantos años.

Como siempre, tengo que dar las gracias a mis padres, el Dr. Stephen y la Sra. April Sebag-Montefiore, primero por su sutil análisis médico y psicológico de Stalin, y en segundo lugar por su incomparable (y despiadada) habilidad editorial; y en último término también por ser los amigos más maravillosos y los padres más dulces que pueda uno desear.

Este libro va dedicado a mi hijo Sasha, pero debo mencionar también a la otra luz que ilumina mi vida, mi hija Lily. Me da vergüenza admitir que los dos supieron reconocer el retrato de Stalin antes que el de *Thomas the Tank Engine*[*]. La encantadora niñera de mis hijos, Jayne Roe, hizo que el trabajo en casa resultara un placer.

Por último, pero siempre la primera, mi esposa, Santa, que si bien disfrutó del romántico *ménage à quatre* con unos personajes tan brillantes y encantadores como Catalina la Grande y el príncipe Potemkin, encontró en la presencia del

sanguinario Stalin en nuestro matrimonio una verdadera prueba de resistencia. Ahora que por fin entramos en nuestro particular período de desestalinización, debo agradecer a Santa sus luminosas palabras de aliento, su sereno encanto y su áurea de creatividad, simpatía y amor.

Bibliografía selecta

Fuentes primarias

Alexandrov, G. F. *et al*. (eds), *Iosif Vissarionovich Stalin, Kratkaya biografiya*, Moscú, 1946.

Alliluyev, Sergei, «Vstrechi s tov. Stalinym», *Proletarskaya Revolyutsiya* n.º 8, 1937.

—, *Proidennyi put*, Moscú, 1946.

— y Alliluyeva, Anna, *The Alliluyev Memoirs*, ed. David Tutaev, Londres, 1968.

Alliluyev, V. F., *Khronika odnoi semi*, Moscú, 2002.

Alliluyeva, A. S., *Vospominaniya*, Moscú, 1946 [y también: «Vospominaniya», *Roman-gazeta* 1947].

Alliluyeva, Svetlana, *Twenty Letters to a Friend*, Londres, 1967.

—, *Tolko odin god*, Nueva York, 1969.

—, *Only One Year*, Londres, 1971.

—, *Dvadtsaty pisem k drugu*, Moscú, 1981.

—, *Dalyokaya muzika*, Nueva York, 1988.

Anninski, L. *et al*. (eds), *Stalin v vospominaniyakh sovremennikov i dokumentov epokhi*, Moscú, 2002.

«Arkhivnyc materialy o revolyutsionnoy delayatelnosti I. V Stalina», *Krasnyi Arkhiv* n.º 2 (105), 1941.

Arkomed, S. T, *Robochee dvizhenie i sotsial-demokratiya na Kavkaze*, Moscú-Petrogrado, 1923.

Arsenidze, R., «Iz vospominanii o Staline», *Novy Zhurnal* n.º 72, junio de 1963.

Artyom: véase F. A. Sergeev.

Badaev (Badayev), A., *The Bolsheviks in the Tsarist Duma*, Londres, 1929.

Badaev, A., *Bolsheviki v gosudarstvennoi Dume, Vospominaniya*, Moscú, 1954.

Bagirov, M., *Iz istorii bolshevistskoi organizatsii Baku i Azerbaijana*, Moscú, 1948.

Baikaloff, A. V, «Turukhanskie bunt politicheskikh ssylnykh», *Sibirskie Arkhiv* no, 2, Praga, 1929.

Baikaloff, A. V, *I Knew Stalin*, Londres, 1940.

Barbusse, H., *Stalin: A New World trough One Man*, Nueva York, 1935.

Batumskaya Demonstratsia 1902 goda, Moscú, 1940.

Bazhanov, B., *Bazhanov and the Damnation of Stalin*, Athens, Ohio, 1990.

Beria, L. P., *K voprusu ob istorii bolshevistskikh organizatsiyakli v Zakavkaze*, Moscú, 1935.

—, *Lado Ketskhoveli*, Moscú, 1938.

Beria, S., *Beria my Father: Inside Stalin's Kremlin*, Londres, 2001.

Bessedovski, G., *Revelations of a Soviet Diplomat*, Londres, 1931.

Bibineishvili, V. (Barón), *Za chetvet. veka*, Moscú, 1931.

The Bolsheviks and the October Revolution:The Minutes of the Central Committee of the Russian Social-Democratic Party (Bolsheviks) August 1917-February 1918, Londres, 1974.

Bujarin, N., *How It All Began*, Nueva York, 1998.

Bulgakov, Mijail, *Batum*, Moscú, 2004.

Charkviani, Candide, «Memorias» (ms.).

Chavichvili, Khariton, *Patrie, prisons, exil - Staline et nous*, París, 1946.

—, *Révolutionnaires russes à Genève en 1908*, Ginebra, 1974.

Chernenko, K. (y Moskalev, M. A.,) *I. V. Stalin v sibirskoi ssilke*, Krasnoyarsk, 1942.

Chetvertyi (obedinitelnyi) sezd RSDRP, Moscú, 1949.

Chetvertyi (obedinitelnyi) sezd RSDRP. Protokoly. Aprel-Mai 1906, Moscú, 1959.

Dan, F., *Proiskhozhendenie bolshevizna*, Nueva York, 1946.

Dan, Lydia, «Bujarin o Staline», *Novy Zhurnal* n.º 75, marzo de 1964.

Dan, L. O., *Iz arkhiva L. O. Dan*, Ámsterdam, 1987.

Dastakian, Nikita, *Il venait de la. Ville Noire: souvenirs d'un Arménien du Caucase*, París, 1998.

Davrichewy, Josef, «Je suis le demi-frère de Staline», *Miroir de l'Histoire*, diciembre de 1967.

Davrichewy, Josef, *Ah! Ce qu'on rigolait bien avec mon copain Staline*, París, 1979.

Djilas, Milovan, *Conversations with Stalin*, Nueva York, 1962.

Djugashvili, Galina (Gulia), «Ded, papa, rnama i drugie», *Druzhba Naradov* n.º 6, 1993.

Effendiev, «Istoriya rabochego dvizheniya turetskogo proletariata», en *Iz prochlogo. Stati i vospominaniya iz istorii bakinskoi organizatsii*, Bakú, 1923.

Elwood, R. C. (ed.), *Vserossvyskaya Konferentsiya Rossiiskoi Sotsial-Demokraticheskoi Rabochei Partii 1912 goda*, Londres, 1982.

Gachechiladze, S., «Memorias» (ms. Tiflis).

Gio, Artyom, *Zhizn podpolschika*, Leningrado, 1925.

Gogebashvili, Y. (ed.), *Deda Ena*, Tiflis 1912 y 1916.

Gorki, Maxim, *Days with Lenin*, Londres, sin fecha.

Gromyko, A. A., *Memoirs*, Londres, 1989.

Iosif Vissarionovich Stalin, Kratkaya biografia, Moscú, 1938/1947.

Iremashvili, *Stalin und die Tragödie Georgiens*, Berlín, 1932.

Iskander, Fasil, *Sandro of Chegern*, Londres, 1979.

Istoricheskie mesta Tiflis. Putevoditel po mestam, svyazannym s zhiznyu i deyatelnostyu I. V. Stalina, ed. Filial Georgiana del Instituto Marx-Engels-Lenin, Tiflis, 1944.

Ivanov, B. I., *Vospominaniya rabochego bolshevika*, Moscú, 1972.

Jordania, Noe: véase Zhordania.

Jrushchev, N. S., *Jrushchev Remembers*, Londres, 1971.

—, *Jrushchev Remembers: The Glasnost Tapes*, Londres, 1990.

Kaganovich L. M., *Tak govoril Kaganovich*, ed. F. Chuev, Moscú, 2002.

Kaminski, V. y Vereshchagin, I., «Detstvo i yunost vozhdya. Dokumenty zapiski, rasskazy», *Molodaya Gvardiya* n.º 12, 1939.

Kavtaradze, S., *Iz vospominanii o tov. Staline*, Voroshilovgrado, 1936.

—, «Memorias» (ms,. en georgiano).

—, «Iz vospominanii», *Oklyabre* n.º 11, 1942.

Kennan, G., *Siberia and the Exile System*, Londres, 1891.

Khatissian, Alexander, «Memoirs of a Mayor», *Armenian Review* 2 (3), septiembre de 1949.

Kollontai, A., *Iz moey zhizhni i raboty*, Moscú, 1974.

Krasin, L. B., «Bolshevistskaya partiinaya tekhnika», en *Tekhnika bolshevistkogo podpolya, Sbornik statei i vospominanii*, Moscú, 1925.

Krupskaya, N., *Vospominaniya o Lenine*, Moscú, 1968.

—, *Memoirs of Lenin*, Londres, 1970.

Kvashonkin, A. V, Khlevniuk, O. V, Kosheleva, L. P. y Rogavaya, L. A. (eds), *Bolshevistkoe rukovodstvo. Perepiska 1912-27*, Moscú, 1996.

Lado Ketskhoveli. Sbornik dokumentov i rnaterialov, Tiflis, 1969.

Lakoba, Nestor, *Stalin i Khashim 1901-2*, Sukhum, 1934.

Lansbury, George, *My Life*, Londres, 1928.

Lenin, V. I., *Polnoe sobranie sochineniyi*, Moscú, 1958-65.

—, *Biograficheskaya khronika*, 12 vols., Moscú, 1970-82.

—, *Perepiska V. I. Lenina i rukovodimykh im uchrezhdenii RSDRP s mestnymi partiinymi organizatsiyami 1905-7*, Moscú, 1982.

Lobanov, M. (ed.), *Stalin: v vospominamyakh sovremennikov i dokumentov epokhi*, Moscú, 2002.

Ludwig, Emil, *Stalin*, Nueva York, 1942.

Lunarcharski, A., *Revolutionary Silhouettes*, Nueva York, 1968.

Majaradze, E, *Ocherki revoliutsionnogo dvizheniya v Kavkazi*, Tiflis, 1927.

— y Khachapuridze, G. V, *Ocherki po istorii rabochego i krestyanskogo dvizheniya v Gruzii*, Moscú, 1932.

Medvedeva-Ter-Petrossian, S. E, «Tovarish Kamo», *Proletarskaya Revolyutsiya* n.º 8/9, 1924.

Meshcheryakov, N. L., *Kak my zhili v ssylke*, Leningrado, 1929.

Mgeladze, A., *Stalin kakim ya ego znal*, Tiflis, 2001.

Mikoyan, A. I., *The Memoirs of Anastas Mikoyan*, vol. 1: *The Path of Struggle*, Madison, Connecticut, 1988.

—, *Tak bylo*, Moscú, 1999.

Molotov, V. M., *Sto Sorok Besed s Molotovym*, ed. F. Chuev, Moscú, 1991.

—, *Molotov Remembers*, ed. F. Chuev, Chicago, 1993.

—, *Poluderzhavnyi vlastelin*, Moscú, 1999.

Nikolaevski, Boris, *Power and the Soviet Elite: The Letter of an Old Bolshevik and Other Essays*, Nueva York, 1965.

Nutsubidze, Ketevan y Shalva, *Nakaduli*, Tiflis, 1993.

O Stepan Shaumian, Vospominaniya, ocherki, stati, sovremennikov, Moscú, 1988.

Orlov, Alexander, *Secret History of Stalin's Crimes*, Londres, 1954.

Perkins, Frances, *The Roosevelt I Knew*, Nueva York, 1946.

Pestkovski, S. «Vospominaniya o rabote v Narkomnatse 1917-19gg», *Proletarskaya revolutyutsiva* n.º 6, 1930.

—, «Ob oktiabrskikh druakh v Pitere», *Proletarskaya revolutyutsiva* n.º 10, 1922.

Protokoly Tsentralnogo Komiteta RSDRP(b). Avgust 1917-Fevral 1918, Moscú, 1958.

Prolokoly Vserossiiskogo (martovskogo) soveshchaniya partiinykh rabotnikov 27 rnarta-2 aprelya 1917 goda', *VIKPSS* n.º 6, 1962.

Pyati (Londresskii) sezd RSDRP, Protokoly, Aprel-Mai 1907 goda, Moscú, 1963.

Raskolnikov, F. F, «Priezd tov. Lenina v Rossiyu», *Proletarskaya Revolyutsiya* n.º 1, 1923.

Rasskazy o velikom Staline, Tiflis, 1941.

Rasskazy starikh robochikh Zakavkazya o velikom Staline, Moscú, 1937.

Reed, John, *Ten Days that Shook the World*, Londres, 1982.

Revolyutsiya 1905 goda v Zakavkaze. Istpartotdel TsK KP (b) Gruzii, Tiflis, 1926.

Roelofs, véase Saakashvili.

Rokhlin, A. (ed.), *Dvadtsat piat let Bakinskoi organizatsii bolslievistikov*, Bakú, 1924-1925.

Saakashvili, Sandra Roelofs, *Story of an Idealist*, Tiflis, 2005.

Sagirashvili, David, «Stalin iz vospominanii i rasmyshlennii», *Vestnik instituta po izuchenii istorii i kultury SSR* n.º 9, marzo-abril, 1954.

—, «Stalin and Social Democracy: The Political Diaries of David A. Sagirashvili», tesis doctoral de Roy Stanley De Lon, Georgetown University, Washington DC, 1974.

Samoilov, F, «Bolshevistskaya fraktsiya IV Gosudarstvennoy Dumy v Yeniseiskoi ssylke pered fevralskoie revolyutsiey», *Proletarskaya Revolyutsiva* n.º 2/3, febrero-marzo de 1927.

—, *Po sledarn minuvshego. Vospominaniya starogo bolshevika*, Moscú, 1934.

Schlyapnikov, A. G., *Smnadtsatyi god*, Moscú-Petrogrado, 1923.

Sedmaya (aprelskaya) vserossiiskaya konferentsiya RSDRP (bolshevikov). Petrogradskaya konferentsiya obshchegorodskaya konferentsiya RSDRP (bolshevikov), Aprel 1917 goda, Moscú, 1958.

Serge, Victor, *Portraite de Staline*, París, 1940.

Sergeev, F. A., *Statii, rechi, pisma*, Moscú, 1983.

Shaumian, S., *Izbrannye proizvedeniya*, Moscú, 1957 y 1978.

Shestoi sezd RSDRP (b), Avgust 1917 goda. Protokoly, Moscú, 1958.

Shotman, A. V., «Kak iz iskry vozgorelos plamya», *Molodaya Gvardiya*, 1935.

Shveitzer, Vera, *Stalin v turukhanskoi ssylke. Vospominaniya podpolshchika*, Moscú, 1940.

Sidamon-Eristoff, Príncipe Simon C., *For my Grandchildren: The Memoirs of Colonel Prince Simon C. Sidamon-Eristoff*, edición privada.

Souvarine, Boris, *Staline*, París, 1935.

Spandarian, S. (Timofei), *Stati, pisma, dokumenty 1882-1916*, Ereván, 1940 y 1958.

Stal, Ludmilla, «Rabotnitsa v Oktyabre», *Proletarskaya Revolyutsiya* n.º 10, 1922.

Stalin v vospominaniyakh sovremennikov i dokumentakh epokhi, ed. M. Lobanov, Moscú, 2002.

Stalin, I. V (K.), «K natsionalnomu voprusu: evreiskaya burzhuaznaya i bundovskaya kulturno-natsionalnaya avtonomiya», *Prosveshchenie* n.º 6, junio de 1913.

—, *Sochineniya 1-13*, Moscú, 1952-1954.

—, *Works 1-13*, Moscú-Londres, 1953.

—, «Sam o sebe, redakzionnaya pravka sobstennoy biografii», *Izvestiya TsK KPSS* n.º 9, 1990.

—, *Iosef Stalin v obyatiwkh semi: iz lichnogo arkhiva*, eds. Y. Murin y V Denisov, Istochnik, 1993/Moscú, 1993.

—, *Slovo tov. Staliny*, ed. R. Kosolapov, Moscú 2002.

Stalin-Kaganovich Correspondence 1931-1936, ed. R. W. Davies, Oleg Khevnuik y E. A. Rees, New Haven, 2003.

Stasova, E. D., *Stranitsy zhizhni i borby*, Moscú, 1957.

—, «Partiinaia robota v ssylke i v Petrograde» en *V gody podpolya: sbnornik vospominii 1910g-fevral 1917*, Moscú, 1964.

Stopani, A., *Iz proshlogo. Stati i vospominania iz istorii bakinskoi organizatsii i rabochego dvizheniia v Baku*, Bakú, 1923.

Sujanov, N., *Zapiskie o russkoi revolyutsii*, Berlín, 1922-1923.

—, *The Russian Revolution 1917: A Personal Record*, Oxford, 1955.

Suliashvili, D., *Uchenichesky gody*, Tiflis, 1942.

Sverdlov, Y, *Izbrannye proizvedeniya*, Moscú, 1957.

Sverdlova, K. T., *Yakov Mikhailovich Sverdlov*, Moscú, 1957.

Talakvadze, S., *K istorii Kommunisticheskoi partii Gruzii*, Tiflis, 1925.

Toroshelidze, Minadora Ordzhonikidze, «Memorias» (ms., Tiflis).

Tovstuja, I. P., *Iosif Vissarionovich Stalin, Kratkaya biografiia*, Moscú y Leningrado, 1927.

Trifonov, Y, *Otblesk kostra. Ischeznovenie*, Moscú, 1988.

Trotski, L. D., *Moya Zhizn*, Berlín, 1930.

—, *Stalin*, Londres, 1968.

—, *My Life*, Londres, 2004.

Troyanovski, Oleg, *Cherez godi i rasstoyaniya*, Moscú, 1997.

Tsereteli, I. G., *Vospominaniya o fevralskoi revoliutsii*, París, 1963.

Tsintsadze, Kote, «Chemi Mogonebani (Mis memorias 1903-1920)», *Revolyutsiis Matiane* n.º 2-3, Tiflis, 1923-1924.

—, *Rogor vibrdzolot proletariatis diktaturistvis, chemi mogonebani* (Cómo luchar por la dictadura del proletariado: Mis Memorias de 1903 a 1920), Tiflis, 1927.

Uratadze, G., *Vospominaniya Gruzinskogo sotsial-demokrata*, Stanford, 1968.

Vazek, I., *V gody podpolya* in *Rasskazy starykh rabochikh Zakavkazya o velikom Staline*, Moscú, 1939.

Vereshchak, S., «Stalin v tyurme», *Dni* 22 y 24 de enero de 1928.

Voroshilov, K. E., *Stalin i Krasnaya Armiya*, Moscú, 1937.

—, *Rasskazy o zhizni*, Moscú, 1968.

—,*Vstrechi s tov. Stalinym*, Moscú, 1939.

—,*Vstrechi s vozhdem. Sbornik vospominanii o vstrechakh s tov. Stalinyin*, Saransk, 1940.

Yaroslavski, E., *Landmarks in the Life of Stalin*, Londres, 1942.

—, «Tri vstrechi», *Pravda* 23 de diciembre de 1939.

Yenukidze. Abel, *Istoriya organizatsiya i raboty nelegalnykh tipografii. RSDRP na Kavkaze za vremya ot 1900 po 1906g*, en Tekhnika bolshevistskogo podpolya, Moscú, 1925.

—, «Iz proshlogo nashei partei», en *Iz proshlogo. Stati i vospominaniya iz istorii bakinskoi organizatsii*, Bakú, 1923.

—, *Nashi podpolnye tipografii na Kavkaze*, Moscú, 1925.

Zhdanov, Yuri, recuerdos de Stalin, *Komsomolsky Pravda*, 10 de enero de 2007.

Zhordania, N. (entrevista de N. Vakar), «Stalin po vospominanyam N. V Zhordania»,

Poslednie Novosti 16 de diciembre de 1936.

Zhordania, N., *Moya Zhizn*, Stanford, 1968.

Zhukov, G. K., *Vospominaniya i razmyshleniya*, Moscú, 1995.

FUENTES SECUNDARIAS

Abramov, A. N., *Nachalo revolyutsionnoi deyatelnosti I. V. Stalina*, Leningrado, 1939.

Agurski, M., «Stalin's Ecclesiastical Background», *Survey* n.º 4, 1984.

Akopian, G. S., *Stepan Shaumian*, Moscú, 1973.

Antonov-Ovseenko, A., *The Time of Stalin: Portrait of Tyranny*, Nueva York, 1980.

—, *Stalin bez Maski*, Moscú, 1990.

Applebaum, Anne, *GULAG: A History*, Londres, 2003.

Ascher, Abraham, *The Revolution of 1905 - Russia in Disarray*, Stanford, 1988.

—, *The Revolution of 1905 - Authority Restored*, Stanford, 1992.

Avtorkhanov, A., *Stalin and the Soviet Communist Party*, Londres, 1959.

Baberovski, Jorg, *Der Feind is überall: Stalinismus im Kaukasus*, Múnich, 2003.

Baedeker, Karl, *Baedeker's Russia*, Londres, 1914.

Baynac, J., *Kamo - l'homme de main de Lénine*, París, 1972.

Bezirgani, G., «Koba i Kamo», *Perspektivi* n.º 6, 1991.

Biagi, E., *Svetlana: The Inside Story*, Londres, 1967.

Black, Conrad, *FDR, Champion of Freedom*, Londres, 2003.

Björkegren, Hans, *Ryska Posten: de ryska revolutionarerna i norden 1906-17*, Estocolmo, 1985.

Brackman, Roman, *Israel at Noon*, Nueva York, 2006.

—, *The Secret File of Joseph Stalin: A Hidden Life*, Londres, 2001.

Burleigh, Michael, *Sacred Causes: Religion and Politics from the European Dictators to Al Qaeda*, Londres, 2006.

Carswell, John, *The Exile: The Life of Ivy Litvinov*, Londres, 1980.

Charroux, Robert, «Révélations sur l'enfance de Staline», *Miroir de l'Histoire*, octubre de 1963.

Clements, Barbara Evans, *Bolshevik Women*, Cambridge, 1997.

—, *Bolshevik Feminist: The life of Alexandra Kollontai*, Bloomington, Indiana, 1979.

Cohen, S. E, *Bujarin and the Russian Revolution: A Political Biography*, Londres, 1974.

Conquest, Robert, *The Great Terror: Stalin's Purge of the Thirties*, Londres, 1973.

—, *Stalin: Breaker of Nations*, Londres, 1993.

Cooper, Julian, Perrie, Maureen y Rees, E. A. (eds), *Soviet History 1917-53: Essays in honour of R. W. Davies*, Londres, 1905.

Dadiani, S., *Stalin v Chiaturu*, Tiflis, 1940.

Daly, Jonathan W, *Autocracy under Siege: Security Police and Opposition in Russia 1866-1905*, DeKalb, Illinois, 1998.

—, *The Watchful State: Security Police and Opposition in Russia 1906-17*, DeKalb, Illinois, 2004.

Daushvili, A., *Story of Soso Djugashvili*, Tiflis, 2000.

Delbars, Yves, *The Real Stalin*, Londres, 1953.

Delo provokatora Malinovskogo, Moscú, 1992.

De Lon, Roy Stanley, «Stalin and Social Democracy: The Political Diaries of David A Sagirashvili», tesis doctoral inédita, Georgetown University, Washington DC, 1974.

Deutscher, I., *Stalin: A Political Biography*, Londres, 1966.

Dubinski-Mukhadze, I. M., *Ordzhonikidze*, Moscú, 1963.

Dubinski-Mukhadze, I. M., *Shaumian*, Moscú, 1965.

—, «Mikhail G. Tskhakaya (Tsakhaya)», *Voprosy Istorii KPSS* n.º 5, 1965.

—, *Kamo*, Moscú, 1974.

Elliott, Geoffrey, *From Siberia with Love*, Londres, 2004.

Elwood, R., *Roman Malinovski: A Life without a Cause*, Newtonville, 1977.

Emelianov, Y, *Stalin Put k Vlasti*, Moscú, 2003.

Emuksuzian, V. S., *Suren Spandarian*, Moscú, 1982.

Essad Bey, *Stalin: The Career of a Fanatic*, Londres, 1932.

Essaiashvili, V. G. (ed.), *Orcherki istorii Kommunist Partii Gruzii*, Tiflis, 1957.

Ettinger, Elzbieta, *Rosa Luxemburg: A Life*, Londres, 1988.

Farnsworth, Beatrice, Alexandra Koilontai: *Socialism, Feminism and the Bolshevik Revolution*, Stanford, 1980.

Felstinsky, Y., *Bil li Stalin agentom Okhranki? Sbornik stain, malerialov i dokumentov*, Moscú, 1999.

Ferguson, Niall, *The World's Banker: The History of the House of Rothschild*, Londres, 1998.

Ferguson, Niall, *The War of the World*, Nueva York, 2006.

Figes, Orlando, *A People's Tragedy: The Russian Revolution 1891-1924*, Londres, 1996.

Fishman, WJ., *East End Jewish Radicals*, Londres, 1975.

—, *Streets of the East End*, Londres, 1979.

—, *East End 1888: A Year in a London Borough among the Labouring Poor*, Londres, 1988.

Fuller, William C., Jr, *The Foe Within: Fantasies of Treason and the End of Imperial Russia*, Ithaca, Nueva York, 2006.

Futrell, Michael, *Northern Underground*, Londres, 1963.

Geifman, Anna (ed.), *Russia under the Last Tsar: Opposition and Subversion 1894-1917*, Oxford, 1999.

—, *Thou Shalt Kill: Revolutionary Terrorism in Russia 1894-1917*, Princeton, 1993.

Getzler, I., *Martov: A Political Biography of a Russian Social Democrat*, Londres, 1967.

—, *Nikolai Sukhanov: Chronicler of the Russian Revolution*, Londres, 2002.

Gorodetski, E. y Sharapov, Y, *Sverdlov*, Moscú, 1971.

Guruli, Vahtang, *Materials for Stalin's Biography*, Tiflis, 1998.

Hall. Coryne, *Imperial Dancer: Mathilde Kschessinskaya and the Romanovs*, Londres, 2005.

Hamann, Brigitte y Thornton, Thomas, *Hitler's Vienna: A Dictator's Apprenticeship*, Oxford, 1999.

Haupt, Georges (ed.), *Les Bolsheviks par eux-mêmes (Makers of the Russian Revolution)*, Paris, 1969.

Hosking, G., *Rulers and Victims*, Londres, 2006.

Ilizarov, B. S., T*ainaya zhizn Stalina. Po materialam ego bibliotek i archiva. K istoriografii stalinizma*, Moscú, 2002.

Imnaishvili, R., *Kamo*, Tiflis, 1955.

Ivanova, L. (ed.), *Stranitsy slavnoi istorii. Vospominania o Pravde 1912-17gg*, Moscú, 1962.

Jones, J. Sydney, *Hitler in Vienna*, Londres, 1983.

Jones, Stephen F., *Socialism in Georgian Colors: The European Road to Social Democracy 1883-1917*, Cambridge, Massachusetts, 2005.

Kaptelov, B. y Peregudova, Z., «Byl li Stalin agentom Okhranki?», *Rodina* n.º 5, 1989.

Kennan, George, *Historiography of the Early Political Career of Stalin*, American Philosophical Society n.º 3, 1971.

Kershaw, Ian, *Hitler 1889-1936: Hubris*, Londres, 1998.

Khlevniuk, Oleg, *In Stalin's Shadow: The Career of Sergo Ordzhonikidze*, Nueva York, 1993.

King, Greg, *The Court of the Last Tsar*, Londres, 2006.

Klier. J. y Larnbroze, S., *Pogroms: Anti-Jewish Violence in Modern Russian History*, Cambridge, 1992.

Knight, Amy, *Beria: Stalins First Lieutenant*, Princeton, 1993.

Kolesnik, A., *Khronika zhizni semia Stalina*, Kharkov, 1990.

Kujala, Antti, «Russian Revolutionary Movement and the Finnish Opposition 1905», *Scandinavian Journal of History*

n.º 5, 1980.

—, «Finnish Radicals and the Russian Revolutionary Movement 1899-1907», *Revolutionary Russia* 5, diciembre de 1992.

Kujala, Antti *et al.*, *Lenin Ja Suomi*, Helsinki, 1987.

Kun, Miklos, *Stalin: An Unknown Portrait*, Budapest, 2003.

Lakoba, S., «Legendarnoe nacholo veka», *Sovetskaya Abkhazia* n.º 145, 28 de julio de 1982.

—, *Boeviki Abkhazii v revolyutsii 1905-7 godov*, Sukhum 1984.

—, *Ocherki politecheskoi istorii Abkhazii*, Sukhum, 1990.

— *et al*. (eds), *Istoria Abkhazia*, Gadaut, 1993.

—, *Otvet istorikam iz Tiflis*, Sukhum, 2001.

Lang, D. M., *Modern History of Georgia*, Londres, 1962.

Lauchlan, lain, *Russian Hide-and-Seek: The Tsarist Secret Police in St. Petersburg 1906-14*, Helsinki, 2002.

Lee, Eric, «Eremin Letter: Documentary Proof that Stalin was Ojrana spy?», *Revolutionary Russia* 6, junio de 1993.

Levine, Isaac Don, *Stalin's Great Secret*, Nueva York, 1956.

Lieven, D., *Russia's Rulers under the Old Regime*, New Haven, 1989.

—, *Nicholas II: Emperor of All the Russias*, Londres, 1993.

Lincoln, W. Bruce, *Passage through Armageddon: The Russians in War and Revolution 1914-18*, Nueva York, 1986.

Loginov, V, *Taini Stalina*, Moscú, 1991.

London Landmarks: A Guide with Maps to Places Where Marx, Engels and Lenin Lived and Worked, Londres, 1963.

Ludwig, E., *Stalin*, Nueva York, 1942.

McNeal, R., *Bride of the Revolution: Krupskaya and Lenin*, Londres, 1973.

—, *Stalin: Man and Ruler*, Londres, 1985.

Maiski, Ivan, *Journey into the Past*, Londres, 1962.

Marcou, Lily, *Staline: Vie privée*, París, 1996.

Maskulia, A. V., *Mikhail Tskhakaya*, Moscú, 1968.

Medvedev, Roy A., *Let History Judge: The Origins and Consequences of Stalinism*, Londres, 1971.

Medvedev, Zhores A. y Medvedev, Roy A., *The Unknown Stalin*, Londres, 2003.

Merridale, Catherine, «The Making of a Moderate Bolshevik: An introduction to L. B. Karnenev's Political Biography», en Julian Cooper, Maureen Perrie y E. A. Rees (eds), *Soviet History 1917-53*, Londres, 1995.

Montefiore, Simon Sebag, *Stalin: The Court of the Red Tsar*, Londres, 2003 [trad. castellana: *La corte del zar rojo*, Crítica, Barcelona, 2004].

Moore, James, *Gurdjieff*, Shaftesbury, Dorset, 1991.

Moskalev, M. A., *Bolshevistskie organizatsii Zakavkazya periode pervoi russkoi revolyutsii*, Moscú, 1940 (*véase también* Chernenko).

Muravyova, L. y Sivolap-Kaftanova, I., *Lenin in London*, Moscú, 1981.

Nikolaevski, Boris, «Bolshevistsky Tsentre», *Rodina* n.º 3/5, 1992.

Nikolaysen, H., *SD Networks in Transcaucasia and Stalin: The. Rise of a Regional Party Functionary 1887-1902*, Stanford, 1991.

Nikonov, V., *Molotov Molodost*, Moscú, 2005.

Obolenskaya, R., *Kamo: The Life of a Great Revolutionist*, Londres, sin fecha.

Ostrovski, Alexander, *Kto stoyal za spinoi Stalina?*, San Petersburgo, 2002.

Owen, Frank, *Three Dictators*, Londres, 1940.

Palmer, Alan, *The East End: Centuries of Londres Life*, Londres, 1982.

Pares, Bernard, *The Fall of the Russian Monarchy*, Londres, 1939.

Pearson, Michael, *Inessa Lenin's Mistress*, Londres, 2001.

Phillips, Hugh D., *Between the Revolution and the West: A Political Biography of Maxim M. Litvinov*, Boulder, Colorado, 1992.

Pipes, Richard, *Formation of the Soviet Union: Communism and Nationalism 1917-23*, Cambridge, Massachusetts, 1964.

—, *Revolutionary Russia*, Cambridge, Massachusetts, 1968.

—, *Russia under the Old Regime*, Londres, 1982.

—, *The Russian Revolution 1899-1919*, Londres, 1990.

—, *The Unknown Lenin*, New Haven, 1996.

—, *The Degaev Affair*, New Haven, 2003.

Pope, Arthur Upham, *Maxim Litvinov*, Londres, 1943.

Porter. Cathy, *Alexandra Kollontai*, Londres, 1980.

Pospielovski, Dmitri, *The Russian Church under the Soviet Regime 1917-82*, Nueva York, 1983.

Rabinowitch, A, *Prelude to Bolshevism: The Petrograd Bolsheviks and the July 1917 Uprising*, Bloomington, Indiana, 1968.

—, *The Bolshevik Come to Power: The Revolution of 1917 in Petrograd*, Chicago, 2004.

Radzinski, E., *Stalin*, Londres, 1996.

—, *Alexander II*, Nueva York, 2005.

Raguza, Imam, *La Vie de Staline*, París, 1938.

Rayfield, D., *Stalin and the Hangmen: An Authoritative Portrait of a Tyrant and Those who Served Him*, Londres, 2004.

—, «Stalin the Poet», *PN Review* 44, Manchester, 1984.

Reiss, Tom, *The Orientalist*, Nueva York, 2005.

Richardson, R., *The Long Shadow*, Londres, 1993.

Rieber, A., «Stalin: Man of the Borderlands», *American History Review* n.º 5, 2001. Robbins, Richard G., *The Tsar's Viceroys*, Ithaca, 1987.

Rokhlin, A., «Gde pryatali nezakonnorojdennogo syna Stalina?», *Moskovski Komsomolets* n.º 114, 22 de junio de 1996.

Roobol, W H, *Tsereteli: A Democrat in the Russian Revolution: A Political Biography*, La Haya, 1976.

Rothstein, Andrew, *Lenin in Britain*, Londres, 1970.

Ruud, Charles A. y Stepanov, Sergei A., *Fontanka 16: The Tsar's Secret Police*, Quebec, 1999.

Schorske. Carl E., *Fin de Siècle Vienna*, Londres, 1961.

Service, R., *The Bolshevik Party in Revolution: A Study in Organisational Change*, Londres, 1979.

—, «Joseph Stalin: The Making of a Stalinist», en John Channon (ed.). *Politics Society and Stalinism in the USSR*, Londres, 1998.

—, *Lenin: A Biography*, Londres, 2000.

—, *A History of Modern Russia from Nicholas II to Putin*, Londres, 2003.

—, *Stalin: A Biography*, Londres, 2004.

Seton-Watson, H., *The Russian Empire 1801-1917*, Oxford, 1967.

Sheinis, Z., *Maxim Maximovich Litvinov*, Moscú, 1989.

Shub, David, «Kamo: Legendary Old Bolshevik of the Caucasus», *Russian Review* 19, julio de 1960.

Slavin, B., «Stalin i Okhranka», *Alternativy* n.º 1, 1990.

Slusser, R., *Stalin in October: The Man Who Missed the Revolution*, Baltimore, 1987.

Smith, E. E., *The Young Stalin*, Nueva York, 1967.

Stugart, M. (preguntas de los lectores), *Dagens Nyheter*, Estocolmo, 22 de marzo de 2004.

Sukhodeev, V, *Stalin v zhizn i legendakh*, Moscú, 2003.

Sukhotin, Y., «Bastard krasnogo vozhda», *Chas Pik* n.º 189, 21 de octubre de 1995.

Suleymanov, Manaf, *Eskitdiklarim, Okhuduglarim, Gorduklarim* (Lo que vi, lo que leí, lo que oí / título en ruso) *Dni Minuvshie*), Bakú, 1996.

Suliashvili, D., *Uchenichesky gody*, Tiflis, 1942.

Suny R. G., «A Journeyman for the Revolution: Stalin and the labour Movement in Baku June 1907-May 1908», *Soviet Studies* n.º 3, 1972.

—, *The Making of the Georgian Nation*, Londres, 1989.

—, «Beyond Psychohistory: The Young Stalin in Georgia», *Slavic Review* 50, primavera de 1991.

Thompson, Bruce, *Hitler's Vienna*, Londres, 1983.

—, *Schnitzler's Vienna*, Londres, 1990.

Tolf, Robert W., *The Russian Rockefellers: The Saga of the Nobel Family and the Russian Oil Industry*, Stanford, 1976.

Tucker, R. C., *Stalin as Revolutionary 1879-1929: A Study in History and Personality*, Londres, 1974.

—, *Stalin in Power: The Revolution from Above, 1929-41*, Nueva York/Londres, 1990.

Ulam, Adam, *Lenin and the Bolsheviks*, Londres, 1966.

Vakar, N.: véase Zhordania.

Vaksberg, Arkady, *Stalin's Prosecutor: The Life of Andrei Vyshinski*, Nueva York, 1990.

Van Ree, Eric, «Stalin and the National Question», *Revolutionary Russia* 7, diciembre de 1994.

—, «Stalin's Bolshevism: The First Decade», *International Review of Social History* 39, 1994.

—, «Stalin's Bolshevism: The Year of Revolution», *Revolutionary Russia* 13, junio de 2000.

Vasileva, L., *Kremlin Wives*, Londres, 1994.

—, *Deti Kremlya*, Moscú, 2001.

Vitebski, Piers, *Reindeer People*, Londres, 2005.

Vblkogonov, D., *Stalin: Triumph and Tragedy*, Nueva York, 1988.

—, *Lenin: Life and Legacy*, Londres, 1995.

Williams, Robert C., *The Other Bolsheviks: Lenin and his Critics 1904-14*, Bloomington, Indiana, 1986.

Yagubov, S., *Stalin byI voxhdem rabochego dvizheniya v Baku*, Moscú, 1947.

Yergin, Daniel, *The Prize*, Londres, 1991.

Zhukov, Y., «Gori-Tiflis», *Novy Mir*, 12 de diciembre de 1939.

Anotaciones sobre las fuentes

A propósito de las fuentes

El presente volumen se basa fundamentalmente en la investigación realizada en los archivos, sobre todo en los archivos de Stalin del antiguo Instituto de Marxismo-Leninismo del Partido Comunista, los archivos del RGASPI de Moscú, en Rusia, y del GF IML de Tiflis, en la República de Georgia, así como en los archivos estatales GARF de Moscú, el archivo del Museo de Stalin de Gori, los archivos de Batumi, el archivo estatal de Bakú, en la República de Azerbaiyán, los archivos Nikolaevski y los de la Oficina de la Ojrana en París, depositados ambos en la universidad de Stanford, en California.

He tenido la inmensa suerte de descubrir nuevas fuentes, a menudo inéditas en su totalidad o en parte y que casi no habían sido utilizadas con anterioridad por los historiadores. Las fuentes depositadas en archivos son más fiables que la historia oral, pero naturalmente también tienen sus peligros y deben ser estudiadas con atención. En cuanto a las historias antiestalinistas, a menudo resultan igualmente poco fiables.

Muchos de los archivos utilizados en el presente libro, por ejemplo, fueron elaborados por historiadores oficiales del Partido Comunista durante el período de culto a la personalidad de Stalin y de Terror, correspondiente a los años veinte y cincuenta. Los archivos confeccionados durante los años treinta presumiblemente fueron recopilados en Georgia por *apparatchiks* que trabajaban a las órdenes del terrible Primer Secretario del Partido en Transcaucasia, Lavrenti Beria. Por consiguiente debemos tener presente en todo momento que fueron confeccionados bajo la tremenda presión

que suponía presentar a Stalin bajo una luz favorable. En todo momento debemos tener en cuenta estas circunstancias e intentar penetrar en el lenguaje bolchevique para descubrir lo que los testimonios quieren decirnos realmente.

No obstante, los documentos confeccionados antes del Terror de 1937 a menudo son sorprendentemente francos respecto a Stalin, carecen por completo de tacto o tienen un carácter denigratorio: una anécdota denigratoria sobre Stalin en unas memorias oficiales es casi con toda seguridad verdadera. Muchos testigos son tan ingenuos u honestos que sus recuerdos resultaron inutilizables en su época, o sólo pudieron ser utilizados en pequeñas secciones. Los documentos en cuestión no fueron destruidos, sino tan sólo guardados en los archivos. Muchos fueron editados, y después copiados y enviados al archivo de Stalin en Moscú, de modo que pueden existir diferencias entre las distintas versiones. Pero los originales se conservaron por lo general en el archivo local.

Muchos testigos fueron entrevistados varias veces, de modo que en ocasiones tenemos tres versiones del mismo testimonio con diferencias importantes. Casi siempre, la primera versión es la más reveladora. Algunos testigos mostraron una actitud muy discreta, aunque agudos en sus críticas: las memorias de los Svanidze, que, por lo que sé, permanecieron en su mayoría inéditas (excepto los diarios de Maria Svanidze, la esposa de Aliosha, si bien sólo cubren el período correspondiente a los años treinta) son sorprendentemente críticas con Stalin, aunque en aquellos momentos ya se había convertido en dictador y la familia Svanidze formaba parte de su círculo de íntimos.

Unas palabras sobre los asesinatos de los traidores y los atracos a bancos: Stalin tenía una propensión a suprimir estos detalles. Puso un pleito a Yuli Martov en 1918 para impedir su divulgación, y siguió suprimiéndolos cuando llegó al poder. Sin embargo, a pesar de la actitud oficial contraria a ellos, en todas las memorias encontramos detalles acerca del papel de

Stalin que confirman la importancia de estas actividades siniestras en sus primeros años. Cuando descubría a un traidor, las memorias suelen insistir en que el sujeto en cuestión era ejecutado sin que se especifique quién daba la orden de que lo mataran. Pero es evidente que en dicha orden estaba implicado Stalin. Y lo mismo cabe decir de los incendios provocados.

Los testimonios de muchas gentes sencillas resultan inconscientemente reveladores, sobre todo los de las novias de Stalin, que no podían ser demasiado francas acerca de sus relaciones personales con el Caudillo, por mucho que incluso hubieran tenido hijos con él.

Muchos de esos relatos de la infancia, el destierro, la lucha revolucionaria y los atracos a bancos constituyen, al menos eso espero, hallazgos útiles para los historiadores. Los recuerdos de Keke son especialmente elocuentes. Tiene uno la sensación de que Stalin habría encontrado odiosas esas memorias que, una vez más por lo que yo sé, no fueron copiadas y enviadas a Moscú, y no han sido publicadas ni en ruso ni en inglés. Supongo que Stalin nunca fue informado de que habían sido recogidas. Pero existe también un sinfín de materiales que nos dicen muchísimas cosas acerca del joven Stalin.

En Georgia, conseguí desenterrar varios libros de memorias inéditos de algunos archivos familiares privados. Una vez más deberán aplicarse a ellos las reglas habituales, y sobre todo habrá que tener cuidado con la vanagloria de los que afirman haber tenido intimidad con los personajes importantes y famosos. Pero algunas de esas memorias fueron escritas en secreto sin intimidación directa. En el caso de las de Minadora Ordzhonikidze Toroshelidze, tanto la autora como su marido fueron detenidos en 1937; él fue fusilado y ella liberada, tras lo cual arrancó dieciséis páginas de su manuscrito.

En Georgia y en menor medida en Rusia, todavía es posible entrevistar a algunos pocos testigos directos: en un

hogar de ancianos de Tiflis, entrevisté a Mariam Svanidze, una pariente de la primera esposa de Stalin, Kato, de 109 años. También hablé con otros parientes, como por ejemplo Ketevan Gelovani, que me proporcionó algunos detalles útiles que aún recordaba. Análogamente, la nieta de Stalin, Galina «Gulia» Djugashvili, me proporcionó algunas piezas muy útiles del rompecabezas, lo mismo que las hijas de Ordzhonikidze y Litvinov entre otros. Las más valiosas fueron las suministradas por Guram Ratishvili, el encantador nieto del general Sasha Egnatashvili, que me permitieron rellenar las lagunas aparecidas en la historia de su familia en todos los libros sobre Stalin publicados hasta la fecha (empezando por el mío).

Existen además numerosas memorias que fueron publicadas sobre todo a partir de los años veinte, cuando Stalin todavía no podía controlarlo todo. Así, por ejemplo, las memorias de Kote Tsintsadze resultaban sumamente embarazosas. Aunque tienen un tono contenido y circunspecto, revelan de hecho que Stalin ordenó asesinatos y atracos a bancos en la época en la que intentaba desesperadamente demostrar su legitimidad heroica, desde el punto de vista político e ideológico, para suceder a Lenin. Cuando asumió el poder absoluto después de 1929, se las arregló con la ayuda de Beria para destruir numerosas copias de las memorias de Tsintsadze. Otro ejemplo sería el de las memorias de su asistente en 1917, Pestkovski: la primera versión, bastante irreverente, del libro fue publicada en 1922, pero cuando estas mismas memorias fueron reeditadas en 1930 habían sido debidamente expurgadas. Lo mismo cabe decir de las de Yenukidze, Majaradze, Shotman y muchos otros.

Pero incluso la literatura oficial de culto a la personalidad del dictador puede resultar útil. El libro de Lakoba incluido en la colección Smirba dedicada a la manifestación de Batumi y a los tiempos de escolar de Stalin, y la historia escrita por Beria son obras de carácter propagandístico, llenas de mentiras y exageraciones, pero las citas de libros de memorias son exactas, aunque hayan sido recortadas y utilizadas de manera

selectiva. Siempre que he podido, he intentado cotejar este tipo de obras con los originales.

Se debe tener el mismo cuidado con la literatura contraria a Stalin de exiliados como Iremashvili, Nikolaevski, Vulikh, Uratadze, Vereshchak, Arsenidze y muchos otros. Trotski y Sujanov son los dos autores que han dominado las historias escritas en Occidente sobre Stalin. Como eran antiestalinistas, se ha supuesto que tenían razón en todo. En la actualidad, tras un análisis más atento de sus obras, a menudo descubre uno que contienen errores que podemos sacar a la luz y conjeturas basadas en prejuicios que podemos desechar del todo; no obstante, siguen siendo muy útiles.

He tenido la enorme suerte de descubrir otras fuentes menos famosas de autores del exilio, como los escritos de Josef Davrichewy, Khariton Chavichvili y David Sagirashvili, que conocieron a Stalin bastante bien y que nos han dejado obras llenas de prejuicios, a veces muy poco fiables, pero desde luego valiosísimas. Da la sensación de que los tres, aunque claramente antiestalinistas, intentaron ser imparciales. Los documentos de la Ojrana/Gendarmería, algunos de ellos publicados por los bolcheviques, otros inéditos aún y guardados en archivos, y los de la oficina de París conservados en Stanford, son muy valiosos, pero, al estar basados en los servicios de vigilancia e inteligencia de estas instituciones, por lo demás dudosos, a menudo están completamente equivocados.

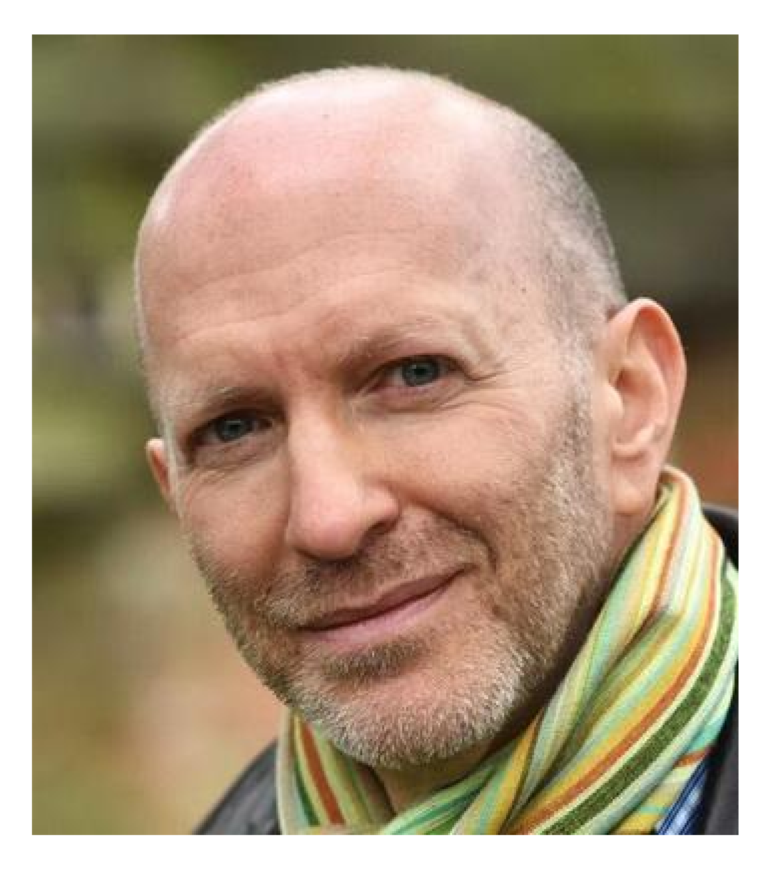
Algunas memorias y biografías tienen más valor del que cabría esperar de ellas. El libro de John Reed *Diez días que estremecieron el mundo* muestra una gran simpatía por la leyenda bolchevique y no tiene mucho conocimiento de lo que ocurría en el seno del partido, pero constituye un reportaje espléndido. Lo mismo cabe decir de los diarios de David Sagirashvili. Las primeras biografías de Stalin están a menudo sorprendentemente bien informadas: Boris Souvarine conocía a muchos de los personajes y tuvo acceso a los testigos que habían marchado al exilio. Más sorprendente es *Stalin: Career*

of a Fanatic, de Essad Bey, la primera auténtica biografía de Stalin, que debe ser utilizada con las reservas de rigor.

Las memorias de Jrushchev, Molotov, Mikoyan, Yury Zhdanov (recientemente publicadas) y otros políticos son útiles, aunque con las reservas de rigor.

He utilizado ampliamente y en detalle —y no es que quiera disculparme— numerosas obras de otros autores y he intentado ser riguroso a la hora de citar específicamente cada fuente. Pero algunos libros son tan notables que me gustaría citarlos aquí, por ser mis fuentes principales, utilizadas a lo largo de todo el libro: *Kto stoyal za spinoi Stalina*, de Alexander Ostrovski, es la mejor obra académica sobre las relaciones de Stalin con la Ojrana y la gran empresa: es muy improbable que pueda ser superada. *Socialism in Georgian Colors*, de Stephen Jones, es un libro espléndido, cuya lectura es obligatoria; estupendos son también los ensayos del profesor Ronald Suny *Journeyman for the Revolution* y *Beyond Psychohistory*. *Stalin: An Unknown Portrait*, de Miklos Kun, se solapa con mis dos libros sobre Stalin y constituye una obra extraordinaria de investigación y perspicacia. *El gran terror*, de Robert Conquest, son dos libros magníficos, que abren una importantísima ruta a seguir y contribuyen a definir actualmente la figura de Stalin. *Tainaya zhizn Stalina*, de Boris Ilizarov, está lleno de los notables descubrimientos realizados por el autor en los archivos. Para la poesía de Stalin, me baso absolutamente en la autoridad de la crítica y la traducción de Donald Rayfield; para la policía secreta he utilizado los excelentes libros de Jonathan W. Daly, *Autocracy Under Siege: Security Police and Opposition in Russia 1866-1905*, y *The Watchful State: Security Police and Opposition in Russia 1906-1917*; la brillante introducción de Anna Geifman, *Russia Under the Last Tsar: Opposition and Subversion 1894-1917*, explica las diferentes psicologías de los revolucionarios, mientras que su destacada obra *Thou Shalt Kill: Revolutionary Terrorism in Russia 1894-1917*, ha sido la obra en la que me he basado fundamentalmente para el

terrorismo; las recientes biografías de Lenin y Stalin escritas por Robert Service son magistrales y fáciles de leer a un tiempo. Para Bakú, es importantísima la obra pionera de Jorg Baberovski, *Der Feind ist überall: Stalinismus in Kaukasus*, la única obra que explica la cultura de la violencia en el Cáucaso. Para las revoluciones he utilizado: el admirable libro de Abraham Ascher *1905*; la magnífica obra de Orlando Figes *A People's Tragedy*; las numerosas obras notables de Richard Pipe, como por ejemplo *The Russian Revolution, The Degaev Affair* y *The Unknown Lenin*; y el excelente libro de Alexander Rabinowitch *The Bolsheviks Come to Power*.



SIMON SEBAG MONTEFIORE. Nacido en Londres, 27 de junio de 1965. Estudió Historia en el Gonville & Caius College de Cambridge. Durante la década de 1990 viajó por toda la antigua Unión Soviética, especialmente por el Cáucaso, Ucrania, Asia central y escribió sobre Rusia para el *Sunday Times*, el *New York Times* y el *Spectator*, entre otros periódicos.

Ha presentado documentales para la televisión y ha escrito dos novelas, así como algunos ensayos, entre los que destacan *King's Parade* (1991) y *Prince of Princes: the Life of Potemkin* (2000), nominado a premios de biografía Samuel Johnson, Duff Cooper y Marsh. También ha publicado *Los Románov* (2016), *La corte del zar rojo* (2004) y *Jerusalén. La biografía* (2011).

Notas

[1] El historiador podrá utilizar: A. Mgeladze, *Stalin kakim ya ego znal* (en adelante Mgeladze), pp. 240-241. RGASPI 558.11.7872 Stalin a Zhdanov y Pospelov, 24 de septiembre de 1940 —que se prohíba el libro. Todos los niños son iguales: E. Radzinski, *Stalin*, p. 11. Todas las infancias son iguales, queme esto: D. Volkogonov, *Stalin: Triumph and Tragedy*, p. 241. Boris Ilizarov, *Tainaya zhizn Stalina* (en adelante Ilizarov), p. 99. <<

[1] El relato de la incautación de Tiflis incluido en este Prólogo se basa en las múltiples fuentes enumeradas en esta nota. Para el papel de Alexandra Abramidze-Tsikhatatrishvili y el de los demás: GF IML 8.2.2.64 Alexandra Abramidze-Tsikhatatrishvili en grabación registrada el 21 de febrero de 1959. Para el papel de Bachua Kupriashvili, la cobardía de sus camaradas y lo que hizo cada uno: GF IML 8.2.1.624.1-26 Bachua Kupriashvili. Kote Tsintsadze, *Rogor vibrdzolot proletariatis diktaturistvis: chemi mogonebani* (en adelante Tsintsadze), pp. 40-49. GF IML 8.5.384.3-10 Notas autobiográficas de Kamo; GF IML 8.5.380.5-6 Ficha Personal y Cuestionario rellenado por Kamo el día de su muerte. GF IML 8.2.1.50.239-255 D. A. Khutulashvili (hermana de Kamo). La banda; el escondite de Eliso; Stalin como jefe de la organización: Archivos de la Hoover Institution of War, Revolution and Peace, Stanford (en adelante Stanford), Colección Boris Nikolaevski (en adelante Nikolaevski) caja 207, carpetas 207-210, carta de Tatiana Vulikh; carpetas 207-211. El Comité de Tiflis da su visto bueno al atraco: Razhden Arsenidze, entrevistas n.º 1-3, 103-104, Nikolaevski caja 667, serie 279, carpetas 4-5 Inter-University Project on History of Menshevik Movement. <<

[2] Berlín: Ostrovski, pp. 256-259. I. V. Stalin, *Sochineniya* 13:122 Stalin a Ludwig; y también Smith, pp. 198-199. Trotski, *Stalin*, pp. 96-107. <<

[3] Arsenidze, p. 220 —jóvenes que seguían a Stalin. GF IML 8.5.384.310, notas autobiográficas de Kamo. Magnetismo de Stalin, según Dzhavaira Khutulashvili, la hermana de Kamo: Kun, p. 75. La cara de Kamo: Sergei Alliluyev y Anna Alliluyeva, *Alliluyev Memoirs* (en adelante *Alliluyev Memoirs*), pp. 220-221. Papel de las chicas, etc.: GF IML 8.2.1.624.1-26 Bachua Kupriashvili. <<

[4] GDMS 87.1955-368.11-13: Alexandra «Sashiko» Svanidze-Monoselidze. <<

[5] Davrichewy, pp. 174-177, 188-189, 237-239. Charkviani, «Memorias», p. 15 —Kamo era verdaderamente asombroso. <<

[6] En el balcón en el momento de la explosión de las bombas: GDMS 87.1955-368.11-13, Alexandra «Sashiko» Svanidze-Monoselidze. <<

[7] Kun, p. 69, citando a Levan, el hijo de Shaumian —entrevista con Kun. Asuntos sucios: Stalin a Yuri Zhukov, véase S. Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar* (en adelante Montefiore), p. 507. <<

[8] Stalin tuvo conocimiento del atraco al banco antes y después de que se produjera: GDMS 87.1955-368.11-13: Alexandra «Sashiko» Svanidze Monoselidze. Souvarine, *Staline*, p. 100, citando a Tsintsadze. Charkviani, «Memorias» —marxista fanático. Minadora Ordzhonikidze-Toroshelidze, «Memorias»— el hombre de gris, posible referencia al drama de Leonid Andreyev «Vida de un hombre». <<

[9] Davrichewy, pp. 237-239, 174-177, 188-189. <<

[10] RGASPI 558.4.647 —Stalin llevaba un Mauser: véase Kun, p. 117. Entrevistas con Arsenidze, Nikolaevski caja 667, serie 279, carpetas 4-5. Véase Capítulo 18, nota 1. <<

[11] RGASPI 332.1.53: 15 (2) O2.23 (10) 1905-1910 Comité Organizado por el TSK para Investigar la Incautación de Tiflis. GDMS 87.1955-368.11-13: Alexandra «Sashiko» Svanidze-Monoselidze. GF IML 8.2.1.54.214-215 Kote Charkviani. GF IML 8.2.1.22. Memorias de G. Kasradze citadas por Ostrovski, pp. 259-267. Razhden Arsenidze, entrevistas n.º 1-3, 103-104, Nikolaevski caja 667, serie 279, carpetas 4-5. GF IML 8.2.1.624.1-26 Bachua Kupriashvili. <<

[12] GF IML 8.2.1.624.1-26 Bachua Kupriashvili. Trotski, *Stalin*, p. 104, citando a Bessedovski a propósito del príncipe Sumbatov. Baikaloff, *I Knew Stalin*, p. 20. Radzinski, *Stalin*, p. 61, citando a P. A. Pavlenko. Arsenidze, entrevistas n.º 1-3, 103-104, Nikolaevski caja 667, serie 279, carpetas 4-5. <<

[13] Informe del Jefe de la Gendarmería de Kutaisi, teniente general Shopchanski: *Batumskaya Demonstratsia 1902 goda* (en adelante *Batumskaya*), pp. 235-236. <<

[14] Relato manuscrito de Raphael Bagratumi de los recuerdos del informe escrito por él que el oficial de la Ojrana Alexander Bagratumi/Gagratov envió a Isaac Don Levine: gracias a la colección particular de Roman Brackman. Esta fuente es sumamente dudosa, aunque sus afirmaciones están bien informadas acerca de unos detalles que han hecho salir recientemente a la superficie los archivos de la Ojrana de Tiflis y Standford, como por ejemplo el hecho de que la Ojrana esperaba que el atraco se produjera a comienzos de ese año y que los socialistas revolucionarios de Tiflis estaban implicados en la acción. Su alusión a la mansión quizá parta de la misma fuente que la referencia a la casa del príncipe Sumbatov de Trotski-Bessedovski. Folklore de Tiflis: entrevista con el Dr. Peter Mamradze sobre las anécdotas contadas en estado de embriaguez por Kamo a comienzos de los años veinte. <<

[15] Arsenidze, entrevistas n.º 1-3, 103-104, Nikolaevski caja 667, serie 279, carpetas 4-5. <<

[16] GF IML 8.2.1.624.1-26 Bachua Kupriashvili. Dubinski-Mukhadze, *Kamo*, pp. 71-84. GF IML 8.2.1.5. RGASPI 558.6.658; Ostrovski, p. 454; Niall Ferguson, *The World's Banker: History of the House of Rothschild*, pp. 1.034-1.036, Apéndice I, «Prices and Purchasing Power». Un especialista en la Rusia imperial, Greg King, se ha limitado a convertir los rublos de la época de los Románov en dólares estadounidenses actuales multiplicándolos por diez, lo que hace de los 341000 rublos 3.4 millones de dólares americanos (divídase por la mitad esa cifra en dólares para convertirla en la correspondiente suma de libras esterlinas actuales). Ninguna de esas cifras, sin embargo, nos da una idea del verdadero valor del rublo en 1907; véase la Nota Aclaratoria sobre la «Moneda». En la época, se calculaba que la fortuna particular del emperador de Rusia en tierras, obras de arte, palacios, joyas, y minerales se situaba cerca de los 14 millones de rublos. Según el cambio actual sería sólo de 70 millones de libras (140 millones de dólares americanos). La única conclusión que podemos sacar es que el atraco al banco supuso una cantidad de dinero muy sustanciosa. Greg King, *The Court of the Last Tsar*, pp. 231-239. GDMS 87.1955-368.11-13: Alexandra «Sashiko» Svanidze-Monoselidze. Soborno del capitán Subov: Ostrovski, pp. 545-547. <<

[17] Nadezhda Krupskaya, *Memoirs of Lenin* (en adelante Krupskaya), pp. 40 y 151-152. Radzinski, *Alexander II*, p. 227, sobre Bakunin. Frank Owen, *Three Dictators*, pp. 114-115. <<

[18] Uratadze, p. 234. Kun, p. 127. Davrichewy, pp. 237-239, 174-177, 188-189. GDMS 87.1955-368.11-13: Alexandra «Sashiko» Svanidze-Monoselidze. Owen, *Three Dictators*, pp. 114-115. GF IML 8.2.1.624.1-26. Dubinski-Mukhadze, *Kamo*, pp. 71-84. Akopian, *Shaumian*, p. 64. GF IML 8.2.1.5. RGASPI 558.6.658. Ostrovski, p. 454. <<

[1] Boda de Beso y Keke. La principal fuente para este capítulo, a menos que se especifique lo contrario, es la propia Keke en sus memorias, GF IML 8.2.15.2-15 E. G. Djugashvili, grabadas los días 23, 25 y 27 de agosto de 1935 por L. Kasradze (en adelante Keke). Acta matrimonial: GF IML 8.5.213 y RGASPI 558.4.1.1 *Zaria Vostoka* 8 de junio de 1937, y RGASPI 558.4.665 M. K. Abramidze-Tsikhatatrishvili. El pelo castaño de Keke, y sus ojos grandes y rasgados: GF IML 8.2.1.1.143-146 M. K. Abramidze-Tsikhatatrishvili. Keke era guapa, Beso era un canijo: Davrichewy, p. 26. Orígenes de Beso: GF IML 8.2.1.48 N. Tlashadze. Las bodas en Gori: D. Suliashvili, *Uchenichesky gody* (en adelante Suliashvili), p. 24. Fuentes citadas a partir de: V. Kaminski e I. Vereshchagin, «Detstvo i yunost vozhdya» (en adelante Kaminski-Vereshchagin). La casa natal: V. Vishnevski, «Domik v Gori», *Zaria Vostoka* 27, diciembre de 1937, pp. 27-28.

Ritualización de la conducta georgiana: D. Rayfield, *Stalin and the Hangmen*, p. 15. Cantaba cuando iba al mercado: Kun, p. 227. <<

[2] Osetia: Kun, p. 19. *Genealogichesky Zhurnal*, n.º 1, 2001, pp. 39-40. Stalin, *Works*, 2:363. <<

[3] Versión que daba el propio Beso de sus orígenes: Keke, pp. 2-15. Davrichewy, p. 26. El mejor repaso general de los testimonios es el que ofrece Ostrovski, pp. 76-82. Zaza: M. Lobanov, *Stalin: v vospominaniyakh sovremennikov i dokumentov epokhi* (en adelante Lobanov), p. 13. Beso fue registrado a su muerte como «oseta»: GF IML 8.14.160.1-8. <<

[4] La familia Geladze: Ostrovski, pp. 82-84. Keke, pp. 2-15. Kaminski-Vereshchagin, pp. 22-101, especialmente G. I. Elisabedashvili (p. 25), y Maria Abramidze-Zikhatatrashvili. <<

[5] Davrichewy, p. 26. GF IML 8.2.1.48 N. Tlashadze. GF IML 8.2.1.49.185.210 Kote Khakhanashvili. GF IML 8.2.1.9 Ivan Geldiashvili. <<

[6] Partos: GF IML 8.5.213.41-53. RGASPI 71.10.275.24/558.4.2.1. RGASPI 558.4.2.2. Nuevas fechas: Kun, p. 8; Ostrovski, p. 89. «Kogda rodilsa I. V. Stalin», *Izvestiya TSK KPSS* n.º 1 (1990), p. 132. Stalin se parecía cada vez más a Beso: GF IML 8. 2.1.53 Alexander M. Tsikhatatrishvili. <<

[7] GF IML 8. 2.1.53 Alexander M. Tsikhatatrishvili. Entrevista del autor a Gulia (Galina) Djugashvili, hija de Yakov Djugashvili. <<

[8] Nikita Jrushchev, *Jrushchev Remembers*, 1: 301-302 (en adelante Jrushchev). Discurso de Stalin ante los generales de VVS RKKA y del gobierno, 22 de marzo de 1938, citado en Ostrovski, p. 55. Dato: GF IML 8.2.1.8 Dato Gasitashvili. Kamo: GF IML 8.2.1.50.239-255 Dzhavaira Khutulashvili, de soltera Ter-Petrossian, hermana de Kamo. <<

[9] Suliashvili, p. 8. Charkviani, «Memorias», pp. 1-2. Keke: GF IML 8.2.1.53 Alexander M. Tsikhatatrishvili. Entrevista del autor a Gulia (Galina) Djugashvili. Baedeker, p. 446. <<

[10] Davrichewy, pp. 26-28. Keke. <<

[11] Candidatos a la paternidad: entrevistas del autor con el nieto de Koba Egnatashvili, Guram Ratishvili, hijo de Sasha Egnatashvili, acerca de la casa de la familia, las actividades de Koba como luchador y como comerciante, su actitud hacia Stalin, su papel de padre sustituto, su gran afecto por él y el destino ulterior de sus hijos Van y Sasha. Hay enormes imprecisiones en la mayor parte de la relación con Egnatashvili, pero Stalin estaba muy unido a Sasha Egnatashvili: dentro de la NKVD (policía secreta), sobre las actitudes ante la relación de Stalin con Egnatashvili: GARF 7523.107.127.1-6, interrogatorios del general N. Vlasik y otros. Los testimonios de Guram Ratishvili son con mucho los más reveladores e inteligentes entre los ofrecidos por los miembros de la familia. Para la relación genética: entrevista del autor con Tina Egnatashvili, sobrina nieta. Davrichewy, pp. 26-28, y véase también Davrichewy, «Je suis le demi-frère de Staline», donde se cita la afirmación de Jourouli, el alcalde de Gori: «Por lo que yo sé, Soso era hijo natural del *pristav* Damian Petrovich Davrichewy, mi amigo… Todo el mundo sabía de la relación que tenía con la hermosa Kato [Keke], la madre de Soso. Además, la prueba está en el ataque armado contra el *pristav* Davrichewy». El cariño de Stalin por el padre Charkviani, y su intimidad con la familia Egnatashvili: Charkviani, «Memorias». Comentario de Stalin a propósito de que su padre había sido cura —«Camarada Liapidevski, su padre fue cura… el mío también fue un cura»— citado en Robert Tucker, *Stalin in Power*, Nueva York, 1990, p. 627. Mgeladze, p. 242. V. Sukhodeev, *Stalin v zhiznin i legendakh*, pp. 19-20 acerca de los rumores sobre si Stalin había dicho que Egnatashvili era su padre y que había casado a Beso con Keke para ocultar su pecado. Príncipe Amilakhvari: Davrichewy, p. 69. Stalin y Beso: GF IML 8.2.1.1.143-146 M. K. Abramidze-Tsikhatatrishvili. GF IML 8.2.1.53 Alexander M. Tsikhatatrishvili. <<

[12] Sergo Beria, *Beria my father* (en adelante Beria), p. 21. Keke. **<<**

[13] Mgeladze, p. 242 — «Me dio la impresión de que Stalin era hijo ilegítimo de Egnatashvili». Entrevistas del autor: Guram Ratishvili; y Galina «Gulia» Djugashvili añade otra variante, en el sentido de que Stalin y los hijos de Egnatashvili se habían criado a los mismos pechos: eran «hermanos de leche». Davrichewy, pp. 26-28; el alcalde Jourouli en Davrichewy, «Je suis le demi-frère de Staline». Tucker, *Stalin in Power*, p. 627. Dentro de la NKVD, sobre la relación de Egnatashvili con Stalin: GARF 7523.107.126.1-6 interrogatorio del general N. Vlasik. <<

[14] Orgulloso de su padre: RGASPI 558.4.663 Fiodor Alliluyev. Jrushchev, 1: 301-302. Sueños truncados: «Anarchism or Socialism» en Stalin, *Works*, 1: 296-372. Tres zapateros — Stalin, Kaganovich y Mgeladze: Mgeladze, p. 237. RGASPI 558.11.1549.45, hijo valiente: Stalin a Keke, 24 de marzo de 1934. Beso cuenta cuentos de bandoleros-héroes: RGASPI 558.4.665 G. Elisabedashvili. <<

[15] Mgeladze, p. 242. Los tres hijos de Egnatashvili que murieron de viruela nacieron más o menos por la misma época que Stalin; los dos que sobrevivieron, Vano y Sasha, nacieron después. Tucker, *Stalin in Power*, p. 627. Keke. <<

[16] GF IML 8. 2.1.53 Alexander M. Tsikhatatrishvili. Lobanov, pp. 1314: recuerdos de David Papitashvili. <<

[1] Jrushchev, 1: 301-302. Keke. Charkviani, *Memorias*. <<

[2] Keke. Cambio de domicilio en nueve ocasiones: Ostrovski, pp. 88-89. Violencia: Kun, p. 12. Miseria: Merzliakov en *Molodaya Gvardiya* n.º 12, 1939, p. 37. Látigos de cosaco: Stalin, *Works* 1: 25-27. Josef Iremashvili, *Stalin und die Tragödie Georgiens* (en adelante Iremashvili), pp. 5-6, 9-12. Violencia de Beso: N. Kipshidze. Violencia de Keke: Hana Moshiashvili, citada en Radzinski, *Stalin*, p. 24. Comentarios de Svetlana acerca del cuchillo arrojado contra Beso y las palizas de Keke, citados en Service, *Stalin*, p. 20. Palizas: Giorgi Zhukov, *Vospominaniya i razmyshleniya* (en adelante Zhukov), 3: 215. Persecución con el látigo, por poco estrangula a Keke, corte de Stalin, tratado como un perro, socorro, va a matar a mi madre: Davrichewy, pp. 30-35. <<

[3] Keke. R. G. Suny, «Beyond Psychohistory: The Young Stalin in Georgia». Stalin enseña a leer a los hijos de Charkviani: Charkviani, «Memorias». Davrichewy, pp. 30-31. GF IML 8.2.1.10.23-47 Simon Gogchilidze. Clases en secreto, Beso se lo lleva de una oreja, mi hermana: GF IML 8.2.1.54.202-215 Kote Charkviani. Discurso de Stalin ante el VVS RKKA y el gobierno, 22 de marzo de 1938: Ostrovski, p. 55. Barbero-curandero; demasiadas lecturas; abrigo para esconder a Soso y llevarlo a la escuela: GF IML 8.2.1.9 Anna Nikitin-Geladze. <<

[4] Keke. Davrichewy, pp. 26-31. Davrichewy, «Je suis le demi-frère de Staline», incluyendo la cita de Jourouli, el alcalde de Gori. <<

[5] Zhukov, 3: 215. Cintas de Svetlana Alliluyeva: Stalin habla de su madre, «la quería», etc., véase Rosamund Richardson, *The Long Shadow*, p.93. Svetlana Alliluyeva, *Twenty Letters to a Friend*, pp. 153-154, 204. Iremashvili, pp. 5-7. Beria, pp. 20-21. RGASPI 558.4.664 P. Kapanadze. Arrogante, orgulloso, Keke trabaja para la familia y las hermanas Kulijanov, Koba acusa a Chernomazov; 1906 recluta a Nato para la prensa: GF IML 8.2.1.15.266-272 Natalia Dondarov (Azarian). Keke. <<

[6] Primer día de escuela: GF IML 8.2.1.24 V. Ketskhoveli; GF IML 8.2.1.41 I. Razmadze; RGASPI 558.4.665 S. P. Gogchilidze. Bolsa de cretona: *Molodaya Gvardiya* n.º 12 1939, pp. 35-37. Iremashvili, pp. 4-7. Keke. <<

[7] Keke. Versiones del accidente con el carruaje: Ostrovski, p. 89. Jugar a torear a los coches: Suliashvili, p. 9. Curandero-barbero: *Alliluyev Memoirs*, p. 189. Saltos de Stalin: RGASPI 558.4.665 Peter Kapanadze. GF IML 8.2.1.10.2347 Simon Gogchilidze. GF IML 8.2.1.9 Anna Nikitin-Geladze. Abrigo azul, bufanda roja, pecas: GF IML 8.2.1.9 Grisha Glurjidze. <<

[8] GF IML 8.2.1.54 Kote Charkviani. Keke. <<

[1] La casa de Stalin: Iremashvili, pp. 8-10. Cama de tablas: GF IML 8.2.1.10.23-47 Simon Gogchilidze. GF IML 8.2.1.15.266-272 Natalia Dondarov (Azarian). Keke. <<

[2] Costumbre pintoresca y salvaje: Imam Raguza, *Stalin*, p. 23. Ostrovski, p. 90. Davrichewy, pp. 78-79. <<

[3] Cultura de la calle: Raguza, *Stalin*, p. 23. Suliashvili, pp. 42-46. Z. Gulisov, *Materialy dela opisany mestnostey i plemen kavkazy*, Tiflis, 1886. Participación de Stalin, B. Ivanter y A. Khakhonov, citados en Kaminski-Vereshchagin, pp. 2932, 48-50. El Keenoba: GF IML 8.2.1.49.185-210 Kote Khakhanashvili. <<

[4] Cómo vivían los aristócratas: Simon Sidamon-Eristoff, *For my Grandchildren*, pp. 21-23. El príncipe Amilakhvari enseña a Stalin a nadar: Davrichewy, p. 70. Daños sufridos por la aristocracia en el Cáucaso; 6 por ciento de la población de Georgia frente al 1,4 por ciento en la Rusia europea: Jones, pp. 1-29. Certámenes de lucha, Stalin, los Egnatashvili: Charkviani, «Memorias», p. 3. <<

[5] Aficionado a las peleas callejeras: GDMS 2.1955-148.1-11 «El camarada Stalin en la Escuela Eclesiástica de Gori», por Sandro Elisabedashvili (primo de G. Elisabedashvili). <<

[6] La banda de Stalin y los escolares. Episodio del tirachinas y las vacas, gamberros, carreras: RGASPI 558.4.665.14 G. Elisabedashvili, y versiones más completas GDMS 1955-146.1-11 «Mis memorias del camarada Stalin» por G. Elisabedashvili. Peleas de bandas, Gorijvari, canciones de Suliko, tranquilo y brutal, lleva todas las cosas al extremo: Davrichewy, pp. 82-84, 72-76, 45-49, 60-61. Huertos de Amilakhvari: Raguza, *Stalin*, pp. 34-35. Tiempos de Gori, huertos de Eristavi y natación: David Papitashvili, el comandante y el tirachinas, el sultán y los ministros, historias georgianas de Saakadze y otros, A. M. Tsikhatatrishvili, todo en Kaminski-Vereshchagin, pp. 3-32. Combates de lucha de los colegiales en el castillo: Suliashvili, p. 12. Kamo: la hermana de Kamo, Dzhavaira Khutulashvili, citada en Kun, p. 75. Forma expeditiva de aprender a nadar: GDMS 2.1955-148.1-11 Sandro Elisabedashvili (primo de G. Elisabedashvili). Como un pez: GF IML 8.2.1.49.185-210 Kote Khakhanashvili. Brazo herido, golpeado, cuando Soso crezca y sea cura: GF IML 8.2.1.10.2347 Simon Gogchilidze. Stalin golpea a amigo fiel, pero cobarde: GF IML 8.2.1.54.202-215 Kote Charkviani. Explosiones y tirachinas: GF IML 8.2.1.226-239 Petre Adamashvili. Pelea con Tito: Montefiore, p. 470. <<

[7] La escuela; Stalin gana un año: RGASPI 558.4.669 P. Kapanadze. Keke. Fuerza de voluntad, siempre con un libro, pintura, griego, tienes que mejorar: GF IML 8.2.1.226-239 Petre Adamashvili. A. Gogebashvili, al cargo de los salmos, «el Gendarme», citado en Ostrovski, pp. 91-99. Stalin, el mejor alumno: Suliashvili, p. 13; y Lavrov de uniforme, lengua rusa, pp. 16-23. Kaminski-Vereshchagin, pp. 35, 42, 51-58. Poemas en Gori: GDMS 3(1).1955-146.1-20 «Mis memorias del camarada Stalin» por G. Elisabedashvili. Stalin amenaza de muerte a Lavrov: GDMS 2.1955-148.9-11 «El camarada Stalin en la Escuela Eclesiástica de Gori» por Sandro Elisabedashvili. Hermosa voz de contralto y comedia shakespeariana: GF IML 8.2.1.49.185-210 Kote Khakhanashvili. Premio por los salmos, la gente asiste a las bodas sólo para escuchar a Stalin, buenas maneras, protesta: GF IML 8.2.1.10.23-47 Simon Gogchilidze. GF IML 8.2.1.54.202-215 Kote Charkviani. Libros en el cinturón: GF IML 8.2.1.9 Ivan Geldiashvili. Estad preparados: RGASPI 558.11.778.45 Stalin a Ordzhonikidze. <<

[1] Keke: RGASPI 558.4.662. Kun, p. 11. No te preocupes, mamaíta: Kaminski-Vereshchagin, p. 37. Accidente: GF IML 8.2.1.10 S. P. Gogchilidze. «Detskie i scholy gody Iosefa Vissarionovicha Dzhugashvili»: GF IML 8.2.6.306. «Piernas doloridas» — J. Djugashvili al rector del seminario, 15 de noviembre de 1897: RGASPI 558.4.32. Geza: RGASPI 558.4.665 G. Elisabedashvili; y también GDMS. <<

[2] Incidente de Adelkhanov en Tiflis: Keke, y además entrevista de *Pravda* 27 de octubre de 1935. RGASPI 558.4.655 S. P. Gogchilidze. Véase asimismo *Molodaya Gvardiya* n.º 12, 1939, pp. 43-45: Palabras de Beso recordadas por S. P. Gogchilidze y Masho Abramidze —cómo Egnatashvili intentó convencer a Beso. La fábrica de Adelkhanov: Service, *Stalin*, p. 24. Mal olor: M. Isaev en Kaminski-Vereshchagin, p. 45. El momento decisivo, «Si Beso se hubiera impuesto, y no Stalin»: la expresión corresponde a Service, *Stalin*, p.25. Las cartas hablan de mí: GF IML 8.2.1.10.23-47 Simon Gogchilidze. Un año de retraso: GF IML 8.6.306. <<

[3] Casa de la calle Sobornaya; carácter rebelde de Stalin: Iremashvili, pp. 7-10. Trabajos para Beliaev: RGASPI 71.10.273. Se reúne con las hermanas Kulijanov: Keke. Expulsión de la escuela, beca, notas altas: RGASPI 71.10.275. Véase asimismo RGASPI 558.4.655 G. Elisabedashvili y RGASPI 558.4.243 S. P. Gogchilidze. Beca: Ostrovski, pp. 96-97. Neumonía y se dobla la cuantía de la beca: GDMS 89 A. Gogebashvili. Lecturas, libros, afición a escribir; Suliashvili, p. 15. Memorias de Mikha Davitashvili, G. Parkadze y Grisha Glurjidze: RGASPI 558.4.651, y GF IML 8.2.1.9. Influencia de Z. Davitashvili: carta de E. Djugashvili a Z. Davitashvili, 15 de septiembre de 1927, citada en Ostrovski, p. 93. Ambiciones de mejoras sociales e influencia de las historias contadas por su padre sobre bandidos como Arsene Ordzelashvili: RGASPI 558.4655 G. Elisabedashvili. Se pasaba la noche leyendo e influencia de Lado Ketskhoveli, suscripción en la librería para sacar libros en préstamo, Darwin, dudas acerca de la existencia de Dios: memorias de G. Glurjidze, P. Kapanadze, G. Elisabedashvili y Demna Shengelaya, citadas en Kaminski-Vereshchagin, pp. 50-54. <<

[4] Enamorado de la hija de Charkviani: GDMS 3(1).1955-146.1-20 «Mis memorias del camarada Stalin», de G. Elisabedashvili. Stalin a propósito de la hermana de Charkviani —la muchacha tenía trece años y él debía de ser mucho más joven que ella: Charkviani, «Memorias». <<

[5] Ejecución en la horca: Grigori Razmadze, Suliashvili, p. 20. G. Glebov; «Ocherk A. M. Gorkogo o Gori», *Zaria Vostoka* n.º 223, citando a Peter Kapanadze el 28 de septiembre de 1939 y el artículo de *Novoe Obrezrenie*, 15 de febrero de 1892; Kaminski-Vereshchagin, pp. 48-50. A. M. Gorki, *Nejegorodsky Listok*, 26 de noviembre de 1896. <<

[6] Este relato del ingreso de Stalin en el seminario se basa en Keke, GF IML 8.2.15.2-15. Resultados de los exámenes en la Escuela Eclesiástica: RGASPI 71.10.275. Esfuerzos de Keke, exámenes, ofertas, gastos de manutención: GF IML 8.2.1.10 y RGASPI 558.4.665 S. P. Gogchilidze. RGASPI 558.4.61. Para los 140 rublos anuales de manutención: Ostrovski, pp. 108-110. Para el ingreso: RGASPI 558.4.10. Tucker, *Stalin as Revolutionary* (en adelante Tucker), pp. 80-82. Se le anima a delatar a otros estudiantes: véase Smith, p. 37. Ayuda de Egnatashvili: entrevista del autor a Guram Ratishvili, su nieto, en Tiflis. Ayuda de la «famosa princesa Baratov» y pago de las facturas por Davrichewy: Davrichewy, p. 31. <<

[1] Keke. Rutina: Domentii Gogokhia, *Molodya Gvardiya* n.º 12, 1939, p. 65. RGASPI 558.4.665 G. Parkadze. Jones, pp. 51-52. Kun, pp. 21-31. Philip Majaradze, *Ocherki revoliutsionnogo dvizheniya v Zakavkazi*, pp. 57-58. Tucker, pp. 82-83. Service, *Stalin*, pp. 33-37. Calificaciones académicas: RGASPI 558.4.17, 558.4.48, 558.4.665, 558.1.4326, 558.3.25. Trotski, *Stalin*, p. 10. Stalin cambiado, pensativo: V. Ketskhoveli en *Literaturnii Kritik* n.º 12, 1939, pp. 103-105. Tranquilo: GF IML 8.2.1.12 Said Devdariani. <<

[2] Padre: Charkviani, «Memorias». Coro: RGASPI 71.10.404. El padre va a visitar al rector y actitud de Stalin: GDMS 3(1).1955-146.1-20 «Mis recuerdos del camarada Stalin» por G. Elisabedashvili. Keke en el seminario: GF IML 8.6.306. <<

[3] Humillante, registro de los cajones: Stalin a Ludwig en Stalin, *Sochineniya*, 3:113-114. Buenas notas: RGASPI 558.4.30 y 37. Ateo desde el primer curso, historia de Simon Natroshvili, 5 rublos por cantar en el coro: Charkviani, «Memorias». Poeta de los ojos ardientes: Lev Kotyukov, «The Forgotten Poet Josef Djugashvili», *Zavtra* n.º 41 (46) 1994. <<

[1] El análisis y las citas de los poemas de Stalin se basan en la traducción (al inglés) y la crítica de Donald Rayfield, publicadas en *PN Review* vol. 44, 1984, pp. 45-47. Debo dar las gracias también al profesor Rayfield por el asesoramiento que me ofreció. Abandono de la poesía: Stalin a Levan Shumian: Kun, p. 4. Buena acogida de la elite cultural: Service, *Stalin*, p. 40. Kotyukov, «The Forgotten Poet Josef Djugashvili. Mandelstam, Pasternak: Montefiore, pp. 117-118. <<

[2] Tiflis, batiburrillo de pueblos: Jones, pp. 159-163. Lima y Bombay: descripción de Jones, p. 81. Tiflis: *Baedeker*, pp. 465-471. Fundación del *Mesame Dasi*, *Kvali*: Jones, pp. 49-50, pp. 66-70. GF IML 8.2.1.9 Anna Nikitin-Geladze. <<

[3] Libros: GF IML 8.2.1.9 G. Glurjidze. De Stalin, Tolstoi, etc. G. Glurjidze, G. Parkadze, G. Glenov, citados en Kaminski-Vereshchagin, pp. 66-71. Robos en la librería: M. Chaureli en *Vstrechi s tov. Stalinym*, pp. 156-157. El protagonista de *1793* de V. Hugo y *La feria de las vanidades*, véase Tucker, pp. 85-87, 132. Nekrasov y Chernyshevski: Radzinski, *Alexander II*, pp. 91 y 157-160. Dostoyevski: Rayfield, *Stalin and the Hangmen*, p. 22. Gogol, Saltykov, Shakespeare, Maupassant, etc.: A. A. Gromyko, *Memoirs*, p. 101. Beria, p. 143. Stalin, Gogol: Stalin, *Works* 1:151. De memoria: K. Voroshilov, *Rasskazy o zhizhni*, p. 247. Lecturas en el seminario, la leñera, inquisidor Abashidze, lecturas por la noche en la iglesia: Iremashvili, pp. 19-21. Castigos: RGASPI 558.4.48, 665, y 53. GF IML 8.2.1.12.176-183; Said Devdariani. <<

[4] Iremashvili, pp. 17-19. <<

[5] *Das Capital*: Service, *Stalin*, p.41. <<

[6] *Sochineniya* 13:113-114. RGASPI 558.4.30 y 37. Charkviani, «Memorias». Marxismo práctico vs marxismo académico: GF IML 8.2.1.12.176-183 Said Devdariani. Se reía de los campesinos y se meaba en los iconos: GDMS 3(1).1955-146.11-19 «Mis recuerdos del camarada Stalin» por G. Elisabedashvili, y RGASPI 558.4.665.29. Libros de Marx: GF IML 8.2.1.49.185-210 Kote Khakhanashvili. Libros en inglés: GF IML 8.2.1.12.176-183 Said Devdariani. <<

[7] G. Ninua, *Zaria Vostoka* 17 de julio de 1939. A. Okuashvili, *Zaria Vostoka* 18 de septiembre de 1935. Relato de Stalin: Stalin, *Sochineniya*, 8 (1948), 174. Marxismo más práctico: GF IML 8.2.1.12.176-183 Said Devdariani. Visita a Jordania: N. Vakar, «Stalin po vospominaniyom N. N. Jordania», *Posledniya Novosti* 16 de diciembre de 1936, p. 2. Jordania: Uratadze, p. 11. Habitación en el Monte David, diario: D. Gogokhiya en Kaminski-Vereshchagin, p. 72. Evolución de sus opiniones: Suny, «Beyond Psychohistory», p. 55. Vuelta de Lado, Jordania, y Jibladze, y *Kvali*: Ostrovski, pp. 121-123. Evita a su madre: Keke. Iremashvili, pp. 20-23. Carta rechazada en *Kvali*: GDMS 1955-146.17 G. Elisabedashvili. Su casa llena de chinches: GF IML 8.2.1.12.1761-83 Said Devdariani. <<

[8] *Alliluyev Memoirs*, p.44. <<

[9] Charkviani, «Memorias». Davrichewy, p. 174. Marxismo: Stalin, *Works* 1:296-372 «Anarchism or Socialism» y 1:4 *Brdzola*, n.º 1. L. Trotski, *My Life*, pp. 129-130. Tucker, pp. 88-93. Para la versión del marxismo según Stalin, véase Service, *Stalin*, pp. 48-53. *Credo*: Ilizarov, p. 227. Sergo Kavtaradze, «Memorias». <<

[1] Inquisidor Abashidze: Iremashvili, pp. 19-21. Castigos: RGASPI 558.4.48, 665 y 53. <<

[2] GDMS 3(1).1955-146.11-19 G. Elisabedashvili, y también RGASPI 558.4.665.29. GF IML 8.2.1.49.185-210 Kote Khakhanashvili. GF IML 8.2.1.12.176-183 Said Devdariani. <<

[3] Anécdotas de Abashidze: D. Gogokhiya, Simon Natroshvili, P. Talakvadze y Punto Negro — G. Elisabedashvili, Kaminski-Vereshchagin, pp. 6667, 84-87. *Vida de Jesús* de Renan: RGASPI 558.4.676. *Molodaya Gvardiya* n.º 12, 1939: P. Talakvadze, pp. 84-85. Calificaciones, carta a Serafim, reprimendas: RGASPI 558.4.48, 558.4.665, 558.1.4326, 71.1275. Negativa a cortarse el pelo: Kun, pp. 27-28. Castigos: RGASPI 558.4.53, 558.4.665, 558.4.53, 558.4.663, 558.4.60. Visita de Keke: Keke. Últimos encuentros con Beso: GF IML 8.2.1.54.202-215 Kote Charkviani. GF IML 8.2.1.9 Anna Nikitin-Geladze. Deja de besar a sus compañeros: GF IML 8.2.1.9 Grisha Glurjidze. Profesor encarcelado en Metekhi: RGASPI 558.11.76.113 Stalin a Beria, 19 de septiembre de 1931. <<

[4] Desenfreno: Kun citando a A. Avtorkhanov, p. 30. Clases en secreto, Beso se lo lleva arrastrándolo de una oreja; mi hermana: GF IML 8.2.1.54.202-215 Kote Charkviani. Lisa Akopova: RGASPI 558.1.721. RGASPI 558.11.775.1013 carta acerca de Praskovia «Pasha» Mijailovskaya, engendrada por Stalin en 1899. Ilizarov, pp. 284-286. Rayfield, *Stalin and the Hangmen*, 13-14. Stalin lee a Napoleón: recuerdos de Nikolai Popkhadze, seminarista y primo de los Svanidze, contados a Peter Mamradze. Hermana de Kote Charkviani: véase G. Elisabedashvili, RGASPI 558.4.665 y GDMS 3(1)1955-146.1-20 Charkviani, «Memorias». <<

[5] ¿Expulsión?: RGASPI 558.1.635 interrogatorio de Stalin, Bakú, 26 de marzo de 1910: le quisieron cobrar inesperadamente 25 rublos. No pagó las facturas: RGASPI 71.10.275 Yelena Tskhakaya. Viejos amigos: RGASPI 558.1.5378 P. Kapanadze. Kun, pp. 7-34. Smith, pp. 52-53. Enfermedad: Keke Djugashvili a H. Knickerbocker: *New York Post* 1 de diciembre de 1930. Dinero para Kapanadze: RGASPI 558.1.5978 y 5080. Cuarenta estudiantes traicionados: Simon Vereshchak, «Stalin v tyurme», *Dni* 22 de enero de 1928. «Fui expulsado por distribuir propaganda marxista»: E. Yaroslavski, *Landmarks in the Life of Stalin*, 1939, p. 14; y también RGASPI 558.4.4349. Falta de dinero: RGASPI 558.4.214. Oferta de la Iglesia para que se haga maestro: RGASPI 558.4.65. Expulsiones: Kaminski-Vereshchagin, p. 88. Yenukidze, citado en Trotski, *Stalin*, p. 21. Davrichewy, p. 67. Ostrovski, pp. 153-155. Acerca de Dios: Molotov, *Molotov Remembers* (en adelante *Molotov Remembers*), p. 212. Los curas enseñan a entender a la gente, y comentario hecho a Churchill («El pasado pertenece a Dios»): Stalin al mariscal Vasilevski en Volkogonov, *Stalin*, pp. 470 y 228. A Harriman («Sólo Dios perdona» y «Ojalá ayude Dios a esta empresa»): véase A. Harriman y Elie Abel, *Special Envoy to Churchill and Stalin* (Nueva York, 1975), p. 154. Reunión con el patriarca Sergei y los metropolitas Nikon y Alexei, 4 de septiembre de 1943: Dmitri Pospielovski, *The Russian Church Under the Soviet Regime*, 1:200. Para un relato más completo: V. Alexeev, «Neofizialny dialog (o vstreche Stalina s rukovodstvom pravoslavnoi zerkvi)», *Agitator* n.º 6, 1989. Véase asimismo Michael Burleigh, *Sacred Causes*, p. 236. GIAG 440.2.12, 440.2.64, y RGASPI 558.4.53. Falta de dinero: RGASPI 558.4.214. Resultados académicos en el certificado Svidetelstvo: GF IML 8.1.414. Ejecutor de la voluntad de Dios: nota manuscrita de Stalin a Kosygin 22 de octubre de 1946: expuesta en TsMSIR. Stalin regresó de hecho al seminario para allegar fondos para el partido en 1904-1905, aterrorizando a los profesores. <<

[6] Salida del seminario: Keke. Frances Perkins, *The Roosevelt I Knew*, p. 142. Caballero cristiano: Conrad Black, *FDR: Champion of Freedom*, p. 1080. Stalin y Tulin (Lenin): RGASPI 558.4.669 Peter Kapanadze. «Si no hubiera existido Lenin»: Mgeladze, p. 82. Clandestinidad: Maria Makhstoblidze en Ostrovski, p. 144. Críticas de Jordania: RGASPI 558.4.665 D. Kalandarshvili. James Moore, *Gurdjieff*, pp. 368-369. <<

[1] Meteorólogo: GF IML 8.2.1.5 V. Berdzenoshvili. Sueldo: RGASPI 558.4.66. Observatorio: *Istoricheskie mesta Tiflis*, pp. 30-34. <<

[2] Keke: RGASPI 558.4.665 G. Elisabedashvili. GF IML 8.14.160 Vano Ketskhoveli. <<

[3] Jones, capítulos 3 y 4. Service, *Stalin*, pp. 52-53. Kun, pp. 53-54. *Alliluyev Memoirs*, pp. 23-25.
<<

[4] GDMS 1955-146.16-31 G. Elisabedashvili. Aspecto externo: Iremashvili y Trotski, citados en Radzinski, *Stalin*, p.47. <<

[5] Células obreras: M. A. Moskalev, *Bolshevistsky organizatsii Zakavkazya periode pervoi russkoi revolyutsii*, p.17.*Molodaya Gvardiya* vol. 12, 1939, p. 101: 10 de junio de 1926. <<

[6] Cristianos primitivos: Trotski, *My Life*, p. 137. Comités: Trotski, *Stalin*, pp. 53-54. *Alliluyev Memoirs*, pp. 23-24. <<

[7] Informes del capitán de la Gendarmería V. B. Lavrov al coronel E. P. Debil: GIAG 153.2.302, GARF 124.11.1902.127, GARF 102.7.1902.175, GF IML 8.14.160.3 Matiorz Grikurov: Stalin y Beso en la fábrica de calzado de Adelkhanov. *Alliluyev Memoirs*, pp. 23-24. <<

[8] Stalin veneraba a Lado Kestkhoveli y a Sasha Tsulukidze: A. Yenukidze, *Nashi podpolnye tipografii na Kavkaze*, p. 24. Tsulukidze en palabras de Tskhakaya: *Voprosy Istorii KPSS* n.º 5, 1965. I. Dubinski-Mukhadze, «Mikhail G. Tskhakaya», pp. 111-112. «Amigo de Illich — Mikho», *Literaturnaya Gruzia* n.º 1, 1965, pp. 15-20. Anna Alliluyeva en *Alliluyev Memoirs*, pp. 24-27, 36-40, 47-48. Kun, pp. 192-198. Richardson, *Long Shadow*, p. 117. Beria, p. 150. L. Vasileva, *Kremlin Wives*, pp. 55 y 70. Svetlana Alliluyeva, *Dalyokaya muzika*, pp. 251-252, y *Dvadtsaty pisem k drugu*, pp. 39-47. Véase L. P. Beria, *Lado Ketskhoveli*, pp. 5-65. Y también Beria, p. 308. <<

[9] Los Svanidze: GF IML 8.2.1.34.343-351 Mijeil Monoselidze. Kano: gente poco decente, entusiasmada — véase Dzhavaira Khutulashvili en Kun, p. 75. Radzinski, *Stalin*, p. 60. Stalin lee a Napoleón: recuerdos de Nikolai Popkhadze, seminarista y primo de los Svanidze, contados a Peter Mamradze. GDMS 1955-146.16-31 G. Elisabedashvili. «El gramófono de Soso» y las clases impartidas a Kamo, de dotes intelectuales muy limitadas, motes: GF IML 8.2.1.7.64-84 G. F. Vardoyan. GF IML 8.5.384.3-10 notas autobiográficas de Kamo. GF IML 8.5.380.5-6 Ficha personal y cuestionario rellenado por Kamo el día de su muerte. <<

[10] GDMS 1955-16.16-31 G. Elisabedashvili. Recuerdos de Nikolai Popkhadze contados a Peter Mamradze. Sagirashvili, pp. 168-177. <<

[11] Escisión de la socialdemocracia: Jones, capítulos 3 y 4. Service, *Stalin*, pp. 52-53. Kun, pp. 53-54. Arsenidze, citado en Kun, p. 54. Joven atolondrado: S. T. Arkomed (Grigol Karadzhian), *Rabochee dvizhenie*, pp. 55-56. Iremashvili, pp. 21-22. RGASPI 558.4.665 G. Elisabedashvili. Davrichewy, pp. 124-125. N. Vakar, «Stalin po vospominaniia N. N. Zhordania», *Poslednye Novosti*, 16 de diciembre de 1936. <<

[12] Informes del capitán de la Gendarmería V. B. Lavrov al coronel E. P. Debil: GIAG 153.2.302, GARF 124.11.1902.127, GARF 102.7.1902.175. GF IML 8.14.160.3 Matiorz Grikurov. *Alliluyev Memoirs*, pp. 24-27, 47-48. <<

[13] Maestro: Raguza, *Stalin*, p. 65. Mochalov en Service, *Stalin*, p.51. Algaradas de abril de 1901: *Alliluyev Memoirs*, pp. 49-51. *Istoricheskie mesta Tiflis*, pp. 68-73. Llamada a filas: Davrichewy, p. 31. Interrogatorio de la policía junto con la «exención del servicio militar obligatorio por asuntos familiares en 1901»: RGASPI 558.4.214. <<

[14] Shaumian, asesinato de Vedenev, Lelashvili: Ostrovski, pp. 585-589. Recuerdos de Nikolai Popkhadze, seminarista y primo de los Svanidze, contados a Peter Mamradze. Shaumian: Anastas Mikoyan, *Memorias*, 1:72. <<

[1] El estudio de la *konspiratsia* y el mundo de la clandestinidad se basa casi al pie de la letra en las siguientes fuentes: Richard Pipes, *The Degaev Affair*, pp. 26, 87, maestro de la revolución. Jonathan Daly, *Autocracy Under Siege*, pp. 6, 9, 21-37, 38-44, 87-96; «¿Quién aprendió de quién?», pp. 95-131. Radzinski, *Alexander II*, pp. 91, 153-162, 217-222, 340. La «supervisión», creación de la Ojrana, nombres clave, peligro de terroristas kamikazes: Charles A. Ruud y Sergei A. Stepanov, *Fontanka 16: The Tsar's Secret Police*, pp. 54-56 y 69-79. Para los kamikazes: Iain Lauchlan, *Russian Hide-and-Seek*, p. 361. Más ahorcamientos de polacos y judíos: Rayfield, *Stalin and the Hangmen*, p. 30. Los jardineros y el culto georgiano a la lealtad y la violencia: Jones, p. 99. Yenukidze a propósito de la venganza: Nikolaevski caja 207, carpeta 207-215 carta informativa a T. Vulikh, 8 de agosto de 1949. Stalin y los agentes de la secreta: GF IML 8.2.1.54.202-215 Kote Charkviani. Davrichewy, p. 31. RGASPI 558.4.214. <<

[2] Esquivaba a los espías y se reía de ellos: GDMS 1955-146.16-31 G. Elisabedashvili. <<

[3] «Neopublikovannye materialy iz biografii t. Stalina», *Antireligioznik* vol. 12, 1939, pp. 17-21: recuerdos del librero Ambako Chelaidze. <<

[4] GDMS 1955-146.16-31 G. Elisabedashvili. Ostrovski, pp. 166-167. <<

[5] Iremashvili, pp. 21-22. RGASPI 558.4.665 G. Elisabedashvili. Davrichewy, pp. 124-125. Vakar, «Stalin po vospominaniia N. N. Zhordania». Jones, pp. 72-74. <<

[6] Reuniones de noviembre, informes de la Gendarmería: GIAG 153.2.302/102.00.1898.5-52/153.1.3431/2. GARF 102.00.1898.5.52. B. Lista de los veinticuatro delegados presentes en la Conferencia: GDMS 93.3 M. Gureshidze. La versión de Ostrovski es la más convincente: Ostrovski, pp. 167-170. Calumniador, enviado a Batumi: Uratadze, pp. 66-67. Jovenzuelo atolondrado: Arkomed, *Rabochee dvizhenie*, pp. 55-56. Iremashvili, pp. 21-22. RGASPI 558.4.665. G. Elisabedashvili. Davrichewy, pp. 124-125. Vakar, «Stalin po vospominaniia N. N. Zhordania». S. Talakvadze, *Kistorii Kommunisticheskoi partii Gruzii*, 1:59-63. Jones, pp. 106-107. <<

[1] GF IML 8.2.1.20.155-222 Kotsia Kandelaki. RGASPI 558.4.537 D. A. Vadachkoria. Porfiro Kuridze en *Batumskaya*, pp. 63-70. *Chernomorskii Vestnik* 5 de enero de 1902. <<

[2] GF IML 8.2.1.20.155-222 Kotsia Kandelaki. Para todo este capítulo me he basado en *Batumskaya*: Kote Kalandarov, pp. 36-40; Porfiro Lomdzharia, pp. 41-49; Gerasim Kaladze, pp. 49-55; Illarion Darakhvelidze, pp. 55-63; Porfiro Kuridze, pp. 63-70; Khachik Kazarian, pp. 75-78; G. Chkaidze, p. 124; Hashimi Smirba, pp. 150-171. GF IML 8.2.1.20 K. Kandelaki. RGASPI 558.4.537 D. A. Vadachkoria (versión oficial en *Batumskaya*, pp. 106-112). Porfiro Kuridze, *Bakinsky Rabochyi*, 12 de enero de 1937. *Chernomorskii Vestnik* 5 de enero de 1902. <<

[3] Fin de año: GF IML 8.2.1.20.155-222 Kotsia Kandelaki. El bandido Lomdzharia, visitas a Tiflis: GDMS 1955-146.29-44 G. Elisabedashvili. GMIKA 18.50 Kote Kalandarov. GMIKA 26.104.33-42 Porfiro Kuridze. Batumi: *Anales del colectivo obrero de Batumi*, p. 315. Jones, pp. 28 (cita de Mandelstam) y 87-88. Ostrovski, pp. 170-171. Robert W. Tolf, *The Russian Rockefellers: The Saga of the Nobel Family and the Russian Oil Industry*, pp. 87-90. <<

[4] Cuando Porfiro Lomdzharia salió de la cárcel, Jeune le dio 400 rublos para el funeral de su hermano Silvester y la sustanciosa suma de 3.000 rublos más. Como los hermanos Lomdzharia eran los encargados de hacer cumplir la voluntad de Stalin, que a menudo vivía con ellos, es probable que éste tuviera algo que ver en todo este asunto. Más tarde, Stalin allegaría dinero utilizando la extorsión a cambio de protección, amenazando a las familias de los hombres de negocios o exigiéndoles dinero a cambio de no convocar huelgas. Quizá la entrega de los 3.000 rublos tuviera por objeto impedir que se produjeran nuevos incendios provocados en la refinería. RGASPI 161.1.11. GF IML 8.2.1.20.155-222 Kotsia Kandelaki, donde se incluye la ayuda recibida de Spandarian desde Armenia para todo lo relacionado con la imprenta. Amante de Spandarian: Vulikh en Nikolaevski caja 207-209. Spandarian, mujeriego y cuál era la suerte de la esposa de un bolchevique: carta de Olga Spandarian a Shaumian en *Vestnik Archivov Armenii*, n.º 1, 1996 «Suren Spandarian durante su destierro en Siberia». RGASPI 558.4.537 D. A. Vadachkoria y versión oficial de *Batumskaya*, pp. 106-112. *Babinsky Rabochyi* 12 de enero de 1937. Porfiro Kuridze. François Jeune: Otar Gogolishvili en entrevista con Ostrovski, pp. 586-587. Pagos a Lomdzharia y desembolsos efectuados por éste: GARF 102.1900.4871. I. S. Chulek, *Ocherki istorii Batumskoi kommunisteskoi organizatsis*, Batumi, 1970, pp. 90-91. <<

[5] Kirtava: GF IML 8.2.1.26.22-26 (1934) y 8.2.1.26.36-39 (1937) memorias de Natalia Kirtava-Sikharulidze. GMIKA 19.51: Memorias de Natalia Kirtava-Sikharulidze. GF IML 8.2.1.43. GARF 3.1905.272. <<

[6] GF IML 8.2.1.20.155-222 Kotsia Kandelaki. GMIKA 18.50 Kote Kalandarov. GMIKA 26.104 memorias de Porfiro Kuridze, pp. 33-42. *Batumskaya*, pp. 36-78, 124. Despotismo de Stalin: Lavrov en GARF 102.00.1898.552-V. Se esconde entre las faldas de una mujer: entrevista con Suren Levonian acerca del episodio de su madre, Terun Levonian. <<

[7] 9 de marzo: GF IML 8.2.1.20.155-222 Kotsia Kandelaki. GMIKA 26.104 memorias de Porfiro Kuridze, p. 33-42. *Batumskaya*, pp. 36-78, 124, 203-227. GMIKA 105, 106, 154 Despina Shapatova. Atentado sufrido por *von* Stein, el administrador de los Rothschild: GF IML 8.2.1.9 Theofile Gogiberidze. Se cambiaban de ropa y se ponían capuchas: GF IML 8.2.1.15.174-181 I. Doborjinidze. Koba encapuchado: véase K. Kalandarov en *Batumskaya*, p. 70; nunca será revolucionario, Vadachkoria, p, 86; conspiración y misterio, P. Kuridze, p. 96; ni bigotes ni barba, p. 99; encapuchado, algarada y montajes de Stalin, Vera Lomdzharia, p. 102; manifestación, I. Darakhvelidze, pp. 116-117; tranquilidad de Stalin, K. Kandelaki, pp. 118-126; Stalin ayuda a los heridos, p. 157. GF IML 8.2.1.20.155-222 Kotsia Kandelaki. <<

[8] Hashimi Smirba: GF IML 8.2.1.20.155-222 Kotsia Kandelaki. GMIKA 21.57 memorias de Hamdi Smirba, p. 16, y 22.58 Hashimi Smirba, pp. 19. GMIKA 26.104.33-42 Porfiro Kuridze. *Batumskaya*, pp. 150-171. Stalin vestido de mujer: entrevista con Suren Levonian acerca del episodio de su madre, Terun Levonian en Batumi. Sobre la verdad del relato de Smirba: Stalin en Charkviani, «Memorias». Para Nestor Lakoba, véase Montefiore, pp. 179-180. Reacción de Jordania: Zhordania, «Stalin», p. 2. Trotski, *Stalin*, pp. 31-32. Stalin, *Works*, 1:25. Stalin acerca de sus guardaespaldas de Guri y de los hombres que perdía, pero que ganaba por otro lado: Mgeladze, p. 77. Stalin enmienda el libro de Beria: Beria, p. 18. <<

[9] Funerales, detención: informe del agente de la policía, 6 de abril de 1902, *Batumskaya*, p. 177 e informe de Jakeli, p. 178. GMIKA 115 informe del capitán Jakeli acerca de la detención de Stalin, implicación en los hechos del 9 de marzo. Cartas a su madre e Iremashvili: informe del jefe de la gendarmería de la provincia de Kutaisi al departamento de policía, 9 de abril de 1902, detención de Djugashvili, conocido como instructor de obreros y del que se dice que sabe siempre mantenerse al margen, ocultándose en la clandestinidad: GMIKA 116 Illarion. Para Stalin y Bulgakov: M. Bulgakov, *Batumy*, Radzinski, *Stalin*, pp. 9-11 citando a Elena Bulgakova; y diarios de Elena Bulgakova, 1939; véase asimismo la versión de V. I. Nemirovich-Danchenko, director del Teatro de las Artes. Véase: itlitbatum.ru. GF IML 8.2.1.20.155-222 Kotsia Kandelaki. <<

[1] Uratadze, pp. 66-69, 208-210. GF IML 8.2.1.20.155-222 Kotsia Kandelaki. <<

[2] Investigaciones de la Gendarmería y notas de Stalin: RGASPI 558.4.80, 81 y 83. *Batumskaya* pp. 233-235. Informes del capitán Jakeli, 9 de abril de 1902, general de división Shopchanski, 9 de abril de 1902, informe del Departamento de la Gendarmería de Tiflis (Stalin, miembro del Comité de Tiflis), 1 de mayo de 1902, informe de detención elaborado por el agente de policía Chikhikvadze, 6 de abril de 1902, informe del agente de policía Gogoria, destinado en Gori (interrogatorio de Iremashvili, dos hombres vinieron a buscar a Keke para llevársela a Batumi), 16 de junio de 1902; Jakeli, 16 de octubre de 1905 sobre el gran éxito de 1901; coronel Lavrov sobre la gran discordia existente entre los nuevos y los viejos socialistas, 9 de febrero de 1903; GMIKA 153, 116, 118 Stalin, 1 de mayo de 1902, 119, 120 Eremov. 121, 125 Chopura y Mohevi. GF IML 8.2.1.20.155-222 Kotsia Kandelaki. <<

[3] GDMS 1955-146.33-40 G. Elisabedashvili. <<

[4] Keke: Mgeladze, pp. 154-155. Informes de la policía y peticiones de Keke: RGASPI 71.10.401 y 404. RGASPI 558.4.405. Viaje a Batumi: Keke. Nueva visita a Batumi, primavera de 1903: véase obituario de Keke, *Zaria Vostoka*, 1937. Kun, p. 42. Para la entrevista de Keke de 1935, R. W. Davies, O. V. Khlevniuk, E. A. Rees (eds.), *Stalin-Kaganovich Correspondence*, p. 295. <<

[5] Cultura de la cárcel: GMIKA 19(51) N. Kirtadze (Kirtava)-Sikharulidze, pp. 39(1)-42(4); Stalin transmite el mensaje, p. 32(128); Gerasim Kaladze, pp. 42(1)-50(9); V. Chaidze, p. 96; V. Kaladze, p. 136. Stalin y el guardia simpatizante de la causa: Chaureli en *Vstrechi s vozhdem narodov/Vstrechi s tov. Stalinym*, p. 154. Cómo se comunicaban: Bibineishvili, pp. 59-63. Lenidad del sistema: Rayfield, *Stalin and the Hangmen*, p. 31. Stalin prefiere a los delincuentes comunes: Jrushchev, 1: 301. Stalin solitario: Oleg Troyanovski, *Cherez gody*, p. 162. Estudios y barbarie de las cárceles/sistema paternalista: Trotski, *My Life*, pp. 35, 147 y 180. Segunda escuela: Stalin, *Works* 2: 28-32. Lecturas de Ordzhonikidze, memorándum de Stalin sobre la cárcel, 1937: Volkogonov, *Stalin*, p. 9. Cultura de la cárcel, noticias de la detención de Soso, discusiones en prisión: *Alliluyev Memoirs*, pp. 43-45, 55-64; visitas a la cárcel, pp. 33-35. Rutina de Stalin en la cárcel: Kalandadze, citado en Trotski, *Stalin*, p.35. <<

[6] Lenin y *¿Qué hacer?*: Tucker, pp. 23-31. Stalin, *Works*, 1: 63-74. <<

[7] GMIKA 19(51) N. Kirtadze (Kirtava)-Sikharulidze, pp. 39(1)-42(4). <<

[8] Historia de Christofore Imnaishvili contada al autor por Tamaz Naskidachvili, carta de 20 de octubre de 2005. <<

[9] Inocente en Batumi, culpable en Tiflis y perdido en el laberinto del sistema penitenciario: RGASPI 558.4.79, 558.4.90; GARF 102.00.1898.5-52-V, 102.00.1902.825-16, 102.00.1898.5-59-A. GF IML 8.1.772, 5.268. Ostrovski, pp. 185-196. *Batumskaya*, pp. 171-174. <<

[10] Hospital: GF IML 8.2.1.20. <<

[11] RGASPI 558.4.619 Stalin al príncipe G. S. Golitsyn. <<

[12] Exarca: Ostrovski, p. 195. Traslado a Kutaisi: GMIKA 19(51) N. Kirtadze (Kirtava)-Sikharulidze, pp. 39(1)-42(4). <<

[13] En la prisión de Kutaisi: GMIKA 19(51) N. Kirtadze (Kirtava)-Sikharulidze, pp. 39(1)-42(4). Fotografía de grupo y protesta del 28 de julio: *Batumskaya*, pp. 95-99, 137-138: Dzuku Lolua y Varden Chaidze. Uratadze, pp. 6669, 208-210. <<

[14] RGASPI 558.4.79, 558.4.90; GARF 102.00.1898.5-52-V, 102.00.1902.825-16, 102.00.1898.5-59-A. GF IML 8.1.772, 5.268. Ostrovski, pp. 185-196. *Batumskaya*, pp. 171-174. <<

[15] Condena: RGASPI 558.4.619, GARF 102.7d.1902.175; RGIA 1405-521.482. Localización de Stalin: GIAG 13.27.5451 y 5461; 84.2.1960 y 1272; GIAG 17.2.1272; GF IML 8.5.204. *Batumskaya*, pp. 257-265. Ostrovski, pp. 197-200. GMIKA 19(51), 39(1)-42(4) N. Kirtadze (Kirtava)-Sikharulidze. Dinero: GF IML 8.2.1.13 memorias de L. Janelidze. 28 millones: A. Applebaum, *GULAG*, p. 518. <<

[1] *etap*: arsénico en una muela y amputación: Charkviani, «Memorias». Golpeado, y esposado: Kun, pp. 60-61. El viaje en tren: Smith, p. 112. Delincuentes comunes: *Molotov Remembers*, pp. 145-146. <<

[2] RGASPI 558.11.1494 Abram Gusinski. Campesinos: Charkviani, «Memorias». <<

[3] *Vstrechi s vozhdem*, p. 28: memorias del nieto de Marta Litvintseva y Mijail Gulkin. B. Ivanov, «V Novoi Ude», *Pravda* 25 de diciembre de 1939. <<

[4] Destierro: asignaciones — véase *Molotov Remembers*, p. 133. Charkviani, «Memorias». Trotski a propósito del Olimpo en Volkogonov, *Trotski*, p. 11. Krupskaya, p. 33. Lenin en el destierro: Service, *Lenin*, p. 110. Alegría de las cartas: RGASPI 71.2.41 Yenukidze a Voroshilov. Mujeres y duelo: *Molotov Remembers*, p. 128. Lezhnev: Kun, p. 112. Voroshilov, Yenukidze, mujeres: Vasileva, *Molotov Remembers*, p. 80. Amor desde el fondo de las piedras: Trotski, *My Life*, p. 85. Sverdlov en Tucker, p. 158. Destierro, judíos: Davrichewy, p. 129. <<

[5] Jrushchev, 1: 301. Jrushchev habla del «primer destierro» y de «Vologda», que fue el segundo destierro de Stalin, pero parece que pertenece al primero. <<

[6] Lenin, carta a Stalin y Segundo Congreso: Stalin, *Works*, 6: 52-54. Tucker, p. 122. Service, *Stalin*, pp. 50-55. Iremashvili, pp. 212-213. Uratadze, p. 67. Bibeneishvili, pp. 80-83. <<

[7] Dos fugas: RGASPI 558.4.659 (y también Sergei Alliluyev, *Proidennyi put*, p. 109). RGASPI 558.1.14. RGASPI 558.11.1494 A. Gusinski. RGASPI 558.4.655 carta de M. I. Kungarov. K. Chernenko, *I. V. Stalin v sibirskoi ssilke*, pp. 22-25, 32-37. Tragos del conductor: GF IML 8.5.205. Stalin se jactaba de haber engañado al campesino que conducía el trineo y de haberle enseñado una espada, según contó el propio Stalin a Ivan Kukulava en 1910: GF IML 8.2.1.27.202-210. Carnet de policía secreta: GF IML 8.2.1.7 D. Vadachkoria. I. Petrov, «Pervye shagi revolyutsionnoi deatelnosti tov. Stalina», *Molodoi Bolshevik* vol. 21 1939 p. 25. Coladero: Trotski, *My Life*, p. 37. Trotski en Volkogonov, *Trotski*, pp. 44-45. «Botas» y múltiples fugas de Sergei Alliluyev: Radzinski, *Stalin*, p. 76. Carnet de policía: Kun, pp. 62-64. Policía: GARF 102.00.1904.6.313, RGASPI 558.4.92. GF IML 8.2.1.9 Anna Nikitin-Geladze. Agente zarista y fugas: en este sentido es mucho lo que debo, a menos que especifique otra fuente, a las investigaciones llevadas a cabo por Ostrovski, especialmente por lo que respecta a la ocasión de la fuga, p. 212; y también pp. 431-462 y sus estudios de los archivos de la Ojrana y de la Gendarmería correspondientes al período 1900-1910; para las fugas durante el destierro, pp. 431-436; citas de Ostrovski, pp. 436-438; cita efectuada por el agente de la policía L. A. Rataev, p. 437; dinero para los agentes, pp. 438-439; corrupción del agente de la policía Dvali, p. 515, Zubov y Zaitsev, pp. 545-547; informe de «Fikus» sobre la información recogida por Stalin, p. 578; para el soborno de 800 rublos, Y. Sverdlov, *Izbrannye proizvedeniya*, p. 595. Cinco fugas de Stalin: Charkviani, «Memorias». RGASPI 671.1.287. Recibos del cobro de dinero en Turukhansk entre 1913 y 1915 recogidos por el jefe del NKVD N. I. Yezhov y encontrados en su caja fuerte. Ordzhonikidze y Zaitsev: RGASPI 558.4.258. P. A. Japaridze, *Vospominaniya o P. A. Japaridze*, pp. 61-62. GARF 110.19.119. Stalin se reúne con un agente de la policía en la calle y soplos a la gendarmería: GDMS 167 G. Varshamian. GARF 102.00.5-61-A. Tucker, pp. 109-110, citando a Roy Medvedev a propósito de la historia de E. P. Frolov. Roy Medvedev, *Let History Judge*, pp. 314-324. Service, *Stalin*, p. 74. Para el análisis de la carta de Eremin: Eric Lee, «Eremin Letter: Documentary Proof that Stalin was Ojrana Spy?» Texto de la carta de Eremin en Smith, p. 306. Memorándum del general Ivan Serov al Primer Secretario N. S. Jrushchev y al Politburó: RGASPI 558.11.1288, 4 de junio de 1956. Stalin y Spandarian vs Shaumian según Ekaterina Shaumian: Mikoyan, *Memoires*, p.72. Tensiones con Shaumian, tártaros en las reuniones, actividades de protección mafiosa de Stalin, asesinato de confidentes, desenfreno de Spandarian, Stalin el verdadero jefe, gangsterismo: Tatiana Vulikh a Boris Nikolaevski, Nikolaevski caja 207, carpeta ID 207-209. Uratadze, p. 67. Arsenidze, pp. 72 y 224. Jordania, «Stalin», donde Jordania cita a Shaumian. Olga Shatunovskaya: RGASPI 558.4.671. Trabajos de Shaumian; pago al capitán Zaitsev para que lo libere del arresto: Akopian, *Shaumian*, pp. 64-76. El director de la cárcel Vachiev, 150 rublos por cabeza para la liberación de prisioneros: *Iz proshlogo nashei partii: Stati i vospominaniya iz istorii Bakinskoi organizatsii*, pp. 146-147. B. Kaptelov y Z. Peregudova, «Byl li Stalin agentom Okhranki?», *Rodina* n.º 5, 1989, pp. 67-69. B. Slavin, «Stalin i Okhranka», *Alternativy*, n.º 1, 1998, pp. 78-81. Vigilancia de la Ojrana 1908-1913: *Krasnyi Arkhiv* n.º 2 (105), 1941, pp. 4-31. Stalin acerca de la traición y la muerte: GF IML 8.6.312 D. Chekheidze (Turdospireli). Stalin edita su propia biografía resumida en la que incluye el número de detenciones: «I. V. Stalin sam o sebe: redakzionnaya pravka sobstennoy biografii», *Izvestiya TsK KPSS* n.º 9, 1990. <<

[8] «¡Cobardes!» y libro de la Revolución Francesa: GF IML 8.2.1.11.125-127 Dmitri Gurgenidze. Opiniones nacionalistas de Stalin, Batumi, Gori y el *Credo*: RGASPI 157.1.54 M. Tskhakaya. Service, *Stalin*, p. 55. S. Kavtaradze manuscrito inédito — mi agradecimiento a su hija, Maya Kavtaradze, y a Zakro Megrilishvili. GF IML 8.2.1.19 S. Kavtaradze. Palizas y pisos: Ostrovski, pp. 214-217. Bibineishvili, pp. 79-83. Nación política georgiana e historias de Tshakaya según Stalin: Charkviani, «Memorias». Marx, hijo de un asno: Sagirashvili, p. 181. Para Toroshelidze: manuscrito de Minadora Toroshelidze — mi agradecimiento a Susanna Toroshelidze y a Nestan Charkviani. Para la anécdota de Shevardian, véanse las memorias manuscritas de Sergei Danielovich Shevardian (Chaverdian); mi agradecimiento a Claire Mouradian por hacerme llegar la grabación de esta fuente y compartirla conmigo. <<

[9] GF IML 8.2.1.34 Mijeil Monoselidze. Davrichewy, pp. 118-119, 124-125. Catherine Merridale, «The Making of a Moderate Bolshevik». GF IML 8.5.384.3-10 notas autobiográficas de Kamo. GF IML 8.5.380.5-6 Ficha Personal y Cuestionario rellenado por Kamo el día de su muerte. GF IML 8.2.1.34.332-334. <<

[1] Yenukidze, *Nashi podpolnye tipografii na Kavkaze*, p.24.*Alliluyev Memoirs*, pp. 24-27, 36-40, 47-48, 65. Kun, pp. 192-198. Richardson, *Molotov Remembers*, p. 117. Beria, p. 150. Pavel Alliluyev a propósito de Stalin y Kurnatovski; y Nadia a propósito de su madre: Vasileva, *Molotov Remembers*, pp. 55 y 74. Svetlana Alliluyeva, *Dalyokaya muzika*, pp. 251-252, y *Dvadtsaty pisem*, pp. 39-47. Mi agradecimiento a Gia Tarkhan-Mouravi por esta anécdota familiar a pie de página. <<

[2] GF IML 8.5.384.3-10 notas autobiográficas de Kamo. GF IML 8.5.380.5-6 ficha personal y cuestionario rellenado por Kamo el día de su muerte. GF IML 8.2.1.50.239-255 Dzhavaira Khutulashvili, de soltera Ter-Petrossian, hermana de Kamo. I. M. Dubinski-Mukhadze, *Ordzhonikidze*, pp. 19-21, y *Kamo*, p. 19. Actos de osadía en el teatro: entrevista de Susanna Toroshelidze a propósito de su madre Minadora Ordzhonikidze-Toroshelidze. Majaradze en los periódicos: Jones, p. 109. Marie Arensberg: Essad Bey, p. 94. <<

[3] GF IML 8.2.1.26.22-26 (1934) y 8.2.1.26.36-39 (1937) memorias de Natalia Kirtava-Sikharulidze. GF IML 8.2.1.43 N. Kirtava-Sikharulidze. GF IML 8.2.1.31 V. Lomdzharia-Javakikidze: uniforme de soldado. GF IML 8.2.1.34 I. Mshvidabadze: uniforme de ferroviario — y también RGASPI 558.4.655. GF IML 2913.2.4 F. Majaradze— sospechas de que Stalin es un agente de la policía. <<

[4] Opiniones nacionalistas de Stalin, Batumi, Gori, el *Credo*: RGASPI 157.1.54 M. Tskhakaya. Service, *Stalin*, p. 55. Manuscrito inédito de S. Kavtaradze: GF IML 8.2.1.19 S. Kavtaradze. Ostrovski, pp. 214-217. Bibineishvili, pp. 79-83. Kirtava rechaza a Stalin: GF IML 8.2.1.26.22-26 (1934), y 8.2.1.26.36-39 (1937) Natalia Kirtava-Sikharulidze. GF IML 8.2.1.43 N. Kirtava-Sikharulidze. Recibió una paliza: Ostrovski, pp. 214-217. Kun, p. 66. <<

[5] GF IML 8.2.1.25 V. Ketskhoveli. Davrichewy, p. 35 — papeles a nombre de Petrov/Pavlov. Ostrovski, pp. 216-217. <<

[6] Comité Imeretio-Mingrelio: RGASPI 157.1.54 M. Tskhakaya. GF IML 8.2.1.19 S. Kavtaradze. Bibineishvili, pp. 80-82. Detenciones, fugas y traslados de domicilio: GF IML 8.2.1.5 G. F. Berdzenoshvili. Comité Sindical: RGASPI 558.4.658 Ts. Zelikson. Pesca: GF IML 8.2.1.34 I. Mshvidabadze: uniforme de ferroviario — y también RGASPI 558.4.655. Majaradze, *Ocherki*, p. 76. Tucker, p. 98. Bakú: RGASPI 558.4.93. Kun, p. 92. Líder: GF IML 8.5.320. Descripción de Kutaisi y cita de P. Majaradze: Jones, pp. 88-89; paisaje de Guria y Kutaisi: «montañas, valles pantanosos» —se trata de una cita directa de Jones, p. 133. Diez viajes, etc.: Ostrovski, pp. 576-577. Fugas, anécdotas de Budu y Stalin: entrevista con Izolda Mdivani (viuda de Vahtang, el hijo de Budu) y con la familia Mdivani en Tiflis, Georgia, 2006. <<

[7] Conducta de Stalin en Kutaisi. «Poliziya i soratniki ob I. V. Staline — A tsel ta chtoby pokazatsya narodu velikim chelovekom», *Otechestvenyye Arkhiv* n.º 4, 1995, pp. 77-80. La archivera a la que Beria pidió que buscara la carta fue X. Serova, hermana de uno de sus agentes de la policía secreta, I. A. Serov. Stalin a Davitashvili en Leipzig y reacción de Lenin: Stalin, *Works*, 1: 55-58. Influencia de Jordania: Jones, p. 127. Interrupción del banquete de la noche de Fin de Año de 1904: GF IML 8.2.1.11 Alexei Zakhomildin. <<

[8] Bakú, enero de 1905: RGASPI 71.10.189. La Revolución, domingo sangriento: Orlando Figes, *Molotov Remembers* (en adelante Figes), pp. 173-186. Stalin, *Works*, 1: 75. Majaradze y Stalin editores: Jones, p. 109. <<

[9] Stalin, *Sorks*, 1:775. <<

[1] Bakú: RGASPI 558.4.583 Mamed Mamediarov, Muktar Gadzhiev. Essad Bey, p. 69. Bakú: Tolf, *The Russian Rockefellers*, pp. 151-158. Jorg Baberovski, *Der Feind ist überall*, pp. 77-79. <<

[2] Stalin, *Works*, 1: 82-84 y 85-89. Miles de muertos: Armen Ohanian citado en Tom Reiss, *The Orientalist*, p.14. <<

[3] S. Talakvadze, *K istorii Kommunisticheskoi Partii Gruzii*, 1: 118. <<

[4] Chavichvili, *Patrie, prisons, exil*, p. 70. Stalin, *Works*, 1: 422-423. Guria: Jones, p. 149 — Cita de Victor Taratuta acerca de una república aparte. El Comité visto como una especie de zar: Bibeneishvili, p. 119. Debate con Isidore Ramishvili, el camarada Koba en Tskhratskaro, fuga, totalmente afeitado, encuentro en casa del padre de Gotsadze: GF IML 8.2.1.11.30-33 Davit Gotsadze. Quizá fuera la ocasión en la que estuvo escondido en una mansión vecina, perteneciente al príncipe Jibo Abashidze, magnate del manganeso de Chiatura y antepasado del presidente Mijeil Saakashvili: véase Sandra Roelofs Saakashvili, *Story of an Idealist*, pp. 37-38. <<

[5] Judíos circuncisos: Arsenidze, p. 221. <<

[6] Chiatura: Jones, p. 91. Chavichvili, *Patrie, prisons, exil*, pp. 70, 72-87, 112-117. Y también *Cahiers d’Histoire Sociale* n.º 26 automne/hiver, 2005, pp. 133-144. Guria: Jones, p. 149. Bibeneishvili, p. 119. <<

[7] Imprenta: RGASPI 558.4.651 M. Beliashvili. Chavichvili, *Patrie, prisons, exil*, pp. 70-87, 112-117. <<

[8] Destacamentos armados mencheviques: Noe Ramishvili en Jones, p. 180. Stalin, *Works*, 1: 133-139 «Armed Insurrection and our Tactics», *Proletariat Struggle*, 15 de julio de 1905. Chiatura en armas: GF IML 8.2.1.25.261-287 Vano Kiasashvili. Kote Tsintsadze, «Chemi Mogonebani», *Revolyutsiis Matiane* n.º 2, pp. 117-122; n.º 3, pp. 68-79. G. Parkadze, *Boevye Bolshevitskie druziny v Chiaturakh v 1905*, en *Rasskazy o Velikom, Staline* (Tiflis, 1941), pp. 46-50; RGASPI 558.4.665, Sergo Kavtaradze, *Kak tov. Stalin gromil Menshikov*, pp. 56-59, en *Rasskazy o Velikom, Staline* (Tiflis, 1941). Bibeneishvili, pp. 8890, 119. Stalin en el oeste de Georgia como orador y estratega, estilo: Chavichvili, *Patrie, prisons, exil*, pp. 70-87, 112-117. <<

[9] Magnates de Chiatura: RGASPI 558.4.665 B. Kekelidze. GF IML 8.2.1.93-94 V. Bakradze. Saakashvili, *Story of an Idealist*, pp. 37-45. Bibeneishvili, pp. 88-90, 119. Chavichvili, *Patrie, prisons, exil*, pp. 70-87, 112-117. Símbolo del status de la persona: Krasin en Williams, p. 59. Stalin y la extorsión a cambio de proteger y defender a los magnates: GF IML 8.2.1.7 G y GF IML 8.2.1.4.1. <<

[10] *Perepiska V. I. Lenina i rukovodimykh im uchrezhdenii RSDRP s mestnymi partiinymi organizatsiami 1905-7*, vol. 2, parte I, p. 294. <<

[11] Arsenidze en Smith, pp. 139-141. Camarada Koba en Tskhratskaro, debate, fuga, recién afeitado, reunión en casa del padre de Gotsadze: GF IML 8.2.1.11.30-33 Davit Gotsadze. Roelofs Saakashvili, *Story of an Idealist*, pp. 3738. Simon Vereshchak, *Dni* 24 de enero de 1928. <<

[12] Virrey: la descripción del carácter y la llegada del virrey son citas directas de Jones, pp. 172-175; lo mismo que lo de las prostitutas y los quiromantes, p. 186. <<

[13] Discurso en Khoni. Nutsubidze: Montefiore, p. 286. Stalin, *Works*, 1: 90-132 «Briefly about Disagreements in the Party». Asesinatos en Georgia: Jones, pp. 184-187. Stalin inaugura la era de los atracos a bancos: Davrichewy, p. 175, y rivalidad, p. 181. Bibeneishvili, p. 85. Bolcheviques dedicados a la fabricación de bombas: Vano Jejilava, «Mis memorias», *Revolyutsiis Matiane* (en adelante *RM*) n.º 3, 1923, p. 135. Stalin ordena perpetrar ataques con bombas contra los cosacos: Davrichewy, p. 219. Terror: Daly, *Watchful State*, pp. 16-20. 3.600 heridos: Geifman, *Thou Shalt Kill*, p. 21. Dvali, primo de los Svanidze, hace estallar la bomba que llevaba encima: GF IML 8.2.1.34.327-337 Mijeil Misha Monoselidze. GDMS 87.1955-368.1-16 Alexandra «Sashiko» Svanidze-Monoselidze. <<

[14] Memorias inéditas de Kasiane Gachechiladze: mi agradecimiento a su nieto Shalva Gachechiladze. <<

[15] Jones, pp. 188-189. Atentados de Stalin contra los cosacos: Davrichewy, p. 200. Stalin, *Works*, 1: 133-139 «Armed Insurrection and our Tactics». Baberovski, *Der Feind*, p.79. <<

[1] Kamo ejecuta los asesinatos, Stalin los propone: Davrichewy, pp. 188-190. <<

[2] Los Svanidze: GF IML 8.2.1.34.327-337 Mijeil Misha Monoselidze. GDMS 87.1955-368.1-16 Alexandra «Sashiko» Svanidze-Monoselidze. Chica cautivadora: Davrichewy, p. 228; pistola, p. 160. Koba en el hospital: GDMS 3(1).1955-146.45-46 G. Elisabedashvili. Entrevista del autor a Katevan Gelovani, prima de Kato, Tiflis, 2005: Stalin fue escondido en Kutaisi por los parientes de los Svanidze y por el jefe de la policía Dvali. Entrevista del autor a Mariam Svanidze (de 109 años) en Tiflis, 2005. <<

[3] Iremashvili, pp. 32-35. Mujer se quita la falda: Jones, p. 189. Stalin, *Works*, 1: 178-186. Jones, pp. 188-189. Atentados contra los cosacos organizados por Stalin: Davrichewy, p. 200. Stalin, *Works*, 1: 133-139. Baberovski, *Der Feind*, p. 79. Trotski, *Stalin*, pp. 67 y 79. <<

[4] *Alliluyev Memoirs*, pp. 101-102. <<

[5] Stalin, *Works*, 1: 191 «To All Workers» 19 de octubre de 1905. <<

[6] Talakvadze, *K istorii Kommunisticheskoi Partii Gruzii*, 1: 143. <<

[7] Service, *Stalin*, p. 59. Memorias de Kavtaradze. Anécdota de la lámpara arrojada por Kavtaradze: memorias de Maya Kavtaradze. <<

[8] Memorias inéditas de Minadora Ordzhonikidze-Toroshelidze. Davrichewy, pp. 174-176 y 181. <<

[9] Matanzas en Tiflis y socialdemócratas armados: Jones, pp. 189-194. Davrichewy, pp. 194-195. Trotski, *Stalin*, p.67. <<

[10] Jones, pp. 189-195. Davrichewy, pp. 194-196. Caldero hirviendo: Trotski, *Stalin*, p.79. <<

[1] Tammerfors: la mejor exposición del punto de vista finés es Antii Kujala *et alii*, *Lenin Ja Suomi*. El retrato de Lenin se basa en: Figes, pp. 141-151, 385-398. Service, *Lenin*, pp. 255-273. Service, *Stalin*, pp. 129 y 179. Tucker, p. 103. Stalin a propósito de Lenin: Stalin, *Works*, 6:53-55. Davrichewy a propósito de Lenin y de Stalin como único luchador, capaz de apretar el gatillo, pp. 60, 212-213. Krupskaya, pp. 128-129. Trotski, *Stalin*, p. 69. Itinerario y fechas de los viajes de Stalin: Ostrovski, pp. 242-243. Smith, p. 150. E. Yaroslavski, «Tri vstrechi», *Pravda* 23 de diciembre de 1939. <<

[2] Jones, pp. 194-196. *Alliluyev Memoirs*, pp. 101-107. Bloqueo del túnel, opresión de Guria, terroristas en Tiflis, asesinato de traidores, etc.: Kote Tsintsadze, *RM* n.º 2, 1913, pp. 79-85. Stalin reagrupa su comando en Tiflis y conquista la parte oeste: GDMS 3(2).1955-146.68-72 G. Elisabedashvili. Stalin negocia con los campesinos: Chaureli, «Vstrechi s vozhdem narodov», en *Vstrechi s tov. Stalinym*, p. 156. Formación de la Cuadrilla por orden de Stalin: GF IML 8.2.1.624.1-26 Bachua Kupriashvili. <<

[3] Griiazanov: Tsintsadze, pp. 40-41. Davrichewy, pp. 216-217. Stalin al mando según un terrorista armenio: Kun, p. 79. Essad Bey, p. 72. Jones, p. 197. Geifman, *Thou Shalt Kill*, pp. 99-100. Boris Souvarine, *Staline*, pp. 98-100. Smith, p. 156. GF IML 8.2.1.34.327-337 Mijeil Misha Monoselidze. GDMS 87.1955-368.1-16 Alexandra «Sashiko» Svanidze-Monoselidze. GF IML 8.2.1.5 G. F. Berdzenoshvili. GF IML 8.2.1.3 N. Akhmeteli. RGASPI 558.4.658 B. Loshadze-Bochoridze. COAG 153.1.764. Escondite de Stalin cuando resultó herido: Ostrovski, p. 247. *RM* n.º 4, memorias de A. Magriabiants. Uratadze, pp. 130-132. GF IML —los asesinos bolcheviques de Griiazanov: Chumburidze, otro asesino fue Alexander Vashakidze. Escondite de Stalin cuando resultó herido, sueños de apoderarse de Tiflis sobre el mapa: GF IML 8.2.1.3.291-310 Niko Akhmeteli. <<

[1] Los gánsters, los atracos, las chicas, la casa de empeños, el tren del oro de Chiatura: GF IML 8.2.1.624.1-26 Bachua Kupriashvili. Davrichewy, pp. 178-184, 226, 174-176. La banda: Nikolaevski caja 207, carpeta ID 207-210 y 207-211 Tatiana Vulikh a Boris Nikolaevski. Uratadze, pp. 163-166. Dubinski-Mukhadze, *Kamo*, pp. 45-58. Kutaisi y las muchachas: Alexandra Darakhelidze-Margvelashvili. Pilluelos: GF IML 8.1.2.4. GARF 102.1906.206. Stalin acerca de la muerte: GF IML 8.2.1.34.317-354 Mijeil Misha Monoselidze. Griiazanov, incautaciones, Druzhina, la casa de empeños, rivalidad y cooperación con los mencheviques, relato de los robos, incluido el del tren de Chiatura, el tesoro de Kutaisi y Tiflis: Tsintsadze, pp. 40-49. Asistente Técnico de Stalin (Mate, el hermano de Niko): GF IML 8.2.1.3.291-310 Niko Akhmeteli. Extorsión a cambio de protección mafiosa en Tiflis: Essad Bey, pp. 90-95. Stalin acerca de Tsintsadze y Kamo: véase Charkviani, «Memorias». Austeridad de Stalin: Jordania, «Stalin». <<

[2] Escondite de Stalin cuando resultó herido, sueños de apoderarse de Tiflis sobre el mapa: GF IML 8.2.1.3.291-310 Niko Akhmeteli. GDMS 278 A. N. Mikaberikdze. GDMS 118 Ruben Dashtoian. <<

[3] GF IML 8.2.1.34.317-354 Mijeil Misha Monoselidze. GDMS 87.1955-368.1-16 Alexandra «Sashiko» Svanidze-Monoselidze. Fuga saliendo por la ventana: Service, *Stalin*, pp. 65-66. El hombre de gris: manuscrito inédito de Minadora Ordzhonikidze-Toroshelidze 1906. Recluta a Nato para el periódico: GF IML 8.2.1.15.266-272 Natalia Dondarov (Azarian). <<

[4] Asalto de Avlabar: Arsenidze, pp. 218-236. Stalin con chalina: GF IML 8.2.1.37 Raisa Okinshevich. Ostrovski, pp. 248-252. Para la teoría de la conspiración, véase Isaac Don Levine, *Stalin's Great Secret*, p.90. <<

[5] Estocolmo: Voroshilov, *Rasskazy o zhizni*, 1: 247. Naufragio: véase Kujala *et alii*, *Lenin Ja Suomi*. Hans Björkegren, *Ryska Posten*, pp. 43-56. Mi agradecimiento a Martin Stugart del *Dagens Nyheter* por sus investigaciones y también a Per Mogren, nieto del inspector Mogren, por la ayuda prestada. Williams, p. 75, Michael Futrell, *Northern Underground*, p. 47. Service, *Lenin*, p. 179. Service, *Stalin*, pp. 62-64. Tucker, pp. 41, 127 y 146. Smith, p. 175: naufragio, citando a S. G. Strumenko. Trotski, *Stalin*, pp. 72-73. Dzerzhinski: Rayfield, *Stalin and the Hangmen*, pp. 56-57. GF IML 8.2.1.12.176-183 Said Devdariani. Informe sobre Estocolmo del camarada K: Stalin, *Works*, 1: 261-277. Para la cuestión agraria: Stalin, *Works*, 1: 238-240 y 217-239. Shaumian desafiado también por los mencheviques: Akopian, *Shaumian*, p. 44. Berlín: RGASPI 558.1.5095 Stalin a Monoselidze. <<

[6] RGASPI 558.1.5095. <<

[7] Manuscrito inédito de Minadora Ordzhonikidze-Toroshelidze. GF IML 8.2.1.34.317-354 Mijeil Misha Monoselidze. GDMS 87.1955-368.1-16 Alexandra «Sashiko» Svanidze-Monoselidze. Kato auténtica mujer de Racha: Mgeladze, p. 199. Carta acerca de Aliosha y Kato: RGASPI 558.1.5095, citado en Kun, pp. 341-342. La quería mucho: RGASPI 558.4.647 Pelageya Onufrieva. Veneraba a Soso como a un semidiós: Iremashvili, pp. 30, 39-40. Muy hermosa, hizo que mi corazón se derritiera: cintas de Svetlana Alliluyeva —mi agradecimiento a Rosamund Richardson. Cautivadora: Davrichewy, p. 228. Entrevista del autor a Katovan Gelovani. Stalin se escondió con el padre de los Svanidze, maestro de profesión, en Kutaisi, Kato y Aliosha quedaron encantados, fascinados por Stalin. Mariam Svanidze, entrevistada por este autor, Tiflis 2005. Stalin risueño y desaliñado: GDMS 1955-146.51-56 G Elisabedashvili. Matrimonio, mujercita, qué clase de vida familiar: GF IML 8.2.1.9 Anna Nikitin-Geladze. <<

[8] Agente de policía a punto de descerrajarle un tiro: GF IML 8.2.1.34.317-354 Mijeil Misha Monoselidze. <<

[1] *Zarevich Giorgi*: S. Lakoba *et alii* (eds.), *Istoria Abkhazia*, p. 219. S. Lakoba, *Boeviki Abkhazii v revolyutsii 1905-7*, pp. 65-68. S. Lakoba, «Legendarnoe nacholo veka». Mi agradecimiento a S. Z. Lakoba por permitirme acceder a las entrevistas que hizo a T. Kapba-Arshba y Kamshish Gvaramia. Para la leyenda de que Stalin iba al frente de la reata con el dinero robado en el barco: Fasil Iskander, *Sandro of Chegem*, pp. 202-204. Actividades piratas de Davrichewy, p. 236. *Tiflissky Listok* 22 y 24 de septiembre de 1906; *Kavkaz* 24 de septiembre de 1906; *Kavkazkaya Zhizn* 29 de septiembre y 6 de octubre de 1906; *Chernomorskii Vestnik* 22 y 23 de septiembre de 1906. Para la reata de Chiatura, véanse las memorias del padre Gachechiladze; para las correrías a caballo de Stalin, véase en Montefiore cómo intentó asistir montado a caballo al Desfile de la Victoria de 1945; para el tiroteo, véanse las primeras memorias de M. Monoselidze y J. Davrichewy; para el asalto de la nave *Nikolai I*, véanse los próximos capítulos sobre Bakú. Desaire de Koba: Arsenidze, p. 220. Mayor implicación de Stalin en los robos: Razhden Arsenidze, entrevistas n.º 1-3, 103-104, Nikolaevski caja 667, serie 279, carpeta 4-5. Conferencia Bakú-Tiflis: GF IML 8.2.1.12.176-183 Said Devdariani. Uratadze, pp. 66-69. <<

[2] Aventuras de Kamo: Imnaishvili, *Kamo*, pp. 47-51. *Russian Review* vol. 19 n.º 3, julio de 1960, pp. 227-247. Williams, pp. 75, 185. Kun, p. 75. Geifman, *Thou Shalt Kill*, pp. 85-95 y 167. Krasin, «Bolshevistskaya partiinaya tekhnika», p. 813. B. Nikolaevski, «Bolshevistky zentr», *Rodina* n.º 2 y 5, 1992: n.º 2, pp. 13-36. Krasin y Bogdanov: Stanford, Paris Ojrana, caja 200, carpeta ID XVII n4.ª y carpeta XVII m 1. Tsintsadze acerca del asalto al tren de Chiatura — 21.000 rublos en Souvarine, *Staline*, p. 100. Arsenidze, p. 232. Bombas y Krasin: Williams, pp. 61-63, 112. Radzinski, *Stalin*, p. 59. Baikaloff, *I Knew Stalin*, pp. 20-21. Compra de armas de Litvinov: véase *Istorichesky Arkhiv* n.º 4, 1960, pp. 95-110. Hugh D. Phillips, *Between the Revolution and the West: A Political Biography of Maxim M. Litvinov*, pp. 9-11. «From Bolshevik to British Subject — The Early Years of M. Litvinov», *Slavic Review* 48 n.º 3, otoño de 1989, pp. 388-398. Visita de Kamo a Lenin: Krupskaya citada en Trotski, *Stalin*, p. 105. Bibeneishvili, pp. 116-130. S. F. Medvedeva-Ter-Petrossian, «Tovarish Kamo». RGASPI 332.1.53: 15 (2) O2.23 (10) 1905-1910 Comité Organizado por el TSK para Investigar la Incautación de Tiflis: presidido en el extranjero por Y. Tychko y A. Ornatski (Chicherin); presidido en Tiflis por Tigranov, Angreevski, y Nadejdin; se interrogó a Voznesenski el 20 de septiembre de 1907 y el 10 de junio de 1908, y en Bakú al camarada Koba (I. Stalin) el 19 de marzo de 1908. GDMS 87.1955-368.11-13 Alexandra «Sashiko» Svanidze-Monoselidze. El otro infiltrado: GF IML 8.2.1.54.214-215 Kote Charkviani. GF IML 8.2.1.22 G. Kasradze citado por Ostrovski, pp. 259-267. El comité de Tiflis, del que forman parte Stalin y Philip Majaradze, aprueba el atraco: Arsenidze, entrevistas n.º 1-3, 103-104, Nikolaevski caja 667, serie 279, carpetas 4-5. Sobre Gigo Kasradze: GF IML 8.2.1.624.1-26 Bachua Kupriashvili. <<

[3] Detención de Kato: GF IML 8.2.1.34.317-354 Mijeil Misha Monoselidze. GDMS 87.1955-368.1-16 Alexandra «Sashiko» Svanidze-Monoselidze. Nota de la policía de Moscú: GIAG 153.1.3440. *Bakinsky Rabochyi* 25 de abril de 1931 y 20 de abril de 1936. Golpe de noviembre de 1906: Kote Tsintsadze en Souvarine, *Staline*, pp. 99-100. Baikaloff, *I Knew Stalin*, pp. 20-21. Arsenidze, p. 232. Kutaisi: Tsintsadze, pp. 41-49. Dubinski-Mukhadze, *Kamo*, pp. 61-80. Kutaisi, Kamo y las chicas: GF IML 8.2.2.64 Alexandra Abramidze-Tsikhatatrishvili. Geifman, *Thou Shalt Kill*, p. 115. <<

[4] Berlín: Smith, pp. 194-196, Krupskaya acerca de Berlín. V. I. Lenin. *Polnoe Sobranie Sochineniya* (en adelante Lenin *PSS*), 15: 571. Stalin a propósito de Berlín: Milovan Djilas, *Conversations with Stalin*, p. 79. W. S. Churchill, *Second World War* (Londres, 1951), 6: 601. Stalin, *Works*, 2: 408-409. RGASPI 71.0.406 y 558.4.583. Kun, pp. 85-87. Ostrovski, pp. 256-259. H. Barbusse, *Stalin: A New World through One Man*, p. 53. Stalin, *Sochineniya*, 13: 122 Stalin a Ludwig. Voroshilov, *Rasskazy o zhizni*, 1: 336. V. I. Lenin, *Biograficheskaya khronika*, 2: 223. <<

[1] Extraordinariamente tensas, como animales: RGASPI 337.1.44 descripción de un delegado anónimo. Cuidados dispensados a Tskhakaya: RGASPI 157.1.18. GF IML 8.2.1.12.176-183 Said Devdariani. Stanford, Paris Ojrana, caja 195.16c, carpeta 1, sobre el pago de 1.500 rublos a un agente y Zhitomirski, etc. Andrew Rothstein, *Lenin in Britain*, pp. 21-29. I. Muravyova e I. Sivolap-Kaftanova, *Lenin in London*, pp. 165-168. Ivan Maiski, *Journey into the Past* (en adelante Maiski), pp. 54, 137-144. Volkogonov, *Trotski*, p.47. Williams, pp. 82-83. Service, *Stalin*, pp. 67 y 78-79. Service, *Lenin*, pp. 170 y 181-182. Para el Congreso, los judíos, Trotski, bonito pero inútil, y el número de delegados, véase «On Notes of a Delegate», Stalin, *Works*, 2: 47-80. Simpatía por los judíos: Stalin, *Works*, 1: 20. *I. V. Stalin o Lenine* citado en Smith, p. 188. Radzinski, *Stalin*, pp. 54-55. Smith, pp. 183-184. Trotski, *My Life*, pp. 88-91. Akopian, *Shaumian*, p. 44. Maxim Gorki, *Days with Lenin*, Londres sin fecha, pp. 5-7. Stalin y Churchill 15/16 de agosto de 1942: RGASPI 45.1.282. Gromyko, *Memoirs*, p. 31. W. J. Fishman, *Streets of East End*, pp. 76-114. Alan Palmer, *The East End*, p. 111. George Lansbury, *My Life*, p. 246. J. Carswell, *The Exile: The Life of Ivy Litvinov*, pp. 63-70. Medvedev, *Let History Judge*, p. 309. W. J. Fishman, *East End Jewish Radicals*, p. 264. Véase asimismo: *London Landmarks: A Guide with Maps and Places Where Marx, Engels and Lenin Lived and Worked*. Piaty (Londonsky) syezd Protokoly, pp. 121, 241, 349, 350. Voroshilov, *Rasskazy o zhizni*, 1: 336. Enfermedad de Tskhakaya e Ivanovich firma el contrato del préstamo: Dubinski-Mukhadze, «Mikhail G. Tskhakaya», pp. 111-112. «Amigo de Illich — Mikho», *Literaturnaya Gruzia* n.º 1, 1965, pp. 15-20. Torre: *Observer* 24 de octubre de 2004; Mussolini: *Evening Standard* 14 de octubre de 2004. Bacon, *Daily Express* 5 de enero de 1950. Congreso: *Daily Mail* 10, 11, 13, 20, 21 de mayo de 1907; *The Times* 13, 17 de mayo de 1907; *Daily Mirror* 22 de mayo de 1907 y 10, 11, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 22 de mayo de 1907; *Daily Express* 10 de mayo de 1907. «¿Quién es ése?», preguntó Stalin a Shaumian: Yves Delbars, *The Real Stalin*, pp. 53-55. Debo expresar mi especial agradecimiento al Dr. John Callow, Director e Investigador de la Marx Memorial Library, de Londres, el máximo experto en este tema, que me brindó su generosa guía, y me contó sus recuerdos acerca de los mitos urbanos de «Stalin en Gales» y «Stalin en Liverpool», oídos respectivamente en el bazar del *Morning Star* y en Profile Books de Liverpool durante los años ochenta. <<

[2] París: GF IML 8.2.1.56 G. I. Chochia. Para las fechas exactas del viaje: Ostrovski, pp. 255-259. <<

[1] Incautación de Tiflis: véanse las notas del Prólogo. GF IML 8.2.1.624.126 Bachua Kupriashvili. GF IML 8.2.1.50.239-255 Dzhavaira Khutulashvili. Asesinato de Chavchavadze: Ordzhonikidze; véase V. M. Gurgenidze citado en Geifman, *Thou Shalt Kill*, pp. 92-96. Stolypin: Williams, p. 85. Service, *Stalin*, p. 69. Arsenidze, entrevistas n.º 1-3, 103-104, Nikolaevski caja 667, serie 279, carpeta 4-5. Tsintsadze, pp. 40-49. Charkviani, «Memorias». Trece horas para el trayecto Tiflis-Bakú: *Baedeker*, p. 471. Krupskaya, pp. 40 y 151-152. Radzinski, *Alexander II*, p. 227 acerca de Bakunin. Soborno del capitán Zubov: Ostrovski, pp. 545-547. Fanny: Futrell, p. 60. <<

[2] GF IML 8.2.1.624.1-26 Bachua Kupriashvili. Kamo: Bibineishvili, pp. 94-110. Imnaishvili, *Kamo*, pp. 47-51. Dubinski-Mukhadze, *Kamo*, pp. 1286. *Russian Review* vol. 19 n.º 3, julio de 1960, pp. 227-247. Williams, pp. 74, 104, 114-123, 185. Kun, p. 75. Geifman, *Thou Shalt Kill*, pp. 38, 85-92, 116-118, 167, 190, y 201. Krasin, «Bolshevistskaya partiinaya tekhnika», p. 813. Nikolaevski, «Bolshevistky zentr». Stanford, Paris Ojrana, caja 200, carpeta ID XVII n4a y carpeta XVII m 1. Tsintsadze a propósito del golpe del ferrocarril de Chiatura (21.000 rublos), en Souvarine, *Staline*, p. 100. Arsenidze, p. 232. Bombas y Krasin: Williams, pp. 61-63, 112. Radzinski, *Stalin*, p. 59. Baikaloff, pp. 20-21. La compra de armas de Litvinov: véase *Istorichesky Arkhiv* n.º 4 1960, pp. 95-110. Phillips, *Between the Revolution and the West*, pp. 9-11. «From Bolshevik to British Subject», *Slavic Review* 48 n.º 3, otoño de 1989, pp. 388-398. Krupskaya citada en Trotski, *Stalin*, p. 105. Bibineishvili, pp. 116-130. Medvedeva-Ter-Petrossian, «Tovarish Kamo». RGASPI 332. 1.53: Comité del TSL Organizado para Investigar la Incautación de Tiflis. Stanford, Paris Ojrana, 209 carpeta XXb carpeta 2; 209 XXb carpeta 1; carpeta XVII L carpeta 2, XX 328, XXB, XXVII C, XXV c carpeta 1, XXVIIc carpeta I, XXVIIc sobre Wallach y Kamo del Jefe de los Servicios de Inteligencia de París (con la tesis de que en el golpe participaron sesenta y tres personas). Sobre el confidente de la Ojrana, según el cual la incautación de Tiflis había sido llevada a cabo por los socialistas revolucionarios y el dinero había sido robado por Kamo: Vahtang Guruli, *Materials for Stalin's Biography*, pp. 9-11, y agentes «N» y «Bolshaya» de la Ojrana de Tiflis sobre el 15 y el 2 de julio de 1907. GIAG 95.1.82.15, 21, 23. Carswell, *The Exile*, p. 55. Crédit Lyonnais: véase Ostrovski, pp. 499-500. Lenin se enfrenta a Bogdanov: Service, *Lenin*, p.98. <<

[3] Chavichvili, *Révolutionnaires russes à Genève*, pp. 74-91. RGASPI 332.1.53: Comité del TSL Organizado para Investigar la Incautación de Tiflis. Expulsión: Arsenidze, p. 232. Y. Martov a propósito de la expulsión de Stalin: *Vperod* 31 de marzo de 1918. Y. Martov, *Spasiteli il uprazdniteli? Kto i kak nazrushal RSDRP?*, París, 1911, p. 23. Caso Martov: Service, *Stalin*, p. 164. Tribunal revolucionario: 5 de abril de 1918 — RGASPI 558.2.42 citado en Kun, pp. 79-84; exactamente el tipo de persona que necesita Lenin, las expulsiones no fueron legítimas, p. 127. *Pravda*, 1 de abril de 1918. Trotski, *Stalin*, pp. 101-109. GF IML 8.2.1.624.1-26 Bachua Kupriashvili. <<

[1] La casa de Stalin: *Alliluyev Memoirs*, pp. 52-54, 137; Nadia se cae al mar, p. 110, aunque Anna dice que fue su hermano el que la salvó. La casa: GDMS 1955-146.51-56 G. Elisabedashvili. RGASPI 558.4.663 Sergei Alliluyev. Pulcritud — Sergei Alliluyev citado en Lily Marcou, *Staline: Vie privée* (en adelante Marcou), p. 53. Kun, p. 38. Tiflis una ciénaga: Stalin, *Works*, 2: 188, y 8: 174-175. Service, *Stalin*, p. 70. Suny, «A Journeyman for the Revolution», pp. 373-394. Las mujeres y Spandarian: Vulikh en Kun, pp. 129-130. Tucker, p. 105. Comienzos como político ruso: Stalin, *Works*, 2: 42-46. Los Rothschild: Smith, p. 399. Mayor laxitud policial: RGASPI 124.1.2035 M. Frumkin. Escuadrones de combate y golpes en el arsenal y en el barco, Vyshinski: GDMS 49 I. Bokov. RGASPI 558.4.583 I. Bokov. GF IML 8.2.1.19 S. Kavtaradze. GF IML 8.2.1.624.1-26 Bachua Kupriashvili. Ostrovski, pp. 259-267. Fomento de las huelgas: véase Sergo Ordzhonikidze y otros en A. Rokhlin, *Dvadtsat piat let Bakinskoi organizatsii bolsehvistikov*. GF IML8.2.1.35 I. P. Nadiradze. Anastas Mikoyan, *Tak bylo*, pp. 347-348. Shaumian y la suciedad de Bakú: Mikoyan, *Memorias*, pp. 72-74. Tensiones de Shaumian, tártaros en las reuniones, actos de extorsión mafiosa a cambio de protección de Stalin, asesinato de confidentes, desenfreno de Spandarian, Stalin era el verdadero capo, gangsterismo: Tatiana Vulikh a Boris Nikolaevski, en Nikolaevski caja 207, carpeta ID 207-209. Persia: RGASPI 558.4. 583 Mir Bashir Kasumov. Relaciones de Stalin con los musulmanes de Bakú: «Historia del proletariado obrero turco» en Effendiev, «Istoriya rabochego», p. 53. <<

[2] Bakú, ciudad demasiado persa, historia de los Nobel, los Rothschild, salarios, anécdotas de magnates como los Mantasehev, etc.: Tolf, *Russian Rockefellers*, pp. 87-100, 139-141, 151-158, 182. Anna Alliluyeva en *Alliluyev Memoirs*, pp. 52-55, 84-86. Daba a los bolcheviques: Krasin, en Williams, p. 59. Tiflis. Una ciénaga provinciana, Bakú una capital: Stalin, *Works*, 2:188; segundo bautismo de fuego: Stalin, *Works*, 8: 174-175. Suny, «A Journeyman for the Revolution», pp. 373-394. Asesinatos, etc.: Geifman, *Thou Shalt Kill*, p. 414. Llena de humo y sombría: Trotski, *Stalin*, p. 4. Essad Bey, pp. 123-137. Mikoyan, *Tak bylo*, pp. 347-348. Shaumian y la suciedad de Bakú, Mikoyan, *Memorias*, pp. 7274. Calidoscopio: Stalin, *Works*, 2: 378. Bakú incontrolable: Stalin, *Works*, 2: 141. Reino del petróleo: Stalin, *Works*, 2:141. Sobre Bakú, los pistoleros y las huelgas: Stalin, *Works*, 2: 81-83. Centro revolucionario: Stalin, *Works*, 1: 189. Reiss, *The Orientalist*, pp. 9-15, incluida la cita de «Dodge City» de la p. 12; y relación de Stalin con su madre y con Krasin, pp. 20-21; cita de Essad Bey «mi madre financió la imprenta de Stalin con sus diamantes», p. 21; nuestra ciudad es como el salvaje Oeste, p. 32. La ciudad más peligrosa, desarraigo, violencia física, violaciones, moradas prehistóricas, Gorki, esperanza de vida, perros destripados: Baberovski, *Der Feind*, pp. 62-67. Nikita Dastakian, *Il venait de la Ville Noire*: Mauseristas. Stalin, experto en la industria del petróleo: Mgeladze, p. 28. Para los relatos sobre los barones del petróleo, los Nobel, los palacios de Bakú: véase la serie de Faud Akhundov, «Legacy of the Oil Barons», partes 14 en *Azerbaijan International Magazine* 1994. Farid Alakbarov, «Baku's Old City: Memories of How It Used to Be», *Azerbaijan International Magazine*, otoño 2002. Véase asimismo la obra clásica de Manaf Suleymanov, *Eskitdiklarim, Okhuduglarim, Gorduklarim* («Lo que vi, lo que leí, lo que oí»). <<

[3] Berlín, agosto de 1907: RGASPI 558.15095. Kun, pp. 85-87, 341. W. S. Churchill, *Second World War*, 6: 601. Stalin, *Works*, 2: 48; 13: 121, 388. Djilas, *Conversations with Stalin*, p. 79. Smith, pp. 194-196. <<

[4] Spandarian, mujeriego y cuál la suerte de la esposa de un bolchevique: véase carta de Olga Spandarian a Shaumian en «Suren Spandarian en el destierro de Siberia», *Vestnik Archivov Armenii* n.º 1, 1966. Colitis hemorrágica: GF IML 8.2.1.34.317-354 Mijeil Misha Monoselidze. GDMS 87.1955-368.1-16 Alexandra «Sashiko» Svanidze-Monoselidze. Brote de tifus: entrevista del autor a Mariam Svanidze, prima de los Svanidze, de 109 años de edad, Tiflis 2005. GDMS 1955-146.51-56 G. Elisabedashvili. La cuidó: entrevista del autor a Katevan Gelovani, prima de los Svanidze, Tiflis, 2005. Volkogonov, *Trotski*, p. 11. Tuberculosis y pulmonía, le cerró los ojos: Levon Shaumian en Kun, p. 342. Extremaunción: Delbars, *The Real Stalin*, pp. 52-53. <<

[1] GDMS 1955-146.51-56 G. Elisabedashvili. GF IML 8.2.1.34.317-354 Mijeil Misha Monoselidze. GDMS 97.1955-368.1-16 Alexandra Sashiko Svanidze-Monoselidze. Gori: Davrichewy, p. 35. Iremashvili, pp. 30-40. Stalin se arrojó a la fosa: entrevista realizada por este autor a Katevan Gelovani, prima de los Svanidze. Anuncio en la prensa: RGASPI 558.4.97. Como la quería, abrumado por el dolor, la pistola, no supo apreciar: RGASPI 558.4.647 Pelageya Onufrieva. Kun, pp. 117 y 341; funeral cómico, p. 342. <<

[2] *Alliluyev Memoirs*, pp. 52-54, 137, 110. La casa: GDMS 1955-146.5156 G. Elisabedashvili. RGASPI 558.4.663 Sergei Alliluyev. Marcou, p. 53. Kun, p. 38. Stalin, *Works*, 2: 42-46 y 188; 8: 174-175. Service, *Stalin*, p.70. Suny, «A Journeyman for the Revolution», pp. 373-394. Vulikh en Kun, pp. 129-130. Tucker, p. 105. Smith, pp. 214 y 399. RGASPI 124.1.2035 M. Frumkin. Vyshinski: GDMS 49 I. Bokov. Ostrovski, pp. 259-267. RGASPI 558.4.583 I. Bokov. GF IML 8.2.1.19 S. Kavtaradze. GF IML 8.2.1.624.1-26 Bachua Kupriashvili. Sergo Ordzhonikidze en Rokhlin, *Dvadtsat piat let Bakinskoi organizatsii bolshevistikov*. GF IML 8.2.1.35 I. P. Nadiradze. Shaumian: Mikoyan, *Tak bylo*, pp. 347-348. Shaumian y la suciedad de Bakú: Mikoyan, *Memorias*, pp. 72-74. Tatiana Vulikh a Boris Nikolaevski, Nikolaevski caja 207 carpeta ID 207-209. Carta de Olga Spandarian en «Suren Spandarian en su destierro en Siberia». Persia: RGASPI 558.4.583 Mir Bashir Kasumov. Abel Yenukidze, «Iz proshlogo nashei partei», p. 18; Effendiev, «Istoriya rabochego», pp. 14-53. Relaciones de los musulmanes con Nariman Narimanov y Mammad Amin Rasulzade, véase Rais Rasulzade, «Rasulzade: Founding Father of the First Republic», *Azerbaijan International Magazine* 1999. Rasulzade tuvo una carrera fascinante, fundando el partido de los socialdemócratas azeríes (que ocultaron a Stalin cuando estaba en busca y captura) y luego el partido Musavat, contribuyendo después a la creación del Azerbaiyán independiente de 1918-1921 antes de ser salvado y trasladado a Moscú por Stalin, que lo dejó marchar al exilio (donde Hitler intentó reclutarlo como líder de un Cáucaso patrocinado por Alemania). <<

[3] Stalin en Suiza: Ostrovski, p. 265. Plekhanov y su hija en Suiza: GF IML 8.2.1.3.291-310 Niko Akhmeteli. <<

[1] Redadas en Bakú y detención: los escuadrones de combate y el arsenal, robos en barcos, Vyshinski, eléctrico, casi demasiado amigo de la conspiración, asesinato de sus oponentes, planes de sacar a Stalin de la cárcel: GF IML 8.2.1.6.183-203 Ivan Bokov. GDMS 49 I. Bokov citado en Ostrovski, pp. 259-267. RGASPI 558.4.583 I. Bokov. Vyshinski acerca del golpe dado en la nave *Nicolás I*: Victor Serge, *Portrait de Staline*, p. 29. Vyshinski, la familia en Odessa y Bakú, en 1905-1907, la Bailovka, y en 1917-1918: A. Vaksberg, *Stalin's Prosecutor*, pp. 13-27. GF IML 8.2.1.19 S. Kavtaradze. GF IML 8.2.1.624.126 Bachua Kupriashvili. RGASPI 558.4.523 y 627. RGASPI 4.84. RGASPI 4.107. S. Vereshchak, «Stalin v tyurme», *Dni* 24 de enero de 1928. Sagirashvili, pp. 182-183. Service, *Stalin*, pp. 78-79. Marcou, pp. 55-57. Para el pseudónimo K. Kato: Stalin, *Works* 2: 125-131. La novia de Bakú: GMIKA 24(80).114 Alvasi Talakvadze. Yenukidze, «Iz proshlogo nashei partei», p. 18. Voroshilov: RGASPI 74.2.130 y 240. Ludmilla Stal, Tatiana Slavatinskaya: F. Chuev, *Kaganovich*, pp. 160-162. A. Daushvili, *Story of Soso Djugashvili*, pp. 239 y 252. Stal y Krupskaya en París, 1911: Krupskaya, p. 196. Maiski, p. 45. Marcou, p. 66; biografía de Ludmilla Stal: «Istoki podviga», *Ural* n.º 3, 1979. Fiestas/desviaciones de Stalin y Spandarian: GF IML 8.2.1.42 A. D. Sakvarelidze. Susceptibilidad, desollar vivo: GF IML 8.2.1.27.202-210 Ivliane Kukulava. Dinero de Mancho, los Rothschild, Landau, las compañías petrolíferas: RGASPI 124.1.325; RGASPI 71.15.213; RGASPI 558.4.659 Sergei Alliluyev. A. Rokhlin, *25 let Bakinskoi organizatsii bolshevistikov*, pp. 81-83. Ostrovski es el historiador que mejor ha estudiado las relaciones existentes entre Stalin y las grandes empresas, pp. 473-475, 587-589, 593-594. Reiss, *The Orientalist*, pp. 9-21 y 32. Mi agradecimiento al príncipe Karol Schwarzenberg por la anécdota del Dr. Felix Somary: se la contó el propio Somary en su vejez. Los guardias chechenios dan una paliza a Stalin: deseo dar las gracias al profesor Jorg Baberovski por esta anécdota. Secuestro de Musa Nageyev: Farid Alakbarov, «Baku's Old City: Memories of How It Used to Be». Mukhtarov y Stalin, leyendas sobre los barones del petróleo de Bakú, los Nobel, los palacios, etc.: véase Akhundov, «Legacy of the Oil Barons», partes 1-4. Memorias de Manaf Suleymanov, *Eskitdiklarim*; véase **azeribook.com/history/manaf_suleymanov**. Para Nageyev, véase asimismo Jilar-Khanum, nieta; y las charlas de diez minutos de Stalin citadas en **echo-az.com/archive/2004_09/911/kultura02.shtml**. <<

[2] Bailov: GF IML 8.2.1.35.35-49 Ilya P. Nadiradze — cambiazo, visita de Keke, plan de la sierra. Vereshchak, «Stalin v tyurme». Essad Bey, pp. 141-142. Smith, pp. 214-220. Service, *Stalin*, pp. 79-81. Trotski, *Stalin*, p. 120. Condena: Ostrovski, p. 281; carta de Vyshinski, p. 285. Vyshinski, la familia en Odessa y Bakú, en 1905-1907, la Bailovka, y en 1917-1918: A. Vaksberg, *Stalin's Prosecutor*, pp. 13-27. El viaje, la cárcel de Butyrki, hospital de Viatka, etc.: RGASPI 558.4.629 y 71.10.276. Carreras de piojos, la locura, lucha, backgammon, la pelea de Sergo contra los socialistas revolucionarios: GF IML 8.2.1.42 A. D. Sakvarelidze. Plan para hacer salir de la cárcel a Stalin: GF IML 8.2.1.6.183-203 Ivan Bokov. Sergo y los socialistas revolucionarios, Stalin a Voroshilov: RGASPI 73.2.38. ¡Arre!, fugas, historias de Budu y Stalin: entrevistas del autor a Izolda Mdivani (viuda de Vahtang, el hijo de Budu) y a la familia Mdivani, Tiflis, Georgia, 2006. Política, negocio sucio: entrevista del autor a Yuri Zhdanov. Trabajos sucios para la revolución: Beria, p. 18. <<

[1] Solvychegodsk: GAVO 108.1.5058.1-29. RGASPI 157.916 Stepan Shaumian a M. Tskhakaya. RGASPI 558.4.647 —entre las diversas compilaciones de recuerdos incluidas en esta fuente están Tatiana Sujova; F. I. Blinov y la cárcel de paso de Vologda; Stepan Belyakov, empleado de la estafeta de correos/carcelero; Alexandra Dobronravova (baile); A. Dubrovin (Mustafa murió ahogado); M. Krapina acerca de los cantos, el Gallo de Río y la fuga; biblioteca del cura. Sobre Sujova y Petrovskaya: GAVO 108.2.3992 y GAVO 108.1.2372. Stalin a Sujova: RGASPI 558.1.4372. Detalles de Petrovskaya: oficina del gobernador de Bakú, ficha de I. Djugashvili que incluye el interrogatorio de S. Petrovskaya y Stalin en Bakú RGASPI 558.1.635.1-95. Información de los archivos locales de Vologda, horarios de trenes, etc. — Ostrovski, pp. 290-292. Service, *Stalin*, p. 70. Smith, pp. 222-232. Fugas: Daly, *Watchful State*, p.72. Sergei Alliluyev, *Pravda* 22 de diciembre de 1939. *Alliluyev Memoirs*, pp. 136-137. Trotski en Kun, pp. 96-97. V. Nikonov, *Molotov Molodost*, pp. 75-90. Ayuda de un forastero georgiano: Charkviani, «Memorias». Stalin a Malakia Toroshelidze: Dubinski-Mukhadze, *Shaumian*, p. 156. Hundimiento de los bolcheviques: Tucker, pp. 147-150. Service, *Lenin*, 195-198. Lenin sobre la pornografía, citado en Lauchlan, *Russian Hide-and-Seek*, p. 245. Stalin y las mujeres: *Molotov Remembers*, pp. 164 y 174. Pañuelo de seda, flor, T. Sujova: RGASPI 558.4.647. Problemas con el brazo a la hora de bailar, no puede llevar a las mujeres cogidas de la cintura: Montefiore, p. 260. Kun, p. 216 — Entrevista a Kira Alliluyeva, citando a su madre, Zhenya. Entrevistas del autor a Kira Alliluyeva, Moscú. Pie: Service, p. 571. <<

[2] Sergei Alliluyev, *Pravda* 22 de diciembre de 1939. *Alliluyev Memoirs*, pp. 136-137. E. D. Stasova, *Stranitsy zhizn i borby*, p. 49. RGASPI 558.2.564 y 565 K. Savchenko. RGASPI 161.1.20. Lechero, informes de la Ojrana: GARF 102.00.1909.5-3-A. Dirección de la lechería: RGASPI 558.1.4516 Stalin a Tskhakaya. <<

[1] Actividades de Stalin, informes de «Fikus» a la Ojrana: GARF 102.00.1909.5-5-A. Muerte de Beso: RGASPI 71.1.275. Muerte y entierro de Beso: GF IML 8.14.160.1-8. Cuestiones financieras: S. M. Levidova y E. G. Salita, *E. D. Stasova: biografichesky ocherk*, p. 173. GF IML 8.2.1.624.1-26 Bachua Kupriashvili sobre el asalto al barco correo. Stalin, *Works*, 2: 150-162. RGASPI 558.1.26. RGASPI 558.1.4516. Service, *Lenin*, pp. 195-198. <<

[2] Williams, pp. 154-155; RGASPI 558.1.4516 Soso Stalin a Tskhakaya. Service, *Lenin*, pp. 195-198. Tucker, pp. 147-149. Suny, «A Journeyman for the Revolution», pp. 373-394. RGASPI 124.1.325; RGASPI 71. 15.213; RGASPI 558.4.659 Sergei Alliluyev. Rokhlin, *25 let Bakinskoi organizatsii bolshevistikov*, pp. 81-83. Ostrovski, pp. 473-475, 587-589, 593-594. Stalin y Mdivani (Bochka) avisados por los gendarmes: *Krasnyi arkhiv* n.º 2 (105) 1941, p. 7. Caza de brujas en busca de traidores: *Krasnyi arkhiv* n.º 2 (105) 1941, pp. 7-8. Caso de la pareja A. Prussakov y E. Kozlovskaya junto con el de Leontiev: RGASPI 558.4.649 A. Khumarian. Caso Leontiev: *Zaria Vostoka* 28 de abril de 1928 S. Yakubov. Agente de la Ojrana: GARF 102.00.1909.5-3-A. Stalin y Sergo a punto de ser detenidos: Japaridze, *Vospominaniya*, p. 61. Stalin escribe a los editores de la revista *Bakinsky Proletary* acerca de las provocaciones: RGASPI 558.1.26. Visita de Chernomazov y acusación de Koberidze: Ostrovski, pp. 304-306. Stalin y Kuzma se acusan mutuamente: B. Kaptelov y Z. I. Peregudova, «Byl li Stalin agentom Okhranki?», *Rodina* n.º 5, 1989, p. 68. Nombramiento del Departamento Ruso: *Proletarskaya Revolyutsiya* n.º 5, 1922, pp. 231-232. I. P. Vatsek: RGASPI 71.15.213. Shaumian: Mikoyan, *Tak bylo*, pp. 347-348. Mikoyan, *Memoirs*, pp. 72-74. Uratadze, p. 67. Arsenidze, pp. 72 y 224. Jordania, «Stalin». Olga Shatunovskaya: RGASPI 558.4.671. Tatiana Vulikh a Boris Nikolaevski, Nikolaevski caja 207, carpeta ID 207-9. Cómo reclutaba la Ojrana: *Alliluyev Memoirs*, pp. 43-45. Agentes entre los bolcheviques y cómo la Ojrana sembraba la sospecha deliberadamente: Daly, *Watchful State*, pp. 95, 106 y 117; Lenin dice que matar a los delatores es la obligación de toda persona honesta, p. 37. Stefania Petrovskaya: K. Stefin en Stalin, *Works* ,2: 179-201. Acusaciones de Stalin a Chernomazov atestiguadas en GF IML 8.2.1.15.266-272 Natalia Dondarov (Azarian). Petrovskaya: GF IML 8.5.212 informe del coronel Leontiev de la Ojrana 28 de abril de 1914. <<

[3] Agente zarista: en esta sección, a menos que cite específicamente otra fuente, se lo debo todo a Ostrovski, pp. 431-462; para las fugas del destierro, pp. 431-439; para la corrupción de la policía, p. 515 y pp. 545-547; para los partes de «Fikus» sobre la información recogida por Stalin, p. 578; para el soborno de 800 rublos por la liberación de Sverdlov, p. 595. Las cinco fugas de Stalin: Charkviani, «Memorias». RGASPI 671.1.287 recibos de dinero en Turukhansk 1913-1915. Ordzhonikidze y Zaitsev: RGASPI 558.4.258. Japaridze, *Vospominaniya*, pp. 61-62. GARF 110.19.119. Stalin se encuentra con un oficial de la policía por la calle y chivatazos de los gendarmes: GDMS 167 G. Varshamian; GARF 102.00.5-61-A. Medvedev, *Let History Judge*, pp. 314-324. Service, *Stalin*, p. 74. Carta Eremin: Lee, «Eremin Letter». Texto de Eremin en Smith, p. 306. Memorándum del general Ivan Serov al Primer Secretario N. S. Jrushchev y al Politburó, RGASPI 558.11.1288 4 de junio de 1956. Vulikh a Nikolaevski, Nikolaevski caja 207, carpeta ID 207-9. Uratadze, p. 67. Arsenidze, pp. 72 y 224. Jordania, «Stalin». Olga Shatunovskaya: RGASPI 558.4.671. Empleos de Shaumian, se libra de la detención sobornando al capitán Zaitsev: Akopian, *Shaumian*, pp. 64-76. El director de la cárcel Vachiev, 150 rublos a cada preso por su liberación: «Iz proshlogo nashei partei», pp. 146-147. B. Kaptelov y Z. Peregudova, «Byl li Stalin agentom Okhranki?», *Rodina* n.º 5, 1989, pp. 67-69. Artyom Gio, *Zhizn podpolnika*, pp. 67-73. B. Slavin, «Stalin i Okhranka», *Alternativy* n.º 1, 1998, pp. 78-81, incluyendo el informe de Mikoyan sobre la Conferencia de Praga de 1912 y la reunión de Stalin con el agente Taylor (Malinovski), los planes de visitar a Lenin y el trabajo en *Pravda*. Detalles de la vigilancia de la Ojrana durante el período 1908-1913: *Krasnyi arkhiv* n.º 2 (105) 1941, pp. 4-31. Stalin dice de la traición que es peor que la mordedura de la muerte: GF IML 8.6.312 D. Chkheidze (Turdospireli). Stalin publica su propia biografía resumida en la que incluye el número de detenciones: «I. V. Stalin sam o sebe: redakzionnaya pravka sobstennoy biografii», *Izvestiya TsK KPSS* n.º 9, 1990. <<

[1] RGASPI 558.1.628 y 635.1-95 despacho del gobernador de Bakú — Ficha de I. Djugashvili en la que se incluye el interrogatorio de S. Petrovskaya y de Stalin en Bakú. RGASPI 558.11.1290 y RGASPI 558.4.130 y 208. Detenciones de Stalin y Petrovskaya: Archivo Histórico Nacional de Azerbaiyán 46.3.90.430, 46.1.324.165, 46.3.22.52, 46.3.348.10; y sobre Shaumian, Stalin y Petrovskaya 1.1.479.12, 46.3.348.6, 7, 8, 156.1.51.66; destierro del Cáucaso 498.1.666.8-10, 46.3.495.103a, 498.1.176.73-74, 498.1.176.73-74, 498.1.175.38, 498.1.176.75-77, 81.1.27, 498.1.550.156. Hospital: GF IML 8.5.208 E. Esaian. Martynov: GARF 102.00.1910.5-6-B. Petrovskaya: GF IML 8.5.212 informe del coronel Leontiev, de la Ojrana, de 28 de abril de 1914. Sobre la vida posterior de Stefania: Ilizarov, p. 288; A. L. Litvin y otros (eds.), *Genrikh Yagoda Narkom Vnutrennikh*, Kazán, 1997, p. 197. <<

[2] RGASPI 558.4.628 memorias de diversos individuos. Memorias de Maria Kuzakova y de otros, entre ellos Kryukova: REGASPI 558.4.647. Correspondencia y contactos con el extranjero: 31 de diciembre de 1910 y enero de 1911: Stalin, *Works*, 2: 209-218. *Zaria Vostoka* 23 de diciembre de 1925. Ivanian: RGASPI 558.1.5097. S. V. Malyshev, «Moia rabota v Pravde», *Bolshevistkaya Pechat* vol. 4, 1937, p. 22. ¿A San Petersburgo?: Kun, p. 109. Serafima Khoroshenina, memorias de Kuzakova y archivos locales — GAVO 108.1.4670 y 5058, 108.2.235; GAVO 18.2.4988 y PAVO 108.1.4670, 3837.5.27, 3837.5.27 y 3837.5.2, y PAVO 859.10.43. Mi agradecimiento a los directores de los dos archivos de Vologda por la ayuda recibida. Ostrovski, pp. 321-328: mi relato del matrimonio de Serafima se basa en las investigaciones de Ostrovski en el archivo del partido de la región de Arcángel (PAVO 859.10.21.1-2). Y. Sukhotin, «Bastard krasnogo vozhda», GARF 102.00.1910.5. Libros, policía, alegre, cantando, riendo, libros de ficción y de historia, estancia en la cárcel: RGASPI 558.4.540 Ivan Golubev. *Vstrechi s vozhdem: Rasskazy krestyan s Kureiky o tov. Staline*, pp. 32-36. Nikonov, *Molotov Molodost*, pp. 75-90. Sexo y aburrimiento: entrevista del embajador británico *sir* David Nelly con Stalin 28 de junio de 1949, informe cifrado n.º 548: mi agradecimiento a Lawrence Nelly y PRO 77618. Aram Ivanian: Kun, pp. 110-119; RGASPI 558.1.5097; Beria, p. 135. Irritación de Lenin: Dubinski-Mukhadze, *Ordzhonikidze*, pp. 75-76. Stalin planta pinos: Mgeladze, pp. 54-55. Guy Chazan, «East-West Alloy Reviving Stalin's Belch», *Wall Street Journal* 9 de junio de 2004: mi agradecimiento a Guy Chazan por la anécdota. Lordkipanidze: Charkviani, «Memorias». <<

[1] Vologda: RGASPI 71.10.276. RGASPI 71.10.647. RGASPI 558.1.4333. GARF 111.1.1110a. RGASPI 558.1.30. RGASPI 558.1.5377. RGASPI 558.1.647. P. G. Fomina-Onufrieva. Y también: *Izvestiya TsK* n.º 10 1989, p. 190. RGASPI 55.4.647 Sophia Kryukova. Vida de Onufrieva: Kun, pp. 113-118. GARF 102.00.1911.5.83 y 102.7d.1911.2093. GAVO 108.1.5058. Ostrovski, p. 331. *Krasnyi Arkhiv* n.º 8, 1937, pp. 165-197. *Krasnyi Arkhiv* n.º 2 (105) 1941, pp. 19-20. Detalles de la vigilancia de la Ojrana 1908-1913: *Krasnyi Arkhiv* n.º 2 (105), 1941, pp. 4-31. Stalin se encuentra con Sergo en San Petersburgo: RGASPI 161.1.20 V. I. Shveitzer. S. Alliluyev, «Vstrechy v Stalym», *Pravda* 22 de diciembre de 1939. RGASPI 558.4.148 y 166. Spandarian le cuenta a Krupskaya que Sergo dio cincuenta rublos a Koba en septiembre de 1911 en S. Shaumian, *Izbrannye proizvedeniya* n.º 1, pp. 346-347. A. S. Alliluyeva, *Vospominaniya*, pp. 38-40, a propósito de Todria, etc. Trotski, *Stalin*, p. 134. «Serov» por M. Parrish en *Slavic Military Studies* septiembre de 1997, p. 127. Memorándum del general Ivan Serov al Primer Secretario N. S. Jrushchev y al Politburó: RGASPI 558.11.1288, 4 de junio de 1956. <<

[2] GARF 7d.1911.2093 y 102.00.1912.5-14-V. RGASPI 558.4.166. Para la policía, la Gendarmería, la Ojrana y sus movimientos: Ostrovski, pp. 336-342. RGASPI 558.2.75 y 76. Cinco fugas, sobornos de cinco rublos, reunión con Spandarian, conspiración rigurosa, carta sobre Praga, entrevista de Rostov, salto del tren: RGASPI 161.1.20 V. L. Shveitzer. RGASPI 558.2.75. RGASPI 17.4.647. *Molotov, Poluderzhavnyi*, p. 297. *Izvestiya TsK* n.º 5, 1989, p. 185. *Kommunist* vol. 8-9, 1988. B. Slavin, «Stalin i Okhranka», *Alternativy* n.º 1, 1998, pp. 78-81. Clave: Kun, p. 139. Praga: Ordzhonikidze citado en Kun, p. 129. Malinovski: Ralph Carter Ellman, *Roman Malinovski*, pp. 15-26, 31-33, 40-41, incluyendo la cita sobre el aspecto físico, la cita de Lenin, histérico, resignado, fusilado, pp. 58-66. Krupskaya, pp. 211 y 225. Radzinski, *Stalin*, pp. 82-86, incluyendo las citas de Lenin y Malinovski. *Krasnyi Arkhiv* n.º 8, 1937, pp. 165-197. *Krasnyi Arkhiv* n.º 2 (105), 1941, pp. 1920. Detalles de la vigilancia de la Ojrana 1908-1913: *Krasnyi Arkhiv* n.º 2 (105), 1941, pp. 4-31. <<

[1] S. Kavtaradze, *Iz vospominanii o tov. Staline*, pp. 3-17. Slavatinskaya: RGASPI 124.1.1782; cartas de Stalin a Slavatinskaya: RGASPI 558.1.5392. Yury Trifonov, *Otblesk kostra*, pp. 33-40. Idilio bien conocido: Ludmilla Stal/Tatiana Slavatinskaya: Chuev, *Kaganovichr*, pp. 160-162. Paseo en trineo: *Alliluyev Memoirs*, pp. 138-141. RGASPI 161.1.20 V. L. Shveitzer. <<

[2] Tiflis: RGASPI 558.4.534 M. Agayan. GF IML 8.2.1.34.317-354 Mijeil Monoselidze. GDMS 87.1955-368.1-16 Alexandra «Sashiko» Svanidze-Monoselidze. RGASPI 161.1.20. V. Shveitzer: GARF 102.00.1912.5-7-b. GARF 102.265.540. V. S. Emuksuzian, *Suren Spandarian*, pp. 26-29. *Istorichesky Zapisky* n.º 30, p. 80. Ostrovski, p. 349. Visitas a Tiflis y Bakú: RGASPI 558.4.665; GF IML 8.2.1.42. G. Haupt, *Les bolsheviks par eux-mêmes (Makers of the Russian Revolution)*, pp. 268-273. <<

[3] Bakú: Nikolaevski caja 207, carpeta 207-15 B. N. carta a T. Vulikh 8 de agosto de 1949. Rostov: RGASPI 161.1.20 Vera Shveitzer. *Krasnyi Arkhiv* n.º 2 (105) 1941, p. 26. Moscú, salto del tren en marcha: Ostrovski, pp. 350-351. <<

[4] *Zvezda* y *Pravda*: Nikonov, *Molotov Molodost*, pp. 50-56; encuentros de Molotov y Stalin, pp. 113-115. RGASPI 161.1.20. Stalin, *Works*, 2: 225-247, y 5: 130. *Alliluyev Memoirs*, pp. 148-149. *Enziklopedichesky slovar Russkogo biographicheskogo instituta granat* vol. 41; 2.62-63. Detención: RGASPI 4.186. Stasova: RGASPI 71.10.407. Primero de Mayo: Stalin, *Works*, 2: 219. Daly, *Watchful State*, pp. 130-132. Trotski, *Stalin*, p. 126; citando a Stalin y a Lenin, p. 137. Service, *Stalin*, pp. 86-87. Malinovski: Service, *Lenin*, p. 206. Bofetada al niño: Medvedev, *Let History Judge*, p. 337. RGASPI 161.1.20 V. Shveitzer. <<

[1] Narym: RGASPI 4.186. RGASPI 558.4.647. GARF 102.00.1912.557-b. *Krasnyi Arkhiv* n.º 2 (105) 1941, pp. 26-27. RGASPI 161.1.20 Vera Shveitzer. Stalin y Sverdlov en Kolpashevo: Simon Vereshchak, *Dni* 24 de enero de 1928. E. Pesikina, *Pravda* 26 de diciembre de 1939: «V Naryme» —incluida la cita de Y. Alexeyev. RGASPI 4.647 y 558.4.190. La taza de té de Nikolaevski: Kun, pp. 132-137. El calentador de agua: Smith, p. 256. Memorias: Chernenko, *Stalin*, pp. 74-79. Service, *Stalin*, pp. 88-89. A. S. Alliluyeva, *Vospominaniya*, p. 115. Sverdlov — pelo, ojos, amable, cariñoso, Stalin y Sverdlov comparan sus notas sobre el destierro: *Alliluyev Memoirs*, p. 141. Fuga, voz de trueno: *Molotov Remembers*, pp. 141-144. Haupt, *Les bolsheviks*, pp. 76-82. Fuga: *Komsomolsky Pravda* 10 de enero de 2007, memorias de Yury Zhdanov. <<

[2] San Petersburgo, *Pravda*, dinero, elecciones: Kavtaradze, *Iz vospominanii o tov. Staline*, pp. 3-17. *Oktyabre* n.º 11, 1942, pp. 100-103. Stalin recoge los fondos guardados por Stasova: Stasova, *Stranitsy zhizni i borby*, p. 101. A. E. Badaev, «O Staline», *Pravda* 19 de diciembre de 1939. Visitas a Tiflis y a Bakú: RGASPI 558.4.665. GF IML 8.2.1.42. RGASPI 558.4.647 Tatiana Sujova. Slavatinskaya: RGASPI 124.1.1782. RGASPI 558.1.5392. Trifonov, *Otblesk kostra*, pp. 33-40. A. S. Alliluyeva, *Vospominaniya*, pp. 113-161. Maestro en fugas: Levon Shaumian citado en Kun, p. 109. RGASPI 161.1.20 V. L. Shveitzer. <<

[3] GF IML 8.2.1.624.1-26 Bachua Kupriashvili. Kamo y los robos: David Shub, «Kamo: The Legendary Old Bolshevik of the Caucasus», *Russian Review* vol. 19 n.º 3, julio de 1960, pp. 227-247. Imnaishvili, *Kamo*, Sección 1, pp. 74-88. Medvedeva-Ter-Petrossian, «Tovarish Kamo». Jacques Baynac, *Kamo: L'homme de main de Lenine*, pp. 90-100. Enfermedad mental de Kamo: Geifman, *Thou Shalt Kill*, pp. 167-170 y 323; Geifman, *Russia under the Last Tsar*, pp. 1-14. Kun, p. 75. Fuga con la ayuda de Kote Tsintsadze y tiroteo en la carretera de Kadzhorskoe: Souvarine, *Staline*, pp. 101-103. Visitas a Tiflis y Bakú: RGASPI 558.4.665 y GF IML 8.2.1.42. <<

[1] RGASPI 124.1.1782; RGASPI 558.1.5392. Trifonov, *Otblesk kostra*, pp. 33-40. A. E. Badaev, *Bolsheviki v gosudarstvennoi Dume*, pp. 35-40. «Delo Malinovskogo», *Rech* 17 de junio de 1917. GARF 102.00.1912.5-58b. RGASPI 558.4.157/193. Lenin, *Biograficheskaya khronika* 3: 55. Elecciones: Service, *Stalin*, p. 90. A. S. Alliluyeva, *Vospominaniya*, pp. 113-116. Artículos de Stalin acerca de las elecciones, entre ellos aquel en el que habla de Trotski como campeón de mentira con músculos postizos: Stalin, *Works*, 2: 257-259 y 262-294. RGASPI 161.1.20 V. L. Shveitzer. <<

[2] Rutas hacia Cracovia, primer viaje: Alexander Shotman, «Kak iz iskry vosgorelos plamya», pp. 166-176. Smith, pp. 263-266, 270-276 y 300-303. Valentina Lobova: Kun, pp. 145-150. Para la entrevista con Kalinin, Shotman, etc. y una teoría distinta de los viajes a Cracovia: Ostrovski, pp. 364-366 y 369-370. Slavatinskaya: RGASPI 124.1.1782; RGASPI 558.1.5392;Trifonov, *Otblesk kostra*, pp. 35-40. *Molotov Remembers*, p. 297. A. E. Badaev, *Bolsheviki v gosudarstvennoi Dume*, pp. 35-40. GARF 102.00.1912.5-58b. RGASPI 558.4.157 y 193. A. S. Alliluyeva, «Vospominaniya», *Roman-gazeta* n.º 1 (13) 1947, p. 38. Elección del líder de los socialdemócratas en la Duma: G. I. Petrovski, «Vospominaniya o Pravde», *Pravda* 5 de mayo de 1922. <<

[3] Con Lenin en Cracovia, primer viaje: RGASPI 558.1.5170. Lenin, *Biograficheskaya khronika* 3: 50-55. GARF 102.265.531. Cracovia, orígenes de Lenin: Krupskaya, pp. 204-205, incluida la anécdota de cómo Stalin pasó la frontera con un pasaporte de tránsito. Service, *Lenin*, pp. 209-215. Lenin como anfitrión de Stalin, y la cerveza: Charkviani, «Memorias». Comida: *Komsomolsky Pravda* 10 de enero de 2007, memorias de Yury Zhdanov. <<

[4] De vuelta en San Petersburgo, Lenin convoca de nuevo a Stalin y elección: Petrovski, *Pravda* 5 de mayo de 1922. A. E. Badaev, *Bolsheviki v gosudarstvennoi Dume*, pp. 35-40. Reunión de Todria con Jordania: RGASPI 558.4.647. Cartas desde Cracovia: GARF 102.265.532 (incluida la carta de Krupskaya a K. St. de 9/22 de diciembre de 1912). RGASPI 558.4.560. GARF 102.00.1912.5-58b. Cartas de Krupskaya de noviembre-diciembre de 1912 y cartas de Stalin de Cracovia a San Petersburgo de diciembre de 1912-enero de 1913: «Iz perepiski TSK RSDRP s mestnymi partiinymi organizatsiyam», *Istorichesky Arkhiv* n.º 2 1960, pp. 17-25. Lenin, *PSS*, 48: 162-169. <<

[1] Segundo viaje a Cracovia: A. S. Alliluyeva, «Vospominaniya», *Roman-gazeta* n.º 1 (13) 1947, p. 38. Shotman, «Kak iz iskry vosgorelos plamya», pp. 166-176. Smith, pp. 263-266, 270-276 y 300-303. Kun, pp. 145-150. Para el encuentro con Kalinin, Shotman, etc., y una teoría diferente sobre los viajes a Cracovia, véase Ostrovski, pp. 364-366 y 369-370. Cruce de la frontera y falta de comida, Stalin hace el ridículo: A. S. Alliluyeva, *Vospominaniya*, pp. 19-20. Stanislas Kot citado en Smith, p. 405. RGASPI 124.1.233 Olga Veiland. Cartas de Krupskaya: «Iz perepiski TSK RSDRP s mestnymi partiinymi organizatsiyam», *Istorichesky Arkhiv* n.º 2, 1960, pp. 17-25. RGASPI 4.3.42. GARF 102.00.1913.5-46b. Kalinin sospechoso: Ostrovski, p. 371. Carta del beso esquimal a Kamenev: RGASPI 71.10.189. Kun, incluida la entrevista a Olga Veiland, pp. 150-155. Service, *Stalin*, pp. 91-92. Krupskaya, pp. 204-205. Lenin como anfitrión de Stalin y anécdota de la cerveza: Charkviani, «Memorias». Lenin, *PSS*, 48: 162-169. Paso de la frontera/comida: *Komsomolsky Pravda* 10 de enero de 2007, memorias de Yury Zhdanov. <<

[2] Segunda estancia en Cracovia diciembre de 1912-enero de 1913: RGASPI 71.10.189 y 558.1.4899. Informe de Malinovski sobre las reuniones: Stanford, Paris Ojrana, caja 195, carpeta XVIc carpeta 1 de marzo de 1913. Illich nervioso: Trotski, *Stalin*, p. 149. Kun, p. 149. RGASPI 558.1.47 Stalin a Malinovski 2 de febrero de 1913. *Molotov Remembers*, p. 101. <<

[3] Viena; RGASPI 558.4.647.418-420 y 431-434 Stalin en Viena incluido lo de Olga Veiland. RGASPI 124.1.233 Olga Veiland. RGASPI 558.1.47 Stalin a Malinovski. RGASPI 558.1.47. RGASPI 30.1.3. Brigitte Hamann y Thomas Thornton, *Hitler's Vienna: A Dictator's Apprenticeship*, pp. 92 y 183. J. Sydney James, *Hitler in Vienna*, pp. 7-10, 107-110; Trotski, *Hitler*, p. 143; Trotski, p. 165. A. Kubizek, *The Young Hitler I Knew*, p.83. Bruce Thompson, *Schnitzler's Vienna*, pp. 2, 7, 25. Bruce Thompson, *Hitler's Vienna*, pp. 246-261, sobre los bailes, el invierno, Tito, Trotski, Hitler. Carl E. Schorske, *Fin de Siècle Vienna*, p. 119. Service, *Stalin*, pp. 92-93. Entrevista del autor a Oleg Troyanovski en Moscú. Troyanovski, *Cherez gody*, pp. 2425 y 161-162. Kun, incluidos los antecedentes de Troyanovski, p. 153. Krylenko, Elena Rozmirovich: Vaksberg, *Stalin's Prosecutor*, pp. 33 y 328. Trotski, *Stalin*, pp. 159-160 y 243. Smith, pp. 276-279. Stalin, *Works*, 2: 257-259 y 262-294. Stalin pide la dirección de Bujarin desde el destierro: RGASPI 558.1.5169. Georgiano maravilloso: Lenin, *PSS*, 48: 160-169. GARF 102.265.882. <<

[1] Regreso de Viena pasando por Cracovia y entrevista con Lenin en febrero de 1913, nuevo nombre; y aprobación de Lenin: Charkviani, «Memorias». Stalin, *Works*, 2: 300-381, *Marxism and the National Question*. Concepto de nación de Stalin y Lenin: Service, *Stalin*, pp. 87 y 99-105. Van Ree, «Stalin and the National Question». GARF 102.265.532 (incluida carta de 9/22 de diciembre de 1913 de Krupskaya a K. St.). Nombre «Stalin»: Stalin, *Works* ,2: 192, 254, 294 (12 de enero de 1913 primer artículo firmado Stalin). Duranty citado en Kun, pp. 158-159. Nombre: RGASPI 17.4.647 V. Shveitzer. *Molotov Remembers*, p. 164. Ludmilla Stal/Tatiana Slavatinskaya: Chuev, *Kaganovichr*, pp. 160-162. Daushvili, *Story of Soso Djugashvili*, pp. 239 y 252. Stal y Krupskaya en París, 1911: Krupskaya, p. 196. Maiski, p. 45; Marcou, p. 66. Biografía de Ludmilla Stal: «Istoki podviga», *Ural* n.º 3, 1979. <<

[2] Detención: interrogatorio de la policía: RGASPI 558.4.214. Service, *Lenin*, p. 214. Maquillaje, disfraz de mujer, zapatos grandes: Nikonov, *Molotov Molodost*, pp. 128-133. Slavatinskaya: RGASPI 124.1.1782; RGASPI 558.1.5392; Trifonov, *Otblesk kostra*, pp. 33-40. *Luch* 26 de febrero de 1913. Shotman, «Kak iz iskry vosgorelos plamya», pp. 175, 166. A. E. Badaev, *Bolsheviki*, pp. 155-166. Mantilla de mujer: Trotski, *Stalin*, pp. 157-161. A. S. Alliluyeva, *Vospominaniya*, pp. 44-45. Cartas de Stalin acerca de Dan/Malinovski, escasez de personas, chocolate para Galochka, que Malinovski sembraba la sospecha sobre otros es un descubrimiento reciente de Ostrovski, y además detalles sobre la condena, incluido informe del Ministerio del Interior: Ostrovski, pp. 374-380. Chico georgiano: GARF 102. 265.882. GARF 102.00.1913.307. Vissarionov: GARF 102.00.1913.5-57V. *Iz arkhiva L. O. Dan*, p. 101. RGASPI 558.4.659 F. N. Samoilov. *Delo provokatora Malinovskogo*, p. 216 — Malinovski se reúne con S. P. Beletsky. Ellman, *Roman Malinovski*, pp. 15-26, 31-33, 40-41, 58-66. Krupskaya, pp. 211 y 225. Radzinski, *Stalin*, pp. 82-86, incluidas las citas de Malinovski y Lenin. RGASPI 558.1.47 Stalin a Malinovski. RGASPI 558.1.48. Preocupación de Lenin: Smith, pp. 300-303. Misión en los Urales: Kun, p. 163. <<

[1] Yenisei: Service, *Stalin*, pp. 107-109. *Istoricheski Arkhiv* n.º 5 1956, p. 116. GARF 5449.1.63: B. Ivanov, *Stalin i Sverdlov v Turukhanskoi ssylke*. V. Zavialov, «Tov. Stalin v Turuskanske», *Krasnoiarsky Rabochyi* 21 de diciembre de 1939. Trotski, *Stalin*, p. 170. Lenin, *Biograficheskaya khronika*, 3: 125-150. Ostrovski, pp. 387-388. Biblioteca de Dubrovinski: Trifonov, *Otblesk kostra*, pp. 35-37. A. V. Antonov-Ovseenko, *Stalin bez maski*, p. 383. Episodio de F. Zakharov contado en Kun, p. 164. <<

[2] RGASPI 558.4.220. Slavatinskaya: RGASPI 124.1.1782 Lenin, *Biograficheskaya khronika*, 3: 125-150. RGASPI 558.1.52. RGASPI 55.1.49. RGASPI 558.1.89. RGASPI 558.1.659. GARF 102.00.1914.5-25b. RGASPI 558.1.4234. Véase asimismo. Trifonov, *Otblesk kostra*, pp. 559-565. RGASPI 558.1.1.5168. En la casa de baños con Sverdlov: Kun, pp. 163-165. Sospechas de que planean la fuga: Zavialov, «Tov. Stalin». RGASPI 558.1.4235. Recibidos 135 rublos: Ostrovski, p. 395. Traslado al norte: RGASPI 558.1.51. RGASPI 558.4.234. K. T. Sverdlova, *Y. M. Sverdlov*, pp. 175-177. Sverdlov y Stalin, semana juntos, planes de fuga: E. Gorodetski y Y. Sharapov, *Sverdlov*, pp. 95-100. <<

[1] Kureika: Chernenko, *I. V. Stalin i sibirskoi ssylke*, pp. 140-142. Memorias de I. M. y A. S. Taraseev y de otros: RGASPI 4.662 y 581. Giros: Ostrovski, p. 397. Caso Malinovski: RGASPI 558.1.52. Yakov Sverdlov, *Izbrannye*, pp. 267-280. Gorodetski y Sharapov, *Sverdlov*, pp. 99-101. Vera Shveitzer, *Stalin v turukhanskoi ssylke*, incluido lo de la visita a Stalin en Kureika y la habitación, las canciones, Kamenev, pp. 30-32 y 47-50. <<

[2] Ostrovski, p. 397. Malinovski: RGASPI 558.1.52. Sverdlov, *Izbrannye*, pp. 266-280, cartas a Sara Sverdlova, a L. I. Besser, a D. F. Petrovskaya, a su esposa Klavidia Novogordzeva (depresión de junio de 1914), p. 321, y a L. Dilevskaya (ni rastro de camaradería o de comunidad). Gorodetski y Sharapov, *Sverdlov*, pp. 99-103. Vera Shveitzer, *Stalin v turukhanskoi ssylke*, pp. 30-32 y 47-50. Ilizarov, pp. 291-293. <<

[3] Caso Malinovski: Ellman, *Roman Malinovski*, pp. 31-66. Radzinski, *Stalin*, citando a Lenin, p. 86. *Molotov Remembers*, p. 101. Smith, p. 249. Daly, *Watchful State*, pp. 150-153. Krylenko, Elena Rozmirovich: Vaksberg, *Stalin's Prosecutor*, pp. 33 y 328. <<

[4] Pelea con Sverdlov: Sverdlov, *Izbrannye*, pp. 266-280, p. 321. Gorodetski y Sharapov, *Sverdlov*, pp. 99-103. GARF 5449.1.63 y 75 B. I. Ivanov. Memorias de A. M., A. S. y F. A. Taraseev: RGASPI 558.4.581, 667 y 662. Para los traslados de una casa a otra en Kureika: Ostrovski, pp. 397-399. Antonov-Ovseenko, *Stalin bez maski*, pp. 380-390. Ostrovski cree que tal vez hubo un intento de fuga: Ostrovski, pp. 402-403. Kun, pp. 169-175. <<

[5] Lidia y Laletin: RGASPI 558.4.662 L. P. Pereprygina-Davydova y F. A. Taraseev. RGASPI 558.4.667 M. A. Merzliakov. RGASPI 558.1.5169. A. Kolesnik, *Khronika zhizni semia Stalina*, pp. 58-62. Sukhotin, «Bastard krasnogo vozhdia». A. Rokhlin, «Gde pryatali nezakonnorojdennogo syna Stalina?», *Moskovski Komsomolets* 22 de junio de 1966. Memorándum de Ivan Serov al Politburó: RGASPI 558.11.1288. *Izvestiya* 8 de diciembre de 2000. Antonov-Ovseenko, *Stalin bez maski*, pp. 380-390. La familia Pereprygin, primer incidente con el sable de Laletin: Chernenko, *I. V. Stalin i sibirskoi ssylke*, pp. 140-149. *Vstrechi s vozhdem: Rasskazy krestyan s Kureiky o tov. Staline*, pp. 21-23 Anfisa Taraseeva —llegada de Stalin, coge a su hija Dasha a cuestas, le enseña a bailar, aplicación del ungüento para el reumatismo, el perro Tishka; pp. 23-25 Ivan Saltykov acerca de los niños, Dasha se le monta a cuestas; canciones, lecturas; escribe más; construcción de la choza en la isla Polovinski, donde vive durante algunas semanas; escondite de las escopetas para Stalin; cacerías; los Pereprygin eran muy pobres. Elizaveta Taraseeva citada en Ilizarov, pp. 308-309; Ilizarov citando a Merzliakov, pp. 300-305, y a Lidia Pereprygina, pp. 310-311. Lidia enamorada: **memorial.krsk.ru/Work/Konkurs/4/Panteon_stalina/00.htm**. Kun, pp. 169-175. Svetlana Alliluyeva, *Only One Year*, pp. 381-382. La mujer y el hijo en el destierro: I. D. Perfilev en Volkogonov, *Stalin*, p. 8. Una chica siberiana se le mete en la cama por la noche: Essad Bey, p. 191. Mark Franchetti, «Stalin’s Secret Son by Girl 14», *Sunday Times*, 2001. <<

[6] Llegada de Spandarian: Suren Spandarian, *Statii, pisma dokumenty*, pp. 340-341. RGASPI 161.1.10 V. L. Shveitzer. Shveitzer, *Stalin v turukhanskoi ssylke*, pp. 18-31. Kun, p. 129. El Dr. Dan Healy me asesoró sobre la edad de consentimiento durante la época zarista y sobre el concepto de rapto legal. Stalin acerca de la primera guerra mundial: Stalin, *Works*, 3: 39-40. <<

[1] Invierno 1914-1915. Comprobantes de los envíos de dinero a Turukhansk durante el período 1913-1915 recogidos por el capo del NKVD N. I. Yezhov y encontrados en su caja fuerte (mi agradecimiento al profesor J. Arch Getty por compartir estos datos conmigo): RGASPI 671.1.287. Giros postales, cartas a los Alliluyev, etc.: RGASPI 558.1.55 y 558.1.53. Visita a Stalin en Kureika y su habitación, las canciones, y Kamenev: Shveitzer, *Stalin v turukhanskoi ssylke*, pp. 30-32 y 47-50. Memorias de Lidia Pereprygina, Daria Ponomareva y otros acerca de Stalin en Kureika: RGASPI 558.4.662. Stalin acerca de Merzliakov: RGASPI 558.11.773. Extractos de Merzliakov y Lidia Pereprygina: Ilizarov, pp. 300-305 y 310-311. Kun, pp. 169-175. *Vstrechi s vozhdem: Rasskazy krestyan s Kureiky o tov. Staline*, pp. 21-23 Anfisa Taraseeva —coge a su hija Dasha a cuestas; canciones; enseña a bailar; aplicación del ungüento para el reumatismo; el perro Tishka; pp. 23-25 Ivan Saltykov acerca de los niños, escondite de las escopetas para Stalin; cacerías; los Pereprygin eran muy pobres. Sverdlov gana un salario de 50 rublos al mes en el destierro: Sverdlov, *Izbrannye*. Comen partículas de pescado congelado: Charkviani, «Memorias». Perdido en la ventisca, pesca, espíritu del bosque, y Tishka, mi compañero, inútil para el servicio militar: A. S. Alliluyeva, *Vospominaniya*, pp. 55 y 62-63. Anécdotas del perro y la cacería: *Komsomolsky Pravda* 10 de enero de 2007, memorias de Yuri Zhdanov. Stalin y Spandarian a Lenin, citados en Service, *Lenin*, p. 112. Lenin a Zinoviev, «¿Recuerdas el apellido de Koba?», a V. A. Karpinski, «Koba envía recuerdos», petición importante: Lenin, *PSS*, 48: 101, 131, 161. Radzinski, *Stalin*, p. 84. Pepe Viruela: *Molotov Remembers*, p. 165. Caza doce perdices, esquía a lo largo de 48 verstas y primera guerra mundial: *Jrushchev Remembers*, 1: 302 y 385. Llagas de la guerra: Stalin, *Works*, 3: 61. <<

[1] Verano-Invierno de 1915. Visitas a Monastyrskoe, juicio del partido, Spandarian. F. Samoilov, «Bolshevistskaya fraktsiya IV Gosudarstvennoy Dumy v yeniseiskoi ssylke pered fevralskoye revolyutsiey». Spandarian a Lenin, 20 de agosto: «Iosiv te manda cariñosísimos recuerdos»; 28 de septiembre: «Iosiv está a 150 verstas de distancia, pero… nos veremos»: Spandarian, *Statii, pisma, dokumenty*, p. 284. Última entrevista: RGASPI 558.4.582 y 558.4.662 V. Shveitzer. Stalin y Spandarian: RGASPI 558.4.662 B. Ivanov. G. Petrovski — reunión bolchevique: RGASPI 558.4.662. Y también GARF 5449.1.75. Dinero; «pensaba que me habíais olvidado», gallinas mojadas y Kamenev: RGASPI 558.4.54. Escribe grandes artículos — Stalin a Kamenev, «Envía esto a Lenin»: RGASPI 558.1.56. «No he descubierto nada»: RGASPI 558.4.662. Robo y pistas, Sverdlov acusado: GARF 5449.1.75. RGASPI 558.4.662. A. E. Badaev, «O Staline», *Pravda* 19 de diciembre de 1939. Sverdlov, *Izbrannye*, pp. 266-280, 321. E. Gorodetski y Y. Sharapov, *Sverdlov*, pp. 84-86 y 99-103. Ostrovski, p. 408. RGASPI 558.11.1288. Spandarian enfermo: Ostrovski, p. 409. Stalin pregunta por Spandarian: S. Alliluyev, *Pravda* 22 de diciembre de 1939. Vera Shveitzer: RGASPI 558.4.662. Condena de Kamenev: Merridale, «The Making of a Moderate Bolshevik», pp. 31-33, incluida la cita de Trotski. Service, *Stalin*, pp. 109-110. Falta de compromiso de Stalin en el juicio de Kamenev: Robert M. Slusser, *Stalin in October: The Man Who Missed the Revolution* (en adelante Slusser), pp. 13-14. Merzliakov y Lidia Pereprygina: Ilizarov, pp. 300-305 y 310-311. Revolución inevitable: Stalin, *Works*, 1: 79. Kamenev y Stalin, amigos: Mikoyan, *Tak bylo*, p. 352. Kamenev regala a Stalin un ejemplar del *Príncipe* de Maquiavelo: Rayfield, *Stalin and the Hangmen*, p.22. Dulce venganza: Robert Conquest, *Stalin: Breaker of Nations*, p. 107. <<

[2] A. Lazebnikov, «Linii sudby», *Sovetskaya Kultura*, 16 de julio de 1988. Merzliakov/Badaev, etc.: RGASPI 558.4.662. Nuevo cambio de casa, pide prestada una barca: RGASPI 86.1.112. RGASPI 558.4.54. Escribe grandes artículos — Stalin a Kamenev, «Envía esto a Lenin»: RGASPI 558.1.56. «No he descubierto nada»: RGASPI 558.4.662. Ostrovski cree que se trató de una fuga en toda regla: pp. 409-413. F. Samoilov, *Po sledam minuvshego*, pp. 523-535. Embarazo confirmado por el general I. Serov: RGASPI 558.11.1288. Stalin se presenta de forma intempestiva en casa de Rukhadze: RGASPI 558.4.662 Kuzma Gavrilenko — Stalin regresa a Kureika desde Kostino pasando por Miroedikha. Carta al autor de Eva Purins, 9 de noviembre de 2000. Nota en el bolsillo del traje: A. S. Alliluyeva, *Vospominaniya*, pp. 44-45. Spandarian: «Suren Spandarian in Siberian Exile». <<

[1] Reclutado para el ejército. Stalin se presenta voluntario: Ilizarov, pp. 311-312. Los trineos utilizaban primero perros, luego renos, y luego caballos; Stalin ralentiza la marcha: Shveitzer, *Stalin v turukhanskoi ssylke*, pp. 43-51. Renos: *Alliluyev Memoirs*, pp. 189-190. RGASPI 558.4.218. Merzliakov, I. M. Taraseev. Arsenii Ivanov — regalo a su madre: RGASPI 558.4.662. Sverdlov, *Izbrannye*, p. 99. Boris Ivanov: RGASPI 558.4.662 y GARF 5449.1.74. Kureika, memorias de las gentes del lugar e historia, reclutamiento obligatorio y partida del héroe: **memorial.krsk.ru/Work/Konkurs/4/Panteon_stalina/00.htm**. I. D. Perfilev en Volkogonov, *Stalin*, p. 8. Svetlana Alliluyeva, *Only One Year*, pp. 381-382.

V. G. Solomin a Stalin y respuesta de Stalin de 5 de marzo de 1947: RGASPI 559.11.804. El viaje: Ilizarov, p. 313. Periódico *Yeniseisk Krai* citado por Ostrovski, p. 416. No apto para el servicio militar y viaje a San Petersburgo encontrándose con diversos oradores, etc.: A. S. Alliluyeva, *Vospominaniya*, pp.4555, 62-63, 165-169. Un pedazo de Siberia: *Molotov Remembers*, p. 256. Achinsk: V. Shveitzer, «V Achinskoi ssylke», *Izvestiya* 12 de marzo de 1937. Stalin reside en Achinsk: RGASPI 558.4.218, 124.2.1549, 558.4.662, 649 y 667 (V. Shveitzer, V. P. Filipova, A. Pomerantseva) y RGASPI 4.649 (M. Muranov). Baikaloff, *I Knew Stalin*, pp. 27-30. En voz baja: *Yeniseisk Krai* en Ostrovski, p. 420. Trenes y movimientos de Stalin: Ostrovski, pp. 422-423. San Petersburgo: RGASPI 161.1.16. A. Shlyapnikov, *Semnadtsatyi god*, 2: 443-447. Stalin se aloja en casa de la baronesa Maria Shtakelberg: Ostrovski, p. 423. Telegrama del gran duque Miguel: Volkogonov, *Stalin*, p.14. <<

[1] El relato de los sucesos de 1917 de febrero a octubre se basa en las siguientes obras: Orlando Figes, *A People's Tragedy*; Richard Pipes, *The Russian Revolution*; Alexander Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power*; Robert Service, *Stalin* y *Lenin*; Adam Ulam, *Lenin and the Bolsheviks*; W. Bruce Lincoln, *Passage through Armageddon: The Russians in War and Revolution* (en adelante Lincoln); Bernard Pares, *The Fall of the Russian Monarchy*; y también Leon Trotski, *Stalin* y *My Life*; Nikolai Sujanov, *The Russian Revolution*; y John Reed, *Ten Days that Shook the World* (en adelante Reed). A menos que se especifique lo contrario, los protocolos del Comité Central se citan a partir de *Protokoly Tsentralnogo Komiteta RSDRP (b)*. Para San Petersburgo febrero-marzo de 1917: *Molotov Remembers*, p. 133. Service, *Stalin*, p. 122. Lincoln, pp. 346-373. Figes, pp. 307-352. <<

[2] Dudas de Lenin: *Molotov Remembers*, pp. 89-90 y 125. Service, *Stalin*. pp. 122-125. Slusser, pp. 16-29. Sujanov, *The Russian Revolution*, p. 230. Pertenencia a los bolcheviques: Ostrovski, p. 580. <<

[3] Los Alliluyev: Service, *Stalin*, p. 124. Vasileva, *Kremlin Wives*, p.56. Llegada de Yenukidze y comentarios de Nadia a Anna Radchenko. *Alliluyev Memoirs*, pp. 212 y 184-191. <<

[4] Coryne Hall, Imperial Dancer: Mathilde Kschessinskaya and the Romanovs, pp. 102-103 y 178-179. Stalin al mando y errores: «Protokoly i resolutsii Buro TSK RSDRP(b) Mart 1917g», Voprosy istorii KPSS n.º 3, 1963, pp. 134,143-149, n.º 5, pp. 111-147, y n.º 6, pp. 139-140. La guerra: Stalin, Works, 3: 4-9. Volkogonov, Stalin, p. 20. Slusser, pp. 29-30, 43, 59-64. Service, Stalin, 125-127. Radzinski, Stalin, pp. 92-93. Service, Lenin, p. 263. Trotski, Stalin, pp. 185-187 y 203. Mierda y visión de las Tesis de Abril de Lenin según Krupskaya: Robert H. McNeal, Bride of the Revolution, pp. 167 y 171. Tucker, p. 165. El carro de la Revolución Rusa: Stalin, Works, 3: 1-3. Sergo: Dubinski-Mukhadze, Ordzhonikidze, p. 131. Figes, pp. 354-384. <<

[1] Service, *Lenin*, p. 255. Slusser, pp. 16-30. Volkogonov, *Stalin*, pp. 15-20. Service, *Stalin*, pp. 125-127. Lincoln, pp. 362-365. Figes, pp. 141-154 y 385-398. <<

[2] Krupskaya, pp. 294-296. Service, *Lenin*, pp. 255-273. Voroshilov: Vasileva, *Kremlin Wives*, p. 81. Williams, p. 176. Service, *Stalin*, p. 129. Volkogonov, *Stalin*, pp. 21-23. Trotski, *Stalin*, p. 195. Para Lenin: Lincoln, pp. 362-365; y Figes, pp. 385-398. <<

[3] Abril, mayo: «Protokoly i resolutsii Buro TSK RSDRP (b) Mart 1917g», *Voprosy istorii KPSS* n.º 3, 1963, pp. 134,143-149, n.º 5, pp. 111-147, y n.º 6, pp. 139-140. La reunión de abril — a Stalin puede asignársele cualquier tarea: *Molotov Remembers*, p. 137. Conferencia de abril: véase *Sedmaya aprelskaya vserossiiskaya konferentsia RSDRP (b), Protokoly*. Stalin, *Works*, 3: 42, 51-60. Service, *Stalin*, pp. 125-128. Tucker, p. 165. Lenin como maestro y Ludmilla Stal: Trotski, *My Life*, p. 195. Para el Buró elegido por le Comité Central, para la conferencia de abril: Slusser, pp. 59-70 y 89-98. Figes, pp. 423-448. <<

[4] Stalin, *Works*, 3: 67-69. Orador: A. I. Kobzov citado en Volkogonov, *Stalin*, p. 21. Regreso de Trotski: Slusser, pp. 108-114, citando a Vereshchak y a Trotski a propósito del Congreso de los Soviets. Trotski en el escenario: Sujanov, *Zapiski o russkoi revolyutsii*, 7: 44. Comentarios insulsos: Trotski, *Stalin*, pp.67 y 206-209 citando a Pestkovski a propósito del discurso. Stalin intentaba no pronunciar discursos: Service, *Stalin*, p. 126. Lenin, Shaumian y Yenukidze: Krupskaya, p. 304. Dzerzhinski: Rayfield, *Stalin and the Hangmen*, pp. 56-57. <<

[5] Traslado a casa de Mólotov y episodio de Marusya; disculpas y una especie de comuna: *Molotov Remembers*, pp. 37, 93, 122-123. Ludmilla Stal/Tatiana Slavatinskaya: Chuev, *Kaganovichr*, pp. 160-162. Daushvili, *Story of Soso Djugashvili*, pp. 239 y 252. Stal y Krupskaya en París, 1911: Krupskaya, p. 196; Maiski, p. 45; Marcou, p. 66; biografía de Ludmilla Stal: «Istoki podviga», *Ural* n.º 3, 1979. Slavatinskaya en la secretaría con Stasova: Stasova, *Stranitsy zhizhni i borby*, p. 84. Mólotov: Slusser, p. 101. Las hermanas Alliluyev visitan a Stalin: *Alliluyev Memoirs*, pp. 195-196. <<

[6] Junio: Stalin, *Works*, 3: 67-68; para la manifestación, 3: 92-94 y 105-109. Volkogonov, *Stalin*, p. 21. S. Pestkovski, «Vospominaniya», *Proletarskaya Revolyutsiya* n.º 6, 1930, y *Proletarskaya Revolyutsiya* n.º 10, 1922, pp. 93-103, papel dentro del partido: Sagirashvili, pp. 197-198. Regreso de Trotski: Slusser, pp. 108-118 y 125-139. Lincoln, pp. 387-390. Sujanov, *Zapiski o russkoi revolyutsii*, 7: 44. Trotski, *Stalin*, p.67.*Alliluyev Memoirs*, pp. 194-195. Figes, pp. 423-438. <<

[7] 2-4 de julio: Stalin, *Works*, 3: 11-133, 138-141 y 166-200. Slusser, pp. 139-150. Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power*, pp. 1-16. Service, *Lenin*, pp. 283-285. Lenin, *PSS*, 21: 9-10. I. G. Tsereteli, *Vospominaniya o fevralskoi revoliutsii*, p. 344. Krupskaya, p. 311. Trotski, *Stalin*, pp. 206-211 citando a Ordzhonikidze. Radzinski, *Stalin*, pp. 102-104. Service, *Stalin*, pp. 140-143. Dreyfus: Stalin, *Works*, 3: 266. Relato de Bedny: Slusser, pp. 155-160. Figes, pp. 427-438. <<

[1] Contragolpe y Lenin se esconde en casa de los Alliluyev: A. S. Alliluyeva, *Vospominaniya*, pp.181-190. Volkogonov, *Stalin*, pp. 24-26, citando a S. Alliluyev y V. N. Polovtiev acerca del agente enviado para matar a Lenin. Dubinski-Mukhadze, *Ordzhonikidze*, p. 178. Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power*, pp. 17-38. Slusser, pp. 162-178 y 139-150. Service, *Lenin*, pp. 283-291. Trotski, *Stalin*, pp. 206-211. Lincoln, pp. 392-396. Figes, pp. 427-438. Vyshinski: Vaksberg, *Stalin's Prosecutor*, pp. 13-27. <<

[2] Traslado a casa de los Alliluyev, Olga le hace un abrigo, etc.: A. S. Alliluyeva, *Vospominaniya*, pp.183-191. Service, *Stalin*, p. 141. Visita del autor a la Casa Museo Alliluyev. <<

[3] VI Congreso y contactos con Lenin: *Shestoi sezd RSDRP (b), Avgust 1917 goda*. Service, *Lenin*, pp. 288-292. Radzinski, *Stalin*, p. 108. Tucker, pp. 172-174. Service, *Stalin*, p. 143. Slusser, pp. 200-214. Trotski, *Stalin*, pp. 213-221. *Molotov Remembers*, p. 165. Smith, p. 337. Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power*, pp. 51-70 y 83-93. Figes, pp. 427-438. Stalin, *Works*, 3: 110-133, 138-141 y 166-200. <<

[4] Nadia Alliluyeva: cartas a Anna Radchenko, véase Vasileva, *Kremlin Wives*, pp. 56-58 y cita de Svetlana, *Only One Year*. Entrevista del autor a Kira Alliluyeva, Moscú 2001-2002. A. S. Alliluyeva, *Vospominaniya*, pp.183-191. Para Nadia y Anna: Kun, pp. 211-215 citando a Vladimir Antonov-Saratovski y entrevista a Kira Alliluyeva. Visita del autor al Museo Alliluyev. <<

[5] Kornilov: Stalin, *Works*, 3: 214 y 296-300. Sagirashvili, pp. 237-238. Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power*, pp. 94-128: Lincoln, pp. 412-425. Figes, pp. 438-453. <<

[6] Kamenev acusado, Stalin emplea la represión contra *Soldat*: Slusser, pp. 210-214. Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power*, pp. 71-76. Figes, pp. 453-474. <<

[7] Septiembre: Stalin, *Works*, 3: 214, 271-276, 277-282, 296-300. *Alliluyev Memoirs*, p. 223. Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power*, pp. 129-190. Lincoln, pp. 426-453. Figes, pp. 453-474. Sagirashvili, pp. 193-194. <<

[1] Octubre. Sesión del Comité Central de 10 de octubre: *CC Protocols*, pp. 83-100. Slusser, pp. 226-236. Tucker, pp. 44-46. Service, *Stalin*, pp. 148-150. Volkogonov, *Stalin*, p.27. <<

[2] 16-20 de octubre: *Protokoly Tsentralnogo Komiteta RSDRP(b). Avgust 1917-Fevral 1918* (en adelante *Protokoly TSK*), pp. 32-55. Stalin en el Comité Central: Stalin, *Works*, 3: 407-408. «Fuertes toros de Basán me han cercado»: Stalin, *Works*, 3: 409-413. Trotski, *Stalin*, pp. 228-234. Slusser, pp. 226-236. Service, *Lenin*, pp. 306-307. Stalin en contacto con Lenin: Radzinski, *Stalin*, pp. 110-114. Figes, pp. 475-481. Tucker, pp. 179-180. Lincoln, pp. 426-438. Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power*, pp. 218-225, 231-242. Trotski mefistofélico: Reed, p. 85. <<

[3] 20-24 de octubre. «¿Qué nos hace falta?»: Stalin, *Works*, 3: 414-417. Trotski, *Stalin*, pp. 228-234. Slusser, pp. 234-245. Service, *Stalin*, pp. 151-153. Service, *Lenin*, pp. 306-322. *Molotov Remembers*, p. 162. *Protokoly TSK*, pp. 32-55 y 991-17. Volkogonov, *Trotski*, p. 82. RGASPI 558.4.668 y 663 Fiodor Alliluyev. A. S. Alliluyeva, *Vospominaniya*, p. 61. Volkogonov, *Stalin*, p. 30. Radzinski, *Stalin*, pp. 110-114, incluidas las citas de Fafanova y Trotski acerca de su asociación con Lenin. Sagirashvili, pp. 198-200. Y. Lutski, *Voprosy Istorii KPSS* n.º 11, 1986, pp. 81-90. Charla de Stalin con Trotski y los delegados del Congreso: «Pismo M. Zhakov k Vasilchenskoe», *Proletarskaya Revolyutsiya* n.º 10, 1922, pp. 88-93, incluida la pista sobre su anterior trabajo en *Rabochyi Put. CC Protocols*, pp. 119-120. Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power*, pp. 242-261. Lincoln, pp. 438-446. <<

[1] Lenin y Stalin en Smolny 24-25 de octubre: Trotski, *Stalin*, pp. 228-234. Service, *Lenin*, pp. 310-322. Reconocido por los canallas: Trotski en Radzinski, *Stalin*, p. 115. Sagirashvili, pp. 198-200, incluidos los intentos por parte de Stalin de rechazar el cargo de Narkom, según contaron Yenukidze y Barajan. Reuniones del Comité Central: Y. Lutski, *Voprosy Istorii KPSS*, n.º 11, 1986, pp. 81-90. Raphia y Ravich, citados en Radzinski, *Stalin*, pp. 115-116. Papel de Molotov, formación del gobierno: *Molotov Remembers*, pp. 94-96. Figes, pp. 473-476, 483-485. Slusser, pp. 244-247. Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power*, pp. 265-268, 271-272, 306. Lincoln, pp. 445-447. Palacio Smolny: Reed, pp. 87, 96; atisbos del funcionamiento de MRC, p. 104. <<

[1] Caída del Palacio de Invierno: Trotski, *Stalin*, pp. 228-234. Radzinski, *Stalin*, pp. 115-119, violaciones y Lenin se limpia el maquillaje. Reuniones del Comité Central: Y. Lutski, *Voprosy Istorii KPSS* n.º 11, 1986, pp. 81-90. Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power*, pp. 269-270, 276-292, incluida la anécdota del farol rojo, los cañones defectuosos, la bebida, los retrasos y las chapuzas. Lincoln, pp. 446-457, incluidos las borracheras en el palacio. Figes, pp. 485-495. Teatros, etc.: Reed, p. 95; Congreso de los Soviets, pp. 98-99; Trotski, p. 104; «os daremos una azotaina», pp. 106-107; saqueo, criados, pp. 108-110. Sagirashvili, pp. 193-200, 203-204, 238, 248-252. <<

[2] Noche del 25-26 de octubre:Trotski, *Stalin*, pp. 228-234. Reuniones del Comité Central: Y. Lutski, *Voprosy Istorii KPSS* n.º 11, 1986, pp. 81-90. Lincoln, pp. 452-455. Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power*, pp. 303-304. Reed, pp. 112-113; amanecer, pp. 116-117, 125. Lenin habla, pp. 128-129; Kamenev, p. 138. Ulam, *Lenin and the Bolsheviks*, pp. 482-496. <<

[3] 25 de octubre de 1917 y días posteriores: 29 de noviembre de 1917 Oficina de la Chetverka: véase Slusser, pp. 94-97. *Protokoly TSK*, p. 134 orden de 3 de noviembre de 1917 con firma conjunta — mi agradecimiento a Service, *Stalin*, p. 622. RGASPI 558.4.668 y 663 Fiodor Alliluyev. S. Pestkovski, «Vospominaniya», *Proletarskaya Revolyutsiya* n.º 6, 1930, y *Proletarskaya Revolyutsiya* n.º 10, 1922, pp. 93-103. Trotski, *Stalin*, pp. 228-247. Figes, pp. 496-512. Primeros días, revolución sin tiros, cita de Molotov, instrucciones sobre el acceso al despacho de Lenin, 22 de enero de 1918: Radzinski, *Stalin*, pp. 118-123 y 137. Tucker, p. 182. Trotski y Stalin, los de mayor talento, bebedores de té: *Molotov Remembers*, pp. 96, 141 y 148. Israel Getzler, *Sukhanov: Chronicler of the Russian Revolution*, p. 85. Sagirashvili, pp. 193-200, 203-204, 238. Lenin hace su entrada: Tsintsadze, «Chemi Mogonebani», pp. 220-225. Papel trascendental de Stalin en la defensa de Petrogrado frente a la sublevación de Krasnov de noviembre de 1917, junto con Dzerzhinski, Sverdlov, Ordzhonikidze y órdenes al general en jefe de 9 de noviembre con Stalin y Lenin: Volkogonov, *Stalin*, p. 43. «El Cuarteto», 9 de noviembre de 1917: Trotski, *Stalin*, pp. 240-243; encuentro en la primera reunión del gabinete. Volkogonov, *Stalin*, p. 43. Primeros días en el poder y fundación de la Cheka: Service, *Lenin*, pp. 309-311. Campo de concentración: Service, *Stalin*, p. 158. Lincoln, pp. 457-468. Ulam, *Lenin and the Bolsheviks*, pp. 482-496, incluido el episodio de Shlyapnikov y las prostitutas. Lenin añade los nombres de Trotski y Stalin como los dos únicos líderes con permiso para acceder a su despacho sin cita previa (copia expuesta en el museo del Instituto Smolny): RGASPI 5.1.1802.47. Para las notas de Lenin, véase Pipes, *Unknown Lenin*, y citas de Lenin y Trotski en N. Ferguson, *War of the World*, pp. 148-151. <<

[1] Charkviani, «Memorias». *Molotov Remembers*, p. 212. Rayfield, *Stalin and the Hangmen*, pp. 8-10. *Jrushchev Remembers*, 1: 305. Keke, Soso y Sasha Egnatashvili: RGASPI 558.11.1549.1-69. Svetlana citada en Zhores Medvedev y Roy Medvedev, *Unknown Stalin*, p. 297. Los historiadores lo descubrirán: Mgeladze, pp. 240-241. <<

[2] Los Alliluyev: Richardson, *Long Shadow*, pp. 73-75. Entrevistas del autor a Vladimir Alliluyev (Redens); Leonid Redens, Kira Alliluyeva, Moscú, 2001-2003. Kamo y Fiodor: Mikoyan, *Memoirs*, pp. 431-433. Véase Montefiore para la historia completa de la familia. <<

[3] Los Svanidze: Kun, p. 6. Véase Montefiore para la historia completa. RGASPI 558.1.5099 Stalin a M. Monoselidze. GF IML 8.2.1.50.239-255 Dzhavaira Khutulashvili. Entrevistas del autor a K. Gelovani y M. Svanidze, Tiflis 2005. <<

[4] Las mujeres. Slavatinskaya: RGASPI 124.1.1782. Trifonov, *Otblesk kostra*, pp. 33-40. Kun, pp 41 y 46. Marcou, p. 76. Petrovskaya: Ilizarov, p. 288; y posible proceso contra una tal Sofia Petrovskaya en A. L. Litvin, *Genrikh Yagoda Narkom*, Kazán, 1997, p. 197 — no está claro si es la misma Petrovskaya y en cualquier caso se desconoce la suerte que corrió. Onufrieva: Kun, p. 116. Para Stal y Slavatinskaya: Chuev, *Kaganovich*, p. 219. RGASPI 558.4.647 P. Onufrieva Fomina. RGASPI 558.4.647 Tatiana Sujova. <<

[5] RGASPI 558.4.662 L. P. Pereprygina-Davydova y F. A. Taraseev. RGASPI 558.4.667 M. A. Merzliakov. RGASPI 558.1.5169. Kolesnik, *Khronika zhizni semia Stalina*, pp. 58-62. Sukhotin, «Bastard krasnogo vozhdia». Rokhlin, «Gde pryatali nesakonnorojdennogo syna Stalina?» Memorándum de Ivan Serov al Politburó: RGASPI 558.11.1288. *Izvestiya* 8 de diciembre de 2000. Antonov-Ovseenko, *Stalin bez maski*, pp. 380-390. La familia Pereprygin, primer incidente de Laletin con el sable: Chernenko, *I. V. Stalin v sibirskoy ssylke*, pp. 140-149. *Vstrechi s vozhdem*, pp. 21-25. Ilizarov, pp. 288-292, 300-315. Lidia enamorada: **memorial.krsk.ru/Work/Konkurs/4/Panteon_stalina/00.htm**. Kun, pp. 169-175. Svetlana Alliluyeva, *Only One Year*, pp. 381-382. Volkogonov, *Stalin*, p. 8. Essad Bey, p. 191. Mark Franchetti, «Stalin's Secret Son by Girl 14», *Sunday Times* marzo de 2001. **<<**

[6] Keke, Soso y Sasha Egnatashvili: RGASPI 558.11.1549.1-69 (45.1.1549). Medvedev y Medvedev, *Unknown Stalin*, p. 297. Beria, pp. 20-21. <<

[7] Dinero para Kapanadze: RGASPI 558.1.5978 y 5080. Iremashvili, pp. 36, 59-61 y 77. Davrichewy, pp. 36, 244 y 160. Carta al autor de Irakli de Davrichewy, 23 de agosto de 2006. Para las historias de Mata Hari y Martha Richard, véase Francis Lacassin., «Mata Hari ou la romance interrompue», *Magazine Littéraire* nº 43, agosto de 1970. Davrichewy, «Je suis le demi-frère de Staline», pp. 25-30. <<

[8] Kamo: *Russian Review* vol. 19 n.º 3, julio de 1960, pp. 227-247. Kamo y Lenin: Ulam, *Lenin and the Bolsheviks*, p. 723. <<

[9] Entrevista del autor a Guram Ratishvili, nieto de Alexander Egnatashvili, Tiflis, 2005. Kun, pp. 6-7. Loginov, p. 14. GARF 7523.107.127.1-6 interrogatorio del general N. Vlasik. Roman Brackman, *Israel at Noon* (Nueva York, 2006), p. 5. <<

[10] «Viejos Bolcheviques», Ordzhonikidze, Molotov, etc.: véase Montefiore. Pelea de Sergo y Molotov: *Molotov Remembers*, p. 113. Muertes durante el terror: 1937-1938, véase Service, *History of Twentieth-Century Russia*, p. 222. Estadística del Terror en Georgia: Amy Knight, *Beria*, pp. 79-84. Entrevista del autor a Izolda Mdivani (viuda de Vahtang, el hijo de Budu) y a la familia Mdivani en Tiflis, Georgia, 2006. Vyshinski: Vaksberg, *Stalin's Prosecutor*, pp. 13-37. <<

[11] Stalin impide la publicación: RGASPI 45.1.803.1, 558.11.730, 558.11.787, 558.11.1496, 558.11.730, 558.11.787.2. <<

[12] Cenas durante la vejez: Charkviani, «Memorias». Megalómanos: «Provisional Revolutionary Government and Social Democracy», *Proletariatis Brdzola* 15 de agosto de 1905, Stalin, *Works*, 1: 140-161. Veinte o veinticinco millones de muertos: A. N. Yakovlev, *A Century of Violence in Soviet Russia* (New Haven, 2000), p. 234. <<

[*] Se trata de una serie de dibujos animados de la televisión británica cuyo protagonista es una locomotora antropomórfica llamada Thomas. La serie se basa en una colección de cuentos ilustrados creada por el rev. W. V. Awdrey en 1946. La figura de Thomas se basa en las locomotoras del tipo E2 0-6-0T creadas para la London, Brighton and South Coast Railway entre 1913 y 1916. *(N. del t.)* <<

[*] En 1903 el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia se dividió en dos facciones, la bolchevique, dirigida por Lenin, y la menchevique, dirigida por Martov, enfrentadas la una a la otra, aunque siguieron integradas en el mismo partido hasta 1912, cuando se escindieron formalmente para nunca más volver a unirse. Lenin organizó un grupo secreto de tres hombres dentro de la facción bolchevique, llamado el Centro Bolchevique, al frente del cual estaba él mismo y cuya misión era allegar dinero por medio de atracos a bancos y bandas criminales organizadas. <<

[*] Las distancias en esta ciudad-aldea siguen siendo pequeñísimas. Desde el lugar del robo al seminario, la casa de la familia de Stalin, el palacio del Virrey o el banco apenas hay unos minutos a pie. La mayor parte de los edificios de la plaza Ereván (llamada luego de Beria, después de Lenin y hoy día de la Libertad) mencionados aquí siguen en pie: la taberna Tilipuchuri (en la actualidad vacía por completo de príncipes y bandidos), el seminario (ahora museo), el ayuntamiento, el cuartel general del ejército del Cáucaso, el Banco Nacional y el palacio del Virrey (en el que vivió durante largo tiempo la madre de Stalin) siguen incólumes. El caravasar, los jardines Pushkin, la zapatería Adelkhanov (donde trabajó Stalin) y los bazares han desaparecido. <<

[*] Stalin no habría estado demasiado agradecido a los Svanidze por su franqueza. Durante treinta años fueron sus parientes más cercanos. Su cuñada, Sashiko, que escribió estas memorias en 1934, murió de cáncer en 1936 (de lo contrario habría corrido la misma suerte que su hermana Mariko, su hermano Aliosha y la esposa de éste). Las memorias de Sashiko Svanidze son utilizadas aquí por primera vez. Algunos atracadores, como Kamo, Bachua Kupriashvili o Alexandra Darakhvelidze, dejaron también unas memorias inacabadas e inéditas utilizadas también por primera vez aquí. <<

[*] A mediados de los años veinte, cuando todavía no se había convertido en dictador, Stalin fue aún más lejos en su afán de ocultar el papel desempeñado en las incautaciones. En 1923-1924, el principal integrante de su banda de gánsters, Kote Tsintsadze, en aquellos momentos opuesto a Stalin, publicó sus memorias en un pequeño periódico georgiano. Fueron publicadas de nuevo en 1927, pero posteriormente fueron eliminadas las páginas en las que se hablaba del papel desempeñado por Stalin en los asesinatos y los atracos, proceso que continuó durante los años treinta, en la época de Beria. Hoy día son dificilísimas de encontrar. <<

[*] El país de estos iberos no es, por supuesto, nuestra península Ibérica, sino otro, Iberia, situado en el Asia Anterior, en el Cáucaso, en el alto valle del Ciro (Kura). Sus habitantes, los sapiros de Apolonio Rodio, tomaron el nombre de «iberos» en el siglo I a. C. *(N. del t.)*. <<

[*] Las memorias habían sido depositadas en el archivo del Partido Comunista de Georgia, donde habían permanecido olvidadas durante setenta años. Nunca fueron utilizadas en el culto oficial de Stalin. Parece que éste ni siquiera las leyó ni tuvo nunca conocimiento de su existencia, pues, por lo que ha podido saber este autor, no fueron enviadas al archivo de Stalin en Moscú. El dictador no quería que las opiniones de su madre fueran publicadas. Cuando Keke concedió una entrevista, del estilo de las que aparecen hoy día en la revista *¡Hola!*, a la prensa soviética en 1935, Stalin propinó una airada regañina al Politburó en los siguientes términos: «Os pido que prohibáis a esa basura filistea que invade nuestra prensa publicar más "entrevistas" con mi madre o más publicidad barata. ¡Os ruego que me ahorréis el inoportuno sensacionalismo de esos miserables!» A Keke, tan voluntariosa como siempre, no le impresionaba en absoluto el poder de su hijo, y debió de grabar sus memorias en secreto para desafiarlo el 23-27 de agosto de 1935, poco antes de su muerte. <<

[*] Los osetas eran un pueblo montañés semipagano que vivía en los confines septentrionales de Georgia; algunos se habían asimilado a los georgianos, pero la mayoría seguía llevando una vida orgullosamente al margen de ellos: en 1991-1993, los osetas del sur entraron en guerra con Georgia y actualmente son autónomos. Cuando el padre de Stalin, ya moribundo, fue admitido en un hospital, resulta muy significativo que aún fuera registrado como oseta. A los enemigos de Stalin, desde Trotski hasta el poeta Mandelstam en su famoso poema, les encantaba llamarlo «oseta», porque los georgianos consideraban a aquel pueblo montañés bárbaro, rudo y, a comienzos del siglo XIX, todavía no cristiano y pagano. Desde luego el apellido Djugashvili, que en georgiano significaría «hijo de Djuga», contiene una raíz oseta. La madre de Stalin afirma que Beso le había dicho que el nombre Djugashvili procedía de la palabra georgiana *djogi*, «manada de reses», porque la familia se dedicaba a la ganadería, y que había sido expulsada de Geri por unos merodeadores osetas. La verdadera relevancia de este dato se ha perdido porque, cuando nació Stalin, los Djugashvili se habían georgizado por completo. El propio Stalin escribió acerca de esto: «¿Qué debe hacerse con los osetas… que se están asimilando a los georgianos?» <<

[*] Stalin se inventaría más tarde muchas anécdotas sobre su vida: oficialmente, su fecha de nacimiento, inventada, era el 21 de diciembre de 1879, un año más después de la verdadera. Generalmente afirmaría que su nacimiento había tenido lugar el 6 de diciembre de 1878 hasta la entrevista concedida en 1920 a un periódico sueco. En 1925, ordenó a su secretario Tovstuja que formalizara la fecha de 1879. Hay numerosas explicaciones de esta actitud, entre otras el deseo de recrear su propia vida. Lo más probable es que retrasara su fecha de nacimiento para evitar ser llamado a filas. En cuanto al edificio en el que nació, es la humilde casita que actualmente se levanta en solitario en el bulevar Stalin de Gori, rodeada de una especie de templo griego construido durante los años treinta por el virrey del Cáucaso nombrado por Stalin y posteriormente jefe superior de la policía secreta, Lavrenti Beria, junto al Museo Stalin, semejante a una catedral. Los Djugashvili no vivieron en ella mucho tiempo. <<

[*] Ya como dictador, Stalin no perdió nunca su amor por las flores: se convirtió en un gran aficionado a la jardinería y cultivaría con agrado limones, tomates, y sobre todo rosas y mimosas. Sus canciones georgianas favoritas eran «Vete volando, oscura golondrina» y «Suliko». <<

[*] «Estas tabernas georgianas no ofrecen más que una sala sucia y desprovista por completo de muebles, pan (y queso), té, vino, y en el mejor de los casos huevos y algo de pollería», advierte la guía Baedeker. «Los que deseen comer tendrán que pagar una oveja entera (4-5 rublos)». <<

[*] Por lo que pueda valer. Adolf Hitler recibió también muchas palizas de su padre alcohólico, Alois. Stalin no se convirtió en maltratador de mujeres y niños, aunque fue un marido y un padre destructivo. Podría culpársele en parte de la muerte prematura de sus dos esposas. Abandonó a sus hijos ilegítimos, ignoró a su hijo Yakov durante casi quince años y luego lo maltrató psicológicamente. De los hijos habidos en su segundo matrimonio, malcrió primero y luego hundió a Vasili. A veces lo besuqueaba, pero con el tiempo el hijo del dictador se convirtió en un pequeño tirano mimado e incontrolable. Vasili se volvió un alcohólico impenitente, condición heredada tal vez de Beso. Stalin quiso a su hija Svetlana hasta que ésta se independizó: en una ocasión, siendo una adolescente, le dio una bofetada, pero sólo porque estaba teniendo una aventura con un casado mujeriego de cuarenta y tantos años. Para la historia del segundo matrimonio de Stalin y la suerte que corrieron sus hijos, véase de este mismo autor *Stalin: La corte del zar rojo*. <<

[*] Dato seguía siendo zapatero cincuenta años después, en 1940, cuando Stalin ordenó a uno de los Egnatashvili que lo invitara a Moscú para una reunión. Véase el Epílogo. <<

[*] La escuela sigue en pie y fue renovada en 2006. Hasta la denuncia de Stalin que hizo Jrushchev en 1956 llevó la siguiente inscripción: «Aquí, en la antigua Escuela Eclesiástica, estudió el Gran Stalin desde el 1 de septiembre de 1888 hasta julio de 1894». <<

[*] El Pequeño *Lord* Fauntleroy es el protagonista de la novela homónima de la escritora americana de origen británico Frances Hodgson Burnett, aparecida primero en forma de folletín (1885) y luego (1886) en forma de libro. (*N. del t*.) <<

[**] Éste es uno de los recuerdos de Pioter Kapanadze, amigo íntimo de Stalin, con el cual mantuvo siempre un contacto amistoso. Las memorias de Kapanadze son muy halagadoras para el dictador y fueron publicadas durante los años treinta, pero éste es un detalle que fue eliminado en la versión oficial: aparece sólo en la versión original conservada en los archivos. <<

[***] Se achaca la lesión de su brazo izquierdo a varios motivos —un accidente con un trineo, un defecto de nacimiento, una infección infantil, una luxación en un encuentro de lucha, una pelea por una mujer en Chiatura, un accidente de coche o una paliza de su padre—, todos ellos (excepto el defecto de nacimiento) mencionados por el propio Stalin. Reina una gran confusión en torno al accidente probablemente porque en realidad el pequeño Soso sufrió *dos accidentes*: éste, bastante menos serio, ocurrió cuando había empezado a ir a la escuela (según Keke) o a los seis años (según otros informes médicos), y probablemente causara una lesión en el brazo que se haría más visible en la vejez. Luego, no mucho después, se produjo otro accidente mucho más grave en el que sufrió heridas serias y que probablemente hiciera necesario su tratamiento en Tiflis: este segundo accidente afectó a las piernas. En sus memorias, a los ochenta años, Keke parece mezclar los dos episodios. <<

[*] De ahí que a su alrededor estuvieran las fincas de personajes casi de sangre real como los príncipes Bagration-Mukhranski y de grandes de la nobleza como el príncipe Amilakhvari. La aristocracia georgiana era muy numerosa —equivalía al seis por ciento de la población—, pero estaba sumida en la pobreza y, por lo tanto, se encontraba mucho más aislada que la de Rusia propiamente dicha. El virrey del Cáucaso, el gran duque Mijail Nikolaievich, hermano del emperador Alejandro II, erigió su palacio Likani, de estilo gótico, en las proximidades de la ciudad, en Borjomi, donde estos miembros de la familia Románov veranearon hasta la Revolución. Cuando Stalin accedió al poder, no mostró demasiado interés en regresar a Gori, pero las primeras vacaciones después de la guerra civil las pasó en compañía de su nueva esposa, Nadia Alliluyeva, que por aquel entonces se hallaba en estado, en el palacio Likani. Es también muy significativo que en 1951, cuando se deterioró su salud, eligiera Likani para pasar sus últimas vacaciones en Georgia. El palacio era y sigue siendo un bellísimo santuario, pero probablemente simbolizara también el triunfo de un niño de la localidad que se había regenerado. En la actualidad es la residencia de verano del presidente de la república de Georgia. <<

[*] Incluso en su vejez, el propio Stalin se enorgullecía de ser todo un macho luchador: cuando conoció al mariscal Tito al término de la Segunda Guerra Mundial, el apuesto caudillo yugoslavo le hizo sentirse en cierto modo viejo y débil. De repente levantó con sus brazos a Tito del suelo y dijo en tono jactancioso: «¡Todavía queda fuerza en mí!» Los yugoslavos se asustaron y quedaron perplejos, pero aquélla sería la última demostración de fuerza del Luchador de Gori. <<

[*] Estas anécdotas relatadas por Giorgi Elisabedashvili y su primo Sandro acerca del pilluelo que perjudica y casi provoca la ruina de un industrioso trabajador o acerca de otro tipo de luchas callejeras pueden encontrarse en los archivos, pero naturalmente nunca aparecerían en las biografías publicadas de Stalin y hasta la fecha han permanecido inéditas. <<

[*] Este estúpido decreto no sólo puso a Stalin en el camino de la rebelión, sino que hizo además que su ruso, a pesar del fuerte acento georgiano con que lo hablaría siempre, tuviera un nivel lo bastante alto como para que pudiera gobernar de manera convincente todo el Imperio Ruso. <<

[**] El inspector de enseñanza Butyrski era un caso típico: un personaje autoritario, rechoncho, casi enano, con bigotes rojos. Cuando oía hablar georgiano, gritaba: «¡No habléis esa lengua!» <<

[*] Como político, Stalin fue siempre un actor consumado. Los grandes personajes que lo conocieron bien cuando estaba en el poder tenían la impresión de que a menudo actuaba como si estuviera en el escenario: Jrushchev lo llamaba el «hombre de las mil caras»; Kaganovich comentaba que había cuatro o cinco versiones de Stalin; Mikoyan y Molotov tuvieron en varias ocasiones la sensación de que se limitaba a actuar. En cuanto a su facilidad para el dibujo, el único indicio que nos ha quedado es su costumbre de esbozar figuras de lobos durante las largas reuniones a las que tenía que asistir. <<

[*] El maestro de canto no fue el único profesor que ayudó a Stalin. El primo mayor de Davitashvili, Zakhary, fue otro profesor de literatura rusa que le serviría de inspiración, y años más tarde Keke escribiría: «Recuerdo cómo distinguía usted a mi hijo Soso, y que éste me dijo que muchas veces fue usted el que le ayudó a aumentar su interés por el estudio y que gracias a usted aprendió tan bien el ruso». <<

[*] Incluso cuando ya era un dictador septuagenario y había conquistado Berlín, seguía estudiando. «Fijaos en mí», decía más o menos en 1950, «soy un viejo y sigo estudiando». Los libros de su biblioteca están todos cuidadosamente marcados con anotaciones y comentarios al margen. Ese fervor reflexivo y esa diligencia de autodidacta, perfectamente disimuladas tras las toscas maneras de un campesino brutal, son rasgos que, para su desgracia, no supieron ver sus oponentes; por ejemplo Trotski. <<

[*] El comentario no puede ser más irónico teniendo en cuenta la cantidad de iglesias antiguas y hermosas que Stalin demolería más tarde, y el número de clérigos que mandó ejecutar. <<

Stalin no olvidó nunca a su maestro de canto. Cuando escribiera a Keke desde el exilio o desde la clandestinidad, a menudo incluiría recuerdos para Simon Gogchilidze. Keke enseñaba el mensaje al maestro, pero tapaba el resto de la carta con su mano: «Puede leer el pasaje que habla de *usted*», decía, «pero no hace falta que lea el resto ni que sepa dónde está mi hijo». <<

[*] Novela inglesa de Thomas Hughes, publicada en 1857, en la que se cuenta la vida del joven Tom Brown en un típico colegio-internado, Rugby School, en el cual estudió realmente el autor de 1834 a 1842. (*N. del t.*) <<

[**] Los seminaristas pertenecían principalmente a la aristocracia rural, eran miembros de familias nobles empobrecidas o bien hijos de curas, gente no precisamente riquísima, pero desde luego su situación era mucho mejor que la de Stalin. El hijo del jefe de policía de Gori, Davrichewy, y otros muchachos en mejor situación económica que Soso, como Kamenev, su futuro camarada, asistían al Gimnasio de Tiflis. Los hijos del acaudalado Egnatashvili, Vaso y Sasha, fueron enviados al Gimnasio a Moscú. Durante la dictadura de Stalin, el seminario de Tiflis llevaría la siguiente placa: «El gran Stalin —líder del VKP(b) y del proletariado del mundo— vivió y estudió en el exseminario teológico desde el 1 de septiembre de 1894 hasta el 29 de mayo de 1899 dirigiendo las células obreras ilegales de Tiflis». <<

[*] «Al archimandrita Serafim, reverendísimo rector del seminario ortodoxo de Tiflis del alumno de Segundo Curso Iosiv Stalin: Vuestra Reverencia conoce perfectamente la lamentable situación de mi madre, que se cuida ella sola de mí. Mi padre no se ha ocupado de mí en tres años. Ésa es su forma de castigarme por seguir con mis estudios contra su voluntad… Por esa razón presento por segunda vez esta instancia a Vuestra Reverencia. Os suplico de rodillas que me ayudéis y me admitáis como alumno de matrícula gratuita. Iosiv Djugashvili, 25 de agosto de 1895.» <<

[*] Stalin estaba inmerso en la poesía georgiana: le encantaba Eristavi; Chavchavadze era «un gran escritor cuyo papel en el movimiento de liberación de Georgia era importantísimo»; y también sentía verdadero entusiasmo por Akaki Tsereteli: «Mi generación se aprendió alegremente de memoria los poemas de Tsereteli… tan hermosos, emotivos y musicales; con razón es llamado el ruiseñor de Georgia». Pero, considerándolos retrospectivamente, Stalin daría también una valoración de estos poetas desde el punto de vista político, y diría que Tsereteli escribía «poemas hermoso, pero ideológicamente primitivos y parroquiales». Stalin no fue el único futuro bolchevique con aficiones poéticas: exactamente por esa misma época, en su escuela de Odesa, el joven Leon Bronstein, llamado posteriormente Trotski, casi contemporáneo suyo, también escribía poesías. Trotski superó con creces a Stalin como escritor, pero no como poeta. Si algún colega de Stalin hubiera dedicado algún poema suyo a un príncipe, habría sido utilizado contra él durante el Terror. En 1949, con motivo del septuagésimo aniversario de Stalin, el magnate del Politburó Beria encargó en secreto a los mejores traductores de poesía, entre ellos a Boris Pasternak y a Arseni Tarkovski, que prepararan una edición rusa de los poemas. No se les dijo quién era su autor, pero uno de aquellos poetas comentó que «la obra es digna del Premio Stalin de primera clase», aunque es probable que adivinaran la identidad del joven escritor. Cuando el proyecto estaba a medias, recibieron la orden estricta, sin duda procedente del propio Stalin, de interrumpir su trabajo. <<

[*] «Lo mejor», aconseja la Baedeker, «sobre todo si hay señoras, es realizar una visita rápida en coche… La seguridad pública es bastante inestable; conviene no viajar solo ni exhibir mucho dinero (sobre los permisos para llevar pistola, *vide supra*). Conviene que el viajero mantenga sus pertenencias vigiladas en todo momento, pues los nativos no tienen ningún reparo en robar al descuido cualquier tipo de objeto.» La Baedeker añade que incluso una carta de presentación del virrey o para cualquier príncipe del país tiene una utilidad limitada para superar «las dificultades que puedan suscitarse: éstas sólo pueden solucionarse mostrando un porte resuelto»… y probablemente con ayuda de la pistola arriba mencionada. <<

[*] Al héroe de Hugo, Cimourdain, «no se le había visto nunca llorar… [era de una] virtud inaccesible y gélida. Un hombre justo, pero terrible. No hay medias tintas para un cura revolucionario que debe ser infame y sublime a la vez. Cimourdain era sublime… áspero, insociable y repelente… puro, pero siniestro». <<

[*] Aquellos jóvenes marxistas copiaban las obras de Marx a mano y se pasaban unos a otros los manuscritos. Cuando su amigo de Gori Kote Khakhanashvili volvió a casa con unos cuantos volúmenes de Marx, Stalin se los pidió prestados, pero luego se negó a devolvérselos: «¿Para qué los necesitas? Pasan por las manos de mucha gente que aprende de ellos». Sustrajo también un manual de lengua alemana. Pero sus estudios de inglés y de alemán nunca le permitieron hablar estas lenguas con fluidez: incluso a comienzos de los años treinta pidió a su esposa, Nadia, que le mandara un manual de inglés para estudiar durante las vacaciones. <<

[*] La mayor parte de los historiadores afirman reiteradamente que Stalin no volvió a ver a Beso más o menos a partir de 1890, pero la lectura de varias fuentes de los archivos, así como las memorias de Candide Charkviani, demuestran que vio a su alcohólico padre mucho después. <<

[*] En septiembre de 1931, su viejo profesor de historia, que se pudría en los calabozos de la cárcel-fortaleza de Metekhi, en Tiflis, logró hacer llegar una petición a su antiguo alumno, convertido para entonces en dictador de la Unión Soviética. Stalin escribió inmediatamente a Beria, su virrey del Cáucaso, en los siguientes términos: «Nikolai Dmietrivich Makhatadze, de 73 años de edad, se encuentra en la prisión de Metekhi… Lo conozco desde los tiempos del seminario y no creo que pueda representar ningún peligro para el poder soviético. Te ruego que liberes al anciano y me hagas saber el resultado». <<

[*] Giorgi Gurdjieff, el espiritista que escribió el libro titulado *Meetings with Remarkable Men*, para algunos un mero charlatán, para otros un mago y un hierofante, afirmaba haber asistido al seminario con Stalin, quien, según decía, vivió en casa de su familia en Tiflis. Pero Gurdjieff, de origen armenio, es un embustero: nacido en 1866, era doce años mayor que Stalin y no existe ni una sola prueba de que estudiara en el seminario. Durante el curso, Stalin se alojaba en el propio seminario. Gurdjieff afirma también que fue compañero de un tal «príncipe Nijeradze»: «Nizheradze» es uno de los alias utilizados posteriormente por Stalin en Bakú. No hay la más mínima prueba de que ninguna de las afirmaciones de Gurdjieff sea cierta. Durante su reinado, Stalin persiguió a los espiritistas y específicamente a los «gurdjieffistas», que a menudo perecieron fusilados. <<

[*] El 4 de septiembre de 1943, el patriarca ruso en el exilio, Sergei, y dos metropolitas fueron convocados a una extraña charla en el Kremlin, durante la cual Stalin les hizo saber que había decidido restablecer el patriarcado, las iglesias y los seminarios. Sergei pensó que quizá fuera demasiado pronto para volver a abrir los seminarios. Stalin respondió: «Los seminarios son lo mejor», y luego comentó ingenuamente: «¿Por qué no tienen ustedes cuadros? ¿Dónde se han metido?» En vez de contestar que los «cuadros» de la Iglesia habían sido destruidos sistemáticamente por Stalin, el patriarca Sergei hizo diplomáticamente el siguiente chiste: «Una de las razones de que así sea es que nosotros formamos a un joven para que se haga cura y acaba convirtiéndose en mariscal de la Unión Soviética». Stalin estuvo contando recuerdos de su estancia en el seminario hasta las 3 de la madrugada. «Señorías», dijo al fin deseando las buenas noches a los clérigos, «eso es todo lo que puedo hacer por ustedes por ahora». <<

[*] El observatorio sigue en pie, aunque se encuentra en unas condiciones deplorables, como todas las instituciones de Georgia. La habitación de Stalin se conserva, junto con algunas de sus supuestas pertenencias personales y una vieja placa: «El Gran Stalin, líder del VKP(b) y del proletariado mundial, vivió y trabajó aquí, en el Observatorio Meteorológico de Tiflis desde el 28 de diciembre de 1899 hasta el 21 de marzo de 1901, dirigiendo las células ilegales de los trabajadores socialdemócratas». <<

[*] En Rusia, la clase mercantil y la clase media, que no tenían acceso al poder político, a menudo simpatizaban con los revolucionarios, pero en Georgia éstos podían contar también con la ayuda del patriotismo local y una red de clanes familiares que alcanzaba a la alta nobleza. Los Shervashidze supieron figurar entre los cortesanos más importantes de San Petersburgo, mientras que en sus posesiones de Abjasia mantenían estrechos vínculos con los revolucionarios. El príncipe Giorgi Shervashidze fue canciller de la corte de la emperatriz Maria Fiodorovna, viuda de Alejandro III y madre de Nicolás II. Tras la Revolución y hasta los años treinta, los Shervashidze que se quedaron en la URSS gozaron de la protección de Nestor Lakoba, líder bolchevique local y miembro de la corte de Stalin. <<

[*] El revolucionario ruso más importante de Georgia era Victor Kurnatovski, un individuo alto, cargado de espaldas y medio calvo, que había compartido con Lenin el destierro en Siberia y que incluso había conocido a Plejanov en Zurich. Muchos de los revolucionarios más activos de la ciudad no eran caucasianos, sino rusos. En la estación del ferrocarril, Sergei Alliluyev contaba con la ayuda de Mijail Kalinin, hombre afable, con barba de color rojizo, otro ferroviario de origen campesino al que Soso conocería por aquel entonces: se convertiría en el jefe del estado de Stalin, permaneciendo en el cargo durante mucho tiempo. Los otros líderes eran georgianos: Jordania, Jibladze, Mikha Tskhakaya y Philip Majaradze, que habían fundado el Tercer Grupo en 1892. <<

[*] El paso a la clandestinidad supuso además que Stalin se librara en 1901 del servicio militar obligatorio. La última vez que fue detenido en 1913 dijo a la policía que había sido «eximido del servicio militar por razones familiares en 1901». El jefe de la policía de Gori, Davrichewy, le ayudó a obtener los papeles que le permitieron librarse de la llamada a filas, según las memorias de su hijo, achacando probablemente problemas familiares y también retrasando su fecha de nacimiento un año, al 21 de diciembre de 1879. Stalin no tendría que preocuparse más por el servicio militar hasta 1916. <<

[*] Cuando fue asesinado el Ministro del Interior Plehve en 1904, su director de la policía, Lopukhin, encontró cuarenta de sus propias cartas privadas en la caja fuerte del muerto: el ministro había mandado supervisar a su propio jefe de policía. <<

[*] Durante la década de 1880, el coronel G. P. Sudeikin, de la Ojrana de San Petersburgo, protegió a un joven terrorista de Voluntad del Pueblo llamado Degaev, recurso tan conveniente para el policía que le permitió convertirse en «maestro de la revolución en Rusia». Pero para obtener ese éxito tuvo que pagar un alto precio: el coronel se vio obligado a ordenar la perpetración de varios asesinatos con el fin de ocultar la identidad de su agente doble. Más tarde, en 1883, Degaev lo atrajo a una entrevista en el curso de la cual lo asesinó. Degaev acabó desapareciendo. Algunos años después, se descubrió que un catedrático de matemáticas de una oscura universidad del Medio Oeste norteamericano era ni más ni menos que Degaev, historia que cuenta con suma amenidad Richard Pipes en su libro *Degaev Affair*. Este tipo de táctica constituye siempre un juego mortal. En nuestros días, los agentes de los servicios de inteligencia estadounidenses que pusieron a los mujaidines afganos a luchar contra los soviéticos y los agentes de los servicios secretos israelíes que patrocinaron a los radicales islámicos de Cisjordania para contrarrestar la fuerza de la OLP aprendieron la lección cuando las organizaciones creadas por ellos mismos se convirtieron en movimientos jihadistas, al-Qaeda y Hamas respectivamente. <<

[*] La Ojrana no podía permitirse el lujo de ignorar la astucia de los asesinos del partido socialista revolucionario. En un acto precursor de la barbarie de al-Qaeda en la jornada del 11-S, el éxito de los combates aéreos sugirió la conveniencia de utilizar estos nuevos artefactos como armas. Los terroristas del movimiento socialista revolucionario consideraron la posibilidad de lanzarse en un biplano cargado de dinamita contra el Palacio de Invierno, de modo que en 1909 la Ojrana ordenó el control de todos los vuelos, así como de las personas que aprendían a volar y de los miembros de los aeroclubs. Una prueba de la excelencia de la Ojrana es que en 1909 fue lo bastante imaginativa como para prever un crimen que no se les ocurrió imaginar al FBI ni a la CIA en pleno siglo XXI. <<

[*] La fecha de estos recuerdos tiene siempre mucha importancia. En las memorias dictadas en 1936, Vadachkoria da a entender que fue Stalin quien ordenó el asesinato, dato que resultaba muy ingenuo reseñar aquel año, pero que habría sido impensable reseñar un año más tarde, durante el Gran Terror, o con posterioridad a esa fecha. La anécdota que contaba cómo Stalin simplemente *sospechó* que era un espía y cómo sus sospechas se vieron confirmadas fue publicada como una muestra más de culto a la personalidad. El dato de que el sabueso fue asesinado aparece *sólo* en el relato original conservado en los archivos y es publicado ahora por primera vez. <<

[*] Este detalle habría irritado sobremanera a Stalin, y en efecto este tipo de datos íntimos sería omitido en sus memorias por los personajes más sofisticados que concedieron entrevistas durante los años treinta. Natasha Kirtava realizó dos series de memorias, una en 1934 y otra en 1937. Ni qué decir tiene que el episodio inédito del beso aparece sólo en las primeras, anteriores al advenimiento del Terror. <<

[*] La manifestación de Batumi y el episodio de Smirba se convirtieron en las leyendas estalinistas básicas, a partir de las cuales se desarrollaron muchas otras. Cuando el mandamás de Abjasia y uno de los cortesanos favoritos de Stalin, Nestor Lakoba, escribió su libro *Stalin i Hashimi* (*Stalin y Hashimi*) en 1934, reforzó el culto a la personalidad que había comenzado a fomentarse en 1929. Al secretario de Stalin, Ivan Tovstuja, le preocupó el texto, por lo que escribió al que por entonces era el segundo del dictador, Lazar Kaganovich, en los siguientes términos: «Recibido el texto de *Hashimi*… Todavía hay cosas que corregir y reescribir… ¿Qué hacer? ¿Habría que tirarlo?» No. Su publicación significó para Lakoba la obtención del favor del dictador, aunque no por mucho tiempo. Un año después, su obra quedó empequeñecida por las enormes exageraciones de la *Historia de la organización bolchevique en el Cáucaso* de Beria. El propio Stalin, según el hijo de Beria, corrigió el manuscrito «tachando los nombres de otros y sustituyéndolos por el suyo». Poco después (1937) apareció un grueso volumen titulado *La manifestación de Batumi de 1902*. Beria actuó con rapidez para acabar con su rival, Lakoba, envenenándolo y luego asesinando y torturando personalmente a su esposa y a sus hijos. Véase *Stalin: La corte del zar rojo*, con toda la historia. En cuanto a Hashimi Smirba, cambió de domicilio en 1916, enterrando la imprenta en su huerto. Murió en 1922 a los ochenta y un años. Ya septuagenario, Stalin gastaría bromas a propósito de Smirba. Sabía que el libro de Lakoba era considerado por la mayoría una obra de carácter propagandístico. Al fin y al cabo se afirmaba en él que «Stalin era el hombre más grande de toda una época, de esos que la historia produce sólo una vez cada cien o doscientos años». Pero Stalin insistiría: «Fue tal como se cuenta en el libro. Eso fue exactamente lo que pasó». <<

[*] A comienzos de 1939, el Teatro de las Artes de Moscú encargó a Mijail Bulgakov, subempleado a pesar de su brillantez como autor, que escribiera una obra romántica sobre el joven Stalin en Batumi para celebrar el sexagésimo aniversario del dictador en diciembre. Stalin debió de dar definitivamente su aprobación al comité. Admiraba a Bulgakov —médico en activo, como Chejov, convertido en escritor— especialmente por su novela *La guardia blanca*. Su versión dramática de *Los días de las turbinas* era la obra favorita de Stalin: la vio quince veces. No obstante, como ocurriera con Pasternak y Shostakovich, Stalin jugó con él una especie de juego del gato y el ratón, llamándole personalmente por teléfono para asegurarle que iban a darle trabajo, para después volver a apretarle las tuercas. Como Pasternak, Bulgakov se sentía fascinado por su omnipotente perseguidor y había jugado con la idea de escribir una obra semejante desde 1936, aunque sabía que «es peligroso para mí». Basándose en el libro *La manifestación de Batumi de 1902* y probablemente también en conversaciones con testigos directos, Bulgakov acabó un primer borrador en junio de 1939, titulándolo *El Cura*, el apodo que habían dado los obreros a Stalin, luego *Sucedió en Batumi*, y por fin sólo *Batumi*. Esta obra romántica no contiene episodios amorosos, pero implícitamente se admite la relación de Stalin con Natalia Kirtava, pues su compañera en la obra es una tal Natasha, personaje basado a la vez en Kirtava y en la hermana de Lomdzharia. A los apparatchiks culturales les gustó la pieza y le dieron su aprobación. En el mes de agosto, tras declarar que quería entrevistar a los testigos de los hechos y repasar los archivos, Bulgakov tomó el tren con destino a Batumi en compañía de su esposa, Elena. Pero Stalin no deseaba ver minado su status de estadista (estaba a punto de firmar con Hitler el Pacto Molotov-Ribbentrop) por cualquier tipo de revelaciones que pudieran contener esos archivos, muchos de los cuales han sido utilizados en este libro. Los Bulgakov recibieron un telegrama en el que se les invitaba a regresar: «El viaje ya no es necesario. Vuelvan a Moscú». Bulgakov cayó enfermo. Stalin leyó la obra. En una visita al Teatro de las Artes, dijo a su director que *Batumi* era una buena obra, pero que era irrepresentable, añadiendo (hipócritamente) el siguiente comentario: «Todos los jóvenes son iguales. Así que ¿por qué escribir una obra sobre el joven Stalin?» Este tipo de piezas entraba dentro de lo rutinario para Bulgakov, que terminó en secreto su obra maestra de contenido antiestalinista, *El maestro y Margarita*, antes de morir en 1940. <<

[*] «¿Feliz?» He aquí la respuesta sardónica que dio Keke en 1935 cuando un entrevistador le preguntó si estaba feliz de ser la madre de Stalin: «¿Me pregunta usted qué clase de felicidad sentía? Todo el mundo se siente feliz cuando ve a mi hijo y nuestro país. Así que ¿qué iba a sentir yo como madre?» <<

[*] Stalin desarrolló rápidamente este arte clandestino. Un obrero de Batumi que simpatizaba con su movimiento trabajaba para la compañía encargada de suministrar leña a la prisión. Un día fue tanteado y le dijeron que iba a ayudar a entregar la leña y que debía seguir escrupulosamente las instrucciones que le dieran. Entregó los troncos, los llevó al patio y a las 3 de la tarde en punto los guardianes sacaron a un solo prisionero, Stalin, que le dio un mensaje urgente para que lo llevara a Batumi. <<

[*] Lenin encarnaba el sueño que tenía Stalin de sí mismo como caballero de una orden militar religiosa. «Nuestro partido no es una escuela de filósofos», afirmaba de forma harto reveladora, sino «un partido en lucha. Hasta ahora se parecía a una acogedora familia patriarcal. En adelante debe ser como una fortaleza, cuyas puertas sólo se abran para quienes lo merezcan». Cualquier otra forma era una «profanación de nuestro sanctasanctórum». <<

[*] Como líder soviético, Stalin desdeñaba la benignidad del régimen zarista, y no estaba dispuesto a tolerarla en su propio sistema represivo. «La cárcel no tiene que parecerse en absoluto a una casa de reposo», escribiría en 1937, cuando el Terror alcanzó su punto culminante. «A los presos se les permite relacionarse unos con otros, escribir cartas a voluntad, recibir paquetes…» <<

[*] Las autoridades zaristas reconocían que debido a los desafíos especiales que suponían las pruebas y la discreción, los terroristas y los revolucionarios no podían ser juzgados por un jurado ni por un juez: el oficial de la Gendarmería de cada localidad recomendaba una determinada condena al gobernador general, que se la hacía llegar a la Comisión Especial, formada por cinco funcionarios de los departamentos de justicia e interior que aprobaban la sentencia. El Ministro del Interior la ratificaba, y el emperador la firmaba. Stalin fue condenado habitualmente de esta forma. Entre 1881 y 1904, sólo fueron condenados de este modo 11.879 individuos, mientras que durante su reinado, equivalente a un número análogo de años, Stalin decretó la deportación de la increíble cifra de veintiocho millones de personas, de las cuales no regresaron nunca varios millones. En cuanto a la aplicación de la pena capital en tiempos de los zares, en las provincias occidentales era más habitual que se colgara a polacos católicos y a judíos, que a ortodoxos rusos o georgianos. **<<**

[*] Cuando llegó a su destino, Lenin echó una reprimenda al jefe de estación, se aprovechó de la biblioteca del comerciante del lugar, hizo venir a su esposa, Nadia Krupskaya, y a su suegra para que lo cuidaran, e incluso contrató a una criada para que limpiara la casa. Los Lenin apadrinaron a los campesinos, que, según comentaba Krupskaya, «eran por lo general gente limpia en sus hábitos». Lenin se recreaba en el paisaje de aquella «Italia siberiana», que constituía un ambiente muy agradable para dedicarse a escribir. «Generalmente», señala Krupskaya, «no se pasaba tan mal en el destierro». El sistema favorecía a los nobles y a los rusos y georgianos ortodoxos, frente a los judíos y a los polacos. Lenin y su amigo Yuli Martov fueron detenidos al mismo tiempo y acusados de los mismos delitos, pero mientras que Lenin, ruso de noble cuna, disfrutó de unas hermosas vacaciones entregado a la lectura, el otro líder del partido socialdemócrata, el judío Martov, se las vio y se las deseó para sobrevivir al desesperante frío ártico de Turukhansk. <<

[*] Incluso en esta fecha temprana, Lenin y Stalin, sedicentes campeones del proletariado, estaban en contra de la participación de los verdaderos trabajadores. Creían en una oligarquía que debía gobernar en nombre de los trabajadores, concepto que se convertiría en la «dictadura del proletariado». Stalin estaba convencido de que la elección de trabajadores para formar parte de los comités del partido habría dado entrada a demasiados revolucionarios aficionados y a más agentes de la policía secreta. Los leninistas también simpatizaban poco con las aspiraciones de repartos de tierras de los campesinos. La mayoría de los socialdemócratas georgianos estaba a favor de una mayor participación de obreros y campesinos y de los repartos de tierras a estos últimos, por lo que se hicieron mencheviques. Los mencheviques georgianos dirigidos por exaltados como Jordania, fueron muy eficaces y se hicieron cada vez más populares; los mencheviques georgianos eran mucho más violentos que los rusos. Jibladze y Noe Ramishvili fueron hasta 1907 unos partidarios del terror y las incautaciones tan entusiastas como Stalin. Pero en último término los bolcheviques fueron mucho más disciplinados y despiadados y se sentían más cómodos con el terror y los asesinatos. Para complicar aún más las cosas, había bolcheviques blandos, como Kamenev, lo mismo que había mencheviques extremistas. <<

[*] En 1934, los niños que suministraron a Stalin el pan para que emprendiera la fuga le escribieron una carta; él les contestó y les hizo un regalo: una radio y un gramófono. En 1947, Kungarov, ya jubilado, le escribió en los siguientes términos: «Generalísimo de la Unión soviética, camarada I. V. Stalin. Deseo disculparme sinceramente por molestarle, pero en 1903 estuvo usted viviendo en mi casa y en 1904 yo mismo lo conduje hasta Zharkovo, camino de la estación de Tyret, y cuando la policía me interrogó, yo mentí por usted y dije que le había llevado a Balagansk. Por mentir me encerraron en la cárcel y me dieron diez latigazos. Le pido que me ayude». Es muy improbable que Kungarov se inventara todo esto, pero Stalin leyó la carta y dijo que no se acordaba de nada, pidiendo a Kungarov que le diera más detalles. Quizá los recuerdos que tenía Stalin de su primer destierro no fueran tan vivos, pero es más probable que abrigara algún motivo de queja contra Kungarov por negarse a ayudarle a escapar. <<

[*] Este *Credo* era uno de los secretos más importantes del pasado de Stalin. Socavaba seriamente sus credenciales leninistas, situándolo más cerca de los mencheviques de 1918 que crearon una Georgia independiente y de los bolcheviques «desviacionistas» de 1921-1922. En 1925, en su afán de suceder a Lenin, Stalin emprendió la búsqueda y destrucción de todas las copias del *Credo*. En 1934, abordó en dos ocasiones a Shevardian (primero a través de su mandamás en el Comisariado de Comercio, el magnate estalinista Anastas Mikoyan, y luego a través de un viejo camarada de Tiflis, Malakia Toroshelidze, rector de la universidad de la capital georgiana). Shevardian enterró sus papeles en su aldea. Durante el Terror de 1937, Mikoyan y Beria fueron enviados a Ereván con una lista negra de 300 bolcheviques armenios a los que debían asesinar. Mikoyan salvó sólo a uno de los 300, Shevardian, que seguiría detenido. Su familia destruyó todos sus papeles. Shevardian fue fusilado por Beria el 24 de octubre de 1941, en pleno avance de los alemanes. No todos los que recibieron el *Credo* fueron fusilados: Tskhakaya siguió estando entre los favoritos del dictador. <<

[*] Esta «aventura» volvió a salir a la superficie cuando Stalin se casó con la hija menor de Olga, Nadia. Corrieron rumores de que Stalin era su padre. Parece que los rumores llegaron a oídos de los dos, pero Nadia tenía ya tres años cuando Stalin conoció a su familia. Mientras tanto, en 1904, Soso había cortejado ya de modo más tradicional a una chica georgiana de buena familia, Nina Gurgenidze, y le había pedido que se casara con él. Cuando la joven lo olvidó y contrajo matrimonio con un abogado desgreñado, Soso la maldijo diciendo: «¿Cómo has podido casarte con ese adefesio?» El abogado en cuestión fue fusilado en 1937. <<

[*] Minadora Toroshelidze, de soltera Ordzhonikidze, era una menchevique casada con el bolchevique Malakia Toroshelidze, íntimo también de Stalin. Minadora fue la única mujer que firmó la declaración de independencia de Georgia otorgada por los mencheviques en 1918. Cuando Stalin y Sergo reconquistaron Georgia en 1921, se quedó en Tiflis con Toroshelidze, rector de la universidad de la ciudad, y uno de los que habían recibido una copia del *Credo*. En 1937, los dos fueron detenidos. En una fortuita ironía típica del terror de Stalin, Minadora, la menchevique, fue puesta en libertad, mientras que Malakia, el bolchevique, fue fusilado. Pero quizá no fuera una coincidencia: a Stalin le gustaba Minadora. Sus memorias permanecen inéditas. <<

[*] Kirtava se convirtió en una dirigente del partido y en una celosa estalinista en Batumi. Sus memorias están escritas en el rígido lenguaje jeroglífico de los bolcheviques, pero incluso en los años treinta se atrevió a reseñar en ellas que rechazó la propuesta de Stalin y que su rechazo lo puso hecho una furia. La anécdota no ha sido publicada hasta ahora. <<

[*] Noe Khomeriki fue luego Ministro de la Tierra en la Georgia independiente de 1918-1921, antes de encabezar la rebelión menchevique de 1924, durante la cual fue hecho prisionero y fusilado. Su carta fue confiscada en el curso de una redada de la Gendarmería y ha permanecido perdida desde entonces en los archivos. Resulta especialmente insólita por lo concreto de la condena que hace en su análisis de los métodos y las ambiciones de Stalin. A finales de 1950, Beria, por entonces el magnate del Politburó al frente del proyecto nuclear, perdió el favor del dictador y temió por su propia ruina. Ahora sabemos que oyó hablar de esta carta en los círculos georgianos y que, deseoso de acumular munición para utilizarla contra Stalin en caso de necesidad, pidió en secreto y de forma extraoficial a una archivera que la localizara. Pero no logró dar con ella. La carta no volvió a salir a la superficie hasta 1989. <<

[**] La Cólquide, el país del Vellocino de Oro, era el antiguo nombre de Georgia, y sus habitantes eran los colcos. De ahí el apelativo que utiliza Lenin. <<

[*] Las memorias de Chavichvili, en dos volúmenes, son valiosísimas, aunque raramente son utilizadas por los historiadores: fueron publicadas en ediciones muy limitadas únicamente en francés. Chavichvili es un testigo hostil que escribió su obra en el exilio, y se muestra mitad impresionado, mitad aterrado por el magnetismo de Stalin. <<

[*] Llevaba a cabo su lucha también en letra impresa. «¡Desde luego nuestros mencheviques son una lata!», decía Stalin en un panfleto acusándolos de ser falsos marxistas. El artículo resulta muy interesante por sus curiosas expresiones y parábolas: «Un día un cuervo se encontró una rosa, pero eso no quiere decir que un cuervo sea un ruiseñor». Los mencheviques «nos recuerdan al ladrón que robaba el dinero y gritaba: "¡Detened al malhechor!"» Pero concluía: «Es bien sabido que la lengua choca una y otra vez con el diente dolorido». <<

[*] En octubre de 1940, el célebre escritor georgiano Shalva Nutsubidze fue liberado repentinamente de la cárcel y conducido a presencia de Stalin, gran admirador suyo, que editó y contribuyó a financiar la publicación de su traducción al ruso de la obra de Rustaveli. En la cena celebrada en la mansión del dictador en Kuntsevo, Nutsubidze recordó el discurso pronunciado por éste en el funeral de Tsulukidze y no dudó en recitarlo. «Un talento extraordinario va de la mano de una memoria también extraordinaria», exclamó Stalin, que se dirigió a su huésped y lo besó en la frente. Para la anécdota completa, véase *Stalin: La corte del zar rojo*. **<<**

[*] Las memorias del padre Kasiane Gachechiladze fueron escritas en secreto en vida de Stalin y heredadas por su nieto, que vio a este autor hablando en la televisión georgiana acerca del libro que proyectaba escribir y se puso en contacto con él. El relato del traslado de las caballerías de un extremo a otro del país, de sus movimientos y de su conversación encaja con otras fuentes. <<

[*] Stalin conocía a los Svanidze no sólo a través de Aliosha. Simon Svanidze, padre de Aliosha y de sus tres hermanas, era profesor en Kutaisi; la madre, Sipora, pertenecía al noble clan de los Dvali. En Kutaisi, un primo de Sipora, perteneciente también a la familia Dvali, era el jefe de la policía. Los Svanidze y el Dvali que ocupaba el cargo de jefe de policía ocultaron a Stalin de la Ojrana, en un ejemplo más de cómo en Georgia las relaciones eran más importantes que la lealtad al estado. <<

[*] Las memorias de Sashiko Svanidze y su marido, Monoselidze, son valiosísimas. Ambas fueron escritas entre comienzos y mediados de los años treinta, cuando Stalin era ya dictador, y sin embargo son sorprendentemente honestas. Las de Sashiko han permanecido inéditas; algunas secciones de las de Monoselidze fueron utilizadas en la literatura de culto a la personalidad del dictador, pero la mayor parte de los recuerdos recogidos en ellas fueron considerados inapropiados. Por aquella época, 1905-1906, los bolcheviques que llegaban de las provincias informaban a Stalin en el hospital, pero los líderes del movimiento, Shaumian, Spandarian, Abel Yenukidze (también de Racha) y Budu «el Barril» Mdivani, acudían regularmente a casa de los Svanidze, junto con los pistoleros de Soso, Kamo y Tsintsadze. <<

[*] La reacción de Stalin ante aquel insulto fue muy curiosa, pero desde luego nunca lo olvidó. En cuanto a la suerte que corrió Kavtaradze, véase el Epílogo. El Comité Sindical reunía a bolcheviques y mencheviques. <<

[**] Trotski cuenta que Stalin «pasó el año 1905 en un sencillo despacho escribiendo torpes comentarios sobre acontecimientos espléndidos». La mayor parte de los historiadores ha seguido la línea de Trotski. <<

[*] En la actualidad sigue siendo el Museo Lenin, uno de los últimos santuarios de Lenin que quedan en el mundo occidental. <<

[**] Entre su progenie había algunos elementos incómodos: su madre era nieta de Moishe Blank, comerciante judío que se había casado con una sueca. El destacado papel de los judíos entre los bolcheviques constituyó siempre un problema en la Rusia soviética. De hecho, en 1932 la hermana de Lenin, Anna, escribió a Stalin acerca de los orígenes judíos de su familia. El dictador escribió la siguiente anotación sobre ella: «¡Absolutamente ni una palabra sobre esta carta!» Permaneció oculta hasta los años noventa. <<

[*] El más importante de esos delegados era Leonid Krasin, ingeniero brillante, mujeriego y experto de Lenin en cuestiones financieras, terrorismo y explosivos, al que Stalin conocía ya de Bakú. En esta ciudad Krasin había inventado el sistema de generador de electricidad para la extracción de petróleo en beneficio de la gran empresa, pero al mismo tiempo había creado una imprenta clandestina para los bolcheviques. En 1905, ayudó a Lenin a allegar fondos gracias a sus contactos con la plutocracia industrial, por ejemplo con Savva Morozov y con la actriz Kommissarzhevskaya, que donó los beneficios de taquilla de su espectáculo, pero su especialidad era el terror, los atracos a bancos, y la fabricación de bombas. En Tammerfors, Stalin coincidió también con Emelian Yaroslavski, que se convertiría en su jefe de propaganda cuando llegara al poder; a Yakov Sverdlov, que compartió el destierro con él, se convirtió en el principal organizador de Lenin y sería el primer jefe del estado de la Unión Soviética; y a Solomon Lozovski, futuro subcomisario de exterior de Stalin, al que procesaría y mandaría fusilar en 1952 durante la campaña de terror antisemita. Lozovski fue la única víctima de Stalin que tuvo el valor de desafiar abiertamente al dictador en los tribunales; véase *Stalin: La corte del zar rojo*. <<

[*] Esta manera de hacer las cosas apelando a la rivalidad era típica de Stalin; recuerda el modo en que el dictador ordenaría más tarde a los mariscales Zhukov y Konev que compitieron uno con otro para tomar Berlín en 1945. <<

[*] Bachua Kupriashvili, uno de los bandidos que tuvieron un papel más destacado en el atraco al banco de Tiflis, redactó sus memorias durante los años de Stalin. Confirma el mando directo que éste tenía sobre la Cuadrilla, pero se cuida muy mucho de relacionarlo directamente con los golpes perpetrados por ésta. Sus memorias han permanecido olvidadas en los archivos de Georgia durante sesenta años. <<

[*] Essad Bey era uno de los pseudónimos de Lev Nussimbaum, hijo de un magnate del petróleo de Bakú de origen judío, que escribió *Stalin: Carrera de un fanático*. Fue autor también de una novela de amor clásica, *Ali y Nino*, bajo el nombre de Kurban Said, cuya identidad sería un misterio hasta la aparición de una nueva biografía, *The Orientalist*, de Tom Reiss, que revelaba la curiosa vida de Nussimbaum y su transformación étnica, al convertirse en musulmán en la Italia fascista. Tratándose de un autor de ficción notorio, no puede ser considerado una fuente histórica ideal; sus anécdotas, carentes de toda referencia, han sido juzgadas durante mucho tiempo simples mitos, aunque a menudo luego resulta que son históricamente ciertas. Nussimbaum debió de conocer los destierros de Tiflis y de Bakú y contó su historia, pero siempre es preciso contrastar sus informaciones debido a su poca fiabilidad. <<

[*] El adjetivo «técnico» era entre los bolcheviques un eufemismo para designar las actividades terroristas o el asesinato. Tanto Krasin como los mencheviques llamaban a los laboratorios en los que fabricaban sus bombas «Departamentos Técnicos». <<

[*] Debe de tratarse de la chalina —semejante al pañuelo usado por los judíos cuando rezan— que lleva en la famosa foto de la ficha policial tomada durante esta misteriosa detención. <<

[*] Stalin conoció allí al socialista polaco Felix Dzerzhinski, que sería el fundador de la policía secreta soviética, la Checa, y su aliado en las luchas por el poder desencadenadas a la muerte de Lenin; a Grigori Radomyslski, hijo de un lechero judío, que no tardaría en adoptar el nombre de «Zinoviev», y con el que formó un triunvirato a la muerte de Lenin, aunque ello no impidió que lo liquidara junto a Kamenev en 1936; y a Alexei Rikov, el sucesor de Lenin como Primer Ministro, con el cual compartiría Stalin el poder durante algún tiempo y al que liquidaría en 1938. En el Congreso, Stalin se encontró también con algunos viejos amigos, como Said Devdariani, de los tiempos del seminario; Kalinin, su futuro Jefe del Estado, al que conocía a través de los Alliluyev; y a su camarada de Tiflis Stepan Shaumian. <<

[*] Según Ketevan Gelovani, nieta de la hermana de la madre de Kato, que fue entrevistada por el autor en Tiflis, Soso se comportó siempre amablemente con ella, excepto en algún arranque de genio: «Poco después de la boda, le quemó la mano con un cigarrillo en un ataque de furia, pero ella lo quería mucho y él se mostraba casi siempre tierno y cariñoso con ella». Corre por Finlandia la leyenda de que Stalin la llevó de luna de miel a Karelia; sin embargo, no hay pruebas de que lo acompañara a Suecia, aparte de que por entonces todavía no se habían casado. <<

[*] Así sería especialmente a partir de 1907, cuando el congreso de Londres prohibió las incautaciones y decretó la expulsión del partido de todos aquellos que desobedecieran la orden. Pero el asalto del barco fue en septiembre de 1906, y el congreso de Londres no tendría lugar hasta más adelante. <<

[**] La piratería era bastante habitual entre los bandidos revolucionarios: Davrichewy, el *alter ego* de Stalin, originario como él de Gori, jefe del ala militar de los socialistas federalistas, cuenta cómo más o menos por la misma época en que tuvo lugar el robo del *Zarevich Giorgi* asaltó un barco que transportaba dinero. Mientras tanto, frente al puerto de Odessa, los revolucionarios irrumpieron en la fiesta que daban unos nobles en un barco de recreo, el *Sofia*, y se apoderaron de 5.000 libras esterlinas en oro. <<

[*] Más o menos por esta época Krasin prestó su artefacto infernal más avanzado a los terroristas de la facción formada por los socialistas revolucionarios maximalistas, que lo utilizaron para volar la residencia de Stolypin, el brillante Primer Ministro del zar. Aquel acto brutal produjo muchos muertos, pero Stolypin sobrevivió. <<

[**] Más tarde llamado Maxim Litvinov, Comisario del Pueblo de Asuntos Exteriores con Stalin durante los años treinta. <<

[*] Llamado Yasha por la familia, fue bautizado unos meses después y registrado con varios años de retraso; de ahí la confusión acerca de la fecha de su nacimiento. El nombre que se le impuso probablemente fuera un tributo a Yakov «Koba» Egnatashvili, el protector de su padre. <<

[*] Ni siquiera se suponía que fueran a Londres: originalmente el plan consistía en celebrar el congreso en Copenhague; por eso Stalin viajó a San Petersburgo, y de allí a Finlandia y a Malmö, en Suecia, desde donde, como el resto de los delegados, se trasladó en ferry a Copenhague. Pero las autoridades danesas los devolvieron a Suecia, cuya policía los envió de nuevo a Dinamarca; allí fueron trasladados a Esbjerg, donde cogieron un vapor con destino a Londres. <<

[**] Las demás grandes noticias de aquellas semanas eran un complot contra la vida del zar y un retrato fotográfico del zarevich Alexei, de tres añitos, con el siguiente titular: «El zarevich con su primer par de pantalones»; la boda del gran duque Nicolás, primo del zar, con la hija del príncipe de Montenegro; y el nacimiento del primer hijo de la reina de España, de origen británico, con el siguiente titular: «Un Niño Inglés». <<

[***] Sección de la policía británica encargada de las cuestiones de seguridad nacional, entre otras las actividades terroristas, separatistas, subversivas y extremistas en general. (*N. del. t.*) <<

[*] En la actualidad ocupado por una tienda de muebles, otra de cámaras fotográficas y una sastrería de caballero. <<



[*] Más adelante, Gorki se convertiría en amigo, desvergonzado defensor, trofeo patético y posible víctima del dictador. Véase *Stalin: La corte del zar rojo*. <<

[*] Stalin achaca este comentario a Grigori Alexinski en sus *Notas de un delegado*, su relato del Congreso de Londres publicado bajo el pseudónimo de «Koba Ivanovich» en *Bakinsky Proletary*. Señalaba en él que la «mayoría de los mencheviques eran judíos, después venían los georgianos y luego los rusos. Por otra parte, la inmensa mayoría del grupo de los bolcheviques eran rusos, luego venían los judíos (por no hablar de los polacos y los letones, por supuesto), luego los georgianos…» Se ha hablado mucho del carácter judío de los socialdemócratas, pero las cifras de Stalin demuestran cuánto de georgiano tenía también el partido. Arsenidze afirma que Stalin era «neutral» respecto a los judíos, y que sólo le interesaba lo que era útil desde el punto de vista político. En sus artículos, se muestra compasivo con la situación de los hebreos: «Gimiendo bajo el yugo se encuentran los judíos, eternamente perseguidos y humillados, que carecen incluso de los miserablemente escasos derechos de que disfrutan los demás súbditos rusos». A propósito de un tema relacionado con éste, atacaba también a los mencheviques diciendo que eran «intelectuales», en vez de ser trabajadores, y expresaba su asombro por el hecho de que los mencheviques hubieran atacado a los bolcheviques por tener entre sus filas demasiados intelectuales. «Explicábamos los gritos de los mencheviques apelando al refrán que dice: "La lengua choca una y otra vez con el diente dolorido"». Como ya hemos visto, era una de sus frases favoritas. En cuanto al desafío a sus credenciales, la mayor parte de las historias repiten el episodio para reducir la importancia y la situación de Stalin en Londres, pero nadie menciona que el respetado Tskhakaya y Shaumian también fueron puestos en entredicho con él. Había otra razón para la despreocupación de Lenin. Había ofrecido un trato de fusión a los mencheviques georgianos: si Jordania no interfería en los asuntos de Rusia, dejaría que se convirtiera en líder del partido unificado de Georgia. Jordania nunca aceptó la oferta. <<

[*] Churchill, a la sazón de treinta y tres años, vivía en su piso de soltero de Mount Street W1, cuando Stalin, de veintinueve, se alojó en Stepney bajo la identidad de Koba Ivanovich. El político inglés, que era ya Subsecretario para las Colonias del gobierno liberal de *sir* Henry Campbell-Bannerman, acababa de publicar la biografía de su padre, *Lord* Randolph. Era lo bastante famoso para que se publicara ya una biografía suya, la primera de la serie. Mientras Stalin estaba en Inglaterra, Churchill viajó a Escocia para pronunciar un discurso del que se habló en los periódicos. <<

[*] La leyenda de «Stalin en Gales» sigue viva: el escritor galés John Summers la confirmó en una visita a la Unión Soviética realizada durante los años setenta, concretamente a la ciudad minera de Hughesovska (en la actualidad Donetsk), fundada por un galés. Una página web galesa sigue citando a Stalin entre los «personajes terroríficos que han pasado algún tiempo en Gales», junto con el asesino en serie Fred West, el mago Aleister Crowley, el nazi Rudolf Hess, y el tirano de Uganda Idi Amin. «Stalin realizó una breve visita a los valles del sur de Gales para obtener apoyos y recaudar fondos para la revolución rusa.» En cuanto a los que prestaron ayuda a Stalin, Fiodor Rothstein, el bolchevique de Londres especializado en tráfico de influencias, se convirtió en embajador de la Unión Soviética en Persia y murió antes de que se desencadenara el Terror. Su hijo, Andrew Rothstein, realizó una curiosa carrera entre el *establishment* británico y la *nomenklatura* estalinista: estudió en la Universidad de Oxford, luego trabajó en el Instituto de Marxismo-Leninismo durante el Terror, y tuvo la suerte de sobrevivir, para volver de nuevo a Londres y convertirse en el mayor especialista en marxismo británico. En uno de los comentarios más curiosos que hizo acerca de su pasado, Stalin contó durante la segunda guerra mundial a un grupo de diputados británicos que, cuando estuvo en Londres, había visto a Benito Mussolini, por entonces socialista, en una asamblea de marxistas. Es posible que efectivamente viera a Mussolini en alguna conferencia socialista en Alemania, pero el futuro Duce no estuvo por entonces en Londres. El recadero de Stalin en Londres, Arthur Bacon, se convirtió en auxiliar de enfermería en Beckenham Hospital. Concedió una entrevista al *Daily Express* en 1950, cuando contaba ya cincuenta y seis años. «Me pregunto si el generalísimo Stalin, padre de todas las Rusias, se acordará del chico espigado que le llevaba caramelos», concluía Bacon. La casa de Jubilee Street ya no existe. <<

[*] La posición de los bolcheviques en Georgia había quedado muy malparada por el asesinato en agosto de 1907 del príncipe Ilya Chavchavadze, enormemente popular, el mismo que había publicado los poemas de Soso. Los bolcheviques habían arremetido contra su versión patriarcal de la cultura georgiana y, según se creía, habían decidido matarlo; existen ciertas pruebas de que Sergo Ordzhonikidze, el amigo de Stalin, organizó su asesinato o tomó parte en él. Puede que los socialdemócratas no desempeñaran papel alguno en todo este episodio. Stalin elogió siempre en su vejez la poesía de Chavchavadze y no hay evidencia alguna de que ordenara su asesinato, pero era íntimo de Sergo y desde luego era más que capaz de separar el mérito literario de la cruel necesidad: la política siempre era lo primero. <<

[**] El propio Stalin daría a entender más tarde que estuvo en el caravasar Tamamshev y que vio a Tsintsadze decir a los gánsters las palabras de ánimo de rigor, pero Tsintsadze había sido detenido poco antes. Quizá el dictador, ya viejo, confundiera este atraco con otro, el de 1912 (véase Capítulo 29). En 1907 probablemente fuera Kamo el que dijera las palabras de ánimo. <<

[*] Los demás gánsters, que en realidad habían dado muchos más golpes que él, estaban envidiosos de la fama de Kamo. «Nuestra Cuadrilla fue llamada el Grupo de Kamo», dice Bachua Kupriashvili, «pero no era verdad. Admitimos a Kamo en nuestro grupo más de un año después de que fuera creado. Desempeñó un papel en esta gran acción, y a partir de entonces todo se le atribuyó a él… Pero Kote Tsintsadze, Intskirveli, Eliso Lominadze… no eran inferiores a Kamo, sino probablemente superiores». <<

[*] Lenin publicó una polémica epistemológica titulada «Materialismo y empirismo», que arremetía contra el relativismo místico filosófico de Alexander Bogdanov, por constituir, a su juicio, una amenaza para el materialismo marxista. <<

[*] A la muerte de Lenin en 1924, la legitimidad bolchevique de Stalin se convirtió en un asunto importantísimo cuando intentó demostrar que era digno de ser su heredero. Si Martov hubiera demostrado que había sido expulsado del partido, quizá habría salvado a Rusia del estalinismo. <<

[*] La palabra persa para designar el fuego es *azer*, y de ahí procede el nombre del país, Azerbaiyán.
<<

[*] No tardó en unírseles un inglés, *sir* Marcus Samuel, más tarde vizconde Bearsted, fundador de la Shell. En 1912, Edouard de Rothschild, hijo de Alphonse, vendió la mayor parte de los intereses de su familia en Bakú a la Royal Dutch Shell, entonces presidida por Henri Deterding. Los Rothschild cobraron la mayor parte del precio de la venta en acciones de la Royal Dutch Shell. Resultó ser uno de los clásicos grandes negocios de los Rothschild. La familia evitó invertir en el petróleo ruso durante casi un siglo, pero ha hecho otra gran fortuna gracias al boom del petróleo ruso del siglo XXI. El antiguo palacio de los Rothschild es el actual Ministerio de Justicia de Azerbaiyán. <<

[*] Stalin tenía «grandes conocimientos de la industria del petróleo», escribe su protegido georgiano Mgeladze. Bakú se volvió importantísima en 1942, cuando Hitler, desesperadamente necesitado de combustible, ordenó a sus ejércitos avanzar hacia los campos petrolíferos. El resultado de todo ello fue la batalla de Stalingrado, que en realidad fue la batalla de Bakú. Stalin llamó a su Vicecomisario del Petróleo, Nikolai Baibakov y le dijo: «Hitler quiere el petróleo del Cáucaso. So pena de que pierdas la cabeza, eres responsable de que no quede ni gota de petróleo… ¿Acaso no sabes que Hitler ha declarado que sin petróleo perderá la guerra?» <<

[*] También Trotski era muy poco atento: abandonó a su esposa y a sus dos hijas en Siberia echando la culpa de todo al «destino»; y luego trató a sus hijos de una manera espantosa. El bolchevismo y la familia eran incompatibles. <<

[*] Sus familiares, que se hallaban presentes y son los que mejor informados estaban, escriben que sufrió una dolencia estomacal, colitis hemorrágica y tifus. Kato padeció casi con toda seguridad tuberculosis intestinal o peritoneal (no siempre asociada con la tuberculosis pulmonar), que provoca pérdida de peso, dolores de estómago, diarrea y hemorragias intestinales. Levan Shaumian, que se crió en casa de Stalin durante los años veinte, dice que Kato murió de tuberculosis y neumonía. El tifus se propaga a través del agua y los alimentos contaminados, la fiebre tifoidea a través de las chinches y la falta de defensas, pero ambas enfermedades proliferan entre los individuos pobres y mal alimentados: y las dos pueden provocar hemorragias intestinales y exantema de color oscuro. No hubo tratamiento para ellas hasta los años cincuenta. Katevan Gelovani, pariente cercana de los Svanidze entrevistada en Tiflis por este autor, hablaba de «cáncer de estómago», que quizá sólo sea su explicación de las pérdidas de sangre por vía rectal. Mariam Svanidze, otra prima de 109 años que todavía vive en Tiflis y fue entrevistada por el autor el 31 de octubre de 2005, recuerda claramente la muerte de Kato: «Yo tenía por entonces nueve años. Kato y mi padre tuvieron el tifus por la misma época. Los libros dicen que Kato murió de tuberculosis, pero yo puedo asegurarle que fue tifus», afirma esta centenaria porfiada y lúcida que nos recibió en su vieja casa popular de Tiflis vestida con una bata estampada de flores. «Los dos tuvieron una erupción roja. Sabíamos que si las manchas se volvían negras, se morirían. Las de mi padre siguieron rojas todo el tiempo. Y vivió. Pero recuerdo que las de Kato se volvieron negras. Entonces toda la familia supo que se iba a morir. Y se murió.» <<

[*] La reacción de Stalin ante la muerte de su esposa es muy parecida a su comportamiento tras el suicidio de su segunda mujer, Nadia Alliluyeva, en 1932, incluidas las amenazas de suicidio, los ataques de autocompasión y las acusaciones de no haber estado atento. El anuncio del fallecimiento decía: «Notificamos a nuestros camaradas, amigos y familiares la muerte de Ekaterina Semyonovna Svanidze Djugashvili, expresando nuestro más profundo pésame a Iosiv, su esposo, a Simon y a Sepora, sus padres, y a Alexandra, Alexander y Mariko, sus hermanos». Mijeil Monoselidze añade: «En 1936, enterré a mi esposa, Sashiko, al lado de Kato». Sashiko murió de cáncer, pero quizá fuera una suerte para ella. A comienzos de los años treinta, los Svanidze estaban entre los cortesanos más íntimos de Stalin. Pero su fortuna sufriría un repentino y terrible revés: contamos su historia en el Epílogo. La tumba de Tiflis, con las fotografías de Kato y Sashiko, sigue en su sitio; lo mismo que la vieja tapia situada en la parte trasera del cementerio, quizá la misma que tuvo que saltar Stalin para escapar de la policía. Entre los sepultureros se cuenta la historia de que como Kato había muerto de tifus, las autoridades intentaron primero enterrarla en una «fosa común para apestados», pero que la familia recuperó el cadáver y se encargó personalmente de su entierro. <<

[*] Volvió a encontrarse allí con sus camaradas de Tiflis, entre ellos Sergo, Budu «el Barril» Mdivani, Alliluyev, Kavtaradze, el gánster Tsintsadze, la mayoría de los miembros de la Cuadrilla, y Shaumian, alto y de ojos azules. A su nuevo amigo, Voroshilov, y a su viejo compañero, Yenukidze, se unieron poco después la agente especial de Lenin, la aristocrática Elena Stasova (»Camarada Total»), que tenía excelentes relaciones, pero era severísima, Rozalia Zemliachka, Alexinski, y una chica llamada Ludmilla Stal. Pero había también muchos mencheviques de su pasado, como, por ejemplo, Devdariani. Era todo un pequeño mundo. <<

[*] La carrera de Stalin en Bakú está bastante turbia, pero las memorias de los mauseristas nos proporcionan pistas muy útiles. No pudieron ser usadas en la época soviética, especialmente durante la dictadura de Stalin, y en su mayoría están inéditas, pero se conservan en los archivos. <<

[*] En su primer secuestro, el rescate que se exigió a Nageyev fue de 10.000 rublos de oro; si no se pagaba esta cantidad, sus secuestradores amenazaban con cortarlo en pedazos. «Sólo puedo pagar 950 rublos», replicó Nageyev. «Naturalmente podéis hacerme trocitos, pero entonces no sacaréis nada.» Y pagó sólo 950 rublos. Más tarde, en diciembre de 1908, fue secuestrado de nuevo por unos gánsters capitaneados por «un georgiano de pelo negro e insólitas marcas de viruela». Nageyev pagó supuestamente 100.000 rublos. Stalin se hallaba en libertad en Bakú cuando se produjo el primer secuestro, pero cuando tuvo lugar el segundo estaba en la cárcel de la ciudad. Aunque hubiera estado libre en esta segunda ocasión, no habría participado directamente en la acción. En cualquier caso, dirigía su organización criminal terrorista desde su celda: desde allí habría podido ordenar perfectamente uno de los secuestros o los dos. Por otra parte, la anécdota no aparece en ningún libro de memorias de los bolcheviques, y en 1909 los periódicos afirmaban que la segunda banda de secuestradores estaba formada por unos policías corruptos relacionados con el vicegobernador de la ciudad, coronel Shubinski. No obstante, Nageyev probablemente contribuyera a las finanzas de los bolcheviques lo mismo que los demás barones del petróleo. Al igual que todos ellos, perdió su fortuna con la revolución; murió en 1919. <<

[*] La paliza fue una humillación que acaso contribuyera a la brutal orden de deportación de toda la etnia chechenia durante la segunda guerra mundial, medida que costaría centenares de miles de vidas humanas. Pero deportó igualmente a muchos otros pueblos durante la contienda e hizo víctimas de su crueldad a otras razas, como por ejemplo a los polacos o a los coreanos, con quienes no había tenido experiencias de este tipo. En cuanto a Mukhtarov, se negó a entregar su palacio a los bolcheviques cuando el Ejército Rojo tomó Bakú en 1920. «¡Mientras yo siga vivo, no entrará en mi casa ningún bárbaro calzado con botas militares!» Se desencadenó un tiroteo en el curso del cual estuvo disparando contra los bolcheviques hasta que se quedó sin municiones; entonces se pegó un tiro. Su hermosa esposa, Liza-Khanum, para la que había construido su castillo de Bakú, siguió viviendo en el sótano del mismo y luego escapó a Turquía, donde residió hasta los años cincuenta. El castillo de Mukhtarov es en la actualidad el Palacio de las Bodas de Bakú. <<

[*] Cuando el mariscal Voroshilov perdió el favor de Stalin en los últimos tiempos de la dictadura, solía decir: «¡Pero Koba, nos hicimos amigos en Bakú en 1907!» «No me acuerdo», replicaba al dictador. Para su vida futura, véase el Epílogo. <<

[*] Una vez en el poder, perseguiría y detendría a los esperantistas. <<

[*] Stalin encontró a muchos de sus gánsters mauseristas (como por ejemplo a los hermanos Sakvarelidze, compañeros suyos de celda) en la Bailovka. Sus adversarios mencheviques, por ejemplo Devdariani, al que conocía desde el seminario, e Isidore Ramishvili, de los tiempos de Batumi, se encontraban también en la misma celda atestada de presos que él, pero las dos facciones se vieron obligadas de nuevo a colaborar, y los mencheviques tuvieron que hacer la vista gorda a su bandolerismo. <<

[*] En julio de 1937, en el momento de mayor apogeo del Gran Terror, el hombre que se había prestado a dar el cambiazo, el paisano de Stalin I. P. Nadiradze escribió a otro compañero de celda, Andrei Vyshinski, el cobarde y temido Fiscal General de Stalin, pidiéndole que confirmara que había pasado una temporada en la cárcel por cometer un asesinato político y que había ayudado a Stalin a hacerse pasar por él y a fugarse. Vyshinski confirmó el primer punto, pero en cuanto al segundo, el siniestro superviviente salió por la tangente diciendo: «Respecto a lo de que organizaste la sustitución del camarada Stalin,… no puedo atestiguarlo porque no me acuerdo». Es evidente que Nadiradze debía de estar siendo investigado durante el Terror, de lo contrario no habría recurrido en un momento tan peligroso al temible Vyshinski y menos para tratar un asunto tan delicado. Pero es casi impensable que se hubiera atrevido a escribir la carta si lo que decía en ella no fuera absolutamente cierto. <<

[*] El jefe de los guardianes de la prisión se llamaba Serov, y curiosamente era el padre del futuro general Ivan Serov, uno de los principales exponentes de la policía secreta de Stalin, responsable de la deportación de los chechenios y otras etnias, y primer director del KGB. <<

[*] Soso se hizo amigo del empleado de la estafeta de correos, que redondeaba el sueldo haciendo de carcelero y al que había conocido cuando iba a cobrar los giros de dinero que le enviaban. Durante el verano a Soso le gustaba salir a cazar solo al bosque y allí se encontraba con el cartero/carcelero para pasarle notas que luego éste entregaba a los presos encerrados en la cárcel del pueblo. El cura del lugar permitía a Stalin utilizar su biblioteca. <<

[*] Véase el Epílogo. <<

[*] La policía secreta utilizaba sus propios nombres clave, a menudo chistosos, para designar a los objetivos de sus labores de vigilancia: de ese modo, un panadero se llamaba «el Bollo», un banquero «Billetero», el poeta Sergei Esenin era «el Tipógrafo», mientras que una joven atractiva podía ser «la Guapa» o «la Niña Bonita». <<

[*] Del mismo modo que odiaría la felicidad conyugal de sus grandes dignatarios en el poder tras el suicidio de su segunda esposa en 1932. Véase *Stalin: La corte del zar rojo*. <<

[**] Hasta hace poco, los historiadores repetían una y otra vez que Beso había muerto hacia 1890, quizá en una pelea de taberna, pero los nuevos datos encontrados en los archivos desmienten semejante tesis. Una vez en el poder, los leales de Stalin y sus historiadores intentaron encontrar fotografías de Beso y se las mostraron al dictador para que las identificara: los archivos del partido de Georgia contienen montones de fotografías de zapateros de pueblo y de candidatos a Beso. Una de ellas probablemente sea en efecto del verdadero Beso, pues fue expuesta en los museos de culto a la personalidad de Stalin, aunque éste se negó a identificarla. Los capos del partido de la región intentaron asimismo encontrar la tumba de Beso, pero también en esto fracasaron. Durante los años cuarenta, Elisabedashvili, que logró sobrevivir al Terror, se presentó ante Stalin con un reloj que, según decía, había pertenecido a Beso. Stalin se negó a aceptarlo, dando a entender de esa forma que su verdadero padre era otro hombre, probablemente Egnatashvili. Prefería que en su vida existiera esa laguna antes que admitir nada que le recordara a aquel hombre. <<

[*] Las memorias de Gio son especialmente importantes porque fueron publicadas en la Unión Soviética en 1925, poco después de la muerte de Lenin, pero antes de que Stalin implantara su dictadura, prácticamente el único momento de la historia de la Unión Soviética en que pudo suceder algo así. El libro apareció en Leningrado, por entonces feudo de Zinoviev, que presumiblemente permitió su publicación en una especie de advertencia a Stalin, con quien rivalizaba por el trono de Lenin. Gio revela que el intérprete georgiano de la policía traicionó al estado zarista no porque fuera marxista, sino porque era «nacionalista» georgiano. Gio cuenta también que Stalin le dio una serie de claves para ponerse en contacto con otro camarada llamado Kornev, que resultó tan sospechoso que probablemente se tratara de un agente de la policía. Gio creía que aquel Kornev había engañado a Stalin, pero es igualmente posible que Stalin quisiera probar o sacrificar a Gio, o que estuviera intentando reclutar para su causa a Kornev. <<

[*] A veces la policía ponía unos precios demasiado altos. «Querido», decía un bolchevique anónimo, «por desgracia no puedo ayudarte. El oficial me pide 800 rublos por la revocación al extranjero [se refiere a la posibilidad de huir al extranjero en vez de ir al destierro en Siberia] de Yakov Mijailovich [Sverdlov]. ¿De dónde voy a sacar semejante suma?» <<

[*] Un prueba importante de que Stalin fue un agente de la Ojrana es una probable falsificación, la llamada Carta Eremin, que apareció en los años veinte y fue publicada por la revista *Life* durante los años cincuenta, constituyendo el fundamento básico de los libros acerca de la teoría de la conspiración de I. D. Levine y E. E. Smith. El coronel Eremin fue en realidad el jefe de la Ojrana de Tiflis desde febrero de 1908. La carta fue redactada efectivamente por alguien que sabía muchísimo acerca de Stalin y de la Ojrana, pero contenía numerosos errores de detalle. Al tiempo que señalaba el carácter amoral de Stalin, observaba también su entrega en cuerpo y alma a la causa, y afirmaba que era un agente poco satisfactorio porque en último término era un marxista fanático. Cuando la Carta Eremin fue publica en *Life* a la muerte de Stalin, su sucesor como Primer Secretario, Nikita Jrushchev, y el Politburó ordenaron al director del KGB, general Serov, que analizara su veracidad. Las investigaciones de Serov, descubiertas recientemente en los archivos, llegaban también a la conclusión de que era una falsificación. En cuanto a la teoría de que el Gran Terror fue el intento de Stalin de suprimir las pruebas de sus relaciones con la Ojrana, la tesis es expuesta de forma contundente en el libro de Roman Brackman *The Secret Files of Joseph Stalin*. <<

[*] La presencia de Stalin en calidad de confinado volvería a dejarse sentir en toda la región. En 1940, ordenó la construcción de una gigantesca acería en Cherepovets, porque la recordaba de cuando había estado desterrado en Solvychegodsk, aunque resultaba totalmente inapropiada: las minas de hierro y los depósitos de carbón más cercanos estaban a más de 1.500 kilómetros de distancia. Pero sus asesores estaban demasiado asustados para contradecirle. La segunda guerra mundial retrasó su construcción, pero las obras comenzaron en 1949. Debido a lo inapropiado de su ubicación, sigue siendo llamada el «Eructo de Stalin». <<

[*] A comienzos de los años veinte, Ivanian tuvo la desgracia de darse de manos a boca con Stalin en Moscú y parece que en efecto le pidió ayuda. El 7 de junio de 1926, cuando ya era el líder dominante de la Unión Soviética, Stalin fue consultado acerca de Ivanian, por entonces funcionario del Comisariado de Comercio Interior. «En respuesta a tus preguntas, te notifico los siguientes hechos que debes conocer», decía Stalin con sus típicos párrafos numerados. El Punto 6 concluía: «Más tarde, después de irme al extranjero, recibí toda la documentación del Comité Central que demostraba que se me habían enviado 70 rublos… [y que] el dinero no se había perdido, sino que había sido recibido por el destinatario en Vologda». Ivanian fue expulsado del partido, pero luego fue readmitido debido a la intercesión de los bolcheviques de la vieja guardia. Cuando Stalin desencadenó el Terror, Beria, el capo de Transcaucasia y jefe de la policía secreta, lo procesó. Ivanian escribió desesperadamente al dictador: «Sigo afirmando que no tuve nada que ver con los 70 rublos… Por favor, ayúdame a limpiar mi nombre». Irónicamente fue desterrado de nuevo a Vologda, y luego lo trasladaron a Tiflis, donde fue ejecutado. <<

[*] Este hijo, Constantin, nació después de la partida de Stalin. Las fechas que aparecen en su certificado de nacimiento no concuerdan, pero, como ocurriera con Yakov Djugashvili o incluso con el cumpleaños móvil del propio Soso, en esos documentos con frecuencia se adelantaba o se atrasaba la fecha. En cualquier caso, este tipo de acontecimientos eran registrados de modo muy chapucero por aquel entonces, sobre todo en las aldeas pequeñas situadas lejos de San Petersburgo. Teniendo en cuenta la insistencia de la madre, la aquiescencia de Stalin a dar posteriormente una carrera al muchacho, y el conocimiento del asunto por parte de la propia Nadia Alliluyeva, parece probable que el dictador supiera que Constantin era hijo suyo. Véase el Epílogo. <<

[*] En 1944, la policía secreta confiscó a Pelageya el libro junto con las postales que había recibido de Stalin. Véase el Epílogo. <<

[*] Su otro corresponsal, considerablemente menos atractivo, fue un bolchevique flemático y con gafas de apenas veintidós años que había estado confinado en Solvychegodsk poco antes que él. Se llamaba Viacheslav Scriabin, conocido luego como «Molotov», y se convertiría en uno de sus políticos leales durante largo tiempo. Molotov oyó decir que Stalin era llamado «el Lenin del Cáucaso». Era aficionado a la música y sabía tocar el violín y la mandolina. Ganaba un rublo al día tocando la mandolina para los comerciantes ricos y sus queridas en el restaurante del pueblo y en el cine que acaban de abrir. Stalin consideraba que aquella actividad estaba por debajo de su condición de bolchevique. Más tarde se metería con Molotov diciéndole: «Actuabas para los comerciantes borrachos… ¡Te untaban la cara con mostaza!» Scriabin no adoptaría su «nombre de trabajo», Molotov, hasta 1914. Por esta época era conocido por Ryabin, Zvanov, Mijailov y V. M., aunque la Ojrana lo llamaba «el Corredor» por lo deprisa que caminaba. <<

[**] Los socios de Stalin en Tiflis y Bakú, Kalinin y Shaumian, fueron elegidos para formar parte del Comité Central como suplentes, en caso de que los titulares fueran detenidos. Elena Stasova fue nombrada secretaria del Departamento Ruso. <<

[*] Kavtaradze fue detenido por los gendarmes al día siguiente. Cuando le mostraron la foto de Stalin, se echó a reír porque aparecía en ella «tan despeinado». «¿Lo conoces?», preguntó el agente. «No, parece un loco.» «¿Conoces a Djugashvili?» «Sí, conozco a Soso Djugashvili. Acabo de verlo.» «¿Sabes que es un criminal contra el estado, que es muy peligroso y está en busca y captura?» «Bueno, sabe usted, los georgianos siempre nos conocemos unos a otros…» Kavtaradze fue puesto en libertad. <<

[**] La criada en cuestión era una joven estonia que luego se casó con Kalinin, convirtiéndose así en la primera dama de la URSS antes de ser detenida durante el Terror de Stalin, mientras que su marido siguió ocupando el cargo de jefe del estado. Véase *Stalin: La corte del zar rojo*. <<

[*] Se trata de un gato de ficción descrito en un poema de T. S. Eliot y aparece en el célebre musical *Cats*. Macavity es un criminal consumado, responsable de multitud de delitos. *(N. del t.)* **<<**

[*] Llamada por aquel entonces «camarada Zelina», Stasova era nieta del arquitecto de los emperadores Alejandro I y Nicolás I, e hija de un abogado de noble cuna que trabajaba en el Senado, y fue uno de los heraldos en la coronación de Alejandro II: Elena tenía mucho en común con aquella pareja de aristócratas cultivados que formaban Lenin y Krupskaya. Conocía a Stalin de Bakú y era una especialista en los trabajos secretos, que a menudo comportaban guardar los fondos del partido. Stasova era una mujer tan carente del sentido del humor y remilgada que Stalin se reía de ella. Más tarde se convertiría en una de las secretarias de Lenin. A la muerte de éste, cuando Krupskaya se opuso a Stalin, el dictador la amenazó entre bromas y veras con nombrar a Stasova y no a ella viuda oficial de Lenin. Una vez muerto Lenin, la mujer no pretendió ocupar ningún alto cargo, desapareciendo casi por completo de la vida pública y convirtiéndose en una de las poquísimas bolcheviques de la vieja guardia que sobrevivieron al Terror. Volvió a aparecer como una venerable antigualla durante el reinado de Jrushchev, llegando a conocer incluso la etapa de Brezhnev. Murió en 1966. <<

[*] El hijo de un bolchevique de Moscú, a la sazón de apenas nueve años, recordaba que un caucasiano fue a visitar a su padre. Éste había salido, de modo que el caucasiano se puso a hablar cariñosamente con el niño. Cuando estaba a punto de irse, el hombre le dio una bofetada y le dijo: «¡No llores, chiquillo! ¡Acuérdate bien, el que hoy te habla es Stalin [o cualquiera de los nombres que utilizara por aquel entonces]!» Cuando el niño les contó lo ocurrido a sus padres, estos se enfadaron y quedaron boquiabiertos, hasta que más tarde se enteraron de la siguiente costumbre típica de las montañas de Georgia: cuando un príncipe visitaba a una familia de aldeanos, el padre daba una bofetada a su hijo y le decía: «Acuérdate de que hoy ha visitado tu casa el príncipe fulano». <<

[*] Stalin arremetía contra el régimen de «Nicolás el Último». El emperador y la emperatriz habían empezado ya a depositar su confianza en un curandero y hierofante disoluto originario de Siberia llamado Grigori Rasputín. Una vez conocida la intimidad de Rasputín con los monarcas, se desencadenó un grandísimo escándalo que malquistó a la familia imperial tanto con los monárquicos como con los marxistas. Pocos eran los que sabían que su pequeño heredero, el zarevich Alexei, padecía hemofilia. Nicolás y Alejandra estaban cada vez más convencidos de que sólo Rasputín podía cortar las hemorragias y atenuar los dolores del pequeño. Los ministros del interior y los directores de la Ojrana, que cambiaban constantemente, empezaron a utilizar a sus agentes para seguir a Rasputín e informar de sus orgías, con el fin de desacreditarlo ante el emperador. La emperatriz estaba cada vez más en contra de sus ministros por la actitud que tenían frente a Rasputín. Stalin se refirió a él cuando llamó al zar y a sus cortesanos «destructores de las libertades, adoradores de la horca y de los pelotones de fusilamiento, capitanes del robo, policía rapaz, sabuesos asesinos, y Rasputines disolutos… Para completar la imagen, tenemos ahora el brutal tiroteo de los trabajadores en los lavaderos de oro del río Lena». <<

[*] Stalin contó esta anécdota a Molotov cuando viajaron a la Conferencia de Teherán en 1943 y a su yerno, Yuri Zhdanov. En Narym, el policía del distrito se dio cuenta al día siguiente de que no estaba, pero esperó a ver si volvía de Tomsk. Cuando la policía informó de su fuga al gobernador de Tomsk y éste dio la voz de alerta, era ya el 3 de noviembre y Stalin llevaba en San Petersburgo varias semanas. <<

[*] Krasin dejó por fin la política activa, pero Lenin lo recibiría con los brazos abiertos cuando decidiera volver a ingresar en el partido bolchevique después de la Revolución, nombrándolo Comisario del Pueblo de Comercio, Industria y Transporte, y más tarde embajador en Londres. Krasin, el ingeniero, fue uno de los cerebros que trabajaron en la refrigeración, embalsamamiento y exposición del cadáver de Lenin en 1924. Murió en 1926. <<

[*] Una vez más, Kamo se libró de la horca, beneficiándose de la gran amnistía concedida por Nicolás II en 1913 con motivo del tercer centenario de la dinastía Románov. Kamo siguió cinco años en la cárcel, pero vivió para volver a reunirse con Stalin y participar en un definitivo acto de violencia demente después de la Revolución. Véase el Epílogo. En cuanto a las bandoleras, Anneta y Patsia murieron de tuberculosis, lo mismo que muchos compañeros suyos. A finales de los años treinta, sólo seguían vivos para dejarnos sus memorias Alexandra Darakhvelidze y Bachua Kupriashvili. <<

[*] Sus artículos ponen de manifiesto la cínica visión que tenía de la diplomacia (parafrasea a Talleyrand) y su creencia en el doble lenguaje (mucho antes de que Orwell acuñara la expresión): «Cuando los diplomáticos burgueses se preparan para la guerra, hacen grandes aspavientos hablando de la “paz”. Las palabras de un diplomático deben contradecir sus hechos; si no, ¿qué clase de diplomático es? Las palabras hermosas son una máscara para ocultar hechos siniestros. Un diplomático sincero es como agua seca. O como un hierro de madera». <<

[*] El marido de Valentina, el periodista Alexander Lobov, fue fusilado en 1918 como agente de la Ojrana. Ella fue exculpada, pero murió de tuberculosis en 1924. Shotman, que siguió teniendo gran intimidad con Lenin hasta los años veinte, fue ejecutado por Stalin en 1939. <<

[*] Esta cita con los dos archiherejes fue mantenida oculta durante toda la era soviética. <<

[*] Ha habido un gran debate a propósito de los dos viajes de Stalin a Cracovia: él mismo contó muchas anécdotas acerca del paso de la frontera. (El viejo tirano contó las anécdotas del paso de la frontera y de Lenin y la comida a su yerno favorito, Yuri Zhdanov.) ¿Mentía simplemente? Cuando contaba anécdotas personales, tendía a exagerar los datos más que a inventárselos, especialmente los relativos a un viaje tan conocido como éste. Cuando contaba una mentira total y absoluta, no la contaba él mismo, simplemente la intercalaba en la información de sus propagandistas. Así pues, es probable que utilizara aquella ruta por lo menos una vez. Shotman afirma que organizó el primer viaje; las demás fuentes confunden datos del primero con los del segundo. Este autor cree, por tanto, que las reuniones con Shotman tuvieron que ver con el primer viaje, para planear el que tuvieron tiempo más que suficiente. Para el segundo viaje, para el que no tuvieron tanto tiempo, Stalin y Valentina probablemente corrieran el riesgo de cruzar la frontera por un aso de contrabandistas. <<

[*] Stalin contó esta anécdota a Stanislaw Kot, el embajador polaco, durante un banquete en el Kremlin en diciembre de 1941. <<

[*] Kalinin, el amigo de Stalin de los tiempos de Tiflis, no fue ascendido al Comité Central porque era sospechoso por aquella época de ser un agente doble al servicio de la Ojrana: pese a ser traicionados por Malinovski desde el corazón mismo del partido, los bolcheviques sospechaban de un camarada inocente. <<

[*] Actualmente una simple casa de huéspedes, la Pensión Schönbrunn, todavía conserva, cosa por lo demás insólita, la placa azul colocada en 1949 con la siguiente inscripción: «I. V. Stalin residió en esta casa durante el mes de enero de 1913. Aquí escribió su importante obra *El marxismo y la cuestión nacional*». <<

[**] Josip Broz, el futuro mariscal Tito, también estaba por entonces en la ciudad trabajando de mecánico. <<

[*] En el mundo incestuoso del bolchevismo, Elena se divorció más tarde de Troyanovski y a continuación tuvo una aventura con Malinovski, el traidor (según el propio Malinovski). Se casó con el destacado bolchevique Nikolai Krylenko, miembro del primer gobierno de Lenin, luego general en jefe del Ejército Rojo, más tarde fiscal general del estado, y por último brutal Comisario del Pueblo de Justicia, fusilado durante el Gran Terror. Por fortuna Krylenko dejó a Elena a finales de los años veinte, lo que probablemente contribuyera a salvarle la vida, pues sobrevivió al Gran Terror y siguió trabajando discretamente en los archivos hasta que falleció de muerte natural en 1953. La hija de los Troyanovski, Galina, se casó con otro notable bolchevique, Valerian Kuibyshev, miembro del Politburó estalinista, mujeriego y borracho, que la maltrataba. Stalin dijo que habría intervenido de haber conocido la promiscuidad y el alcoholismo de Kuibyshev. La sospechosa muerte de éste, víctima de sus excesos con la bebida, en 1935 vino muy bien a Stalin. La niñera, Olga Veiland se convirtió en una *apparatchik* del partido y del Comintern, aunque se retiró joven y sobrevivió hasta llegar a la vejez. El destino de Troyanovski, a pesar de volverse en contra los bolcheviques, fue muy distinto: véase el Epílogo. <<

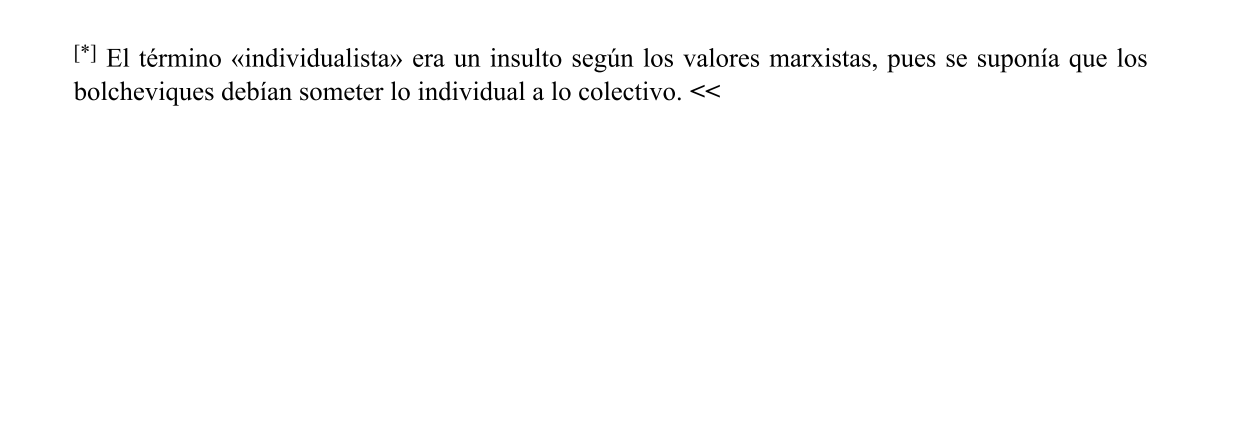
[**] *El marxismo y la cuestión nacional* es la obra más famosa de Stalin: él mismo no dejó de editarla a lo largo de su dilatada vida. Era una respuesta a los socialistas austriacos que proponían lo que Lenin llamaba «una federación austriaca dentro del partido». Como de costumbre, Lenin demostraba tener una visión práctica y perspicaz, además de profundamente ideológica. Temía que los bundistas judíos o los mencheviques georgianos, que defendían las diferencias de autonomía cultural o incluso el separatismo nacional, hicieran el partido y en último término el Imperio Ruso ingobernable bajo el bolchevismo. Necesitaba una teoría que ofreciera el ideal de autonomía y el derecho de secesión sin que fuera necesario conceder ni una cosa ni otra. Lenin y Stalin estaban de acuerdo en que no debía interponerse ningún obstáculo en el camino de un estado centralizado. Stalin definía la nación como «una comunidad estable de gentes, formada históricamente, unida por una misma lengua, un mismo territorio, una misma vida económica y una misma índole psicológica». Respecto a los judíos, se preguntaba; «¿Qué clase de nación es una nación judía, formada por judíos georgianos, dagestanos, rusos y americanos, que no se entienden unos a otros, habitan en diferentes partes del globo… y nunca actúan juntos ni en la paz ni en la guerra? Son asimilados» porque no tienen «ningún estrato estable ni de tamaño considerable asociado con la tierra…». Atacaba el «austro-marxismo» y la autonomía nacional, aunque en el Cáucaso aceptaba la «autonomía regional». En su artículo se ofrecía (en teoría) el derecho de secesión, aunque no debía ser utilizado nunca. Este artículo no estaba muy bien escrito, pero contenía una especie de sutileza que se haría realidad cuando Stalin creara la red de repúblicas que conformaría la URSS. Sigue siendo relevante porque la desintegración de la Unión Soviética en 1991 permitió que repúblicas de pleno derecho como Ucrania, Estonia y Georgia se hicieran independientes, pero no así las repúblicas autónomas como Chechenia. <<

[*] «Solin» y «Safin», las primeras versiones de este nuevo nombre, quizá fueran meros errores tipográficos, pues *sol* significa en ruso «sal»: el «Hombre de Sal» no tiene desde luego el brillo metálico de la versión definitiva. Cuando estaban tipografiando *Zvezda* en abril de 1912, cuenta Vera Shveitzer, «el consejo de redacción cambió una vez la firma arbitrariamente. Al día siguiente, cuando I. V. Stalin abrió *Zvezda* y vio la firma «Solin», sonrió y dijo: “No me gustan las firmas prestadas que no significan nada”. Volvió a usar «K. St.» hasta enero de 1913. Stalin no era el único «nombre de trabajo»: Rosenfeld se convirtió en «Kamenev», el «Hombre de Piedra» (aunque seguía siendo demasiado blando para llevar ese apodo); y Scriabin se convirtió en «Molotov», el «Hombre Martillo». Existía también la moda de basar los alias en los nombres de los carceleros: Bronstein adoptó el apellido «Trotski» de uno de los guardianes que tuvo en la prisión. Contrariamente a lo que se afirma a menudo en las biografías occidentales, «Stalin» no es una rusificación de Djugashvili: *Djuga* no significa «hierro» ni «acero» ni en georgiano ni en oseta. <<

[*] Este centro comercial se jactaba de albergar un gran monasterio de misioneros que habían bautizado a las gentes de las tribus de la región y que eran dirigidos por un tal Mijail Suslov, el bisabuelo del mandatario soviético del mismo nombre que gozó del favor de Stalin después de la segunda guerra mundial y se convirtió en la eminencia gris de la época de Brezhnev. <<

[*] Sverdlov se equivocaba: había dos Kureikas. Su destino se encontraba justo al sur del Círculo Polar. <<

[*] En 1942, el Primer Secretario de Krasnoyarsk, Constantin Chernenko, que había ascendido en su carrera durante el Terror gracias a las denuncias e incluso a su participación en las ejecuciones, encargó al célebre historiador M. A. Moskalev, que entrevistara a las personas conocidas por Stalin en Turukhansk para publicar un libro de adulación servil, *Stalin en el destierro en Siberia*. Chernenko editó la obra y la envió a Moscú para obtener el visto bueno. Al fin y al cabo Beria, miembro del Politburó y jefe de la policía secreta, había cimentado su carrera en la supervisión de una historia exageradamente pomposa de las actividades de Stalin en el Cáucaso. Pero esta vez el sistema no funcionó. Stalin se sintió indignado por las investigaciones llevadas a cabo por Chernenko, aunque para nosotros, los historiadores, constituyen una verdadera bendición. El dictador trabajaba horas y horas con el único afán de ganar la guerra; sabía que no había nada glorioso que descubrir en Kureika, sino más bien todo lo contrario; por otra parte, el culto idólatra a su persona le encantaba, aunque al mismo tiempo le resultaba despreciable; y para colmo, Moskalev era judío, raza que despertaba en él una desconfianza cada vez mayor. Llamó por teléfono a Chernenko y le gritó. El libro fue retirado. Moskalev fue detenido en el curso del Terror antisemita de posguerra, pero sobrevivió y siguió siendo uno de los historiadores más encumbrados de la URSS hasta los años sesenta. La carrera de Chernenko quedó paralizada. No obstante, su servilismo encontró otro patrono: fue nombrado jefe de gabinete perpetuo de Leonid Brezhnev y miembro del politburó, convirtiéndose finalmente en 1984 en el penúltimo líder de la URSS: el breve reinado de esta mediocridad senil sería el símbolo de la obsolescencia geriátrica de la Unión Soviética. Chernenko murió en 1985. Su sucesor fue el vigoroso reformista Mijail Gorbachev. <<



[*] El término «individualista» era un insulto según los valores marxistas, pues se suponía que los bolcheviques debían someter lo individual a lo colectivo. <<

[*] Igual que el caso Azef, las revelaciones acerca de Malinovski aireadas en la duma estremecieron a la clase política y contribuyeron a minar la credibilidad y la competencia no sólo de la Ojrana, sino también de la Duma, del emperador y del propio estado. Una de las primeras en acusar a Malinovski fue Elena (Rozmirovich) Troyanovskaya, la anfitriona de Stalin en Viena, convertida mientras tanto en secretaria de los diputados bolcheviques en la Duma. El traidor, sin embargo, desmintió las acusaciones diciendo que no eran más que consecuencia del despecho de su examante. Cuando Malinovski fue capturado por los alemanes durante la guerra, Lenin le envió ropa, pero tras el triunfo de la Revolución, al verse ante la evidencia, cambió de opinión: «¡Qué cerdo! Fusilarlo sería poco». Malinovski fue juzgado en noviembre de 1918, actuando irónicamente como fiscal el marido de Elena Rozmirovich, Nikolai Krylenko, ante un tribunal presidido por la propia Elena. Malinovski fue fusilado. <<

[*] Durante décadas corrieron rumores de que Stalin había violado o seducido a una menor en Turukhansk y de que había tenido un hijo con ella. El dato apareció por primera vez en la biografía escrita por Essad Bey en 1931. Svetlana Alliluyeva dice que sus tías le contaron que Stalin había tenido un hijo en el destierro. Los rumores se repitieron en las biografías y en artículos periodísticos de carácter sensacionalista, pero parecían auténticos disparates, cuando no simples mitos antiestalinistas. Sin embargo, se vieron confirmados por el KGB en el memorándum presentado el 18 de julio de 1956 por el general Serov al Primer Secretario del partido, Nikita Jrushchev, y al Politburó. Serov, un brutal capo de la policía secreta estalinista, había tenido la prudencia de apartarse de Beria y aliarse con Jrushchev. A la muerte de Stalin, ayudó a Jrushchev a detener y ejecutar a Beria, convirtiéndose en el primer director del KGB, la nueva versión de la policía secreta. Su memorándum fue leído en secreto en una reunión del Politburó y firmado por todos los viejos leales seguidores de Stalin antes de ser relegado al secretísimo «Archivo Especial». <<

[*] Técnicamente la edad de consentimiento en Rusia y en las regiones europeas del Imperio Zarista eran los catorce años, pero aquello era Siberia. Además, en el código zarista no había un concepto jurídico preciso de violación legal: para la policía, era tanto un delito «contra el honor de la mujer» como un atentado contra los bienes del padre de la chica. La aquiescencia del seductor a contraer matrimonio con ella y el ulterior intercambio de votos matrimoniales eran considerados una forma de rectificar una situación anómala. <<

[*] Estos cobros han despertado las sospechas de algunos, pero son demasiado pequeños para corresponder al salario de un agente de la Ojrana. En ellos se incluía parte de su sueldo como miembro del Comité Central; y, como hemos visto, Sverdlov recibió mucho más dinero. No obstante, durante el Gran Terror de 1938, el jefe de la policía secreta de Stalin, el «enano venenoso» Nikolai Yezhov, que era su allegado más íntimo y que dirigió la matanza de más de un millón de inocentes, empezó a darse cuenta de que podían prescindir de él en cualquier momento. Yezhov, que iba hundiéndose cada vez más en el alcoholismo y el desenfreno sexual debido a la terrible tensión provocada por tantos asesinatos y torturas, se dedicó a reunir materiales para usarlos como garantía frente a su amo y contra los figurones que rivalizaban con él, Beria, Georgi Malenkov y Jrushchev, o para chantajearlos. Consiguió hacerse con los recibos de diez giros a favor de Stalin y los guardó en su caja fuerte, pero no parece que sean prueba de ningún delito. Tres de ellos correspondían a dinero recibido de Gori, probablemente de su madre o de Egnatashvili. Los otros siete procedían de Moscú y San Petersburgo, por un valor total de cien rublos, y correspondían a pagos de diez rublos cada vez, excepto dos de ellos que eran por la cantidad más considerable de veinticinco rublos cada uno. En cualquier caso no sirvieron para salvar a Yezhov, que fue destituido a finales de 1938 y fusilado en 1940. Resulta interesante comprobar que Stalin no se dignó destruir los recibos de los giros, archivándolos simplemente entre los documentos de Yezhov, donde los encontró el profesor Arch Getty, que los ha compartido generosamente conmigo. Para la historia completa de la ascensión y caída de Yezhov, véase *Stalin: La corte del zar rojo*. <<

[*] Justo antes de contar esta anécdota a sus leales, el anciano Stalin sufrió un accidente similar al que tuvo el vicepresidente norteamericano Dick Cheney en 2006: cuando estaba alardeando de su puntería, erró el tiro, y a punto estuvo de alcanzar con la bala a un figurón del Politburó, Anastas Mikoyan, y de acribillar a dos guardaespaldas. Beria y Jrushchev, que ya empezaban a odiar al viejo dictador y a burlarse de él, le oyeron contar la hazaña varias veces. No se creían ni una palabra. «Después de cenar», escribe Jrushchev, «estábamos en el baño haciendo comentarios despectivos: “Así que dice que recorrió esquiando doce verstas, que mató doce perdices, volvió a recorrer doce verstas con los esquíes, mató otras doce perdices, y volvió a recorrer otras doce verstas. ¡En total cuarenta y ocho verstas esquiando!” (48 verstas = 50 kilómetros aproximadamente)» «“Escucha”, exclamó Beria, “¿cómo podría un caucasiano que no había tenido nunca ocasión de esquiar, recorrer una distancia semejante? ¡Nos está contando una trola!”» Jrushchev le dio la razón. «“¡Naturalmente, es una trola! He visto con mis propios ojos que no era capaz de pegar un tiro.”» En efecto durante los años veinte y comienzos de los treinta, a Stalin le gustaba salir a cazar durante las vacaciones, aunque lo consideraba una pérdida de tiempo. <<

[*] Tras la debacle de la ofensiva de Kharkov en 1942, Stalin echó un rapapolvo a Jrushchev. «Durante la primera guerra mundial», le dijo, «cuando uno de los ejércitos fue rodeado en Prusia Oriental, el general en jefe del ejército vecino se batió en retirada. Fue juzgado… y ahorcado». <<

[*] En 1930, Merzliakov fue acusado de ser un «kulak», es decir un campesino rico, colectivo al que Stalin estaba decidido a liquidar en su brutal guerra contra el campesinado. Su antiguo guardián apeló al dictador: «Supongo que no te habrás olvidado de quién soy». Stalin le respondió en los siguientes términos: «Conocí a Mijail Merzliakov en la época de mi destierro en la aldea de Kureika, donde fue mi guardián de 1914 a 1916. Sólo tenía una tarea: vigilarme (yo era por entonces el único confinado en Kureika). Es evidente que no podía tener unas relaciones "amistosas" con Merzliakov. Pero debo testificar que, aunque nuestras relaciones no fueran "amistosas", tampoco eran hostiles, como suele ser habitual entre vigilante y confinado. Yo creo que semejante situación puede explicarse porque Merzliakov cumplía con sus obligaciones sólo de boquilla, no con el celo habitual en la policía. No me espiaba ni me perseguía… hacía la vista gorda en mis largas ausencias y a menudo criticaba a sus superiores por las "latosas" órdenes que recibía… Así, pues, en 1914-1916, Merzliakov se diferenció de los demás policías. Es mi deber testificar todo esto ante vosotros». <<

[*] Stalin posa con su característico sombrerito negro ladeado, en la típica posición que suele ocupar en las fotos, esto es en el centro y en la última fila, flanqueado por Spandarian y Kamenev. Sverdlov aparece también en la última fila, mientras que en primer plano, sentado en el suelo, está su hijito, Andrei, que más tarde se convertiría en uno de los investigadores y torturadores más importantes del NKVD de Stalin. <<

[*] Stalin volvería a formular esta misma filosofía a comienzos de los años veinte. Kamenev la llamaría la «Teoría de la Dulce Venganza de Stalin» cuando fuera derrotado por el dictador a mediados de los años veinte. Pero no se tomó en serio ni la teoría ni a Stalin hasta que ya era demasiado tarde. <<

[*] Spandarian recibió permiso para trasladarse a Krasnoyarsk en el mes de agosto, pero ya era demasiado tarde. Stalin escribió preguntando por su amigo, pero las cartas se extraviaron. <<

[*] Al parecer, Fiodor no fue la única persona que fue castigada por la ausencia de Stalin. Este autor recibió una carta de la Sra. Eva Purins, de Downham Market, Norfolk, en la que afirma que su bisabuela, una desterrada llamada Jefinia Nogornova, fue encarcelada en Krasnoyarsk por «ayudar a Stalin a ocultarse». Si la noticia es cierta, debió de ser en esta ocasión. <<

[*] Algunos de los amigos con los que Stalin salía a pescar en Kureika siguieron en contacto con él: V. G. Solomin escribió para pedirle ayuda, recordándole el esturión gigante que había pescado para él y para Sverdlov. «Camarada Solomin», contestó Stalin el 5 de marzo de 1947, «te mando seis mil rublos de mi salario de diputado [del Soviet Supremo]. No es una gran suma, pero te resultará útil. I. Stalin». Molotov recuerda que Stalin siguió comiendo hasta la vejez partículas de pescado congelado, lo mismo que había hecho en Turukhansk. En 1934, se fundó un Museo Stalin en el que había sido su nidito de amor, la isba de los Pereprygin, que fue ampliado con motivo de su septuagésimo cumpleaños en 1949 y convertido en un pabellón rodeado de columnas, con la cabaña conservada en una campana de cristal. Se levantó también una estatua gigante del dictador. En las inmediaciones del lugar, río arriba, Stalin convirtió las minas de níquel y la fábrica de fundición de Norilsk en una enorme ciudad-cárcel GULAG. En 1949, ordenó la creación de un ferrocarril del Ártico y de un puerto, cuyas obras supervisó personalmente: en ellas trabajaron en condiciones espantosas 200.000 presos, muchos de los cuales perdieron la vida, aunque el Ferrocarril de la Muerte no se terminó nunca. En 1961, durante la desestalinización, el museo fue destruido, la estatua hundida a través de un agujero abierto en el hielo, y la isba incendiada. La región, en otro tiempo desierta, se halla dominada en la actualidad por una presa hidroeléctrica que suministra energía a Norilsk Níquel, empresa convertida últimamente en un conglomerado de varios miles de millones de dólares controlado por uno de los nuevos oligarcas de Rusia. Para saber lo que fue de la amante siberiana de Stalin y de su hijo, véase el Epílogo. <<

[*] Había tantos mítines, día y noche, en cada esquina que la lengua rusa, siempre tan adaptable, acuñó el verbo *miningovat* —«celebrar mítines»—, del mismo modo que en la revolución de 1991 se creó la palabra *khappening* —«*happening*»— para designar los curiosos actos derivados de aquella nueva libertad. <<

[*] El 26 de febrero, Shlyapnikov declaró: «No hay ni habrá revolución», pero una vez que ésta se hubo desarrollado, se las arregló para relanzar *Pravda* junto con Molotov. Cuando éste entró a formar parte del Comité Ejecutivo del Soviet, escribió: «Tuve que hablar contra Kerenski. Lenin estaba lejos. Tuvimos que decidirlo todo nosotros solos». <<

[*] Se trata de la bailarina polaca, prodigio de flexibilidad, que fue la primera y única verdadera amante de Nicolás II cuando todavía era el heredero al trono. Nicolás estuvo enamorado de ella y cuando conoció a Alix de Hesse, la futura emperatriz Alejandra, siguió apoyando el ascenso de Kseshinskaya, hasta verla convertida en la *prima ballerina* del teatro Mariinski. Posteriormente, la artista inició un *ménage à trois* imperial con sus dos amantes Románov, los grandes duques Sergio y Andrés. Gracias a sus relaciones de cama con el emperador y los grandes duques y a sus actuaciones en el escenario, en una carrera estelar cimentada en el favor imperial, Kseshinskaya logró reunir una conspicua colección de diamantes y de residencias, que culminó con la edificación de su mansión. Su estilo moderno se caracterizaba por la ostentación de grandes pavimentos de parquet, lámparas de cristal tallado y espejos enormes. En el Salón Blanco había consolas de mármol y sofás con incrustaciones de similor; las paredes estaban tapizadas con seda adamascada, y las cortinas eran de terciopelo. Había una pequeña sala Luis XVI con las paredes tapizadas de seda amarilla, y el cuarto de baño de la bailarina era de mármol blanco con mosaicos azules y plateados, y tenía una bañera hundida, «semejante a una piscina griega». Como decía una coplilla malévola, había conseguido «abrirse camino hasta un palacio bailando sin utilizar las piernas». La mansión es en la actualidad el Museo de Historia Moderna de Rusia. <<

[*] El 17 de marzo, en el artículo titulado «La guerra», Stalin proponía simplemente «presionar al gobierno provisional» para que pusiera fin a la guerra, mientras que Lenin exigía ya su «derrocamiento». Stalin no atacaba a los mencheviques, pero deseaba sólo una alianza con los que apoyaban su creencia en la conveniencia de una guerra defensiva. Quería que el Soviet siguiera ejerciendo el dominio del gobierno provisional y exigía la creación inmediata de una asamblea constituyente. Por un lado proponía sólo «presionar» al gobierno; pero por otro, cuando mencheviques y bolcheviques celebraron un debate conjunto en torno al gobierno provisional, Stalin lo condenó calificándolo de mero órgano de «las elites», que simplemente pretendían sustituir «a un zar por otro». Seguía siendo Conciliador, como declaraba en una conferencia del partido celebrada a finales de marzo en la mansión Kseshinskaya y luego en el Palacio Taurida. <<

[*] La seductora bolchevique Alexandra Kollontai acababa de entregar las iracundas *Cartas desde lejos* de Lenin a Stalin y Kamenev, que se habían atrevido a desafiarlo. Incluso cuando el Viejo estaba de camino, Stalin había introducido recortes en sus artículos y hasta se había negado a publicarlos, tachándolos de «insatisfactorios… un borrador sin hechos concretos». Lenin exigía la inmediata toma del poder, pero no se dignaba explicar cómo había decidido saltarse a la torera la primera etapa formal del desarrollo marxista para pasar directamente al segundo, «la transición al socialismo». <<

[*] Desde luego nunca en todo: el abandono de su extremismo había acercado mucho a Lenin a la política de Stalin, que tantas veces había puesto en solfa. Stalin opinaba que la insistencia de Lenin en una «guerra civil europea» era una exageración; que el hecho de hablar de «dictadura» era muy poco político, y que las exigencias de «nacionalización de las tierras» mostraban muy poca sensibilidad hacia las esperanzas de los campesinos. Lenin fue poniéndose en sintonía con las verdaderas exigencias de la política rusa y modificando gradualmente sus planteamientos en público. <<

[*] Esos «provincianos» eran los rudos miembros del Comité que tanto odiaban a Trotski y que se convertirían en los estalinistas del futuro, muchos de ellos amigos de Stalin desde sus tiempos del Cáucaso. Aquellos bolcheviques *praktiki* conocían desde luego los defectos de Stalin, pero tenían mucho más en común con él que con Zinoviev o con Trotski. Estaban entre ellos el excitable Sergo, el apuesto Shaumian, el donjuán rubio Yenukidze, el exmayordomo bonachón Kalinin, y Voroshilov. Muchos caucasianos, sin embargo, en especial los mencheviques, odiaban a Stalin. Y también tenía algunos críticos entre los bolcheviques del Cáucaso. Majaradze y Japaridze, antiguos camaradas de Tiflis y Bakú, arremetieron contra el enfoque que daba a la cuestión de los pueblos del Cáucaso en la Conferencia de abril, igual que hizo el polaco Felix Dzerzhinski. Stalin se hizo, sin embargo, amigo de éste, futuro fundador de la policía secreta, quizá porque polacos y georgianos se identificaban entre sí como pueblos orgullosos colonizados por Rusia. Ambos habían estudiado para curas, habían escrito poesía, y estaban obsesionados con las ideas de lealtad y traición. Ambos eran expertos en el modo de trabajar que tenía la policía secreta. Ambos habían estado sometidos a madres dominantes y habían tenido que sufrir a padres violentos. Pero ellos también fueron padres terribles; los dos eran seres fanáticos y solitarios. Sorprendentemente tratándose de dos hombres tan parecidos, acabaron siendo aliados. <<

[*] La Organización Militar bolchevique hizo caso omiso de la prudencia de Lenin, demostrando así que los bolcheviques seguían distando mucho de ser una fuerza disciplinada a las órdenes de un solo líder. Por el contrario, continuaban siendo muy insubordinados y propensos a la división. El partido monolítico y servil de Stalin tardaría todavía muchos años en llegar. <<

[*] Algunos exaltados irrumpieron en el Palacio, donde el Soviet había sido sitiado tras negarse a tomar el poder. La chusma detuvo a Chernov, el frágil líder de los socialistas revolucionarios, y se disponían a lincharlo cuando intervino Trotski quien, en una actuación digna de todo un virtuoso de la escena, lanzó una soflama a los marineros, metió en una limusina al político aterrorizado, y de ese modo le salvó la vida. <<

[*] Vyshinski, el menchevique que había sido uno de los leales de Stalin en Bakú, era el jefe de la milicia del barrio moscovita de Arbat en tiempos de Kerenski y firmó las órdenes de detención de los principales bolcheviques, entre ellos Lenin. Después de los sucesos de octubre, se unió a los bolcheviques. Su vergonzosa sumisión a Kerenski le obligó a mostrar una fidelidad canina a Stalin, a cuyo capricho debía su propia supervivencia. <<

[*] Del mismo modo que los agentes de policía eran llamados «faraones», los oficiales del ejército eran apodados «junkers», como los miembros de la aristocracia militar prusiana. <<

[*] Emelianov fue detenido durante el Gran Terror. Krupskaya intercedió supuestamente por él y el hombre, junto con toda su familia, permaneció confinado hasta la muerte de Stalin. <<

[*] De ese modo Stalin diseñó por primera vez su guerrera semimilitar, atuendo copiado probablemente de Kerenski, que se consideraba a sí mismo un Napoleón ruso: el vanidoso Primer Ministro vestía ya su propio uniforme militar, botas y guerrera, a pesar de carecer por completo de experiencia en el ejército. Stalin vestiría esa guerrera durante el resto de su vida, a menudo con una gorra de obrero. Lenin había dejado de utilizar su típico sombrero de fieltro a favor de la típica gorra de visera de los trabajadores. Durante la guerra civil, la llamada guerrera del partido, gorra de cuero, abrigo, botas y el mauser se convirtieron prácticamente en el uniforme de los bolcheviques, símbolo de la naturaleza militar de la organización. <<

[*] Aquel verano, el otro escándalo de intrigas dentro del partido fue el protagonizado por Kamenev, que fue acusado de haber sido agente de la Ojrana: el Comité Central pidió a Stalin que informara al Comité Ejecutivo del Soviet. Se realizó una investigación. Kamenev fue declarado inocente el 30 de agosto. <<

[*] Tras la humillación sufrida durante las Jornadas de Julio, el Soviet abandonó el Palacio Taurida y se trasladó a otro edificio neoclásico situado al lado, el Instituto Smolny, construido por Catalina la Grande como colegio-internado de doncellas nobles, donde todos los partidos, empezando por el bolchevique, disponían de sus propios despachos. Sería desde el Palacio Smolny desde donde Zinoviev y luego, tras la caída de éste en 1926, el joven protegido de Stalin, Sergei Kirov, gobernarían Leningrado. Allí fue asesinado también en 1934 Kirov, crimen que, independientemente de que fuera organizado o no por Stalin, proporcionó la excusa para que se desencadenara el Gran Terror. Durante el sitio de Leningrado, la ciudad fue gobernada también desde el Palacio Smolny. Hoy día alberga el despacho del alcalde de San Petersburgo. <<

[*] Otro gesto conciliatorio hacia Kamenev que demuestra el instinto de Stalin para mantener dentro del partido cierto equilibrio entre Lenin y Trotski. Esta actitud le permitiría obtener sustanciosos dividendos en la lucha por la sucesión de Lenin. <<

[**] En este artículo citado en raras ocasiones de 20 de octubre de 1917, que lleva el título bíblico de «¡Fuertes toros de Basán me han cercado!», Stalin advertía de cómo el partido y él iban a considerar a los intelectuales y a los artistas famosos en su nueva Rusia. Máximo Gorki, pese a ser partidario de toda la vida e incluso fundador de los bolcheviques, tenía en aquellos momentos serias reservas, y declaraba: «No puedo permanecer callado». Stalin se burlaba de aquellos «neurasténicos aterrorizados… verdaderamente “fuertes toros de Basán me han cercado”, con amenazas y súplicas. ¡Ésta es nuestra respuesta!» Stalin advertía que «suena un graznido generalizado en la charca de nuestros intelectuales desconcertados. La revolución no se ha encogido ante los famosos, sino que los ha puesto a su servicio o, si se han negado a aprender, los ha relegado al olvido». <<

[***] Trotski prefirió recurrir a sus nuevas incorporaciones en el partido bolchevique, como por ejemplo Antonov-Ovseenko, para asignarles las principales funciones dentro del CMR, que existía desde el 9 de octubre. Sverdlov, Molotov y Dzerzhinski eran miembros de este órgano. ¿Por qué no lo era Stalin? Es posible que el enfrentamiento de Stalin con la Organización Militar en el mes de agosto o simplemente su carácter agresivo en general inhibieron a Sverdlov de invitarlo a unírseles. Pero es más probable que Stalin estuviera simplemente ocupado con sus responsabilidades editoriales y con las comunicaciones con Lenin, actividades ambas de vital importancia. En cuanto al Centro Militar Revolucionario, del que formaba parte Stalin, nunca llegó a reunirse, aunque su propaganda asegurara que fue el verdadero núcleo de la revolución. <<

[*] «Dentro del Comité Militar Revolucionario hay dos puntos de vista», decía Stalin. «Según el primero, debemos organizar un levantamiento de manera inmediata, y según el segundo, debemos consolidar nuestras fuerzas. El Comité Central se ha decantado por el segundo.» <<

[*] Anteriormente John Reed vio cómo le negaban la entrada al propio Trotski.

—¿No me conoce? Me llamo Trotski.

—No puede usted pasar. ¡A mí los nombres me importan poco!

—¡Pero soy el presidente del Soviet!

—¡Pues si es usted un personaje tan importante, debería llevar consigo algún documento! —respondió el guardia, que mandó llamar a un oficial igualmente desconcertado.

—¿Trotski? Me parece haber oído ese nombre en algún sitio… Bueno, me figuro que estará bien… <<

[*] A los líderes de menor rango, como Molotov y Dzerzhinski, se les encomendaron distintas misiones: Molotov, acompañado por un destacamento de guardias rojos, recibió la orden de detener a los redactores del órgano de los Socialistas Revolucionarios y luego a un grupo contrarrevolucionario de mencheviques que se habían reunido en el Santo Sínodo. <<

[*] La Unión Soviética se convertiría en un imperio de acrónimos: los Comisarios del Pueblo serían los «Narkoms»; el Consejo de Comisarios del Pueblo se llamaría Sovnarkom; y su Presidente (de hecho el Primer Ministro, cargo ocupado sucesivamente por Lenin, Rikov, Molotov, y por fin Stalin), el Predsovnarkom. Esta situación perduraría hasta que Stalin introdujera de nuevo los ministerios a finales de la segunda guerra mundial. <<

[*] Sagirashvili no fue el único menchevique al que cortejó Stalin. Un bolchevique reconvertido en menchevique, Alexander Troyanovski, el aristocrático oficial en cuya casa se había alojado Stalin en Viena, iba paseando por las calles cuando unas manos le taparon los ojos. Era Soso. «¿Estás con nosotros o contra nosotros?», le preguntó. <<

[*] Curiosamente, Lenin escogió a Kamenev como primer jefe del estado bolchevique con el cargo de Presidente del Comité Ejecutivo del Soviet, aunque permaneció sólo unos días en él. Lo sucedió Sverdlov. <<

[*] Las primeras memorias de Pestkovski, publicadas en 1922, contenían lo de los gruñidos y los cambios de humor de Stalin. Naturalmente, cuando fueron publicadas de nuevo en 1930 los gruñidos desaparecieron. <<

[*] Todavía son muchos los que creen que el estalinismo fue una distorsión del leninismo. Pero para contradecir semejante opinión está el hecho de que durante los meses inmediatamente posteriores a la Revolución de Octubre, Lenin y Stalin fueron inseparables. A decir verdad, durante los cinco años siguientes Lenin promocionó a Stalin siempre que le fue posible. El Viejo empujó despóticamente a los bolcheviques a llevar a cabo feroces derramamientos de sangre en diversas órdenes que recientemente han salido a la luz en los archivos y que han sido publicadas en el libro de Richard Pipes, *Unknown Lenin*. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo con Stalin, aunque se dio cuenta de que «este cocinero va a guisarnos algunos platos bien picantes». El estalinismo no fue una distorsión, sino una evolución del leninismo. <<

[*] Trotski afirmaría luego que Stalin acumuló el poder por ser una mediocridad burocrática, pero en realidad era Yakov Sverdlov, ayudado por Elena Stasova, el que dirigía la maquinaria del partido. Stalin no era un burócrata nato, ni mucho menos. Era un trabajador infatigable, entregado a todas luces a la política; efectivamente, en Stalin todo era política, pero él tenía una forma de trabajar excéntrica, desestructurada, muy poco burocrática, casi bohemia, que no habría funcionado en ningún otro gobierno, ni entonces ni ahora. Se ganó la confianza de Lenin gracias a los atracos y a las intrigas de los primeros años y, después, en los campos de batalla de la guerra civil. Stalin casi no pisaría su despacho hasta 1920. <<



[*] Alejandra Kollontai trató siempre a Stalin con la cortesía propia del viejo mundo: fue su embajadora en Suecia y murió de muerte natural. Dybenko fue fusilado durante el Gran Terror. <<



[*] Como Vasili había sido uno de los alias que Stalin había utilizado en el partido, en cierto modo puso su propio nombre a su hijo. <<

[*] Las memorias escritas posteriormente por Sujova no han sido publicadas. Natasha Kirtava y Alvasi Talakvadze consiguieron trabajo dentro del partido en Batumi y llegaron a la vejez, rodeadas de respeto por su primitiva asociación con Stalin. Stefania Petrovskaya, su prometida de Bakú, siguió siendo militante del partido y se vio envuelta en 1932-1933 en el Caso Slepkov. Éste se salvó en 1932, pero en 1937 fue fusilado, aunque no se sabe lo que fue de Stefania. Serafima Khoroshenina, la amiga de Stalin en Vologda, seguía viva en los años treinta y escribió unas memorias, pero tampoco se sabe lo que fue de ella. <<

[*] Georgia fue la causa del cisma entre Stalin y Lenin. La Georgia menchevique se independizó en 1918. El Viejo estaba muy contento de abandonar Georgia, pero en 1921 Stalin y Sergo Ordzhonikidze llevaron a cabo con éxito la invasión del país. El pomposo y despiadado Sergo encabezó la marcha triunfal hasta Tiflis montado en un caballo blanco, pero no tardó en ganarse el mote del «Culo de Stalin» por la brutal represión a la que sometió al país. Cuando hubo que definir el status de Georgia, Stalin insistió en que se integrara en la Federación Transcaucásica, pero los bolcheviques de la región, capitaneados por el flamante Mdivani y el ideólogo Majaradze, socios ambos de Stalin durante décadas, exigieron la creación de una república de Georgia aparte. Durante la pelea que se desencadenó después entre los estalinistas y los llamados «desviacionistas», Sergo la emprendió a golpes con sus oponentes. Aquello ofendió muchísimo a Lenin, que en aquellos momentos apoyaba a los georgianos frente a Stalin y Sergo. Y esto llevó a Stalin a insultar a Krupskaya, la esposa de Lenin. Éste escribió su Testamento, en el que exigía la destitución de Stalin como Secretario General. Pero ya era demasiado tarde. Lenin sufrió otra embolia. Stalin sobrevivió. <<

[*] Los mencheviques tuvieron una curiosa trayectoria: Karlo Chkheidze, como vimos, fue el hombre más poderoso a comienzos de la Revolución de 1917 en su calidad de presidente del Soviet de Petrogrado, mientras que otro menchevique georgiano, Irakli Tsereteli, se convirtió en un poderoso ministro ruso durante el verano de ese mismo año. Pero cuando los bolcheviques tomaron el poder, Chkheidze, Jordania, Tsereteli y Noe Ramishvili asumieron el liderazgo de la Georgia independiente. Cuando se produjo la invasión de los bolcheviques, todos ellos lograron escapar y marchar al exilio. Chkheidze se suicidó en 1926, Ramishvili fue asesinado en París en 1930. Jordania, Uratadze, Arsenidze, Sagirashvili y Nikolaevski sobrevivieron en el exilio y escribieron sus memorias. Sujanov, que dijo de Stalin que era «como una sombra gris», fue fusilado durante el Gran Terror. <<

[*] Tsintsadze ingresó en la Cheka de Georgia en 1921, y también escribió unas memorias, al mismo tiempo que Kamo, aunque demostró tener mucho más tacto. Se unió a la oposición «desviacionista» georgiana y fue despedido. Detenido por trotskista, murió de tuberculosis en la cárcel en 1930. <<

[*] Los Egnatashvili habían conocido a Beria allá por 1918 en Bakú, donde Lavrenti era un agente doble de los bolcheviques en el partido musavista azerí; o viceversa. Cuando Beria cayó enfermo, los Egnatashvili lo cuidaron por ser georgiano como ellos. Cuando Beria se convirtió en el virrey del Cáucaso, y luego en jefe del NKVD, intentó mantener el monopolio de la información y de la influencia en su región natal. Pero los Egnatashvili eran independientes de Beria. Además Sasha Egnatashvili estaba destinado en el Departamento de Guardias de Stalin, a las órdenes del jefe de guardaespaldas, el general Vlasik, que también se encontraba fuera de la esfera de poder de Beria, una situación que éste intentaría remediar constantemente. Al término de la segunda guerra mundial, Beria acusó a Vlasik de corrupción por la venta de cantidades gigantescas de comida destinada a Stalin y elaborada en la Base. Vlasik contraatacó acusando a Beria de corrupción y logró sobrevivir, pero Egnatashvili, que administraba la Base, probablemente estuviera implicado en el escándalo. El duelo entre Beria y Vlasik por el control de la Guardia de Stalin duró hasta la muerte del dictador. Es ésta la primera vez que se cuenta la historia del general Egnatashvili y su esposa. Se inscribe en un modelo general. Tras el suicidio de Nadia, su mujer, Stalin desconfiaría de las esposas de todos sus cortesanos. Las mujeres de Alexander Poskrebyshev, su jefe de gabinete, y del mariscal Kulik, amigote suyo, ambas jóvenes y hermosas, fueron fusiladas; la esposa del Jefe del Estado, Kalinin, y la del Ministro de Asuntos Exteriores, Molotov, fueron detenidas. Sin embargo, todos estos hombres siguieron sirviéndole con absoluta devoción y sin rechistar. Véase *Stalin: La corte del zar rojo*. <<

[*] Mikha Tskhakaya, el hombre de barba gris que había protegido y promocionado a Stalin durante los primeros años antes de volverse contra Lenin y marchar al exilio en Ginebra, sobrevivió y murió en 1950 tranquilamente en su cama, con todos los honores como «Viejo Bolchevique». Inexplicablemente, se permitió a Majaradze sobrevivir al Terror. Stepan Shaumian, compañero de cuarto de Stalin en Londres y colaborador de segunda fila en el atraco al banco de Tiflis y luego en Bakú, fue el brutal amo y señor de la Comuna de Bakú de 1918, supervisando el asesinato de alrededor de quince mil azeríes. Luego fue derrocado y fusilado por los Blancos y los británicos, acusado de ser uno de los legendarios Veintiséis Comisarios. Stalin adoptó entonces a su hijo, Levan Shaumian, y lo crió en su propia casa. Su compañero de cuarto en Siberia y Jefe del Estado de la Unión Soviética, Yakov Sverdlov, murió de gripe en 1919. <<

[*] Su mujer, Polina, de origen judío, se había entregado también en cuerpo y alma a Stalin y fue nombrada Vicecomisaria por méritos propios, pero su feminismo estridente irritó al dictador, y por otra parte su amistad con Nadia hizo que le resultara incómoda. Stalin estuvo a punto de acabar con ella en 1939 y pensó en mandar que la asesinaran simulando un accidente de automóvil; finalmente obligó a su marido a votar a favor de su detención en 1949. La historia completa se cuenta en *Stalin: La corte del Zar Rojo*. <<